



75° Aniversario

TOMO XXXVI
Buenos Aires - 2011

Directora de la publicación

VERÓNICA ISABEL WILLIAMS
CONICET, Universidad de Buenos Aires

Comité Editorial Revista Relaciones. Año 2011

Roxana Boixadós, CONICET, Universidad Nacional de Quilmes, Universidad de Buenos Aires
Analía Canale, CONICET, Universidad de Buenos Aires
Valeria Cortegoso, CONICET, Universidad Nacional de Cuyo
María Beatriz Cremonte, CONICET, Universidad Nacional de Jujuy
Nora V. Franco, CONICET, Universidad de Buenos Aires
Paula N. González, CONICET, Universidad Nacional de La Plata
Cecilia Hidalgo, Universidad de Buenos Aires
Leandro Luna, CONICET, Universidad de Buenos Aires
Florencia Tola, CONICET, ERS - CNRS

Revisión de los resúmenes en inglés

Kevin Lane, Institut für Prähistorische Archäologie, Freie Universität Berlin

Comité Asesor

Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi, Carlos A. Aschero y José Antonio Pérez Gollán

Listado de evaluadores para el Tomo XXVII

Dr. Alejandro Acosta, CONICET - Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. *Dra. María Ester Albeck*, CONICET - Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy. *Prof. / Lic. Claudia Aranda*, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Lic. Marta Baldini*, CONICET, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, Universidad de Buenos Aires, FCNyM, Universidad Nacional de La Plata. *Dra. Pilar Babot*, ISES - CONICET/IAM, FCN e IML, Universidad Nacional de Tucumán. *Dr. Ramiro Barberena*, CONICET - IMHICIHU, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Carolina Barboza*, CONICET - Centro de Estudios Interdisciplinarios en Antropología, FHUmAr, Universidad Nacional de Rosario. *Dra. María Cristina Bayón*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. *Dra. Cristina Bloj*, Escuela de Antropología e Instituto de Investigaciones, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. *Dr. Luis A. Borrero*, CONICET- IMHICIHU, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Irina Capdepon*, Laboratorio de Estudios del Cuaternario - UNCIEP - Facultad de Ciencias - Ministerio de Educación y Cultura. Laboratorio de Arqueología del Paisaje y Patrimonio de Uruguay. *Dr. Marcelo Cardillo*, CONICET - IMHICIHU. *Dr. Raúl Carnese*, Instituto Ciencias Antropológicas, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Silvia Dahinten*, CENPAT - CONICET, Universidad Nacional Patagonia San Juan Bosco (UNPSJB). *Dra. Silvana L. Espinosa*, CONICET - Secretaría de Investigación y Posgrado - Unidad Académica Río Gallegos - Universidad Nacional de la Patagonia Austral. *Dra. Mariana Fabra*, CONICET - Museo de Antropología, FFyH, Universidad Nacional de Córdoba. *Lic. Nora Flegenheimer*, CONICET - Área Arqueología y Antropología, Municipalidad de Necochea. *Lic. María Magdalene Frere*, Instituto de Arqueología, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dr. Alejandro García*, CONICET - FCEfYn / FFHyA, Universidad Nacional de San Juan. *Dr. Leonardo García Sanjuán*, Universidad de Sevilla, España. *Dr. Salomón Hocsman*, CONICET - Instituto Superior de Estudios Sociales - Instituto de Arqueología y Museo, FCNeIML, Universidad Nacional de Tucumán. *Dra. María Alejandra Korstanje*, ISES -CONICET/IAM, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán. *Dr. Axel Lazzari*, CONICET - IDEs / IDEAEs / Universidad Nacional de San Martín. *Dr. Kevin Lane*, Institut für Prähistorische Archäologie, Freie Universität Berlin. *Dra. Diana Lenton*, CONICET -FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Carina Llano*, CONICET - Museo de Historia Natural de San Rafael, ICB - Universidad Nacional de Cuyo. *Dra. Ana María Lorandi*, ICA, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Virginia Manzano*, CONICET - ICA, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Natalia Mazzia*, CONICET- Área de Arqueología y Antropología, Municipalidad de Necochea. *Dr. Francisco Mena*, Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia, Chile. *Dra. Catalina Teresa Michieli*, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo "Prof. Mariano Gambier", FFHA, Universidad Nacional de San Juan. *Lic. Eleonora Mulvany*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta. *Dr. Martín Alfonso Orgaz*, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca. *Dra. María Gabriela Ortiz*, CONICET - FHycs, Universidad Nacional de Jujuy. *Lic. Miguel Ángel Palermo*. *Dr. Pablo Perazzi*, CONICET - FFYL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Cecilia Pérez de Micou*, CONICET - INAPL/ FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Norma R. Ratto*, Museo Etnográfico, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Silvia Ratto*, CONICET - Universidad Nacional de Quilmes. *Dr. Roberto Ringuelet*, FACSO - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. *Dra. Diana Rolandi*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. *Dr. Pablo Tchiliguirian*, CONICET - INAPL, Universidad de Buenos Aires. *Dra. María Marta Sampietro Vattuone*, CONICET - Laboratorio de Geoarqueología - Facultad de Ciencias Naturales e IML - Universidad Nacional de Tucumán. *Dr. Marcelo F. Tejedor*, CONICET - Unidad de Investigación en Diversidad, Sistemática y Evolución Laboratorio de Paleontología, Centro Nacional Patagónico. *Dra. Beatriz N. Ventura*, CONICET - Instituto de Arqueología, FFyL, Universidad de Buenos Aires. *Dr. Julio Vezub*, CONICET, Universidad San Juan Bosco.

RELACIONES ha sido calificada con el Nivel Superior de Excelencia por el CAICYT-CONICET. LATINDEX Registro N° 7380.

El presente tomo XXXVI de RELACIONES ha sido realizado gracias a las contribuciones de los socios.

Relaciones es una publicación anual editada por la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) para difundir la investigación en Ciencias Antropológicas de la República Argentina y el Cono Sur. Publica artículos originales de investigación básica y aplicada, notas, entrevistas, comentarios, reseñas y obituarios de autores argentinos y extranjeros sobre Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica, Etnografía y Etnohistoria. Los artículos son revisados por un Comité Editorial y evaluados por especialistas nacionales y/o extranjeros. Su objetivo es difundir a nivel académico amplio los resultados de investigaciones o sus distintos grados de avance, favorecer la discusión entre los autores y mantener actualizados a los miembros de la SAA en los temas de su incumbencia.

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Es propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología

Domicilio Postal: Moreno 350 (1091) Buenos Aires. Argentina.

sociedadargentinaantropologia@yahoo.com

ÍNDICE

Presentación, por <i>Verónica I. Williams</i>	9
Lewis R. Binford, Arqueólogo, por <i>Luis A. Borrero</i>	13
Crónicas de Binford en Argentina, por <i>Gustavo G. Politis</i>	17
Lew, por <i>Rafael A. Goñi</i>	21
En Memoria de Lew Binford, por <i>Laura Miotti</i>	25
Marta S. Ruiz, por <i>María Ester Albeck</i>	29
Antonia F. D. Peronja, por <i>Gladys Hahn, Cecilia Palma y Beatriz Moldes de Entraigas</i> ...	33
ARTÍCULOS	
Antropólogos y antropología entre las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976) <i>Mirta Bonnin y Germán Soprano</i>	37
Contexto intelectual de surgimiento del americanismo en Argentina (1845-1880) <i>Javier H. Natri y Bruno D. Catania</i>	61
La precarización de las clases medias argentinas en las últimas décadas. Políticas públicas y “desprecarización” <i>Liliana Raggio y Horacio Sabarots</i>	79
Estructuras prehispánicas y agricultura en la cuenca del Huasamayo (Tilcara- Jujuy) <i>Natividad M. González</i>	101
Empleo de sistemas de información geográfica en el estudio de “montañas sagradas”: el Nevado de Acay y sus cuencas hidrográficas adyacentes <i>Pablo Mignone</i>	123
La configuración del paisaje Belén (valle de Hualfín, Catamarca) <i>Bárbara Balesta, Nora Zagorodny y Federico Wynveldt</i>	149
Indicadores para el reconocimiento de represas arqueológicas <i>Sonia L. Lanzelotti</i>	177

Repensando la arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática <i>Constanza Taboada</i>	197
La impresión es lo que cuenta... Análisis de improntas textiles. Casos arqueológicos para Santiago del Estero <i>Sara M. L. López Campeny</i>	221
Exploraciones osteológicas de la salud de las poblaciones humanas del Canal Beagle <i>Jorge A. Suby, Atilio F. Zangrando y Ernesto Piana</i>	249
Apuntes sobre la alimentación en nombre de Jesús (Estrecho de Magallanes, siglo XVI) <i>Mariana E. De Nigris y María Ximena Senatore</i>	271
Organización espacial intrasitio durante el Pleistoceno Final en la meseta central de Santa Cruz. Evidencias del sitio Casa del Minero 1 <i>Fabiana Skarbun y Ariel D. Frank</i>	289
Ensayo sobre una disputa hipotética sostenida por Ameghino y Hrdlička, en torno al concepto de masa crítica y su eventual aplicación en Antropología Biológica <i>Héctor M. Pucciarelli</i>	315
 NOTAS	
Caracterización de estructuras de doble cámara para la cocción de artefactos cerámicos en La Troya (Tinogasta, Catamarca) <i>Anabel Feely</i>	325
Una aproximación a la transformación de recursos en Piedras Blancas (Ambato, Catamarca, S X-XI DC) desde los análisis químicos <i>Francisco Pazzarelli</i>	331
Resultados de los fechados radiocarbónicos del sitio Laguna El Doce, departamento General López, provincia de Santa Fe <i>Juan D. Avila</i>	337
Primeros contactos e interacción en las costas del Plata a principios del siglo XVI <i>Sergio H. Latini</i>	345
Localidad arqueológica Don Ofo: talleres de explotación de madera silicificada en el valle del arroyo Poi Pucón (departamento Aluminé, provincia del Neuquén) <i>Giovanna Salazar Siciliano y Manuel Carrera Aizpitarte</i>	353
La movilidad como estrategia en el uso del territorio norpatagónico a fines del siglo XVIII: funcionarios coloniales y grupos indígenas <i>Laura A. Enrique</i>	361
Un español en la Patagonia: el Profesor Nicolás Sánchez-Albornoz <i>Analía Castro Esnal</i>	369

Nota histórica sobre la excavación del Abrigo de Chacra Briones <i>Nicolás Sánchez-Albornoz</i>	371
--	-----

RESEÑAS

<i>Entre saias justas e jogos de cintura</i> , de Alinne Bonetti y Soraya Fleischer (compiladoras), <i>Elisa Palermo y María Alma Tozzini</i>	379
--	-----

<i>Espacio, ambiente y los inicios de la agricultura indígena en el noroeste argentino</i> , de María Marta Sampietro Vattuone <i>Daniel E. Olivera</i>	385
---	-----

MEMORIA	387
---------------	-----

NORMAS EDITORIALES E INFORMACIÓN PARA LOS AUTORES	393
---	-----

COMISIÓN DIRECTIVA 2010-2011

Presidenta: Verónica I. Williams

Secretaria: Mónica A. Berón

Tesorera: Cristina Bellelli

Vocal Titular 1º: Luciano Prates

Vocal Titular 2º: Laura Miotti

Vocal Suplente 1º: Ramiro Barberena

Vocal Suplente 2º: Roxana Boixadós

Comisión Revisora de Cuentas: S. Iván Pérez y Sonia Lanzelotti

PRESENTACIÓN

Este nuevo número de *Relaciones*, el XXVI, conmemora el 75° Aniversario de la creación de la Sociedad Argentina de Antropología.

Desde 1936, cuando un grupo de investigadores decidieron reunirse para promover los estudios de diferentes campos de la antropología hasta la actualidad, muchos miembros se han asociado para mantener esta empresa colectiva que acompaña el desarrollo de la disciplina en el país y en el mundo.

En este tomo continuamos con la modalidad de temas abiertos de los tomos precedentes, tal como lo hicimos en los precedentes: XXXIII (2008), XXXIV (2009) y XXXV (2010). De los trabajos recibidos para la presente publicación se seleccionaron trece artículos, ocho notas y dos reseñas, a los que se agregaron seis homenajes. Incluimos, además la Memoria Anual, una versión revisada de las Normas Editoriales y el listado de publicaciones de la Sociedad.

Los trabajos incluidos en este tomo abordan temas variados del amplio campo de la Antropología, y abarcan la casi totalidad del territorio nacional. Estos textos se enmarcan en diversas líneas teóricas, y constituyen una muestra cabal de la producción antropológica argentina contemporánea. Javier Nasti y Bruno Catania, por ejemplo, abordan, en su trabajo “Contexto intelectual de surgimiento del americanismo en la argentina (1845-1880)”, el modo en que se realizaron las primeras investigaciones antropológicas, en el contexto signado por la oposición sarmientina entre “civilización o barbarie”, y nos ilustran acerca de los diversos planos en que se desarrolla la relación con el otro cultural. Liliana Raggio y Horacio Sabarots, en “La precarización de las clases medias argentinas en las últimas décadas. Políticas públicas y ‘desprecarización’”, abordan un análisis de la denominada clase media argentina en el contexto de políticas neoliberales que la conminaron a desarrollar las más variadas estrategias de supervivencia y de lucha, fuera ésta individual o colectiva.

En algunos casos, y a partir de diversos supuestos teóricos y metodológicos, la arqueología se entrecruza con otras disciplinas para mostrar facetas desconocidas del desarrollo humano en diversas regiones. Es el caso de “Apuntes sobre la alimentación en Nombre de Jesús (Estrecho de Magallanes, siglo XVI)”, en que Mariana De Nigris y Ximena Senatore analizan, a partir de restos faunísticos hallados en la región, las estrategias de supervivencia de los colonos en el Estrecho de Magallanes durante dicho período histórico. En su trabajo “Exploraciones osteológicas de la salud de las poblaciones humanas del canal Beagle”, Jorge Suby, Atilio Francisco Zangrando y Ernesto Piana ofrecen acercamientos metodológicos en relación con la salud de las poblaciones de canal Beagle durante la primera década del siglo XXI. Fabiana Skarbut y Ariel David Frank, por su parte, realizan un aporte fundamental en pos de comprender cómo se implementaron en el espacio las estrategias de producción de artefactos y el papel que jugaron los fogones en la organización espacial de las actividades desarrolladas por las poblaciones humanas en la meseta de Santa Cruz en su trabajo “Organización espacial intrasitio durante el Pleistoceno final en la meseta central de Santa Cruz. Evidencias del sitio Casa del Minero 1”. Pablo Mignone, en “Empleo de Sistemas de Información Geográfica (GIS) en el estudio de ‘montañas sagradas’: el Nevado de Acay y sus cuencas hidrográficas adyacentes” nos acerca al uso de GIS para presentarnos, en este caso, el análisis de los santuarios de altura en el Acay, en toda su complejidad histórica-diacrónica, cultural y espacial. Sonia Lanzelotti, a su vez, propone la aplicación de metodologías

para el reconocimiento de represas arqueológicas y presenta, como caso de estudio, una estructura identificada como represa en el valle de Yocavil, en la provincia de Catamarca. Sara López Campeny, en su trabajo “La impresión es lo que cuenta... análisis de improntas textiles. Casos arqueológicos para Santiago del Estero” presenta estudios puntuales acerca de la metodología aplicada, los resultados obtenidos y novedosas problemáticas surgidas a partir del estudio de improntas de textiles conservadas en cerámicas de Santiago del Estero. Natividad González realiza un importantísimo abordaje en relación con la problemática de la producción agrícola prehispánica en Tilcara, y lo presenta en su trabajo “Estructuras prehispánicas y agricultura en la cuenca del Huasamayo (Tilcara-Jujuy)”, para cuya elaboración se valió de imágenes satelitales y su entrecruzamiento con datos aportados por la liquenometría y la estadística, que aportaron variada información. Bárbara Balesta, Nora Zagorodny y Federico Wynveldt, en “La configuración del paisaje Belén (Valle de Hualfín, Catamarca)”, realizan un esclarecedor análisis de un conjunto de sitios arqueológicos presentes en dicha zona a partir de la perspectiva que considera el espacio como un objeto construido social y políticamente y al cual, de acuerdo con los autores, pueden atribuírsele tres dimensiones: el espacio físico, el percibido y el imaginario. Constanza Taboada, por su parte, realiza una imprescindible reflexión acerca de la arqueología de Santiago del Estero en “Repensando la arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática”, texto en el que interrelaciona dos aspectos: el contexto histórico a partir del cual se investiga la arqueología santiagueña, por un lado, y los avances realizados a partir de la generación y el análisis de datos que permiten trazar nuevas hipótesis en relación con el tema, por el otro. Mirta Bonnin y Germán Soprano realizan, en “Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)”, realizan un detallado análisis de la obra del reconocido antropólogo. En “Ensayo sobre una disputa hipotética sostenida por Ameghino y Hrdlička en torno al concepto de masa crítica y su eventual aplicación en Antropología Biológica”, Héctor Pucciarelli, partiendo de la polémica de los científicos extranjeros frente a las ideas de los hermanos Ameghino, demuestra la posición errada del investigador checo usando una simulación y planteando un debate sobre las ideas –y por qué no, de ideologías– centrales en la Antropología.

Las Notas se orientan a la presentación de problemas, hallazgos de relevancia para la discusión de temas generales, y también a la presentación de distintos tipos de tratamiento de temas específicos y puntuales. Es el caso del trabajo de Francisco Pazzarelli, quien, en “Una aproximación a la transformación de recursos en Piedras Blancas (Ambato, Catamarca, s. X-XI d.C.) desde los análisis químicos”, se vale del análisis de cromatografía de gases y la espectrometría de masas para estudiar diversos objetos de cerámica provenientes de sitios del noroeste de la Argentina en ese período. En “Caracterización de estructuras de doble cámara para la cocción de artefactos cerámicos en La Troya (Tinogasta, Catamarca)”, Anabel Feely nos presenta datos que permiten señalar al área de investigación como una de producción alfarera, a partir del hallazgo de estructuras de combustión para la cocción de cerámica, que podrían adscribirse a los períodos Formativo e Inca. Juan David Avila, en “Resultados de los fechados radiocarbónicos del sitio Laguna El Doce, departamento General López, provincia de Santa Fe” informa, a su vez, acerca de nuevos fechados radiocarbónicos de sitios del sudoeste de esa provincia que dan cuenta de diferentes eventos de ocupación de este paisaje lagunar que permiten extender la ocupación de cazadores recolectores al Holoceno inicial tardío. Sergio Latini se adentra en los “Primeros contactos e interacción en las costas del Plata a principios del siglo XVI”, y nos introduce en una nueva perspectiva para analizar la interrelación que en dicha etapa y contexto geográfico tuvo lugar entre la sociedad indígena y la europea. Giovanna Salazar Siciliano y Manuel Carrera nos trasladan a “Localidad arqueológica Don Ofo: talleres de explotación de madera silicificada en el valle del arroyo Poi Pucón (departamento Aluminé, provincia del Neuquén)”, y exponen el análisis sobre materiales arqueológicos superficiales y su vinculación contextual con troncos

silicificados correspondientes a un bosque petrificado, principal materia prima sobre la que se elaboraron los artefactos líticos en el departamento de Aluminé. Laura Aylén Enrique, en “La movilidad como estrategia en el uso del territorio norpatagónico a fines del siglo XVIII: funcionarios coloniales y grupos indígenas”, nos introduce al estudio de diarios de viajeros y funcionarios coloniales para determinar cómo los hispanocriollos adoptaron prácticas indígenas para circular por la región. Entre las Notas destaco la del Profesor Nicolás Sánchez Albornoz, “Nota histórica sobre la excavación del Abrigo de Chacra Briones” quien fue invitado a publicar sus memorias y recuerdos sobre su paso por la Argentina (donde vivió 18 años) y por la arqueología de nuestro país aportando una mirada histórica. Esta invitación fue resultado del hallazgo realizado por una joven arqueóloga, Analía Castro, en el Museo de América de Madrid, de negativos de la expedición en Chacra Briones en 1959 y de las excavaciones realizadas por Sánchez Albornoz bajo la dirección de Osvaldo Menghin quien lo relata en “Un español en la Patagonia: el Profesor Nicolás Sánchez-Albornoz”.

Este tomo incluye dos reseñas, una de Daniel Olivera sobre una obra de María Marta Sampietro Vattuone, *Espacio, ambiente y los inicios de la agricultura indígena en el noroeste argentino*, obra publicada en 2010 en Madrid, que trata la reconstrucción de los marcos paleoambientales en el valle de Tafi, Tucumán; y la otra, *Entre saias justas e jogos de cintura*, de Elisa Palermo y Alma Tozzini sobre la publicación de un simposio realizado en Florianópolis en el año 2007, organizado por Alinne Bonetti y Soraya Fleischer, en que se cuentan las curiosas experiencias de doce antropólogas en el quehacer de sus trabajos de campo etnográficos.

Finalmente, recordamos en este volumen a tres colegas fallecidos durante el año 2011: Lewis R. Binford, en la palabra y la memoria de Gustavo Politis, Laura Miotti, Rafael Goñi y Luis Alberto Borrero; Marta S. Ruiz, en la emoción que se transparenta en las palabras de M. Esther Albeck; y Antonia Peronja, gracias a las anécdotas relatadas por Beatriz Moldes de Entraigas, Gladys Hahn y Cecilia Palma.

Lewis Binford fue nombrado Socio Honorario de la Sociedad Argentina de Antropología en 2007, precisamente durante la realización del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, realizado en Jujuy en octubre de ese año. Los arqueólogos argentinos le rindieron homenaje y se le otorgó esta distinción como un reconocimiento a su trayectoria y su influencia en la arqueología argentina contemporánea a partir del desarrollo de líneas de trabajo muy enraizadas en la arqueología nacional, especialmente patagónica y pampeana, como sus innovaciones en el campo de la arqueozoología, sus estudios tecnológicos o sus análisis sobre movilidad de cazadores-recolectores. Su estrecha relación con colegas argentinos a los que visitó en 1994, 1997 y 2007, sus cursos, charlas y discusiones desarrolladas en el país, empujaron notablemente los estudios sobre arqueología de cazadores-recolectores en Argentina e influyeron en la forma en que los arqueólogos percibimos nuestra disciplina. Fue sin duda, uno de los arqueólogos más influyentes en esta disciplina durante los últimos 40 años en nuestro país. Por esta razón, la Comisión Directiva de la SAA decidió publicar una semblanza realizada por distintos investigadores que compartieron vivencias, viajes y enseñanzas con Binford.

Marta S. Ruiz, antropóloga e historiadora, fue una docente e investigadora nacida en la provincia de Buenos Aires que adoptó Jujuy como su lugar en el mundo. Colaboradora permanente, eximia anfitriona y viajera, cultivó amistades con diversos colegas nacionales y extranjeros, Concurría asiduamente a reuniones científicas y trabajos de campo, por el sólo placer de conocer nuevos paisajes, gente y crear lazos de amistad. Su interés profesional se centró en la Puna de Jujuy, más precisamente en Rinconada, fundamentalmente en el arte rupestre y en las crónicas del momento de la conquista, que le sirvieron de fuente para sus interpretaciones. Su tarea como docente, autora, aunque más como editora, la ha llevado a ser el alma de la revista *Cuadernos de la Facultad de Humanidades* y especialmente *Pacarina*. Fue impulsora y colaboradora de la organización de las Jornadas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, así como la realización del XVI Congreso Nacional de Arqueología y del Taller Internacional de Arqueología

del Noroeste y Andes Centro Sur II. Dedicó años de su vida a la Universidad de Jujuy en tareas docentes y de gestión. Es y será recordada por todos aquellos que la conocieron.

Antonia Peronja fue una de las pioneras de la arqueología de Río Negro, colaboradora con los equipos de investigación en esa provincia y con la actividad en los museos, especialmente en los últimos años con el Museo “Eugenio Tello” de Viedma, en Río Negro. Participó en la puesta en marcha del Museo Geylum sobre la base de los materiales arqueológicos excavados del Abrigo de Pilcaniyeu por Boschín y Nacuzzi; intervino en el diseño del nuevo museo de Valcheta y asesoró permanentemente a otros museos de la provincia. Hizo investigación, docencia y transferencia y concentró sus esfuerzos en crear un nuevo marco legal para la protección del patrimonio antropológico, arqueológico y paleontológico en el territorio de la provincia de Río Negro.

Por último, quiero destacar y agradecer la dedicación y el compromiso de los integrantes del Comité Editorial para este tomo, como Roxana Boixadós, Nora Franco, María Beatriz Cremonte, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Paula González y Analía Canale. También el trabajo y paciencia de María Milena Sesar en la corrección de estilo, de Beatriz Bellelli en la diagramación y de Kevin Lane en la corrección de los resúmenes en inglés. Un agradecimiento especial a todos los autores y evaluadores que siguen confiando en la calidad de nuestra querida Revista *Relaciones*.

Dra. Verónica Isabel Williams
Directora *Relaciones*
Presidenta de la Sociedad Argentina de Antropología

LEWIS R. BINFORD, ARQUEÓLOGO

Norfolk, Virginia, 21 de noviembre de 1930 - Kirksville, Missouri, 11 de abril de 2011

Luis Alberto Borrero*



El 11 de abril de 2011 falleció Lewis R. Binford en Kirksville, Missouri, a los 79 años. Se trata, probablemente, del arqueólogo más citado del siglo XX, y costará mucho igualar el impacto que produjo sobre la arqueología con obras como *Smudge pits and Hide Smoking: The Use of Analogy in Archaeological Reasoning* (1967) o *Nunamiut Ethnoarchaeology* (1978). Lo mínimo que se puede decir es que sus trabajos cambiaron la forma en que los arqueólogos percibimos nuestra disciplina.

Además de publicar muchos artículos y libros, a lo largo de su carrera fue profesor en las universidades de Michigan, Chicago, California en Santa Bárbara y Los Ángeles, Nuevo México y Southern Methodist, donde se retiró en 2003. Su verdadero método de trabajo se desarrollaba en las aulas –donde normalmente presentaba y daba forma a sus argumentos– y en la relación con sus alumnos, a quienes dedicaba todo el tiempo que requirieran.

Esos alumnos hoy abarcan varias generaciones académicas y practican diversas “marcas” de arqueología, pero llevan indeleble el sello de esa exigente y dedicada formación.

A Clive Gamble no le molestará que cite parte del comentario que incluyó en la página de homenaje de *Antiquity*: “*What I think he did most was to turn archaeologists into optimists. Instead of worrying about the gaps in the record or the patchy nature of the data Lew always maintained there were ways around that. What mattered were the questions*” (Gamble 2011). Estas palabras describen perfectamente a Lewis Binford y sus objetivos como arqueólogo, lo que me lleva a su vieja, tan citada y tan criticada frase, “La estructura arqueológica de una cultura debería, y en mi opinión lo hace, reflejar todas las demás estructuras, por ejemplo, las de parentesco, económicas y políticas. Todas están resumidas a partir de los eventos que ocurrieron como parte

* Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. E-mail: laborrero@hotmail.com

del funcionamiento normal de un sistema cultural” (1964:425). Resulta difícil encapsular más optimismo en una frase, razón por la cual muchos la encontraron excesiva, particularmente a partir de la sistematización de los estudios de procesos de formación del registro arqueológico. Debo decir que, en realidad, Binford nunca retrocedió del todo de esa afirmación, tan sólo la fue acomodando un poco, mientras iba “probando” el campo con numerosas hipótesis y modelos que inevitablemente suscitaban variadas reacciones en la comunidad arqueológica.

Cuando defendió la necesidad de una Arqueología basada en la Antropología, no sostuvo que aquella debía subyugarse a ésta –como ha interpretado Michael Smith, “*I suggest that the intellectual horizons of archaeology should not be limited to the rather parochial discipline of anthropology*” (Smith 2011)–, sino que la antropología provee una base sólida dentro de la que pueden encauzarse mejor las preguntas, sin abstenerse de las muchas otras aventuras interdisciplinarias posibles. El lugar que Binford otorgó a la tafonomía –incluidas sus observaciones naturalistas– no deja muchas dudas al respecto. Se trata de una disciplina totalmente imbuida de significados y objetivos antropológicos. De hecho, su programa metodológico –sus sugerencias acerca de cómo trabajar, qué propiedades observacionales son útiles, qué medir, etc.– ha sido la base de la mayoría de los desarrollos técnicos de la arqueología moderna (también debería decir posmoderna). Invariablemente, se trata de soluciones técnicas a preguntas planteadas en el espíritu positivo arriba mencionado.

En otras palabras, su trabajo exigió argumentos y una vara de medida para las variables que nos interesan como arqueólogos. Él mismo nos ofreció unas cuantas, desde los índices de utilidad económica hasta el *continuum foragers-collectors*, pasando por criterios para clasificar instrumentos líticos –*curated-expedient, personal gear*, etc.–, o instrumentos en general –tecnómicos, sociotécnicos e ideotécnicos–. También profundizó los alcances de las estrategias no cazadoras en el proceso de humanización. Todos estos temas continúan vigentes, al punto que, ya sea para usarlos o para discutirlos, resulta imposible ignorarlos. De alguna manera, las críticas que más he visto esgrimidas en su contra son argumentos *ad hominem*, o sea argumentos tal vez ricos para discutir historia, pero absolutamente inútiles para discutir las ideas puestas sobre la mesa. Amante como era del debate, nunca esquivó ese modo argumentación, pero su verdadero legado se encuentra en la discusión de sus ideas. Afortunadamente también, generó intensos intercambios en este nivel.

Binford visitó por primera vez Argentina en 1994, bastante tiempo después de haber iniciado su impacto sobre la arqueología mundial. Para ese momento, su obra ya era relativamente utilizada en el país, en particular sus innovaciones arqueozoológicas, sus estudios tecnológicos o los de movilidad de cazadores-recolectores. Sus presentaciones durante esa visita de 1994, así como otras dos posteriores (1997 y 2007), en buena medida se concentraron en cuestiones teóricas y en la noción de que podían existir útiles relaciones metodológicas entre cazadores-recolectores vivientes y del pasado, como lo ejemplifican los dos trabajos que publicó en el país (Binford 1994, 2008). Directa o indirectamente, las charlas y discusiones que desarrolló empujaron notablemente los estudios sobre arqueología de cazadores-recolectores en Argentina. Quiero finalizar recordando que cuando algunos autores argentinos procuraban salir de los marcos histórico-culturales vigentes en el país hasta los años 1970, se recostaron en formas alternativas de interpretar la arqueología, en forma destacada algunas variantes de la arqueología procesual de Lewis Binford.

BIBLIOGRAFÍA

Binford, L. R.

1964. A Consideration of Archaeological Research Design. *American Antiquity* 29 (4): 425-441.

1967. Smudge pits and Hide Smoking: The Use of Analogy in Archaeological Reasoning. *American Antiquity* 32 (1): 1-12.

1978. *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, Nueva York.

1994. Etnografía de cazadores-recolectores y sus implicaciones para construcción de la teoría arqueológica. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires* 28 (1): 214-230.

2008. ¿Por qué se usa la frase “A igualdad de condiciones” cuando se postulan generalizaciones, se desarrollan argumentos de causalidad o cuando se construye teoría? *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII: 29-52.

Gamble, C.

2011. Appreciation by Clive Gamble. <http://antiquity.ac.uk/tributes/binford.html#binford17> (agosto de 2011).

Smith, M.

2011. Why Anthropology is too Narrow an Intellectual Context for Archaeology. *Anthropologies*. Sunday, May 15, 2011. <http://www.anthropologiesproject.org/2011/05/why-anthropology-is-too-narrow.html> (agosto de 2011).

CRÓNICAS DE BINFORD EN ARGENTINA

*Gustavo G. Politis**

Binford fue, sin duda, uno de los arqueólogos más influyentes en la arqueología argentina de los últimos 40 años. Su impacto fue mayor en los estudios de cazadores-recolectores, aunque sus propuestas teórico-metodológicas atravesaron todas las áreas y los temas de la arqueología del país.

En la Universidad Nacional de La Plata, las primeras menciones sobre la Nueva Arqueología llegaron hacia fines de la década de 1960. En mi caso, fue en una clase teórica de Ana María Lorandí a mediados de la década del 1970 cuando me enteré de la existencia de Binford. Con la vehemencia que la caracteriza, Lorandí nos habló con entusiasmo del potencial y las bondades de la Nueva Arqueología e incluyó en la bibliografía de la materia el célebre *Archaeology as Anthropology*.

Sin embargo, recién unos años después las lecturas de Binford se hicieron populares entre quienes investigábamos en Pampa, Patagonia y, como se decía en aquellos tiempos, el



Binford en las Sierras de la Ventana

* Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: gpolitis@fcnym.unlp.edu.ar

“precerámico del NOA”. Las fotocopias de sus artículos eran escasas, y sus libros, difíciles de conseguir. Cuando algún afortunado se hacía de algún ejemplar pasaba la voz y el libro era fotocopiado una y otra vez, entre La Plata y Buenos Aires. *An Archaeological Perspectives* fue traducido prolijamente por Luis Orquera y entonces circuló también en castellano. En esta circulación extendida tuvo mucho que ver Darío Olmo, quien estaba en el equipo de Orquera en la Asociación de Investigaciones Antropológicas (AIA) y, además, trabajaba en una repartición pública con acceso a fotocopidora. Nunca se sabrá cuántos miles de fotocopias de las traducciones de Orquera sacó furtivamente Darío para luego repartir generosamente entre sus amigos y compañeros.

Leer a Binford traducido suponía un gran beneficio, que fue agradecido por todos, dada la manera complicada de escribir que tenía. Escuché una vez a un arqueólogo norteamericano comentar cuánto hubiera ganado el trabajo de Binford si hubiera tenido un buen editor que clarificara sus escritos. Sin embargo, en ese momento sentí que esa era parte de su estrategia: un lenguaje a veces críptico que siempre escondía supuestamente grandes ideas; un discurso con una lógica aparentemente impecable que incluía algunas frases clave que repetía con regularidad (*other things been equal*, una de sus favoritas). A pesar de esto, de cierta dificultad en la comunicación, sus ideas se diseminaron en muchos países y modificaron profundamente la forma de hacer y pensar la arqueología. Sin duda, Argentina fue uno de los países más abiertos y receptivos.

Precedido por su fama y prestigio, Binford llegó al país en junio de 1994 para dictar un curso de posgrado en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Yo lo había conocido un par de años antes en la casa de Clive Gamble y en aquel momento se había mostrado interesado por mis investigaciones entre los Nukak. Venir a la Argentina le permitiría también, dijo, tomar contacto con los arqueólogos locales, ponerse al tanto del avance de las investigaciones entre los Nukak (información que luego volcó un poco filtrada por sus ideas en *Constructing frames of references*) y, finalmente, conocer Tierra del Fuego, uno de los lugares que siempre había querido visitar. Creo que ese fue su primer viaje a América del Sur.

El curso fue un éxito absoluto. Habían venido estudiantes de toda la Argentina y el auditorio del Museo de La Plata desbordaba de gente parada a los costados o tratando de oír algo desde fuera. Las clases siguieron el típico estilo Binford: hablaba fuerte, seguro y rápido. En un momento, una de las alumnas que nos ayudada con la traducción (creo que era Natalia Carden) le pidió, extenuada, que fuera un poco mas despacio. Binford se detuvo por un momento, respiró hondo, la miro fijamente y le dijo: “*Sorry, I can’t think slower*” (semanas después en un curso de posgrado similar Ian Hodder reaccionó exactamente de la manera opuesta, “*I can’t think faster*”, cuando la traductora le dijo que podía ir más rápido si quería). En el curso, Binford repasó sus modelos clásicos, intercalando anécdotas de su trabajo de campo con los Nunamiut y abundantes reprimendas teórico-epistemológicas a sus enemigos académicos (de más esta decir que Hodder estaba en primera fila frente al pelotón de fusilamiento). En esos tiempos, la lucha era contra los enfoques posprocesuales, “la posición humanista”, que no sólo criticaba sus ideas sino que lo criticaba a él personalmente y a las implicancias políticas de la arqueología procesual. La primera de las lecturas para el curso era uno de sus artículos inéditos (*On science bashing¹. A bashful archaeologist speaks out*), que en su frase inicial definía nítidamente el tono y el objetivo que seguiría del curso: “*An alarming amount of literature in archaeology today seeks to discredit scientific methods for learning. This increase in anti-science posturing arises from humanistic position that humankind is unique and must be understood in terms of the familiar ‘essential properties’ of humans themselves...* [y más adelante] *I am primarily upset because the humanist characterizations of me, my work, my very professional existence is misrepresented, distorted and simply wrong*”.

Algo quedó claro en el curso: Binford no era precisamente una persona *bashful*. Además de pelear sus batallas, presentó algunas nuevas ideas, atractivas y desafiantes, que estaba desarrollando es ese momento en la gestación de su libro *Constructing frames of references. An analytical method for archaeological theory building using hunter-gatherer and environmental*

data set. Por momentos me parecía que los modelos y las generalizaciones precedían a los datos: ya estaban en su mente y sólo era cuestión de tiempo encontrar la información adecuada para hacerlos funcionar.

El curso terminó muy bien y los estudiantes quedaron encantados, aunque a veces un poco confundidos. Binford desplegó toda su artillería teórica e histriónica y mostró las aristas más atractivas de su personalidad, con canto esquimal incluido en la fiesta de cierre del curso. Luego viajó a Olavarría, donde dio algunas charlas y visitó varios sitios arqueológicos pampeanos. El periplo continuó en Mendoza y Tierra del Fuego, y terminó con un par de conferencias multitudinarias en Buenos Aires. En total, estuvo casi un mes y todos quedaron fascinados con él. Firmó libros aquí y allá, se fotografió con cuanto estudiante y arqueólogo se lo pidió y siempre soltó alguna frase inteligente y provocadora ante cualquier consulta. El padre de la Nueva Arqueología no había defraudado, y hasta parecía que la arqueología argentina lo había impresionado muy bien; había cierta reciprocidad en el encantamiento.



Binford en Monte Hermoso, 1984

Luego vino dos veces más. Una fue de paso hacia Chile en octubre de 1997, adonde lo habían invitado a dar también un curso en el marco del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Esta vez sólo estuvo dos semanas y dio un ciclo de tres conferencias en la Universidad de La Plata (nuevamente con auditorio lleno) y otra en la Universidad de Rosario. Una vez más, su visita tuvo trascendencia y abundaron las anécdotas. De regreso de Rosario, manejando mi coche, recuerdo una discusión sobre los tabúes alimenticios entre cazadores-recolectores que lo puso furioso. Esa noche, con niebla y mucho tránsito, tratando vanamente de defender mis ideas, casi chocamos. Hubiera sido una forma pésima de quedar en la historia de la arqueología.

En 2001 publicó su último gran libro, ya anticipado en sus visitas previas, *Constructing frames of references*, cuya difusión fue más restringida y su influencia menor en Argentina. Sin embargo, Fito Gil y Gustavo Neme comenzaron a trabajar con los modelos y expectativas arqueológicas propuestos en ese trabajo e iniciaron un fluido intercambio con Binford y Amber Johnson, su discípula y última esposa, para poner a prueba algunas expectativas y generalizaciones usando la información de la arqueología mendocina. Esta asociación condujo a su tercera visita al país para discutir en Mendoza la aplicación y el ajuste de algunos de sus modelos y, aprovechando el viaje, para participar en el XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, realizado en

Jujuy en octubre de 2007. Allí, los arqueólogos argentinos le rindieron homenaje y fue nombrado Socio Honorario de la Sociedad Argentina de Antropología. En un acto plenario, entre cientos de flashes y aplausos cerrados, se le otorgó esta distinción con sincero reconocimiento. Esa tarde, a la caída del sol, Binford dio su última conferencia en la Argentina. Esa tarde, con la mirada ya cansada, comenzó a despedirse de nosotros.

NOTAS

- ¹ *Bashing* significa un ataque severo y gratuito hacia una persona o grupo, *bashful* es tímido o vergonzoso.

LEW

*Rafael A. Goñi**

Reseñar y resaltar la trayectoria académica de Lewis Binford es, para mí, una tarea sin sentido en este momento; es intentar describir o interpretar a la mente más sagaz y brillante que haya tenido la Arqueología. Es posible, pero me queda claro que no lo podría hacer adecuadamente. Lo que sí creo que puedo brindar es la imagen que he tenido desde hace años de alguien notable que me tocó conocer: Lew.

Guardo sus libros y papers, pero más aún guardo los días en la universidad, sus charlas, las temporadas que en su casa tuve la suerte de pasar y muchos detalles que hacen que uno intuya que de cosas pequeñas se hacen grandes personalidades. Lo que sigue son algunas anécdotas o impresiones que, considero, son el simple aporte que puedo brindar para homenajearlo.

El trabajo escrito de Binford había sido durante muchos años mi único acceso a su producción y a su persona. Con el tiempo, el azar y la suerte, pude aplicar al lugar donde él estaba dando clases



* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación. Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. E-mail: gonirafael@gmail.com

de doctorado (Southern Methodist University, Dallas, Texas)¹. No lo conocía personalmente, y llegar a Dallas pensando que me lo iba a cruzar, ya sea en clase o en un pasillo, metía miedo. No me pasaba con el resto de los docentes de allí. La primera clase a la que fui, Binford hizo una pregunta general, alguien la respondió y él le dijo “*Give me a break!*”. La primera respuesta que escuchaba. “Ouch” pensé, “¿dónde me metí?”. Por suerte la cosa fue diferente, nunca volvió a suceder algo por el estilo. Pero la cancha estaba marcada. Lo mío, obviamente, tendió al bajo perfil, ya que, idioma mediante, no me hubiera sido fácil la discusión académica plena. Sin embargo, pasó algo que me marcó definitivamente en mi carrera. Un día, estaba leyendo en el escritorio de la oficina que compartía con otros doctorandos y tocan la puerta: “adelante” (en inglés, claro), era Lew, con un pila de libros suyos, diciéndome: “Como vi que te interesaba tal tema, te traje estos trabajos que te pueden servir”. El tipo le había tocado la puerta a un ignoto sudaca para alentarlo a mejorar. Yo pensaba, ¡el propio Binford me vino a ver a mi oficina! La fantasía era decirle: “gracias pibe, dejalos por ahí”. Más allá de la broma, en ese momento entendí varias cosas, tanto de cómo funciona el sistema en Estados Unidos, como a qué apunta un docente. Pero también me permitió conocer a alguien que, siendo un monstruo, es capaz de tener el entusiasmo de alentar a cualquiera.

Es, probablemente, su entusiasmo hasta último momento una de las cosas que más me llamaron la atención de su personalidad. Hablaba, leía, escribía y discutía sobre Arqueología con ganas. Le gustaba la Argentina y el medio local porque decía que aquí la gente se interesaba, se involucraba y discutía mucho; notaba entusiasmo, probablemente su mismo entusiasmo. Parece raro, pero en la universidad, allá, no me tocó presenciar discusiones ni cambios de opiniones sostenidas con los estudiantes. Otra forma de ser o de proceder, probablemente. De todas maneras, en mi corta experiencia en SMU, pude ver que muchos de los estudiantes (no todos) casi no habían leído sus *papers*; diferencia notable para con nuestro estudiantado de aquella época (los noventa).

Con el tiempo, pensando en mi tesis doctoral, accedí a dirigirla, lo cual hizo que volviera a viajar a Dallas, pero ya no como estudiante, sino para preparar ese trabajo allá. Viví unos meses en su casa en Dallas, en 1998, recibido fantásticamente por él y por Nancy Stone. Ya era otra cosa, estar a diario charlando y discutiendo de arqueología con Lew era lujo. De más está decir que era brillante y que más de una vez no logré captar sus ideas, las cuales pude entender después de un tiempo. A veces no era fácil. Excedía la comprensión inmediata. Si me pongo a pensar qué dijo específicamente o qué aprendí tal día, etc., no sabría concretamente qué decir, lo que sí sé, es que aquello generó todo tipo de ideas. Entonces, la discusión con él pasaba, no por aprender un concepto o un dato en particular, sino por entrar al mundo de las ideas, a usar la creatividad para sorprendernos, para aprender. Fueron grandes experiencias.

Ahora, fuera del horario de trabajo, Lew hacía, como cualquier mortal, cosas de lo cotidiano. Como cazador que era, conocía vida y obra de todas las ardillas de su “*back yard*”. Otra vez me sorprendió porque al pasar frente a su estudio escuché musiquita desde la computadora, estaba jugando al “Age of Empires” o similar; me causó gracia verlo con eso, me explicó que Napoleón estaba combatiendo a los vikingos; pero, a su vez, me alivió saber que cuando uno está haciendo un solitario en la computadora, en algo se le parece. Algo es algo.

Le gustaban los deportes, el fútbol americano, y supongo que, aunque no sabía de nuestro fútbol, era de Gimnasia (tengo su foto con el gorrito del Lobo, lo cual es una buena prueba).

Como ya señalé más arriba, Lew tenía cariño por la Argentina, era un lugar que le era familiar. Recordaba siempre a la gente de aquí de muy buena manera, como a Laura Miotti y su viaje a la Patagonia, a Luis Borrero y tantos otros. Todos recuerdos gratos para él. Para nosotros también, en su último viaje a Jujuy, fuimos a almorzar con Amber, él y los chicos que trabajan en el equipo, terminando en un bodegón comiendo empanadas, lo cual fue la mejor anécdota para ellos: “¡Estuve comiendo empanadas con Binford!”, decían.

Una de las cosas que más me impresionaron de Lew fue su historia de vida. Las experiencias por él relatadas en Alaska, Australia, Japón o donde fuere, eran fantásticas; le gustaba narrar

historias. Pero, por el otro lado, también se dejaba traslucir el costo personal de cosas tan intensas. Me conmovió mucho cuando, un día, viendo diapositivas en su estudio, pasó unas de su hijo, fallecido en un accidente de autos mientras él estaba en el desierto australiano. Se enteró por una nota al llegar con su grupo de cazadores a un ojo de agua, y tuvo que viajar desde allí hasta su casa. Se le notaba que, aún a tantos años, su tristeza era inmensa. Nunca lo vi así nuevamente. Por cierto, una historia de vida fuera de lo común.

Volví a trabajar en su casa, ya en Kirksville (Missouri) y siempre fui excelentemente recibido, tanto por él como por Amber Johnson. Allí terminé de darle forma a mi trabajo. Lew siempre estuvo disponible para discutir y leer todo lo que le pasaba. Nunca lo vi con mala predisposición o mal humor, todo lo contrario. Salíamos bastante a comer afuera, la comida mexicana le gustaba mucho, los camarones, etc. Pero aun saliendo a distraerse, alguna charla arqueológica siempre había. No cabe duda de que ese era el mundo en el que se sentía cómodo.

En su casa de Kirksville lo veía a diario trabajando con herramientas y maderas, como en sus inicios, construyendo cercos para su patio trasero. Después estaba en la computadora trabajando horas. Ya era grande y mantenía las ganas siempre.

Lo volví a ver por última vez en el 2010. Ya no estaba muy bien, pero hacía un gran esfuerzo todos los días por leer varias horas y lo lograba. Entusiasmo que nunca perdió. Una excelente predisposición cotidiana para todo, aun en los momentos más duros para él. Hablé por teléfono unos pocos días antes de que se fuera y estaba de buen ánimo, aún sabiendo qué estaba pasando.

Entusiasmo y ganas siempre de ir por más. Esa es una buena enseñanza para quienes quieren dedicarse a la ciencia.

Fue una suerte conocerlo. He sido afortunado.

Muchas gracias por todo, Lew.

NOTAS

¹ Mi viaje se dio por el apoyo de la Municipalidad de Olavarría y la FACSO/UNICEN, a través de una Beca Fullbright.

EN MEMORIA DE LEW BINFORD

Norfolk, Virginia, 21 de noviembre de 1930 - Kirksville, Missouri, 11 de abril de 2011

*Laura Miotti**

Una vez más frente a la hoja en blanco para llenar de palabras que expresen sentimiento genuino y un panorama breve del pensamiento de Lewis Binford con la implicancia de la enorme repercusión que sus ideas tuvieron desde los sesenta en la arqueología mundial. Qué difícil hacerlo sin caer en una historia anecdótica por haber tenido la suerte de haberlo conocido personalmente; ni en que esto sea tampoco un estructurado ensayo de sociología científica, como los tantos que se han escrito desde el 11 de abril de este 2011.

Lewis Binford marcó tanto el pensamiento arqueológico desde principios de los sesenta que esta pequeña semblanza deviene en una enorme responsabilidad y a su vez un gran honor, pero sobre todo responsabilidad, después de tanto que se ha escrito con mucha lucidez como homenaje, tributo o sociología de la ciencia. Aunque de este último género me queda un sabor amargo que sabe a crítica anacrónica y desmedida, como la de Alice Kehoe (2011). Pero insisto, desde este último 11 de abril, desde los más diversos lugares, los arqueólogos y antropólogos han recordado a Lewis Binford. Por lo tanto, y como puede el lector encontrar excelentes síntesis de su vida y obra en los trabajos de mis colegas y amigos en este mismo volumen (Borrero, Goñi y Politis) me centraré en el impacto que sus conferencias y cursos generaron a partir de 1993 en nuestro país, claro, todo este panorama filtrado por mi propia experiencia de sus visitas.

Tuve la enorme suerte de conocer a Lewis Binford en el primer curso de posgrado de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, cuyo esfuerzo por traerlo al país estuvo a cargo de Gustavo Politis, por entonces director del Departamento de Posgrado de nuestra Facultad en La Plata. A partir de ese curso siguieron encuentros de camaradería, con asados y muchas charlas, sobre arqueología y de las otras. Luego compartí con él dos viajes de estudio a Patagonia, los cuales no podré olvidar nunca, y lo que encontré en ellos fue una gran cuota de aprendizaje que, a modo de metáfora, nos presenta Kavafis en su célebre poema Ítaca: "... Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca debes rogar que el viaje sea largo, lleno de peripecias, lleno de experiencias... Acude a muchas ciudades del Egipto para aprender, y aprender de quienes saben..."

Para la altura del cruce de Jaramillo, en Santa Cruz, nuestro primer viaje con Binford, y con miles de kilómetros de estepa patagónica en la misma camioneta, y usando bandanas en

* Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: laura.miotti2@gmail.com

nuestras cabezas, el acartonamiento estaba derrotado por completo, lo cual ayudó a simplificar mis continuas preguntas y sus pacientes y atinadas respuestas. Ese viaje no fue exactamente una lección de “nueva arqueología”, fue mucho más de lo que yo esperé del mejor de los textos, ya que muy sencillamente y con su bandana en la cabeza, Binford me hizo repensar hasta el arte rupestre desde otro ángulo. El suyo, por supuesto, pero con cuánta astucia teórica me llevaba a discutir las ideas. Por lo tanto, su enorme generosidad y sencillez me hicieron sentir que Patagonia era tan importante, que era mi Ítaca, idea que nunca abandoné. Lo que a esa altura del viaje se me había transformado fue la imagen que de él tuve hasta los primeros días de curso en La Plata, “El maestro inalcanzable”. Él logró desvanecer el mito y aparecer al amigo y colega de extremada lucidez que me indicaba un camino. Ahora, a la distancia, sigo percibiendo al amigo, al colega, pero más aún resalto la enorme dimensión intelectual que me dejó su gratificante enseñanza.

Esto, expresado de modo muy resumido, es lo que he tenido el placer de compartir con él en sus estadías en Argentina y lo que me acercó a su pensamiento y a su vida. Por eso, esto no es una exégesis objetiva de su trayectoria, eso sería inabordable en pocas páginas. Aquí no se cuenta la vastedad de su producción, sino su creatividad y lógica arqueológica, además de los sentimientos que él puso en la manera de hacer arqueología, pero también parte de la imagen que cada uno de los que tuvimos el honor de poder compartir algo de su vasta experiencia y podemos transmitir.

Por lo tanto, y para bosquejar y recordar a uno de los maestros y de las mentes más brillantes de la arqueología, tomé dos tarjetas de las que solía enviarme Lew cada fin de año. ¿Por qué tomo estas dos tarjetas postales para recrear parte de su pensamiento? Porque en mi deformación profesional vislumbro a estas postales como objetos simbólicos de una forma de ser y de hacer. De este modo, cuando recuerdo a Lew es con la objetivación de las cosas o artefactos de su imaginario. Así percibo su arqueología, muy razonada y con mucho sentimiento. Su obra arqueológica queda plasmada en cientos de excelentes publicaciones, cursos y conferencias que los arqueólogos conocemos muy bien, pero que, si bien esa obra es consecuente con su forma de vida y de práctica profesional, parece muy alejada de sus propios sentimientos. Por eso creo que estas dos imágenes pueden sintetizar, mejor que cualquier foto, palabra o libro, a Lew y cómo de diferentes maneras nos hizo partícipes de su pensamiento académico.

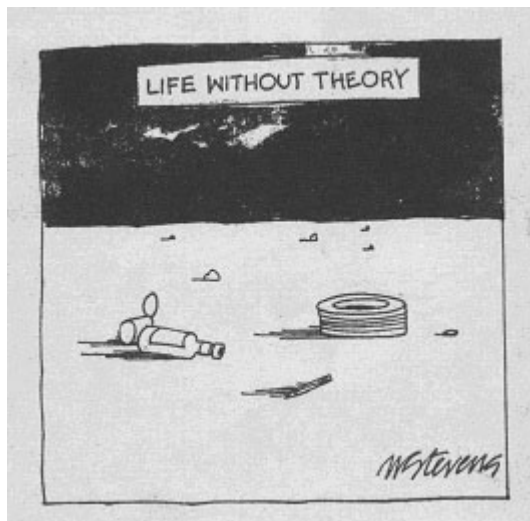
La faceta personal de Lew con un mensaje familiar, sencillo y doméstico, la encuentro en una tarjeta de buenos augurios para el comienzo del año 1996 y a la que me gusta llamar: “Nueva base residencial”. Ella deja entrever el significado que él daba a la arqueología en su vida. Una vida en la que lo cotidiano se mezclaba en una rica trama de reflexión y práctica; me transmite a un Lew divertido, pero a su vez apasionado por el motor de la teoría para cada acto cotidiano, y esto era capaz de transmitirlo de muchas formas, como en una tarjeta navideña.

Además de sentir pasión por la arqueología, a Lew le encantaba (¿casualidad o causalidad?) “recuperar” y “reciclar” casas antiguas. Una vez más, podemos desprender de sus pasiones y cotidaneidades el peso enorme que los conceptos ecológicos, antropológicos, etnográficos y arqueológicos tenían para él. Y en consecuencia, con esto, tal vez, y sólo como una interpretación personal, había creado un emprendimiento inmobiliario que además ayudaba en su economía doméstica. Medio año antes del envío de esta tarjeta, Lew había estado en mi casa de La Plata, y recuerdo que estaba fascinado con las bovedillas de ladrillo que formaban las lozas de la casa, las maderas de las puertas que seguían siendo las originales del año de su construcción, 1906. En aquella oportunidad, me contó que hacía tiempo andaba buscando una casa que tuviera las características de la mía, dual, donde él veía que el pasado convivía con el presente en armonía. Se fue de la Argentina ese año, y me dijo que cuando consiguiera alguna casa con carácter similar al de la mía me avisaría; también me decía que para él era una empresa difícil pero que iba a luchar por conseguirla. No pasaron más de tres meses, llegó fin de año, y el 5 de enero de 1996 recibí esta tarjeta desde Dallas, que era ahora su nuevo hogar.



La nueva base residencial

Esta otra postal, a la que llamo *Vida sin teoría*, para mí muestra sin dudas la importancia que Lew le asignó a este aspecto en su práctica arqueológica. De esta imagen percibo otro gran mensaje, que excede a nuestra propia generación para influir en las futuras. Y cuando pienso esto no lo extiendo sólo a los arqueólogos, sino a otros intelectuales que se interesan por transmitir hacia el extramuros académico un mensaje de vida mejor. Creo que esta tarjeta encierra todo lo que uno podría esperar para el presente y futuro de la arqueología y de la vida de los humanos con el mundo que nos rodea. Acá Binford nos muestra el desierto y el abandono si no tenemos un trasfondo conceptual que brinde un paisaje mejor, no sólo de la ciencia sino de la cultura material a futuro. Realmente, una idea vanguardista, aun más allá de los marcos procesuales.



Vida sin teoría

Esta vehemencia científica de Lew fue, asimismo, muy bien captada y expresada por David H. Thomas en su célebre *Archaeology*. En el capítulo en el que caracteriza la nueva arqueología americana, Thomas (1989) destaca que para ello es ineludible nombrar a tres jóvenes y enojados hombres que logran cambiar el curso del pensamiento arqueológico entre los cincuenta y los

sesenta. De ellos, Binford es, sin dudas, el más destacado, y por eso me pareció atinado poner la imagen de esta segunda postal.

Podemos decir entonces que Lewis Binford, el maestro que puso una bisagra a la historia de la arqueología, que fue una de las mentes más brillantes, que compartió y multiplicó sus ideas y una sistemática metodología de trabajo científico, nos dejó un legado de pasión por la disciplina entre los arqueólogos. Sí, él se ganó un merecido respeto intelectual en todos los ámbitos académicos porque su arqueología brindó un sólido marco de referencia, pero además fue consecuente con su forma de vida. Razonamientos brillantes, pasión por la vida y la ciencia, y una enorme capacidad creativa y laboral fueron los motores que marcaron su diferencia entre la excelencia académica de otros muchos arqueólogos y la genialidad que lo signó a él. Los incontables discípulos y seguidores de su pensamiento arqueológico no lo vamos a olvidar, y seguramente continuaremos discutiendo, desarmando y rearmando sus ideas; pero eso es lo que quiero destacar: “sus ideas”, en las cuales encontramos mucho potencial para seguir avanzando en la arqueología que practicamos.

La Plata, septiembre de 2011

BIBLIOGRAFÍA

Kehoe, A. B.

2011. Lewis Binford and his moral majority. *Arqueología Iberoamericana* 10: 8-16.

Thomas, D. H.

1989. *Archaeology*, 2da. ed. Rinehart, Winston.

MARTA (SUSANA) RUIZ GADDA

Capital Federal, 10 de junio de 1948 - Castelli, Buenos Aires, 7 de mayo de 2011

*María Esther Albeck**



Marta se fue, ha viajado a Tarapacá...

En Carangas, “viajar a Tarapacá” expresa la partida de este mundo. Viajar a Tarapacá, ir hacia occidente, donde muere el sol sobre el Pacífico y migran las almas a su enigmático destino. Ahora es Marta quien ha partido hacia allá.

Viajar no será algo nuevo para ella, ha sido siempre una parte importante de su vida. Puna, Quebrada y Valles, Noroeste Argentino, Chile, Bolivia, Perú, Andes Centrales, Meridionales y Centro-Sur, Colombia, México, España. Aunque fundamental y reiteradamente América... América con su fabuloso pasado, con una inconmensurable riqueza cultural que enlaza pasado y presente, lo indígena con lo europeo, lo místico y lo cotidiano... Y los veranos a Mar del Plata y a la casa de su madre en Castelli.

Se movilizaba asiduamente a reuniones científicas, trabajos de campo y también por el sólo placer de conocer nuevos paisajes, otra gente y su universo de costumbres.

Los viajes con objetivos científicos y docentes se matizaban con otros intereses¹. Jamás dejaba de lado la visita a museos, sitios y poblados arqueológicos, paneles con pinturas rupestres, iglesias, fiestas religiosas, librerías, mercados y ferias tradicionales; contemplar la puesta del sol.

Los viajes incrementaban su bagaje profesional: conocimientos, fotos, música, libros... “Infinitos libros”, de historia, arqueología, arte, literatura, la han acompañado en su retorno al hogar, pero en el equipaje incluía también artesanías, santos o angelitos y regalos para sus amigos y conocidos.

El conocimiento adquirido en sus travesías, realizadas a pie y a caballo, en auto, camionetas, buses o avión (poco avión, porque le disgustaban enormemente los viajes aéreos), le permitió

* Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: malbeck@gmail.com

reconocer la unidad en lo diverso del ser americano, los puntos de contacto del presente y del pasado, la naturaleza mutante y permanente del paisaje andino con su esencia profundamente humana.

Su interés profesional se centró en la Puna, fundamentalmente en el arte rupestre, las crónicas del momento de la conquista sirvieron de fuente para su interpretación. Las descripciones realizadas por testigos oculares del derrumbe del Imperio Incaico y las ilustraciones que acompañan algunos textos posteriores fueron usadas para avanzar en el conocimiento de las sociedades surandinas. La identificación de representaciones de incas y sus ejércitos plasmados sobre paneles rocosos de la Puna ha sido planteada por ella al tomar en cuenta la presencia de figuras humanas con vestimentas y atuendos característicos, análogos a ilustraciones y descripciones de la conquista. Resistido inicialmente por los especialistas, su planteo ha ido tomando consistencia y actualmente constituye una rica vía de análisis en la interpretación de las representaciones figurativas del arte prehispánico.

Rinconada ha sido su patria chica en la Puna de Jujuy. Conocida por ella desde su época de alumna, en viajes de campo con sus profesores al Pucará, ha sido un destino reiterado a lo largo de los años para explorar ignotos rincones y descubrir nuevos vestigios del pasado local.

Marta ha sido una docente sumamente dedicada, de una gran generosidad. Ni un atisbo de mezquindad al ofrecer información, textos, fotos, y todo lo que tuviera a quien se mostrara interesado. Establecía excelentes vínculos con los alumnos, con quienes ha compartido viajes de estudio, tareas de campo y reuniones.

Su tarea como autora, aunque más como editora, la ha llevado a ser el alma de la revista *Cuadernos de la Facultad de Humanidades*. La revista *Pacarina* es enteramente su creación. Se apasionaba por la política universitaria, así ofrendó años de su vida a la Universidad de Jujuy².

De una personalidad extremadamente ordenada, todo debía hacerse con tiempo y considerando los más mínimos detalles. La organización de las Jornadas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales ha contado con su activa participación en casi todas las instancias. Sólo en un par de oportunidades, y como secuela de su enfermedad, se ha visto obligada a mantenerse al margen. Congresos, seminarios, talleres, visitas de académicos, han sido muchos los eventos realizados a su instancia, ideados y motorizados por sus vínculos personales con profesionales de diversos lugares.

El XVI Congreso Nacional de Arqueología, realizado en Jujuy con más de 1000 participantes, fue imaginado y diseñado sobre una hoja de papel mientras desaparecían lentamente dos botellas de buen vino blanco. Todo fue pensado desde el primer momento, la publicación anticipada de las actas, los “souvenirs”, los profesionales invitados. Con el TANO A II, un riquísimo foro de intercambio académico, ocurrió algo similar. No creo que algún participante olvide las jornadas de campo en Quebrada y Puna desarrolladas dentro del marco de esa reunión.

Marta, profundamente creyente, mantenía no obstante una mirada crítica hacia el manejo humano de la iglesia. El arte colonial, eminentemente devoto, fue una gran pasión. Su conocimiento sobre la hagiología le permitía abundar en detalles sobre las múltiples imágenes religiosas acerca de las que daba cátedra en oratorios, capillas, iglesias o basílicas. Siempre dispuesta a compartir su saber, abría un mundo desconocido para quienes hemos tenido el placer de escucharla.

Era de una pulcritud excepcional y envidiable, su estilo, informal, pero con mucha clase. Sus zapatillas de un blanco immaculado en plena excavación arqueológica han generado la admiración de colegas y de generaciones de alumnos, una gran intriga para más de uno. ¡Insuperables!

A Marta le gustaba la buena vida. Buena música, buen cine, buen libro, buena comida (poca cantidad, eso sí), buen vino, pisco sour, chocolate y café... Disfrutar esos placeres intensos pero efímeros en charlas con sus amigos, con colegas en alguna reunión, emocionarse ante el aria de una ópera y la inmensidad o belleza de un paisaje.

La mayor riqueza acumulada en su vida han sido sus vínculos personales. Ha sabido generar intensos lazos de amistad, tejiendo una enorme red de relaciones y amigos que minimizaba

fronteras, anudando una trama de cariño, intimidad y vivencias compartidas. El capital humano ha sido su mayor tesoro; construido a lo largo de décadas sin importar la distancia, Marta supo darle continuidad y firmeza. Sus amigos eran lo más importante, con ellos ha suplido la ausencia de lazos de sangre en su lugar de residencia. Mantenía intercambios fluidos con todos ellos, ya fuera en España, Escocia, Cuzco, Sucre o Cochabamba, Santiago o Antofagasta, Buenos Aires, Río Cuarto o Mendoza. Se interiorizaba de éxitos y logros, se preocupaba por dolencias, enfermedades, problemas profesionales, personales y familiares. Era una hermana para sus amigas y “tía” de los hijos de ellas. Así, a lo largo de la vida, fue construyendo su gran familia extendida.

Para sus amigos, nada volverá a ser como antes...

En lo personal, tengo miles de recuerdos y vivencias que remiten a ella. Muchos, profesionales, por trabajos e intereses compartidos a lo largo de 25 años (y he perdido la cuenta de los viajes). Sin embargo, lo más fuerte es ajeno al mundo académico. En esa maraña de situaciones que se agolpan en la memoria, rescato tres que irremediamente me traerán el recuerdo vívido de Marta:

Cuando asomen los diablos sobre el filo del cerro en Uquía, para dar inicio al Carnaval,
Cuando llene una copa de buen vino blanco,
Cuando contemple la dorada muerte del sol sobre el insondable espejo del Pacífico.

Por esto último tengo la certeza, Marta viajó a Tarapacá...

NOTAS

- ¹ Marta Ruiz obtuvo en el 2004 el grado de Magíster en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología e Historia Andina. Escuela Andina de Posgrado. Centro Regional de Estudios Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Cuzco, Perú.
- ² Fue Profesora Titular y Adjunta a Cargo de la Cátedra Arqueología Americana. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy, entre 1987 y 2011.

ANTONIA FABIANA DELFINA PERONJA

Casilda, Santa Fe, 20 de enero de 1944 -Viedma, Río Negro, 20 de mayo de 2011

*Gladys Hahn**, *Cecilia Palma*** y *Beatriz Moldes de Entraigas****



Antonia nació en Casilda (Santa Fe), en un hogar de inmigrantes de origen croata en el cual le inculcaron el amor a la tierra y a la educación. Su natural inclinación a la docencia la llevó a ser Maestra Normal Nacional. Posteriormente, se graduó en la Universidad Nacional de Rosario como Licenciada en Historia con orientación en Antropología.

Al finalizar sus estudios, decidida a dejar Rosario, ante propuestas laborales provenientes de la Patagonia, optó por Viedma antes que Ingeniero Jacobacci, dadas sus relaciones de amistad y parentesco con Magda Lobera y Rodolfo Casamiquela. Fue así que, en 1972, llegó con su bagaje de sueños y esperanzas a su nuevo lugar con

el fin de desarrollarse profesionalmente en una actividad a la que le dedicó toda su vida. Allí integró, junto con sus nuevos compañeros, el en ese momento recientemente creado Centro de Investigaciones Científicas de la provincia de Río Negro (CIC), donde se desempeñó en los sectores de Antropología, y de Museos, Monumentos y Lugares Históricos. Su lugar específico fue el Museo Eugenio Tello, cuya sala antropológica había sido planificada por la antropóloga Nelly Carrió, y armada conjuntamente con el personal del CIC y allegados. La exhibición presentaba los novedosos lineamientos vigentes en esa época en lo referido a guión de exhibición, a lo textual, como así también en lo expositivo, y fue un modelo de museo en la región patagónica durante muchos años. Desde sus salas, Antonia desempeñaba su función docente haciendo reflexionar a los visitantes sobre el hombre patagónico prehistórico y su relación con el medio y con otros grupos étnicos.

De aquellos tiempos quedaron los recuerdos del curso sobre “Arqueología de la Patagonia” dictado por los académicos en boga tales como Carlos Aschero, Carlos Gradin, Marcelo Bormida, Amalia Sanguinetti, Humberto Lagiglia, Héctor Dantoni, entre otros. Como así también de aquella

* Museo Gobernador Eugenio Tello, Viedma (Río Negro). E-mail: gradyshahn1@yahoo.com.ar

** Museo Gobernador Eugenio Tello, Viedma (Río Negro). E-mail: negrase@hotmail.com

*** Ex profesional del ex Centro de Investigaciones Científicas de Río Negro. E-mail: beamentraigas@gmail.com

“residencia” del CIC, donde ella, junto con un grupo de cordobeses, vivieron una época incomparable. De esos años también son las incursiones iniciales en pos de la arqueología rionegrina haciendo prospecciones en yacimientos en cuevas como la del milodón, cerca de Jacobacci, donde ya había trabajado en forma previa, siguiendo después con sitios al aire libre en las cercanías de Viedma. También realizó prospecciones por yacimientos costeros, en varios sitios en General Conesa, entre los que se destaca el de Paso de Piedra. Integró el equipo del profesor Carlos Gradin, en las excavaciones de sitios de Casa de Piedra sobre el río Colorado. Asimismo, durante sus primeros años en la provincia, se dedicó a la antropología física, con énfasis en el crecimiento y desarrollo de los niños de escuelas periféricas de Viedma, para luego dedicarse de lleno a la arqueología. En este aspecto, sin dudas, su mayor predilección fueron los sitios ubicados en el área del río Pichileufu, y más específicamente por Cueva Visconti. Las excavaciones eran compartidas con la vida cotidiana; en este sentido, como hecho anecdótico, recordamos cuando, en marzo de 1973, con motivo de las elecciones presidenciales, estando en Pichileufu, el grupo que trabajaba en la cueva debió cumplir con los trámites de la excepción, razón por la cual fue trasladado a Pilcaniyeu en la caja de un camión junto con los pobladores de la zona que debían emitir su voto, situación de lo más risueña, largamente comentada y festejada por el grupo.

Siguieron años en los que se abrieron nuevos escenarios en todos los aspectos de la vida de la nación y de sus ciudadanos, y sobrevino una época de cambios y transformaciones que nos afectaron a todos. En el aspecto científico, se produjeron importantes cambios de paradigmas. En arqueología, los postulados de la escuela histórica cultural fueron reemplazados, no sin conflictos y duros enfrentamientos, por aquellos de la llamada “nueva arqueología”. Antonia, en el marco de las nuevas ideas, comenzó a trabajar con apasionamiento en la Cueva Visconti, en un equipo integrado por varias de sus antiguas compañeras de facultad bajo la dirección de Rita Ceballos, quien inicialmente había adoptado las ideas de la escuela francesa, en la que descollaba André Leroi Gourhan, y que tenía como modelo el trabajo desarrollado en Pincevent.

Preocupada siempre por “la actualización y transferencia” como decía, las investigaciones arqueológicas fueron acompañadas por trabajos de difusión desde el Museo Tello y mediante el dictado de cursos por la zona. O como profesora de Antropología, entre otras materias, en la Sede Atlántica de la Universidad Nacional del Comahue y en el Museo de Carmen de Patagones.

Publicó artículos científicos, como el informe sobre el arte rupestre de la cueva Visconti, junto a Rita Ceballos (Ceballos y Peronja 1983) los resultados de las prospecciones por el valle medio (Peronja *et al.* 1987) y un análisis político sobre el cacique Yanquetruz, con Jorge Bustos y Stella González (Bustos *et al.* 1994). Entre los artículos de difusión general figura aquel sobre los primeros pobladores, en una obra colectiva del CIC (Peronja y Entraigas 1987). Otro aspecto de su trabajo fue el asesoramiento en la formación de museos de la provincia, de allí que participara en la primera muestra arqueológica en la localidad de Pilcaniyeu y luego en la puesta en marcha del Museo Geylum sobre la base de los materiales arqueológicos excavados del Abrigo de Pilcaniyeu por Boschín y Nacuzzi (1980). Asimismo, intervino en el diseño del nuevo museo de Valcheta y asesoró permanentemente a otros museos de la provincia.

El nuevo período democrático trae la reformulación del organismo encargado de las actividades concentradas en el desaparecido CIC y sus sucesores como la Dirección de Estudios Rionegrinos, con la consiguiente merma de personal. Antonia quedará al frente de lo que será el Área de Patrimonio Arqueológico. La decepcionante alternancia de dependencia y jerarquía entre las que se oscilaba –de Planeamiento a Educación o Cultura, según mandara el cambiante organigrama provincial– provocaba una crónica escasez de presupuesto y el manifiesto desinterés por la tecnología e infraestructura, y la dejaba sujeta a inundaciones, frío, lluvias, goteras en los techos, etc. En esas circunstancias, no pocas veces, allá estaba Antonia junto con los demás sacando cosas del sótano para que se secaran, o atravesando el patio lleno de agua con cajas que se quería resguardar en otro lado.

En esta nueva etapa, Antonia concentra sus esfuerzos en crear un nuevo marco legal para la protección del patrimonio antropológico, arqueológico y paleontológico ante el anacronismo de la vieja ley 439, así como de ordenar las investigaciones en el territorio de la provincia. Trabajó intensamente en la que sería la Ley 3041, sancionada en 1996 y cuya reglamentación se logró recién en 2003. Con el tiempo, Antonia se fue constituyendo en la referente principal a nivel provincial en esta temática, velando responsablemente para su cumplimiento como en el caso de ALPAT.

Concedora de una provincia de la que se sentía parte, fue asesora en políticas culturales y en los derechos de los pueblos originarios para la Comisión de Cultura y las Áreas Naturales Protegidas de la Legislatura, y del gobierno provincial; trabajo arduo, supeditado fuertemente a los gobiernos que pasan, en un territorio de heridas abiertas.

Entrado el nuevo siglo, algunos de sus alumnos llegarán a trabajar con ella en el museo, y junto a ellos, Antonia acompañará el proceso de revisión del guión y el montaje de la primera muestra sin restos humanos en exhibición pública en las salas del Museo Tello, concretada al fin en el año 2005. Se aplicaron así las nuevas ideas surgidas de la legislación internacional y nacional con respecto al estatus de los pueblos originarios, y en especial en lo relacionado con la exposición de los restos óseos. A punto de gozar de los beneficios de su jubilación, las autoridades municipales decidieron la recuperación del edificio en donde funcionaba el Museo, y, ante el inminente traslado, fue parte activa en la búsqueda de consensos entre las autoridades provinciales y las comunidades indígenas a través del CODECI para la reubicación transitoria de los restos depositados en el edificio ubicado frente a la plaza San Martín en otro lugar, hasta que, finalmente, se viabilice su restitución.

En su extensa trayectoria, si bien tuvo momentos distendidos, también debemos remarcar que Antonia debió afrontar situaciones difíciles para la cultura en general, y en particular para algunas instituciones locales, como por ejemplo, ver con tristeza cómo se desmantelaban organismos, o cómo el Museo donde había pasado gran parte de su vida era cerrado y sus materiales depositados en un lugar inadecuado, sin saber en qué lugar ni cuándo sería reabierto. Estando ya jubilada, se queda hasta ver mudado el patrimonio que siempre había cuidado, y se aleja después de 38 años, aunque continuó apoyando y dando consejos a sus antiguas compañeras de trabajo, de quienes dijo “queda en buenas manos, son buena gente”.

Maestra, siempre maestra, Antonia dedicó su vida a “transmitir preguntas”, como le gustaba decir. Estuvo presente siempre con ellas, nombrándolas, mostrándonos el sentido que *el decir* tiene. Su presencia defendió, cuidó, convirtió en ley y siempre generó controversias. El Museo Tello fue su hogar, exceptuando sólo un par de años debido a diferencias irreconciliables con más de un funcionario.

Inesperada y paradójicamente, Antonia nos deja el 20 de mayo de 2011, día en que se cumplió el primer año de Sala cerrada; un año durante el cual el Museo no pudo hablar. Para los que tuvimos la suerte de trabajar con ella, de analizar y discutir sus agudas críticas, la contraposición de los conceptos y aprender de su vasta experiencia, esta fecha será siempre emblemática.

Viedma, septiembre de 2011

BIBLIOGRAFÍA

Boschin, M. T. y L. R. Nacuzzi

1980. Investigaciones arqueológicas en el Abrigo de Pilcaniyeu. Río Negro. *Sapiens* 4: 123-129. Chivilcoy.

Bustos, J.; S. González y A. Peronja

1994. Los tratados de paz como una de las manifestaciones de las relaciones interétnicas. El tratado con Yanquetruz, 1857. *Revista de la Escuela de Antropología* 3: 17-27.

Ceballos, R. y A. Peronja

1983. Informe preliminar sobre el arte rupestre de la Cueva Visconti, pcia. de Río Negro. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XV*: 109-119.

Peronja, A. y B. M. de Entraigas

1987. Los primeros pobladores. H. D. Rey *et al.* *Historia del Valle Inferior del Río Negro. El nuevo Distrito federal*: 50-107. Buenos Aires, Plus Ultra.

Peronja, A., E. Sánchez y Juliá y A. López

1987. Prospecciones arqueológicas sobre costa de río, con presencia de bivalvos, Provincia de Río Negro. *Comunicaciones de las Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 243-248, Trelew.

ANTROPÓLOGOS Y ANTROPOLOGÍA ENTRE LAS UNIVERSIDADES NACIONALES DE LA PLATA, LITORAL Y CÓRDOBA. CIRCULACIÓN DE PERSONAS, SABERES Y PRÁCTICAS ANTROPOLÓGICAS EN TORNO DEL LIDERAZGO ACADÉMICO DE ALBERTO REX GONZÁLEZ (1949-1976)

Mirta Bonnin*, Germán Soprano**

RESUMEN

El artículo es un estudio centrado en el liderazgo académico de Alberto Rex González desde una reconstrucción de su trayectoria por las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba entre 1949 y 1976. Analiza los modos de acceso a esas instituciones y su profesionalización como científico, las relaciones de afinidad y conflicto con otros antropólogos contemporáneos, sus tareas como profesor e investigador, la formación de nuevos antropólogos y la constitución de equipos de investigación, su consagración en el campo antropológico nacional y proyección internacional. Enfocando la circulación de González por diferentes ámbitos y analizando sus relaciones institucionales y personalizadas con otros actores, se propone comprender –desde un punto de vista metodológico original– las trayectorias antropológicas de individuos, grupos e instituciones, sus interlocuciones, así como los procesos de producción y circulación de saberes y prácticas antropológicas que se relacionan con aquellas.

Palabras clave: Alberto Rex González – antropología – arqueología – universidades nacionales – trayectoria académica y profesional.

ABSTRACT

This article is a study centered on the academic leadership of Alberto Rex González, reconstructing his trajectory through the National Universities of La Plata, Litoral and Córdoba between 1949 and 1976. It analyzes his form of entry into these institutions and his professionalization as a scientist, his relationships of friendship and conflict with other contemporary anthropologists,

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: mirtabonnin@yahoo.com.ar

** Consejo Nacional de Promoción Científicas y Técnicas. Universidad Nacional de Quilmes/Universidad Nacional de La Plata. E-mail: gsoprano@unq.edu.ar

his work as a professor and investigator, his foment of new anthropologists and construction of investigation groups, his baptism in the national anthropological field and his international outreach. Focusing on the movement of González through different milieu's and analyzing his institutional and personal relationships with other actors, we propose to understand –from an original methodological point of view– the anthropological trajectory of individuals, groups and institutions, their dialogues, as well as the processes of production and circulation of knowledge and anthropological practice related to these.

Keywords: *Alberto Rex González – anthropology – archaeology – nacional universities – academic and profesional trajectory.*

INTRODUCCIÓN

Alberto Rex González es el más destacado de los antropólogos argentinos vivos, tanto por su reconocida trayectoria en el campo científico y universitario nacional e internacional, como por ser uno de los más populares en medios no académicos de nuestro país. Nació en 1918 en la localidad bonaerense de Pergamino, realizó estudios de Medicina en la ciudad de Córdoba, pero desde su adolescencia se interesó por la antropología; efectuó investigaciones en arqueología y cursó su doctorado en la Universidad de Columbia, donde lo alcanzó la influencia intelectual de Julian Steward¹. A su regreso de los Estados Unidos ingresó, a comienzos de 1949, a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) como investigador y docente, donde cumplió dos etapas hasta ser cesanteado en 1976 por las autoridades universitarias del Proceso de Reorganización Nacional. Durante ese extenso período, González se desempeñó, además, como docente y director de instituto en las Universidades Nacionales del Litoral (sede Rosario) y de Córdoba (Instituto de Antropología). En las tres casas de estudio concitó la atención de estudiantes de Historia y de Antropología que deseaban formarse con él en la producción de investigaciones arqueológicas y algunos también en Antropología Social, y se constituyó en un potente y personal líder intelectual para jóvenes antropólogos.

En este trabajo se propone un estudio de la trayectoria institucional e intelectual de Rex González entre 1949 y 1976. Analizaremos, por un lado, la inscripción institucional de González en Córdoba, Rosario y La Plata, sus relaciones académicas y personalizadas, y atenderemos, además, a la circulación de personas e ideas entre esos ámbitos universitarios.

INSERCIÓN ACADÉMICA Y PROFESIONALIZACIÓN: LA PLATA (1949-1952)

Tras recibirse como Médico en la Universidad Nacional de Córdoba, Alberto Rex González realizó estudios de doctorado en la Universidad de Columbia (Nueva York) entre junio 1946 y fines de 1948. Además de la fuerte influencia del antropólogo Julian Steward en su formación, también conoció el influjo de otros autores y corrientes antropológicas ligadas a Franz Boas y discípulos, así como autores neoevolucionistas y neopositivistas activos en Columbia (González 2000; Bianciotti 2005). Ingresó al Museo de La Plata a los 29 años, en octubre de 1948, y se desempeñó como especialista en Arqueología en reemplazo de Fernando Márquez Miranda, consagrado antropólogo argentino que fuera exonerado de sus cargos universitarios por la intervención del Poder Ejecutivo Nacional de 1946². Según expresó posteriormente (González 2000), el antropólogo Enrique Palavecino (especializado en etnología de poblaciones indígenas y folklore) lo contactó con el director del Instituto del Museo, el zoólogo Emiliano Mac Donagh.

En los Estados Unidos, González no sólo renovó sus enfoques teóricos y conocimientos sustantivos sobre la antropología: también adquirió nuevos saberes prácticos sobre la tarea del arqueólogo en el terreno con su participación en la experiencia de la “Escuela de arqueología

de campaña” de la Universidad de Arizona en Point of Pines: “[...] Hay cosas que sólo pueden aprenderse practicándolas. Así el arqueólogo generalmente adquirirá su práctica de excavación junto a otro arqueólogo de mayor experiencia [...]” (González 2000:102). Al regresar, la incorporación de una concepción contextual, relacional e histórica sobre el estudio y el quehacer arqueológico lo llevaron a evaluar críticamente las investigaciones de los arqueólogos argentinos contemporáneos. Desde su punto de vista, entre las décadas de 1930 y 1940, estos erraban sus interpretaciones al sustentarlas en fuentes documentales extemporáneas del período hispánico, por realizar salidas al terreno en forma episódica y asistemática, y/o por servirse sin debidos controles del recurso de trabajadores –“peones”– descuidados o inexpertos en el conocimiento de las técnicas adecuadas de excavación: “Los pioneros de nuestra arqueología [...], fueron sin embargo grandes trabajadores de campaña. En la generación que siguió, la labor del terreno decayó notablemente. Fue reemplazada por la exégesis histórica. Esto resulta claro cuando se examinan, aun superficialmente, las obras principales de síntesis, de los años 40-50” (González 2000:103).

En las campañas llevadas a cabo como investigador de la FCNyM de la UNLP, González pondría en práctica lo aprendido en EEUU: la reconstrucción histórica del sitio mediante la excavación sistemática de grandes superficies mediante cuadrículas, el uso de estratigrafía, el examen meticuloso de las piezas y la aplicación del carbono 14. Sin dudas, en la defensa de estos enfoques, métodos y técnicas reside el núcleo del conflicto científico y personal que mantendría con Márquez Miranda, a quien había reemplazado en esa unidad académica. Así lo confirma un testimonio retrospectivo de González:

Poder estudiar la colección Muñiz Barreto fue un punto sumamente importante en mi carrera. Cuando ingresé al Museo lo primero que advertí fue el enorme valor y la extraordinaria documentación de esa colección que ya conocía por algunas publicaciones. Cuando regresé de Estados Unidos la colección estaba totalmente abandonada; además, las conclusiones a las que arribaron mediante su estudio eran falsas desde el comienzo hasta el final. Por ejemplo, en el libro *Los diaguitas* de Márquez Miranda –que se publicó en 1948– las piezas de Aguada, Ciénaga y Condorhuasi servían para ilustrar a los diaguitas históricos; es decir, él seguía no sólo las ideas sino también a la metodología que había inaugurado Eric Boman con su libro *Les antiquités de la région Andine de la République Argentine et du désert d’Atacama*, publicado en París en 1908, en donde la interpretación del material arqueológico se hacía a partir de un estudio exhaustivo de crónicas históricas. Así, todo lo que se encontraba en el noroeste argentino se consideraba que pertenecía a los pueblos que encontró la Conquista, es decir, a los diaguitas históricos [...] Comencé a trabajar apenas regresé de Estados Unidos [...] Separamos los materiales de cada tumba y los organizamos, cementerio por cementerio. Esta tarea llevó casi dos años. [...] Después realizamos estratigrafías y encontramos algunos casos donde era muy clara la superposición de culturas. Pudimos fechar con carbono 14 las capas más profundas que correspondían a un período que iba desde comienzos de la era cristiana hasta el año 500 DC y luego las capas siguientes, en las cuales se encontraban culturas como La Aguada y Ciénaga; así quedó demostrado que no sólo los diaguitas habían habitado la zona (Bianciotti 2005:175).

En la Memoria Anual de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de 1950, el recién asumido delegado interventor de la mencionada unidad académica, el capitán de Fragata (retirado) Guillermo Wallbrecher, destaca la presentación por parte de González –con cargo de Profesor Adjunto de Antropología y de Jefe Asesor de Investigaciones de la División homónima– de un “interesante proyecto” de estudio de la colección Muñiz Barreto, cuyo acervo “está prácticamente inédito”. Retomando expresiones –seguramente vertidas en un informe previo provisto por González– Wallbrecher destaca:

Las necesidades de su estudio son obvias y causa verdadera sorpresa que sus posibilidades no hayan sido encaradas hasta ahora. [...] Según el doctor don Alberto Rex González la publicación de todo el material de la colección Muñiz Barreto requeriría varios años de estudio y llevaría muchos volúmenes. [...] Pero este estudio debe ser comenzado y el subscripto, conforme le informara oportunamente al señor Rector ha presentado todo su apoyo para que los trabajos se inicien de inmediato. Es necesario estimular la realización de una obra que contribuirá a responder a nuestras preguntas de cómo fueron y cómo vivieron los pueblos que habitaron las montañas del noroeste argentino desde los tiempos más remotos hasta el día en que se escribió la epopeya de la conquista³.

Las apreciaciones del informe de Wallbrecher al Rector de la Universidad constituyen no sólo una exaltación de la propuesta presentada por González, sino también una crítica abierta a Márquez Miranda, quien había estado a cargo del ordenamiento, clasificación y estudio de la colección desde que ésta fuese incorporada al patrimonio del Museo de La Plata tras su adquisición a la familia Muñiz Barreto por 350 mil pesos y otorgada a esa institución universitaria por ley del Congreso de la Nación. La Memoria de la FCNyM de 1950 indica que dicha colección contaba con más de 12 mil piezas de cerámica, piedra, bronce, oro, malaquita y otros materiales; más 82 mapas y planos de sitios arqueológicos (ciudades y fortalezas) –especialmente de los Valles Calchaquies (provincias de Tucumán y Catamarca)– reunidos en once expediciones realizadas entre 1919 y 1929. También, diarios de viaje, libretas de campo y anotaciones detalladas con las condiciones de hallazgo de cada pieza, ilustraciones y fotografías (unos 15 mil negativos). Dicho relevamiento había sido efectuado por los ingenieros Wladimir Weisser y C. Wolters, con la dirección del antropólogo Salvador Debenedetti, y contratado por el diplomático brasileño Muñiz Barreto. En los años subsiguientes, bajo supervisión de González, el personal de la División de Antropología del Museo de Ciencias Naturales de La Plata procedió a la “ordenación y fichaje” del material (en el año 1951 clasificando el material de las siete últimas expediciones), mientras aquel avanzaba en su estudio en laboratorio y con salidas al terreno en los meses de abril y mayo con el objetivo de producir nuevos conocimientos trabajando sobre los sitios en la provincia de Catamarca asociados con el material de la colección. En el curso de esas “excursiones científicas” se obtuvieron nuevas piezas para el patrimonio del Museo. Las labores de ordenamiento y clasificación avanzaron lentamente debido a la escasez de personal disponible en la División⁴. Por la misma razón, señala que sus posibilidades de publicar sobre la colección Muñiz Barreto “son nulas mientras no tenga personal competente. Desde hace cuatro años vengo bregando por conseguir una dibujante permanente y hasta ahora me han nombrado dos analfabetos con vinculaciones”⁵.

Relata González que Oswald Menghin lo contactó para realizar juntos una nueva excavación en un sitio que a comienzos de los años cuarenta había sido excavado por él y Aníbal Montes y cuyos resultados fueron publicados en 1943. A Menghin le habría llamado la atención que no hubiesen hallado piezas de cerámica allí. La propuesta pudo concretarse gracias a que la FCNyM –mediante gestiones de González que encontraron buena recepción en el decano el zoólogo Emiliano Mac Donagh– contrató al antropólogo austriaco como investigador en 1950. González recuerda que:

Esto era para mí la oportunidad de trabajar con uno de los investigadores europeos más reputados. Sin embargo, había que tener en cuenta que su enfoque era el de la escuela del *kulturkreise* o de los ciclos culturales. Para mí era muy importante que una personalidad como él quisiera conversar de esos hallazgos que aquí habían sido prácticamente rechazados. Lo que resultó fue algo de lo cual me he arrepentido por el resto de mi vida, pero estaba sesgado por el entusiasmo, por los nuevos conocimientos que me podía brindar esta posibilidad de verlo trabajar en el terreno, cómo procedía, cómo eran sus técnicas y mejorar las mías [...] Para mí fue interesante observar cómo Menghin practicaba sus estratigrafías

y cómo las interpretaba. No había gran diferencia con las técnicas que yo había aprendido en Estados Unidos aunque, quizá, los norteamericanos eran más meticulosos en el cuidado de la excavación. Desde el punto de vista metodológico el trabajo de Menghin era más deductivo que inductivo, mientras que los norteamericanos eran mucho más inductivistas (Bianciotti 2005:177).

De la lectura de este pasaje del testimonio de González debe destacarse, sin dudas, la mención a su “arrepentimiento” por haber trabajado en esa oportunidad con Menghin, en razón de que este último había sido Ministro de Educación del gobierno de Austria anexo al Reich de la Alemania nazi (Khol y Pérez Gollán 2002; Fontán 2005). No es posible alegar al respecto que se desconociera la trayectoria científica de Menghin antes de arribar a la Argentina, dado que era un académico ampliamente reconocido en temas de prehistoria de Europa; al tiempo que en la Memoria Anual de la FCNyM de 1950 se destaca positivamente que era “ex profesor y rector de la Universidad de Viena”. Y a pesar de los testimonios ofrecidos posteriormente por González, los trabajos en terreno realizados en Ongamira no fueron los únicos compartidos con Menghin. En la Memoria Anual de la FCNyM de 1950 consta una “excursión de estudio” efectuada por ambos y por dos estudiantes de la Facultad durante aproximadamente veinte días. Ese año González también participó de una “excursión de estudios” a la localidad bonaerense de Chapadmalal junto con estudiantes y profesores de otras materias de Geología (Héctor Antonio Orlando) y Paleontología (Rosendo Pascual). Sin dudas, González vio una excelente oportunidad académica de trabajar junto a Menghin e, indudablemente, como afirmó en testimonios ulteriores, en aspectos técnicos y metodológicos no mantenían grandes diferencias. En este sentido, y de acuerdo con Guber *et al.* (2007), ambos compartían el recurso de la excavación estratigráfica, aunque para Menghin la estratigrafía evidenciaba una sucesión de capas que debían ser colocadas en relación con referencias cronológicas establecidas a partir de su inscripción en contextos geológicos⁶; en tanto que para González las diferentes capas del sitio demostraban la existencia de una secuencia de cambio en la evolución cultural. Para González, los indicadores obtenidos en el sitio “no eran sólo los objetos aislados sino los tipos culturales en su contexto, ya fuera en sucesión estratigráfica, natural o artificial, y/o en dispersión real. Aunque las características morfológicas de ciertas piezas podían ser indicadores en sí mismos [...] la idea de asociación y el concepto de observación in situ pasaron a ser criterios esenciales del trabajo de campo” (Guber *et al.* 2007:386). En el informe de la “excursión científica” realizada por González y Menghin en Ongamira, incorporado a la Memoria Anual de la FCNyM de 1950, se describen la labor en el sitio, la metodología aplicada y los resultados obtenidos:

Las excavaciones principales fueron efectuadas en un abrigo bajo roca situado en el valle de Ongamira, a unos 30 kilómetros de la localidad de Capilla del Monte. [...] El yacimiento de Ongamira reveló una serie de fogones superpuestos, acumulados durante un largo período, que contienen abundantes restos de ceniza, carbones y huesos de ciervos y guanacos, principal alimento de los más remotos habitantes del abrigo. La alfarería sólo fue conocida por los habitantes más recientes, los que ocuparon la parte superior de los horizontes dos y uno. En general este yacimiento revela la existencia de un pueblo de cazadores, mucho más primitivos que los indígenas conocidos con el nombre de Comechingones y Sanavirones [...] pues de acuerdo con los resultados obtenidos [estas excavaciones] son una base segura para todos los futuros estudios estratigráficos de la arqueología de la región central del país y una clara muestra de las vicisitudes y evolución sufrida por las culturas indígenas de la serranía cordobesa en un período de muchas centurias⁷.

Entre el 3 y el 7 de julio de 1950, González y Menghin participaron de la “Séptima Semana de Antropología” organizada en la sede de la Sociedad Argentina de Antropología (Capital Federal),

donde expusieron trabajos realizados en los sitios cordobeses. Sus intervenciones ocurrieron en las sesiones auspiciadas por la FCNyM, con una ponencia de González sobre “Excursión arqueológica a la zona de Copacabana”, y una de Menghin, “Excavaciones en Ongamira”. El producto de esta labor de investigación compartida por González y Menghin fue publicado en *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira* en 1954⁸. En los meses de abril y mayo de 1951 González y Menghin realizaron un nuevo viaje de campaña juntos, esta vez a la provincia de Catamarca, acompañados por el ingeniero Carlos Rademacher y los estudiantes José Ferreiro y Remo Romani, con vistas a concretar estudios geológicos y arqueológicos de esa región del noroeste argentino que el primero venía investigando sirviéndose –entre otros medios– de la colección Muñiz Barreto:

La comisión instaló su campamento en La Ciénaga e inició de inmediato excavaciones en la zona sur del río Guiyischi. Se intentó hacer una serie de pruebas estratigráficas y en el segundo intento se hallaron los restos correspondientes a una habitación de planta cuadrangular, de 4 metros de lado. Este tipo de habitación no había sido hallado en la región del N.O. y menos aún en este lugar. Se reconocieron restos correspondientes a las paredes que fueron de barro amasado y ramas, cuyas impresiones se conservan en la parte interna de los restos de paredes. Una segunda habitación de este tipo fue hallada próxima a la primera; es de mayor tamaño pero de características similares. Como la anterior, la cerámica que se halló en contacto con el piso corresponde a la típica cerámica Belén Negro sobre Rojo, [...]. En el relleno de dichas habitaciones se halló cerámica tipo Barreal, negra grabada, cultura que se supone es más antigua que la Cultura Belén. Al norte del río Guiyischi se localizó un sitio arqueológico de la Cultura Barreal, con cerámica tipo Ciénaga, policroma y grabada, casi exclusivamente, y por completo aislada de otro situado a unos 200 metros más al sur, en el que predomina un 90% la cerámica Belén-Sanagasta. La importancia de este hallazgo dentro de la misma área y para la iniciación de estudios cronológicos, sistemáticos, no necesita ser comentada. El doctor Menghin se dedicó en esta zona al complejo problema de los instrumentos microlíticos que habían sido hallados por las expediciones Barreto, llegando a la rápida conclusión de que ellos corresponden a algunas de las culturas cerámicas por lo que no pueden ser adjudicados a ninguna cultura de tipo paleolítico. Aprovechando la estadía en La Ciénaga, los miembros de la expedición reconocieron la zona comprendida entre Azampay-Las Masas hasta Condorhuasi [...]. En Condorhuasi, las búsquedas y la colección de superficie revelaron que estaban en presencia no sólo de un estilo cerámico, sino de un complejo integrado por varios estilos de alfarería aún no descripta y que muy probablemente corresponden a una cultura que, si bien vislumbrada por algunos autores, es en esencia desconocida⁹.

En este informe se reconocen coincidencias entre los intereses temáticos y metodológicos de González y Menghin: el estudio de culturas en plural en una cronología temporal a la que se accede mediante una investigación estratigráfica en un sitio que, a su vez, permite producir una periodización sistemática mediante comparaciones de escala regional. En ese sentido, y a pesar de las diferentes formaciones –evolucionista y difusionista, respectivamente– de estos dos arqueólogos, son notables las diferencias de ambos respecto del enfoque y la metodología de análisis aplicada de Fernando Márquez Miranda al estudio (homogéneo y atemporal) de la denominada cultura “diaguita” en el Noroeste argentino (a los que nos hemos referido más arriba). De allí que no resulte extraño que años más tarde González haya sostenido que:

si lo analizamos superficialmente [al evolucionismo de Gordon Childe], era la contracara de la *kulturkreise*. Pero si investigamos un poco más a fondo podemos demostrar que el *kulturkreise* tiene mucho de proceso evolutivo; por ejemplo, los círculos de cultura, los *kreise*,

se superponen unos a otros en el espacio y en el tiempo, lo que es una manera particular de un proceso evolutivo, esto es muy claro (Bianciotti 2005:177).

Ese año, González también concretó estudios estratigráficos en el Valle de Hualfín (provincia de Catamarca) con vistas a establecer resultados cronológicos que pudieran confrontarse con las piezas de la colección Muñiz Barreto correspondientes a esa región.

Asimismo, los motivos por los cuales Alberto Rex González decidió comenzar sus excavaciones en la gruta de Intihuasi (provincia de San Luis) fueron expuestos por él del siguiente modo:

El 19 de septiembre de 1951 salí desde Buenos Aires hacia San Luis para excavar la gruta de Intihuasi, cuya descripción había leído en el libro de Ameghino *La antigüedad del hombre del Plata*. Esta excavación fue fundamental en mi carrera. Primero, porque la gruta brindó una estratigrafía muy completa; segundo porque puede aplicar las técnicas del carbono 14 –fue la primera vez que se hizo un análisis de este tipo con materiales de la Argentina– y, tercero, porque la secuencia de cazadores recolectores era clara. Al año siguiente pude ir al Congreso de Americanistas que se hacía en San Pablo, Brasil, y exponer los resultados. Como en esa época no se habían excavado muchas cavernas en América del Sur el trabajo fue muy bien recibido, tal vez porque cambiaba el enfoque general de que nuestros sitios arqueológicos no tenían profundidad histórica. Encontrar piezas líticas y poder fecharlas con una antigüedad de más de 6000 años antes de Cristo, es decir, 8000 antes del presente era algo revolucionario y explosivo. Antes del carbono 14 se calculaba que esos sitios habían estado ocupados hasta el año 1400 o 1500 de nuestra era y, de pronto, se comprobaba que tenían 8000 años de antigüedad. Fue muy importante que antes de Intihuasi hubiera excavado con Aníbal Montes la gruta de Ongamira. La característica básica de este sitio era que fabricaban unas puntas de dardos de forma triangular y con una escotadura en la base [...] Estuve excavando en Intihuasi dos meses y medio [...] Pero al segundo día me di cuenta de que ahí estaba la estratigrafía, la superposición de Ongamira encima de Ayampitín, lo cual aclaraba todo el panorama. Los colegas de la época no querían admitir la antigüedad de Intihuasi, quizá porque creían que yo estaba equivocado y querían imponer técnicas y una metodología diferente a las que se habían seguido hasta ese momento. Algunos de los que más me combatían no tenían idea de cómo funcionaba el carbono 14 y cómo podían hacerse los fechados; es decir, había un rechazo por ignorancia. Además en ese entonces los arqueólogos hacían excursiones muy pero muy rápidas: tres, cuatro, cinco días o una semana como mucho [...] Intihuasi fue un cambio bastante grande porque la arqueología con este nuevo enfoque pasó a aplicar sus propios métodos y sus propias técnicas. Pero no muchos lo querían admitir (Bianciotti 2005:178).

Sin embargo, en el informe de la División de Antropología –incluido en la Memoria Anual de la FCNyM de 1951– se señala a Milcíades Alejo Vignati como el antropólogo que obtuvo inicialmente el acceso a Intihuasi y que luego habilitó a González para los trabajos en terreno en el sitio. Allí, González dice:

Un ofrecimiento personal al profesor Vignati, por parte del Ministro de Hacienda de la Provincia de San Luis, determinó que el señor Delegado del Rector, le autorizara a visitar la gruta de Intihuasi [...]. Protocolizado el ofrecimiento, delegó en el señor Profesor Adjunto Asistente Doctor don Alberto Rex González el trabajo sobre el terreno y reservándose la supervisión del mismo, ya que sus obligaciones docentes no le permitían ausentarse. Los resultados fueron ampliamente satisfactorios¹⁰.

De acuerdo con el Informe de la División de Antropología del año 1951, Vignati realizó primero una visita al sitio y observó un corte efectuado en la gruta por personal de la Dirección Provincial de Vialidad que dejó a la vista un fogón con huesos calcinados, hojas de mica e instrumentos líticos que fueron recogidos por este antropólogo. En la Introducción a “La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Prov. de San Luis, R. A.), y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica” (1960), González relataba que Vignati fue informado de los hallazgos e invitado a colaborar –aunque era un sitio arqueológico conocido– en varias oportunidades sin que se concretara la ejecución de trabajos, explicando que:

Creemos que la dilación puede explicarse por el hecho de que el titular de dicho departamento (se refiere al departamento de Antropología del Museo de La Plata), M. A. Vignati había efectuado por entonces, tres períodos de excavación arqueológica en Intihuasi, especialmente dentro de la misma gruta, llegando a conclusiones definitivas sobre la misma, según lo expresa en repetidas oportunidades en los trabajos que publicó como fruto de sus búsquedas¹¹.

En dichas conclusiones, Vignati expresaba que el sitio no era relevante, mientras que González determinaría que se trataba de un registro clave para el poblamiento americano. Posteriormente, en los meses de septiembre y noviembre, González llevó a cabo allí “excavaciones intensivas y sistemáticas” junto con “dos ayudantes técnicos” (no se menciona la presencia de Aníbal Montes), y en ellas se obtuvieron unas mil quinientas piezas líticas que fueron incorporadas a las colecciones del Museo. Constataron la presencia de “tres culturas superpuestas que jalonan otras tantas etapas de la historia de las culturas aborígenes”. En el informe se explica el método mediante el cual procedió González en la excavación:

Las excavaciones fueron producidas por el sistema de reticulado previo de la gruta y por el método estratigráfico, obteniéndose excelentes resultados. [...] la gruta estuvo habitada desde una época que puede calcularse provisoriamente entre cuatro y cinco milenios y por tres culturas distintas que se sucedieron en el tiempo. La más antigua [...] fue de tipo sumamente primitivo; carecía de alfarería y su utillaje lo constituyó especialmente una serie de proyectiles arrojados provistos de puntas líticas en forma de hoja de laurel. La economía de este pueblo estaba basada en la caza del guanaco, cuyos huesos se hallaban a millares, dispersos en los fogones sepultos entre los sedimentos que rellenaban la gruta. El resto de los instrumentos de esta cultura es sumamente pobre. Inmediatamente por encima se halla una segunda cultura, que si bien posee los mismos fundamentos económicos que la primera, dispuso de más elementos técnicos, ya que fabricaron gran variedad de instrumentos en hueso, como perforadores, agujas, adornos, etc. La última de las culturas encontradas representa los antecesores inmediatos de los indígenas que halló el conquistador español, cuando pisó por primera vez el territorio puntano en 1528. En esta forma, las capas sedimentarias que rellena la célebre gruta de Intihuasi, nos relata una larga historia de vida primitiva de los aborígenes que poblaron el territorio puntano en su más remoto pasado. Los estudios de laboratorio complementarios de las excavaciones, que ya se han emprendido en el Museo, completarán el conocimiento de estas culturas¹².

De la aplicación de la excavación sistemática del sitio por el método estratigráfico, González establece una diferenciación de culturas que expresarían una secuencia evolutiva en la adaptación del hombre al medio sirviéndose de nuevos conocimientos tecnológicos que facilitan su control sobre él. Posteriormente, el estudio de las piezas obtenidas en la Gruta por el método del carbono 14 permitirá a González establecer la datación del sitio.

CONFLICTOS Y BÚSQUEDA DE NUEVOS ESPACIOS (1952-1957)

Por aquellos años, González tenía una percepción pesimista de su situación en la FCNyM. En correspondencia con Serrano decía:

Aquí han salido con una serie de proyectos creando nuevas cátedras: Arqueología y otra, pero yo no creo en nada, se trata de una cuestión pasajera que no engañará a nadie. En Buenos Aires no podían ser menos y quieren hacer una nueva carrera: Ciencias Americanistas. Al final quizás estén peor que nunca. Yo debo decidirme y el asunto Rosario en principio me gusta. En Mendoza me ofrecen ‘full time’ la cátedra de Arqueología, no se qué tal estará aquello ¿Usted qué opina?¹³.

A inicios de 1953 le comentaba a Serrano que: “El museo sigue lo mismo pese a la buena voluntad de Frenguelli. Ojalá consiga lo que se propone que es levantar el nivel científico, que ya no anda por el suelo sino por los sótanos. Pero tendrá que luchar con factores contrarios que –ojalá me equivoque– son poco menos que insalvables”¹⁴. Y la relación entre González, Vignati y los discípulos de este último (en particular con Juan Carlos Otamendi) también parece haber sido conflictiva hacia mediados de 1954. González, en otra carta a Serrano, decía:

Mi situación aquí en el Museo vuelve a ser precaria. He debido renunciar a mi cargo de Adjunto, el que pude mantener si hubiera existido el más mínimo deseo de hacer las cosas derechas. Como hay una cátedra de antropología, aparte de la de Vignati, me correspondía estar ‘a cargo’. Sin embargo prefirieron ponerlo a Otamendi que no cuenta en su haber con un solo trabajo publicado, ni la más mínima vocación. Además desconocieron mis cinco años de antigüedad en el cargo de adjunto para preferir a un advenedizo nombrado sin concursos, cuyo único título es ser amigo personal de rector. Francamente no creí nunca que el ‘Tano Frenguelli’ tuviese esta clase de personalidad y ser prestara a estos enjuagues. Como siempre debo volver, ahora a mi profesión para poder seguir adelante. Los viajes me restan gran parte de los haberes mensuales. Menos mal que en Rosario todavía seguimos tranquilos¹⁵.

A fines de 1955, tras el golpe cívico-militar de la autodenominada “Revolución Libertadora”, Márquez Miranda asumió como decano interventor de la Facultad y como jefe de las Divisiones de Antropología y de Arqueología y Etnografía, y confirmó a González como profesor interino de la cátedra de Antropología y jefe asesor de Investigaciones de Arqueología y Etnografía. En octubre de ese año, González comentaba a Serrano: “El avispero Antropológico muy alterado con los últimos acontecimientos: Imbelloni renunció en su lugar nombraron a Canals, a La Plata vuelve M. Miranda, también se espera la renuncia o jubilación de Casanova quien sigue enfermo”¹⁶. Como señaláramos arriba, entonces se desataron conflictos “personales” y “científicos” entre Márquez Miranda y González que terminarían con el alejamiento de éste de la institución platense en 1957. En aquellos años, González explicitó sistemáticamente sus diferencias “científicas” con Márquez Miranda en su artículo: “Observaciones al trabajo de F. M. Miranda y E. M. Cigliano. ‘Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana’”, publicado en la *Revista del Instituto de Antropología* I. Rosario, 1959, pp. 315-330.

En cuanto a la dimensión “personal” del conflicto, de acuerdo con un relato ofrecido por González en una entrevista efectuada por José A. Pérez Gollán (1998), las causas de su “cesantía” no fueron suficientemente explicitadas y no estaban relacionadas con una “supuesta adscripción política” al gobierno peronista depuesto, sino que tenían que ver con diferencias que mantenía con Márquez Miranda sobre “un tema científico”. Mientras residió en Rosario y Córdoba, González se presentó como postulante al concurso por el cargo que Márquez Miranda ocupaba en el Museo de La Plata. En su testimonio dice: “Yo me presenté y él también. Ese concurso se resolvió tres

veces a favor mío y tres veces volvió a foja cero... el Profesor Márquez Miranda murió y entonces gané la cátedra en forma definitiva”. Una revisión del expediente del concurso FCN 5849/1959 y agregados confirma los testimonios posteriores ofrecidos por González. Al respecto, resulta paradójico que las diferencias académicas y personales reconocibles entre Márquez Miranda y González hayan primado por encima de su común adhesión al ideario político del reformismo universitario; del mismo modo que esa conflictiva relación contrasta con el hecho de que Emiliano MacDonagh, públicamente adscrito al nacionalismo católico, haya sido quien autorizó el ingreso de González a la Universidad Nacional de La Plata y quien previamente había avalado la exoneración de Márquez Miranda en 1946 (Soprano 2009b). Dicha situación es expresiva de hasta qué punto las explicaciones unilateralmente politicistas de la historia de la universidad y de la ciencia en la Argentina suelen desconsiderar la eficacia social de otras dimensiones de la vida social en sus interpretaciones sociológicas o historiográficas.

Los ocho primeros años de trayectoria académica de González en el ámbito de la FCN y Museo de la UNLP se cierran con un saldo ambiguo. Por un lado, había conseguido insertarse en un medio académico universitario prestigioso desde el cual consolidó su profesionalización como arqueólogo llevando a cabo tareas de investigación y docencia. Pero, por otro lado, no consiguió constituir un grupo de discípulos, y su inserción institucional platense se vio malograda por las rivalidades con Vignati y Márquez Miranda. A continuación, veremos cómo el desplazamiento hacia dos localizaciones institucionales periféricas de la antropología, como eran la Universidad del Litoral y la Universidad de Córdoba, permitirán a González hacerse de recursos materiales y humanos con los cuales continuar afrontando las investigaciones en el noroeste argentino y, al mismo tiempo, formar discípulos que difundieran y profundizaran su programa científico.

ROSARIO: EMPUJE JUVENIL Y PRIMEROS DISCÍPULOS (1953-1957)

Hacia fines de 1952, el “asunto Rosario” era tema de discusión entre Serrano y González, quien veía en la UNL una alternativa a los problemas que enfrentaba en La Plata. Desde 1953 reemplazó a Serrano como docente a cargo de la materia Arqueología Argentina del Profesorado en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la sede Rosario de la UNL, donde ejerció esa función hasta 1957. En 2005, González recordaba: “Para mí era una buena oportunidad a pesar de tener que viajar desde La Plata a Rosario una vez por semana, lo que era realmente demoledor. Pero acepté porque me obligaba a preparar las clases y, lógicamente, enriquecer conocimientos” (Bianciotti 2005:180). Esta apreciación retrospectiva de González puede interpretarse como el interés de un joven académico preocupado no sólo en investigar sino en formarse realizando tareas docentes y, a su vez, formando nuevos profesionales en el aula, un objetivo que no podía cumplir acabadamente en La Plata debido a que en la cátedra estaba subordinado a Vignati. De allí que en carta a Serrano manifestara con entusiasmo la buena recepción que encontró entre las autoridades, docentes y estudiantes de la UNL y lo auspiciosa que esa situación se presentaba para su interés por institucionalizar en la universidad el desarrollo de las disciplinas antropológicas o “ciencias del hombre”:

El lunes dicté mi primera clase en Rosario. Estoy satisfecho de la cordial acogida dispensada por el personal y por los colegas de aquella casa. El ambiente parece ser de los más agradable y tranquilo y la Facultad tener un empuje juvenil digno de la mejor suerte. Creo que Graziano le ha sabido dar una sana orientación. Ojalá sea para bien y algo podamos hacer por las decaídas ‘ciencias del hombre’ y en especial por la arqueología¹⁷.

Simultáneamente, Serrano seguía siendo el jefe de la División Antropología de la UNL, por lo que González lo consultaba sobre las posibilidades de realizar viajes de campaña al NOA en

1953 y 1954. En septiembre de 1955, la intervención universitaria por parte de la “Revolución Libertadora” impuso cesantías e impulsó públicamente pautas discriminatorias en la inscripción a concursos de aquellos docentes e investigadores activos durante el período peronista. Pero González continuó en sus cargos en La Plata y Rosario. En enero de 1956, sin embargo, comentaba a Serrano que la situación en ambas universidades no le era del todo favorable y que su principal plan era concretar un viaje a Estados Unidos para defender su tesis de doctorado y radicarse en Córdoba:

Parece que todas las cosas están ya arregladas. Yo viajaré a EEUU en marzo o abril, pero mi venida a Córdoba será segura al regreso, mucho más ahora que en Rosario no se llamará a concurso pues contratan a Canals o Márquez según parece. Además en La Plata creo que ganaré *una sola cátedra*, aunque los concursos no se han solucionado aun¹⁸.

Durante sus años de enseñanza de la arqueología en Rosario, González compartió la dirección del Instituto de Antropología (creado en 1952, con la dirección de A. Serrano) con Cigliano y Krapovickas. Desde allí promovieron la difusión de las investigaciones antropológicas locales efectuadas junto con sus estudiantes a través de la *Revista del Instituto de Antropología*. En el primer número, González observaba que se habían realizado con los alumnos tres “expediciones” al noroeste argentino –dos a los “yacimientos del Alamito”– que sirvieron como “escuela de arqueología en terreno”, un tipo de experiencia formativa que, recordemos, había conocido de primera mano en Point of Pines (la escuela de arqueología de campo de la Universidad de Arizona). Decía González: “A cada estudiante se le encomendó una tarea específica, comenzando por el proceso de relevamiento, luego por excavación de una vivienda, y en forma rotatoria, trabajando posteriormente en técnica estratigráfica en basureros, etc. etc. Los resultados han sido más que alentadores, y no sólo sirvieron para despertar y estimular vocaciones sino para ir formando investigadores”¹⁹. Desde Rosario, González también concretó investigaciones arqueológicas en las cercanías del Río Carcarañá con Ana María Lorandi²⁰.

El desarrollo de las investigaciones arqueológicas abierto por González fue continuado entonces por Cigliano, que incorporó alumnos rosarinos en el proyecto de estudios sobre el Valle de Santa María (1959 a 1963)²¹; por el sociólogo francés Albert Meister, que llevó a cabo una investigación sobre “tradicionalismo y cambio social” de impronta stewardiana en el mencionado valle junto con colaboradores rosarinos; también por Susana Petruzzi²², Krapovickas y Alfredo Bolsi en 1964 (Tarragó 2003)²³. Esta experiencia innovadora en los estudios arqueológicos y de antropología social y cultural se vio interrumpida en 1966 cuando, luego de la “Noche de los Bastones Largos”, una proporción considerable de la planta docente de la Facultad renunció.

Edgardo Garbulsky (2004) y Myriam Tarragó (2003) señalan que en el plan de estudios de 1959 de la carrera de Historia se incluía la orientación en Antropología. González manifestaba su entusiasmo ante la concreción de esa orientación en la revista del Instituto de Antropología:

Sólo muy recientemente se ha establecido la Antropología como carrera regular con cursos de cuatro o cinco años. Ya se han creado estos cursos en La Plata, Buenos Aires y, simultáneamente, se lo ha hecho en Rosario. De esas escuelas saldrán los futuros antropólogos argentinos, dotados de la preparación necesaria para poder encarar debidamente los cientos de problemas de investigación que estas ciencias ofrecen en nuestro país. Algunas de las ramas modernas de la antropología son casi desconocidas entre nosotros. Entre ellas la Antropología Social²⁴.

De acuerdo con Garbulsky y Tarragó, la incorporación de la materia “Antropología Cultural”, a cargo de Susana Petruzzi entre 1959 y 1966, favoreció la enseñanza de enfoques, autores y textos de la antropología cultural norteamericana (entre ellos, Redfield) y la antropología social

inglesa, con lo cual se estableció una continuidad con las preocupaciones teóricas y sustantivas de los cursos dictados por González hasta 1957 y con el estímulo que éste había dado tanto a los estudios en arqueología como en antropología social y cultural.

Los estudiantes rosarinos parecen haber sido muy activos, dado que no sólo se sumaron a los equipos de investigación, sino que también generaron eventos como el I Congreso Nacional de Estudiantes de Antropología efectuado en la ciudad en 1960 y crearon la Asociación Antropológica del Litoral (Garbulsky 2004). Un testimonio ulterior de Edgardo Garbulsky (egresado de la orientación antropológica de aquella carrera de Historia rosarina) destaca que: “Recuerdo que en el Congreso de estudiantes, sobre los estudiantes de Buenos Aires y sobre nosotros, pesaban los padres, o sea, pesaba González [...] Ellos nos veían como González, como un Congreso armado por González” (1993). Sin embargo, tal como señalan Escudero *et al.*, el relato sobre la “presencia inspiradora de González” en los orígenes de la “antropología rosarina” construido por muchos egresados de la carrera de Historia guarda escasa correspondencia con las pocas referencias que González ha dedicado a su paso por aquella institución. En suma, la estada de González en Rosario abrió una fructífera línea de trabajos de arqueología y antropología cultural y social que sería continuada por profesores, graduados y estudiantes locales de la carrera de Historia con orientación en Antropología, al menos en forma continua, hasta el año 1966. En torno de ese ámbito institucional generó vínculos académicos y personales con jóvenes rosarinos como José “Pepe” Cruz, Ana María Lorandí, Myriam Tarragó, Antonia Rizzo y Víctor Núñez Regueiro.

CÓRDOBA 1956–1965: ENTRE LA ARQUEOLOGÍA DEL NOROESTE Y LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PROYECCIÓN INTERNACIONAL

En 1956 –coincidentalmente con su desplazamiento de La Plata– radicó su actividad como investigador en la Universidad Nacional de Córdoba-UNC, donde nuevamente fue convocado por Serrano para ocupar el cargo de director del Instituto de Antropología que este último dejaba vacante. Desde hacía dos años que se contactaban periódicamente para concretar su radicación en Córdoba.

El proyecto de instalación en esa provincia comenzó con una oferta de Serrano para que se hiciera cargo de la dirección del Instituto de Antropología, sobre todo para acelerar su nueva inserción institucional y llevar adelante un plan de consolidación y crecimiento institucional. En medio de estas tratativas, los cambios de autoridades políticas universitarias y la obtención de la beca Guggenheim por parte de González produjeron algunas diferencias entre ambos que hicieron que la llegada de González a la UNC no fuera la mejor noticia para Serrano, quien, por otro lado, se había arrepentido del ofrecimiento realizado.

González ingresó por concurso como docente a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba el 6 de diciembre de 1956, y se hizo cargo de las cátedras de “Prehistoria y Arqueología Americana” y “Etnología”. Pese a concretarse su designación por concurso, González había tenido –respecto de su traslado– algunas dudas, que le planteó al decano de la Facultad. Por un lado, no contaba con la prometida dirección del Instituto de Antropología, el que sería el centro de su actividad de investigación. A esto se le sumaba la posibilidad de concretar la beca Guggenheim, a la que había renunciado momentáneamente por razones familiares, pero a la que podría acceder en forma posterior. El problema, que González planteaba cautamente y sin mencionar nombres, era justamente el cambio de opinión de Serrano respecto de su retiro y del nombramiento de González.

A los pocos días, el 1 de agosto de 1957, González fue designado en el cargo de Director del Instituto de Antropología, vacante debido a la renuncia de su titular. Serrano había presentado su renuncia a la dirección para jubilarse el 1 de julio de 1957, aunque ya había abandonado sus cargos docentes en febrero de ese mismo año. El miércoles 14 de agosto de 1957 González

dictó su primera clase como profesor de las cátedras “Prehistoria y Arqueología Americana” y en “Etnología” (que luego él denominaría como “Antropología Cultural”). En esta cátedra, el primer tema desarrollado fue “La Antropología Biológica, sus diferentes ramas”, y en la primera, “Métodos cronológicos: el radiocarbón”.

En 1957, González pidió licencia con goce de haberes por ocho meses a partir de marzo del año siguiente con el fin de viajar a Estados Unidos para concretar, finalmente, los trabajos de investigación en el marco de la beca Guggenheim. Al serle otorgada esta licencia se planteó la necesidad de poner un reemplazante para el dictado de las cátedras, que fue Antonio Serrano, quien las dictaría durante todo el ciclo 1958. El viaje de González por Estados Unidos se extendió más de lo previsto, por lo que debió solicitar prórrogas de licencia hasta inicios del ciclo lectivo de 1959 para poder continuar los estudios que había encarado. Se reintegró a sus funciones el 3 de abril de 1959, aunque debido al nuevo régimen de incompatibilidades del Estatuto Universitario asumió la dirección en forma ad-honórem. A partir de mayo de 1959 fue designado profesor con dedicación exclusiva a cargo de “Prehistoria y Arqueología Americana”, “Antropología Cultural” y director del Instituto de Antropología.

En el “Informe sobre el viaje a los Estados Unidos” presentado a la Facultad, González detallaba las instituciones en las que había estado y los trabajos realizados. En primer lugar, en el Museo Americano de Historia Natural, donde colaboró “estrechamente” con los doctores Gordon Eckholm y Junius Bird en el estudio de las colecciones arqueológicas del norte de Chile (Arica, Pisagua, Taltal, etc.) con el fin de establecer los vínculos con series análogas argentinas. En segundo lugar, estudió las colecciones arqueológicas de Palli Aike (Patagonia), cuyo nivel III pudo correlacionar con los niveles más antiguos de la Gruta de Intihuasi en San Luis. También analizó los materiales de Bolivia, principalmente las colecciones hechas por Bandelier y por Bennett de la región del Titicaca, con el fin de afinar las correlaciones con las culturas del Noroeste argentino. Posteriormente estuvo en la Universidad de Columbia, donde el Dr. William Duncan Strong, jefe del Departamento de Antropología, le facilitó un “pequeño espacio de laboratorio”. Allí revisó bibliografía nueva y trabajos inéditos, así como colecciones procedentes de Perú. Le dio especial importancia al análisis de los materiales líticos precerámicos excavados por Strong en San Nicolás debido a su similitud con las puntas lanceoladas de las Sierras de Córdoba. También realizó arqueología experimental en cerámica. Además de estas dos instituciones, visitó y estudió colecciones del Sudoeste norteamericano en el Museo del Indio Americano de la Fundación Heye, colecciones centroamericanas y textiles peruanos en el Museo de Brooklyn, colecciones centroamericanas y orientales en el University Museum de la ciudad de Filadelfia, en la Smithsonian Institution y en el Peabody Museum. También visitó el Laboratorio Lemont en Palisades, donde logró que aceptaran hacerle el análisis gratuito de carbono 14 de tres muestras, y en el Laboratorio Geocronométrico de la localidad de New Haven, donde obtuvo el procesamiento gratuito de dos muestras más²⁵. Además, González dictó una serie de conferencias en las que desarrolló principalmente los problemas que eran de interés a la arqueología argentina en las Universidades de Columbia, Harvard, Yale y en el Smithsonian Institute. También participó como representante de la Universidad Nacional de Córdoba del 33 Congreso Internacional de Americanistas realizado en San José de Costa Rica. Lo que valoró de la estadía de estudio en Estados Unidos, principalmente, fue el conocimiento logrado al tener contacto directo con los materiales y haber podido escribir varios trabajos²⁶.

El 8 de julio de 1960 partió a Europa para participar del 34° Congreso Internacional de Americanistas en Viena y del VI Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas en París. Según el informe elevado al decano, González aprovechó al máximo este viaje para estudiar nuevas colecciones americanas y argentinas depositadas en los museos de varios países europeos y para conocer sitios arqueológicos de los que proceden hallazgos muy importantes para la elaboración de las secuencias europeas y los procesos de hominización, otros yacimientos consagrados con arte rupestre y excavaciones en curso de sitios como Pompeya, por ejemplo. Su

participación en el Congreso de Americanistas en Viena fue destacada, ya que integró la Mesa Directiva. González asistía regularmente a los congresos de americanistas, presentaba trabajos y aprovechaba para recorrer sitios arqueológicos, acceder a las colecciones de los museos de la región e intercambiar conocimientos con científicos internacionales. En Viena presentó un trabajo sobre las estructuras megalíticas de Taffí de Valle, provincia de Tucumán.

El proyecto más importante que promovió en Córdoba fue el relativo al período Temprano en el noroeste argentino. En función de dicho proyecto organizó su propio trabajo y el de sus estudiantes en las distintas regiones andinas argentinas. Junto con Víctor Núñez Regueiro, quien había sido su alumno en Rosario y que residía en Córdoba, y otros estudiantes, realizó excavaciones en Taffí del Valle en enero y febrero de 1960, costeadas con fondos otorgados por el CONICET. Ambos continuaron los trabajos de campo en los sitios de El Alamito, en el Campo del Pucará en Catamarca. Durante el mes noviembre de 1960 estuvo de campaña en la Puna Jujeña y la Quebrada de Humahuaca.

También fomentó investigaciones en las Sierras Centrales, haciendo trabajo de campo en Cerro Colorado, Córdoba, durante el mes de febrero de 1961, donde realizó excavaciones en sitios con arte rupestre, que fueron parcialmente costeadas por la Dirección Provincial de Cultura de la Provincia de Córdoba, cuyo director era el Profesor Gaspar Pío del Corro quien, con el apoyo del Ejército Argentino, facilitó diez soldados para excavar, y consiguió la colaboración del Museo Provincial de Ciencias Naturales. Allí realizaron pruebas estratigráficas en puntos estratégicos de los abrigos con capas sedimentarias adecuadas, sondeos en los sitios al aire libre localizados por Aníbal Montes tiempo atrás y relevamiento de las pictografías. Participaron en este trabajo de campo los ayudantes alumnos José A. Pérez Gollán y Nicolás de la Fuente, la concursante ad honorem del Instituto, Sra. Milly H. de Raggio, Delfor Chiappe (personal científico del Museo de La Plata), Beatriz Núñez Regueiro (alumna adelantada de la carrera de Antropología de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional del Litoral) y María Rosa Neufeld (alumna de la carrera de Antropología de la UBA).

A fines de 1960, González fue designado en la Clase B, Categoría 1, de la carrera de Investigador Científico, lo que implicaba que iba a recibir un adicional de parte del CONICET a sus ingresos como profesor de tiempo completo en la UNC. Esta designación fue un hecho que lo gratificó, ya que: “la carrera tiene por objeto fiscalizar, por intermedio del Consejo, la estricta consagración del Investigador a la actividad científica y asegurarle a este, una compensación monetaria que le exima de preocupaciones inmediatas permitiéndole llevar una vida decorosa”²⁷.

A mediados de 1961, González dirigía en Córdoba trabajos de investigación de Nicolás de la Fuente, “Resultados de las excavaciones en Cerro Colorado”; José Antonio Pérez, “Problemáticas arqueológicas del N.O. argentino”; Eduardo Berberían, “Contextos y secuencias culturales en el área central del N.O. argentino”; y Milly H. de Raggio, “Arqueología de Taffí del Valle (Tucumán)”. El trabajo de laboratorio en el Instituto estaba concentrado en el estudio del material arqueológico de Taffí del Valle. En este caso, como en general se observa a lo largo del tiempo, una preocupación relevante era la cronología:

se estudia intensamente el material arqueológico de Taffí del Valle, excavado en la expedición del Instituto de 1960 y que diera una fecha de casi 2000 años de antigüedad, es decir la cultura agro-alfarera más antigua fechada hasta este momento en el N.O. argentino. Hago notar que de diecisiete fechados absolutos existentes para toda la arqueología argentina, ocho fueron obtenidos con materiales excavados por este Instituto y analizados este último año²⁸.

Estos fechados, a criterio de González, cambiaban “fundamentalmente los conocimientos que hasta ahora teníamos de las culturas de este tipo en el N.O. argentino, planteando nuevos problemas”. Nuevos problemas requerían entender nuevas correlaciones entre regiones culturales; en particular para el caso de Taffí del Valle, era imprescindible realizar una revisión del material

excavado en Tiwanacu (Bolivia) por Carlos Ponce Sanginés. Para ello, e invitado por éste, González se trasladó a Bolivia, donde también dictó conferencias en las que difundió las investigaciones del Instituto de Antropología de la UNC.

En el mes de octubre de 1961, González inició ante la Universidad los trámites para lograr apoyo para participar de la segunda campaña de la “Misión arqueológica argentina en el Sudán”, invitado por su director, el profesor Abraham Rosenvasser. Esta era una misión creada por el CONICET, con el apoyo de la Universidad Nacional de La Plata, y tenía carácter oficial para el Estado argentino²⁹. El objeto era preservar los monumentos de Nubia, conforme con un plan de acción internacional formulado por la UNESCO. La Misión Argentina se había asociado con la Misión Francesa, y realizó su primera campaña en Aksha con resultados muy satisfactorios. En esta segunda campaña se iban a concluir las excavaciones en Aksha y a estudiar Mirghissa, que comprendía una fortaleza del Imperio Medio Egipcio y un cementerio. El pedido a la UNC era que comisionara a González otorgándole los fondos necesarios para los pasajes y un subsidio adicional especialmente solicitado por este último para estudiar determinadas colecciones predinásticas del Museo Nacional de Antigüedades de El Cairo, a lo que la UNC respondió satisfactoriamente. Luego de los exámenes de diciembre de 1961, viajó para colaborar con esta Misión.

A lo largo de toda su gestión como director del Instituto de Antropología, González pidió de manera permanente apoyo para realizar el trabajo de campo. Su preocupación era conformar un equipamiento específico para llevar en las campañas, como cucharines, escobillas, zarandas, instrumentos de medición y de registro, lo que fue logrando con adquisiciones precisas antes de cada expedición. También de materiales y elementos para el análisis de laboratorio como fuentes para los tipos cerámicos, archivos de fichas, instrumentos de medición, tabloncillos y caballetes, cajas para guardar los materiales, materiales para dibujo. Con igual tenor reclamaba sistemáticamente por fondos para publicaciones, así como para personal técnico para las tareas de preparación de las ediciones. Consideraba que tener una publicación permitía generar conocimiento propio, tal como había hecho en Rosario. Una preocupación especial era la obtención de bibliografía por compra, donación o canje para la Biblioteca del Instituto de Antropología, principalmente la suscripción a revistas internacionales. Como parte del aprendizaje de sus alumnos, creía fundamental que visitaran museos y conocieran colecciones, para lo que solicitó fondos y los llevó al Museo Etnográfico (UBA) y al Museo de La Plata. También viajaron a La Rioja y Catamarca. Otro aspecto importante en la formación era la manipulación de elementos didácticos –calcos y réplicas de piezas clave para entender la evolución humana y la arqueología de los primeros pobladores americanos– que compró en Estados Unidos. Entendía que los trabajos eran interdisciplinarios y en esa línea solicitó, en reiteradas oportunidades, la contratación de un geólogo y dibujantes técnicos.

La formación del grupo de estudiantes en Córdoba implicó la dirección de tesis de licenciatura y doctorado por parte de González y de sus discípulos rosarinos avanzados (Núñez Regueiro en Arqueología y Cruz en Antropología Cultural). Una revisión de las direcciones de tesis posteriores a 1966 permite constatar que tras la rescisión de los contratos de Núñez Regueiro y Cruz como profesores de la UNC, los tesisistas vinculados al grupo de González pasaron a ser formalmente dirigidos por otros profesores de la casa, principalmente Serrano.

A mediados de 1963, González dejó la dirección del Instituto y las cátedras en Córdoba para regresar a La Plata. Núñez Regueiro lo reemplazó como director desde el 25 de junio de ese año hasta fines de 1966. Durante la dirección de Núñez Regueiro se llevó a la práctica la Escuela de Campo en Alamito (Catamarca) en 1964 y 1966. En dicha experiencia participaron estudiantes de las Universidades Nacionales de Córdoba, Rosario y La Plata. González mantuvo una estrecha relación profesional y afectiva con sus jóvenes discípulos de Córdoba, con quienes continuó desarrollando investigaciones. Más aún, Osvaldo Heredia y José Antonio Pérez trasladaron sus lugares de trabajo como miembros del CONICET a La Plata y Buenos Aires, respectivamente, y José Cruz dictó Antropología Social en La Plata (Bonnin 2010).

Tabla 1. Tesis de Licenciatura en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba (orientadas en temas antropológicos) entre 1963 y 1971

Año	Autor	Título	Director
1963	Nicolás Roque de la Fuente	Panorama actual de la Arqueología de la Provincia de la Rioja	Alberto Rex González
1964	Osvaldo Raimundo Heredia	Arqueología del Yacimiento de Pozuelos, Departamento Rinconada, Provincia de Jujuy	Víctor Núñez Regueiro
1964	Edmundo Aníbal Heredia	La Metodología estructural de Claude Levi-Strauss	José Cruz
1965	José Antonio Pérez Gollán	La quebrada de Humahuaca: ecología y patrón de poblamiento	Víctor Núñez Regueiro
1968	Judit Amelia Antonello	El mundo mágico-religioso en una comunidad aislada: Laguna Blanca	Antonio Serrano
1968	Susana Beatriz Assandri	El sistema de parentesco en una comunidad aislada: Laguna Blanca	Antonio Serrano
1968	Felisa Josefina Piano	Reseña de los estudios arqueológicos en la Argentina hasta 1948	Antonio Serrano
1968	Iván Rafael Baigorria	Cultura y personalidad en una localidad aislada (Laguna Blanca)	Antonio Serrano
1969	Roberto Daniel Powell	Los chacareros galeses en el valle del río Chubut	Antonio Serrano
1969	Marta Teresa Arias, Sofía I. Bidinost de Robles y Ana Inés Punta	La expansión incaica en el territorio argentino	Roberto Ignacio Peña
1969	Rosario Carpe	Los tipos cerámicos en la Cultura Tafí	Antonio Serrano
1970	Luis María Gatti	Colonialismo interno, éxodo rural y marginalidad. Modelo de aplicación en el Departamento Tulumba, Provincia de Córdoba	Roberto Augusto Miatello
1971	Leonor Elvira Federici y Ana María Sayazo	La cerámica indígena de Córdoba y sus correlaciones	Antonio Serrano

REGRESO A LA PLATA 1962-1976: CONSAGRACIÓN Y EXONERACIÓN

La reincorporación de González como investigador en La Plata se produjo en 1962, tras el fallecimiento de Márquez Miranda, en el año 1961. El litigio que mantenía con éste último por el concurso a un cargo al que ambos habían aspirado desde 1959 se resolvió en su favor. Así pues, González se hizo cargo de la División de Arqueología del Museo de La Plata, en tanto que Eduardo Mario Cigliano, reconocido discípulo de Márquez Miranda, continuó al frente de la División de Antropología, desde la cual también desarrolló investigaciones en arqueología.

En 1966, tras la intervención universitaria y represión del gobierno de Onganía, González decidió alejarse del país por un tiempo, y concretó una estadía en Harvard. La “Noche de los Bastones Largos” ocasionó renunciamentos masivos en la Universidad de Buenos Aires, pero no en la Universidad Nacional de La Plata ni en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, donde sólo renunció José “Pepe” Cruz, profesor de la materia “Antropología Social” y joven graduado de la Licenciatura en Historia de Rosario, integrante del grupo de González también en Córdoba. El evento que se presentó como una instancia de deliberación de los antropólogos sobre la situación

política nacional y universitaria –según el testimonio de algunos participantes– fue el XXXVI Congreso de Americanistas realizado en Mar del Plata en junio de 1966. En ese momento, González decidió realizar una estadía académica en los EEUU.

Desde la muerte de Márquez Miranda, González y Cigliano habían competido por el control de los recursos materiales, financieros y humanos destinados a la producción científica en arqueología. Sus trayectorias en la FCNyM se discontinuaron casi simultáneamente. González fue exonerado en 1976 y Cigliano falleció al año siguiente, a los 51 años (Soprano 2010). Pero discípulos platenses formados con uno –Bernardo Dougherty y María Carlota Sempé de Gómez Llanes– y otro –Rodolfo Raffino– continuaron investigando en las Divisiones del Museo y enseñando en las cátedras de la Facultad. Si efectuamos una revisión de tesis de doctorado orientadas en arqueología defendidas hasta 1977, identificamos a González y Cigliano como actores institucionalmente relevantes:

Tabla 2. Tesis de doctorado en Ciencias Naturales orientadas en Arqueología entre 1955 y 1977

Año	Autor	Título	Director
1955	Eduardo Mario Cigliano	Arqueología de la zona de Famabalasto. Provincia de Catamarca. República Argentina	Alberto Rex González
1962	Horacio D. Chiappe	Estudio Arqueológico de la Colección Methfessel del Museo de La Plata	Alberto Rex González
1970	Héctor Blas Lahitte	Integración y metodología de las ciencias humanas ³⁰	Rodolfo Agoglia
1970	Rodolfo A. Raffino	Estudio sobre los sitios de cultivo en la Quebrada del Toro y borde puneño meridional de la provincia de Salta	Eduardo M. Cigliano
1972	Diana Susana Rolandi de Perrot	Estudio sobre los textiles del yacimiento arqueológico de Santa Rosa de Tastil (Provincia de Salta)	Eduardo M. Cigliano
1974	Bernardo Dougherty	Nuevos aportes para el conocimiento del complejo arqueológico San Francisco (sector septentrional de la región de las selvas occidentales, subárea del noroeste argentino)	Alberto Rex González
1976	María Carlota Sempé de Gómez Llanes	Contribución a la arqueología del valle de Abaucán, Departamento de Tinogasta, provincia de Catamarca	Alberto Rex González
1977	Humberto Lagiglia	Arqueología y ambiente natural de los Valles del Atuel y Diamante, San Rafael	Eduardo M. Cigliano

Como vemos, son cuatro las tesis redirigidas por González (Cigliano, Chiappe, Dougherty, Sempé de Gómez Llanes). Ahora bien, la sola identificación de la dirección de tesis no permite explicar la producción de una relación discipular ni la aceptación por parte del tesista del liderazgo de su director o la inclusión del primero en su grupo. Veamos esta cuestión con más detalle. Primero: González dirigió la tesis de Chiappe, pero éste hizo su carrera académica bajo el liderazgo del etnólogo Armando Vivante, con quien compartió sus orientaciones teóricas histórico-culturales y abordó el estudio de poblaciones aborígenes actuales. En segundo lugar, de acuerdo con testimonios de graduados de la Licenciatura que cursaron en la década del setenta, Héctor Blas Lahitte había iniciado su tesis con dirección de González, pero entró en conflicto con él y fue el filósofo Rodolfo Agoglia quien terminó ejerciendo sólo formalmente la dirección. Por último, González dirigió la tesis de Cigliano, pero se trató de una dirección formal, dado que este último se reconocía discípulo de Márquez Miranda quien, por entonces, estaba exonerado de todo cargo de las universidades nacionales.

Asimismo, cabe señalar que con la implementación del plan de la Licenciatura del año 1966, la enseñanza de la arqueología en el ámbito de las cátedras se erigió como un recurso importante para la difusión de ideas³¹. González comenzó dictando la materia “Arqueología Americana (culturas precerámicas)”, también llamada “Arqueología Americana I” del Plan 1958. Entre 1966 y 1968 enseñó en “Arqueología Americana (culturas agro-alfareras)” o “Arqueología Americana II” del “plan viejo”. Y, circunstancialmente, estuvo a cargo de “Prehistoria General” en 1967. Pero la materia en que se erigió como referente permanente durante esos años fue “Arqueología Argentina”, que enseñó en forma continua entre 1969 y 1976, cuando fue reemplazado por Bernardo Dougherty, a quien había dirigido en su tesis de doctorado. En esta última materia, González enfocaba de modo privilegiado el estudio de la arqueología del noroeste argentino, si bien refería en forma bastante periférica a otras regiones culturales de la Argentina precolombina (Soprano 2010).

Dos ex profesores de Rosario se desempeñaron como profesores en La Plata. Desde 1969, Ana María Lorandi dictó “Arqueología Americana (culturas agroalfareras)” y Pedro Krapovickas “Prehistoria General” desde 1971. Ninguno de ellos fue investigador en las divisiones del Museo, razón por la cual su condición académica en la institución era considerada como “extranjera” por aquellos que se tenían como “locales”, ya que ocupaban, simultáneamente, cargos como investigadores y docentes. La atribución de ese rótulo (de clara connotación negativa) de extranjería se sostenía aun cuando los primeros ejercieran como docentes de la Licenciatura y en torno suyo se integraran como ayudantes de cátedra algunos estudiantes y jóvenes graduados de la casa. En ese sentido, no disponer de cargos de investigación propios y para sus discípulos en las Divisiones del Museo constituía no sólo una limitación en la disponibilidad de recursos materiales, financieros y humanos, sino para actores consagrados un demérito en los estándares de prestigio institucionales.

Esta última afirmación bien podría ser matizada. En una comunicación personal, un arqueólogo egresado de la FCNyM con estrechos vínculos intelectuales, profesionales y personales con González, sostuvo que éste: “nunca fue considerado como alguien de la casa”. Es preciso tomar en serio estos dichos y explorar su eficacia social indagando en otras fuentes documentales y testimonios, pues: 1) podría implicar un cuestionamiento a la hipótesis que sostiene que el control sobre las divisiones del Museo aseguraba necesariamente poder y consagración social en la FCNyM; 2) permitiría ponderar la autonomía académica y política que tuvo González con su temprano acceso a la carrera de investigación de CONICET (creado en 1958) e integrando sus Comisiones Regionales. Una autonomía que, sin embargo, no implicaría necesariamente una desconsideración personal de sus colegas por su inserción y participación en la política institucional y universitaria platense, toda vez que su lugar de trabajo en CONICET era la mencionada Facultad y Museo. 3) O bien, por el contrario, esa afirmación representaría una percepción extemporánea de un actor social que evalúa desde el presente la discontinuidad que implicó el desplazamiento de González en 1976 y su negativa a reincorporarse cuando las autoridades normalizadoras de la Facultad le ofrecieron la restitución de sus cargos en 1984. Respecto de los dichos arriba mencionados, destaquemos en favor de sus argumentos que la publicación institucional *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, del año 1977 permite constatar, apenas a un año de la exoneración de González, su completa omisión como referente en la producción y la enseñanza antropológica en la FCNyM. Pero también –y lo que es más impresionante– evidencia el rotundo trabajo de invisibilización de su figura. Eduardo Mario Cigliano y Néstor Homero Palma fueron los autores del capítulo correspondiente a “Cien años de la antropología en el Museo de La Plata”, en el que repasan la trayectoria de antropólogos contemporáneos de González (aunque mayores en edad y de una trayectoria más extensa) como Márquez Miranda, Vignati y Palavecino, sin citar una sola vez al primero. Asimismo, en el tomo II, dedicado a la “Antropología”, se publicaron trabajos de Cigliano y Vivante, de profesores e investigadores como Augusto Cardich, profesores como Ana María Lorandi,

Pedro Krapovickas y Antonio Austral, y de jóvenes graduados especializados en Arqueología (Rodolfo Raffino, María Carlota Sempé de Gómez Llanes, Bernardo Dougherty, María Amanda Caggiano y Horacio Calandra), Etnografía (Omar Gancedo), Folklore (Néstor Homero Palma), Antropología Biológica (Susana Salceda y Susana Ringuet) y en Teoría y Metodología en Arqueología (Héctor Blas Lahitte).

Al igual que en Rosario y Córdoba, González estimuló el desarrollo de estudios en antropología social y cultural. Como señala Roberto Ringuet (1998), antropólogo egresado de La Plata, González y Cruz alentaron a los alumnos a estudiar la antropología cultural norteamericana y social británica y, más ampliamente, estimularon una actitud de apertura teórica y comprensión integral de la antropología, con lo cual se distanciaron tanto del empirismo positivista como de las concepciones del difusionismo alemán. Durante la estadía de Cruz en La Plata se publicó en la Revista del Museo un trabajo que exponía resultados de la investigación en antropología social efectuada por éste en la localidad de Laguna Blanca (provincia de Catamarca) en coordinación con las campañas arqueológicas de González y otros miembros de su grupo de Córdoba (Cruz 1968)³².

REFLEXIONES FINALES

Para dar cuenta del tema de este trabajo fue necesario apelar a un enfoque metodológico particular. Por un lado, evitando un estudio del proyecto intelectual de González desanclado de sus inscripciones institucionales y vínculos personalizados. Y, por otro, rehusándonos a compartimentar el análisis de su trayectoria académica en alguna de las instituciones por las que circuló. En este sentido, el recorrido que efectuó González por diferentes universidades nacionales –una, central en la producción antropológica de la época, como la de La Plata, y otras periféricas, como la del Litoral y la de Córdoba– permite aproximarnos mejor al entendimiento del proceso de configuración de un liderazgo y carrera científica basada en una propuesta teórica y metodológica renovadora en el escenario de la antropología de la Argentina en las décadas de 1950 y 1960. Asimismo, este abordaje metodológico ha sido útil para observar el papel que jugaron algunas redes de relaciones académicas y personalizadas que incluían a colegas con los que González mantenía vínculos de alianza y conflicto, pero también a grupos de discípulos rosarinos, cordobeses y platenses que se reconocían parte de su linaje antropológico, aunque no necesariamente estableciendo lazos solidarios entre ellos.

En una reconsideración sintética del análisis empírico presentado en este artículo nos interesaría destacar algunos tópicos que creemos son distintivos del perfil que fue asumiendo el liderazgo de González en el campo de la antropología en el curso de estos años. En primer lugar, es necesario tener en cuenta que en los Estados Unidos aprendió una forma de pensar y hacer la antropología, y en particular la arqueología, que no reconocía precedentes ni tenía interlocutores locales. De allí que haya dependido notablemente del apoyo institucional y personal brindado por Antonio Serrano para acceder a la Universidad Nacional del Litoral y la de Córdoba. En un contexto intelectual diferente del norteamericano, comenzando su profesionalización como académico, careciendo de la voluntad favorable de los actores institucionales y antropológicos consagrados en esas universidades (e incluso padeciendo abiertas oposiciones), y sin discípulos que colaborasen en sus investigaciones y contribuyeran a reproducir sus saberes y prácticas antropológicas, González debió iniciar la construcción de su liderazgo en un clima de inestabilidad, insatisfacción personal e incluso experimentando un sentido de extranjería permanente en Rosario y La Plata. No obstante, esa vulnerabilidad fue más tributaria de las mencionadas condiciones académicas, institucionales y personales, antes que determinada por la conflictiva historia política del país, tal como sugieren los relatos canónicos de las ciencias sociales al interpretar la historia de los intelectuales y universidades del período 1943 a 1966.

Lo dicho en el párrafo anterior nos da pie a la segunda consideración que quisiéramos efectuar en relación con la configuración de este liderazgo. En esos años, González se esforzó por producir un perfil y trayectoria académica que tenía por referencias centrales la invocación a la innovación teórica y metodológica de la antropología de orientación neoevolucionista, la centralidad de la investigación arqueológica empírica y en terreno, la afirmación decisiva de su ascendencia intelectual como referente (sinónimo) de la arqueología del Noroeste Argentino, y su proyección internacional como “arqueólogo argentino” con estudios en diferentes regiones de la Argentina (no olvidemos Intihuasi y Ongamira) y con su participación en el proyecto de arqueología de salvataje en el Nilo. Su voluntad por concretar ese perfil y trayectoria científica lo llevó a compartir espacios institucionales y tareas con antropólogos que sostenían perspectivas teóricas y metodológicas (incluso políticas) diferentes de la suya, especialmente con Menghin, pero también –en menor medida– con Serrano, Vignati y Cigliano. Su itinerante recorrido por diferentes universidades obró negativamente en la consolidación de los grupos de discípulos rosarinos y cordobeses que fue formando en dos décadas y media, quienes en algunos casos optaron por seguirlo de Rosario a Córdoba y de Córdoba a La Plata (aunque esta cuestión debería ser materia de otro estudio). Ese nomadismo institucional, no obstante, parece haber tenido como norte su interés por establecerse en un ámbito antropológico central como el Museo de La Plata, una institución en la que no terminó de reconocerse como local o bien que lo asumió como un sujeto foráneo.

En suma, siguiendo a González por diversos itinerarios institucionales y reconstruyendo las tramas de relaciones institucionales, académicas y personales en las que se vio envuelto –que abarcan escalas locales, nacionales e internacionales– es posible conformar una representación plausible del proceso de circulación de personas, saberes y prácticas que gravitaron en torno de su liderazgo en la historia de los antropólogos y las antropologías producidas y enseñadas en las universidades nacionales entre 1949 y 1976.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 04/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es parte de una investigación efectuada en el marco del PICT Redes 1728 financiado por la ANPCyT. Deseamos agradecer las ideas sugeridas por los colegas del proyecto. Nuestra gratitud a Carlos Cerutti por su generosidad al compartir con nosotros sus conocimientos y permitirnos el acceso a la correspondencia entre Antonio Serrano y Alberto Rex González depositada en el Archivo Provincial de Entre Ríos. También a Soledad Ochoa, Marina Salas y Natalia Zabala por su ayuda con los documentos del Archivo del Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. A Oscar Vallejos, Susana Luco, Rosana Guber y Andrés Laguens por sus comentarios. Desde ya, los dichos aquí expresados son exclusiva responsabilidad de los autores.

NOTAS

¹ Según comentarios de Rex González, Steward envió una carta de recomendación para que lo aceptaran en la Universidad de Columbia.

² La primera etapa de RG en La Plata se extendió desde 1948 hasta 1957.

³ *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1950*. pp. 12-13-14.

⁴ *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1951*. p.3-32.

- ⁵ Correspondencia de Alberto Rex González -ARG a Antonio Serrano-AS: 22/04/1953.
- ⁶ Oswald Menghin. “Fundamentos cronológicos de la prehistoria de la Patagonia”. *Runa* V: 23-43. Buenos Aires. Para un análisis de la arqueología de Menghin, remitimos a Susana Luco (2010).
- ⁷ *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1950*. pp. 77-78.
- ⁸ Oswald Menghin y Alberto Rex González. “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba, R. Argentina”. *Notas del Museo de La Plata XVII* (67): 214-274. La Plata.
- ⁹ *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1951*. pp.57-58.
- ¹⁰ *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1951*. p.2.
- ¹¹ Alberto Rex González. “La estratigrafía de la gruta de Intihuasi, (Prov. de San Luis, R. A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica”. *Revista del Instituto de Antropología*. Tomo I. Córdoba, 1960. 9.
- ¹² *Memoria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1951*. p. 60.
- ¹³ Correspondencia de Alberto Rex González-ARG a Antonio Serrano-AS, 18/12/1952.
- ¹⁴ Correspondencia de ARG a AS, 22/04/1953.
- ¹⁵ Correspondencia de ARG a AS, 01/06/1954. Para una referencia a la trayectoria del mencionado Juan Carlos Otamendi, remitimos a Soprano (2009a).
- ¹⁶ Correspondencia de ARG a AS, 14/10/1955.
- ¹⁷ Correspondencia ARG a AS, 22/04/1953.
- ¹⁸ El subrayado corresponde al original. Correspondencia de ARG a AS: 15/01/1956.
- ¹⁹ *Revista del Instituto de Antropología I*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral. Rosario. 1959: 5-8. En ese primer número de la revista rosarina González publicó su artículo en polémica con Márquez Miranda: “Observaciones al trabajo de F. M. Miranda y E. M. Cigliano. ‘Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana’ ”. 315-330.
- ²⁰ Alberto Rex González y Ana María Lorandi. “Restos arqueológicos hallados en las orillas del Río Carcarañá, provincia de santa Fe”. *Revista del Instituto de Antropología I*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral. Rosario. 1959.
- ²¹ Del proyecto de Cigliano sobre el Valle de Santa María participaron María Teresa Carrara, Ana María Lorandi, Susana Renard, Myriam Tarragó, Graciela de Gásperi, Susana Petruzzi, María Luisa Arocena, Susana Beretervide y Blanca Carnevali. Resultados de esas investigaciones fueron publicados en: Eduardo M. Cigliano. *Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María*. Publicación N°4, Instituto de Antropología, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1960. Eduardo M. Cigliano. *El Ampajanguense*. Publicación N°5, Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral. Rosario, 1962. Gustavo Beyhaut, Eduardo M. Cigliano y Susana Petruzzi. *Propuesta para un estudio integral del Valle de Santa María*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral. Rosario, 1960.
- ²² Susana Petruzzi. “Dos expediciones arqueológicas a la zona de El Alamito (Provincia de Catamarca)”. *Revista del Instituto de Antropología I*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral. Rosario. 1959. 293-303.
- ²³ Albert Meister, Susana Petruzzi y Elida Sonzogni. *Tradicionalismo y cambio social*, Publicación N°1, Instituto de Antropología, Universidad Nacional del Litoral, Rosario. 1963.
- ²⁴ *Revista del Instituto de Antropología I*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral. Rosario. 1959. 5-8.
- ²⁵ Hay que tener en cuenta que, por un lado, ambos laboratorios no estaban aceptando nuevas muestras para fechar por estar colmadas sus capacidades; y, por otro, que cada datación costaba 250 dólares.
- ²⁶ Durante este período avanzó en la escritura de su tesis de doctorado sobre la arqueología de la Gruta Intihuasi, que será una obra clave en la arqueología argentina de cazadores recolectores. Ver: Alberto Rex González. “La estratigrafía de la gruta de Intihuasi, (Prov. de San Luis, R. A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica”. *Revista del Instituto de Antropología*. Tomo I. Córdoba, 1960.
- ²⁷ Nota de ARG al Vicedecano de la FFyH UNC 20(02/1961).
- ²⁸ Plan de trabajos y horarios, de ARG al Decano Dr. Adelmo Montenegro, 02/06/1961. Legajo de Alberto Rex González, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- ²⁹ Decreto Nro. 21 del Poder Ejecutivo, 03/01/1961.
- ³⁰ Esta tesis no se encuentra en Biblioteca. Sobre su contenido nos orientamos por un artículo de Lahitte -publicado 1970 en la serie de monografías del Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce- ligado su tema de la tesis: *Arte y Arqueología: un análisis documental sobre piezas de la cultura santamariana*.

- ³¹ Para un análisis de la enseñanza de la arqueología entre 1966 y 1976 en la FCNyM/UNLP puede consultarse Germán Soprano (2010).
- ³² José Cruz. “Vida y aislamiento. Un enfoque antropológico del ciclo vital en Laguna Blanca, Catamarca”. *Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie) Antropología N°35 Tomo VI*. Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 1968. 239-279. El artículo fue escrito en realidad en 1966 y entre los agradecimientos consignados por Cruz figuran los “colegas” Guillermo Beato, Osvaldo Heredia y Marta Pagola, sus “alumnos” Iván Baigorria, María Eloisa Bett, Luis María Gatti, Walter Mignolo y Jorge Tula, “sin quienes la investigación no se hubiera cristalizado y a quienes corresponde mucho del mérito que pueda tener”.

BIBLIOGRAFÍA

- Bianciotti, A.
2005. Alberto Rex González: la imagen y el espejo. *Arqueología Sudamericana* 1 (2): 155-211.
- Bonnin, M.
2000. Pensando los museos arqueológicos. *Actas de las Segundas Jornadas. Repensando los Museos Históricos*: 1-14, Alta Gracia.
2007. Cultura Aguada: Ambato 73/76. *4º Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur*, San Fernando del Valle de Catamarca.
2010. Osvaldo Heredia: los proyectos de investigación, el aula y otros contextos de instrucción en la arqueología de los '60 y '70. *Revista del Museo de Antropología* 3, edición electrónica. <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/antropologia>
- Escudero, S., M. R. Terzaghi y P. Cuaranta
2007. Lo que el agua se llevó: la investigación arqueológica en el NEA desde la UNR. *Pacarina Revista de Arqueología y Etnografía Americana* I. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad de Jujuy. Publicación Especial Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Salvador de Jujuy.
- Fontán, M.
2005. *Oswald Menghin: ciencia y nazismo. El antisemitismo como imperativo moral*. Buenos Aires, Fundación Memoria del Holocausto.
- Garbulsky, E.
2004. La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales. *Cuadernos de Antropología Social* 20: 41-60.
- Gil, G.
2006. Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de Antropología de Mar del Plata. *Anuario de Estudios en Antropología Social* 3: 53-75.
2010. Neoevolucionismo y ecología cultural. La obra de Julian Steward y la renovación de la enseñanza de la antropología en la Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 3, edición electrónica. <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/antropologia>
- González, A. R.
2000. *Tiestos dispersos. Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*. Buenos Aires, Emecé.
- Guber, R., M. Bonnín y A. Laguens
2007. Tejedoras, topes y partisanos. Prácticas y nociones acerca del trabajo de campo en la Arqueología y la Antropología Social en la Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXII: 381-406.

- Kohl P. L. y J. A. Pérez Gollán
2002. Religion, Politics and Prehistory. *Current Anthropology* 43(4): 561-586.
- Laguens, A. y Bonnin, M.
2009. *Sociedades indígenas de las Sierras Centrales. Arqueología de Córdoba y San Luis*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lázzari, A.
2004. Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional (1946-1955). En F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*: 203-230. Buenos Aires, Paidós.
- Luco, S.
2010. De prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología antagónica. UBA (1975-1983), Tesis de Maestría inédita, Instituto de Desarrollo Económico y Social-Instituto de Altos Estudios Sociales-Universidad Nacional de San Martín.
- Menghin, O.
1952. Fundamentos cronológicos de la prehistoria de la Patagonia. *Runa* V: 23-43.
- Pérez Gollán, J. A.
1998. Presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba. *Estudios* 10: 17-30.
- Ringuelet, R.
1998. Antropología social y arqueología. En Fundación Argentina de Antropología (ed.), *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*: 47-60. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Soprano, G.
2007. Continuidad y cambio en los estudios en etnología de poblaciones indígenas contemporáneas y comunidades folk en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata (1930-1976). *Anuario de Estudios en Antropología Social* 3: 23-52.
2009a. La antropología física entre la universidad y el Estado. Análisis de un grupo académico universitario y sus relaciones con las políticas públicas del Instituto Étnico Nacional (1946-1955). *Estudios Sociales* 37: 63-95.
2009b. "Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960". En M. Marquina, C. Mazzola y G. Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*: 111-152. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de San Luis/Prometeo Libros.
2010. "La enseñanza de la arqueología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Un análisis sobre el liderazgo académico de Alberto Rex González y Eduardo Mario Cigliano (1958-1977)". *Revista del Museo de Antropología* 3, edición electrónica. <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/antropologia>
- Tarragó, M.
2003. La arqueología en los Valles Calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales del Museo de Gotemburgo*: 13-42.

CONTEXTO INTELECTUAL DE SURGIMIENTO DEL AMERICANISMO EN LA ARGENTINA (1845-1880)

Javier H. Natri* y Bruno D. Catania**

RESUMEN

El presente texto explora el trasfondo intelectual de surgimiento de las primeras investigaciones arqueológicas en la Argentina, el cual estuvo signado por la oposición sarmientina entre civilización y barbarie. El estudio del período 1845-1880 tiene como fin aportar elementos que permitan comprender los desarrollos interpretativos de la naciente arqueología, así como también ilustrar los distintos planos en los cuales tiene lugar la relación con el otro cultural: axiológico, praxeológico y epistémico. Junto con la desvalorización de las sociedades aborígenes implicada por la oposición mencionada hubo, por otra parte, posiciones alternativas, así como también es de destacar una concepción histórica dinámica del pasado indígena. Por último, se identificó también durante el período estudiado una articulación de las valorizaciones de los distintos grupos aborígenes con la competencia científica internacional mediante identificaciones puntuales de los investigadores con las sociedades estudiadas.

Palabras clave: americanismo – axiología – ciencia – nacionalismo – racismo.

ABSTRACT

This text explores the intellectual background behind the start of the first archaeological investigations in Argentina; the Sarmientian opposition between civilization and barbarity underscored this. The study of the 1845-1880 period results in the establishment of markers that will permit an understanding of the interpretative developments within the nascent archaeology, at the same time as illustrating the different levels at which there was a relation with the cultural other: axiological, praxeological and epistemological. Alongside the devaluation of aboriginal societies due to the previously mentioned opposition, there were alternative positions, including

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Maimónides. Universidad de Buenos Aires. Hidalgo 775 (1405), Buenos Aires. E-mail: nastri.javier@maimonides.edu

** Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Moreno 350 (1091). E-mail: brunocatania@hotmail.com

it should be highlighted a vision of a historical dynamism of the indigenous past. Finally, we can also identify in this period an engendering of value of the distinct aboriginal groups for the international scientific community mediated through the particular identifications by investigators with the studied societies.

Keywords: *americanism – axiology – science – nationalism – racism.*

INTRODUCCIÓN

Los comienzos del estudio de las sociedades aborígenes habitantes del territorio hoy reconocido como argentino fueron sincrónicos de la apropiación efectiva por parte del Estado nacional de los, hasta ese momento, territorios libres de la Patagonia, hacia fines de la década de 1870. Producto de la pluma del teórico mayor de la burguesía argentina (Viñas 2003:64), la fórmula sarmientina de “civilización o barbarie”¹ constituyó de esta manera la justificación moral de las mencionadas acciones emprendidas desde el Estado, las cuales coincidirían cronológicamente con los comienzos de los estudios dirigidos a documentar y comprender el fenómeno de la diversidad cultural humana en el ámbito del Cono Sur americano.

En las páginas que siguen se rastreará la presencia de la mencionada fórmula y de otras formas de valorización de las sociedades aborígenes americanas en la producción de los autores que abordaron temáticas arqueológicas y antropológicas con anterioridad a la incorporación de la Argentina en el contexto internacional del americanismo hacia fines de la década de 1870.

Para Todorov (1987), la relación con el otro se plantea en tres planos: el axiológico, el praxeológico y el epistémico, los cuales están inextricablemente ligados. El primero es el referido a los juicios de valor (el otro es bueno o malo); el segundo alude a la distancia a la cual el investigador se sitúa en relación con su objeto: las posibilidades van desde la sumisión del otro a la propia imagen (asimilación) a la adopción de los valores del otro, pasando por la neutralidad o indiferencia; por último, en el plano epistémico entra en juego la decisión de conocer o no al otro. Destaca Todorov que entre las opciones posibles en cada uno de los planos existen relaciones y afinidades, mas ninguna “implicación rigurosa”². En las posiciones adoptadas por los precursores del americanismo es posible identificar expresiones de sentimiento, la búsqueda de conocimiento y la voluntad de conquista. A su vez, cada uno de estos planos contempla una gama de posibilidades entre los polos negativos y positivos, de modo que las combinaciones posibles son numerosas y su análisis resulta particularmente relevante en el contexto actual de resurgimiento de las identidades indígenas.

LA MATRIZ SARMIENTINA

Sarmiento se habría inspirado en la postulación de una etapa civilizada que sigue a una de barbarie en la obra de Fourier (Zanneti y Pontieri 1980:388) y otros historiadores franceses que constituían frecuentes referencias en sus textos (Halperin Donghi 1996; Sarlo y Altamirano 1997:98-99). El antagonismo entre dos “razas”, una invasora y otra invadida, desplegado por historiadores románticos como Thierry, constituyó a su vez un punto de partida para el planteamiento de la antinomia entre campaña y ciudad en la historiografía francesa (Zanneti y Pontieri 1980:389) y que también organiza el relato del *Facundo* (Sarmiento 1874). Y efectivamente, como señala Halperin Donghi, la caracterización lapidaria de la barbarie no constituía en Sarmiento un rasgo iluminista, sino una operación romántica, dado que Sarmiento no presentaba a la barbarie como carencia de civilización sino como un mundo propio y original (Halperin Donghi 1996:23). Que para él no fuera “deseable” no quitaba el hecho de que lo concibiera como autónomo.

Por otra parte, este modelo romántico de historia que Sarmiento bebía de autores como Sismondi, Thierry o Fourier, y que se caracterizaba por una gran sensibilidad para la “captación

de complejos culturales”, tenía como contrapartida el sostén de argumentos muy pobres y simplificados para dar cuenta del desarrollo histórico: por ejemplo, la lucha de razas (Halperin Donghi 1996:23). Hacia la década de 1850, Sarmiento actualizó su ideario en relación con la ciencia positivista contemporánea, y allí puede observarse cómo se apoyó en causas naturales (el determinismo de la raza) para explicar el fracaso del proyecto nacional soñado por la generación del ‘37 (Zanetti y Pontieri 1980:382). La temática de las razas fue de esta manera un elemento que facilitó el pasaje del modelo de ensayo romántico al positivista³: siendo en el primero un elemento secundario, útil en la medida en que proporcionaba el apoyo sobre el cual desplegar la sensibilidad descriptiva; en el segundo pasó a ocupar el centro de la escena, dado el nuevo énfasis en la función explicativa de los abordajes científicos.

El surgimiento del racismo como teoría científica estuvo estrechamente asociado al desarrollo del capitalismo industrial y arraigado en el concepto de progreso unilineal e inevitable. De acuerdo con dicha teoría, se consideraba que razas biológicamente inferiores habrían quedado encerradas en el pasado, con un índice de progreso nulo, incluso cuando éste era, según los evolucionistas, inevitable (Harris 1979; Kuper 1989). El racismo postulaba que tanto las similitudes como las diferencias socioculturales entre los grupos humanos están determinadas por caracteres heredados biológicamente. No obstante, han sido la excepción los casos en los que se han explicitado correlaciones causales entre componentes biológicos y rasgos culturales específicos. Las correlaciones han sido en su gran mayoría de carácter general y basadas en el prejuicio, de modo que el papel de la causalidad racista reside principalmente en otorgar una explicación “científica”, por la apelación a la biología, aunque dicha explicación carece de desarrollo. En las oportunidades en que sí se ha desarrollado lo ha sido en un marco evolutivo, en el cual los casos de estudio sólo servían como pruebas del final de un proceso: ya sea la monogénesis o poligénesis, la degeneración, etcétera.

Quienes intentaron una operativización del concepto de raza fueron los antropólogos físicos desde la primera mitad del siglo XIX. En 1839 apareció *Crania Americana*, del médico norteamericano Samuel Morton, donde se presentaban mediciones de la capacidad craneana sobre una gran colección correspondiente a distintas poblaciones. Al año siguiente quedó establecida, por parte del investigador sueco Anders Retzius, una forma precisa de comparación, el índice cefálico, medida que se constituiría en la herramienta principal de la antropometría. Uno de sus cultores, Gould, encargado de las estadísticas antropométricas en las tropas yanquis que pelearon en la guerra de secesión, se establecería luego en la Argentina, donde conoció a Sarmiento (Monserrat 1993:14-17). La escuela racista continuó su desarrollo hasta el ataque final sobre su utilidad realizado por Boas en 1912 (Palerm 1977:11; Harris 1979:85). Éste, junto con sus discípulos, también refutó el evolucionismo, puntualmente el modelo de Morgan, a través de la presentación de numerosos casos etnográficos (Palerm 1977:12; Kuper 1989:35; Boas 1993). Pero hacia 1860, señala Harris, antropología y determinismo racial eran prácticamente sinónimos; la discusión se centraba en el hecho de si las razas inferiores eran o no capaces de mejorar (Harris 1979:87), lo cual tenía implicancias respecto del tema de la esclavitud y el origen del hombre. Es el momento en que Tylor publica sus obras con base en la teoría de la evolución (Palerm 1982). Señala Charles Morazé (1965:300) que “desde 1870 de uno a otro extremo de Europa, tener espíritu científico, ser positivo, equivaldrá a unirse al evolucionismo”. Este contexto de discusión se producía a nivel general a partir de varias coyunturas particulares: la Guerra Civil en Estados Unidos, el desarrollo del Imperio Británico en la India, la colonización de África, los movimientos nacionalistas en Europa, la Revolución Industrial en Inglaterra, la construcción del Estado-Nación Alemán, entre otros (Palerm 1974; 1982). “¿Nacían los hombres libres e iguales, tal como proclamaban la biblia y la constitución o Dios había creado diversas especies de hombres con destinos distintos?” (Kuper 1989:26).

Ese fue también el momento en el cual en Europa se operó la transición entre la idea de raza-nación del romanticismo a la de raza-sangre del biologicismo (Palerm 1982; Terán 2000:155). Esta

última, junto con la insatisfacción respecto de la versión bíblica de la historia y la restauración de la confianza iluminista en el progreso, constituyeron los tres elementos principales de la atmósfera intelectual de la época que prepararían el escenario para el éxito de obras como las de Spencer, Lyell y Darwin (Harris 1979; Palerm 1982; Kuper 1989). En la Argentina, estas dos versiones del evolucionismo recién aparecieron en el debate intelectual a mediados de la década de 1870 (Montserrat 1993). Sarmiento, por ejemplo, declara sobre la obra de Darwin: “yo, señores, adhiero a la doctrina de la evolución más generalizada, como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma” (Sarmiento 1899:104). Con anterioridad a esta fecha el romanticismo criollo se manifestaba en dos tendencias para la comprensión de la realidad: en su versión naturalista destacaba la determinación del medio físico en la conformación psicológica de un pueblo; en su variante social, en cambio, apelaba a leyes históricas que regían el desenvolvimiento de la humanidad (García Orza 1980:344). De lo primero, vale como muestra el título del primer capítulo del *Facundo* (Sarmiento 1874): “Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”; o la propuesta de Alberdi de implantar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, etcétera; de lo segundo es testimonio la convicción alberdiana acerca de la existencia de “una ley de la evolución histórica que rige el desarrollo de la humanidad, pero adquiere una expresión propia de acuerdo con el tiempo y el espacio propio de cada nacionalidad” (García Orza 1980:348).

El estudio de los principios de la evolución histórica y del carácter de ellos mismos de acuerdo con la realidad nacional particular eran las dos misiones que quedaban para los intelectuales. Dado que de lo primero se habían ya ocupado suficientemente los estudiosos europeos, quedaba para los nativos el abordaje de la segunda cuestión. Es notable el hecho de que Alberdi expusiera de este modo el carácter de construcción de la nacionalidad por parte de los investigadores. Construcción a partir de la búsqueda de lo esencialmente argentino sí, pero que si debía buscarse con tantos riesgos de equivocarse es porque se estaba lejos de una férrea determinación, como era el caso de la biología en relación con el concepto de raza. El valor de este término aparecía, así, con un contenido ambiguo: “Junto con el clima, concurren a producir este estado de cosas, la educación tradicional del pueblo español de raza infelícísima para servir a las necesidades de la industria” (Alberdi 1854:98).

Luego, del hombre americano decía que:

es pobre la más de las veces porque es vago y holgazán; y no es holgazán por falta de trabajo sino por sobra de alimentos. Educado en la desnudez y privación de ciertas comodidades, no sufre por ello físicamente gracias a la clemencia del clima. Tiene que comer y gusta naturalmente del *dolce far niente* (Alberdi 1854:98).

La implantación de grandes contingentes de inmigrantes modificaría esta situación en tan sólo una década, y diluiría el “componente nativo, inmodificable” en la marea del nuevo compuesto poblacional. De modo que, si bien el determinismo racial no se desplegó en la generación del '37 con la misma importancia que en sus sucesores positivistas, en relación con los aborígenes la postura era clara: para Alberdi, “el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil. Nosotros, los que nos llamamos Americanos, no somos otra cosa que Europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera” (Alberdi 1856:36).

Mientras que para Sarmiento “Las razas fuertes exterminan a los débiles, los pueblos civilizados suplantando en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande” (Sarmiento 1948:218). Esta afirmación no le impedirá adjudicar a la persistencia de la raza aborigen la razón del aparente fracaso en su proyecto nacional. El personalismo sobre el cual se apoyaba un sector oligárquico habría tenido origen en la sangre aborigen que aún corría mayoritariamente por las venas de las masas.

PRIMEROS ENSAYOS AMERICANISTAS

La obra de otro miembro de la generación del '37, Vicente Fidel López, constituye un antecedente más directo del surgimiento de los estudios americanistas en Argentina. De regreso de su segundo destierro, ya dedicado por entero a la labor literaria y académica, publicó en París, en colaboración con Gastón Máspero, *Les Races aryennes du Pérou* (López 1871). Este libro presentaba osadas tesis acerca de antiguas conexiones entre el viejo y el nuevo⁴ mundo que provocaron la reacción de especialistas europeos como Von Tschudi (Von Tschudi y López 1878), en quien se perfilaba ya el mayor compromiso con la rigurosidad histórica (Kaulicke 2002-03) aportado por el positivismo. No obstante, obras como las de López dieron el impulso a Samuel Lafone Quevedo para abordar la temática etnológica (Lafone Quevedo 1888:6). López fue responsable de la primera edición española de las “Memorias Antiguas Historiales del Perú” de Montesinos en *La Revista de Buenos Aires* entre los años 1869 y 1870 (Hilthunen 1999), fuente central para la construcción e interpretación histórica por parte de los primeros americanistas abocados a los estudios calchaquies (Nastri 2004).

En la polémica entre Vicente Fidel López y Johan von Tschudi, así también como las establecidas por diferentes estudiosos peruanos con este último, pueden apreciarse los conflictos de valores que asomaban en los investigadores del pasado americano en los inicios de la americanística. Von Tschudi reaccionaba contra la, a su juicio, exagerada admiración de López por los conocimientos médicos de los incas, que en modo alguno podían considerarse para él como superiores a la sabiduría acumulada en la Europa medieval (Von Tschudi y López 1878:3-4). Kaulicke señala que la crítica contra la glorificación injustificada de los incas es uno de los hilos conductores de la producción etnológica de Von Tschudi (Kaulicke 2002-03:79); y, como advirtiera López, implicaba una revalorización de los pueblos preincaicos, lo cual, sumado a la negación de los vínculos entre América y las civilizaciones antiguas del viejo mundo conduciría, según el futuro ministro de Pellegrini, a la noción “contrafáctica” de que

América ha sido bien superior en inteligencia a Europa. Pues Europa debe todo lo que es a la iniciación y a las tradiciones asiáticas, mientras que según mis críticos, la civilización sudamericana habría creado todo ella misma; sus obras prodigiosas, sus artes, sus grandes obras de matemáticas aplicadas, sus cálculos astronómicos, su gobierno tan bien establecido y tan altamente administrativo, su cultura, su tolerancia religiosa (Von Tschudi y López 1878: 25).

De esta manera, la competencia científica entre europeos y americanos era prácticamente indisoluble de los contrastes entre el pasado de las poblaciones de uno y otro continente. López afirmaba su orgullo americano, pero los argumentos que empleaba para ensalzar a la América autóctona se basaban en los supuestos lazos ancestrales de ésta con la fuente de la civilización europea.

La figura del otro padre fundador de la historiografía nacional, Mitre, tuvo también un gran protagonismo en los inicios de la empresa americanista en la Argentina. Publicó un libro sobre las ruinas de Tiahuanaco (Mitre 1954), a las cuales conoció personalmente en una fugaz visita en 1848, cuando partía exiliado de Bolivia tras un año de permanencia y activa participación política en La Paz. Las pocas horas que dispuso como “prisionero de Estado” para visitar las ruinas le bastaron para convencerse de la mayor antigüedad de éstas respecto de las propias de los pobladores que encontraron los conquistadores al arribar al Perú. Basaba su juicio en el carácter “primitivo y severo” de los restos arquitectónicos, además, en algunas referencias de los cronistas y autores previos, como Castelnau y D’Orbigny (Mitre 1954:103, 110). No obstante, debe notarse que, si bien sus apuntes de viaje datan del año 1848, el libro fue publicado en 1879, con posterioridad a aportes tales como los de Rivero y Von Tschudi (1943). Mitre pudo dar con las dos grandes estatuas

humanas de carácter antropomorfo que mencionara el cronista Cieza de León. Estaban en el pueblo moderno de Tiahuanaco, no muy lejos de las ruinas. El contraste entre el naturalismo de estas dos figuras y los hieráticos monolitos de las ruinas condujo a Mitre a desarrollar la hipótesis de que correspondían a dos épocas distintas. Basándose en la observación superficial del desgaste de las rocas, el autor asignó una mayor antigüedad a las estatuas humanas, y considerando superior el arte naturalista al hierático concluyó así que en Tiahuanaco se habría dado un proceso de involución o retroceso cultural (Mitre 1954:187-188). La causa de este retroceso habría residido en la invasión de un pueblo guerrero que impuso “el culto primitivo y severo de los ídolos geométricos y edificó su templo sobre los escombros del antiguo culto” (Mitre 1954:190).

En sintonía con las características de su producción historiográfica (Pontieri 1980; Devoto 2002:13; Myers 2004:67), Mitre se destaca en esta breve y ocasional contribución arqueológica por la búsqueda de medios de “comprobación” (el desgaste diferencial de los monumentos) de las hipótesis planteadas, las cuales contemplaban la cuestión del cambio a lo largo del tiempo. No obstante, los distintos elementos de juicio desplegados (teñidos de una clara noción degeneracionista⁵ en la visión del cambio cultural en el tiempo), en definitiva, resultaban de poca importancia frente a la siguiente convicción:

La crítica nos enseña que las tribus salvajes de la América, lo mismo que sus naciones relativamente más adelantadas, no poseían en su organización física, ni en su cerebro, ni en los instrumentos auxiliares que mejoran y perfeccionan la condición humana, los elementos creadores, regeneradores, eternamente fecundos y eternamente progresivos y perfectibles, que caracterizan las sociedades o las civilizaciones destinadas a vivir y perpetuarse en el tiempo y el espacio.

Por eso las dos civilizaciones de Tiahuanaco estaban fatalmente destinadas a morir por esterilidad, cualquiera que fuese el orden cronológico en que se sucedieran (Mitre 1954:191).

Los párrafos que tratan la cuestión de la “secuencia” son un tanto contradictorios. Bien puede ser el caso de que se hubiera deslizado un error cuando, en primer lugar, se invierte el orden de los estilos (Mitre 1954:186), pero aun así esto sugiere que la cuestión era en definitiva intrascendente frente a la idea de la inevitable “esterilidad” aborígen. De esta manera, los últimos capítulos del libro se dedicaron a la caracterización de la barbarie americana, a partir de la afirmación de la existencia de ciclos periódicos de descomposición, muestra de una inferioridad *congénita* que sólo pudo superarse mediante la “inoculación de la sangre y la civilización europea” (Mitre 1954:198).

El profundo sentimiento desvalorizador que abrigaba Mitre en relación con los aborígenes americanos lo condujo a centrar el interés en las lenguas pues, a excepción de casos espectaculares como el de Tiahuanaco, los pueblos aborígenes no sólo no tenían historia (por lo tanto, “sólo la geografía y etnología puede aplicárseles”) en su visión, sino tampoco arte, ciencias, religión ni monumentos. Entonces, la lengua constituía la clave para la determinación de “las diferentes razas y naciones [...] ubicándolas en el terreno que ocupaban al tiempo del descubrimiento” (Márquez Miranda 1954:91, 1956). En Mitre se evidencia así una conciencia acerca de las vías efectivas para la recuperación objetiva del pasado aborígen junto con la noción de que, fuera cual fuera la trayectoria de dicho pasado, en nada cambiaría la visión acerca de las cualidades negativas de los nativos americanos. A partir de la valorización negativa de las sociedades originarias, sólo cabía su asimilación, y en este contexto, su conocimiento, aunque factible al menos en ciertos casos, se revelaba superfluo. Años después, Mitre asumiría el papel de corrector de las representaciones del pasado generadas por autores que manifestaban su simpatía por los indígenas y que, en consecuencia, se distanciaban de las posturas asimilacionistas más autocomplacientes. El ex presidente opinaba así, por ejemplo, que al manuscrito de Calchaquí (Quiroga 1992): “siendo un trabajo serio de investigación y crítica, le perjudica cierta forma poética o imaginativa, que podría extraviar el juicio del lector” (Mitre en Quiroga 1992:4)⁶.

Cabe destacar, no obstante, que las elecciones particulares de Mitre en los planos axiológico, praxeológico y epistémico no implicaron obstáculo alguno para el planteamiento de una propuesta con sentido temporal en torno a invasiones de pueblos que en los años siguientes también estará presente en el desarrollo de los estudios calchaqués (Nastri 2004, 2010b).

LAS VÍSPERAS: LITERATURA, MUSEOS Y CAMPO CIENTÍFICO

El relato autobiográfico de Lucio V. Mansilla ([1870] 1967) entre los ranqueles, guiado en cambio por la noción de “civilización clemente”⁷ (Lázzari 1996), implicaba una alternativa a las posturas desvalorizadoras del mundo aborígen⁸. No obstante las coincidencias en algunos juicios críticos hacia la política estatal respecto de los aborígenes que se observarán en la primera producción de algunos autores americanistas, como veremos más adelante, no se verifica conexión explícita alguna del discurso de estos con el del coronel, el cual por otra parte correspondía al ámbito literario antes que al científico. Ámbito literario en el que durante la misma década de 1870, el *Martín Fierro* (Hernández 1962) presentaba primero una idealización del mundo aborígen, y luego, siete años después, el gaucho marginal y rebelde se revelaba dispuesto a la integración al proyecto histórico liberal (Viñas 2003:169). De esta manera, los primeros momentos del americanismo en la Argentina fueron coincidentes con la comprensión por parte de la *intelligentsia* de que “el Estado tenía necesidad de una población homogénea, letrada, asimilada sobre todo desde un punto de vista cultural” (Svampa 1994)⁹. La clave de la educación residía en la difusión de conocimientos científicos¹⁰, cuya producción requería de instituciones específicas: observatorios, laboratorios, museos, sociedades científicas.

A poco de fundadas la Sociedad Científica Argentina y la Academia de Ciencias de Córdoba, a comienzos de la década de 1870¹¹, se creó un museo en el interior de la primera; en 1878, la provincia de Buenos Aires organizó un Museo Antropológico y Arqueológico; un año más tarde se creó el Instituto Geográfico Argentino, y en 1881, el antiguo Museo Público de Buenos Aires se revitalizó como Museo Nacional (Podgorny 2000:29). En 1888, con la fundación del Museo de Ciencias Naturales en la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, se multiplicaron las investigaciones y se comenzaron a difundir detalladamente sus resultados sobre una audiencia más amplia. Germán Burmeister (1807-1892), Francisco P. Moreno (1852-1919) y Florentino Ameghino (1854?-1911) se cuentan entre los principales protagonistas de la historia de estas instituciones. El geólogo alemán dirigía el Museo Público de la Provincia (nacionalizado luego de la federalización) desde 1862, tras la realización de su viaje por las provincias argentinas, durante el cual se topó con estelas de piedra arqueológicas que supuso del tiempo de los incas (Burmeister 1873). Posteriormente, su relación con problemáticas arqueológicas estuvo dada por la comunicación a publicaciones alemanas de los hallazgos realizados en la Argentina y por el apoyo a la actividad de Moreno. Este último, integrante del selecto grupo de cultores de la ciencia en el marco de la alta sociedad porteña, asumió la dirección del Museo de la Sociedad Científica Argentina en 1875. Dos años más tarde donó sus colecciones al gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y obtuvo de éste el compromiso de fundar un nuevo museo y nombrar al donante como director. En 1878 comenzó a funcionar el Museo Arqueológico y Antropológico de la Provincia, en el cuarto piso del antiguo Teatro Colón¹²; el mismo año en que un subreceptor de Mercedes entregado desde joven a la recolección de fósiles en las barrancas del río Luján, Florentino Ameghino, viajaba a Europa para participar de la Sección Paleontológica Argentina en la Exposición Universal de París¹³. Allí vendió sus colecciones y encontró editor para su obra *La antigüedad del hombre en el Plata* (Ameghino 1881), además de participar del Congreso Internacional de Americanistas de Bruselas (Márquez Miranda 1951:46), donde presentó un trabajo sobre el arte rupestre de la República Argentina, centrado en la interpretación de los hallazgos arqueológicos realizados por Liberani y Hernández (1950) en el yacimiento de Loma Rica de Shiquimil, en la provincia de

Catamarca. Esta expedición, originada en una exploración previa con propósitos paleontológicos organizada desde el Colegio Nacional de Tucumán en 1876, es considerada el puntapié inicial de la arqueología del noroeste argentino (Fernández 1982).

Efectivamente, pese a que los resultados de la mencionada expedición no fueron publicados hasta mediados del siglo XX (Liberani y Hernández 1950), tanto Burmeister como Ameghino tuvieron acceso al álbum original y comentaron extensamente las implicancias de los hallazgos, en la revista de la Sociedad Berlinesa de Antropología (Burmeister 1877) y en el Congreso Internacional de Americanistas de Bruselas (Ameghino 1880) respectivamente, con lo cual la arqueología argentina pasaba a ser reconocida en el contexto científico internacional.

Burmeister asociaba correctamente los hallazgos en la Loma Rica a los calchaquíes, una “nación heroica” que había resistido durante más de un siglo a los conquistadores españoles. En relación con los petroglifos, dejaba asentada su oposición a la creencia de que se trataba de inscripciones jeroglíficas, dada la heterogeneidad y posición irregular de los signos (Burmeister 1877:357). En cambio, Ameghino, si bien rechazaba la hipótesis de Liberani acerca de que los signos rupestres eran del tipo jeroglífico egipcio, afirmaba que corresponderían a algún tipo de escritura, más o menos avanzado. Apelaba a informaciones sobre arte rupestre de todo el continente y a noticias históricas sobre métodos aborígenes de conservación de información. Propuso así un contraste entre la escritura de signos, originaria del sur, y la de quipus, originaria del Norte. La lucha entre las correspondientes civilizaciones había culminado con la victoria del “pueblo de los quipus”. Ameghino se valía así de los hallazgos de Liberani para refutar la creencia de que antes de los incas no se habían desarrollado civilizaciones “avanzadas” en el actual territorio argentino. Planteó entonces claramente la cuestión de la dominación incaica del noroeste argentino pocos siglos antes de la irrupción española. Vinculaba a los calchaquíes con la civilización preincaica con eje en Tiahuanaco (Ameghino 1880:725).

Ameghino citaba el pasaje de Garcilaso de la Vega en el cual se mencionaba una embajada de los caciques del Tucma para ofrecerse como vasallos del Inca (Ameghino 1880:726). Apoyándose también en Montesinos, postulaba luego una invasión más antigua (200 a.C.), en sentido inverso, de los pueblos del sur sobre el centro de Tiahuanaco y los Andes centrales. Finalmente, relacionó estos datos de las crónicas con observaciones arqueológicas de antropología física sobre las colecciones de Moreno, para proponer la siguiente secuencia: 1) pueblos ignorantes de los metales y contemporáneos de la fauna extinta; 2) raza dolicocefala exagerada que conocía los metales y era experta ceramista; 3) calchaquíes, de lengua aymará y caracterizados por una braquicefalia exagerada; 4) incas (Ameghino 1880:731). Resulta interesante notar que, sobre la base de un conjunto de hipótesis y suposiciones muy aventuradas, Ameghino estableció con muy escasos datos una secuencia que se ajusta en términos generales a lo que se sabe hoy en día a partir de un enorme cúmulo de observaciones y evaluaciones regionales pormenorizadas centradas en el precioso recurso de los fechados radiométricos (Nastri 2004:96). La idea de la profundidad temporal del pasado precolombino y los cambios acaecidos en esa época eran naturalmente compatibles con el pensamiento transformista del autodidacta mercedino, pero su sustento empírico integraba inextricablemente fuentes históricas y de cultura material aborígen:

Los primeros españoles que penetraron en el país constataron en efecto que los calchaquíes tenían las trazas de una civilización perdida, y aún parece que muchos de los edificios antiguos que se encuentran en esos valles, estaban ya en ruinas en la época de la conquista. Tampoco los pobladores actuales de la comarca conservan tradiciones auténticas de que las ruinas de Loma Rica hayan estado pobladas en los primeros años de la colonización y las ruinas de poblaciones que por ahí se encuentran lo mismo que los objetos que contienen son de un estilo diferente de los del arte peruano. Las urnas y demás objetos de barro están adornados de dibujos de un estilo diferente de los que adornan los objetos de barro quichuas. Todas esas figuras y signos son verdaderos símbolos y geroglíficos [sic], y bien que algunos pretenden,

no son más que diseños rudimentarios sin significación alguna, esto sólo prueba que los que tal opinión han emitido, no están mui[sic] al corriente de los trabajos recientes sobre las civilizaciones antiguas que se han sucedido en ambas Américas (Ameghino 1880:732).

Similares opiniones volcó en su gran obra *La antigüedad del hombre en el Plata*, la cual editó primero en francés, en ocasión de su estancia europea¹⁴. Ameghino proporcionaba allí la primera construcción histórica de larga duración del pasado precolombino. La trama, articulada sobre fuentes históricas y arqueológicas, involucraba la misma precomprensión de la acción esbozada en las contribuciones contemporáneas de Leguizamón y de Pringles sobre las ruinas salteñas de El Pucará (Leguizamón 1876; Pringles 1876; Natri 2004:92-94): una sucesión de conquistas e invasiones. El elemento novedoso estaba dado por la tesis de un antiguo desarrollo cultural autóctono, con sociedades en condiciones de enfrentar de igual a igual a otros pueblos poderosos:

[...] estamos muy lejos de participar de la opinión general que considera a los quichuas como los importadores de los primeros rudimentos de civilización en nuestro suelo.

El suelo argentino dio origen a una civilización propia, que data de una antigüedad y que difería de la de los incas.

Los quichuas no fueron civilizadores, sino conquistadores y legisladores que trataban de uniformarlo todo. (Ameghino 1881:385).

[...] es preciso admitir en esas regiones la existencia de un pueblo al que no le eran desconocidos los principios de la civilización, y que estaba muy lejos del estado de barbarie que en el afán de ensalzar a los incas le atribuye injustamente el mismo Garcilazo (Ameghino 1881:388).

Antes de nuestra era, el Sud, el Collau y el país de Tucma, en la República Argentina, son también puntos de donde salen emigraciones y ejércitos numerosos que invaden el Perú y en muchos casos llevan la civilización a lejanas regiones (Ameghino 1881:389).

Considerando el antecedente de la polémica entre Von Tschudi y V. F. López, no puede soslayarse una posible identificación de Ameghino con el heroísmo de los pueblos precolombinos locales en una analogía con su introducción personal en los congresos de americanistas, por entonces mayoritariamente integrados por especialistas europeos¹⁵.

Al año siguiente de la edición del libro de Ameghino vio la luz en Buenos Aires la *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*. La primera parte, histórica, a cargo de Paul Groussac, daba cuenta de la asimilación calchaquí de la cultura incaica, ya que identificaba, por ejemplo, a las ruinas de Quilmes como un testimonio de esta antigua civilización. Groussac refutaba convincentemente la hipótesis de la escritura jeroglífica calchaquí, pero proponía una explicación quizá más inverosímil: que los signos inscriptos en las rocas eran “derroteros de minas dejados por los jesuitas” (Groussac 1882:32). Esta obra de Groussac impulsó a Lafone Quevedo a publicar sus trabajos, a modo de réplica frente a lo que consideraba groseras inexactitudes (Lafone Quevedo 1888:VII), pues ese mismo año había tenido la oportunidad de visitar en Buenos Aires la biblioteca de Andrés Lamas y de tomar contacto con la *Historia de la Compañía de Jesús* y el *Gran Chaco Gualamba*, ambas obras del padre Pedro Lozano, quien ya lo había deslumbrado casi una década antes con su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*¹⁶. Comenzó entonces Lafone Quevedo a indagar acerca del pasado indígena sobre distintas líneas de investigación: visitó ruinas, copió documentos en poder de familias, compró objetos y documentó petroglifos. En 1883 comenzaron a publicarse en *La Nación* sus *Cartas*, en las cuales describía las costumbres de los lugareños, ruinas y objetos arqueológicos, e interpretaba los textos de los

cronistas de la conquista. Plasmaba así pequeños ensayos en los cuales comentaba básicamente la obra de Lozano con referencia a lugares y sucesos históricos; añadiendo anécdotas, leyendas y cualquier otro dato de interés. Dejaba para el futuro la redacción de una historia de la región y se ocupaba mayormente de cuestiones de filología y toponimia. En lo que respecta a la arqueología, cabe destacar la seguridad de su creencia en la dominación incaica del noroeste argentino (algo que luego sería objeto de debates), así también como acerca del modo particular (elástico, incompleto, etc.) que ésta pudo haber tenido (Lafone Quevedo 1888:22-23). Su posición ideológica era de cierta reivindicación del aborigen. Siendo sumamente crítico con la política nacional, rescataba la acción colonizadora, en consonancia con su fe católica.

En nuestros días no se ha necesitado cien años para dar cuenta de centenares de Indios Pampas, advirtiendo que nosotros en este siglo de libertad y de ilustración hemos separado padres de hijos, y nos hemos olvidado de que los caciques son los gobernadores de esos pobres infelices y por lo tanto acreedores á alguna consideración [...] Se nombró algún Protector de indios para los pobres Pampas que fueron destinados á la esclavitud en los ingenios de Tucumán? Se ha averiguado cuál ha sido la suerte de estos desgraciados cautivos? *Estas serán las preguntas que hará la posteridad á nuestra época* (Lafone Quevedo 1888:18, el destacado es nuestro).

Sin duda, estaba en lo cierto Lafone sobre este último punto. Ese momento ha llegado y la experiencia de la segunda mitad del siglo XIX acerca de las concepciones relativas a la relación con el otro cultural resulta particularmente relevante en el contexto actual de resurgimiento de las identidades indígenas (Nastri 2010a).

CONCLUSIONES

En las décadas previas a los inicios de los estudios arqueológicos en la Argentina cabe destacar la presencia de un modelo histórico de sucesión de sociedades que luchan por imponerse, la posesión de un mayor “grado de civilización” constituye la carta del triunfo. En relación con esta concepción, se establecía entonces una jerarquía entre las sociedades indígenas, en función de su mayor o menor grado de similitud con la sociedad moderna. Esta noción valorizante (plano axiológico) se articulaba implícita o explícitamente con propuestas asimilacionistas en el plano praxeológico (Todorov 1987), a la vez que se manifestaba cierta indiferencia en relación con la necesidad de estudio (plano epistémico) de las sociedades aborígenes. Junto con una valorización por lo general negativa de éstas, el mencionado modelo histórico implicaba, por otra parte, una concepción dinámica del pasado, con numerosos cambios a lo largo de extensos períodos, producto del resultado de las luchas entre los distintos grupos identificados en las fuentes históricas y arqueológicas. De esta manera, si bien los primeros americanistas no pudieron establecer claramente una secuencia temporal, sus hipótesis siempre se inclinaban por el planteamiento de largas secuencias de cambio cultural en el tiempo (Nastri 2004). Es así notorio el contraste con el planteamiento erróneo que se impondría décadas más tarde en la arqueología del NOA merced a la influencia de Boman, y que sostenía una escasa antigüedad de la ocupación aborigen en el noroeste (González 1993).

Una noción alternativa a la de la oposición civilización o barbarie fue la de “civilización clemente” desarrollada por Mansilla en la década de 1870 y que encontraría continuación en Lafone en la década siguiente, así también como luego en el Ambrosetti que firmara con el seudónimo de Tomás Bathata (Ambrosetti [1893] 1963) y en Adán Quiroga (1894). El caso del naturalista Pedro B. Scalabrini, colaborador de Ameghino y maestro de Ambrosetti, es de destacar en lo que respecta a su énfasis en la necesidad de nutrirse de la sabiduría indígena (Scalabrini 1900), dado

que manifiesta la mayor afinidad de una valorización positiva de los aborígenes con la disposición a su estudio, e incluso con la posibilidad de asimilarse a estos antes que procurar su sometimiento y la destrucción de su cultura.

Lo anterior se vincula estrechamente con un tercer elemento identificado a lo largo del período analizado: la inclusión de la valorización de las sociedades estudiadas en la competencia entre los estudiosos, a partir del establecimiento de relaciones de identificación con ellos. Esto queda de manifiesto en los argumentos esgrimidos por López y Von Tschudi y más tarde por Ameghino¹⁸.

Luego, al momento de la construcción efectiva de secuencias cronológicas, a partir de la primera década del nuevo siglo, la oposición entre civilizados y bárbaros se volvió el elemento explicativo fundamental (Nastri 2010:118). Podgorny ilustra acerca de la aplicación defectuosa o incompleta de los nuevos métodos de trabajo arqueológicos desarrollados en Europa y derivados de la práctica de los ingenieros, para el caso de Ambrosetti en Pampa Grande (Podgorny 2008); y lo mismo puede decirse de la acción del fundador del Museo Etnográfico en La Paya, donde emuló sólo la primera etapa del método de seriación de Petrie: la del inventario de las tumbas excavadas (Nastri 2010b:112). Los investigadores se apoyaron entonces más en la comparación de las características de los materiales que en sus asociaciones diferenciales en las tumbas o su superposición en los cementerios (Haber 1999). Al igual que en la década de 1890 (Nastri 2004), dicha comparación se desarrolló en términos de la oposición civilizado/bárbaro (Nastri 2010b).

En el contexto presente de resurgimiento de las identidades aborígenes (Nastri 2011), la arqueología vuelve a verse involucrada fuertemente en cuestiones valorativas en relación con los pueblos originarios, a la vez que debe dar respuesta por las acciones y conocimientos generados por los investigadores del pasado. La discriminación de posturas, la caracterización y explicación de ellas son vías para orientar productivamente el diálogo intercultural hacia una efectiva protección y ampliación de los derechos humanos, incluyendo en estos la preservación del patrimonio cultural. La decisión de estudiar los restos del pasado aborígen, la valorización de las antiguas sociedades y la actitud en relación con la *occidentalización del mundo* (Latouche 1996) iniciada siglos atrás, constituyen tres aspectos que conviene discriminar a los fines de considerar la amplia gama de posibilidades existentes en lo que tiene que ver con la relación entre culturas. En el momento inmediatamente previo a los inicios de la arqueología en la Argentina la ideología de la elite dominante valorizaba negativamente al aborígen, lo cual implicaba una voluntad de asimilación del mismo por parte de la sociedad moderna. Al mismo tiempo, existía una disposición ampliamente favorable tanto del gobierno como de la sociedad al desarrollo del conocimiento en general. Esta última disposición—evidente en la promoción de nuevas instituciones y la contratación de especialistas extranjeros—posibilitó el desarrollo de posturas alternativas en lo que respecta a la valorización de las sociedades aborígenes, así también como el planteamiento de críticas a la política asimilacionista. No obstante, la creencia en el inevitable éxito de ésta no pudo más que reforzar la valorización negativa de las sociedades aborígenes, hecho que puede explicar que los mismos estudiosos del pasado reintrodujeran luego la oposición civilizado/bárbaro en sus interpretaciones¹⁹.

En comparación con el panorama del siglo XIX, en la actualidad ganan adherentes posiciones orientadas hacia los polos contrarios a los vigentes entonces en los tres planos de las relaciones interculturales: en el plano axiológico, la revalorización de identidades y filosofías aborígenes; en el plano praxeológico, el reconocimiento de la sociedad nacional como pluricultural; en el plano epistémico, la instauración de límites éticos sobre la manipulación de sujetos para fines científicos. El repaso por el contexto intelectual de surgimiento del americanismo tuvo como objeto actualizar experiencias relevantes en nuestro medio acerca de la relación entre las culturas, que pueden ser de utilidad para el establecimiento de un diálogo en términos de igualdad y respeto. La discriminación de los distintos planos de dicha relación y la exploración crítica del espectro de posiciones posibles en cada plano se revela como una vía promisoría para conjurar los errores

del pasado y prevenir la tentación reduccionista de una mera inversión de la polaridad simbólica de los valores vigentes en la época analizada en este texto.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 20/08/2011

NOTAS

- ¹ Así como también la noción que veía la expedición militar al sur como culminación de la conquista de América (Viñas 2003:61).
- ² Todorov señala, por ejemplo, en relación con el siglo XVI americano: “Las Casas conoce a los indios menos bien que Cortez, y los quiere más; pero los dos se encuentran en su política común de asimilación. El conocimiento no implica el amor, ni a la inversa; y ninguno de los dos implica por la identificación con el otro, ni es implicado por ella. Conquistar, amar y conocer son comportamientos autónomos y, en cierta forma, elementales” (Todorov 1987:195).
- ³ Entendiendo aquí por positivismo no “un sistema o una escuela filosófica determinada, sino una cultura, cultura intelectual más bien ecléctica, aunque, globalmente, de espíritu más spenceriano que comteano”. Para esta cultura, la ciencia era el recurso principal con el cual abordar el estudio de la realidad, y el modelo de ciencia era aquel de las ciencias naturales (Altamirano 2004:36-37). Politis y Pérez Gollán se refieren a lo mismo apelando al concepto de “variante cientista” del positivismo (Politis y Pérez Gollán 2004:355).
- ⁴ Los incas eran, para V. F. López, descendientes de la “raza aria primordial”, con lo cual “los americanos pasaban a estar situados en el lugar más alto de la escala de jerarquización de los pueblos” (Díaz Andreu 1999:168).
- ⁵ Esta noción suponía que los pueblos primitivos representaban grupos que se habían alejado del centro del mundo (Europa y el Cercano Oriente), y que habían degenerado desde un alto nivel de civilización a uno más bajo (Gosden 1999:24). En términos más generales, el concepto hace referencia a la visión de cualquier trayectoria histórica en términos de “declive” (Adams 2003:93). Este último sería el sentido presente en la concepción de Mitre.
- ⁶ Y si bien Quiroga sostenía respecto de su versión editada: “En todo lo que escribo ahora V. verá suprimido todo lo literario y verá en el estilo dominar el carácter sajón [...]” (Quiroga en Vignati 1958), lo cierto es que antes había expresado contundentemente que: “Errados, más que errados, van los que imaginan, entonces, que la leyenda es fantasía pura, y que siempre la fantasía y la verdad histórica se repudian. Cuando en las eras prehistóricas una débil luz ilumina los grandes acontecimientos; cuando la hilación de los sucesos desconocidos se pierde; cuando se borran hasta las inscripciones de las tumbas, y el tiempo derrumba y amontona en un solo escombros templos, y estatuas, y dioses, ó triunfos, las grandes catástrofes, convirtiéndose en epopeya lo que era historia heroica, el cronista juega un rol secundario, para dejar el campo al poeta, que con un solo golpe de vista hace la claridad en la conciencia de los hechos pasados. La misión del poeta no es, entonces, como muchos piensan, introducir la confusión á la historia, que, librada a sus propios elementos de investigación en los tiempos que se han llevado hasta el recuerdo, nada puede por sí sola. Los cantos de la epopeya tienen, forzosamente, que llenar sus capítulos en blanco” (Quiroga 1894:187-188).
En otra coincidencia con la temprana arqueología norteamericana (Nastri 2010b), cabe reconocer en el país del Norte un papel similar al que tuvo Mitre en la figura del Secretario del Instituto Smithsonian Joseph Henry, quien editó el manuscrito de Squier y Davis *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*: “Henry insisted upon throwing out some of the engravings Squier had prepared which were not ‘of an original character’, and he drew a tight line on the manuscript itself so that’s your labours should be given to the world as free as possible from everything of a speculative nature and that your positive addition to the sum of human knowledge should stand in bold relief unmingled with the labours of others” (Washburn en Willey y Sabloff 1993:40).
- ⁷ El cual presupone la culpa del que se opone a la civilización a la vez que lo incorpora al mismo ámbito moral de aquel que otorga el perdón y castiga en forma moderada (Lázzari 1996).
- ⁸ Que naufragara en paralelo con los fracasos políticos del autor y luego fuera diluida por el “discurso literario administrativo de la Argentina” (Viñas 2003:159).

- ⁹ Luego, la “crisis de legitimidad” evidenciada en 1890, “fusionada con o transferida hacia una crisis de identidad”, tendría como respuesta desde el campo intelectual dos propuestas diferentes: la positivista y la espiritualista (Terán 1994:37). Terán señala que el nacionalismo positivista dominó la escena entre 1880 y 1910, y que fue reemplazado luego por el nacionalismo espiritualista. El americanismo estuvo a contramano de estas tendencias de época, dado que se apartó del triunfalismo positivista en la primera etapa (Nastri 2004) y lo abrazó en la segunda (Nastri 2010b).
- ¹⁰ Esta síntesis entre ciencia pura y aplicada, entre investigación y difusión, atraviesa la obra del gran *factótum* del desarrollo científico argentino: Sarmiento (Montserrat 1993:24).
- ¹¹ En 1872 y 1873 respectivamente.
- ¹² A la par que se publicaba un fuerte alegato del médico Eduardo Holmberg, frecuente anfitrión de tertulias científicas del círculo porteño, en protesta por el estado de abandono en que se encontraba el Museo Público a cargo de Burmeister (Podgorny 2000:30).
- ¹³ Tras la Exposición Universal de Londres de 1851, se extendió la invitación a participar en dicho evento a los nacientes estados sudamericanos, los cuales comenzaron a enviar muestras de las materias primas explotadas en sus territorios. En la preparación de los materiales a enviar a la Exposición de París de 1855, la responsabilidad recayó en la dirección del Museo Nacional (Podgorny y Lopes 2008:53). El álbum de Liberani y Hernández sobre la Loma Rica de Shiquimil fue llevado al pabellón argentino de la Exposición de París de 1878.
- ¹⁴ A su regreso a Buenos Aires, Ameghino se asoció con Moreno para conspirar contra Burmeister y propuso al gobierno la creación de un Museo Nacional en la federalizada Buenos Aires. La jugada salió mal (Márquez Miranda 1952:532), y el viejo profesor alemán se benefició con la transformación de su museo en nacional. No obstante, pronto los jóvenes naturalistas lograron su objetivo con la creación de un nuevo museo en La Plata, adonde se trasladaron las colecciones de Moreno que formaban parte del anterior museo provincial.
- ¹⁵ Cabe agregar que en los primeros congresos la participación de representantes argentinos se había limitado a delegados diplomáticos, tal como fuera el caso de Vicente Quesada en el primer congreso celebrado en Nancy en 1875.
- ¹⁶ Entonces era también asiduo visitante de la biblioteca de Mitre, en la cual se dedicaba a copiar los textos de los cronistas y a aprender lenguas aborígenes (Márquez Miranda 1959:23); pues su principal interés fue la lingüística –prueba de ello es su *Tesoro de catamarqueñismos* publicado en 1897– pero no fue menos experto en folklore y arqueología, aparte de en historia de la conquista.
- ¹⁸ Luego, en relación con el problema del hombre terciario en las pampas, este aspecto tendría un alcance político notorio (Podgorny 1997; Bonomo 2002; Perazzi 2010).
- ¹⁹ La fuente de dicha reintroducción merece un estudio aparte. Las referencias explícitas a la oposición sarmientina, aunque de manera crítica, están presentes en la obra de Quiroga (1894:217-218).

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, W. Y.
2003. *Las raíces filosóficas de la antropología*. Madrid, Trotta.
- Alberdi, J. B.
1854. *Sistema económico y rentístico de la Confederación de Argentina*. Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio.
1856. *Organización política y económica de la Confederación Argentina*. Besanzon, Imprenta José Jacquin.
- Altamirano, C.
2004. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina. En F. Neiburg y M. Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*: 31-66. Buenos Aires, Paidós.
- Ambrosetti, J. B.
[1893] 1963. *Los argentinos y su folklore. Viaje de un murrango y otros relatos folklóricos*. Buenos Aires, Centurión.

Ameghino, F.

1880. Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina. En *Congrés International de Americanistes. Compte Rendu de la Troisieme Session, Bruselas, 1879*, vol. 2 : 710-736. Leipzig, C. Muquardt.

1881. *La antigüedad del hombre en el Plata*, vol. 1. Buenos Aires, Masson.

Boas, F.

1993. Los métodos de la etnología. En J. Renold (comp.), *Antropología cultural*: 47-57. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Bonomo, M.

2002. El hombre fósil de Miramar. *Intersecciones en Antropología* 3: 69-85.

Burmeister, H.

1873. Sur les crânes, les moeurs et l'industrie des aciens indies de la Plata. *Actas del Congreso Internacional de Antropología y de Arqueología Prehistórica. Bruselas 1872*: 342-350, Bruselas.

1877. Uber die alterthummer des thales Santa María. *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*: 352: 352-357.

Devoto, F.

2002. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Díaz Andreu, M.

1999. Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo mundo. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* Suplemento 3: 161-180.

Fernández, J.

1982. Historia de la arqueología argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34-35: 1-100.

García Orza, R.

1980. El ensayo. Juan Bautista Alberdi. En AA.VV. (eds.), *Historia de la literatura argentina, Desde la colonia hasta el romanticismo* (1): 337-384. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.

González, A. R.

1993. A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina. *Runa* 20: 91-110.

Gosden, C.

1999. *Anthropology and archaeology*. Londres, Routledge.

Groussac, P.

1882. Primera parte. Historia. 1400-1870. En P. Groussac, J. Terán, J. Frías, A. Bousquet e I. Liberani (eds.), *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*: 3-254. Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma.

Haber, A.

1999. Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu da Arqueologia e Etnologia*. Suplemento 3: 129-142.

Halperin Donghi, T.

1996. *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Harris, M.

1979. *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*. México, Siglo XXI.

- Hernández, J.
1962. *El gaucho Martín Fierro*. Buenos Aires, Centurión.
- Hilthunen, J.
1999. *Ancient Kings of Peru. The Reliability of the Chronicle of Fernando de Montesinos*. Helsinki, Suomen Historiallinen Seura.
- Kaulicke, P.
2002-03. Visiones del pasado de Johan von Tschudi. *Bulletin* 66-67: 77-84.
- Kuper, A.
1989. *Ortodoxia y tabú. Apuntes críticos sobre la teoría antropológica*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Lafone Quevedo, S.
1888. *Londres y Catamarca. Cartas a "LA NACIÓN" 1883-84 y 85*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Latouche, S.
1996. *The westernization of the world*. Oxford, Polity Press.
- Lázzari, A.
1996. ¡Vivan los indios argentinos! Análisis de las estrategias discursivas de etnización/nacionalización de los ranqueles en situación de frontera. Disertación de Mestrado presentada al Programa de Pos Graduacao en Antropología Social. Museu Nacional, Universidade Federal do Río de Janeiro.
- Leguizamón, J. M.
1876. Viaje al pucará. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 1: 266-272.
- Liberani, I. y R. Hernández
1950. *Excursión Arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca 1877*. Tucumán, Universidad Nacional del Tucumán.
- López, V. F.
1871. *Les races aryennes du Perou*. París, A. Franck.
- Mansilla, L. V.
[1870] 1967. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.
- Márquez Miranda, F.
1951. *Ameghino. Una vida heroica*. Buenos Aires, Nova.
1952. Francisco P. Moreno y las ciencias del hombre en la Argentina. *Ciencia e Investigación* 8: 531-543.
1954. Estudio preliminar. En Bartolomé Mitre (ed.), *Arqueología Americana. Las ruinas de Tiahuanaco (recuerdos de viaje)*. *El pasado argentino*: 9-97. Buenos Aires, Hachette.
1956. Las clasificaciones lingüísticas antes y después de la época de Mitre. *Ciencia e Investigación* 12: 70-73.
1959. Noticias antropológicas extraídas del "Diario Íntimo", inédito, de D. Samuel A. Lafone-Quevedo. *Runa* 9:19-30.
- Mitre, B.
1954. *Arqueología Americana. Las ruinas de Tiahuanaco (recuerdos de viaje)*. *El pasado argentino*. Buenos Aires, G. Weinberg (ed.), Hachette.
- Montserrat, M.
1993. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.

Morazé, C.

1965. *El apogeo de la burguesía*. Barcelona, Labor.

Myers, J.

2004. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. En F. Neiburg y M. Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*: 67-106. Buenos Aires, Paidós.

Nastri, J.

2004. Los primeros americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los Valles Calchaquíes (noroeste argentino). En A. Haber (ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*: 91-114. Bogotá, CESO-Uniandes.

2010a. La arqueología y el resurgimiento de las identidades indígenas en Argentina. Memoria, transmisión científica y reelaboraciones actuales. En L. Ferreyra Masucci (ed.), *Memória, patrimônio e tradição*: 135-164. Pelotas, EDUFPEL.

2010b. Una cuestión de estilo. Cronología cultural en la arqueología americanista de la primera mitad del siglo XX. En J. Nastri y L. Menezes Ferreira (eds.), *Historias de arqueología sudamericana*: 95-121. Buenos Aires, Fundación Azara.

Palerm, A.

1974. *Historia de la Etnología 1*. México, Alhambra Universidad.

1977. *Historia de la Etnología 5*. México, De la Casa Chata.

1982. *Historia de la Etnología 2*. México, Alhambra Universidad.

Perazzi, P.

2010. Muerte y transfiguración del sabio. La batalla por el legado de Florentino Ameghino. En J. Nastri y L. Menezes Ferreira (eds.), *Historias de arqueología sudamericana*: 123-136. Buenos Aires, Fundación Azara.

Podgorny, I.

1997. De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Entrepasados* 13: 37-62.

2000. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. Buenos Aires, Eudeba.

2008. La prueba asesinada. El trabajo de campo y los métodos de registro en la arqueología de los inicios del siglo XX. En F. Gorbach y C. López Beltrán (eds.), *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*: 169-205. Zamora, El Colegio de Michoacán.

Podgorny, I. y M. M. Lopes

2008. *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, Limusa.

Politis, G. y J. A. Pérez Gollán

2004. Latin American Archaeology: from colonialism to globalization. En L. Meskell y R. Preucel (eds.), *A companion to Social Archaeology*: 353-373. Oxford, Blackwell.

Pontieri, S.

1980. Concepción de la historia nacional. V. F. López y B. Mitre. En AA.VV. (eds.), *Historia de la Literatura Argentina*: 457-480. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Pringles, J. P.

1876. Estudios antropológicos comenzados en Salta. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 1-2: 218-221.

- Quiroga, A.
1894. Calchaquí y la epopeya de las cumbres. *Revista del Museo de La Plata* 5: 185-228.
1992. *Calchaquí*. Buenos Aires, TEA.
- Rivero, M. y J. Von Tschudi
1943. Los edificios de Tihuanaco. En G. Otero (sel.), *Tihuanaco*: 35-37. Buenos Aires, Emecé.
- Sarlo, B. y C. Altamirano
1997. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a La Vanguardia*. Buenos Aires, Ariel.
- Sarmiento, D. F.
1874. *Facundo. Civilización y barbarie en las pampas argentinas*. París, Hachette.
1899. *Obras completas. Tomo XXII*. Buenos Aires, Belén Sarmiento.
1948. *Obras completas. Volumen II artículos críticos y literarios 1842-1853*. Buenos Aires, Luz del Día.
- Scalabrini, P.
1900. Demostración filológica de los conocimientos de los indios (Resumen). En Samuel Lafone Quevedo y Félix F. Outes, *Primera Reunión del Congreso Científico Latino Americano*, vol. V: 13-16. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Svampa, M.
1994. *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Terán, O.
1994. Nacionalismos argentinos (1810-1930). *Revista de Ciencias Sociales* 1: 31-40.
2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T.
1987 *La conquista de América*. México, Siglo XXI.
- Vignati, M.
1958. Nuevos capítulos folklóricos de Adán Quiroga. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 87: 71-159.
- Viñas, D.
2003. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Von Tschudi, J. y V. F. López
1878. *Deux lettres propos d'archeologie peruvienne*. Buenos Aires, Charles Casavalle.
- Willey, G. y J. Sabloff
1993. *A history of American archaeology*. San Francisco, Freeman.
- Zanetti, S. y M. Pontieri
1980. El ensayo. Domingo F. Sarmiento. En AA.VV. (eds.), *Historia de la literatura argentina*, (2): 361-384. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

LA PRECARIZACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS ARGENTINAS EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS. POLÍTICAS PÚBLICAS Y “DESPRECARIZACIÓN”

Liliana Raggio* y Horacio Sabarots**

RESUMEN

Este texto aborda la cuestión de la precarización de la denominada clase media argentina en el marco de las políticas neoliberales. Se propone considerar articuladamente las políticas públicas y las acciones, tanto de supervivencia como de lucha, que llevaron adelante sujetos y colectivos sociales, desde la perspectiva en que fueron vividas y significadas esas contingencias de la economía y la política. Las referencias etnográficas utilizadas proceden de variados trabajos de campo realizados por los autores y otros investigadores citados, de los que se recuperan los efectos sobre la constitución de las identidades conectando lo individual con lo colectivo. Se concluye que los procesos de precarización en el ámbito laboral causaron la precarización de la vida en su conjunto para una importante parte de la población y “angostaron” notablemente la existencia de la clase media, símbolo de la “prosperidad argentina”. Además, desde el año 2003 se advierten políticas tendientes a la desprecarización.

Palabras clave: precarización – clase media – neoliberalismo – políticas públicas – desprecarización.

ABSTRACT

This article concerns the theme of the precarization of what is known as the Argentine middle class in the framework of neoliberal politics. The aim is to articulate the public politics and actions of survival as well as struggle that were undertaken by both individuals and social collectives, from the perspective in which the economic and social contingencies were lived and what they signified. The ethnographic referents used here are from various field studies undertaken by the authors and other cited investigators; they elucidate the effects on the make-up of identities connecting the individual with the collective. In conclusion, the processes of precarization in the labor market caused the precarization of living standards across the board for a significant

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: lily.raggio@gmail.com

** Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. E-mail: hsabarots@gmail.com

part of the population and notably 'thinned' the extant middle class, that symbol of "Argentine prosperity". Furthermore, since 2003 politics that tend to deprecariation have appeared.

Keywords: *precariazation – middle class – neoliberalism – public politics – deprecariation.*

INTRODUCCIÓN

En el contexto de un fenómeno hoy global como es la precarización de la vida en las capas medias de nuestras sociedades, este trabajo se propone abordar las especificidades para el caso de la Argentina¹.

Con ese propósito se presenta, luego de elaborar algunas precisiones conceptuales, un recorrido histórico que permite ubicar la problemática en un proceso que involucró políticas públicas concretas que transformaron la matriz económica y político-cultural que provocó, entre otros efectos, una recomposición del lugar y la autodefinción de las distintas clases sociales.

Ello implica retomar, en los terrenos de disputa creados, el análisis de las modalidades de acción adoptadas por la sociedad civil, fundamentalmente por los sectores más perjudicados, pero sin olvidar ciertas prácticas de los llamados “ganadores” (Svampa 2001). Además, conlleva considerar las respuestas desde la gestión pública del Estado, que debió enfrentar no pocas situaciones de crisis de toda índole desde los años de recuperación de las instituciones democráticas en 1983.

Se profundiza, además, en los conceptos de vulnerabilidad, precariedad vital y precarización que sustentan teóricamente el presente trabajo, y se señala la distinción entre lo que se puede llamar precariedad “real” y precariedad imaginada. Se recupera, en ese sentido, la incidencia de algunas dimensiones subjetivas de la cuestión, tal como lo es el “sentimiento de inseguridad” (Kessler 2009). El llamado problema de la inseguridad, instalado en la agenda pública argentina desde la década de 1990, constituye un fenómeno novedoso que influye de modo importante en la precaridad vivida por parte de los actores. En ese sentido, es plausible suponer que se presenta de modo más acuciante entre quienes se reconocían integrantes de la clase media y han visto deteriorada su calidad de vida, producto de una “caída social” que descoloca su propia identidad.

Finalmente, se aborda la problemática de la precarización en su faz aguda a partir de mediados de los años noventa y su impacto en la mítica clase media argentina, que gozaba de buena salud hasta fines de la década de 1970. Para ello, es indispensable ver la instrumentalización de las políticas neoliberales en el escenario argentino y cómo se procesó la precariedad desde los sujetos, la sociedad civil y el Estado.

Las consecuencias más graves del último tramo de este decurso histórico vislumbradas en el año 2002, momento en el que se “tocó fondo” en la caída socioeconómica y política, dibujaron un nuevo panorama en la estratificación social argentina, interpretado conceptualmente por algunos autores como de “rigidización” de la estructura social (Bayón 2006). Ello supone no sólo la constitución de sociedades con una precariedad social más extendida y desigualmente distribuida, sino también con menores posibilidades de movilidad social ascendente.

Cobra particular relevancia, en la mirada que acá se propone, la perspectiva antropológica para dar cuenta del modo en que los individuos significan en su vida cotidiana los imperativos de las estructuras sociales. La “caída” conlleva, como rasgo distintivo, la vergüenza experimentada por los sujetos y el intento de ocultamiento de situaciones de precarización que son vividas, en parte, con sentimientos de culpa. No obstante, como señalan algunos investigadores, el vivir “puertas adentro” el sufrimiento y la autocupabilización pudieron, en algunos casos, ser transformados en acción colectiva en el espacio público, que significó encontrarse con otros en similares situaciones, lo cual permitió resignificar en términos sociales los padecimientos vividos.

Se concluye con una reflexión sobre la evolución presente de la problemática de la precarización durante el último ciclo político, iniciado en el año 2003 con la asunción de Néstor

Kirchner a la presidencia y continuado por Cristina Fernández de Kirchner, quien asumió el mandato presidencial en 2007. Se inauguró entonces una recuperación económica sostenida hasta el presente, que favoreció la creación de un escenario más previsible en lo económico, pero con agudos enfrentamientos y polarización política.

Sin duda, parte importante de esa disputa interpela a las capas medias y bajas de la sociedad en función de su presente pero, sobre todo, de su futuro. La recomposición en el mediano plazo, la “desprecarización” a la que alude Le Blanc (2007) depende en gran medida de que el Estado logre articular una intervención positiva en los terrenos de las políticas laborales, educativas y asistenciales. Políticas públicas que rompan efectivamente con la focalización de la década de 1990 y avancen en proyectos más universalistas de inclusión que contemplen a las grandes mayorías que aún sufren niveles insostenibles de precarización.

DIMENSIONES CONCEPTUALES: PRECARIEDAD VITAL, PRECARIEDAD SOCIAL, VULNERABILIDAD

¿A qué se alude en este trabajo con precarización, caracterizando de esa manera las actuales condiciones de vida de un importante sector de las clases medias argentinas?

I. En primer término, se apunta al carácter procesual y colectivo de tal situación en oposición a una contingencia de carácter individual. En efecto, se trata de analizar la “caída”, no como producto de un traspie fortuito, cuya responsabilidad residiría en la imprevisión o falta de responsabilidad de los individuos respecto de su presente y su futuro, sino como resultado de un proceso histórico. En su transcurso, las condiciones estructurales del sistema social, definidas básicamente por la relación capital-trabajo, experimentaron modificaciones que afectaron negativamente el devenir de grandes sectores de la población (Grassi 2003). Desde hace ya unos años, para dar cuenta de las modificaciones producidas en la inserción laboral en términos de empleo informal, desocupación e incluso trabajo formal degradado, se comenzó a denominar estas situaciones como “precariedad”.

En este punto, y aun cuando resulte una obviedad, es necesario señalar que los procesos de precarización no son exclusivos de la Argentina o de América Latina, sino que corresponden precisamente a transformaciones que afectan al sistema capitalista en su conjunto y adquieren características diferenciales de acuerdo con las realidades regionales y nacionales². Refiriéndose a esto, Castel escribe:

Empieza a estar claro que la precarización del empleo y el desempleo se han inscrito en la dinámica actual de la modernización. Son las consecuencias necesarias de nuevos modos de estructuración del empleo, la sombra de las reestructuraciones industriales y la lucha por la competitividad, que efectivamente convierten en sombra a gran parte del mundo (Castel 1997:406).

Para América Latina, Bayón cuestiona la asociación entre desigualdad en la distribución del ingreso y exclusión social al señalar que: “las desventajas no derivan de estar afuera sino precisamente de la segmentación producida por las instituciones del Estado, es decir, de una inclusión diferenciada en el sistema social” (Bayón 2006:134). Esta autora, que marca como *característica histórica* de los países latinoamericanos la segmentación, advierte también sobre el riesgo de las simplificaciones y llama la atención acerca de las diferencias entre los Estados.

Ciertamente, en la Argentina, a diferencia de otros países de la región, la temprana industrialización proveyó de una serie de condiciones que, unidas a una situación cercana al pleno empleo en la segunda posguerra, incluyeron a gran parte de la población en la percepción de los

derechos sociales. Como mencionan Grassi *et al.* (1994), la condición de trabajador resultó casi yuxtapuesta con la de ciudadano al proveer, por medio del trabajo formal, el acceso a la salud, la vivienda y la recreación³.

Como se señaló más arriba, el derrotero del descenso de amplios sectores medios comenzó a partir de la segunda mitad de la década de 1970 y reconoce en su decurso una serie de hitos.

II. En segundo lugar, la precarización se presenta como un problema que excede largamente la situación de la falta o escasez de ingresos por la fragilización laboral, ya que permea el conjunto de la vida.

En tanto la precariedad en el trabajo lleva aparejadas una serie de consecuencias en las condiciones de vida del individuo y su familia, como también en las comunidades donde éstas habitan, se tornó necesaria la distinción entre precariedad de las condiciones de trabajo y otros tipos de precariedades.

Conceptos como vulnerabilidad, precariedad social o desafiación se confunden a veces y se conjugan a menudo para tratar de definir las condiciones materiales y simbólicas en las que millones de personas sobreviven, más que viven, como consecuencia de un sistema socioeconómico cuya lógica es la acumulación de la riqueza y no el desarrollo de las potencialidades humanas de todos los habitantes.

En el trabajo antes citado, a mediados de la década de 1990, Castel planteaba:

He propuesto una hipótesis general para explicar la complementariedad de lo que ocurre sobre un eje de integración por el trabajo (empleo estable, empleo precario, expulsión del empleo) con la densidad de la inscripción relacional en redes familiares y de sociabilidad (inserción relacional fuerte, fragilidad relacional, aislamiento social). Estas conexiones califican zonas de diferente densidad de las relaciones sociales: zona de integración, zona de vulnerabilidad, zona de asistencia, zona de exclusión o más bien de desafiación (Castel 1997:418)⁴.

Bayón (2006), por su parte, utiliza “precariedad social” para referirse a la combinación de la precariedad en las condiciones de trabajo y en las condiciones de vida. Mientras que en las primeras se incluyen, entre otras, la naturaleza y calidad del empleo, las perspectivas de desarrollo personal y de movilidad, en las segundas se considera la permanencia en el tiempo de niveles inadecuados de los ingresos y sus efectos sobre la continuidad de las redes sociales, familiares y conyugales. En síntesis, lo que Castel denominaría zona de vulnerabilidad y/o zona de asistencia.

En un reciente y muy sugerente trabajo, Le Blanc (2007) avanza en el desarrollo de los conceptos citados y enriquece el análisis al articular el nivel ontológico y el nivel sociológico del problema. Esta perspectiva interpela la responsabilidad de construir una democracia que devuelva la voz a los precarios mediante políticas estatales de asistencia que no cercenen la potencial autonomía de los sujetos.

En su definición hay dos cuestiones centrales que orientan la reflexión. La primera, que apunta al carácter precario de toda existencia humana, responde a la vulnerabilidad ante la enfermedad y, por supuesto, a la finitud de la vida. Para este autor, entonces, la vulnerabilidad no tiene el mismo sentido que el planteado por Castel. Aun cuando distingue entre vulnerabilidad vital y vulnerabilidad social, escoge para su argumentación el concepto de precariedad y en torno de él desarrolla la distinción entre el sentido ontológico, lo que denomina precariedad vital, y el sentido social:

La precariedad social se inscribe en la precariedad vital pero no está condicionada por ella [...] corresponde más bien a un proceso de despersonalización social de la vida, cuya lógica particularmente sutil, descansa sobre un conjunto de contradicciones que cuestiona las vidas ordinarias (Le Blanc 2007:47).

La segunda cuestión refiere a la pérdida por parte de los sujetos víctimas de la precarización de un sistema normativo que organiza la vida alrededor del trabajo y el ocio. Según este autor, el apego a la normatividad, si bien constituye sujetos en la heteronomía –es decir, en la alienación de un sistema cuyas normas no fueron elegidas por ellos–, implica también el despliegue de la creatividad de los individuos en la re-creación de esas normas. Este despliegue de la creatividad conlleva la construcción y afirmación de la subjetividad. Por ello, tanto la pérdida como la impredecibilidad de la condición laboral impactan en la práctica cotidiana de los sujetos y deterioran aquello que constituye su yo.

Es en esta particular intersección de lo social y lo individual en que propone situar el análisis, y en esa dirección afirma:

Si la precariedad es la cuestión social actual, lo es porque en efecto plantea un problema social cuyas diferentes hipótesis relativas a la fractura social, a la exclusión, siguen siendo expresiones aproximativas, pero también lo es de modo insidioso, porque tiende a ser pensada como la forma necesaria para el desarrollo del capitalismo. *La precariedad es así, a la vez, una cuestión dirigida al capitalismo y una respuesta paradójica engrenada por el capitalismo, un modo de gobierno de los supernumerarios* (Le Blanc 2007:52) (el destacado es nuestro).

Al inscribir la precariedad individual en la cuestión social, Le Blanc propone hablar de proceso de precarización para dar cuenta del proceso de descotidianización que implica y, por lo tanto, mostrar el carácter histórico de tal construcción. En ese movimiento propone tener en cuenta tres diferentes figuras que puede adoptar la precariedad: miseria, marginalidad y desprecio social, como consecuencia de tres niveles de contradicciones⁵.

Este tipo de lectura es la que posibilita, a partir de la desnaturalización de tal devenir, generar el pensamiento y la acción inversos. Es decir, la búsqueda de mecanismos para cotidianizar/desprecarizar la vida de los precarios. Es allí donde cobran relevancia las luchas de las organizaciones de la sociedad civil y las políticas estatales que se despliegan en respuesta a las demandas por el reconocimiento y dignificación de los individuos y de los colectivos sociales.

Para concluir este apartado, cabe realizar una breve referencia a lo que en este trabajo se menciona como “precariedad imaginada”. En rigor, no significa que no exista, que se trate de la “pura imaginación de los sujetos”, ya que adquiere realidad para los individuos en tanto sentimiento experimentado con algún referente objetivo. La expresión “precariedad imaginada” intenta dar cuenta de ciertas construcciones sociales hegemónicas que encuentran anclaje en vastos sectores medios de la sociedad y que atemorizan por medio de los medios de comunicación, a través de dos imágenes que se alternan y/o conviven de acuerdo con la época y las circunstancias: la inseguridad frente al delito y la debacle económica.

El caso de la inseguridad frente al delito está relacionado directamente con el proceso de precarización y el ocultamiento de las condiciones de su producción, que se señalan más arriba. Se estigmatiza a los precarios, fundamentalmente a los jóvenes y, utilizando las figuras de marginalidad y desprecio social, se los culpabiliza de generar climas de violencia social, con lo cual se justifica la necesidad de sancionar leyes cada vez más represivas en defensa de la propiedad.

En cuanto a la debacle económica, durante la última crisis se acentuó la sensación de catástrofe mediante lo que se denomina “el riesgo país” –la evaluación de solvencia que recibe el país por parte de empresas multinacionales, llamadas “calificadoras de riesgo” y consideradas supuestamente neutrales–. A fines del año 2001 y principios de 2002, “el riesgo país” aparecía todos los días y a toda hora en los diarios y pantallas de TV, al lado y al mismo nivel en que se informa la temperatura. Esto produjo una sensación de zozobra mucho mayor que lo establecido por los indicadores económicos –tal como quedó posteriormente demostrado–⁶.

LA PRECARIZACIÓN DE LAS CLASES MEDIAS ARGENTINAS EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

En el caso de la Argentina, el inicio del proceso de precarización de las capas medias y la pauperización de los sectores bajos de la sociedad, así como la concentración de la riqueza en una elite empresarial, se remontan a la segunda mitad de la década de 1970, en el contexto del comienzo de la última dictadura militar.

Este proceso de largo aliento puso en cuestión la identidad social de vastos sectores precarizados que, hasta entonces, creían firmemente en su pertenencia a la clase media. Este criterio de identidad se presenta como fundamental en el caso argentino, ya que no afecta sólo a un sector social sino a un mito fundante de la modernidad vernácula, que construyó a la clase media, y su intrínseco progreso, en su encarnación. Según Sergio Visacovsky, el origen de esta identidad: “[...] debe verse mejor como un relato legitimador que postula la filiación inmigratoria (blanca y europea) de la clase media, homologando su destino al de la nación misma” (Visacovsky 2010).

Como señala Kessler (2003), el empobrecimiento interpeló a los propios sujetos sobre la continuidad de su pertenencia de clase social, a la vez que interrogaba también al propio investigador sobre los criterios de inclusión. Según dicho autor, hasta la década de 1980, el 70% de la población se identificaba como miembro de la clase media. Respecto de esto, es preciso subrayar que toda categoría de identidad social se construye por contraste con otras, en este caso, con las clases bajas y las clases altas. Pero también se trata de un universo heterogéneo y con límites laxos, cuya identidad construida a lo largo de la historia se define fundamentalmente por determinados consumos y un capital social y cultural que no requiere de acreditaciones formales (por ejemplo, títulos de formación educativa).

Tales criterios de pertenencia e identidad se hicieron patentes en la caída y colocaron a los sujetos frente a la experiencia de “ya no ser”: “La autoinclusión en la clase media se basaba en el acceso –real o potencial– a bienes y servicios que iban más allá de la mera supervivencia, tales como determinadas vestimentas, salidas, vacaciones, electrodomésticos, automóvil, etcétera” (Kessler 2003:7).

No obstante, la ambigüedad de la identidad social en el proceso de empobrecimiento de las clases medias fue el signo distintivo. La manipulación de la identidad de acuerdo con la conveniencia en distintas interacciones sociales fue una estrategia extendida. Por ejemplo, al momento de reclamar a los organismos públicos se presentaron como “pobres”, en tanto que en contextos de vínculos sociales medios que no querían perder, se presentaron sin renunciar a su pertenencia anterior, recurriendo a su capital cultural.

Los intentos de la sociología más tradicional de definir a la clase media en términos objetivos y sobre la base de criterios tales como el nivel de ingreso y el nivel educativo fueron puestos en cuestión desde el campo de la Antropología. Según Visacovski, si atendemos a los criterios de clasificación y de adscripción de los actores, se pone de manifiesto que: “Por esta vía nos topamos con formas muy diversas de clase media; es decir, heterogeneidad en las condiciones económicas, capacidad de negociación en el mercado, niveles y estilos de vida, orientaciones del consumo e identidades” (Visacovski 2010:3).

Argumenta que esta multiplicidad no debe tomarse como un estorbo, sino más bien partir de ella, “[...] con el propósito de aprehender las formas diversas en que los actores practican y definen su modo de pertenencia a la clase media” (Visacovski 2010:3).

El autor ha sintetizado los aportes y el potencial que el enfoque antropológico de la problemática, de reciente data en nuestro país, presenta para analizar esta cuestión. En primer término, comprender la génesis de la clase media en términos nacionales y regionales; en segundo lugar, lo ya señalado respecto de atender a la heterogeneidad sociocultural, que escapa al carácter homogeneizante del rótulo clase media. En una tercera instancia, tener en cuenta las prácticas y relatos que intervienen en la constitución de la clase media y finalmente, observar cómo en

esa constitución intervienen otras dimensiones no tenidas en cuenta: las imágenes corporales y espaciales, y las identidades raciales, étnicas y nacionales (Visacovsky 2008).

Si bien es cierto que estos enfoques están enriqueciendo los modos de comprender a la clase media, tal vez sea oportuno advertir que no constituyen patrimonio exclusivo de la Antropología, sino de renovados abordajes que atraviesan, en mayor o menor medida, al conjunto de las ciencias sociales.

Retomando el relato del proceso histórico, importa subrayar que fue en la intersección de la economía con la política en que se tejieron las tramas político-institucionales que finalmente tuvieron como consecuencia la transformación de la sociedad argentina en su conjunto.

Esta transformación tuvo como requisito una refuncionalización del Estado de acuerdo con la cual el acceso a la salud, la educación, la vivienda, al trabajo y al ocio dejaron de ser considerados como derechos y pasaron más bien a ser entendidos como recursos que primordialmente regulan las fuerzas del mercado. Por lo tanto, “el acceso deja de constituir un problema del Estado, para devenir un problema de particulares. La política de legitimación oscilará, necesariamente, entre el asistencialismo y la represión” (Grassi *et al.* 1994:22).

Ese cambio que se produjo a nivel mundial entre las décadas de 1970 y 1980 fue entendido por varios autores como una “crisis de acumulación” capitalista (O’Connor 1987; Offe 1988), por otra parte inseparable de una crisis de legitimación de un modelo político-cultural. En tal sentido, es necesario entender la crisis no como la irrupción del “desorden” frente a la “normalidad”, sino como:

Una redefinición global del campo político-cultural y del carácter de las relaciones sociales, expresión –a su vez– de los resultados de la lucha social y parte de un proyecto de “reintegración social” con parámetros distintos a aquellos que entraron en crisis desde los años 70. En este nuevo marco, se redefinen y se reintegran (de distinta manera) los sujetos y actores sociales: los ciudadanos, los trabajadores, los pobres (Grassi *et al.* 1994:11).

En el año 1976, en la Argentina, de la mano del ministro de Economía de la dictadura militar José Alfredo Martínez de Hoz, se inició un proceso de transformación que prefiguró un cambio de matriz económica, política y cultural inspirado en el neoliberalismo (Grassi 2003). En el transcurso de los posteriores 34 años se sucedieron, ya en democracia, derrumbes económicos periódicos que continuaron profundizando la heterogeneidad de la estructura social.

Estas políticas tuvieron resultados concretos en el mercado laboral y configuraron la fuente más palpable de la precarización de amplios sectores. Como ejemplo de ello, en el Gran Buenos Aires, la región más densamente poblada de la Argentina, el porcentaje de asalariados no registrados, que en el año 1974 era del 18,8%, llegó al 35% para el año 1999⁷. Esto, además, inscripto en el marco de un aumento de la desocupación y subocupación inédito para el caso argentino. En promedio, entre los años 1974 y 1980, la Argentina tenía el 3,5% de desocupación y el 4,7% de subocupación; período envidiable desde el cual se inicia un ininterrumpido incremento que llega al 16% de desocupación y al 17,7% de subocupación para el año 2003 (Sabarots 2008a)⁸.

Como sostiene Bayón (2006), la Argentina pasó de ocupar una posición privilegiada en el contexto regional a un deterioro progresivo desde mediados de la década de 1970, y fue el país latinoamericano que atravesó por las más profundas transformaciones de su estructura social en menos de tres décadas.

De los hechos que jalonaron esa historia reciente sobresalen dos, que acaecieron con, aproximadamente, diez años de diferencia: el pico inflacionario de 1989, que concluyó con el gobierno de Raúl Alfonsín –el primer presidente de la nueva etapa democrática– y dio lugar a la asunción adelantada de Carlos Menem; y la crisis de fin del año 2001, con la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y la sucesión de cinco presidentes en poco más de una semana.

Durante el gobierno de Carlos Menem en la década de 1990, producto de una consecuente política privatizadora, de desregulación y apertura de la economía, se redefinieron las funciones

del Estado, al que se le asignó el rol de garante de las nuevas reglas de juego, y los ciudadanos se tornaron individuos, propietarios y consumidores, de acuerdo con la jerga neoliberal.

Lacabana y Maingon (1997), en un trabajo comparativo en el que analizaban las políticas de ajuste estructural en seis países de América Latina –Argentina, Chile, Venezuela, Bolivia, Ecuador y México, entre los años 1989 y 1995–, examinaron las directivas de los distintos organismos en relación con su implementación. Mientras que el Banco Interamericano de Desarrollo recomendaba la transferencia de la responsabilidad del Estado a los organismos de la sociedad civil para gestionar los servicios públicos –es decir, la privatización–, el Banco Mundial ponía el énfasis en la estrategia de la descentralización (Raggio 2005).

Teniendo como guía esas recomendaciones, las medidas para imponer el ajuste estructural en nuestro país fueron: la privatización de las empresas estatales y, por ende, de los servicios públicos; la privatización de la seguridad social; la descentralización de la educación y de la salud, y la focalización de las intervenciones sociales del Estado, que delimitaron las “poblaciones objetivo” de las políticas sociales asistenciales.

Los fundamentos de la orientación neoliberal en la política asistencial fueron plasmados en el Plan Social diseñado por la Secretaría de Desarrollo Social, a cargo de Eduardo Amadeo, en el año 1995, a poco de iniciada la segunda presidencia de Carlos Menem:

- 1) focalización: [...] exige [...] que se elija y haga explícito a quién se quiere beneficiar.
- 2) Integralidad: [...] para cada población-objetivo [...] se desarrollen múltiples acciones que [...] se complementen en el ataque a la pobreza.
- 3) Sustentabilidad: [...] existencia de condiciones administrativas y financieras necesarias para asegurar la continuidad y efectividad hasta la consecución de los objetivos.
- 4) Metas y control: deben ser explícitos en los programas de inversión social.
- 5) Fortalecimiento de la comunidad: es una política de Estado la creciente interacción entre gobierno, organizaciones de la comunidad y municipalidades en el desarrollo de una política social (Grassi 2003:37).

En conjunto, las intervenciones estatales desarrolladas bajo estas orientaciones tuvieron como efecto no sólo un aumento formidable de la población excluida del mercado de trabajo formal, y por lo tanto la reducción de sus ingresos, sino también del acceso a la seguridad social y a la salud.

En términos comparativos, en un contexto global de avance de las ideas neoliberales, el caso argentino constituyó un ejemplo paradigmático de cambio brusco y profundo, siguiendo al pie de la letra la ortodoxia de las recomendaciones económicas de los organismos internacionales de crédito.

Ello tuvo consecuencias significativas en cuanto a una nueva estratificación social, en la que las capas medias, por una parte, se vieron presionadas hacia abajo (los llamados “perdedores”) y, en menor medida, por otra, algunos encontraron nuevas oportunidades para el ascenso social (los llamados “ganadores”). Se generaron corrimientos y encuentros conflictivos: pobres estructurales con “nuevos pobres”, ricos históricos con “nuevos ricos”, lo cual se manifestaba también en cambios en la construcción del espacio (Minujin y Kessler 1995; Svampa 2001).

Un ejemplo fue la toma masiva de tierras en el Gran Buenos Aires, donde los ocupantes buscaron construir un barrio definitivo no diferenciado del entorno, en un intento por desprenderse del estigma villero. Descartado aquel horizonte de progreso y movilidad social, y en un contexto en el que ya no era posible el modelo de “villa miseria”⁹ temporaria del pasado, desplegaron como estrategia colectiva para solucionar el problema habitacional, la ocupación ilegal de terrenos (Merklen 1997).

En el otro extremo del arco socioeconómico, los barrios cerrados configuraron una alternativa habitacional seductora para las clases medias acomodadas que vivían con miedo frente al

incremento del delito y la violencia (Svampa 2001). El signo distintivo común fue la tendencia al encerramiento, tanto “desde adentro”, propio del último caso, como “desde afuera”, en el primero, al incrementarse la acción policial de control y acoso en los barrios marginales. Todo ello habla de una profunda reconfiguración económica y sociocultural claramente distinguible de aquella mítica sociedad abierta, con una extendida clase media dinámica y en continuo crecimiento.

La compleja mutación de las condiciones del trabajo en los últimos treinta años, factor determinante de integración social, tal como se fundamentó más arriba, ha tenido como consecuencia una redefinición en todos los órdenes de la convivencia social. Es evidente la dimensión política que adquiere la problemática planteada, en la medida que esos sectores marginalizados en crecimiento pasaron a ser –real o potencialmente– una amenaza para la estabilidad del sistema.

El llamado sentimiento de inseguridad, reproducido y amplificado mediáticamente, tiene sus anclajes en una realidad de aumento de la violencia y el delito, que abreva en una precarización generadora de espacios de marginalidad y corrupción. Ello constituye un campo fértil no sólo para delitos menores, sino para el despliegue de mercados transnacionales de drogas, armas, personas, bienes, etc., en el que lo ilegal y lo legal, lo marginal y lo central se interpenetran de modo dependiente (Sabarots 2008b).

Como señala Kessler, el impacto de las sucesivas crisis en las clases medias tiene profundas implicaciones:

La pauperización de los sectores medios tiene consecuencias no sólo para aquellos que la sufren en carne propia, sino también para la sociedad argentina en su conjunto. Ella marcó un punto de no retorno, el fin de un tipo determinado de sociedad. Hasta entonces, la Argentina había sido una sociedad relativamente integrada –al menos en comparación con la mayoría de los países latinoamericanos– en la que una importante clase media había surgido como resultado de un proceso de movilidad social ascendente cuya continuidad no se ponía en cuestión (Kessler 2003:1).

No obstante, cuando se habla de caída de la clase media en Argentina no debe pensarse en un proceso continuo y gradual, sino con idas y vueltas, con altas y bajas que se jalonaron en consonancia con sucesivos momentos de crisis y posterior recuperación.

El resultado final, en el presente, desde el inicio de la caída a mediados de la década de 1970, muestra una sociedad que se parece más, en términos de desigualdad y composición de las clases sociales, al resto de los países latinoamericanos. Comparando con México, Bayón (2006) demuestra cómo se da una convergencia de indicadores en ese sentido para el año 2003 en ambos países, siendo que cada uno viene de procesos en cuanto al mercado de trabajo, seguridad social, y desempleo casi diametralmente opuestos.

HETEROGENIZACIÓN DE LA CLASE MEDIA. ¿QUE QUEDÓ DE AQUELLA CLASE MEDIA EXTENDIDA?

A lo largo de la década de 1990, las transformaciones mencionadas tuvieron un impacto disruptivo y traumático en el tejido social en mayor medida en países que, como Argentina, habían contado con un pasado de mayor integración social. Al respecto, es pertinente lo observado por Robert (2004), quien señala que en los países del Río de la Plata (Argentina y Uruguay):

Las clases medias y trabajadoras están confrontando un deterioro mucho más severo de sus niveles de vida y una más dramática reconfiguración de sus oportunidades de empleo, a lo que se agrega un elemento muy importante: la memoria de tiempos mejores. En contraste, las poblaciones urbanas de muchos países latinoamericanos no tienen puntos de referencia

de “tiempos dorados” para evaluar las crisis presentes. Siempre han luchado por sobrevivir. Estas diferencias afectan no sólo la vida política sino los mecanismos formales e informales para enfrentar la crisis (Roberts 2004, citado en Bayón 2006).

Ello hace referencia a una cuestión que caracteriza al caso argentino en términos de cómo se reconstruyen las subjetividades. Se trata de personas que vieron derrumbarse los cimientos que se creían inamovibles en su devenir familiar, que suponía que las generaciones más jóvenes debían mejorar las condiciones de vida de sus predecesores.

Por otra parte, el capital social y cultural acumulado hasta las crisis va a constituir un insumo fundamental para el despliegue de las estrategias de vida con las cuales afrontar las nuevas condiciones desfavorables. Sin embargo, a estas alturas del siglo XXI, los recuerdos de un pasado mejor y de una sociedad más integrada comienzan a ser lejanos para algunos sectores juveniles. Siguen presentes en un relato nostálgico de los adultos, que poco tiene que ver sus experiencias de la vida cotidiana.

Además, los efectos de las crisis más recientes desde mediados de la década de 1990 tuvieron efectos dispares entre el conjunto de “perdedores” del modelo implementado. Lo más novedoso fue la irrupción descendente de capas medias de la sociedad al terreno de los pobres, lo que se denominó “nueva pobreza”: en espacios urbanos deteriorados, en servicios públicos de salud y educación, desfinanciados y precarizados, y hasta demandando ayuda social al Estado, disputando recursos y espacios a los denominados “pobres estructurales”.

Un ejemplo lo constituyen testimonios de mujeres entrevistadas a fines del año 2001 en un Centro de Salud de un barrio de la Capital Federal, adonde acudían a retirar la leche del Programa Materno Infantil. En ellos quedaba de manifiesto la situación de “caída” de una mejor situación económica, por disminución de los ingresos vinculados a la pérdida o el cambio de trabajo:

J. Le dijo al marido que iba a hablar con la doctora, para recibir la leche porque la leche en polvo sale 3,90, así que recién ahora va a recibir la leche. “Antes no la necesitaba le dejaba el lugar a otros”... Remarca más de una vez que no quiere traer hijos al mundo para que sufran “él no espera” señalando a su nene, “pide la papa y yo no le puedo decir que no hay o escucharlo llorar de hambre” (Raggio 2005:60).

C. trabajaba de doméstica, en ese momento su marido trabaja en la construcción, fue cajero del Supermercado Coto durante muchos años y luego lo echaron por reducción del personal... están muy mal económicamente... Ahora ella está amamantando y pidió (la leche) para ella, “si le dan bien y si no la va a comprar” (Raggio 2005:60).

Otro, el vívido retrato que Laura Santillán realiza de la cotidianeidad de familias que sufrieron el proceso de precarización, en un interesante trabajo etnográfico acerca de las relaciones de intercambio y la desigualdad en torno al cuidado y la educación de la infancia, realizado entre los años 2001 y 2005 en barrios ubicados en la periferia de los distritos de Tigre y San Fernando:

En otros tiempos, uno de los momentos del día de mayor movimiento entre los moradores en estos barrios era muy temprano por la mañana, hora de trasladarse hacia el lugar de trabajo, principalmente en fábricas y actividades ligadas a la construcción. Hoy los traslados de los adultos “por trabajo” suceden en distintos momentos del día, en buena medida hacia mitad de la mañana y por la media tarde cuando un porcentaje importante de hombres y mujeres se concentran en las cuadrillas que reúnen a los receptores del subsidio por desocupación, el plan “Jefe y Jefa de Hogar”, y comienzan su contraprestación con el barrido de las calles y la colaboración en las instituciones *comunitarias* (Santillán 2007:230).

También en trabajos etnográficos de finales de los noventa se puso de manifiesto el sentimiento de inadecuación de los “nuevos pobres” a los nuevos lugares de residencia a los que se ha llegado sin desearlo y donde no se siente pertenencia:

Por otra parte, además de “residentes históricos”, barrio Mitre fue el sitio donde algunas familias de clase media descendida o inmigrantes extranjeros pudieron comprar o alquilar viviendas en su condición de precariedad. En el primer caso imaginando tal vez, una residencia temporaria para reducir gastos, dada la crisis a partir de los años ‘80, y con la esperanza de retornar o mudarse en el futuro a un barrio mejor. Estas situaciones generan un efecto de inadecuación sociocultural al lugar de residencia, estimulando un imaginario en el que se vive como si no se estuviera dentro del barrio Mitre, alzando barreras sociales para evitar el “contagio” en especial de los hijos y estimulando las relaciones sociales con el afuera al cual se cree pertenecer (Sabarots 2008a:250).

Tal como lo señala Kessler:

Experimentan la pauperización simultáneamente como una dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los rodea. Esta doble percepción dificulta una “adaptación” en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o definible. Los nuevos pobres no dudan de que todo ha cambiado, pero ignoran dónde están y cuál es la naturaleza de ese nuevo mundo al que, sin saber muy bien cómo ni por qué, han llegado (Kessler 2003:5).

Entre los terrenos de encuentro de clases empobrecidas, las instituciones educativas públicas fueron uno de los pocos refugios y recursos en momentos de crisis agudas para los sectores más castigados.

Tal como ya se advirtió, entre las especificidades del caso argentino se encuentra la temprana extensión de la educación pública y gratuita. Esa política educativa universal amalgamó en un mismo Estado-nación a los descendientes de indios, criollos y a las diferentes colectividades extranjeras que, desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, llegaron al país corridas por las guerras y la miseria.

Como consecuencia de las políticas neoliberales, el sistema educativo sufrió un proceso de descentralización y también de privatización que comenzó en la década de 1980 y culminó en la de 1990.

Al transferirse las responsabilidades presupuestarias y las decisiones político-administrativas a las jurisdicciones se produjeron desigualdades flagrantes entre los sistemas educativos, a lo largo y a lo ancho del país, al mismo tiempo que florecían establecimientos privados en todos los niveles de la enseñanza.

En el año 1993, se sancionó la Ley Federal de Educación que promulgó la educación general básica, obligatoria, de nueve años de duración, a partir de los 6 años de edad, y luego tres años más de educación polimodal no obligatoria, que segmentó los ciclos de la educación primaria y secundaria.

En virtud de la descentralización educativa, algunas jurisdicciones implementaron los cambios –adecuándolos a sus especificidades– y otras no lo hicieron. Al no tener garantizado el financiamiento para el cambio de sistema se produjeron conflictos muy importantes. En algunas jurisdicciones¹⁰ se incorporó a un significativo número de niños y jóvenes, pero con grandes déficits en materia de infraestructura y de condiciones de trabajo adecuadas para los docentes, entre ellas, los salarios.

Esta situación culminó con una fragmentación del sistema educativo público muy importante –la coexistencia de 54 estructuras educativas diferentes en el país– y condiciones de enseñanza-

aprendizaje desiguales en términos de infraestructuras, equipamiento y formación docente, dependiendo de las jurisdicciones. En forma paralela, se impulsó el crecimiento de la educación privada: “A fines de la década de 1940, apenas el 8% de los alumnos de nivel primario asistían a escuelas privadas. Hacia 1997, ese porcentaje había trepado al 21%. En 2006, el sector privado concentraba al 27,1% de los alumnos de la educación común y al 22% de sus establecimientos” (Galarza 2009:232).

En virtud de ese proceso se asiste en la actualidad a una segmentación del sistema educativo que implica que una parte importante de las clases altas y medias –sobre todo urbanas– educan a sus hijos en escuelas privadas. La escuela pública devino en el receptáculo de aquellos que “perdieron”.

Un estudio etnográfico en una escuela secundaria pública en la Ciudad de Córdoba muestra los enfrentamientos y conflictos que alimentaron nuevas formas de discriminación y violencia. Éstas tuvieron lugar a partir de la irrupción de los hijos de los “nuevos pobres”, cuyos padres, a causa de la crisis, no pudieron seguir pagando las matrículas de las instituciones privadas (Maldonado 2000). Se trata del retrato de un micromundo institucional que, con variantes, se reprodujo en toda la nación, en el contexto de las políticas privatizadoras y de desfinanciamiento en áreas estatales socialmente sensibles.

Por otra parte, esa información ilustra sobre los distintos modos y consecuencias de la caída social de sectores medios y cómo debieron hacer frente, con las armas de sus capitales culturales, a los nuevos desafíos que les planteaba su propia precarización en un entorno hostil.

Simultáneamente, también se dificultaban los intentos de ascenso social por parte de quienes tenían alguna posibilidad de “salir de pobres”.

En la década de 1990 se generaron mecanismos culturales de discriminación, de alejamiento y de culpabilidad hacia los pobres que limitaban las aspiraciones de los sectores bajos de la sociedad. Ante la amenaza y/o la realidad de convertirse en pobre habiendo sido clase media, se generaban usinas de sentido de fuerte discriminación hacia los villeros, los “pibes chorros”, los negros, los inmigrantes “ilegales”, etcétera.

En el trabajo etnográfico citado más arriba, realizado desde la segunda mitad de la década de 1990 en el barrio Mitre (Sabarots 2008a), se evidencian algunos casos interesantes de intentos frustrados de movilidad social. Victoria, de 20 años, pertenecía a una vieja familia del barrio Mitre venida del albergue Warnes. Contaba que cuando sus padres se casaron cumplieron su deseo de ir a vivir a otro barrio; se fueron a Florida, partido de Vicente López, en la provincia de Buenos Aires. Narra que después de varios años no pudieron pagar más el alquiler y tuvieron que volver al barrio Mitre, donde construyeron sobre la vivienda de su abuela. Relataba que: “La vida de allá era distinta, otra clase de personas, más tranquilo, allá hacías la tuya y nadie se enteraba, acá... es como pueblo chico, infierno grande” (Victoria, 20 años entrevista diciembre de 1999).

También recordaba que, como en el otro barrio de provincia de Buenos Aires casi no había niños, iba todos los fines de semana a la casa de su abuela, en el barrio Mitre, donde sí tenía a sus amigas y amigos. Sin embargo, concluía con tono de pesadumbre: “no es lo mismo venir los fines de semana que estar metida permanentemente acá en el barrio” (Victoria, 20 años, entrevista diciembre de 1999). El regreso al barrio implicó claramente un “volver atrás” en el tiempo y “volver abajo” socialmente.

En otros casos, se trata de familias que mandaron a sus hijos a estudiar a colegios privados con mejor reputación que los colegios públicos disponibles, como parte de una estrategia de ascenso social. Fue el caso de Sandra, de 16 años, cuyos padres la enviaron desde el jardín de infantes a una escuela religiosa privada llamada Santa Clara de Asís. Allí, los niños del barrio Mitre eran minoría absoluta, y el nivel social general de las familias de los chicos que concurrían era más elevado, inicialmente porque requería el pago de una cuota mensual –aún cuando se pudiera obtener una reducción por beca–. Según el relato de la joven informante, ella repitió Séptimo grado porque la discriminaban y la habían aislado, ya no le interesaba nada de la escuela, finalmente, la madre

decidió cambiarla a una escuela pública, lo que ella percibió como la solución a su problema. El error (según ella) fue de la madre por haberla mandado a esa escuela, "... aunque lo hizo por mi bien, para que tuviera una mejor educación, terminó pidiéndome perdón" (Sandra, 16 años, entrevista mayo de 2001). El "error" fue colocarse en un espacio social "equivocado"; la solución a la tensión fue regresar a "su lugar".

Estos dos casos muestran la eficacia de la distinción, tanto por el lugar de residencia como por las instituciones de educación formal. Los mecanismos simbólicos de mantenimiento de las fronteras sociales se activaban en los microespacios de disputa entre clases.

LAS POLÍTICAS ESTATALES Y LAS ESTRATEGIAS DE LA SOCIEDAD CIVIL DESPLEGADAS EN LOS MOMENTOS DE CRISIS

Una de las tesis que se sostienen en este trabajo es que la capacidad de respuesta de los precarizados ancló en tres elementos constitutivos de la matriz en la que se conformó la ciudadanía argentina a partir de los años cuarenta del siglo pasado: la identidad político-partidaria mayoritariamente peronista, la experiencia de trabajo formal y sindicalización, y la extensión universal de la educación pública. Respecto de la identidad peronista, Fortunato Malimacci, en referencia al conurbano bonaerense (una de las zonas más pobladas del país), afirma:

Los barrios carecen masivamente, aunque hay excepciones, de todo tipo de organización partidaria estable y perdurable fuera del peronismo [...] La identidad peronista se ha transformado en una amplia y heterogénea cultura que alberga –por el momento al menos– a la gran mayoría de los sectores empobrecidos (Malimacci 2005:22).

En los dos hitos más dramáticos de la historia reciente, el año 1989 y el año 2001, dicha matriz influyó en la emergencia de movimientos sociales, conjuntamente con el despliegue de estrategias de reproducción de la vida cotidiana.

Para el caso de la crisis de 2001-2002, los movimientos sociales que adquirieron mayor visibilidad fueron el movimiento de trabajadores desocupados/piqueteros, las asambleas populares y el movimiento de fábricas recuperadas. Entre las estrategias de reproducción pueden mencionarse los comedores comunitarios y el Club del Trueque.

En cada uno de esos momentos y durante los períodos delimitados por ellos, se desarrollaron estrategias de la sociedad civil, que se organizó para hacer frente a la situación de precarización. Y al mismo tiempo, se implementaron políticas estatales en respuesta a las demandas populares y con el propósito de contener la movilización y la protesta social.

La otra cuestión que se afirma acá es que las respuestas en clave de confrontación abierta y aquellas que supusieron la aceptación de la "ayuda social" a través de las políticas focalizadas forman parte de un mismo entramado que complejamente enlaza las estrategias de reproducción con las luchas por las reivindicaciones.

En la misma dirección, Manzano *et al.* señalan:

Como lo hemos observado a partir de nuestro trabajo de campo, lejos de mostrar "polos antagónicos" lo que se pone en evidencia es una compleja serie de interacciones que incluyen no solo relaciones de confrontación [procesos de resistencia] sino también relaciones de reciprocidad [con agencias y agentes estatales]... Es a partir de esas relaciones que es posible establecer determinadas "concesiones", que si bien no ponen en cuestionamiento las relaciones de poder/dominación, expresan desde los sectores subalternos "actos de lograr" y definen "conquistas" desde las que se disputan recursos, derechos, etc. (Manzano *et al.* 2008:46).

La política asistencial de emergencia del gobierno de Raul Alfonsín, primer presidente de la recuperación democrática, dirigida a paliar la pauperización producida en la clase trabajadora como consecuencia del modelo económico impuesto por la dictadura militar, fue la implementación del Plan Alimentario Nacional¹¹.

Cuando se produjo el mencionado proceso inflacionario del año 1989, surgieron en los barrios precarios las “ollas populares” organizadas por mujeres voluntarias, que conseguían el alimento y daban de comer a las familias que no lograban adquirirlo con sus ingresos. Estas “ollas populares” serían el germen de múltiples formas de organización popular en torno de la problemática alimentaria que se activaron a partir de allí en distintos momentos de crisis en la Argentina.

En términos de políticas públicas, en la década de 1990, en pleno auge del neoliberalismo, las respuestas estatales se expresaron básicamente en programas de subsidio al empleo y en programas de asistencia nutricional. En relación con estos últimos, los comedores comunitarios¹² y la organización sobre la que se apoyó la ejecución del “Plan Vida”¹³ fueron en gran medida herederos de la tradición de las ollas populares.

Los programas de subsidio al empleo, como el Programa Trabajar –de alcance nacional¹⁴– y el Programa Barrios Bonaerenses –su adaptación en la provincia de Buenos Aires– tuvieron básicamente la intención de contener el descontento social, en medio de la aplicación de leyes de flexibilización laboral. Quienes fueron sus destinatarios, en buena parte, habían pertenecido a las clases medias, con un pasado de empleo formal, acceso a la seguridad social y cobertura médica:

Antes yo tenía obra social. Mis hijos mayores nacieron bien... en la clínica. Ya los dos más chicos tuvieron que nacer en el hospital y no es lo mismo. Por lo que más extrañas la clínica es por los chicos, en el hospital tenés una “amansadora” de cinco horas. Y también por las urgencias lo extrañas (Andrenacci *et al.* 2001:73).

Entrando al nuevo siglo, entre diciembre del año 2001 y principios del año 2002, se produjo en la Argentina una crisis económica y político-institucional de proporciones mayúsculas. El peronismo asumió nuevamente la conducción del país y tomó medidas económicas que acarrearán graves consecuencias inflacionarias. La salida de la política de la convertibilidad, relación fija entre la moneda argentina y el dólar impuesta por Domingo Cavallo durante la presidencia de Carlos Menem, fue la más significativa. Además de la inflación, una de las consecuencias fue el denominado “corralito” por el cual se inmovilizaron en los bancos los ahorros de la población. Estas medidas pauperizaron aún más al conjunto de aquellos que se encontraban en situaciones de vulnerabilidad y provocaron la precarización de sectores importantes de la denominada clase media.

La respuesta en materia de política social fue la puesta en marcha de un llamado “Derecho familiar de inclusión social” concretado en el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Este plan se convirtió en el programa asistencial más importante del país y también contribuyó a la consolidación del Movimiento de Trabajadores Desocupados (Piqueteros), que continuaron ampliando su base de apoyo con las demandas y la obtención de estos planes.

El Movimiento Piquetero emerge con fuerza en el año 1997 con alrededor de 50 cortes de rutas y calles, producidos simultáneamente en todo el país. Los antecedentes son las protestas realizadas en las provincias de Jujuy y Salta el año anterior por los obreros despedidos y sus familias, como consecuencia de la privatización de la empresa nacional de petróleo: Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF).

[...] Sin embargo [el plan] no resultó efectivo para lograr la inclusión social, en octubre de 2002 como consecuencia del proceso inflacionario, los \$150 que se cobraban -en bonos- tenían la mitad del valor real ya que la canasta de indigencia para una familia de 4 personas era de \$312.¹⁵ En ese momento según el Instituto Nacional De Estadísticas y Censos (INDEC) el

57% de la población se encontraba debajo de la línea de la pobreza y el 27,5% era indigente (Raggio 2005:4).

Además de los movimientos sociales que plantearon la lucha en las calles y rutas del país, desde la sociedad civil se desarrollaron también estrategias de sobrevivencia que contaron entre sus protagonistas a los sectores medios empobrecidos.

En esos casos, el capital cultural previo jugó un papel determinante en las estrategias de vida. Esto diferenció a estos sectores ventajosamente en relación con los pobres estructurales.

En esa dirección, la experiencia del Club del Trueque¹⁶ resultó la más significativa. Hintze refiere en su trabajo a la única serie histórica construida para el conjunto del país por el Centro de Estudios Nueva Mayoría (Ovalles 2002) respecto de su extensión numérica: “En términos de la población involucrada el crecimiento reportado por este estudio pasa de 60 miembros en 1995 a 1.000 en 1996; 2.300 en 1997; 5.000 en 1998; 180.000 en 1999; 320.000 en 2000; 600.000 en 2001, llegando a los 2.500.000 en 2002” (Hintze 2004:35).

En cuanto a la composición social de los participantes, la autora –tomando como base un estudio anterior– señala la fuerte presencia de sectores medios empobrecidos entre sus integrantes, con graves problemas laborales y desocupados y, desde el año 2000, la incorporación de sectores populares (Hintze 2004).

En el mismo trabajo, y citando una investigación realizada por Inés González Bombal, llama la atención acerca de los efectos sobre la sociabilidad generados por esta estrategia, en tanto red de contención en medio de la denominada “caída”:

La población entrevistada en los nodos [...] se correspondía con la caracterización de sectores medios en descenso social. [...] Un 44% eran desocupados; un tercio trabajadores más o menos informales y una cuarta parte empleados. Con respecto al nivel educativo, un tercio tenía terciario o universitario incompleto y más de la mitad el secundario completo. Siguiendo un rasgo típico de la nueva pobreza, el 86% de las personas eran propietarias de su casa y sólo el 14% alquilaba o convivía con otros familiares. La población entrevistada valoraba estos nuevos espacios de sociabilidad que les ofrecían la concurrencia a los clubes de trueque, porque entre los participantes se restablecía una sensación de igualdad que cada uno de ellos había perdido respecto de sus antiguos ámbitos de referencia (González Bombal 2003, citado en Hintze 2004:39).

Desde aquellos acontecimientos que pusieron en jaque el sistema político-institucional, se ha presentado, a partir del año 2003, un contexto de recuperación socioeconómica, cuyos datos macroeconómicos muestran una mayor demanda laboral, una disminución de la tasa de desempleo, un crecimiento económico sostenido y un descenso relativo en los índices de pobreza e indigencia. Tal proceso ha sido el resultado de una combinación de factores económicos globales y de específicas políticas económicas, laborales y sociales a nivel nacional (Raggio y Sabarots 2010).

Al mismo tiempo, se desarrolló durante estos años un escenario de recuperación del debate político y de la participación ciudadana con diversas expresiones, de apoyo o de oposición, a las políticas que se emprendieron.

POLÍTICAS PARA LA “DESPRECARIZACIÓN”

Se hace necesario, a esta altura, hacer un recorrido por una serie de procesos socioculturales e iniciativas políticas gubernamentales que contribuyen a la construcción del actual escenario que tienden a desprecarizar en algunos casos y/o, en otros, a reproducir la precarización precedente.

Como consecuencia de las políticas implementadas, en el ámbito del trabajo se observa que, en términos generales, los trabajadores formales parecen ser los sectores más beneficiados por el sostenido crecimiento desde el año 2003, que les permitió amortiguar y en algunos casos revertir los efectos de la crisis, y reconquistar parte del acceso al consumo pero, esencialmente, la “autoestima de clase trabajadora”. No obstante, persiste una importante porción de los asalariados que no tiene empleo formal.

Por su parte, el período que se extiende entre los años 2003 y 2010 presenta un crecimiento constante del empleo, aunque con intensidades variadas [...]; asimismo se registra una caída continua de de los desocupados. En el año 2009 esto se vio modificado cuando, a contraposición de la tendencia general del sub-período, aumentó la población desocupada. La recuperación del 2010 hace pensar que este comportamiento [...] respondió a las consecuencias de la crisis internacional [...] Con respecto a los niveles de formalidad [...] en 2009 los asalariados no registrados en la seguridad social representaban poco más del 30% del total (Curcio y Beccaria 2011: 67).

Este último punto tiene uno de sus fundamentos en la recuperación del protagonismo político del sindicalismo en su conjunto, fundamentalmente de las dos centrales obreras que se opusieron al menemismo: la Confederación General del Trabajo (CGT) liderada por Hugo Moyano, alineada con el actual gobierno, y la Confederación de Trabajadores Argentinos (CTA), que pretende despegarse del gremialismo tradicional. Además, en estos años se asistió a la aparición de organizaciones gremiales de base que se enfrentaron en algunos sindicatos contra sus dirigentes tradicionales corruptos, con lo cual ganaron el reconocimiento de los trabajadores y, posteriormente, la personería gremial. En ese marco, se retomaron las negociaciones colectivas entre patrones y trabajadores bajo el arbitraje del Estado, y se lograron una actualización periódica de los niveles salariales y mejoras en las protecciones ligadas al trabajo.

El nuevo escenario presenta también cambios en las políticas sociales orientadas a los sectores más castigados durante el período anterior. En el plano discursivo, se expresa una intención de pasar de una política social asistencial, contenedora de la crisis, a una política social para la inclusión, centrada en la capacitación, la recuperación de la cultura del trabajo y la economía social y solidaria¹⁷.

En esa dirección, la medida más importante ha sido la reciente implementación de la Asignación Universal por Hijo (AUH)¹⁸, aun cuando persiste el debate en cuanto a su universalidad. Desde diciembre del año 2009, la asignación es cobrada por los padres o madres desocupados, los trabajadores no registrados y las empleadas del servicio doméstico; y desde el año 2011 se amplió su alcance, mediante la inclusión de las mujeres embarazadas sin cobertura de salud hasta la finalización del embarazo.

La cobertura de la AUH comprende a 3,7 millones de niños/as y adolescentes, y sus efectos en cuanto a la inclusión en la educación y el consumo de las familias pobres se están empezando a registrar en los últimos datos estadísticos. Por ejemplo, se han incorporado 250.000 nuevos alumnos al sistema educativo, dato alentador pero que genera nuevos desafíos en términos de dar respuesta adecuada y lograr sustentabilidad en cuanto a su retención en dicho sistema.

Esta última es una cuestión central para detener el proceso de precarización, sobre todo en los niños y jóvenes de los sectores más desfavorecidos, cuya problemática no se resuelve solamente con la concurrencia a clases. Ello es una condición necesaria pero no suficiente para brindarles herramientas útiles de inclusión que sólo es posible con una educación de calidad en todos los niveles de la enseñanza. En verdad, la recuperación de la calidad educativa y el acortamiento de la denominada brecha tecnológica es un proceso muy complejo y que demanda largos años.

Tal como se especificó más arriba, la política neoliberal en materia educativa fue en contra del sistema escudándose en un discurso de actualización y de descentralización educativa,

bajo las directivas de los organismos internacionales de crédito. Si bien ganó consenso en su momento, dicha política educativa tuvo efectos negativos para la mayoría de quienes constituían la heterogénea clase media.

En el año 2006 se realizaron avances muy significativos en pos de revertir esa tendencia cuando se aprobaron dos leyes, una de financiamiento educativo¹⁹, y la que reemplaza a la Ley Federal²⁰. También se llevaron adelante acciones dirigidas a reforzar los distintos niveles educativos, con lo cual, en términos generales, se mejoraron las condiciones laborales de la actividad docente y de la investigación científica.

Dentro de ello y a los fines de este trabajo, vale mencionar que se hicieron inversiones en cuanto a la informatización de los alumnos del nivel medio, por medio de un programa de entrega gratuita de computadoras personales a cada estudiante, y la ampliación de la red de acceso a Internet dentro de las instituciones educativas. No obstante, es sabido que el impacto de tales cambios es sólo mensurable en el mediano y largo plazo, por lo que no es posible aún calibrar la incidencia en el mejoramiento de las oportunidades futuras de los niños y jóvenes de los sectores más precarizados de la sociedad.

Por otra parte, se asiste a una participación ciudadana –cuya composición social podría describirse dentro de la clase media– vinculada, sin duda, al reconocimiento de derechos; en esa dirección, es muy importante mencionar las movilizaciones que acompañaron la aprobación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y la Ley de Matrimonio Igualitario.

CONCLUSIONES

Es evidente que la globalización y el modelo de acumulación capitalista imponen restricciones a las regiones periféricas y, en ese marco, la precarización emerge como un efecto global producto de ese modelo. No obstante ello, los países de nuestra región tienen actualmente mayores márgenes de acción, aun en condiciones de subordinación económica. Es en estos intersticios de poder donde se torna relevante investigar y experimentar alternativas de producción política novedosa.

En el desarrollo de este trabajo se han abordado las condiciones que en Argentina produjeron la precarización de amplios sectores de la sociedad y que conllevaron “la caída” de porciones significativas de la heterogénea clase media.

Las identidades construidas en términos de clase se vieron tensionadas y reelaboradas como producto de los cambios estructurales y de los modelos culturales hegemónicos. Los contenidos culturales que definen estas identidades por parte de los sujetos en el curso de sus vidas no son estáticos, incorporan nuevos elementos de distinción y clasificación, pero manteniendo un hilo conductor con el pasado. En el caso de las clases medias argentinas, ese pasado posee una carga de sentido fundacional mitológico de la misma sociedad.

También se señaló la manera en que, en especial durante la década de 1990, fueron corroídos los sostenes que provenían fundamentalmente del Estado, tanto en su faz de gestión pública directa como en su función de regulador y de control de la actividad privada. Cabe apuntar que esos cambios se realizaron en el marco de las instituciones democráticas, con el consenso de amplios sectores sociales; fueron decisiones que contaron con legitimidad en esa coyuntura histórica en la que los sectores hegemónicos lograron imponer un discurso que las mayorías aceptaron aun en contra de sus propios intereses.

No obstante, es imprescindible remarcar una vez más que ese terreno fue abonado por la última dictadura militar que, mediante la imposición del terrorismo de Estado, asesinó a una importante cantidad de luchadores sociales, gremiales y políticos e impuso el miedo y el disciplinamiento social como condiciones para la instalación de un modelo de concentración económica y apertura y desregulación de los mercados.

En ese sentido, las leyes de flexibilización laboral de la década de 1990 encontraron una clase obrera reducida –como consecuencia de la expulsión de mano de obra de las industrias, como se apuntó más arriba– y sin poder de resistencia, con muchos de sus dirigentes intermedios muertos o desaparecidos y con una parte significativa de la dirigencia sindical cooptada por los detentadores del poder.

En este punto, se torna imprescindible tomar en consideración la dimensión político-cultural de las transformaciones operadas y de los discursos que lograron instalarse en la población. Estas cuestiones son centrales para reflexionar acerca de las vías posibles de la desprecuarización.

Se hace necesario enfatizar que el destino de un sector de la sociedad sólo se hace inteligible en términos de proyectos políticos de conjunto, en los que se juegan las condiciones de vida de “los de arriba”, de “los de abajo”, y de la sociedad como un todo. La precarización se fue extendiendo a importantes segmentos de las sociedades en Latinoamérica y generó efectos directos y/o indirectos en las condiciones de vida de todos, aun de los sujetos más ricos e incluidos. Sus reclamos airados por la falta de seguridad, muy fuertes en la Argentina, no son más que su decodificación clasista de la precarización de “los otros”, que a la vez “precariza” sus vidas cotidianas al autoasignarse real o imaginariamente el lugar de víctimas del delito creciente. Manifestación tangible de ello es la proliferación de barrios cerrados, referida anteriormente, y el crecimiento exponencial de la industria de la seguridad privada.

Cabe preguntarse entonces acerca de las acciones que pueden contribuir tanto desde el Estado –como responsable fundamental– como desde los múltiples sujetos y colectivos de la sociedad civil, corresponsables también, a desprecuarizar o recotidianizar las vidas de los miles que aún continúan precarizados.

En primer lugar, no cejar en la batalla por restituir la accesibilidad al trabajo digno para el conjunto de la población. Si, como está expresado en los considerandos teóricos, el trabajo constituye por más de un motivo el eje alrededor del cual se despliega la normatividad vertebradora de toda subjetividad, es imperioso redoblar los esfuerzos por crear puestos de trabajo decente, tal como lo define la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

En esa dirección, existen en la actualidad una serie de programas estatales de desarrollo socioproductivo que se encuentran comprendidos en lo que se suele llamar economía social²¹ y que tienen como objetivo promover la integración social y económica de los destinatarios. No obstante, investigaciones muy recientes (Hopp 2010) dan cuenta de que se trata de una política pública que aún adolece de muchas dificultades para cumplir sus objetivos.

En segundo término, y en absoluta consonancia con la creación y re-creación de múltiples formas de empleo, lo que se torna indispensable es que los precarizados retomen su voz, sean escuchados al decir de Le Blanc (2007). Y la vía regia es el reconocimiento de la legitimidad de su participación en los espacios públicos y en los distintos ámbitos en los cuales lo que está en juego es la gestión de sus propias vidas, lo cual implica tornarse visibles para quienes pretenden ocultarlos.

En ese sentido, son fundamentales las condiciones en las que se desenvuelven las relaciones que establecen los agentes institucionales en los territorios donde implementan los programas sociales con los sujetos y colectivos sociales.

Entre otras cuestiones, dichas relaciones se encuentran permeadas por una serie de prácticas que expresan en el ámbito de la gestión cotidiana, las disputas intraburocráticas y partidarias que atraviesan el aparato estatal y que frecuentemente marcan las restricciones para un desempeño más democrático. Allí se juegan las posibilidades de hacer escuchar una multiplicidad de voces porque, tal como lo expresan Chiara y Di Virgilio (2009):

Los programas [...] cumplen un doble papel: son un recurso que los actores articulan en función de operar en torno de una agenda que los precede; a la vez que en tanto actores, inciden en el modelado de las demandas y su incorporación (o no) a la agenda gubernamental (Chiara y Di Virgilio 2009:60).

Es probablemente en esos escenarios donde deban concentrarse los mayores esfuerzos para modificar el accionar estatal, construyendo un marco que habilite nuevas posibilidades de inclusión de las demandas y de las soluciones que los destinatarios proponen.

En último término, desde los múltiples sectores de la sociedad civil –con especial énfasis en los intelectuales y académicos, entre quienes se incluyen los autores de este trabajo– es imperiosa la necesidad de dar una batalla cultural que cuestione y ponga en debate público los mecanismos socioculturales de discriminación hacia los sectores precarizados de la sociedad.

Fecha de recepción: 15/12/2010

Fecha de aceptación: 08/09/2011

NOTAS

- ¹ La primera versión de este trabajo fue presentada en el panel: “La precariedad vital y las clases medias: Argentina, México y España” del XXIX Latin American Studies Association, realizado en Toronto del 6 al 9 de octubre de 2010.
- ² En *La miseria del mundo*, editado en 1993, Pierre Bourdieu da cuenta de esta situación en Francia (Bourdieu 1993).
- ³ El acceso a la educación pública y gratuita constituyó un caso especial en nuestro país al conformarse como derecho universal en los albores de la constitución del Estado-nación.
- ⁴ El autor aclara que no se trata de una correlación mecánica, y ejemplifica con el “pobre vergonzante”, que está inscrito en la comunidad, y el vagabundo, que no tiene lazos sociales.
- ⁵ Textualmente: “La contradicción entre la experiencia de la miseria y la ausencia de capacidad de recurrir a la justicia, entre la marginalidad impuesta de ciertas formas de vida y la ausencia de voz para hacerse cargo de ellas; la contradicción entre la creatividad de las vidas ordinarias y la denegación de reconocimiento al que muy a menudo da lugar la variedad de las acciones creativas” (Le Blanc 2007:52).
- ⁶ Un número significativo de familias de sectores medios urbanos que tenían alguna posibilidad emigraron a otros países en busca de mejores condiciones de vida. Algunas de ellas están retornando al país a partir de la crisis global que comenzó en 2008 en Estados Unidos y que está atravesando Europa en la actualidad.
- ⁷ Estas cifras no incluyen al servicio doméstico, ocupación preponderantemente “en negro”.
- ⁸ Fuente: *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2004, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC).
- ⁹ Se denomina así a los asentamientos ilegales en tierras fiscales, con viviendas construidas con materiales precarios y donde no hay servicios habitacionales.
- ¹⁰ El caso paradigmático lo constituyó la provincia de Buenos Aires, el mayor distrito del país.
- ¹¹ Se lanzó en mayo de 1984 y se trataba de una caja con alimentos, de entrega mensual, para familias pobres, que se distribuyó durante cinco años.
- ¹² En la actualidad, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, fueron transformados en los Grupos Comunitarios (GC) u organizaciones sociales, comunitarias de base, con inserción territorial. Los GC constituyen mediadores privilegiados en la distribución de los recursos estatales a las familias en situación de vulnerabilidad (Clacheo 2009).
- ¹³ El Programa Materno Infantil de la Provincia de Buenos Aires o “Plan Vida”, comenzó a implementarse en 1995 y tenía como objetivo brindar apoyo alimentario a embarazadas, nodrizas y niños de 0 a 5 años que presentaran riesgo nutricional. Era distribuido por trabajadoras voluntarias vecinales: “las manzaneras”, denominadas así porque cada una tenía a su cargo un área de cuatro manzanas, en las cuales debían repartir la asistencia alimentaria que brindaba el programa.
- ¹⁴ En el documento base, los objetivos del Programa Trabajar III aparecían expresados en los siguientes términos: “El objetivo general es brindar ocupación transitoria a trabajadores/as desocupados/as en condiciones de pobreza o situaciones de vulnerabilidad social, a fin de reducir el impacto de la caída del nivel de ingreso de sus hogares, mejorar su empleabilidad y atender situaciones de emergencia ocupacional provocadas por desajustes en los mercados de trabajo, como efecto de las transformaciones productivas en curso” (Raggio 2005).

- ¹⁵ Fuente: Diario *Clarín* 7/9/2002. Datos del INDEC.
- ¹⁶ “Redes de personas o comunidades que se organizan para sistemáticamente intercambiar bienes y servicios para satisfacer sus necesidades recíprocas, se constituyen mercados “locales” (conjuntos de personas ligadas por relaciones cara a cara), donde se encuentran los poseedores de distintas mercancías que no requieren dinero para efectivizar el intercambio de sus trabajos o posesiones, en tanto se desprenden de ellos a cambio de otros que consideran de valor equivalente, configurando la figura de un productor oferente y consumidor a la vez: el “prosumidor” (Hintze 2004:17).
- ¹⁷ Fuente: Diario *Página 12*, 21/09/2008: Entrevista a Alicia Kirchner, Ministra de Desarrollo Social.
- ¹⁸ Se trata de la entrega directa al adulto beneficiado (con el explícito propósito de evitar intermediarios, “punteros”, etc.) del equivalente al salario familiar de los trabajadores formales por hijo menor de 18 años, y de una suma por hijo discapacitado sin límite de edad.
- ¹⁹ La ley N° 26.075, aprobada en enero del año 2006, establece un incremento progresivo de la inversión en educación, hasta alcanzar en el año 2010 el 6% del PBI.
- ²⁰ La nueva Ley de Educación Nacional sancionada en diciembre del año 2006 tiene entre sus puntos salientes: implementación de una sola estructura educativa en reemplazo de las 54 existentes en el país; 13 años de escolaridad obligatoria; obligación para el Estado de ofrecer el nivel inicial desde los cuatro años; jornada extendida o completa en la primaria; nuevos contenidos obligatorios, entre ellos la enseñanza de un idioma extranjero y contenidos referidos a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC); reformas a la carrera docente con la creación de un Instituto Nacional (Fuente: Portal educ.ar [<http://www.educ.ar/>] Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología de la Nación).
- ²¹ Plan Manos a la Obra, Programa Trabajo Autogestionado, Programa Inserción Laboral, línea autoempleo, Programa Herramientas por Trabajo. Programa Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrenacci, L., M. Neufeld y L. Raggio
2001. Elementos para un análisis de programas sociales desde la perspectiva de los receptores. Los programas Vida, PROMIN, Trabajar y Barrios Bonaerenses en los municipios de José C. Paz; Malvinas Argentinas, Moreno y San Miguel. *Serie Informe de Investigación* 11. Universidad Nacional de General Sarmiento, provincia de Buenos Aires.
- Bayón, M. C.
2006. Precariedad social en México y Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales. *Revista de la CEPAL* 88: 133-152.
- Bourdieu, P.
1999. *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Castel, R.
1996. El advenimiento de un individualismo negativo. *Debates* 54: 34-38.
1997. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires, Paidós.
- Chiara, M y M. Di Virgilio
2009. Conceptualizando la gestión social. En M. Chiara y M. Di Virgilio (orgs.), *Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*: 53-86. Buenos Aires, Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Clacheo, R.
2009. Las intervenciones estatales en la problemática nutricional y los Grupos Comunitarios receptores. Una cuestión de Salud Pública. Ponencia presentada a las *II Jornadas de Antropología Social del Centro Bonaerense*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, provincia de Buenos Aires.

Curcio, J. y A. Beccaria

2011. Sistema de Seguridad Social y mercado de trabajo: evolución de la cobertura en la Argentina entre 1990 y 2010. En C. Danani y S. Hintze (coords.), *Protecciones y desprotecciones: la seguridad social en la Argentina 1990-2010*: 61-101. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Galarza, D.

2009. El gobierno de los sistemas escolares y las políticas de equidad para la igualdad. Reflexiones a partir de la opinión de los expertos. En N. López (coord.), *De relaciones, actores y territorios. Hacia nuevas políticas para la educación en América Latina*. Buenos Aires, Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación-UNESCO.

Grassi, E.

2003. *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame I*. Buenos Aires, Espacio.

Grassi, E., S. Hintze y M. Neufeld

1994. *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires, Espacio.

Hintze, S.

2004. Desarrollo y crisis del trueque en la Argentina. Condiciones para la recuperación de la experiencia. En Grupo de Análisis y Desarrollo Institucional y Social (GADIS), *La crisis de la globalización y la asociatividad emergente. El caso de Argentina*. Buenos Aires, EDILAB (en prensa).

Hopp, M.

2010. Políticas de promoción de desarrollo socio-productivo en la Argentina post-convertibilidad: condiciones de la integración social y económica. Tesis de Magíster inédita, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Kessler, G.

2003. Empobrecimiento y fragmentación de la clase media argentina. En F. Márquez (ed.), *Pobreza y desigualdad. Propositiones* 34:1-11.

2009. *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Lacabana, M. y T. Maingon

1997. La focalización: políticas sociales “estructuralmente ajustadas”. En *Latin American Studies Association*, Washington.

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lasa97/lacabanamaingon.pdf> (octubre de 2010)

Le Blanc, G.

2007. *Vidas ordinarias. Vidas Precarias. Sobre la exclusión social*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Manzano, V., F. Álvarez, M. Triguboffy y J. Gregoric

2008. Apuntes para la construcción de un enfoque antropológico sobre la protesta y los procesos de resistencia social en Argentina. En *Investigaciones en antropología social*: 41-62. Buenos Aires, Antropofagia.

O'Connor, J.

1987. *Crisis de acumulación*. Barcelona, Península.

Offe, C.

1988. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Sistema.

Ovalles, E.

2002. Argentina es el país del mundo en el cual el fenómeno del trueque tiene mayor dimensión social. *Carta Económica* 19 (215): 42-25, mayo.

Maldonado, M.

2000. *Una escuela dentro de una escuela*. Buenos Aires, EUDEBA.

Malimacci, F.

2005. Nuevos y viejos rostros de la marginalidad en el Gran Buenos Aires. En F. Malimacci, y A. Salvia (comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados*: 15-27. Buenos Aires, Biblos.

Merklen, D.

1997. Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires. *Nueva Sociedad* 149: 162-177, mayo-junio.

Minujin, A. y G. Kessler

1995. *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Planeta.

Raggio, L.

2005. De las necesidades básicas a la construcción de autonomía. Una contribución desde la perspectiva antropológica al estudio de las políticas sociales. Tesis de Magíster Scientiarum inédita. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Raggio, L. y H. Sabarots

2010. Políticas públicas, “inseguridad” y juventudes vulnerables. *Revista Chilena de Antropología* (en prensa).

Roberts, B.

2004. From marginality to social exclusion: from *laissez faire* to pervasive engagement. *Latin American Research Review* 39 (1): 195-197.

Sabarots, H.

2008a. *Procesos de exclusión, estereotipos y movimientos colectivos en barrios periféricos de Buenos Aires*. Serie Tesis Doctorales. Leioa, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco/EHU [CD-ROM].

2008b. Emergentes de inseguridades en Saavedra-Barrio Mitre. Conflictos, organización vecinal y Estado. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales* 4:160-176. Buenos Aires, Prometeo.

Santillán, L.

2007. Cuando el problema está más allá de la “convocatoria”: un abordaje acerca de las relaciones de intercambio y la desigualdad en torno al cuidado y la educación de la infancia. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 21: 227-238.

Svampa, M.

2001. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Biblos.

Visacovsky, S.

2008. Estudios sobre “clase media” en la antropología social: una agenda para la Argentina. *Avá* 13: 52-79.

2010. “Hasta la próxima crisis”. Historia cíclica, virtudes genealógicas y la identidad de clase media entre los afectados por la debacle financiera en la Argentina (2001-2002). *CIDE* N° 68 (noviembre): 3-28.

ESTRUCTURAS PREHISPÁNICAS Y AGRICULTURA EN LA CUENCA DEL HUASAMAYO (TILCARA-JUJUY)

Natividad M. González*

RESUMEN

Se presenta información sobre las estructuras prehispánicas para la producción agrícola en Alfarcito y alrededores que, ocupados desde inicios de la era, cuentan con variadas estructuras para riego y cultivo, en sectores con características propias. Para abordar la cuenca del río Huasamayo (departamento Tilcara, Jujuy), de una superficie aproximada de 150 km², se utilizaron imágenes satelitales y se realizó una prospección en el terreno, que brindaron información diversa. Los campos de cultivo fueron analizados en cuanto su relación contextual y sus características individuales y, mediante cálculos estadísticos, se aislaron unidades representativas de los sectores y se evidenciaron diferentes funciones y técnicas para aprovechar las condiciones ambientales. Mediante el material de superficie, con datos de liquenometría y de la bibliografía, se propone una cronología de la construcción de los espacios agrícolas que se relacionaría con los momentos de aridez y de intensificación productiva de los siglos XIII y XIV.

Palabras clave: agricultura – campos – riego – Quebrada de Humahuaca.

ABSTRACT

We present evidence on Prehispanic structures concerned with agricultural production at Alfarcito and its surroundings; occupied since the beginning of this era, this area counts with a variety of structures for irrigation and cultivation, sectored according to specific characteristics. In covering the Huasamayo River basin (Tilcara Department, Jujuy), with an approximate surface of 150 km², satellite imagery was employed and a field survey was undertaken, resulting in diverse datasets. The agricultural fields were studied according to their contextual relationship and individual characteristics; using statistical analysis we isolated representative units of the sectors

* Instituto de Geografía “Romualdo Ardissonne”. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Unidad de Investigación en Comunicación, Cultura y Sociedad (UNIC). Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad de Jujuy. E-mail: pykari2@yahoo.com.ar

and evidenced different functions and techniques employed to maximize use of the environmental conditions. With the surface material, lichenometric and bibliographical data, we propose a chronology of construction of these agricultural spaces that is related to arid periods and the productive intensification of the thirteenth and fourteenth centuries.

Keywords: agriculture – field – irrigation – Quebrada de Humahuaca.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es producto de una investigación que tuvo como objetivo la exploración, registro y análisis de las estructuras de uso agrícola, en tiempos prehispánicos, de la cuenca del río Huasamayo (Tilcara, Jujuy, Argentina). Su propósito fue determinar si había diferencias entre los sectores de la cuenca que pudieran relacionarse con condiciones naturales (vinculadas con la agricultura), secuencia constructiva y algunos eventos regionales asociados; para lo cual se analizaron los terrenos cultivados, los espacios sin construcciones y, en los casos en que sí las había, de qué tipo de construcciones se trata, las variaciones en torno al riego, posibles diferencias internas, entre otras.

A principios del siglo XX, Debenedetti visitó el sitio El Alfarcito y quedó asombrado por la magnitud de las construcciones, ya que los antiguos habitantes de “la parte más antigua del vecino Pucará de Tilcara” (1918:19) no habían dejado “un pedazo de aquel suelo sin ponerlo en condiciones favorables para la agricultura” (1918:7). Además de recorrer la zona y realizar una clara descripción del sistema de riego de las parcelas (1918:9-11), caracterizó las viviendas y refugios que contenían sólo algunas capas de ceniza, lo cual evidencia su frugal habitabilidad; de las excavaciones obtuvo una decena de cráneos humanos, más de un centenar de piezas cerámicas, material lítico y de madera. La alfarería, idéntica a la de La Isla (Tilcara) lo llevó a postular una mayor antigüedad para estos asentamientos respecto del Pucará (Debenedetti 1918:23).

Cuatro décadas después, Lafón exploró ampliamente el sitio con intenciones de obtener datos respecto de la cronología y su asociación cerámica y, para comprobar si los campos de Alfarcito efectivamente fueron cultivados por la gente que habitó el Pucará de Tilcara (Lafón 1957:44). En su recorrida identificó tres represas, canalizaciones y acequias de importancia, y realizó varias excavaciones (una de las cuales –DS1– colinda con aquellas de Debenedetti)¹. Entre sus hallazgos se encuentran una casa semisubterránea con techo en falsa bóveda, alfarería hispánica, *incaizante* y bicolor, restos humanos y puntas líticas. Sus conclusiones se refirieron a la profundidad temporal de la ocupación, que desliga de los habitantes del Pucará de Tilcara, ya que Alfarcito habría abastecido a una población agrícola dispersa allí asentada (Lafón 1957:57).

Madrazo realizó una importante investigación en el área y también se centró en el problema de la cronología y sus diferentes contextos cerámicos; retomó y amplió la tipología de viviendas de Debenedetti y la relacionó con los contextos alfareros. Su descripción y croquis de la cuenca son muy ricos y claros (1969:6-12) y los datos relacionados con las estructuras para la producción agrícola arrojan luz sobre las investigaciones anteriores. Sobre la base de excavaciones y recolecciones de superficie pudo establecer el Momento Agroalfarero Antiguo, al cual pertenecen los sitios excavados por Debenedetti (es decir, A y B) y Lafón (DS1), identificado con los tipos tricolores Alfarcito e Isla, Alfarcito bicolor y monocromos (negro y gris pulidos) (1969:57 y ss.). El resto del sitio pertenecería al Período Tardío (por la presencia de estilos bicolores Hornillos y Tilcara), habitado en viviendas transitorias entre los cuadros de cultivo, lo cual confirma la relación entre este sitio y el Pucará de Tilcara (Madrazo 1969:60 y ss.).

Más recientemente, Albeck y equipo (1989, 1992-93; Seca y Albeck 1993; Zaburlín *et al.* 1994) realizaron prospecciones, relevamiento de las estructuras agrícolas y sistemas de irrigación y excavaciones en un área vinculada con actividades domésticas y entre campos de cultivo, donde se lograron fechar dos muestras de carbón. En el primer contexto, de 2020 ± 100 AP, se

hallaron puntas líticas, cerámica monocroma (gris y negra) y fragmentos de pipas de cerámica gris pulida, atribuibles a la tradición alfarera San Francisco. En el estrato fechado en 1970 ± 70 AP se excavó un grano de maíz, junto con cuero, una valva de molusco y material lítico (Tarragó y Albeck 1997:104-113).

METODOLOGÍA

Los datos que aquí se presentan se obtuvieron por medio de un reconocimiento general de la cuenca a través de imágenes satelitales del programa Google Earth (en su versión Plus), que permitió la identificación de estructuras prehispánicas, tanto agrícolas como otras. Esta información se trabajó en planillas de cálculo que permitieron su tratamiento estadístico, y se consiguieron así datos relevantes por su nivel de síntesis.

Se realizó una clasificación por visibilidad según el emplazamiento, dispersión y/o asociación de las estructuras y, por medio de la identificación de las principales fuentes fluviales, se determinaron macrounidades que se recorrieron al azar; y, aunque por razones de accesibilidad la prospección no fue exhaustiva, la información recabada sobre las características formales de las parcelas de cultivo, los despedres, las acequias y los puestos de habitación es de importancia y lo suficientemente amplia como para revelar la variabilidad entre los sectores, además de complementar los datos de las imágenes satelitales. De donde fue posible, se recogió el material arqueológico superficial asociado a las estructuras registradas².

Clasificación por visibilidad

Por medio del soporte virtual se clasificaron y cuantificaron las estructuras agrícolas de la cuenca según, como se aprecia en la Tabla 1, su grado de visibilidad, alteración y uso. Con esta información, fue posible calcular la superficie máxima del área acondicionada para la producción agrícola, estimada en 748 ha, cifra menor a la calculada por Albeck por medio de fotogramas: 1.211 ha (Albeck 1992-93:67); esta diferencia puede obedecer a la mejor resolución de las imágenes de Google, que permitieron dibujar y luego medir triángulos, lo que puso en evidencia zonas sin estructuras visibles interpuestas entre sectores con arquitectura agrícola (González 2009). Esta cuantificación refleja la disponibilidad para la actividad agrícola y se deben considerar factores como la diacronía de la construcción, el descanso de las parcelas y la disponibilidad de agua, factores que menguan el área efectiva de cultivo.

Tabla 1. Superficie que ocupa cada estrato, según clasificación por visibilidad

Estructuras	Hectáreas (n= 748)
Arqueológicas con buena visibilidad	450 (60%)
Baja visibilidad debido a la erosión	216 (29%)
En uso actual	79 (10,5 %)
“Dudosas”, dados su emplazamiento y baja visibilidad	3 (0,5%)

En otro nivel de análisis, se tomaron como variables las diferencias en cuanto a la disposición, la densidad y el acceso hacia las estructuras agrícolas (González 2009). La *disposición* refleja la manera en que están agrupadas, ordenadas y/o distribuidas las estructuras agrícolas, bajo una

premisa general de que los terrenos con menor pendiente, al abrigo de los vientos y con orientación al norte y oeste son los preferibles para las actividades agrícolas.

La *densidad* o grado de aglomeración reflejaría un aprovechamiento preferencial del terreno por algún recurso especialmente importante o codiciado. Aunque también puede deberse a la subutilización de las parcelas, se considera que esto es contrario al principio general de aprovechar el tiempo y el trabajo invertido.

Las condiciones de *acceso* indicarían también un uso diferencial, ya que es preferible un lugar de rápida o fácil llegada a uno lejano (aquí es necesario tener en cuenta posibles caminos peatonales que pueden diferir respecto de los actuales). Esta variable, sin embargo, puede estar subordinada a factores más importantes para la producción agrícola, aunque no es condicionante.

Para identificar y contabilizar los campos se trabajó con el concepto de unidad arquitectónica que, definida como un conjunto de recintos articulados por medio de elementos arquitectónicos, permite conceptualizarlas y aislarlas de manera precisa (Vaquer 2007:10).

Con impresiones de las imágenes de Google Earth se enumeraron, registraron y midieron variables de cada unidad arquitectónica (UA, en adelante); cabe aclarar que estos datos fueron analizados en su relación contextual y no han sido cotejados en el campo dado que, por ejemplo, en cuanto a la altura de los extremos de cada UA, lo que se buscaba era determinar el grado de la pendiente, o que, en relación con las magnitudes de distancias, se necesitaba determinar la relación entre la transversal con la longitudinal. Así, se registró:

- ✕ cantidad de subdivisiones internas de cada UA;
- ✕ altura snm de cada extremo, según línea transversal a la pendiente,
- ✕ altura snm de cada extremo, según línea longitudinal a la pendiente;
- ✕ puntos ausentes (donde se corta el perímetro, para captar procesos erosivos);
- ✕ el grado de visibilidad (bueno, regular o malo),
- ✕ y las alteraciones identificadas (caminos, erosión fluvial, uso actual u otro).

Aunque esta labor fue exhaustiva en su soporte visual (las imágenes satelitales), se trata de un muestreo dirigido no probabilístico, ya que en campo se comprobó que existen vestigios arqueológicos que Google Earth no llega a visualizar³. A pesar de este sesgo, la información recabada fue de tal magnitud que permitió trabajar sobre una base estadística confiable.

En este punto se registraron las fuentes de agua⁴ para riego y se determinaron, siguiendo el principio de la línea de rigidez (véase *infra*), los terrenos a los que estas fuentes podrían abastecer. Si bien algunos tienen acceso al agua procedente de más de una subcuenca, en tales casos se privilegió la de mayor importancia en términos de la superficie de captación.

Como se observa en la Figura 1, se consideraron todas las posibles fuentes fluviales para riego, ya que de esta manera la importancia real y relativa de cada una se revelaría luego. En esta primera instancia se registraron un total de veintiséis (de *a* hasta *y*), resultando un total de veinte las que presentan efectiva asociación con estructuras agrícolas. Hay siete de ellas⁵ que se originan por encima de la cota de 4.100 msnm (indicadas con el recuadro y letra mayúscula), y son permanentes (aunque registran variaciones estacionales). Las otras trece se forman sobre la ladera oeste, son de carácter secundario y registran su mayor caudal en los meses estivales.

Las macrounidades se definieron por estar irrigadas desde una fuente principal y poseer numerosos restos arqueológicos dedicados a las labores agrícolas; así se establecieron cinco macrounidades para ser registradas en campo, a las cuales se sumó, dada su importancia, el cerro Alfarcito Norte, a pesar de no presentar una asociación clara con ninguna fuente de riego:

- ✕ Ovejería: irrigada por las fuentes F y H, con un total de 77,4 ha. Cuenta con terrenos dedicados actualmente a la agricultura, estructuras con buena visibilidad y erosionadas.
- ✕ Casa Colorada: irrigada por la fuente M, con un total de 48,1 ha, estructuras con buena visibilidad, erosionadas, alteradas y terrenos que actualmente se destinan a la agricultura.

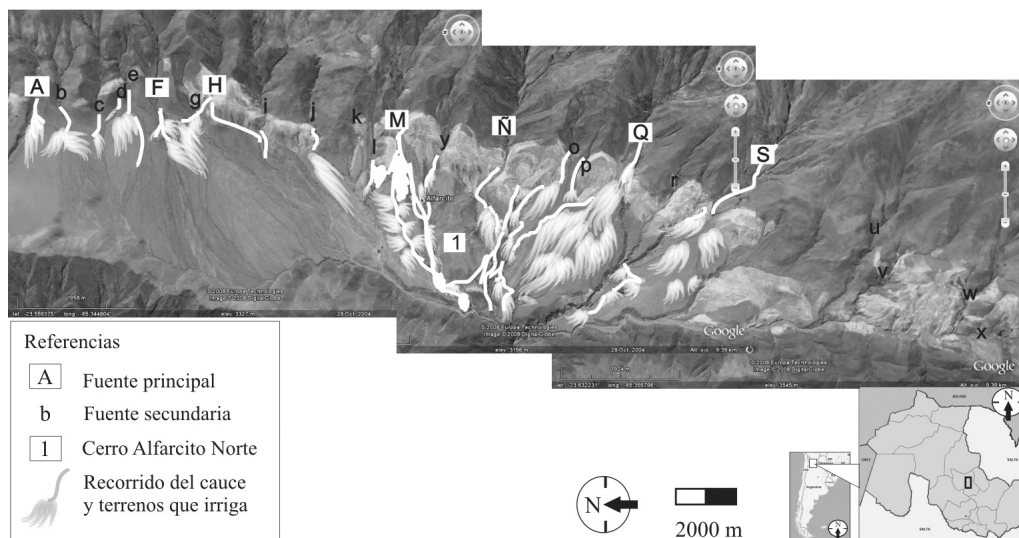


Figura 1. Fuentes de agua y sus terrenos irrigables
1: cerro Alfarcito Norte

- ✘ Cerro Alfarcito Norte: terrenos ubicados sobre dicho cerro y que no presentan asociación con ninguna de las fuentes fluviales. Esta unidad, de 10,4 ha, cuenta con estructuras con buena visibilidad y erosionadas.
- ✘ Rupasca: irrigada por la fuente Ñ, con un total de 34,2 ha. Cuenta en su totalidad con estructuras arqueológicas que presentan buena visibilidad.
- ✘ Chilcar y Bajo Charabozo: terrenos irrigados por la fuente Q, con un total de 162 ha, poseen estructuras con buena visibilidad, sectores sin UA e importantes diferencias internas.
- ✘ Chilcaguada: terrenos irrigados por la fuente S, con un total de 91 ha, cuenta con estructuras con buena visibilidad y sectores sin UA.

En tanto, por medio del cálculo de los siguientes índices de cada UA y del conjunto irrigado por la misma fuente se aislaron las más representativas de cada macrounidad:

- ✘ Promedio y moda⁶ de la pendiente⁷, en sentidos transversal y longitudinal.
- ✘ Promedio y moda de la longitud de la estructura, en sentidos transversal y longitudinal a la pendiente.
- ✘ Promedio y moda de la cantidad de subdivisiones de la UA.
- ✘ Módulo: relación entre la longitud medida en forma longitudinal a la pendiente sobre la longitud medida en forma transversal. Valores cercanos a uno indican estructuras cuadradas; valores cercanos a diez, rectangulares.

El propósito de este análisis fue recabar información estadística para ser ampliada mediante el registro en campo de UA seleccionadas por muestreo dirigido no probabilístico, donde se recabó información sobre la disposición general (ladera/planicie), asociación con material, muros y/o acequias, orientación del eje longitudinal, grado de conservación, alteración/erosión, con qué colinda al N/S/E/O y croquis.

Asimismo, se registraron las siguientes variables de muros: consolidación, altura, espesor, largo, construcción (pirca doble/seca/simple), características de las piedras (prismáticas/canteadas), trazado, derrumbes, uniones y secuencia constructiva, material asociado, líquenes (características y ubicación), orientación y grado de conservación y erosión.

Respecto de las acequias, se anotó la visibilidad, construcción (sobre arena/piedras/roca madre/otro), cauce, contexto (proveniente del cauce principal, inter o intraparcera), recorrido, orientación, conservación y mantenimiento, uso actual o subactual, sección del canal (semicircular/rectangular/otro), croquis del canal y recorrido.

Finalmente, el material asociado se registró con los datos de UP, ergología, cantidad, su asociación y diagnóstico (sí/ no).

CRIANZA DEL SUELO

La relación que se da entre el agricultor andino con la naturaleza ha sido caracterizada como afectiva-recíproca (Rengifo 1990, citado por Schulte 1996:177). Asimismo, se manifiesta que en las técnicas y procesos por medio de los cuales se *cria* el suelo intervienen elementos allende los puramente técnicos, ya que se funden cargas históricas y culturales con aquellas impuestas por las condiciones naturales del terreno; también se postula que la conservación del suelo es una condición primaria o principio normativo para el manejo eficiente del riesgo, ya que asegura la estabilidad temporal de la producción de alimentos (Rist y San Martín 1991:27).

Así, la variabilidad de las estructuras para cultivo en la cuenca se resaltaría con una tipología inductiva que tomase el proceso de trabajo, la relación con la pendiente y aspectos formales (Rist y San Martín 1991; Albeck 1993; Schulte 1996) para establecer los tipos:

- ✘ Terrazas escalonadas: similares a los clásicos andenes, pero sin presentar un aterrazado tan vertical como aquellos, razón por la que se ha cambiado su denominación.
- ✘ Estructuras de formación lenta: largos arreglos longitudinales a una pendiente moderada. Son estructuras de factura expeditiva y con poca visibilidad satelital.
- ✘ Cuadros de cultivo: diferentes a los de Coctaca (Suetta 1967:4-5; Albeck 1995), principalmente porque el perímetro general es producto de la limpieza del campo de cultivo, por lo tanto son despedres longitudinales y no muros, y sólo en algunos casos llegan a tener la altura necesaria para impedir el acceso de animales. No se constató la función de la protección contra la erosión eólica –característica de los presentes en Coctaca–.
- ✘ Cuadros aterrazados: combinan rasgos de los cuadros de cultivo y las terrazas de formación lenta.
- ✘ Estructuras de contención: muros transversales a una pendiente fuerte; los hay lentiformes, pequeños y expeditivos, y aterrazados, que delimitan largas pasarelas y poseen muros de contención de un metro o más de altura.

RIEGO

Se sostiene que el riego es la más significativa de las herramientas y logros técnicos para asegurar y aumentar la producción; al estar ligado a la esfera productiva, su importancia es económica y constituye, además, una posible fuente de poder y/o liderazgo al definir patrones sociales de cooperación o conflicto (Kelly 1983). Barceló recalca que “el espacio irrigado no tiene sólo una identidad tecnológica sino que es sobre todo una opción social” (Barceló 1996:51).

Kelly subraya que en los estudios de riego suelen tomarse los roles (y situaciones) de distribución del agua como de mayor importancia, y que estos dejan en la penumbra el control de la fuente del recurso, el momento de aplicación en la parcelas y el drenaje del excedente, y señala que las redes de riego⁸ pueden proporcionar información acerca de la distribución (administración, gestión, reparto, etc.) del agua en un terreno dado (Kelly 1983:881).

Las redes de riego se conforman por dos elementos: la gravedad, que constituye su “hecho fundacional” y condiciona las características formales que adquirirá la red y su posible ampliación; y la línea de rigidez o cauce principal, de la cual se deriva el agua que determina el área máxima

de riego (Barceló 1996:58; Quesada 2001). Los dispositivos técnicos que posibilitan el riego, es decir, que conforman una red, son:

- ✧ Nudos: su principal función es la desviación o captación del caudal. Son puntos neurálgicos, determinan las posibilidades de circulación y distribución, y muestran los niveles de mediatización entre la unidad de consumo (la parcela) y el acceso a la red (la toma), por lo que fijan el orden de los segmentos. Empíricamente, toman diversidad de formas: divisiones del canal, bocatomas, represas, etcétera.
- ✧ Canales o acequias: dispositivos para la conducción del agua por acción de la gravedad, con diversas características constructivas y formales. Son los conectores que distribuyen el flujo entre los nudos y las parcelas. Su jerarquía se define contextualmente.
- ✧ El área irrigada: configura la unidad de consumo del agua distribuida. Puede hallarse a escasos metros de la toma o mediatizada por varios canales y represas; las posibilidades son infinitas. En el ámbito andino, se recalca que las aguas pertenecen a las tierras que riegan.

DESCRIPCIÓN DE LAS ÁREAS AGRÍCOLAS

Los siguientes datos provienen del registro en campo y de los cálculos estadísticos. Ambos, por su naturaleza, difieren cualitativamente (unos son particulares y los otros muy generales), pero se complementan para ilustrar los terrenos y campos de cultivo.

Ovejería: fuentes F y H

Estos terrenos se encuentran al norte de la cuenca (Figuras 1 y 2); la pendiente general es suave a moderada. Se trata de un plano inclinado surcado por *huaicos* (o arroyos) debido al terreno pedregoso y su poca capacidad de absorción. Entre Ovejería y el resto de la cuenca existe un *vacío* donde no hay registro de estructuras agrícolas.

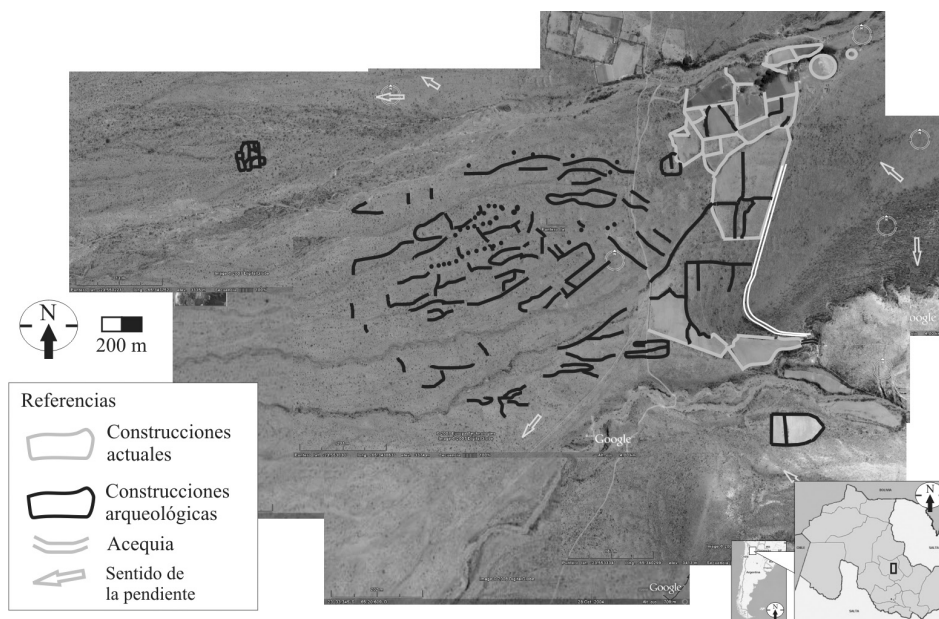


Figura 2. Imagen satelital y esquema de construcciones en Ovejería
 Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
 Línea gris paralela: acequia. Flechas grises marcan el sentido de la pendiente.

Los cultivos actuales son irrigados desde la fuente F, que es la más importante en el sector. Es probable que las estructuras agrícolas arqueológicas se hayan abastecido también de las fuentes G y H, dadas las condiciones de la pendiente y la disposición de los cursos de agua, lo que les conferiría una importante posibilidad de irrigación.

Los campos corresponden a estructuras de formación lenta (delimitadas por despedres laterales), entre las cuales se encuentran dispersos puestos; en algunas de ellas (alrededor del 30%) hay *ronques* (o despedres) circulares que en las imágenes satelitales se distinguen por tener una forma de *pupos*, alineados y distantes entre sí de 7 a 10 m.

La cantidad y frecuencia de puestos es mayor que en el resto de la cuenca, lo que posiblemente indicaría una mayor presencia de unidades de producción/consumo trabajando en el lugar.

Se identificó un sistema de contención del agua que es novedoso en la cuenca, compuesto por una estructura elíptica hacia donde fluye el líquido simplemente por la acción de la gravedad. Estas “represas”, que retendrían el agua en vez de almacenarla, se identifican *in situ* debido a que sólo al observarlas desde una visual en perspectiva se aprecia la explanada que se corta abruptamente y que delimita un terreno con una pendiente suave hacia su centro. Cercanos a estas estructuras se encuentran, en ocasiones, asociados un puesto y una pictografía sobre una roca de importantes dimensiones. Quizás esta haya sido una asociación recurrente⁹ y revelarían algún indicio sobre el manejo del recurso líquido y su conducción.

Además de los puestos, se registró un conglomerado aislado de once estructuras rectangulares con ángulos redondeados y muros adyacentes, con abundante material de superficie; llama la atención la magnitud de este conjunto de estructuras habitacionales¹⁰.

La UA tipo tiene su eje mayor variable entre 75 a 105 m y se asienta sobre una pendiente moderada (14%). El eje menor, de 30 m, se asienta sobre una inclinación mínima (5%). La forma es de un largo rectángulo a modo de *cinta*, preferentemente con seis subdivisiones.

Creemos probable que esta sección haya sido explotada por un grupo social distinto del que cultivó en los otros sectores, dadas sus singularidades. Esta posibilidad se ve reforzada porque el acceso más sencillo a Ovejería es a través de la ladera del cerro Negro de Tilcara, a la altura de la quebrada de Juella, y no desde la Garganta del Diablo (camino que obliga a pasar por los terrenos del centro de Alfarcito).

Casa Colorada: fuente M

Se encuentra al norte de la sección central de Alfarcito. Se trata de una meseta que corre en dirección E-O con una pendiente general suave a moderada y que presenta mayores porcentajes en las laderas hacia el sur y el norte, según se aprecia en las Figuras 1 y 3.

Existen dos espacios claramente distintivos, coincidentes con características topográficas diferentes: uno extenso (M1 y M2), con una gran diversidad en cuanto a la forma de las parcelas, que son amplias, de forma rectangular, con vértices que suelen ser redondeados. Los *ronques* son circulares, de piedras grandes y a modo de depósito de lo que estorbaba en el lugar. El otro (M3) se encuentra sobre la ladera norte en una pendiente abrupta y accidentada donde los campos aprovechan las pocas posibilidades que les brinda el terreno; las parcelas son cuadradas y su limpieza ha sido minuciosa.

Asimismo, se distinguen tres conjuntos:

- ✂ Conjunto M1: se encuentra en la zona este de la meseta. Las estructuras agrícolas son, en su mayoría, amplios cuadros aterrizados. La UA tipo tiene el eje mayor transversal a la pendiente, variable de 30 a 45 m de largo; el eje menor, longitudinal a una pendiente fuerte (21%), mide alrededor de 25 m. Se configura así una forma cuadrada o ligeramente rectangular, sin divisiones internas. En todo el conjunto se registró la presencia de un solo *ronque*, de forma circular y retirado de las parcelas de cultivo, al cual se agregó de

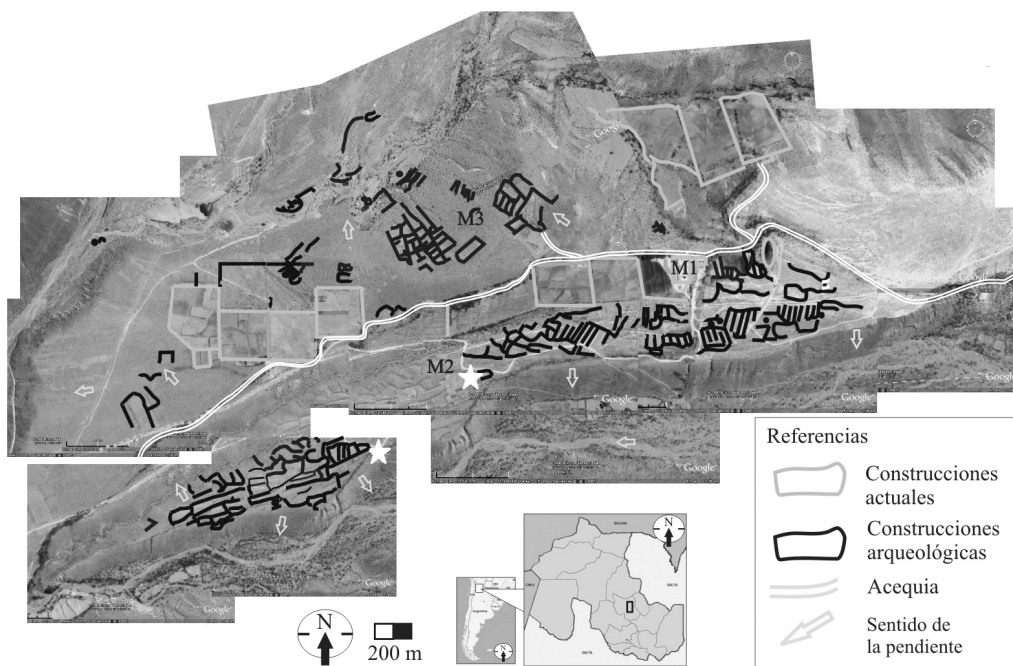


Figura 3. Imagen satelital y esquema de construcciones en Casa Colorada
 Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
 Líneas blancas paralelas: acequia. Flechas grises: marcan el sentido de la pendiente.

manera adyacente un recinto circular, abierto hacia el norte, con muros de construcción doble.

- ✧ Conjunto M2: situado en una ladera interna. Se conforma por parcelas aterrazadas en dos variantes: en menor cantidad se encuentran pequeñas estructuras, de una modalidad constructiva de cuadros aterrazados; y en mayor medida hay terrazas escalonadas.

La UA tipo correspondiente a los primeros tiene su eje menor en sentido longitudinal a una pendiente de valores fuertes a moderados (13 a 20%). Su longitud varía entre los 16 y los 25 m. El eje mayor, de 20 a 46 m de largo, se asienta sobre una pendiente suave (8%). Se forma una estructura preferentemente rectangular, y podría presentar una subdivisión. La UA tipo del segundo tiene su eje menor de 20 a 30 m de largo longitudinal a una pendiente fuerte (25%) y el eje mayor de 50 a 70 m de longitud, en sentido transversal a una pendiente suave (11%). Se conforma un rectángulo que suele presentar hasta cuatro subdivisiones.

Los despedres, al igual que en el Conjunto M1, son de sección circular aunque, a diferencia de aquellos, no están retirados de los campos de cultivo. Su altura supera los 1,5 m y el diámetro excede los 2 m.

- ✧ Conjunto M3: situado sobre la ladera con insolación norte. Difiere de los conjuntos M1 y M2 por el arreglo espacial que toma la disposición formal de las estructuras: son de forma cuadrada o rectangular, y algunos muros longitudinales son despedres que se componen de piedras medianas y pequeñas, lo cual evidencia una intensa limpieza del suelo.

La UA tipo tiene el eje mayor, que oscila entre 55 a 65 m, sobre una pendiente suave a nula (4%). El eje menor, variable entre 30 a 50 m, se asienta sobre una pendiente moderada (16%). Se forma un cuadrado que presenta hasta cinco divisiones internas, a modo de damero.

En Casa Colorada no hemos hallado material cultural de superficie, situación que contrasta con la documentada por Madrazo (1969:17-21), quizás relacionada con el alto grado de alteración antrópica que presenta el lugar.

Cerro Alfarcito Norte: sin fuente de riego

Madrazo denominó así a este cerro ya que dentro de la cuenca es el único claramente delimitado entre las planicies y laderas internas (Figuras 1 y 4). Su particularidad radica en que no presenta evidencias de estar alimentado para el riego desde ninguna de las fuentes fluviales; aunque, además de parcelas de cultivo, aquí se encontraría una de las tres represas que Lafón, según sus complicadas descripciones (1957:46-48), habría identificado.

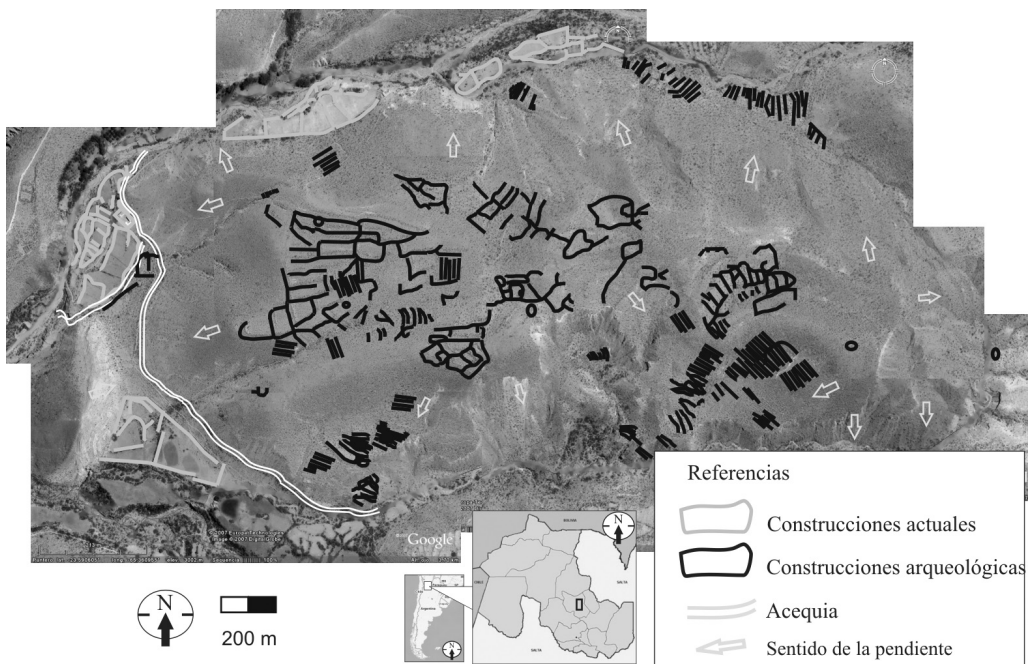


Figura 4. Imagen satelital y esquema de construcciones en el cerro Alfarcito Norte
 Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
 Líneas blancas paralelas: acequia. Flechas grises: marcan el sentido de la pendiente.

En efecto, existe un recinto que al parecer cumpliría dicha función, aunque no se ha podido hallar su alimentación¹¹. Esta estructura se encuentra en la porción superior del cerro y con escasa diferencia de la cota más alta; su forma general es elíptica, y presenta una segunda sección adosada a la principal, en forma de medialuna, a modo de cámara de decantación. Al respecto, Albeck registró en Potrero (Casabindo) una represa similar y tampoco obtuvo una clara evidencia de la función de esta cámara (1993: Figura 14).

En las laderas que lo circundan hay muros de contención lentiformes y con una alta concentración, los que además de retener la erosión ocasionada por la escorrentía, podrían operar como dispositivos de captación de la humedad ambiente. Sus características son diversas: los de la ladera sur tienen una altura promedio menor a 1 m y están alternados; y contrastan con los del norte, que son largos y paralelos entre sí.

La UA tipo tiene su eje mayor en sentido longitudinal a una pendiente de carácter fuerte (24%) y mide entre 55 y 60 m, configura un rectángulo con el eje menor que mide unos 40 a 50 m de largo; en algunos casos se presentan algunas subdivisiones.

Los puestos hallados se encuentran diseminados entre las parcelas agrícolas, a corta distancia de éstas pero sin interponerse. Los *ronques* se limitan al elemento longitudinal de las parcelas o a algunos escasos ejemplos circulares, con material de grandes dimensiones.

Rupasca: fuente Ñ

Se trata de una pequeña loma (Loma Norte según Madrazo, Figuras 1 y 5) en la zona central, donde el terreno es irregular por los arroyos, mesetas y laderas de direcciones diversas que le dan

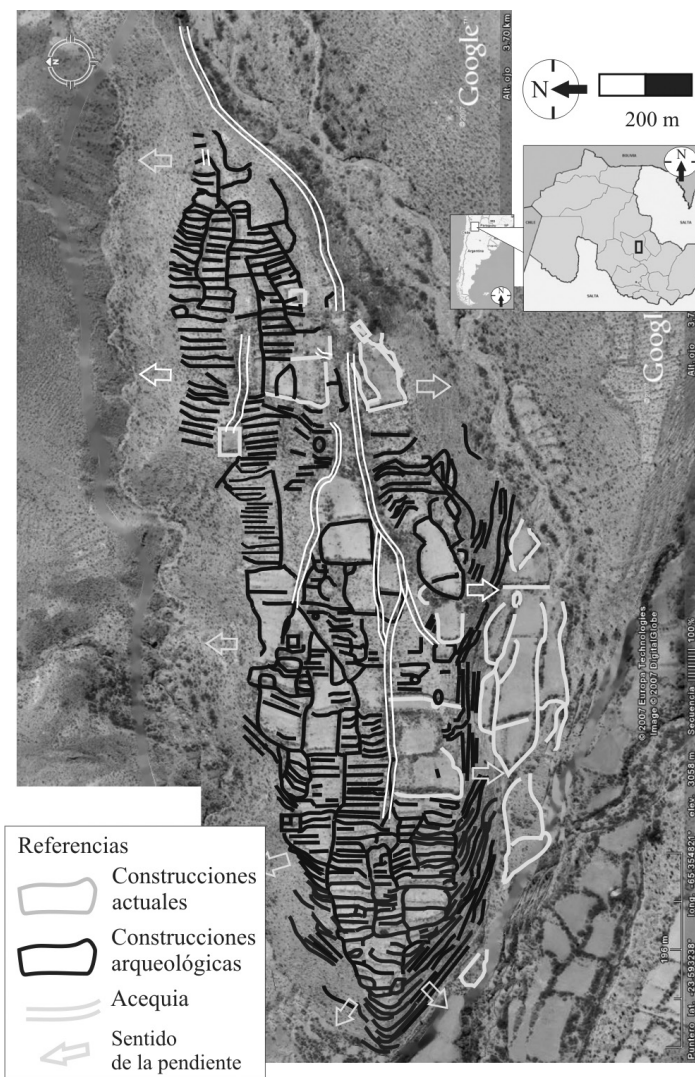


Figura 5. Imagen satelital y esquema de construcciones en Rupasca
Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
Líneas blancas paralelas: acequia. Flechas grises: marcan el sentido de la pendiente.

variadas condiciones. Aquí se aprovechó al máximo el terreno, dado que se lo adaptó para fines agrícolas, evidencia de la importancia del lugar en términos productivos. La pendiente general es moderada y de carácter fuerte en las laderas que la circundan, donde hay muros de contención que delimitan pasarelas de varios metros de longitud. En sí, todo este espacio agrícola luce *ordenado*; es decir planificado, cuidado y con mucho trabajo invertido.

Sobre la meseta, las parcelas son grandes cuadros demarcados por despedres laterales y con subdivisiones internas que se conectan entre sí por extremos alternos, a modo de “S”. Este patrón ideal tiene sus variantes, ya que el terreno impone condiciones, aprovechadas o franqueadas en pos del máximo acondicionamiento del suelo. Entre las UA hay dispersos *ronques* circulares, a veces alineados, de piedra menuda, y en los que se aprovecharon ciertas afloraciones rocosas para su instalación.

Se ha identificado una acequia excavada sobre la arena, de cauce semicircular a plano; su orientación es de E-O. Tiene buena visibilidad y se compone de dos tramos que se encuentran en el ingreso a la parcela de cultivo, en forma de Y.

La estructura tipo configura una UA de forma cuadrada o levemente rectangular que suele presentar hasta nueve subdivisiones internas; se asienta sobre una pendiente longitudinal moderada y transversal suave (14 y 7% respectivamente). Sus lados miden alrededor de 30 a 40 m de largo por 40 a 50 m en sentido transversal.

Madrazo menciona que el arroyo de Cortaderitas (al sur de esta loma) es el más abundante y permanente (1969:6); al respecto, se halló lo que posiblemente sea una muralla de contención, similar a las que Debenedetti describió para Chilcar (1918:12). En el perfil sur de este arroyo afloran muros transversales, vestigios de una intensa actividad constructiva.

Bajo Charabozo y Chilcar: fuente Q

Estos terrenos se asientan sobre un cono aluvional que se inicia en el este para dar paso a una serie de lomas al oeste, como se aprecia en las Figuras 1 y 6. La sección oriental (Bajo Charabozo) está surcada por pequeños huaicos, que forman un terreno con pequeños desniveles que luego conforman una meseta (Chilcar), donde el nivel del arroyo desciende varios metros.

Desde las imágenes satelitales, la visibilidad de la porción oriental es confusa y aparenta un espacio apenas trabajado; sin embargo, hay por doquier pequeños arreglos para la contención del terreno, que acompañan las oscilaciones del escurrimiento. Hacia el oeste, a partir de una pequeña pared –que hoy se aprecia como un claro hito entre ambas secciones–, las UA son más pequeñas, limpias y con muros transversales; estas diferencias probablemente sean consecuencia de distintos grados de inversión de trabajo. El tratamiento de las laderas es similar al descrito en Rupasca, aunque sólo se aplicó en la zona occidental de la meseta.

Chilcar es la zona más investigada de toda la cuenca; allí se encuentran los sitios Debenedetti A y B (1918) –también excavados por Madrazo (1969)– y DS1 (Lafón 1957). El sitio Deb. A constituiría un verdadero grupo de viviendas, aunque no se clasifica como conglomerado (*sensu* Madrazo y Otonello 1966), sino que “el conjunto [...] parece indicar, simplemente, un asentamiento familiar” (Madrazo 1969:59), y constituye, junto con los sitios Deb. B y otros, una serie de instalaciones dispersas entre cultivos.

El riego en ambos espacios también es distinto: al este, el paso entre parcelas es apenas visible; en Chilcar, además de éstas, se registró un canal excepcional compuesto por piedras a modo de tabiques, visible a lo largo de 78 m, en cuyas cercanías se encuentra un despedre similar a los de Coctaca, con muros de contención y cascajos en su interior (Suetta 1967:5).

En Bajo Charabozo las estructuras agrícolas son campos delimitados por largos y sinuosos despedres, a modo de *cintas*. Es curioso que, aunque los *ronques* poseen piedras menudas, los campos no se hallan limpios, lo que contrasta con la sección occidental, donde sí lo están. Hay varios

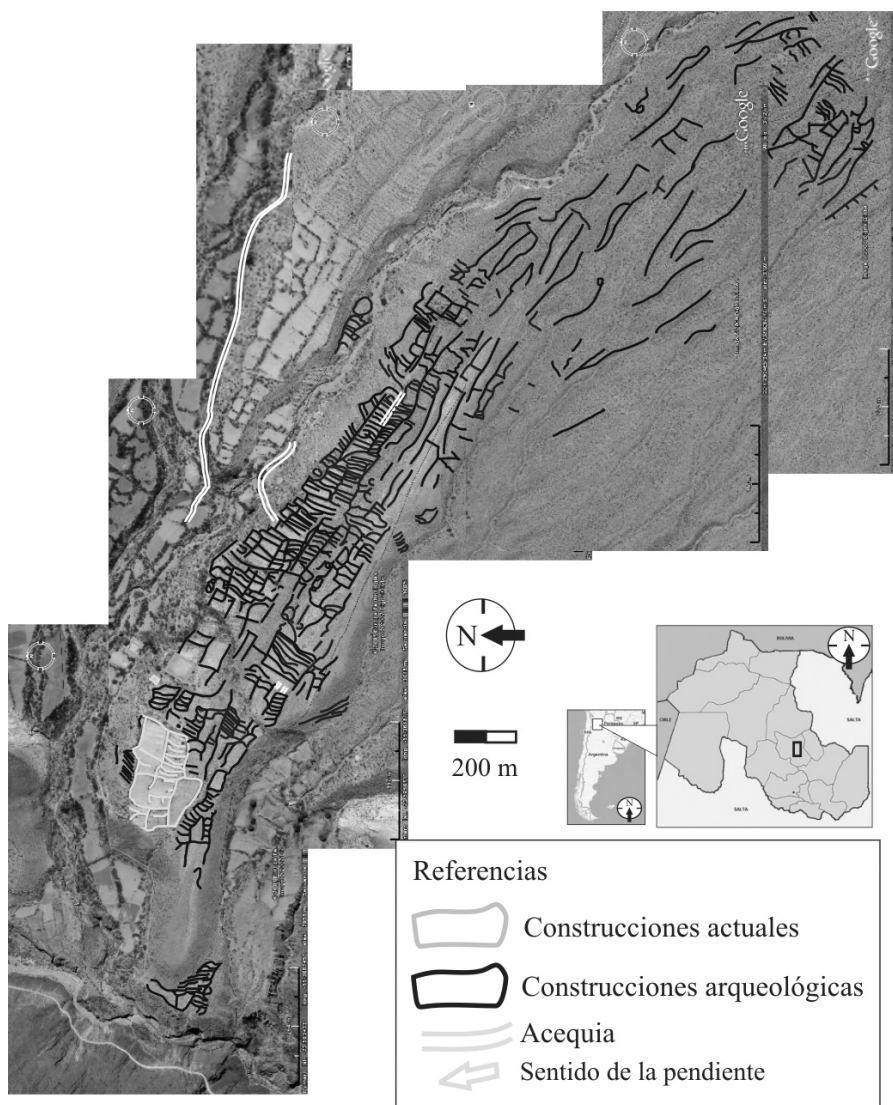


Figura 6. Imagen satelital y esquema de construcciones en Bajo Charabozo y Chilcar
 Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
 Líneas blancas paralelas: acequia. Flechas grises: marcan el sentido de la pendiente.

puestos dispersos entre las parcelas (de factura expeditiva o muy trabajados) y un conglomerado que se compone de, al menos, tres recintos (semejantes a los puestos dispersos) que se articulan por medio de muros y espacios abiertos y con dos recintos abiertos y amplios.

En Chilcar, la UA tipo es rectangular, con el eje mayor de alrededor de 80 m longitudinal a una pendiente moderada (14%), y el eje trasversal, sobre una pendiente suave a nula (5%), tiene una longitud aproximada de 40 m; esta estructura se compone de ocho a diez subdivisiones.

Para Bajo Charabozo se determinó una UA tipo rectangular cuyo eje mayor se asienta sobre una pendiente fuerte (17%); el menor lo hace sobre una inclinación nula o suave (7%). Respecto de las dimensiones y formas puntuales que tomaría el rectángulo tipo, los índices varían de manera considerable entre la moda y el promedio, por lo que de manera esquemática es posible definir una UA de 40 a 50 m de largo por 15 a 25 m de ancho, con cinco a diez subdivisiones.

Chilcaguada: fuente S

Se trata del territorio comprendido entre dos importantes arroyos: el de Chilcaguada, que colecta el agua de la zona sur de la alta cuenca, y el de Zanjas o San Gregorio, que lo hace de las fuentes Q, R y S; los cauces de estos arroyos se sitúan varios metros debajo de la meseta donde se asientan los campos, como se aprecia en las Figuras 1 y 7. Es el único lugar al cual se accede, desde Tilcara, por el margen izquierdo del río Huasamayo.

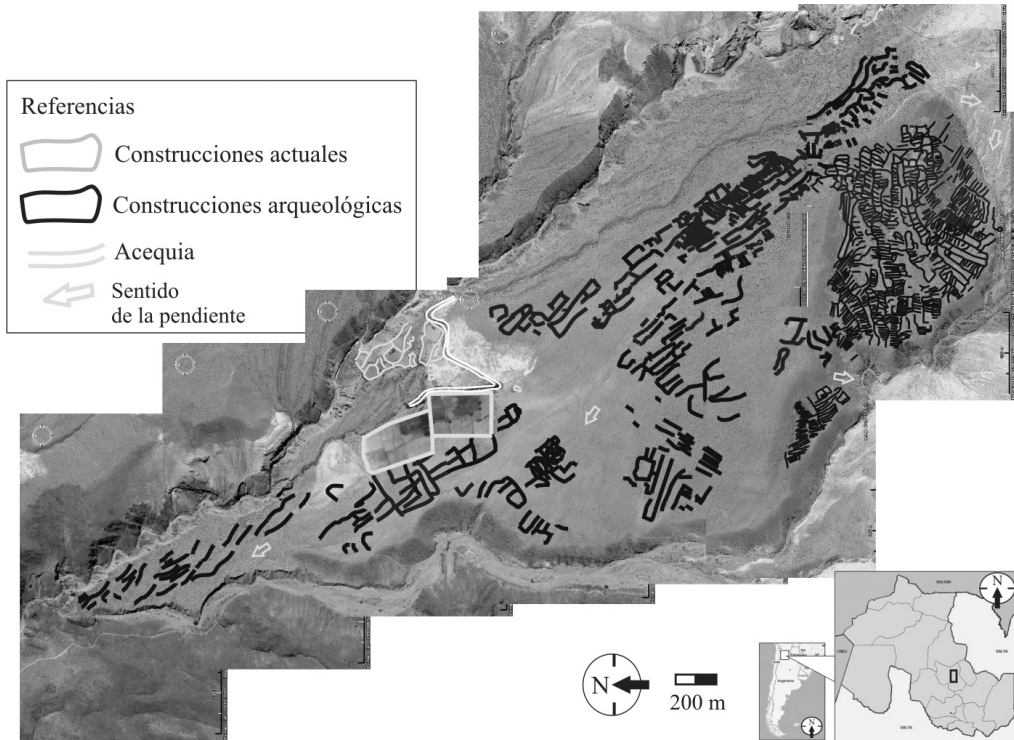


Figura 7. Imagen satelital y esquema de construcciones en Chilcaguada
 Línea gris: construcciones actuales. Línea negra: construcciones arqueológicas.
 Líneas blancas paralelas: acequia. Flechas grises: marcan el sentido de la pendiente.

Esta meseta tiene una pendiente moderada y uniforme, donde se emplazan los restos de antiguas parcelas de cultivo, así como puestos y despedres.

Los campos de cultivo del oeste son de factura expeditiva, como una simple limpieza del suelo, hacia el este son grandes y geométricos; mientras que en la ladera sur (de forma de *pañó* desplegado) se halla una gran concentración de terrazas escalonadas que evidencian un gran cuidado del espacio para fines agrícolas. Chilcaguada, y esta área en particular, recibe humedad de los bancos de nubes, lo que produce un microclima frío y húmedo.

Los puestos se encuentran en estrecha asociación con las parcelas y muestran una factura peculiar con muros dobles y un ángulo de 90° externo confeccionado con piedras con cara o canteadas y de dimensiones considerablemente más grandes que las de los otros sectores. Los vestigios de irrigación que se han identificado corresponden a canales interparcelas, y los despedres son tanto circulares como longitudinales.

La UA típica del sector es un rectángulo que puede o no estar subdividido, cuyo eje mayor, de alrededor de 90 m, es longitudinal a la pendiente, siendo ésta moderada (14%); el eje menor, de 30 a 40 m, se asienta sobre una inclinación suave o nula (6%).

CRONOLOGÍA

El problema de la datación de la arquitectura agrícola fue trabajado por Albeck (1993, 1995-96, 2003-05) y Schreiber (1993), quien, para fechar las terrazas y su evento constructivo, marca como líneas válidas de evidencia el estilo de construcción, la asociación con caminos, la similitud de la tecnología de construcción de las terrazas y los sitios cercanos y el cambio en los patrones de erosión antes y después de su construcción, y encuentra “que la presencia de fragmentos cerámicos en una terraza no es un estimador directo o confiable de la fecha de construcción, período de uso, o momento de abandono” (Schreiber 1993:109).

A su vez, Albeck toma como indicadores cronológicos aspectos relacionados tanto con los elementos culturales asociados como con aquellos propios del espacio agrícola: “la modalidad constructiva, [...] la cobertura de líquenes sobre las paredes de contención, el sedimento acumulado entre las rocas de las mismas y la complejidad de las redes de riego” (Albeck 1993:142).

Para obtener información cronológica relativa utilizamos las asociaciones de material cultural, aunque con precauciones, ya que tenemos en cuenta que la presencia de un elemento en el contexto arqueológico indica el momento de su depositación, además de que se trata de material de superficie; en tanto que el análisis de las modalidades constructivas no pudo llevarse a cabo dado el estado de conservación de las estructuras agrícolas. Por estas razones, se recurrió a la liquenometría, un método de datación relativa que resulta interesante ya que no se ve envuelto en estas discusiones (aunque sí tiene sus propios condicionantes).

Para postular una asignación cronológica tentativa a los diferentes sectores registrados se cruzó la información de la liquenometría con aquella proveniente de la alfarería.

Liquenometría

Siguiendo los trabajos de Albeck (1995, 1995-96, 2003-05), se observó la presencia de líquenes ya que, aunque tienen un crecimiento peculiar en cada lugar, son factibles de ser indagados sobre cronología relativa.

La liquenometría permite constatar hipótesis cronológicas mediante dos variables: el tamaño de los especímenes (el diámetro) y su sucesión ecológica. La primera establece que, como regla general, es posible relacionar el crecimiento con los años transcurridos desde que el líquen coloniza una superficie, aunque este método sólo puede ser utilizado en comparaciones en que se constatan iguales condiciones climáticas. En tanto que “la sucesión ecológica implica la transformación de las comunidades y ecosistemas siguiendo distintas fases a partir de una etapa inicial (cuando se instalan las especies pioneras) hasta culminar en la comunidad *clímax* en la cual se estabilizaría alcanzando un equilibrio relativo” (Albeck 1995:319), por lo tanto, la colonización de distintas variedades sucesivas en el tiempo indican mayor cantidad de años desde que el soporte estuvo accesible. Las especies pioneras se caracterizan “por la presencia de un gran número de individuos” (Albeck 1995-96:70). Respecto de la primera variable, son necesarios un muestreo y una recolección de datos que excedían las posibilidades de esta investigación (v. gr., 1995-96:70 y ss.), por lo que carecemos de estas medidas.

En línea con los estudios citados, se distinguió la ubicación de las especies en las paredes inspeccionadas pero, a diferencia de la investigación que la autora efectuara en Coctaca, no se

pudieron registrar todas las variables requeridas¹²; creemos, sin embargo, que estos datos pueden ser fuente de futuras hipótesis e investigaciones.

Se observó la presencia de las siguientes variedades de líquenes¹³:

a. *Pertusaria spp.*: líquen tipo crustáceo, generalmente bien desarrollado y algo espeso, de crecimiento radial, de color verde intenso y vivo.

b. *Parmelia spp.*: líquen foliáceo que puede alcanzar un tamaño considerable, presenta color verde grisáceo claro. El género comprende centenares de especies.

c. *Candelariella spp.*: tipo crustáceo, uniforme, verrugoso, de color amarillo-naranja¹⁴.

De acuerdo con la representatividad de cada uno, la sucesión ecológica comienza con *Parmelia spp.* (B), sigue por *Pertusaria spp.* (A) y finaliza en *Candelariella spp.* (C), lo cual indica que posiblemente sea este el *clímax* de la comunidad de líquenes (Albeck 1995:319) y que *Parmelia spp.* constituya la especie pionera (ya que presenta individuos de mayor cantidad relativa y tamaño general).

Así, como se aprecia en la Tabla 2, una mayor edad relativa en la accesibilidad de la superficie estaría indicada por la presencia de la variedad *Candelariella spp.*, con lo cual serían las paredes de Ovejería, el cerro Alfarcito Norte y Casa Colorada las de mayor antigüedad. Hay diferencias en las frecuencias registradas, que quizá se deban a errores de muestreo. En las otras áreas –Chilcaguada, Rupasca, Chilcar y Bajo Charabozo– no se registró la presencia de *Candelariella spp.* La variedad del líquen *Pertusaria spp.* tiene apenas menor frecuencia que *Parmelia spp.*, y es posible que la secuencia continúe en Bajo Charabozo y Chilcar, siendo Rupasca y Chilcaguada donde se habría edificado en última instancia.

Tabla 2. Fragmentos cerámicos con motivos diagnósticos

Género	Ovejería	Casa Colorada	Co. Alfarcito N	Chilcar	Rupasca	Bajo Charabozo	Chilcaguada
<i>Parmelia spp.</i> (pionera)	X	X	X	X	X	X	X
<i>Pertusaria spp.</i>	X	X	X	X	O	X	O
<i>Candelariella spp.</i> (clímax)	O	*	*	-	-	-	-

Fuente M sin material y cerro Alfarcito Norte (UP 1): lítico.

Nótese las diferencias de magnitud de los conjuntos.

G= gruesa; F= fina; L.= línea; qda.= quebrada; par.= paralela; ret.= reticulado; cer.= cerrado; Ind.= indeterminado

*Sobre el borde

Ésta es una primera aproximación a la técnica, por lo que sería de importancia un análisis en profundidad y riguroso (siguiendo las pautas explicitadas en la bibliografía).

Alfarería

En pos de afinar la secuencia cronológica se tomó como método adicional de información la asociación de las UA con alfarería. Estas relaciones tienen limitaciones, pero teniendo en cuenta las investigaciones anteriores en el área (Debenedetti 1918; Lafón 1957; Madrazo 1969; Zaburlín *et al.* 1994), que proporcionaron material cerámico diagnóstico y fechados radiocarbónicos, es factible analizar la muestra cerámica con fines cronológicos.

En Alfarcito se ha recuperado alfarería del estilo homónimo, San Francisco, Isla, Hornillos N/R, Tilcara N/R, *incaizante* y del período hispano-indígena (Debenedetti 1918; Lafón 1957, Madrazo 1969; Tarragó y Albeck 1997), que evidencian la profundidad temporal de la ocupación; siendo los más importantes (en términos cuantitativos) los correspondientes a Alfarcito-Isla y los bicolors del Tardío (Hornillos y Tilcara). En las Tablas 3 y 4 se encuentran los datos de la alfarería de nuestra recolección superficial, sectorizados según las diferentes UP.

Tabla 3. Fragmentos cerámicos ordinarios con tratamiento de superficie

UP	Fuente	Total	Ord.	Bicolor						
				Línea	L. qda.	L. par.	Ret. malla cer.	Ret. malla abierta	Línea y punto	Ind.
2	Ñ	5	4	1 G						
3	Ñ	6	3	1 G		2 G				
4	F	21	20					1 F		
5	F	37	27	2 G	1 G		3 G			4
6	F	8	6			1 F			1	
7	F	125	119	1 F			1 F	2 F		1
8	F	55	50		1 G		2 G			2
9	F	4	4							
10	S	8	0	1* F		7 F				
11	S	4	4							
12	Q	32	32							
13	Q	15	12	1G	1 F		1 G			
14	Q	17	16				1 G			
15	Q	1	1							
Total		338	306	7	3	10	9	3	1	7

Fuente M sin material. Cerro Alfarcito Norte (UP 1): material lítico.

*Ornitomorfo

En relación con otras ergologías, también se halló:

- ✘ Lítico: dos lascas en asociación a un puesto en el cerro Alfarcito Norte, una lasca en Ovejería, y en el sitio Debenedetti A. una punta de limbo triangular, bifacial y con pedúnculo, sin aletas. Todo el material es de obsidiana.
- ✘ Metal: pequeña pieza de hierro antropomorfa (¿badajo?) en el conglomerado de recintos en Ovejería.

Cronología propuesta

Retomando, según los datos de la liquenometría, las estructuras con mayor antigüedad serían las de Ovejería, el cerro Alfarcito Norte y Casa Colorada; un segundo momento estaría representado por Bajo Charabozo y Chilcar; y finalmente se hallan Chilcaguada y Rupasca. Los

Tabla 4. Presencia de líquenes en cada sector

UP	Fuente	Modelado	Monocromo			
			Rojo	Gris	Pardo	Negro
2	Ñ	-	-	-	-	-
3	Ñ	-	3	-	-	-
4	F	-	4	-	5	-
5	F	-	6	-	-	1
6	F	-	2	-	-	-
7	F	-	4	-	-	8
8	F	-	14	-	-	-
9	F	-	-	-	-	-
10	S	-	1	-	-	-
11	S	-	-	-	-	1
12	Q	-	-	-	-	-
13	Q	-	3	-	-	-
14	Q	-	-	-	-	-
15	Q	1*	-	-	-	-
Total		1	37	0	5	10

X= frecuencias de 0,6 o más; O= frecuencias de 0,5; *= frecuencias de 0,4 o menos

datos de alfarería de excavaciones precedentes y de nuestra recolección superficial (menos precisa y confiable, pero más amplia espacialmente), sintetizados en la Tabla 5, indican que Ovejería y Chilcar tuvieron ocupación durante toda la secuencia; Rupasca, Bajo Charabozo y Casa Colorada presentan elementos diagnósticos del Período de Desarrollos Regionales I, en tanto que Chilcaguada lo hace del Período de Desarrollos Regionales II (Nielsen 2001).

Tabla 5. Presencia de alfarería según períodos (fuentes: recolección superficial y bibliografía)

Fase	Ovejería	Casa Colorada	Co. Alfarcito N	Chilcar	Rupasca	Bajo	Chilcaguada
Formativo	X	-	-	X	-	-	-
PDR I	X	X	-	X	X	X	-
PDR II	X	X	-	X	-	X	X
Inka	X	-	-	X	-	-	-
Hispano-Indígena	X	-	-	X	-	-	-

Entonces, los campos de Ovejería y Chilcar estarían en producción desde el Formativo hasta el momento Hispano-Indígena inclusive; quizás a principios de PDRI fueron construidas las estructuras del cerro Alfarcito Norte y Casa Colorada, luego Bajo Charabozo y por último Chilcaguada, que pertenecería al PDR II o Inka inclusive. Respecto de Rupasca, hay información

contradictoria, ya que los líquenes la sitúan en contemporaneidad con Chilcaguada, pero según la alfarería de superficie correspondería al PDRI.

CONCLUSIONES

En este trabajo se intentó no perder de foco que los grupos sociales que habitaron la Quebrada de Humahuaca hicieron un uso extensivo del espacio productivo (tanto en términos de actividades –caza, ganadería, recolección, agricultura– como a nivel territorial).

Teniendo en cuenta las variables de acceso, densidad y disposición de las estructuras, se pudo apreciar qué recursos habrían sido de importancia en cada sector. Por ejemplo, para Chilcaguada y el cerro Alfarcito Norte se evidencia que, para la producción en esos campos, se aprovechaban especialmente los bancos de nubes que allí se asientan. En el caso del cerro Alfarcito Norte, cabe destacar la doble funcionalidad de los muros para la contención de la escorrentía y captación de la humedad ambiente (documentada también en Bolivia por Rist y San Martín, 1991). Por otro lado, Rupasca y Chilcar, con cualidades especiales para la producción agrícola como lo son el abrigo de los vientos, abundante agua para el riego y menor altitud, evidenciados en la gran concentración de estructuras y el aprovechamiento máximo del espacio.

Respecto de los accesos, se sugiere que el sector de Ovejería habría estado relacionado con comunidades del norte de Tilcara (Alto la Isla, Puerta de Maidana, *Pukara* de Juella, Banda del Perchel), ya que presenta caminos peatonales aún en uso y corrales pretéritos colindantes (Axel Nielsen, comunicación personal)¹⁵, que los conectarían directamente, además de las singularidades ya descritas: el patrón represa-petroglifo-puesto, el conglomerado habitacional y la sección sin estructuras entre Ovejería y Casa Colorada. Según esta propuesta, el emplazamiento de estos campos se debe a causas de diversificación de *loci* productivos.

En lo que al riego se refiere, las redes en general presentan mala conservación, ya que sólo son visibles los pasos entre las parcelas –con un par de canales que son la excepción–. Sin embargo, afloran algunas consideraciones: en Rupasca y Casa Colorada el agua parece haber circulado, efectivamente, de parcela en parcela, dada su estrecha contigüidad. Las *cintas* de Bajo Charabozo y el oeste de Chilcaguada sugieren que el agua recorrió cada una ayudada por la sinuosidad de la estructura. En cuanto a los datos bibliográficos, se citan la red de riego ilustrada por Greslebin (Debenedetti 1918:9-11) y las descripciones de Madrazo (1969) y Lafón (1957) sobre los canales presentes en la zona central (Casa Colorada, Rupasca, Chilcar y, quizás, el cerro Alfarcito Norte).

Las principales diferencias entre las posibles redes de riego radicarían en su nivel de trabajo invertido, ya que en algunos lugares son prácticamente inexistentes: en las mencionadas *cintas* el agua fluiría apenas contenida; en tanto que en la sección central y en Ovejería se trata de verdaderas estructuras de canalización o contención, que evidencian planificación.

Es necesario efectuar, en futuras investigaciones, excavaciones que provean fechas confiables, dado que el marco secuencial de construcciones propuesto podría estar relacionado con la intensificación productiva registrada para la Quebrada durante el siglo XIII –PDRII– (Nielsen 2001) y con la mayor aridez ambiental reflejada en los registros polínicos de Los Amarillos y Muyuna, a partir de *circa* 1300 AD (Nielsen 2007:32), aunque los datos obtenidos con la cerámica de superficie y el análisis de líquenes no los relacionan.

Insistimos en esta posible relación, ya que estas situaciones podrían ser la causa de un mejor aprovechamiento de los terrenos para la agricultura y de las obras de riego. En este caso, los terrenos de Rupasca, Chilcar, el cerro Alfarcito Norte y Chilcaguada podrían estar mostrando esta intensificación en el uso de los recursos hídricos.

Creemos que la diversificación del riesgo, o de las posibilidades de acceder a cosechas ciertas, ha sido el motor de las actividades emprendidas, tanto respecto hacia dentro de la cuenca como

fuera de ella, es decir, aprovechando los diferentes emplazamientos y condiciones ambientales que ofrece esta cuenca internamente (v.gr., Chilcaguada, Bajo Charabozo y Rupasca) o respecto de los terrenos del fondo de valle (v.gr., Ovejería en relación con Juella).

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 09/05/2011

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se realizó como Tesis de Licenciatura, por lo tanto las personas que intervinieron, de diversas maneras, han sido muchas. Las virtudes de este trabajo son reflejo de todos/as ellos/as; los errores, en cambio, son de mi exclusiva responsabilidad.

Agradezco especialmente a mi director, Dr. Axel Nielsen, por haberme ayudado en este trabajo, y en tantos otros que tuve oportunidad; a la Dra. Mariette Albeck, que me auxilió en muchas ocasiones; a la comunidad Ayllu Mama Qolla por permitirme acceder a sus tierras, especialmente a Teresa Cardozo y finalmente a Santiago, por su ayuda invaluable.

NOTAS

- ¹ Lamentablemente, su croquis es tan confuso que las referencias se identifican parcialmente.
- ² Dada la escasez general de material de superficie, en algunos casos se registró una estructura, por presentar material para recolectar.
- ³ Recintos de pocos m² o muros de contención, que no invalidarían el cálculo de superficie.
- ⁴ Las vertientes u *ojos de agua* no han sido incluidos en este análisis.
- ⁵ Excepto la fuente A, ya que riega terrenos fuera de la cuenca objeto de esta investigación.
- ⁶ La moda se tomó como información extra, ya que el promedio es sensible a los extremos.
- ⁷ Valores hasta el 3% indican pendiente mínima o nula; hasta 7%, suave; 14%, moderada; 23%, fuerte; y hasta el 34%, muy pronunciada.
- ⁸ Barceló y Kelly se refieren a sistemas hidráulicos y de riego, respectivamente. Preferimos el concepto de “red de riego”, dado que posee una identidad técnica más nítida (Quesada 2001).
- ⁹ En campo hemos constatado la presencia de dos ejemplos con ambos elementos, pero cabe recordar que muchas de estas piedras con pictografías han sido trasladadas al Museo “Eduardo Casanova” en Tilcara, por lo que desconocemos su efectiva asociación (Lafón 1969).
- ¹⁰ Los otros ejemplos serían los sitios Debenedetti A y B en Chilcar y el conjunto de recintos en Bajo Charabozo.
- ¹¹ Lafón menciona que “en las proximidades [de la represa] desembocan los restos del trazado de una acequia de que baja desde lo más alto de la Quebrada de Rupasca” (1957:46), aunque en la actualidad no existe ninguna evidencia.
- ¹² Por lo tanto, las conclusiones son provisorias.
- ¹³ Se han cotejado datos de Albeck (1995-96) y de Mackenzie Lamb (1958) sobre las características morfológicas de estas especies, con resultados positivos.
- ¹⁴ La autora menciona crecimiento radial (Albeck 1995-96:70), en lo que nuestras muestras difieren; pero según las claves de identificación botánica del género (Mackenzie Lamb 1958) esto es un aspecto definitorio, por lo demás coinciden en todo.
- ¹⁵ Esta relación no es menor, dado que los productos cultivados en Ovejería se consumirían fuera de la cuenca.

BIBLIOGRAFÍA

Albeck, M. E.

1989. Análisis aerofotogramétrico de áreas agrícolas en la cuenca del Guasamayo. Informe PIA 4-2050-89, CONICET. Buenos Aires. Ms.

- 1992-93. Áreas agrícolas y densidad de ocupación prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 2: 56-77.
1993. Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
1995. Funcionalidad y cronología relativa de los recintos de cultivo de Coctaca, Prov. de Jujuy, Rca. Argentina. *Hombre y Desierto* 9: 317-322.
- 1995-96. Utilización de la liquenometría como indicador cronológico en las estructuras agrícolas prehispánicas de Coctaca. *Shincal* 5: 67-79.
- 2003-05. Sitios agrícolas prehispánicos: la búsqueda de indicadores cronológicos y culturales. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 20: 13-26.
- Barceló, M.
1996. El diseño de espacios irrigados en Al-Andalús: un enunciado de principios generales. En M. Barceló, H. Kirchner y C. Navarro. *El agua que no duerme. Fundamentos de la arqueología hidráulica andalusí*: 51-74. Granada, Sierra Nevada 95/ El legado andalusí.
- Debenedetti, S.
1918. Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, Provincia de Jujuy). *Publicaciones de la Sección Antropológica* 18: 1-34.
- González, N.
2009. Aproximación al estudio de la producción agrícola prehispánica en Alfarcito (Jujuy, Argentina). *Pacarina* 6. En prensa.
- Kelly, W.
1983. Concepts in the Anthropological Study of Irrigation. *American Anthropologist* 85: 880- 886.
- Lafón, C. R.
1957. Nuevos descubrimientos en El Alfarcito. *Runa* 8 (1): 43-59.
1969. Dos noticias de arqueología Humahuaca. *Etnia* 9: 15-20.
- Madrazo, G.
1969. *Reapertura de la investigación en Alfarcito (Provincia de Jujuy, República Argentina)*. Monografías 4: 1-70 Museo Etnográfico Municipal “Dámaso Arce”, Olavarría.
- Madrazo, G. y M. Otonello
1966. *Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su Borde*. Monografías 1: 1-71, Museo Etnográfico Municipal “Dámaso Arce”, Olavarría.
- Mackenzie Lamb, I.
1958. La vegetación líquénica de los Parques Nacionales Patagónicos. *Anales de Parques Nacionales*, tomo VII. Buenos Aires.
- Nielsen, A.
2001. Evolución social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En E. Berberían, y A. Nielsen (eds.), *Historia argentina prehispánica*; Tomo 1: 171-264. Córdoba, Brujas.
2007. *Celebrando con los antepasados*. Buenos Aires, Mallku.
- Quesada, M.
2001. Tecnología agrícola y producción campesina en la puna de atacama, I Milenio D.C. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Rist, S. y J. San Martín
1991. *Agroecología y saber campesino en la conservación de suelos*. Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba. AGRUCO.

Schreiber, K.

1993. The Inca occupation of the Province of Andamarca Lucanas, Peru. En M. Malpass (ed), *Provincial Inca. Archaeological and ethnohistorical assessment of the impact of the Inca State: 77-116*. Iowa, University of Iowa Press.

Schulte, M.

1996. *Tecnología agrícola altoandina. El manejo de la diversidad ecológica en el Valle de Charazani*. La Paz, Plural.

Seca, M. y M. E. Albeck

1993. Las variables ambientales y los sitios agrícolas prehispánicos de la cuenca del Guasamayo. Informe final PID 31600, CONICET. Buenos Aires. Ms.

Suetta, J.

1967. Construcciones agrícolas prehispánicas en Coctaca (Prov. de Jujuy). *Antiquitas* 4: 1-9.

Tarragó, M. y M. E. Albeck

1997. Fechados radiocarbónicos para el sector Medio de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3: 101-129.

Vaquer, J. M.

2007. Análisis de planos como primera etapa en un proyecto de investigación. Un ejemplo de Cruz Vinto (Norte de LÍpez, Bolivia) durante el Periodo de Desarrollos Regionales Tardío (ca. 1200-1450). *Actas de las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas*. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires. En prensa.

Zaburlín, M., H. Mamaní, S. Dip y M. E. Albeck

1994. Juj Til-41: Alfarcito. Variaciones sobre un clásico. *Actas del XI Congreso de Arqueología Argentina*. Tomo XIII (3/4): 71-86. San Rafael, Mendoza.

EMPLEO DE SISTEMAS DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA EN EL ESTUDIO DE “MONTAÑAS SAGRADAS”: EL NEVADO DE ACAY Y SUS CUENCAS HIDROGRÁFICAS ADYACENTES

*Pablo Mignone**

RESUMEN

El artículo plantea la necesidad de una visión integral de los “santuarios de altura”, en toda su complejidad histórica-diacrónica, cultural y espacial. Busca enmarcar su estudio dentro una perspectiva regional, analizando asimismo su relación espacial con otro tipo de evidencia arqueológica, con la fisiografía donde se insertan los recursos naturales y las variables climáticas. Para ello, estudiamos la ladera y faldas septentrionales del Nevado de Acay (departamento Rosario de Lerma, Salta-Argentina). Se busca, por último, introducir como metodología alternativa el empleo de herramientas informáticas (Sistemas de Información Geográfica) para el registro y tratamiento de datos en relación con los santuarios de altura y el medio regional.

Palabras clave: arqueología espacial – SIG – montañas sagradas – modelos predictivos.

ABSTRACT

This article proposes the necessity of an integral vision of “high altitude sanctuaries”, in all their historical complexity – diachronic, cultural and spatial. Attempting to frame their study within a regional perspective, analyzing at the same time their spatial relationship with another type of archaeological evidence, the physiography in which they exist, the natural resources and the climatic variables. To this end, we study the Northern face and flanks of the Nevado de Acay (Department of Rosario de Lerma, Salta, Argentina). Finally, we aim to present as an alternative method the use of computer tools (Geographic Information Systems) towards registering, and the use of data in respect to high altitude sanctuaries and the regional medium.

Keywords: spatial archaeology – GIS – sacred mountains – predictive models.

* Becario doctoral de CONICET. Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología (CEPIHA), Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta. E-mail: pmignone@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

El Nevado de Acay ha sido estudiado con fines arqueológicos únicamente en su cima y definido sobre la base de las excavaciones practicadas en ella como un típico santuario de altura incaico. Este carácter, se piensa, está fundamentado en la construcción de arquitectura ceremonial en su cima y el hallazgo en superficie de madera quemada y carbonilla en excavación (Ceruti 2007:62 y 63). Sin embargo, no se cuenta con estudios de datación o evidencia alternativa para sustentar la asociación entre el Acay y el ritual o el momento histórico estipulado, o bien para su descarte.

Se suman a este panorama las menciones de la existencia de una “mina jesuita” sobre sus laderas (Fadel 1977) y campos de cultivo en sus faldeos (Raffino 2007), lo cual complica aún más la asignación cronológica y funcional de esta montaña y su vinculación con la arqueología regional.

En nuestra opinión, esta limitación se debe a que los estudios en arqueología de alta montaña, generalmente, se caracterizan por asignar toda evidencia material de las cimas con la presencia incaica y su práctica religiosa, en detrimento de indicadores comúnmente asociados con estos hallazgos aunque tomados tradicionalmente como supletorios: fragmentos líticos, cerámicos, textiles y de toda índole ubicados en bases, laderas, alturas intermedias o bien entre montañas y pasos cordilleranos, que recibieron históricamente menor atención.

No ponemos en duda aún el carácter incaico o religioso de los hallazgos en la cima. Sin embargo, antes de esta asignación debemos enfrentarnos con una evidencia abigarrada: las construcciones cercanas a la base presentan evidencia del comercio trasandino de mulas que se extiende desde el periodo colonial hasta nuestra historia reciente; a mediana altura, sobre las laderas, posee restos de un asentamiento minero que fue trabajado con mano de obra indígena durante el siglo XVI y asistido por misioneros jesuitas, y cuya explotación siguió en pie hasta fines del siglo XIX. En la cima, pequeñas estructuras que tientan a la asignación directa con lo cuzqueño, pero sin mayor indicio de este componente, coronan este panorama variopinto.

Ante esto debemos preguntarnos ¿cuál es la relación espacial, cultural o temporal de las diferentes construcciones del Nevado? ¿Cómo relacionar dentro del mismo marco interpretativo rasgos tan antitéticos? Estos interrogantes deben ser respondidos antes de relacionar el Nevado de Acay con un santuario de altura incaico, y para ello se necesita poner en juego muchas más estrategias de investigación arqueológica que las aplicadas hasta el momento.

Este trabajo es, por lo tanto, un primer paso hacia esas respuestas, partiendo de las relaciones espaciales entre las estructuras ubicadas en la cima, laderas altas, bajas y faldeos próximos del Nevado de Acay, para dejar de manifiesto también la necesidad de una visión integral de las montañas y su contenido cultural en relación con el marco regional, tanto físico como histórico-procesual.

Para ello realizamos prospecciones desde la estación Muñano (antigua estación ferroviaria sobre Ruta Nacional 51), a 3.951 msnm, hasta los 5.000 msnm, en un total de 8 km lineales, buscando ampliar los conocimientos que ya se tenían de la cima (Ceruti 2007). Sobre las faldas bajas se registraron apachetas y parapetos relacionados con los cauces fluviales, mientras que a partir de los 4.700 msnm hasta los 5.000 msnm se descubrieron estructuras de habitación (diez en total en dos conjuntos) en los márgenes de tres vegas de altura.

La evidencia registrada fue analizada con métodos informáticos experimentales a través de Sistemas de Información Geográfica (SIG). Empleamos la plataforma ArcView GIS (versión 3.2) y sus extensiones *Spatial Analyst*, *AVSWAT*, *Geoprocessing Wizard*, *Network Analyst*, *Path Matrix* y *3D Analyst*. Por su parte, los análisis estadísticos (frecuencias y pruebas estadísticas de correlación χ^2 y Pearson) se realizaron con el programa estadístico *SPSS* (Statistical Package for the Social Sciences, versión 7).

La evidencia se clasificó en seis tipos¹, distribuidos no-aleatoriamente desde los 3.045-5.700 msnm², a una distancia de entre 3 y 1.703 m de un cauce de río o vega (moda en intervalo

1-300, n= 13, 52% de la muestra). La ubicación topográfica de los tipos se clasificó según los tipos fisiográficos de Criado Boado (1999:29-30)³. Las estructuras relevadas presentaron un área comprendida entre 6 y 100 m², con la moda en el intervalo 0,01-20 (n= 18, 72% de la muestra).

En cuanto al estudio con SIG, la herramienta AVSWAT modeló sobre un DEM (*Digital Elevation Model*, modelo digital de elevación) las vertientes (*watershed*), subcuencas (*sub-bassins*) y escollos o dorsales (*ridges*) de las zonas, pudiéndose establecer con la herramienta *Spatial Analyst* que las máximas intensidades en las concentraciones de la evidencia se producen en las subcuencas.

Generamos también un modelo de insolación potencial con la cantidad de horas de sol recibida por cada uno de los sitios durante los meses del año, y concluimos en que la selección de las zonas estudiadas en cuanto a la insolación no es azarosa ($\chi^2=100,886$, significación asintótica de 0,000), de la misma forma en que se correlacionan el tipo de evidencia arqueológica y la cantidad de horas de sol que recibe (prueba de χ^2 , correlación significativa con *sigma* en dos colas = 0,014)

En cuanto a las estructuras arquitectónicas, las variables área e insolación potencial, por un lado, y tipo y área, por otro, según la prueba de χ^2 (con un significación asintótica de 0,000), están correlacionadas, al igual que el tipo de evidencia y la altitud (significación de 0,001).

Con un modelado de tres dimensiones (con la herramienta *3D Analyst*) se analizó la visibilidad de cada concentración de dos maneras: intervisibilidad (visibilidad recíproca entre dos puntos) y cuencas visuales (total de superficie visible desde un punto). Las pruebas estadísticas aplicadas permiten establecer una correlación positiva entre la ubicación topográfica y el grado de visibilidad. De esta forma, las estructuras ubicadas en relieves deprimidos, como las vertientes y collados, presentan intervisibilidad y cuenca visual más restringida que las ubicadas en relieves abiertos, como llanos, laderas, rellanos, dorsales y espolones.

El tipo de evidencia también se correlaciona con la figura fisiográfica donde se encuentra, concentrándose las estructuras rectangulares simples o compuestas (identificadas como corrales y viviendas) en relieves deprimidos y resguardados (subcuencas y meandros), mientras que las apachetas y los refugios se encuentran en dorsales y relieves llanos y abiertos con mayor visibilidad, aunque más sometidos a los factores climáticos que los anteriores.

Con las herramientas *Network Analyst* (analista de redes) y *Path Matrix* (matriz de caminos), se estudió además la *transitabilidad*, es decir, la identificación de dos características del acceso a los santuarios de altura: los senderos más empinados y los caminos óptimos, para inferir que la evidencia arqueológica se ubica en las mejores vías de acceso hacia la cima del Nevado de Acay.

Este escrito, por último, se encuentra dentro de un esfuerzo mayor por crear un modelo de base inductiva que permita conocer la relación entre el medio natural y los indicadores arqueológicos. Dentro de este marco, el Acay es un antecedente que nos puede guiar hacia el conocimiento futuro de la incidencia de los factores ambientales en el asentamiento humano, con referencia a los "santuarios de altura" y lugares cercanos.

UBICACIÓN Y MARCO GEOGRÁFICO

El Nevado de Acay (5.715 msnm) se encuentra en el borde oriental de la puna de Salta, en la región de la Cordillera Oriental (Figura 1). Políticamente, se ubica en el extremo occidental del departamento de Rosario de Lerma.

La Puna forma parte del extremo austral de los Andes Centrales, también continuación meridional del altiplano boliviano. A lo largo de sus 2.000 km de longitud se encuentra una vegetación escasa, clima árido, cuencas con drenaje interior que dan formación a los salares (Alonso 2008) y cordones montañosos que dejan lugar en algunos sectores a grandes conos volcánicos, entre ellos el Llullaillaco (6.739 msnm), Socompa (6.031 msnm) y cerro del Rincón (5.594 msnm) (Cabrera 1957).



Figura 1. Ubicación política del área de estudio

El entorno presenta un clima frío y seco, con heladas casi todo el año y nieve en el invierno. La amplitud térmica puede correr en el orden de los 50 grados, con temperaturas diurnas de 20° C y nocturnas de -30° C. Las lluvias son muy escasas y decrecen de Norte a Sur y de este a oeste con un promedio de 70 mm anuales (Alonso 2008:64-65). Con respecto a la presencia de salares, se pueden mencionar el Pular, la salina del Lullaillaco, el salar de Arizaro y el salar de Incahuasi (Cabrera 1994).

Domina la estepa arbustiva, con especies características como la añagua (*adesmia horridiuscula*), tola (*Parastephia lepidophylla*), rica rica (*Acantholippia seriphoides* y *A. hastulata*, muña muña (*Satureja parvifolia*), esporal (*Pennisetum chilense*), entre otras (Alonso 2008). Por encima de los 4.400 msnm, prevalecen gramíneas de forma aislada de los géneros *Festuca*, *Sipa* y *Poa* (iros) (Cabrera 1957).

MARCO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

La arqueología de alta montaña en general muestra una preferencia notable por los estudios en las cumbres en cuanto a lo espacial (hallazgos del cerro el Toro, Aconcagua y Lullaillaco); en lo que respecta al marco histórico-temporal, existe una visión predominantemente sincrónica, centrada en el Estado incaico (Schobinger 2001; Ceruti 2003), aunque haciendo uso de estudios etnográficos, pero para señalar las reminiscencias de las prácticas culturales introducidas por los cuzqueños.

En cuanto a la teoría social, se sostiene el predominio del poder desde el Estado hacia las comunidades locales, matizado con interpretaciones sobre experiencias de resistencia a la

dominación (Ceruti 1999, 2003). La evidencia arqueológica que se interpreta como diagnóstica surge de excavaciones de tumbas (cuerpos humanos y objetos suntuarios); dentro, a su vez, de un marco interpretativo signado por el “enfoque teórico del conflicto” (Ceruti 1999, 2003), que centra la atención en el estudio exclusivo del mundo incaico. Vemos además una disociación en el discurso académico entre los procesos sociales involucrados en la arqueología regional y los estudios relativos a las montañas. En el caso de los macizos de la puna, no vemos mencionados en los trabajos de síntesis sobre ella la vinculación existente con los macizos andinos y viceversa (e.g., Krapovickas [1958-59] 2004; Ottonello y Krapovickas [1973] 2004; Beorchia Nigris 1984; Albeck 2000; Schobinger y Ceruti 2000; Ceruti 2003). Es por ello que una visión integral del fenómeno ritual en las montañas exige un espectro regional, en el que se relacionen las variadas dimensiones culturales presentes y el medio ambiente que las enmarca.

Nuestro aporte parecería, a simple vista, una redundancia en el axioma ambiental según el cual el espacio físico determina el asentamiento humano; es decir, la postura estrecha que reduce la ubicación de la acción social a una consecuencia de las propiedades espaciales de los recursos naturales (Barceló 2008:267) obviando a su vez los factores culturales (Wheatley 2003; Ebert y Singer 2004). Sin embargo, aclaramos que no nos separamos tajantemente de cuanto ha sido dicho acerca del trasfondo religioso del fenómeno de la *capacocha*, las regularidades filosóficas que lo acompañan, su universalidad en el pensamiento cultural humano y cosmológico andino (Vásquez [1966] 2008; Gentile 1999; Abal 2001; Schobinger 2001 y 2004). Simplemente buscamos ponderar el efecto que tienen determinadas variables ambientales en la selección de locaciones físicas para la construcción de algunas formas arquitectónicas, conscientes de que estas correlaciones con base estadística tienen un poder interpretativo limitado (Leusen *et al.* 2005:29) pero que deben ser tomadas en cuenta.

De acuerdo con esta línea de pensamiento, el uso de SIG resulta una herramienta útil por su capacidad de manipular, guardar, analizar, capturar, buscar y mostrar datos referidos a localizaciones geográficas (Kvamme 1990:372).

En arqueología, los Sistemas de Información Geográfica permiten la modelación predictiva, simulación de los cambios en el pasado, el análisis intrasitio y el manejo de grandes bases de datos (Araneda 2002). A nivel general, nuestro trabajo se enmarca en la primera de estas aplicaciones, por lo cual buscamos en el largo plazo conformar una base empírica que nos permita generar un modelo matemático de ubicación de sitios arqueológicos dados determinados componentes ambientales.

Los modelos predictivos en arqueología buscan establecer la localización de evidencia arqueológica en una región basados en el patrón locacional y asociativo de una muestra (Kohler y Parker 1986:333). El objetivo de este tipo de análisis no es tanto la probabilidad de encontrar sitios, sino de encontrarlos según la relación con otros fenómenos (por ejemplo, la posibilidad de encontrar sitios en pendientes de más de 30°) (Fernández Cacho 2010). La predicción reside en la capacidad de localizar en el futuro sitios arqueológicos conociendo su patrón de distribución y las variables que influyen en ellas (Fernández Cacho 2010:9); por lo que es preferible referirse a estos modelos como de potencial arqueológico o de “sensibilidad”, “[...] ya que se haría referencia a que hubiese condiciones potenciales para la existencia de sitios arqueológicos, lo cual no asegura en ningún caso que los haya” (Fernández Cacho 2010:9).

En este tipo de estudios se emplean variables ambientales y culturales cercanas espacialmente, donde se establece la probabilidad de las relaciones entre ambas y que las primeras asumen un rol de influencia destacada en las segundas (Ebert 2005:137-138).

Las variables ambientales se clasifican como independientes, es decir, que influyen la ocurrencia de las variables dependientes, que en estos modelos son las variables culturales (Fernández Cacho 2010:19). Podemos citar, entre las primeras, las variables primarias altimetría y sus variables derivadas (fisiografía, pendiente, orientación, aspecto, insolación, etcétera) y la hidrografía y sus variables derivadas (distancia a fuentes de agua, por ejemplo). Dentro de las

variables culturales encontramos la presencia o ausencia de sitios arqueológicos o rasgos dentro de estos sitios y la visibilidad entre ellos (Fernández Cacho 2010:17 y 24).

Las aplicaciones del modelo predictivo han sido variadas y contemplan un gran abanico de ambientes y períodos históricos. Han sido usados, básicamente, en la gestión patrimonial del registro arqueológico y en la investigación académica. Por ejemplo, en la localización de sitios arqueológicos para su resguardo durante el trazado de caminos modernos (Seibel 2006); en los estudios del megalitismo neolítico español (López Romero 2006); el registro de evidencia arqueológica en áreas protegidas de EEUU (Ree 2010), en la península Prairie del estado de Illinois (Warren y Asch 2005); la distribución de cerámica romana en el norte de Francia (Verhagen 2007), por nombrar algunas de sus numerosas aplicaciones en la arqueología mundial. Muy cerca de nuestra área de estudio, De Feo y Gobbo (2005) realizaron un modelo predictivo para la localización de caminos inca en el tramo Cachinal-Las Cuevas (Rosario de Lerma, Salta) en relación con variables ambientales como la pendiente y la distancia respecto de ríos.

Los modelos de sensibilidad arqueológica perciben patrones del comportamiento a partir de análisis estadísticos sobre el registro, fundados en la teoría de las probabilidades, en particular, en la llamada probabilidad condicional, uno de cuyos principios fundamentales es que puede calcularse, con determinados procesos matemáticos, la ocurrencia de determinados fenómenos dadas varias condiciones consideradas simultáneamente. A medida que las observaciones aumentan, la frecuencia relativa del fenómeno analizado se acerca cada vez más a un valor llamado $p(1)$; se vuelve más estable a medida que aumentan las unidades relevadas y se cubre una región lo suficientemente grande como para realizar estimaciones confiables (Rose y Altschul 1988:173-179).

Se emplean dos tipos de cálculos estadísticos: estadística univariada, para conocer las correlaciones básicas entre cada una de las variables independientes y la dependiente (que incluyen los estadísticos de Pearson y χ^2); y estadística multivariada, para la ponderación de la ocurrencia de la variable dependiente dada la ocurrencia simultánea de la variable independiente (entre las que se incluyen regresión logística, análisis discriminante, regresión lineal, entre otros). Es importante contar con una buena base documental o de experiencias previas antes de buscar construir el modelo para poder disminuir los sesgos en la localización de los sitios (Kvamme 1988:303). El resultado de este proceso de cálculo estadístico es la confección de un mapa de probabilidades que extrapole la información sobre la muestra a otros espacios dentro de la misma región (Wescott y Kuiper 2005:64 y ss.).

En nuestro trabajo, el mapa de probabilidades será orientativo de la tendencia que puede seguir la evidencia arqueológica en relación con algunas características del ambiente. Debido a la limitación que supone una muestra no estocástica, aclaramos el estado germinal de nuestras investigaciones y el estatus preliminar de nuestras inferencias.

ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN EN EL NEVADO DE ACAY

La historia de las investigaciones en el lugar se remonta, por lo menos, al año 1926, cuando se encuentra en la cumbre una tibia humana. En 1952 se relata la experiencia de miembros del club Andino del Norte, quienes también dan cuenta de “las pircas indígenas del Acay” (Beorchia Nigris 1984:16).

Más tarde, José Fadel asciende al Nevado de Acay por su cara sur y da las primeras noticias de estructuras a media altura, llamadas mina “Fundiciones” de supuesto origen jesuita (Fadel 1977:36). Acerca de la cima, describe la existencia de un recinto en forma de U, abierto hacia el Este, y una tibia probablemente humana (Fadel 1977: 40). En 1975, una expedición del Club Andino Ateneo Estrada de Salta descubre en la ladera noreste, a 5.400 msnm, un importante conjunto de ruinas (Beorchia Nigris 1984:18).

Posteriormente, se dan a conocer las estructuras ubicadas sobre el morro cumbre marcado con una cruz, a 5.716 msnm. El conjunto es relevado por Ceruti y Vitry (2000), quienes identifican un conjunto principal formado por dos plataformas sobreelevadas en la cumbre, y dos conjuntos, uno ubicado a 10 m al noreste y otro a 30 m al noroeste.

Más adelante, Ceruti asciende al Nevado, realiza una excavación en la segunda plataforma, denominada B, y registra la presencia de estructuras en las cumbres secundarias Blanca y Navaja (Ceruti 2007). Las evidencias recabadas en las excavaciones se restringen a carbonilla y madera quemada (Ceruti 2007:62).

Si bien Beorchia reproduce información acerca de sitios a niveles intermedios, la autora concluye que no se documentaron en el Nevado de Acay estaciones intermedias ni sitios de funcionalidad logística en las laderas y faldas bajas (Ceruti 2007:60).

Con estos antecedentes, más el objetivo de ampliar la perspectiva hacia la base y la cuenca hidrográfica septentrional del Acay, realizamos prospecciones desde la estación Muñano (antigua estación ferroviaria sobre Ruta Nacional 51), a 3.951 msnm, hasta los 5.000 msnm, sobre las laderas septentrionales del Nevado (Figura 2), una prospección de 8 km lineales, que resultó en el hallazgo de 10 parapetos, 2 apachetas y 13 estructuras mayores.

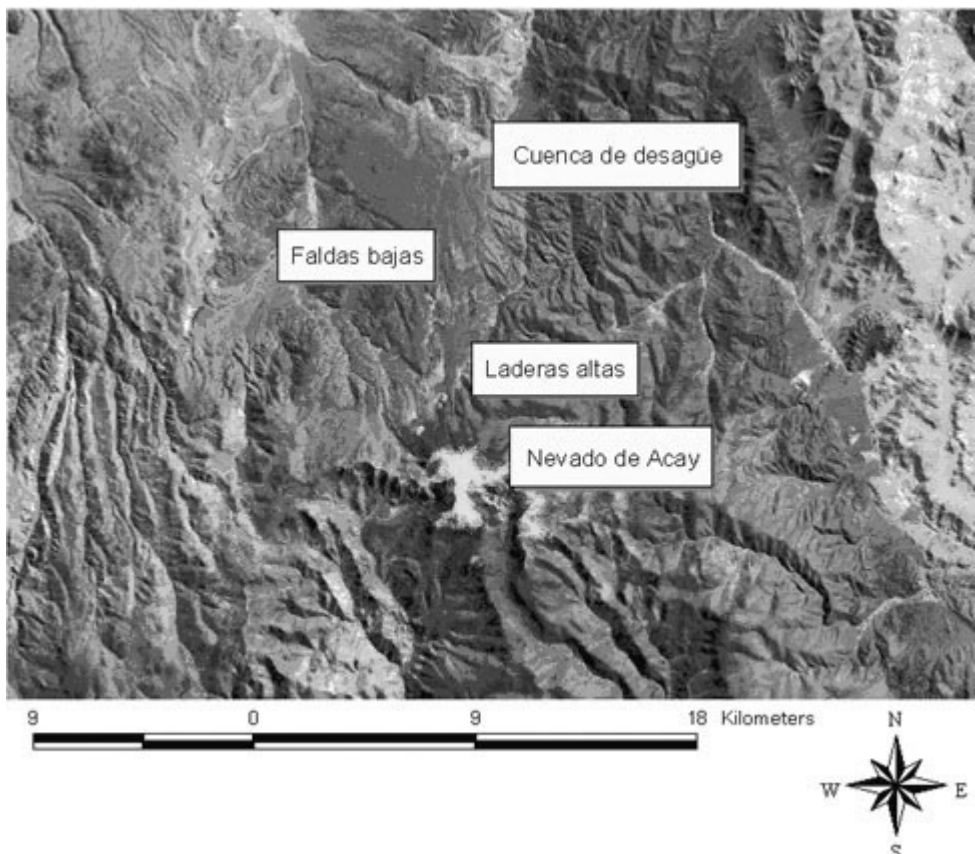


Figura 2. Ubicación del Nevado de Acay y sus distribuciones arqueológicas

La contabilidad de hallazgos se inició a 1 km de la Ruta Nacional 51, al margen norte de una pequeña vega ubicada a 250 m hacia el este del camino de vehículos que se adentra hacia la base del Nevado. Se encontraron tres estructuras rectangulares sin techo y con paredes a medio

derruir y un corral, alineados al gradiente del faldeo de una loma, siguiendo un eje norte-sur. Las construcciones denotan un abandono reciente, debido al hallazgo en superficie de trozos de plástico, tapas de bolígrafos y cemento en la técnica constructiva de los muros. Sin embargo, se recuperaron algunos indicadores históricos, como una herradura de vacuno y una hoja de cuchillo muy meteorizada en comparación con elementos de construcción de metal modernos casi intactos. Se registró también una pieza lítica de basalto con huellas de lascado, probable nódulo prehispánico (Figura 3).

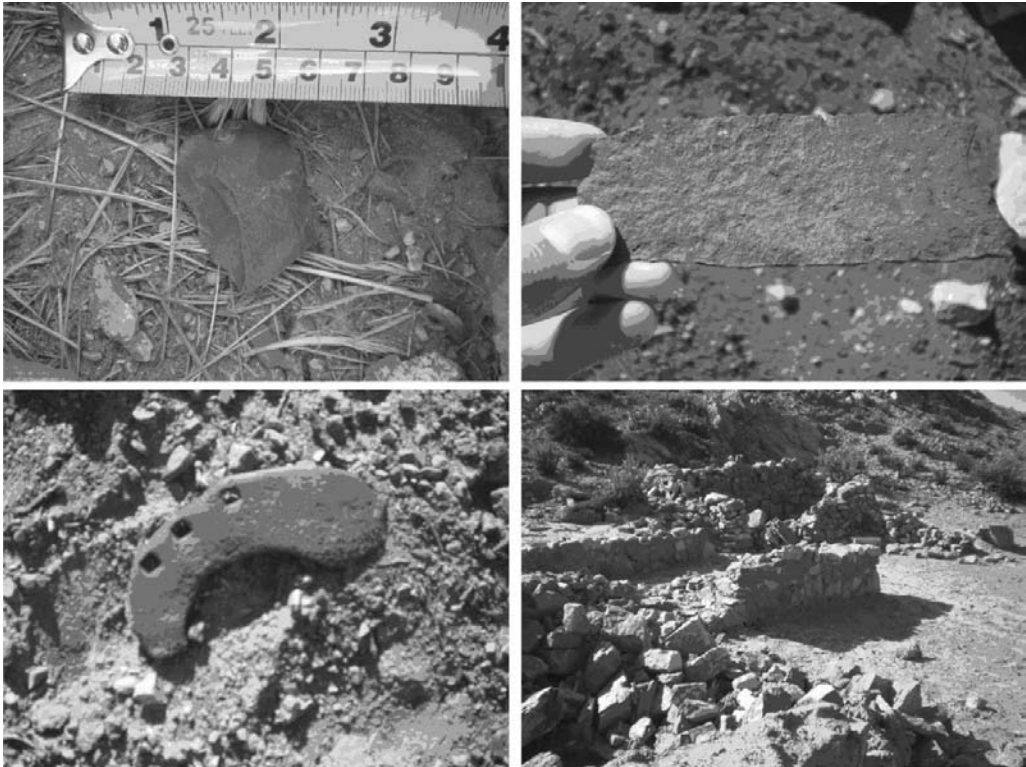


Figura 3. Arquitectura, piezas líticas y de metal de las faldas bajas del Acay (3.600 msnm)

Este conjunto se ubica en una de tantas lomas desde las cuales se salva el paisaje accidentado, lo cual permite tener una mejor vista del área y sus hitos naturales. Subiendo a una loma similar, a 580 m hacia el este, encontramos un parapeto semirrectangular abierto hacia el este. Sus dimensiones fueron registradas en 1,95 m de largo, 0,46 m de ancho y 0,30 m de alto, en su muro sur; 1,4 m de largo, 0,47 m de ancho y 0,35 m de alto en su muro oeste y 1,40 m de largo en el muro norte, y es el más grande de los identificados en la zona. Se encuentra derruido, por lo que sus medidas se limitan al largo y orientación, de 90°. No posee evidencia de artefactos en superficie. Desde este lugar se obtiene una notable vista hacia el Cerro Negro y por detrás de éste, al volcán Tuzgle (Figura 4).

Siguiendo hacia el sur, se encuentran cinco pequeños parapetos en media luna simple y dos apachetas al pie de las barrancas, que señalan una de las aguadas más importantes de la zona, donde se asientan siete casas actuales con sus respectivos corrales. Las estructuras semilunares tienen medidas regulares, que alcanzan 1,5 m de largo, con ancho de muros de 0,30-0,35 m, mientras

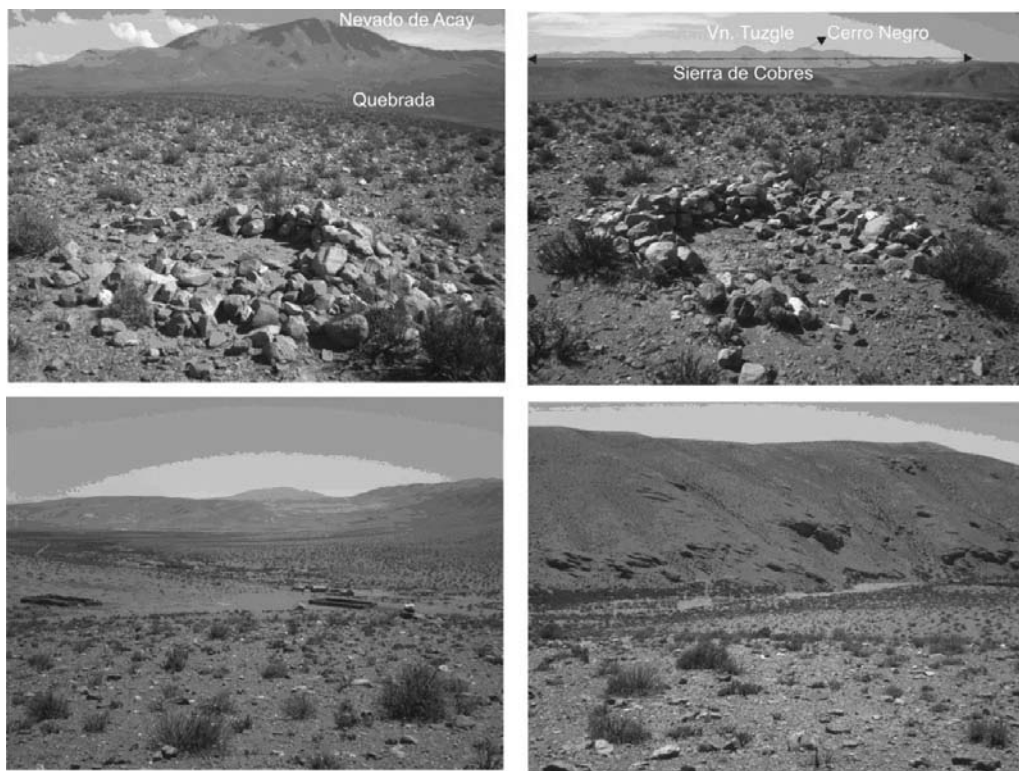


Figura 4. Parapetos en las faldas bajas y su dominio visual hacia el fondo de las quebradas

que las apachetas presentan alrededor de 0,40 m de alto por 0,90 m de diámetro. En ninguna de ellas se observó evidencia superficial de materiales arqueológicos.

Siguiendo el eje norte-sur de las cuencas de drenaje del macizo, a 4,33 km de distancia del conjunto anterior, se asciende por la ladera norte del Acay, donde se encuentra un conjunto de estructuras a corta distancia de una vega. Una primera agrupación se ubica a una distancia comprendida entre 3 y 20 m de la vega, a una cota de 4.520 msnm y consta de cuatro estructuras, una de ellas (Acay E1) cercana a la vega y las otras tres (Acay E2, E3, E4) apoyadas contra la ladera (Figuras 5 y 6).

La estructura E1 es oblonga, posee su entrada orientada hacia el oeste y presenta una vista plena (favorecida por la cuenca de drenaje de la vega) hacia la cordillera oriental. Tiene como diámetro interno mayor 4,20 m, y 3,47 m en el menor. Sus muros tienen una altura de 0,59 m y un ancho de 0,39 m. Fueron construidos con rocas grandes en una hilera simple, salvo el sector que se encuentra hacia el norte, formado por una doble hilera de lajas planas paradas. La entrada a la estructura es de 0,68 m, con un zócalo de cinco piedras planas de distinto tamaño.

Por su parte, la estructura E2 consta de un sólo muro doble sin relleno asentado sobre cimientos de rocas grandes, que puede haber sufrido un proceso de desarme y reacondicionamiento en las estructuras adyacentes. Se apoya sobre la ladera y mide 2,3 m de largo, 0,85 m de alto y 0,50 m de ancho.

Alejándonos cada vez más de la vega y ascendiendo en la ladera, encontramos la estructura E3, semicircular, apoyada en la roca, que mide 8,11 m de largo por 4,87 m de ancho. Presenta rocas grandes en hilera simple (cada una mide 0,50 m de ancho y de largo aproximadamente) como asiento de los muros dobles sin relleno de piedras más pequeñas. La entrada es de 0,84 m y se ubica hacia el centro de la estructura.

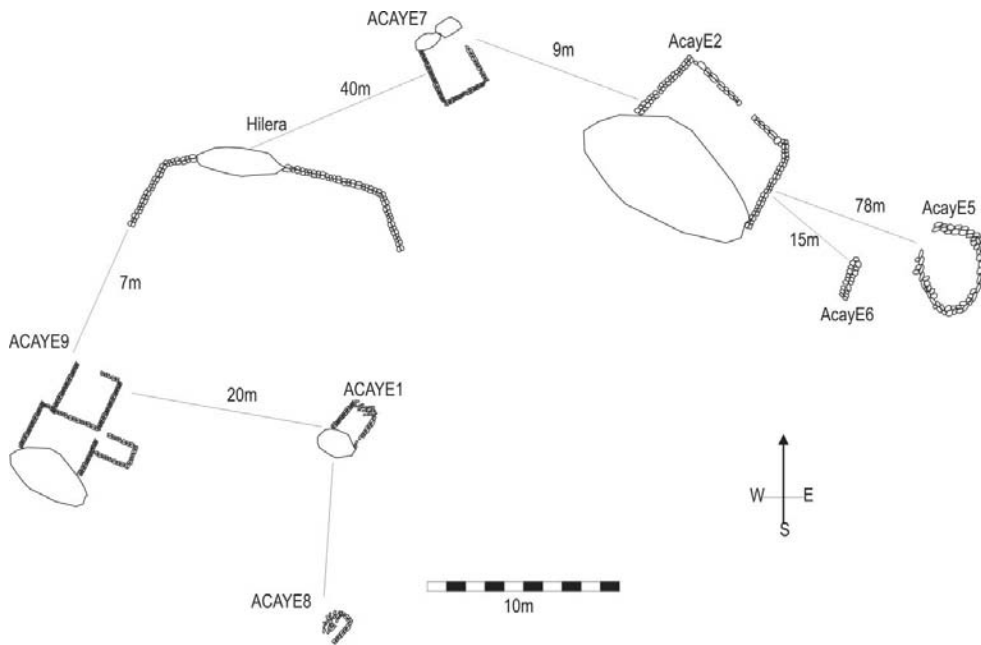


Figura 5. Disposición de ruinas a 4.500 msnm

A unos 9,25 m al sur este de la estructura E3 se encuentra la estructura E4, rectangular, con una alineación norte en sus lados mayores. Mide 3,18 m de largo por 2,44 m de ancho. La apertura se ubica hacia el este y mide 1,3 m; está señalada por dos lajas de 0,60 m de alto y 0,40 m de ancho. Los muros tienen 0,50 m de ancho y son más irregulares en su confección que los anteriores, por constar de piedras apiladas sin orden. Se apoyan sobre alineaciones dobles de piedras. Éstas miden cada una un aproximado de 0,40 m por 0,50 m.

El segundo conjunto se encuentra a 39,61 m hacia el oeste del anterior, a una cota de 4.530 msnm. Pertenecen a él la estructura Acay E5, rectangular, apoyada sobre la roca. Mide 1,86 m de largo por 1,37 m de ancho. Sus lados menores se alinean hacia el norte. El ancho de los muros oscila entre 0,20 y 0,30 m. Las paredes se apoyan sobre zócalos de piedras planas, que elevan la estructura 0,45 m con respecto al suelo.

La estructura E6 se ubica 6,13 m al sur de la anterior. Es rectangular también, aunque de porte menor, y consta de 1,3 m de ancho por 0,76 m de largo. El ancho de los muros no sobrepasa los 0,40 m, mientras que su altura es de 0,50 m, una constante en ambos conjuntos de estructuras. La técnica constructiva es de pirca simple sin relleno.

A 21,87 m hacia el noroeste de la estructura anterior, se encuentra E7, una estructura compuesta de tres subrecintos menores, todos rectangulares, apoyados sobre las rocas de la ladera. De menor a mayor y de norte a sur, los clasificamos como A, B y C. El subrecinto A posee una entrada independiente hacia el norte (de 0,40 m de ancho) y se comunica con el subrecinto B atravesando una apertura similar con un escalón de 0,30 m de alto. Mide 2,5 m de largo por 1,1 m de ancho y 0,76 m de alto.

La subunidad contigua hacia el oeste, subrecinto B, mide 3,3 m de largo por 2,5 m de ancho y se apoya sobre la roca. Sus muros alcanzan 1,4 m de altura. No tiene comunicación con el exterior. Colinda con el anterior, el subrecinto C, y se apoya sobre su muro norte. Presenta 2,7 m de ancho por 2,77 m de largo. Es probable que sus dimensiones fueran mayores, dado que sus muros norte y oeste están parcialmente derruidos. Esta interrupción dibuja una apertura hacia el

oeste casi del ancho de la estructura. Sus muros poseen un aproximado de 0,40 m de ancho y 1,2 m de alto en sus sectores mejor preservados.

Todo el conjunto está realizado en hilera simple de piedras sin relleno, salvo el muro norte del subrecinto B, donde se apoya el subrecinto C, confeccionado con una doble hilera. En el interior del subrecinto B se encontró una banqueta realizada en madera de cardón, asegurada con clavos. La última construcción del conjunto (E8) aparenta un gran parapeto que cierra el conjunto a 6,9 m hacia el noroeste. Mide aproximadamente 9 m de largo, 0,40 m de ancho y alcanza alturas de 2,5 m (Figura 6).

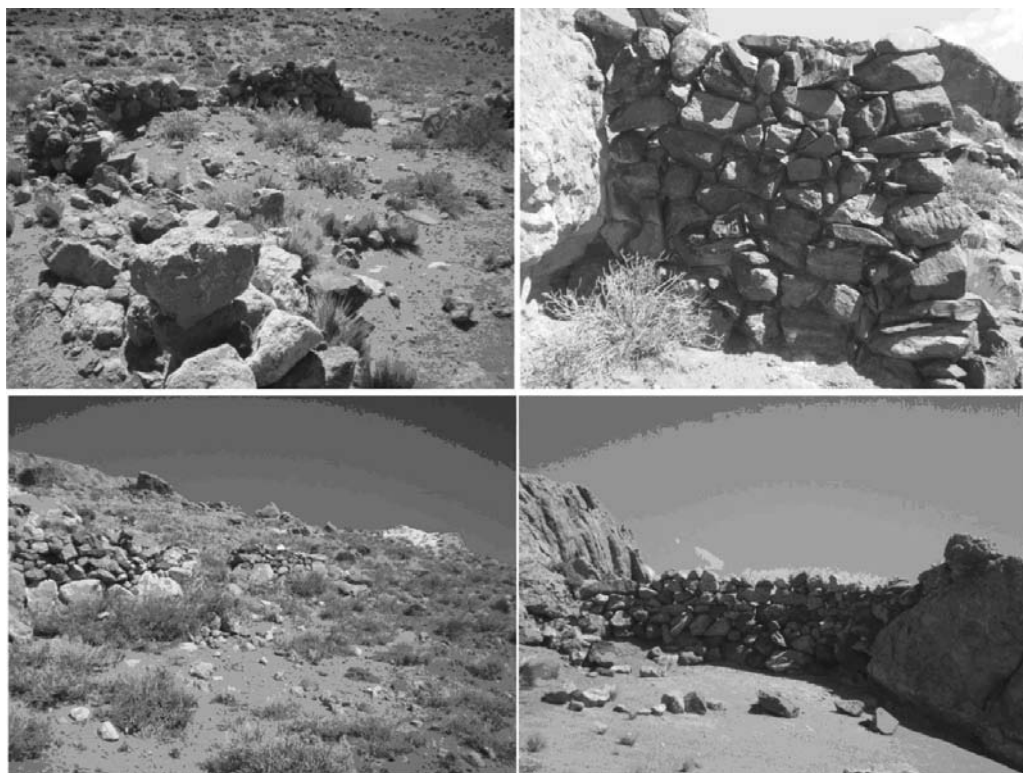


Figura 6. Fotografías de detalle de las construcciones a 4.500 msnm

Siguiendo la pendiente 1,61 km hacia el sur se cruza una vega. Sobre su margen sur y recostada sobre la ladera a unos 4.780 msnm, encontramos una estructura (Acay A1, Figura 7), un rectángulo de 11,44 m de largo por 3,2 m de ancho y una altura de muro que alcanza, en las partes no derruidas, 1,8 m de alto. Las paredes son gruesas, rondando los 0,70 m de ancho en las cuatro paredes laterales, disminuyendo a 0,35 m en los muros que separan los tres ambientes. Estos no poseen comunicación entre sí, sino al exterior, a través de jambas rectangulares. El aparejo murario está compuesto por lajas planas regulares apiladas formando dos hileras, con relleno de rocas menores entre ellas y, en algunos sectores, aislamiento exterior de barro. Los muros se cortan de forma ortogonal.

A 223 m hacia el sur-oeste de la anterior, sobre una altura de 4.811 msnm, y por encima de un cauce seco, encontramos la estructura Acay A2 (Figura 8). Se encuentra mejor conservada, es también rectangular y presenta seis subdivisiones internas sin comunicación entre ellas, sólo con el exterior. Mide 20,7 m de largo por 4,4 m de ancho. Sobre cada medianera se alcan

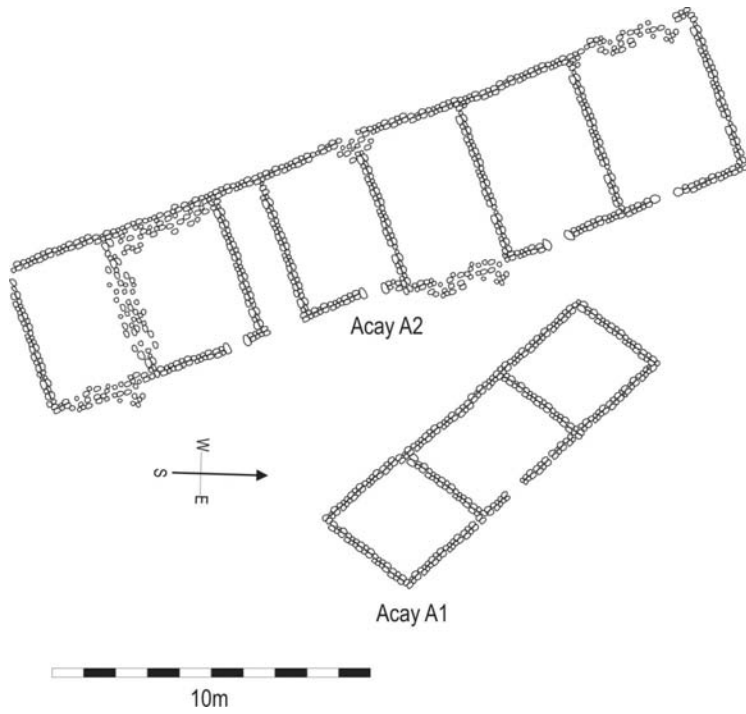


Figura 7. Plano de planta de conjunto arquitectónico de laderas altas

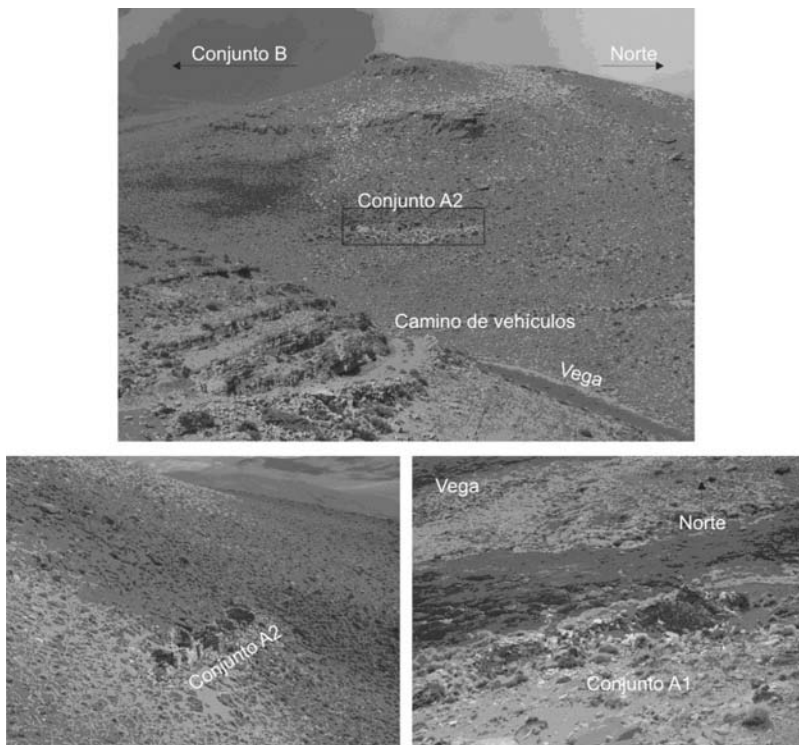


Figura 8. Disposición de conjunto de ruinas en relación con las vegas

los mojinetes sobre los que se apoyaba el techo. No se encontraron restos de éste ni material arqueológico en las superficies internas o externas. Sin embargo, la arquitectura nos recuerda a los patrones constructivos inkaicos: muros ortogonales dobles con relleno de piedras menores, vanos rectangulares a subtrapezoidales y dinteles monolíticos (Figura 9).



Figura 9. Detalles arquitectónicos del conjunto A2: lasjas apiladas en muros dobles con relleno de piedras pequeñas, ortogonales y vano rectangular con dintel in situ

Ambas estructuras presentan sus muros interiores y jambas correspondientes orientados hacia el norte, mientras que los lados menores presentan una orientación este-oeste. En la revisión bibliográfica encontramos una mención de la existencia de prácticas misionales en la mina de Acay por el padre Hernando de Torreblanca S. J., adonde se dirigía desde los Valles Calchaquíes periódicamente para atender su labor pastoral. Por la fecha que se indica, principios de 1657, es probable que investigaciones futuras sobre documentos históricos, además de excavaciones, amplíen aún más su antigüedad⁴.

ANÁLISIS EN SIG

Empleamos como base cartográfica un modelo digital de elevación ASTER DEM en formato GeoTIFF, con coordenadas geográficas de latitud y longitud, en una grilla de 1 arco de segundo (aproximadamente 30 m), con referencia en el geoido WGS84/EGM96. Este *software* es de circulación gratuita aunque requiere suscripción, fue producido en la NASA y posee una precisión de 20 m a un porcentaje de confianza del 95% para datos verticales y de 30 m a un porcentaje de 95% de confianza para datos horizontales.

Con él se modelaron las vertientes (*watershed*), subcuencas (*sub-bassins*) y escollos (*ridges*) o dorsales (Figura 10) de las zonas a través de la herramienta AVSWAT-2000 (versión 1.0), extensión de ArcView. Se ubicaron los puntos obtenidos en el campo (mediante GPS) en el modelo resultante, y se obtuvieron dos tipos de distribuciones predominantes: las estructuras menores (apachetas y parapetos) se ubican sobre las márgenes elevadas de las quebradas fluviales, mientras que las estructuras mayores (rectángulos simples y compuestos) lo hacen sobre los fondos de las quebradas (Figura 10).

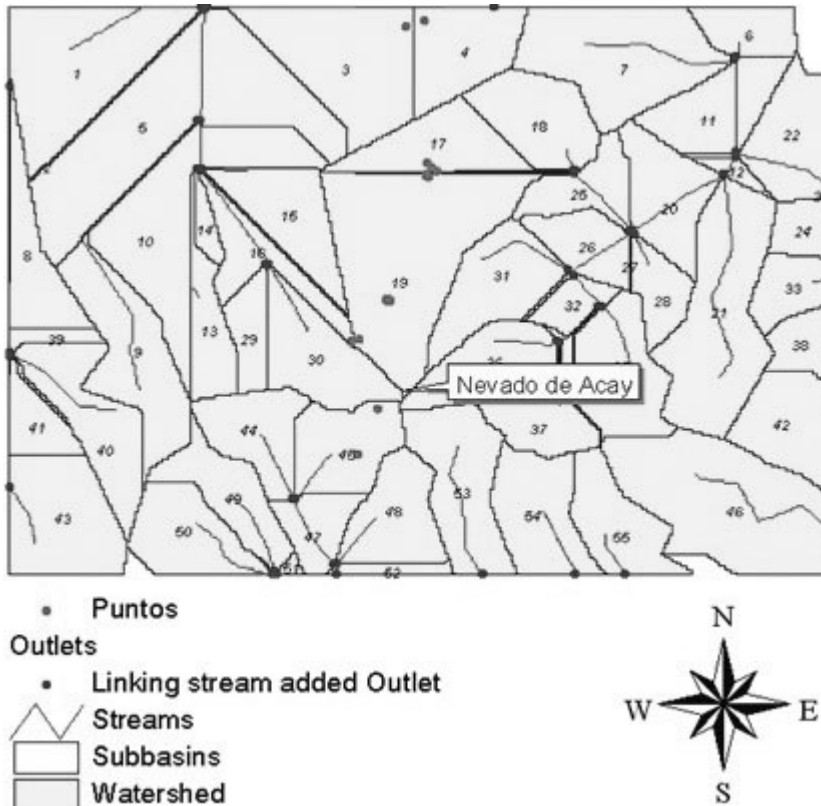


Figura 10. Modelado virtual de cuencas, subcuencas, vertientes y dorsales del área

Empleamos también la metodología propuesta por García Moreno (2010:232-233) para generar un modelo de insolación potencial que permitió calcular la cantidad de horas de sol recibida por cada uno de los emplazamientos durante los meses del año. Con el programa informático *Geosol* (versión 3) se calcularon las coordenadas de azimut y elevación solar para cada ubicación geográfica.

Se efectuó el cálculo de enero a diciembre sobre los días 19, 15, 16, 15, 15, 14, 19, 17, 16, 16, 15 y 14 (Pons 1996:90 en García Moreno 2010:232). Los valores obtenidos fueron volcados a través de la herramienta *Calculate Hillshade* de *Spatial Analyst* a un modelo de sombreado (Figura 11) que muestra que los emplazamientos reciben una media de 10 horas de sol en primavera, 11 horas en verano, 8,9 horas en otoño y 7,8 horas en invierno, cálculo que se desprende de los valores de Tabla 1.

Tabla 1. Base de datos con las variables independientes y dependientes

Id	Ubicación	Tipo	Altitud	Área	Dis-tancia	Fisio-grafía	Visibili-dad	Insola-ción	Aspecto	Habita-ción
Corral	Cuenca de desagüe	1	3.99	100	306	4	1	10,76	89,94	1
Parapeto 5	Cuenca de desagüe	4	4.03	2,7	36	4	1	10,76	-1,00	1
Parapeto 6	Faldas Bajas	4	4.12	6	825	4	1	9,45	49,78	1
Apacheta 1	Faldas Bajas	3	4.12	0,8	68	4	1	9,45	92,36	0
Parapeto 7	Faldas Bajas	4	4.13	2	276	4	1	9,45	13,98	1
Estructura 1	Faldas Bajas	4	4.14	3	258	4	1	9,45	28,12	1
Parapeto 5	Faldas Bajas	4	4.14	6	295	4	1	9,45	28,12	0
Parapeto 8	Faldas Bajas	4	4.15	2,1	165	4	1	9,45	92,75	0
Apacheta 2	Faldas Bajas	3	4.15	0,8	88	4	1	9,45	69,72	1
AcayE6	Laderas Altas	4	4.53	1,8	118	3	0	10,42	34,70	1
AcayE7	Laderas Altas	1	4.53	8,2	302	3	0	10,42	42,54	1
Hilera	Laderas Altas	4	4.53	42	36	4	1	10,42	34,70	1
AcayE5	Laderas Altas	1	4.54	14	274	3	2	10,42	329,9	1
AcayE2	Laderas Altas	1	4.54	30	300	3	2	10,42	42,54	1
AcayE8	Laderas Altas	1	4.55	0,9	272	4	2	10,42	34,70	1
Acay E1	Laderas Altas	1	4.56	3,7	413	4	3	10,42	34,70	1
Acay1A	Laderas Altas	2	4.78	72	282	3	3	10,42	350,2	1
Acay1B	Laderas Altas	2	4.81	62	385	2	3	10,42	356,3	1
Cumbre Navaja	Cumbres	2	5.65	5,9	1.05	5	3	7,60	270,7	1
Plataforma A	Cumbres	2	5.71	35	1.68	3	3	7,60	280,2	0
Plataforma B	Cumbres	2	5.71	26	1.68	3	3	7,60	280,2	0
Muro1	Cumbres	4	5.72	2,5	1.68	3	3	7,60	280,2	0
Muro2	Cumbres	4	5.72	2,4	1.68	3	3	7,60	280,2	0
Recinto Circular 1	Cumbres	5	5.73	11	1.70	3	3	7,60	280,2	1
Recinto Circular 2	Cumbres	5	5.74	6,0	1.70	3	3	7,60	280,2	1

Sobre los valores anuales se realizó una prueba de χ^2 que indica que la selección de las zonas estudiadas en cuanto a la insolación no es azarosa ($\chi^2=100,886$, significación asintótica de 0,000). Además, la variable se distribuye normalmente, según la prueba de Kolmogorov-Smirnov (2,404, significación asintótica de 0,000), por lo cual se la puede correlacionar con otras del mismo tipo a través de la prueba de Pearson (r).

Ya ha sido tratada en la literatura arqueológica la relación entre la orientación del terreno, las horas de irradiación solar y el asentamiento humano (García Moreno 2010). Sobre esta base, practicamos pruebas estadísticas, como el índice de correlación de Pearson (r), que establece la existencia de una correlación positiva entre la insolación y la altitud en la que se asienta la evidencia ($r=0,325$, correlación significativa con σ en dos colas = 0,000).

Por su parte, la prueba de χ^2 (con un significación asintótica de 0,000) establece la correspondencia entre el área que ocupa cada uno de los constituyentes del registro arqueológico y la insolación potencial. De la misma forma, la insolación se correlaciona con la fisiografía donde se asientan la evidencia y el tipo.

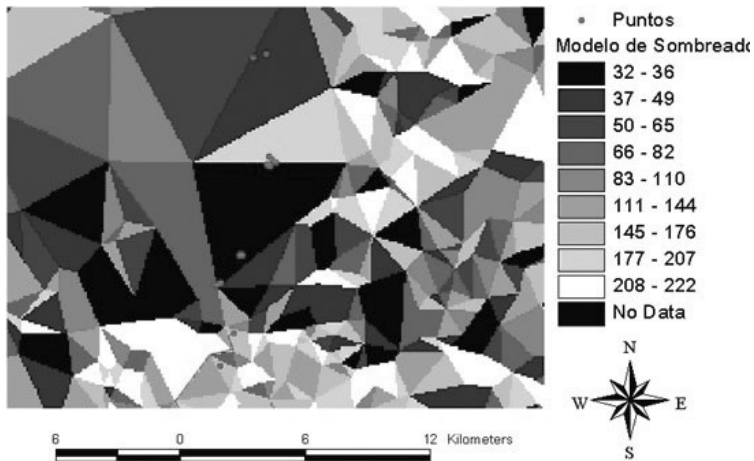


Figura 11. Modelo de sombreado para el día 16 de septiembre (ordinal 258), con 63,44° de altitud y 180° de azimut (12 del mediodía)

Las correlaciones indican que las estructuras de mayor tamaño, interpretadas como corrales y habitación, se asentaron en aquellos relieves deprimidos (vertientes, collados, etc.), que poseen las ventajas de presentar resistencia ante el viento y una cantidad mayor de horas de sol, por la orientación de sus pendientes hacia el norte, sur y este, de manera tal que le dan la espalda a los fríos vientos cordilleranos allí donde el relieve no ofrece protección (Figura 12); mientras que las estructuras menores, como refugios y apachetas, fueron ubicadas en lugares donde la cantidad de horas es menor en lugares donde la influencia del viento es mayor.

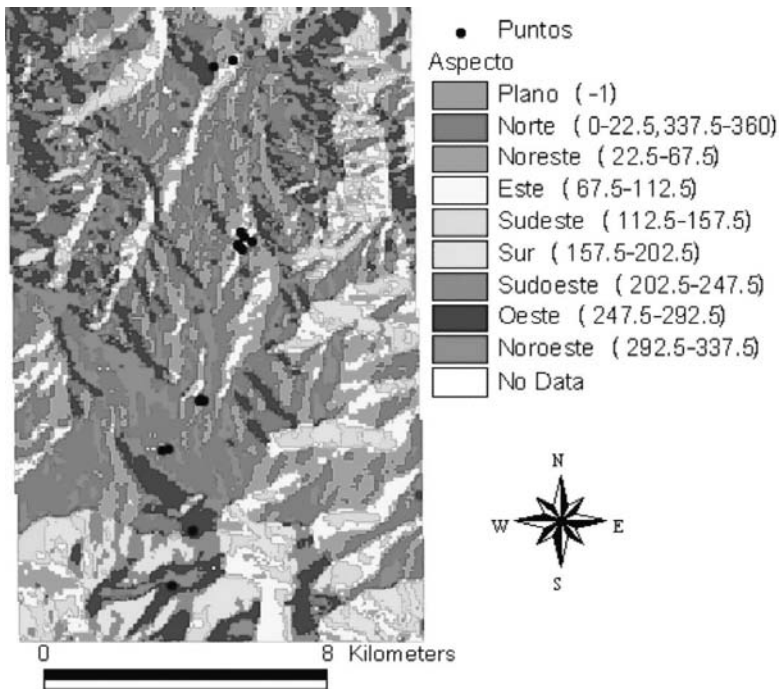


Figura 12. Modelo *raster* con la orientación de las pendientes

Los análisis de visibilidad, por otro lado, forman parte de una estrategia teórica de la arqueología del paisaje por la cual se privilegia el estudio de la forma en que el paisaje es percibido y aprehendido por los individuos o grupos sociales del pasado (Criado Boado 1999:39-40). Estos análisis se realizan de dos formas. Un análisis simple consiste en el trazado de una línea de color verde (en el caso del *software* elegido por nosotros) de visión entre dos puntos o entre un punto y su objetivo, donde se asigna la altura del observador y del objetivo. La presencia de accidentes geográficos o de vegetación puede interrumpir esa línea de visión, simbolizada por un tramo rojo dentro de la línea verde. Este análisis se conoce como intervisibilidad.

Un análisis más complejo multiplica esas líneas de visión en todas direcciones y señala las celdas del DEM que no interceptan la línea de visión, clasificándolas como visibles y asignándoles el valor 1. Lo contrario, las celdas que no se ven dentro de ese radio de visión, reciben el valor 0 (Wheatley y Gillings 2002:205). El resultado es un modelo *raster* en el que se indican las celdas del DEM que son visibles desde el punto de observación (García Moreno 2010:228) y una tabla donde figura el número de celdas que incluyen los grupos 0 y 1. La cuenca visual se define así como el conjunto de celdas objetivo que se pueden ver desde un punto (Connolly y Lake 2006:226) y su respectivo *raster*.

Se modelan tres tipos distintos de cuencas visuales. La *cuenca visual simple*, consistente en un mapa binario que marca las celdas visibles desde un punto. La *cuenca visual múltiple*, por otro lado, es la unión lógica entre dos o más mapas de cuencas visuales. También la *cuenca visual acumulada*, que es la suma algebraica de dos o más mapas binarios. La *cuenca visual total*, por su parte, es el cálculo de la cuenca desde cada celda y la suma de todas las cuencas. Por último, el *campo isovisto* es el resultado de la suma total de todos las celdas desde las cuales el punto es visto (Connolly y Lake 2006:227-288).

Nosotros empleamos la cuenca visual simple porque, sin ser nuestro objetivo exclusivo la percepción visual, aporta una noción general de la visibilidad entre espacios, es fácil de calcular y traduce sin complicaciones la percepción visual ajustada al campo (Figura 13). Tiene, además, un valor predictivo muy alto, al acotar la atención sobre determinados espacios, y contempla a su vez las capacidades y limitaciones visuales del observador⁵.

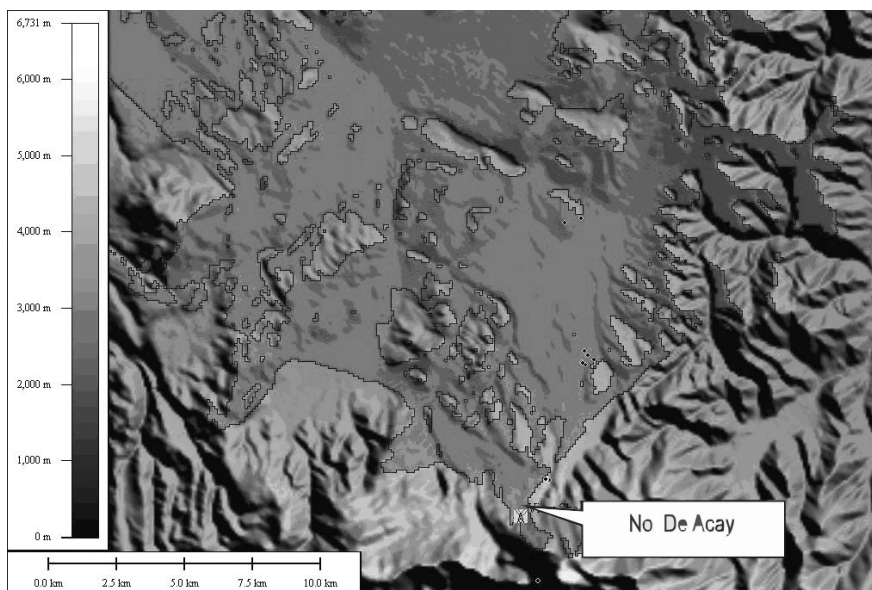


Figura 13. Modelo de ocultamiento topográfico y cuenca visual de la cima del Nevado de Acay. Radio de 15 km

Entre estas limitaciones se cuentan la variabilidad de la capacidad visual, que depende de las condiciones atmosféricas; la iluminación, la relación del objeto con su entorno, etcétera (García Moreno 2010:229).

La herramienta *Calculate Viewshed* de *ArcView* permitió comparar la capacidad de visualización desde figuras fisiográficas restringidas (en términos de visibilidad intersitio) y no restringidas. En la Tabla 2, se exponen la cantidad de celdas visibles y no visibles según localidad.

Tabla 2. Distribución de celdas visibles (1) y no visibles (0) de las zonas estudiadas

Localidad	Distribución de celdas visibles - cuencas visuales			Visibilidad
	0	1	Diferencia	
Acay cuenca desagüe	1433915	8021	1425894	1
Acay laderas bajas	1429390	12546	1416844	1
Acay laderas altas	1395537	46399	1349138	2
Acay laderas altas	1341877	100393	1241484	3
Acay cima	1294560	147376	1147184	3

Realizamos una prueba de χ^2 para saber si los valores de la distribución responden al azar. El resultado de la prueba, con 2 grados de libertad y con una significación asintótica de 0,000, muestra que la variable visibilidad (la ubicación de la evidencia arqueológica con una determinada visibilidad) no es producto del azar sino de una práctica intencional. Fue evidente, en cada uno de los ambientes prospectados, la relación entre el tipo de evidencia, la distancia, la fisiografía y la altitud con la visibilidad.

La cuenca visual y la intervisibilidad dependen, principalmente, del ocultamiento topográfico, es decir, de la posición del observador con respecto al relieve, que puede limitar o favorecer su alcance visual. Las Figuras 14 y 15 permiten apreciar en perspectiva los alcances y limitaciones del campo visual mediados por la fisiografía.

En los casos analizados, los únicos componentes del registro arqueológico que mantienen visibilidad entre sí son aquellos que se encuentran en las dorsales de cerros o en las márgenes elevadas de las quebradas, como los parapetos y las apachetas (Figura 16). Su disposición en estos lugares sirve de señal o complemento visual para marcar el acceso a fuentes de agua, estructuras de mayor porte (asociadas generalmente con puestos ganaderos), lugares de paso o circuitos de movilidad ritual.

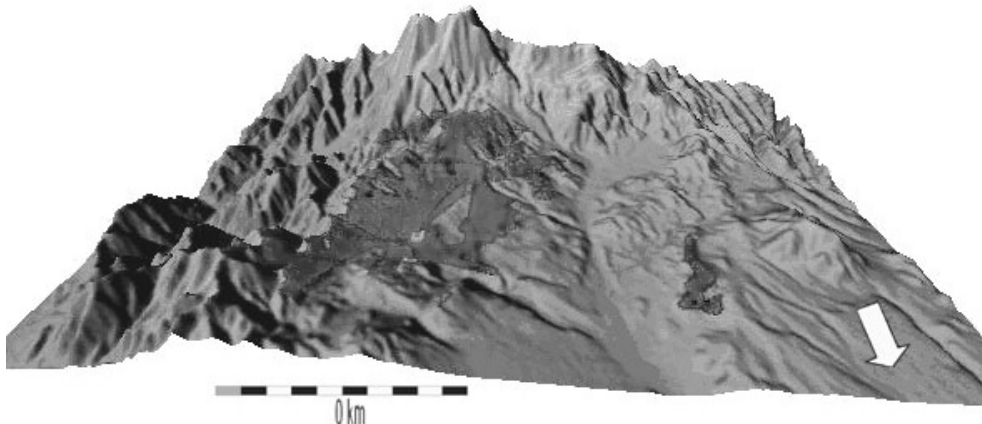


Figura 14. Simulación 3D, cuenca visual desde las faldas bajas del Acay

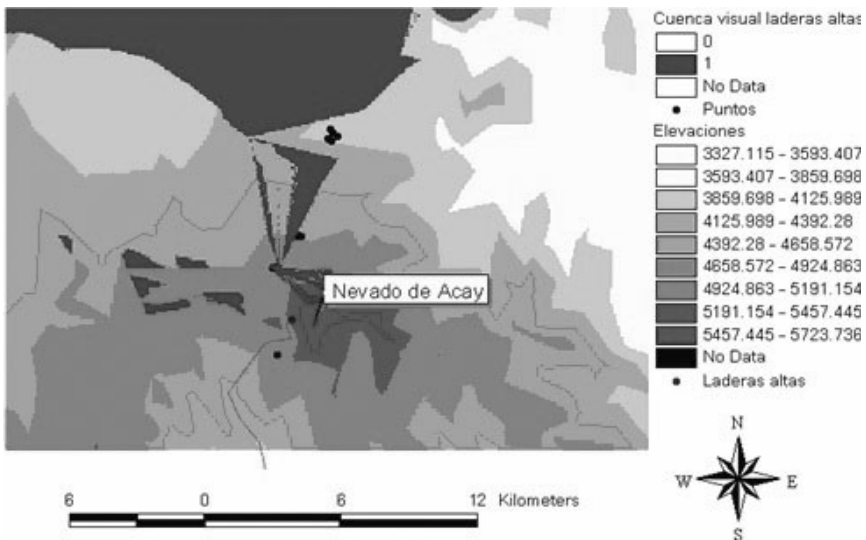


Figura 15. Raster GRID de cuenca visual en sombreado irregular

Con el empleo de dos extensiones distintas, *Network Analyst* y *PathMatrix*, buscamos identificar dos características del acceso a los santuarios de altura: los senderos más empinados y el camino óptimo, para determinar si las estructuras se ubican en las mejores vías de acceso o, por el contrario, en los caminos de mayor dificultad.

La extensión *PathMatrix* (versión 1.1) calcula las matrices de distancias geográficas basadas en el algoritmo “caminos de menor coste” (*least-cost path algorithm*); y, sobre una superficie de fricción (el DEM empleado para todas las aplicaciones), calcula la distancia entre puntos, para representar esquemáticamente y en tablas el costo del movimiento a lo largo del paisaje (Ray 2005:1, 2). La especificidad del análisis y su complejidad sobrepasan los objetivos y las limitaciones de este trabajo. Sin embargo, hacemos una introducción somera de su empleo y potencialidad en los estudios arqueológicos.

Las líneas que marcan la conectividad recíproca entre dos puntos pueden ser sinuosas o rectas. Las primeras son conocidas como “*knights move*”, el movimiento del caballo en un tablero de ajedrez, mientras que las segundas son consideradas las que mejor representan los caminos de menor coste.

En el caso estudiado, las estructuras registradas están dispuestas a lo largo de los caminos de menor coste. Estos a su vez se alinean con las subcuencas hidrográficas, debido a que en la mayoría de los casos el estudio es análogo a la delineación de cuencas hidrográficas. El algoritmo considera la superficie de coste como un modelo de elevación cuyo punto más bajo es el punto objetivo, al cual interpreta como punto de drenaje (Wheatley y Gillings 2004:142).

Empleamos también *Network Analyst* (analista de redes), para encontrar la mejor ruta de asenso a la cima de los santuarios de altura en *términos de economía de distancia*. Para ello trazamos rutas convergentes conectando las concentraciones de estructuras identificadas. La opción *solve* (resolver) elige la ruta más conveniente. Por el empleo de esta herramienta, se observa que en el Nevado de Acay las estructuras relevadas se ubican y se suceden en el camino óptimo hasta la cima (Figuras 17 y 18).

Por último, aunque no contamos con una muestra probabilística y no podemos por tanto realizar un mapa de probabilidades en SIG que represente la eficacia del modelo, sí estamos en condición de, por lo menos, tener un acercamiento al comportamiento de las variables entre sí con un cálculo de regresión logística binaria multivariante. Para el cálculo de regresión, se modificó

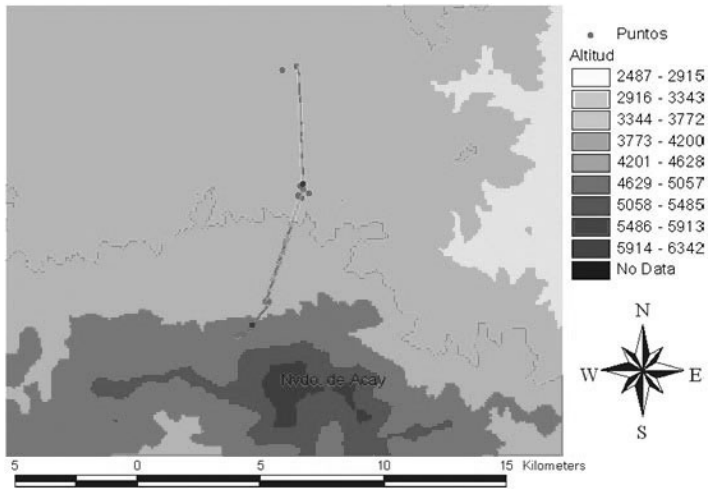


Figura 16. Raster GRID del Nevado de Acay en su ladera norte. Las líneas indican la intervisibilidad o su interrupción entre las estructuras

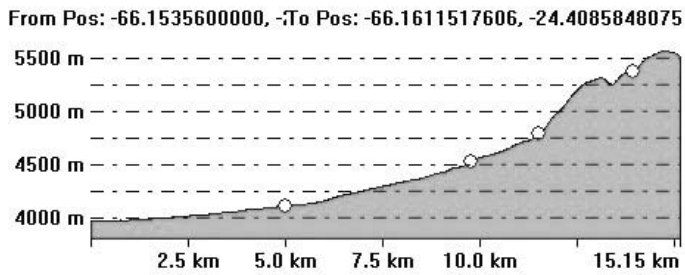


Figura 17. Disposición de hallazgos en perfil. De izquierda a derecha: cuenca de desagüe, faldas bajas, laderas altas y cima

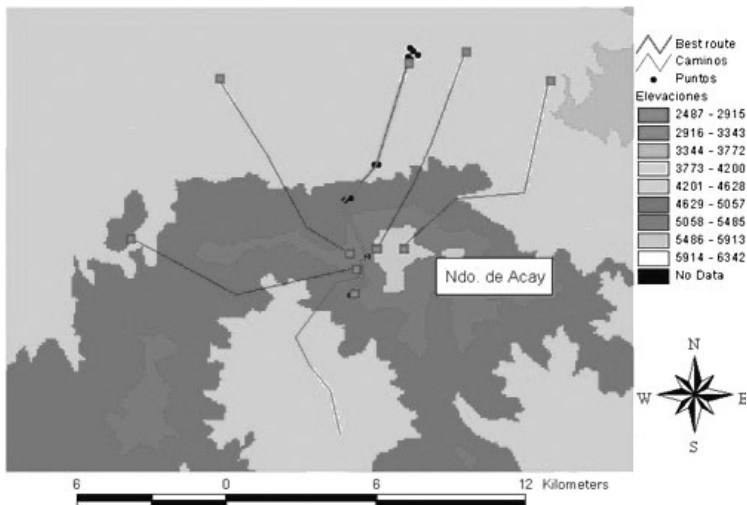


Figura 18. Caminos de ascenso al Acay. Trazo grueso: camino óptimo

la variable tipo en dos valores dicotómicos 0 (no habitación) y 1 (habitación) según la capacidad de cada unidad arquitectónica de ofrecer resguardo a una o más personas.

La tabla de clasificación (Tabla 3) nos muestra, con un 83,3% de precisión y en un 76% de los casos, que la variable insolación predice por sí sola la ocurrencia de estructuras de habitación en el Acay, tanto en su cima como en sus laderas, su base y sectores aledaños; mientras que el resto de las variables predictoras (altitud, distancia, fisiografía y aspecto) han sido eliminadas del modelo.

Tabla 3. Tabla de clasificación del cálculo de regresión logística

Tabla de clasificación					
Observado			Casos pronosticados		
			Habitación		Porcentaje correcto
			0	1	
Paso 1	Habitación	0	4	3	57,1
		1	3	15	83,3
	Porcentaje total				

En la Tabla 4 se observa, por último, el coeficiente Exp (B), que permite inferir que por cada unidad de la variable insolación (hora de sol) recibida por un espacio en particular, aumenta en un 2,791 la probabilidad de encontrar una estructura de habitación. Esto significa que, de todas las variables ambientales consideradas, la que más incide en los componentes culturales estudiados es la cantidad de horas de sol.

Tabla 4. Resultado de la ecuación de regresión logística con los estimadores del modelo

Variables en la ecuación							
		B	S.E.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)
Paso 1 ^a	Insolación	1,026	,437	5,508	1	,019	2,791
	Constante	-8,406	3,921	4,596	1	,032	,000

a. Variable(s) ingresadas en el paso 1: Insolación.

CONCLUSIÓN

Nuestra investigación en el Nevado de Acay forma parte de un esfuerzo mayor de tesis doctoral por ponderar los aspectos humanos, o mundanos, más básicos de la experiencia religiosa andina con respecto a la montaña. En lo teórico, se busca indagar la más rudimentaria definición del origen del sentimiento religioso: el sentido de indigencia, o *indiget* en su acepción latina. Ese sentimiento de vulnerabilidad, la limitación humana ante los elementos naturales, antes que remarcar la experiencia de dominación política o religiosa sobre una comunidad local, el efecto escenográfico sobre la psiquis del celebrante, o la opresión de la conciencia por el despliegue parafernático estatal (temas ya ampliamente tratados en la literatura respectiva y sobre los cuales no podemos aportar mucho más).

Nuestra visión se aleja de una teoría sociológica del hecho religioso (la religión como función social aglutinante o bien como legitimadora de un orden social dado), predominante en la arqueología de alta montaña, para adentrarnos en una definición vivencial, en la que entran en juego las sensaciones, las percepciones, los estados anímicos y la influencia de los factores naturales.

Somos conscientes, sin embargo, de las limitaciones que tiene todo intento de “entrar en la mente” de los seres humanos del pasado. Es por ello que estudiamos el medio geográfico donde se enmarcan las montañas en términos de recursos hídricos (fundamentales en sectores áridos como la puna), de espacios de resguardo ante los fuertes y fríos vientos, la incidencia solar en dichos espacios, la percepción visual potencial de cada lugar, la transitabilidad desde y hacia los santuarios de altura.

En fin, en lo teórico, nuestro trabajo es un intento por poner en clave humana un fenómeno cultural que se ha vinculado desde temprano y alternativamente con el mundo de los dioses, o con el mundo de los estados expansivos. Pero también es poner de relieve que la arqueología de alta montaña posee como desafíos inmediatos la cuestión cronológica y la asignación cultural de la evidencia.

Relacionar *a priori* las cimas de las montañas y el ritual incaico, por un lado, y descartar todo estudio sobre los espacios inferiores donde se desarrollaron, al parecer, actividades de índole económica, por otro, es un sesgo en la posibilidad de conocer la presencia humana de los macizos andinos.

Como primer paso hacia la solución de ello, hemos propuesto como metodología experimental el empleo de Sistemas de Información Geográfica, ampliando la mirada hacia espacios no considerados plenamente con anterioridad. Buscamos aportar por ese medio, indicando también la noción de un *vocabulario espacial puneño* al cual las montañas responden.

La primera característica de este vocabulario es que la evidencia arqueológica no se distribuye por el paisaje puneño al azar, sino que lo hace en relación con las fuentes de recursos hídricos, el resguardo fisiográfico del viento, la insolación y la concomitante orientación de las pendientes.

Lo anterior traduce, además de lo geográfico y ambiental, una complementariedad entre tipos de evidencia arqueológica, porque las estructuras más pequeñas se ubican en espacios abiertos, de mayor visibilidad pero menor resguardo (siempre con su apertura opuesta a la dirección del viento), mientras que las estructuras más grandes se encuentran en lugares de mayor resguardo pero menor visibilidad. Las primeras se ubican en los márgenes de quebradas fluviales, marcando la presencia de éstas, y sus vías de acceso. Las estructuras de mayor tamaño, que poseen funciones de vivienda y corral, no cuentan con lugares de gran visibilidad pero forman parte de un sistema de complementariedad en el cual las apachetas y parapetos, ubicados en las márgenes de las quebradas, indican a su vez la presencia de estos puestos de pernocte, aprovisionamiento y resguardo.

En cuanto a la irradiación solar, las correlaciones indican que las estructuras de mayor tamaño, interpretadas como corrales y habitación, se asentaron en aquellos espacios que presentan una cantidad también mayor de horas de irradiación solar, mientras que las estructuras menores, como refugios y apachetas, fueron ubicadas en lugares donde la cantidad de horas es menor. Debemos añadir también la preferencia por pendientes orientadas hacia el norte, sur y este, dándole la espalda a los fríos vientos cordilleranos allí donde el relieve no ofrece protección.

El estudio de vías de tránsito nos indica, además, que de diversas rutas alternativas de ascenso hacia las cimas, la evidencia arqueológica se encuentra en el camino óptimo, es decir, el que presenta menor accidente y superficie de fricción para el desplazamiento, además de los factores antes mencionados.

En conclusión, el carácter histórico y contemporáneo de la evidencia arqueológica nos inhibe de clasificar el Nevado de Acay como un exclusivo santuario incaico. Aunque debemos recordar que se carece de excavaciones más reveladoras que las realizadas hasta el momento, y de fechados radiocarbónicos. Una vez que se cuente con ambos, se podrá determinar si el particular ordenamiento espacial de la arquitectura revelado a través de la metodología que hemos aplicado es una herencia de la ocupación incaica (o anterior) o es el resultado de 500 años de explotación metalífera de la puna de Salta.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 27/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por el financiamiento del doctorado al cual estas investigaciones corresponden; a los evaluadores del escrito por sus valiosas sugerencias; también al Dr. J. Roberto Bárcena por aceptar ser el director del Doctorado y por su apoyo constante y generoso para su avance; a la Lic. Eleonora Mulvany, quien dirige actualmente mis tareas como becario; al equipo de investigación de la Unidad de Antropología del INCIHUSA, del Centro Científico y Tecnológico de Mendoza y a su personal administrativo, y a la directora del Museo de Antropología de Salta, Lic. Mirta Santoni, por otorgarme los permisos de investigación.

Esta investigación formó parte del proyecto PIP 112-200801-02957 "Investigaciones arqueológicas y etnohistóricas en el Centro oeste argentino", dirigido por el Dr. J. Roberto Bárcena.

NOTAS

- ¹ Los tipos aislados son: estructura rectangular simple (n= 5, 20%), estructura rectangular compuesta (n= 5, 20%), apacheta (n= 2, 8%), parapeto (n= 10, 40%), estructura semicircular simple (n= 2, 8%) y material lítico (n= 1, 4%).
- ² La moda se sitúa en el rango 3901-4250 msnm (n= 9).
- ³ En collados (n= 1, 4%), llanos (n= 11, 44%), laderas (n= 12, 48%) y rellanos (n= 1, 4%).
- ⁴ "En el inter que las cartas llegaron, y la operación que hicieron, es bien presuponer que, cuando Don Pedro de Bohorques entró al Valle, el P. Pedro Patricio había salido á hacer misión á la ciudad de Salta, y yo también llamado en la extrema necesidad en que se hallaba el Ingenio de S. Bernardo de Acay sin sacerdote, y ser cerca de la semana santa, llamado é instado del Capitan Don Joseph Pase, enviado del Señor del Ingenio, Gonzalo Ledano, que aquellos pobres Indios, y los demás que allí residían, no tenían con quien confesarse, ni de Salta esperaban este socorro: antes, un sacerdote que les asistía, los había dejado, y se había ido..." (Torreblanca [1696] 2007: 27-28).
- ⁵ Los parámetros del cálculo de las cuencas visuales fueron los siguientes:
 - altura de emisor y receptor: 2 m
 - promedio de porcentaje visible: 17,2%
 - radio de alcance máximo: 15 km
 - radio de alcance mínimo: 5 km
 - profundidad de bit: 24
 - ancho y alto de píxel: 0,0008333 grado de arco.

BIBLIOGRAFÍA

- Abal, C.
2001. Descripción y estudio del material textil. En J. Schobinger (comp.), *El santuario incaico del cerro Aconcagua*: 191-244. Mendoza, Editorial de la Universidad de Cuyo.
- Albeck, M. E.
2000. La puna Argentina en los Períodos Medio y Tardío. En E. Berberían y A. Nielsen (dirs.), *Historia argentina prehistórica*, Tomo 1: 347-388. Córdoba, Brujas.
- Alonso, R.
2008. *La puna argentina. Ensayos geológicos, históricos y geográficos de una región singular*. Salta, Crisol.
- Araneda, E.
2002. Uso de Sistemas de Información Geográficos y análisis espacial en arqueología: Proyecciones y limitaciones. En *Estudios Atacameños* 22: 59-75.

Barceló, J. A.

2008. *Computational intelligence in archaeology*. Nueva York, Information Science Reference.

Beorchia Nigris, A.

1984. El enigma de los santuarios indígenas de alta montaña. *Revista del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña (CIADAM)* 5.

Cabrera, A.

1957. *La vegetación de la Puna Argentina*. En *Revista de Investigaciones Agrícolas*. XI (4).

1994. *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería*. Fascículo 1. Regiones fitogeográficas argentinas, Tomo II. Buenos Aires, ACME.

Ceruti, M. C.

1999. *Cumbres sagradas del noroeste argentino*. Buenos Aires, EUDEBA.

2003. *Llullaillaco. Sacrificio y ofrendas en un santuario inca de alta montaña*. Salta, EUCASA.

2007. Excavaciones arqueológicas de alta montaña en el Nevado de Chañi (5.896 m.) y el Nevado de Acay (5.716 m.). Provincia de Salta. *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo. Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I: 53-69.

Ceruti, M. C. y C. Vitry

2000. El Santuario de Altura del Nevado de Acay (5.716 m.s.n.m.; Dpto. Los Andes; Pcia. de Salta, Argentina). <http://www.montero.org.mx/anterior/andes.htm> (13 de julio de 2010).

Connolly, J. y M. Lake

2006. *Geographical information systems in archaeology*. Manuals in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press.

Criado Boado, F.

1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA 6. Criterios y convenciones en Arqueología del Paisaje*: 1-58.

De Feo, M. E. y D. Gobbo

2005. Diseño de un modelo predictivo para la localización de tramos de vialidad incaica mediante la utilización de SIG. En *1er Congreso Argentino de Arqueometría*: 421-428. Rosario.

Ebert, J.

2005. The State of the Art in "Inductive" Predictive Modelling: Seven Big Mistakes (and Lots of Smaller Ones). En K. Wescott y R. J. Brandon (eds.), *Practical applications of GIS for archaeologists. A predictive modelling kit*, 137-143. Londres, Taylor & Francis.

Ebert, D. y M. Singer

2004. GIS, predictive modelling, erosion, site monitoring. En *Assemblage. The Sheffield Graduate Journal of archaeology* 8.

<http://www.assemblage.group.shef.ac.uk/issue8/ebertandsinger.html>. (20 de junio de 2010).

Fadel, J.

1977. *Mi amiga la montaña. Las famosas andanzas de un andinista salteño*. Salta, Fundación Michel Torino.

Fernández Cacho, S.

2010. Bases conceptuales y metodológicas de los modelos predictivos en Arqueología. En *E-PH Cuadernos* XXVII.

http://www.juntadeandalucia.es/cultura/iaph/html/portal/com/bin/portal/Contenidos/Cuadernos/eph_Cuaderno1/1254997904589_mapa_silvia.pdf. (20 de junio de 2011).

- García Moreno, A.
2010. *Patrones de asentamiento y ocupación del territorio en el Cantábrico Oriental al final del Pleistoceno. Una aproximación mediante SIG*. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Cantabria.
- Gentile L. M.
1999. *Huacca Muchay. Religión indígena*. Buenos Aires, Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore.
- Kohler, T. A. y S. C. Parker
1986. Predictive models for archaeological resource location. En M. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*: 397-452. Nueva York.
- Krapovickas, P.
[1958-59] 2004. Arqueología de la Puna Argentina. En M. E. Albeck y M. Ruiz, *Pedro Krapovickas. Una Antología. Tomo I: La Arqueología de la puna argentina*: 63-107. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Kvamme, K.
1988. Using existing archaeological survey data for model building. En W. J. Judge y L. Sebastian (ed.), *Quantifying the present and predicting the past: theory, method, and application of archaeological predictive modelling*: 301-324. Denver, US Department of the Interior.
1990. One-Sample Tests in Regional Analysis: New Possibilities through Computer Technology. *American Antiquity* 55 (2): 367-381, abril.
- Leusen, P. M. van, J. Deeben, D. Hallewas, P. Zoetbrood, H. Kamermans y P. Verhagen
2005. A Baseline for Predictive Modelling in the Netherlands. En M. van Leusen and H. Kamermans (eds.), *Predictive Modelling for Archaeological Heritage Management: a research agenda*. Nederlandse Archeologische Rapporten 29: 25-92. Amersfoort, Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek.
- López Romero, E.
2006. Modelos predictivos para el estudio del neolítico: aplicación del análisis de regresión simple y análisis discriminante al megalitismo de la cuenca del Sever (España-Portugal). M. Severo Hernández Pérez, J. A. Soler Díaz, J. A. López Padilla (coords.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 27-30 de noviembre de 2006, 1: 275-280. Alicante.
- Ottonello, M y P. Krapovickas
[1973] 2004. Ecología y arqueología de cuencas en el sector oriental de la Puna, República Argentina. En M. E. Albeck y M. Ruiz. *Pedro Krapovickas, Una Antología. Tomo I: La Arqueología de la puna argentina*, 11-37. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Raffino, R.
2007. *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires, Emecé.
- Ray, N.
2005. PATHMATRIX: a geographical information system tool to compute effective distances among samples. *Molecular Ecology Notes* 5: 177-180.
- Ree, J.
2010. A probability model for Prehistoric Archaeology sites in the Chattahoochee-Oconee National Forests.
<http://www.gsc.edu/schools/stem/iesa/events/Pages/Gallery.aspx>. Gainesville State College. (20 de junio de 2011).

Rose, M. y J. Altschul

1988. An overview of statistical method and theory for quantitative model building. En W. J. Judge y L. Sebastian (eds.), *Quantifying the present and predicting the past: theory, method, and application of archaeological predictive modelling*: 173-256. Denver, U. S. Department of the Interior.

Seibel, S.

2006. Archaeology Predictive Modelling. Using GIS to predict location of archaeological sites that impact a transportation improvement program. Government engineering, septiembre octubre. En: <http://www.govengr.com>. (20 de junio de 2011).

Schobinger, J.

2001. Los santuarios de altura y el Aconcagua: aspectos generales e interpretativos. En J. Schobinger (comp.), *El santuario incaico del cerro Aconcagua*. Mendoza, EDIUNC.

2004. Resultados de la investigación sobre la momia del Nevado de Chuscha y su contexto cultural. En J. Schobinger (comp.), *El santuario incaico del nevado de Chuscha (zona límite Salta-Catamarca)*: 291-303. Buenos Aires, Fundación CEPPA.

Schobinger, J. y C. Ceruti

2000. Arqueología de alta montaña en los Andes argentinos. En E. Berberían y A. Nielsen. *Historia Argentina Prehispánica. Tomo II*: 523-559. Córdoba, Brujas.

Torreblanca, H. de

[1696] 2007. *Relación histórica de Calchaquí. Escrita por el misionero jesuita P. Hernando de Torreblanca y remitida al Padre Rector Lauro Núñez en 1696*. Salta, Crivelli.

Vásquez, J. A.

[1966] 2008. Observaciones para la interpretación de la momia del Cerro El Toro desde el punto de vista de la filosofía e historia comparadas de las religiones. En Schobinger, J. (ed.), *La Momia del Cerro El Toro*: 227-234. 2da. edición. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

Verhagen, P.

2007. *Case studies in archaeological predictive modelling*. Holanda, Leiden University Press.

Warren, R. y D. Asch

2005. A Predictive Model Of Archaeological Site Location in the Eastern Prairie Peninsula. En K. Wescott y R. J. Brandon (eds.), *Practical applications of GIS for archaeologists. A predictive modelling kit*: 5-31. Londres, Taylor & Francis.

Wescott, K. y J. Kuiper

2005. Using a GIS to Model Prehistoric Site Distributions in the Upper Chesapeake Bay. En K. Wescott y R. J. Brandon (eds.), *Practical applications of GIS for archaeologists. A predictive modelling kit*, 137-143. Londres, Taylor & Francis.

Wheatley, D.

2003. Making space for an archaeology of space. En *Internet Archaeology 15*. http://intarch.ac.uk/journal/issue15/wheatley_index.html (20 de junio de 2011).

Wheatley, D. y M. Gillings

2002. *Spatial Technology and Archaeology. The archaeological applications of GIS*. Nueva York, Taylor & Francis.

LA CONFIGURACIÓN DEL PAISAJE BELÉN (VALLE DE HUALFÍN, CATAMARCA)

Bárbara Balesta*, Nora Zagorodny* y Federico Wynveldt*

RESUMEN

Se aborda el estudio de un conjunto de sitios arqueológicos del valle de Hualfín (Catamarca), correspondientes al Período de Desarrollos Regionales/Inka (1000-1536). Considerando al espacio como un objeto construido social y políticamente (Smith 2003), se definen tres dimensiones prácticas: el espacio físico, el espacio percibido y el espacio imaginario. A nivel operativo, desde una dimensión espacial del paisaje consideramos aspectos tales como el tipo de emplazamiento, la topografía de los sitios, la cantidad y distribución de los recintos, su comunicación con el exterior y con otros recintos; desde una dimensión temporal adscribimos cronologías relativas y absolutas; y desde una dimensión social interpretamos los materiales exhumados. Se analizan comparativamente los sitios para avanzar en la comprensión de las relaciones intrarregionales entre las poblaciones que habitaron el área en el período y sugerimos hipótesis en las que se consideran distintos tipos de conflictos, referidas a los momentos de ocupación de los sitios.

Palabras clave: paisaje – espacio – dimensión temporal – dimensión social – conflicto.

ABSTRACT

This studies a series of archaeological sites in the Hualfín Valley (Catamarca) that dates to the Regional Developments/Inka Periods (1000-1536). In considering space as a socially and politically constructed object (Smith 2003), we define three practical dimensions: physical space, perceived space and imagined space. At the operative level, from a spatial dimension of landscape we consider aspects such as the type of emplacement, the topography of the sites, the quantity and distribution of enclosures, their communication with the outside and with other enclosures; from a temporal dimension we consider relative and absolute chronologies, whilst from a social dimension we interpret the materials uncovered. We will comparatively analyze the sites so as

* Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. E-mail: bbalesta@ciudad.com.ar; nzagorodny@hotmail.com; fwynveldt@yahoo.com.ar

to advance our understanding of the interregional relationships between the populations that inhabited the area during this period, we suggest hypothesis in which we consider different types of conflicts linked to the episodes of occupation of the sites.

Keywords: *landscape – space – temporal dimension – social dimension – conflict.*

INTRODUCCIÓN

El discurso acerca del espacio ha sido dominado frecuentemente por una concepción que centra su interés en la dimensión temporal y que ha solapado la dimensión espacial propiamente dicha. Esta visión sesgada del espacio contra el tiempo puede notarse en la biología, a través del evolucionismo y, sobre todo, en las disciplinas históricas. Las tradiciones clásicas que dominaron los estudios del espacio desde sus orígenes consideraron a dicho concepto como una categoría absoluta, definida como una entidad objetiva y externa a los humanos que lo habitaron. Por otra parte, las aproximaciones antropológicas y sociológicas a la política han aplicado modelos de evolución del estado en el tiempo más que explicar cómo actúan las entidades políticas sobre paisajes, considerados estos como espacios producidos, reproducidos y destruidos a lo largo del tiempo.

El surgimiento de las perspectivas orientadas a la práctica de los actores y sus acciones ha conllevado una reconsideración de los lazos entre tiempo y espacio, que puede verse fundamentalmente en los trabajos de Bourdieu (1995) y Giddens (1995). A partir del surgimiento de estos puntos de vista puede considerarse la temporalidad del paisaje sobre la base de los procedimientos prácticos de producción, reproducción y reforma definidos para un conjunto entretelado de relaciones políticas.

Considerando las nuevas perspectivas acerca de las categorías espaciales y el uso del concepto de paisaje en arqueología, se propone avanzar hacia una definición operativa de paisaje y realizar una aplicación al análisis de sitios del valle de Hualfín en el noroeste argentino durante el Período de Desarrollos Regionales/Inka (1000-1535 AD).

LAS CONCEPCIONES TEÓRICAS SOBRE EL PAISAJE

El estudio del paisaje y el análisis espacial en arqueología se han abordado desde diversas perspectivas teóricas con resultados muy disímiles. Por lo tanto, las concepciones de espacio, lugar y paisaje, fundamentales hoy en día en la investigación arqueológica, varían en un grado considerable. A pesar del uso extendido de estas nociones, muchas veces existe una falta de definiciones explícitas en los estudios que abordan temáticas paisajísticas y/o espaciales, que suele derivar en una imprecisión terminológica respecto de su conceptualización.

Dentro de las tradiciones clásicas que concibieron al espacio como una categoría absoluta se pueden distinguir el absolutismo mecánico (Fried 1967; Hammond 1972; Service 1975; entre otros) y el absolutismo orgánico (Steward 1972; Gordon Childe 1973). Ambos comparten un sentido básico de unidad del espacio, pero mientras los absolutistas mecánicos separan al espacio de cualquier influencia sobre la evolución social, la visión de los orgánicos permite que un conjunto restringido de variables espaciales juegue un rol, muchas veces determinante, en las transformaciones sociales.

Posteriormente, y como contrapartida de estas perspectivas, surgieron las tendencias subjetivistas con sus variantes: la tradición comunicativa, que argumenta que las formas espaciales aparecen como un modo de expresión no verbal (Hattenhauer 1984; Hillier y Hanson 1984) y la aproximación fenomenológica (Ashmore 1989; Tilley 1994), que interpreta los ambientes creados como expresiones de sistemas culturales de creencias o cosmología. El primer acierto de estas

posturas consistió en la incorporación de otras dimensiones diferentes a lo estrictamente material, a la vez que se propusieron explicar cómo distintos pueblos construyen diferentes formas de vida. Sin embargo, las críticas hacia ellas apuntaron a su falta de explicación acerca de cómo los espacios son imbuidos de significado. Se las acusó de no tomar en cuenta la organización social de la producción, la economía y el poder que permiten construir las cosas. Asimismo, se señaló que olvidaban la materialidad del espacio, su habilidad no sólo para significar, sino para restringir, direccionar y ordenar relaciones físicas (Smith 2003).

Frente a las críticas surgieron nuevas tendencias que toman en cuenta diversos aspectos para la formulación de conceptos tales como “paisaje”, “espacio”, “lugar”, entre otros. Dichos aspectos se refieren a la interrelación de los grupos humanos entre sí y con respecto a los espacios físicos que habitan (Foucault 1986). Estas corrientes fueron enriquecidas por el punto de vista de la agencia, que considera cómo la acción se estructura en contextos cotidianos y cómo sus características estructuradas son reproducidas por la misma ejecución de la acción (Bourdieu 1995; Giddens 1995). En tal sentido, el espacio no se puede describir simplemente como expresivo o reflexivo, sino que también se concibe como instrumental y recursivo (Smith 2003).

El espacio, definido como las relaciones entre cuerpos, formas y elementos, es un producto de relaciones entre actores que se entrecruzan, negocian y compiten, con capacidades prácticas diversas para transformar estas relaciones. Por lo tanto, si las relaciones espaciales se establecen dentro de prácticas sociales, nuestras preguntas deben ir más allá de la descripción formal, para entender el espacio físico del ambiente, el espacio percibido por los sentidos y el espacio representado por la imaginación, como dominios que se conectan dentro de la vida social.

Las dimensiones del paisaje están configuradas por la experiencia constituida por medio de prácticas materiales, que describe el flujo de cuerpos y cosas a través del espacio físico. Esta dimensión de las prácticas espaciales toma en cuenta el uso de la tierra, sus reglas de propiedad, el modo de explotación de los recursos, jerarquías y divisiones administrativas y todas aquellas cuestiones económicas y/o culturales que transcurren en el espacio físico. Comprende también las técnicas y tecnologías de construcción, así como la circulación a través de espacios terminados.

La percepción espacial describe una interacción sensorial entre actores y espacios físicos. En este espacio se desarrollan y conviven signos, señales, claves y códigos. Dentro de esta dimensión analítica se deben explorar las cuestiones que comprenden interacciones afectivas entre los humanos y su ambiente.

La concepción relacional del espacio centrada en el concepto de *paisaje* se ajusta particularmente a las investigaciones arqueológicas. En tal sentido, si el espacio es constitutivo de lo social, el mapeo de cada artefacto en su lugar nos dará pautas para interpretar las relaciones espaciales como constitutivas de la vida social.

Tomando como base esta corriente relacional nos planteamos el estudio de varios sitios del valle de Hualfín como un punto de partida que posibilite la reconstrucción de la historia regional. Para ello se considerarán tres dimensiones: espacial, temporal y social. La dimensión espacial comprenderá indicadores tales como el emplazamiento de los sitios, su topografía, la cantidad y particularidades de los recintos, su distribución, su comunicación con el exterior y con otros recintos, los materiales utilizados en su construcción y las técnicas constructivas implementadas. La dimensión temporal incluirá los indicadores que proporcionen cronologías absolutas y relativas de los sitios. Por último, la dimensión social considerará los artefactos hallados en ellos, su cantidad, su distribución, los materiales empleados en su manufactura, la calidad, características, ubicaciones relativas y condiciones de depositación. Por otra parte, las relaciones establecidas a partir del cruce entre las dimensiones posibilitarán establecer funciones que determinarán, en la medida en que la evidencia lo posibilite, como áreas de actividad, de tránsito, de acceso y/o públicas.

Por medio de esta aproximación se espera recuperar información acerca de cómo el espacio construido fue imbuido de significados, por un lado y, por otro, reconstruir aspectos de la organización social de los grupos que lo habitaron, teniendo en cuenta la materialidad del

espacio y su capacidad no sólo para significar, sino también para restringir, direccionar y ordenar relaciones físicas.

LOCALIZACIÓN Y CARACTERIZACIÓN DE LOS SITIOS

El valle de Hualfín del noroeste argentino se ubica en el centro de la provincia de Catamarca. Gran parte de los sitios de habitación correspondientes al Período de Desarrollos Regionales se hallaban sobre lomadas de difícil acceso, protegidas muchas de ellas por murallas defensivas, con diferentes cantidades de recintos así como distintos grados de aglomeración. Existen ejemplos de este tipo de asentamiento en diversas localidades del valle, tales como Corral Quemado, Puerta de Corral Quemado, el Eje de Hualfín, Hualfín, San Fernando, La Toma, entre muchos otros, además de los sitios incluidos en esta presentación que corresponden a las localidades de La Ciénaga (Cerro Colorado, Cerrito Colorado y Loma de Ichanga) y Azampay (Loma de los Antiguos) (Figura 1).

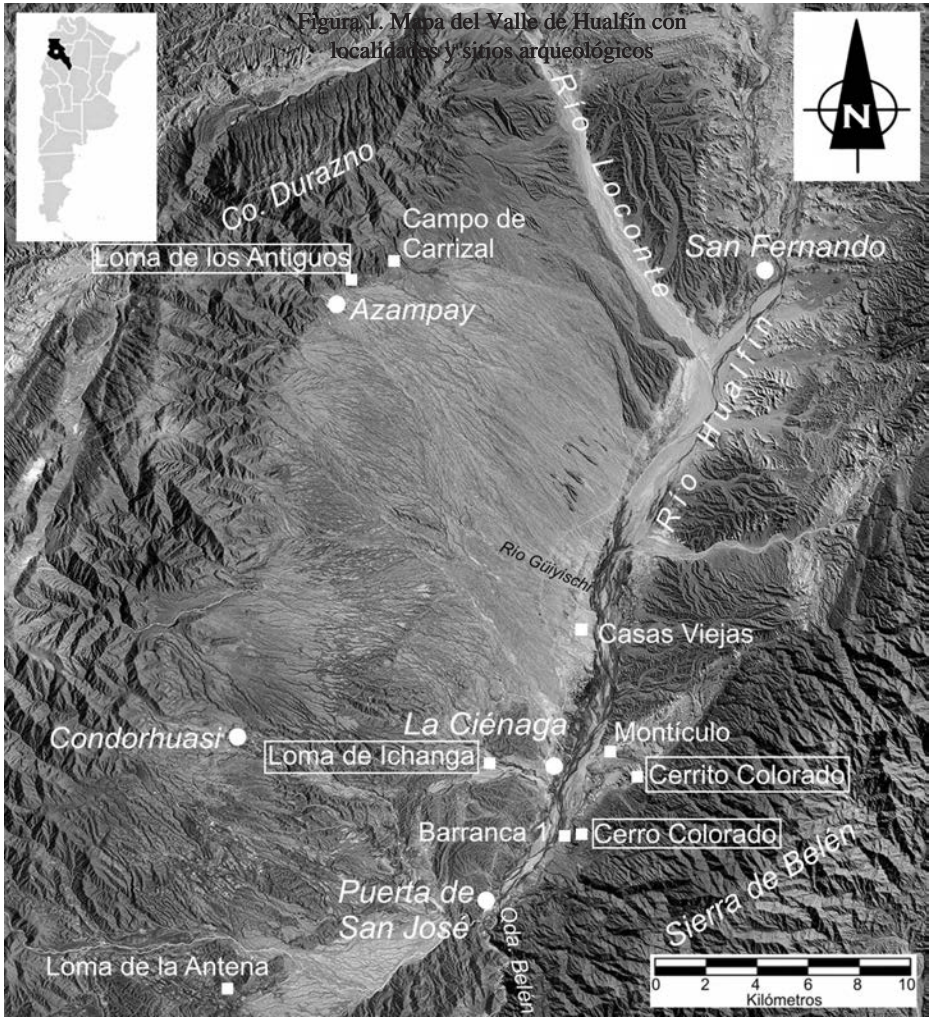


Figura 1. Mapa del Valle de Hualfín con localidades y sitios arqueológicos

Por otra parte, existen sitios conformados por estructuras dispersas emplazadas entre los campos de cultivo sobre el piedemonte que desciende de la ladera occidental del valle, como los andenes de Carrizal, Azampay y Agua Linda, o en las terrazas de distintos cursos de agua, como el propio río Hualfín, el Corral Quemado o el Ichanga, algunos de los cuales se analizan en el presente trabajo.

A continuación se desarrollan dos tipos de sitios detectados en el valle de Hualfín, atendiendo a sus condiciones de emplazamiento, y se describen y analizan las correspondientes dimensiones espaciales¹.

Los sitios en altura

Los sitios adscritos al período considerado que se hallan ubicados en la margen oriental del río Hualfín se emplazan sobre las estribaciones de la sierra de Belén y en las terrazas del propio río.

Los asentamientos ubicados hacia la margen occidental del Hualfín presentan distintas características. Algunos se hallan emplazados sobre lomadas o mesetas bajas, correspondientes a los depósitos de piedemonte que descienden desde la cadena occidental de los cerros, o también sobre las pequeñas terrazas formadas por los ríos que discurren hacia el Hualfín. Estos cauces, como en el caso del río Ichanga, de curso estacional, permanecen secos durante todo el año y sólo transportan agua en cortos y drásticos eventos de precipitaciones durante el verano.

Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo

Uno de los sitios fortificados más importantes del Período de Desarrollos Regionales del valle de Hualfín en la localidad es el Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo, situado en las coordenadas S27°31'38,8'' y W66°58'14,6'', con 150 m de altura (1.530 msnm), emplazado sobre la orilla oriental del río Hualfín.

Fue visitado y descrito por primera vez por Bruch en 1911, aunque la falta de especificaciones sobre sus características y su localización impidió su posterior identificación. A principios de la década de 1980 se redescubrió el sitio y se excavó una estructura (Sempé y Pérez Meroni 1988). A partir de 2004, el equipo de trabajo del Laboratorio de Análisis Cerámico (LAC) comenzó tareas de prospección y excavación en el cerro y sus inmediaciones.

El Cerro Colorado exhibe grandes irregularidades en su topografía que hacen difícil el acceso por todos los sectores; no obstante, las laderas occidentales resultan más accesibles, ya que por ellas descienden varios espolones que permiten ascender con más facilidad. Es posible que esta relativa accesibilidad llevara a la construcción de murallas defensivas localizadas sobre este flanco del sitio. En sus distintos sectores se han relevado hasta el momento más de 100 recintos y decenas de otras construcciones de piedra (muros, murallas y estructuras funerarias).

Los recintos se hallan agrupados en dieciocho conjuntos de estructuras contiguas entre sí, distribuidas en cinco sectores separados a las que se agregan varios recintos aislados, con características morfológicas y tamaños diferentes, construidos con diversos tipos de rocas presentes en el lugar. Los recintos, en general, presentan plantas de forma subcuadrangular o rectangular y, en menor medida, subcirculares. En algunos casos, grandes recintos han sido subdivididos internamente, como es el caso del núcleo conformado por los recintos 35/36, en el cual uno está incluido dentro del otro (Figura 2). En distintos sectores del cerro y a diferentes cotas altitudinales se levantaron muros de protección, plataformas y parapetos y se establecieron sendas de comunicación. La circulación, tanto para el ascenso al sitio como para el pasaje entre los sectores, resulta intrincada e implica movimientos entre varias alturas. En este sentido, el efecto del emplazamiento, que se produce de un modo natural a partir de la topografía, resulta potenciado por su diseño. No se

registran espacios centrales grandes, pero algunos grupos de recintos se abren a un espacio plano y amplio (Figura 2) que pudo haber servido para la realización de actividades domésticas, tales como las que aún realiza la población rural actual (textilería, cocina, alfarería, etcétera).

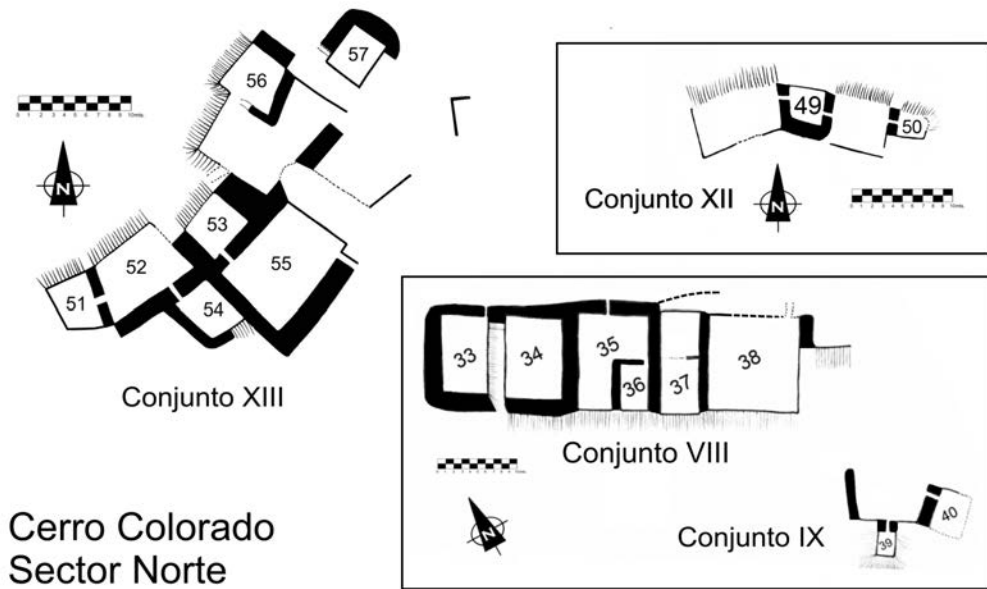


Figura 2. Vista de distintos conjuntos del Sector Norte del Cerro Colorado

Entre las estructuras se hallaron tumbas, las cuales aparecen saqueadas en su totalidad. Sin embargo, en excavaciones llevadas a cabo en 2008, se exhumaron dos entierros infantiles en una habitación que parece haber sido previamente abandonada e incendiada y luego limpiada en un sector en el que se inhumaron tres infantes (Balesta y García Mancuso 2010). Estos hallazgos se describirán en el acápite correspondiente a los restos esqueléticos humanos.

Cerrito Colorado de La Ciénega de Arriba

El Cerrito Colorado se encuentra en la localidad de La Ciénega de Arriba. Sus coordenadas son $S27^{\circ}30'24''$ y $W66^{\circ}57'00''$, y está ubicado a 130 m de altura sobre el terreno circundante (1.600 msnm), a 1 km al este del río Hualfin y a 3 km al noreste del Cerro Colorado. Fue excavado por A. R. González en la década de 1950 y hasta el momento no se ha vuelto a excavar allí, sino que las actividades se han limitado a prospecciones, recolecciones de materiales en superficie y planimetría (González Dubox *et al.* 2010).

Las construcciones se distribuyen sobre tres niveles diferentes de altura, y sobre la ladera occidental de la lomada se encuentran filas de pequeños muros y murallas de decenas de metros. Se compone de decenas de estructuras, dispersas desde la base hasta la cima (Figura 3), en diecinueve de las cuales se reconocen recintos delimitados, mientras que en los casos restantes podría tratarse de recintos tapados por derrumbes y/o de muros de contención. Los recintos son cuadrados, rectangulares o poligonales, sin registro de formas circulares. No existe asociación entre recintos, aunque un gran porcentaje se comunica con sectores aterrazados; es decir, espacios

abiertos donde una o más picras de contención permitieron mantener un piso nivelado, con lo cual se evitó la acción de la erosión.



Figura 3. Plano de las construcciones en la cima del Cerrito Colorado

El Cerrito Colorado se asocia a dos mesadas que se encuentran al pie y presentan distintas construcciones de piedra, algunas conformadas por gruesas picras y otras estructuras de piedra incompletas, que configuran muros semicirculares; cerca del extremo de una de estas mesadas se halla un montículo de unos 4 m de altura que presenta restos de una picra alrededor y conecta con una rampa de piedra que configura el acceso hacia la cima; sobre ésta se encuentra un mortero con dos tazas.

Loma de Ichanga

En la confluencia de los ríos Ichanga y La Calera –ambos de curso transitorio–, se halla la Loma de Ichanga. Sus coordenadas son S27°29'59'' y W67°00'25'', y se encuentra a una altura

de 1.515 m sobre el nivel del mar, localizada sobre una lomada plana o mesada con una altura de 50 m. El asentamiento fue descubierto por el equipo de trabajo del LAC en 2006, a raíz de la realización de prospecciones en la zona. Durante ese año se procedió a la confección de un plano del sitio.

A la mesada se accede por una senda muy empinada ubicada en el extremo oriental de la lomada, donde confluyen ambos ríos. Las laderas hacia el oeste y el noroeste son inaccesibles. En la cima se hallan quince recintos de piedra de morfología y tamaño bastante homogéneos; todos los recintos son de forma cuadrangular. Su distribución muestra un sector más concentrado, próximo a la senda de acceso actual que comprende diez estructuras (Figura 4); siguiendo hacia el oeste los recintos se encuentran más dispersos; luego la línea de la cima se angosta y continúa hacia los sectores noroeste y norte, donde no hay más construcciones. Casi todas las estructuras están aisladas, se registran sólo dos recintos agrupados que fueron excavados en 2007 (Balesta y Wynveldt 2010).

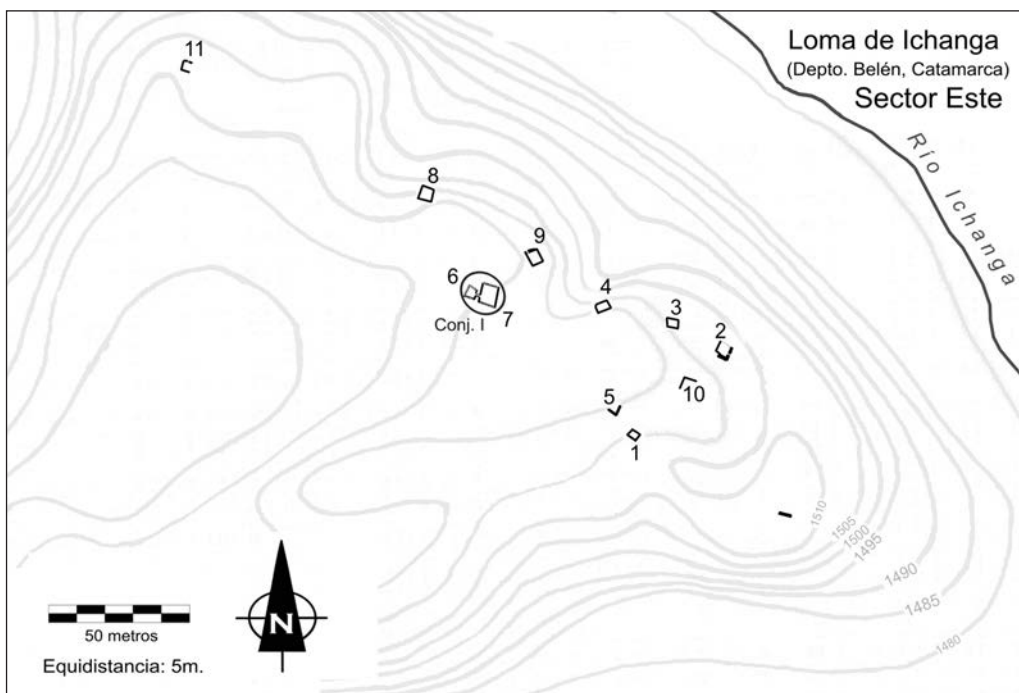


Figura 4. Plano del sector concentrado de Loma de Ichanga

Loma de los Antiguos

La Loma de los Antiguos se ubica en la localidad de Azampay, en las coordenadas $S27^{\circ}20'23''$ y $W67^{\circ}03'25''$, a 2.200 msnm. Se trata de un poblado fortificado ubicado a 200 m sobre el terreno circundante (Figura 5). Está rodeado por varias murallas de circunvalación y el acceso a la cima se realiza actualmente por una senda ubicada en la ladera sur. En sus flancos este, norte y oeste las laderas son fuertemente abruptas y de acceso muy dificultoso. En el extremo norte hay un recinto aislado que parece destinado a la vigilancia del sector.

Este es el sitio más trabajado en el valle, fue descubierto por W. Weisser en la década de 1920 y excavado por A. R. González en los años cincuenta, por C. Sempé en los ochenta y en

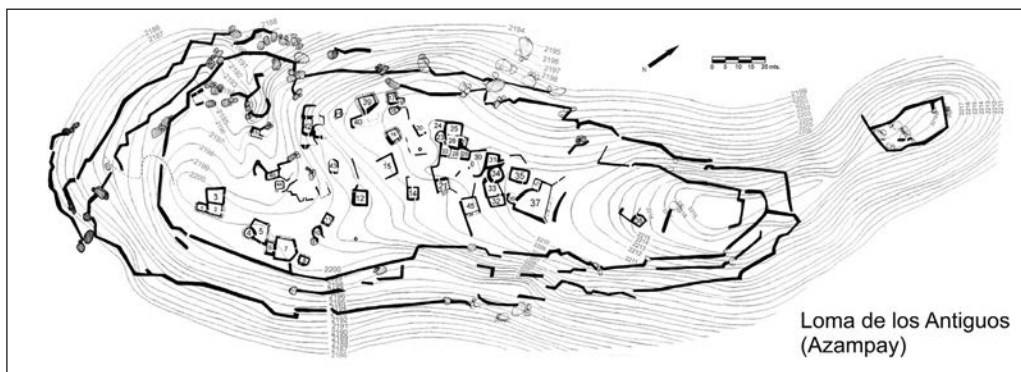


Figura 5. Plano de Loma de los Antiguos

una última etapa, por el equipo del LAC, en los noventa. El porcentaje de excavación alcanzado comprende el 62% de las habitaciones, cuyos resultados se hallan extensamente publicados (Balesta y Zagorodny 1999; Wynveldt 2009a).

La fortificación del poblado consiste en murallas concéntricas de circunvalación con aberturas intercaladas. Los recintos, en número de 43, conforman agrupaciones de ocho conjuntos con características diferenciales, no sólo en cuanto a la cantidad de recintos asociados, sino también en relación con su comunicación con los espacios externos. Con respecto a las morfologías de las plantas de los recintos, éstas son variadas. Encontramos desde rectangulares, subcuadrangulares y poligonales a subcirculares. La entrada principal al sitio parece haber estado sobre el sur, donde se localizan dos grandes piedras a modo de jambas y hay un posible sendero de circulación; además, se detectaron sendas para circular entre las murallas.

En la cima existen irregularidades topográficas que generaron diferencias, tanto en la altitud de los conjuntos de recintos emplazados como en su disposición y construcción. Existen conjuntos que proyectan sus aberturas de salida a espacios abiertos, mientras que otros, además de presentar esta característica, desembocan a su vez en un espacio central relativamente circunscrito y llano.

El diseño del sitio genera modos específicos de circulación que resultan complicados si no se conoce el circuito, las entradas son angostas y no permiten el paso de varias personas a la vez. La agrupación más concentrada y más elevada del sitio, que presenta un espacio central al que convergen los recintos, es la de más difícil acceso, con una localización que permite controlar la entrada al conjunto. El interjuego entre accesos y barreras dirige y controla el movimiento interno. Por otra parte, desde las habitaciones cercanas a las laderas se puede observar si alguien se acerca.

Los sitios en zonas bajas

Los sitios en zonas bajas, en general corresponden a habitaciones aisladas y/o conjuntos de habitaciones dispersos sobre barrancas o espolones. Los de la banda oriental del Hualfín parecen haberse vinculado a cultivos en las planicies aluviales, mientras que los de la banda opuesta requirieron de la construcción de obras agrohídricas.

Barranca del río Hualfín y Lajas Rojas

La antigua terraza de la margen izquierda del Hualfín, al pie del Cerro Colorado, es una planicie cuya altura va variando respecto del río, con un máximo de 8 m aproximadamente; mientras

que en los sectores donde se observan eventuales derrumbes no supera el metro de altura. En general, es continua, exceptuando una depresión que se ubica en su centro, en la que se produjo el derrumbe de los diferentes estratos. Hacia el este, comienza a elevarse hasta alcanzar los primeros espolones del Cerro Colorado.

Sobre la terraza se excavaron estructuras de dos tipos marcadamente diferenciados: las más cercanas al río, que han sido denominadas como *Barranca* (S27°31'40'' y W66°58'45''), se presentan dispersas sobre todo en el sector sur de la terraza. Los recintos presentan forma subcircular de distintas dimensiones y fueron construidos con rodados de tipo granítico. Estos se encuentran, en algunos casos, asociados, formando grupos de a dos o tres. Dispersas alrededor de estas estructuras se han identificado otras, posiblemente habitacionales, y al menos cuatro tumbas, actualmente saqueadas. En dirección al sur, en una terraza adyacente, se encuentran varios morteros múltiples cercanos a un recinto cuadrangular.

Asimismo, próximos al pie del cerro se encuentran otros cuatro recintos, tres de ellos en la base de la ladera este y próximos a una estructura funeraria saqueada (S27°31'37'' y W66°58'32''), y otro en el sector norte (S21°31'20'' y W66°58'20''). Estos recintos, de los cuales se han excavado tres, fueron denominados Lajas Rojas, y poseen características constructivas diferentes a las de los anteriormente descritos y semejantes a las de aquéllos propios de la cima del Cerro Colorado. Se trata de estructuras aisladas de planta rectangular, con una longitud en sus paredes entre 3 y 5 m, construidas con hiladas de piedras canteadas rojizas y negras.

Las obras agrohidráulicas en el piedemonte al occidente del Río Hualfín y el sitio Campo de Carrizal

El sitio Campo de Carrizal (Sempé 1999; Zagorodny *et al.* 2007; Valencia *et al.* 2009; Zagorodny y Val 2010) se halla 2 km al norte de la localidad de Azampay, a S27°19'55'' y W67°02'24'', sobre un grupo de tres espolones, entre dos quebradas, a unos 2.070 msnm. Corresponde a un conjunto de núcleos habitacionales (en adelante, NH) que constan de uno o más recintos subrectangulares edificados sobre niveles aterrazados artificialmente sobre los espolones de los cerros. Estos niveles definen una serie de andenes de cultivo y/o circulación, construidos con pircas frontales de contención que siguen las sinuosidades del terreno, en los cuales, a distintas alturas, se ubican los recintos.

Los muros de contención de las superficies aterrazadas presentan, a distintos intervalos, piedras altas paradas que sobresalen de las paredes a modo de vano de acceso o de posibles mojones. En el primer espolón, que se ubica hacia el noroeste, se encuentra un sólo recinto rectangular, cerrado, con pared doble. Sobre el espolón del medio, en la cota más alta, se encuentra el NH 1, que consta de tres recintos subcuadrangulares, dos de los cuales tuvieron funciones habitacionales, mientras que el tercero es un mortero comunal pircado; todos están unidos por paredes medianeras. En una terraza más baja se halla el NH2, que consta de dos recintos asociados por una pared medianera, de los cuales se excavó uno, con posibles funciones de habitación; el contiguo es un sector semiabierto que podría haber constituido un espacio de actividades domésticas, función que deberá ser corroborada a partir de su respectiva excavación. En un tercer nivel del espolón se detectó una nueva estructura en forma de L, abierta hacia el este, denominada NH3, que se encuentra conectada con el NH2, del mismo espolón, por tres niveles de terrazas que se comportan como rampas de circulación que vinculan ambos conjuntos. Desde aquí, la visibilidad del NH2 es completa.

En el llamado Espolón 3, ubicado en dirección sudeste, se han relevado dos conjuntos de recintos, el NH1 y el NH2, en distintos niveles altitudinales de la geoforma respectiva, separados entre sí, al igual que los del espolón 2, por terrazas sucesivas. El NH1 consta, de acuerdo con las evidencias visibles, de un sólo recinto, mientras que el NH2 presenta dos recintos unidos por una pared medianera. Por el momento sólo se ha excavado de forma parcial un recinto del NH2

(Rec. 1), que presenta grandes dimensiones y una forma compleja, con características distintivas en relación con los otros núcleos habitacionales del sitio. Podría describirse como dos trapecios enfrentados y encastrados por sus bases. Se accede a él por el sector noreste, a través de un largo pasillo. Para facilitar el trabajo en él, fue subdividido en dos sectores, norte y sur, el primero más pequeño que el segundo. La superficie del sector norte es de aproximadamente 42 m², mientras que la del sector sur es de 135 m². Las paredes tienen un grosor promedio de 1 m. Los muros del sector norte están contruidos con la técnica de pirca doble con relleno. Las paredes internas fueron contruidas con bloques canteados de forma prismática rectangular, intercalados y ajustados con piedras más pequeñas de morfología tabular o irregular. Las piedras se colocaron en dirección horizontal, lo cual les da una apariencia de “ladrillos”. Los encuentros entre paredes forman ángulos de tipo recto u obtuso. Las paredes externas fueron contruidas con grandes piedras de morfología redondeada unidas con piedras menores.

Una característica relevante en esta zona son las obras hidráulicas asociadas a actividades agrícolas; el registro indica, en la margen sur de la Quebrada de Carrizal, la presencia de tres niveles de acequias con sus respectivas tomas de agua a distintas alturas, que cumplían el objetivo de captar el agua en diferentes áreas del río. Las dos primeras se hallan actualmente en desuso. Sobre ellas se han derrumbado grandes bloques graníticos y la erosión fluvial las ha dejado literalmente “colgadas” de la barranca del cauce. La acequia más alta tiene su toma de agua 200 m río arriba, y se halla a 20 m de altura por encima de la toma actual. La que se encuentra en posición intermedia se localiza 2 m por encima de la actual, y se dirige hacia un antiguo estanque, sobre la orilla sur, cerca del borde del río. Las dos primeras acequias forman rebordes de 1 m de ancho sobre la ladera de la loma, y en la actualidad son usadas como sendas por la población local. Su superficie presenta un sedimento areno-pedregoso de grano grueso, semejante al que se deposita en el fondo del piso de la acequia actual, el cual presenta una profundidad de 40-50 cm. El borde de las acequias/sendas, en algunos sectores, se encuentra profundamente disectado por la erosión pluvial (Sempé 1999).

Como se mencionara más arriba, en la localidad de Carrizal, además, hay un estanque de unos 10 m de diámetro que presenta muros de pirca doble y una salida de agua orientada en dirección nor-noreste. El estanque actualmente no se utiliza, a causa del abandono de la acequia intermedia. El suelo de la depresión muestra claramente su utilización como reservorio de agua, ya que presenta un relleno sedimentario con el mismo tipo de grano grueso y arenoso que el que se registra en las acequias. El contorno consta de un albardón 50 cm más alto que el centro del estanque. Al sur de Azampay se halla otro estanque, de aproximadamente 20 m de diámetro por 2 m de profundidad, con una entrada de agua al sureste y cuya salida se dirige al noroeste. Ambos estanques debieron usarse para regular el caudal de agua aportado por las acequias a las zonas de cultivo (Sempé 1999).

Mientras que en Carrizal se registraron nueve niveles de terrazas, en Azampay se pueden observar unos 3 km de largo en las líneas de terrazas, las que en ambos casos presentan diversas orientaciones, lo cual permite el aprovechamiento de la humedad y la luz de modos diferenciales y pudo haber dado lugar a cultivos variados.

LA DIMENSIÓN ESPACIAL

Todos los sitios analizados están emplazados en espacios bien delimitados desde el punto de vista topográfico y, en el caso de los que se hallan fortificados, esta delimitación se ve reforzada por murallas defensivas.

La localización de las estructuras estuvo condicionada por la topografía particular de cada sitio. En general, se aprovecharon los espacios planos para el emplazamiento y las construcciones se adaptaban a las características del terreno; cuando era necesario se nivelaban distintos sectores

y en algunos casos se utilizaban muros de contención. La topografía también restringía las dimensiones de los poblados, en los cuales se hallan estructuras con tamaños diversos, en distintas cantidades y concentraciones.

Los emplazamientos en zonas bajas presentan recintos aislados o en conjuntos pequeños, distribuidos sobre superficies amplias y relativamente planas, cercanos a cursos de agua y con evidencias de haber estado vinculados a actividades agrícolas. Como ya se ha comentado, la mayor parte de los recintos de estas zonas tienen morfología rectangular, con excepción de algunos circulares en Barranca, al pie del Cerro Colorado. Dos de los cuatro sitios en zonas altas aquí analizados contienen recintos concentrados en conjuntos mayores, y generan tramas de estructuras asociadas, con salidas orientadas en dirección opuesta a la de los vientos predominantes. Los recintos incluidos en los conjuntos pueden presentar accesos que se conectan con otros recintos o con el exterior. Las aberturas habitualmente son pasillos que tienen entre 50 y 60 cm de ancho, y se pueden abrir a sectores de circulación o a espacios nivelados de uso compartido.

Las paredes fueron construidas con modalidades de pirca simple, pirca doble con relleno de ripio en el sector central y “en terraplén”. Esta última variante se empleaba para nivelar el piso de los recintos cuando estos se emplazaban en sectores irregulares. La técnica constructiva consistía en la colocación de grandes bloques y piedras canteadas apoyados sobre el piso para constituir la base, sobre la cual se ubicaban hileras de rocas más redondeadas y pequeñas por encima. En sectores desnivelados del terreno, primero se procedía a la nivelación del piso del recinto, cavando en los sectores más altos y colocando una hilada de piedras contra la superficie vertical de las futuras paredes, con lo cual se configuraban muros semisubterráneos.

Para la construcción de paredes se utilizaron materias primas locales, habiéndose realizado hasta el momento determinaciones petrográficas para la identificación de las rocas usadas en Cerro Colorado y Cerrito Colorado. En las construcciones del sitio Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo encontramos recintos enteramente edificados con bloques de cuarzoarenita de color anaranjado y recintos en donde existe una combinación entre bloques de cuarzoarenita y otras materias primas: bloques de cuarzo, cantos rodados de arenitas cuarzofeldespáticas y litoarenitas y cantos/bloques de granitos y granitoides. En algunas construcciones del Cerrito Colorado hemos observado principalmente el uso de bloques y cantos rodados de granitos y granitoides. En algunos casos también se emplearon unos pocos cantos que macroscópicamente corresponderían a arenita, combinados con los materiales mencionados anteriormente.

En Loma de los Antiguos se registró, dentro de la trama de estructuras en el sector central, que es el más elevado, un conjunto concentrado de recintos que orientan sus aberturas para circunscribir un espacio central más llano. En este mismo sitio, en virtud del alto porcentaje de excavación, fue posible establecer diferentes funcionalidades, y se identificaron espacios de viviendas, algunas de las cuales fueron utilizadas como albergues, mientras que en otras se realizaron tareas domésticas y/o almacenamiento de alimentos y agua. Algunos recintos pudieron haber funcionado como espacios en los que se llevaban a cabo actividades vinculadas a la elaboración de alimentos y la manufactura de objetos líticos, mientras que en aquellos cercanos a las paredes de circunvalación también se cumplirían tareas de vigilancia hacia el exterior (Wynveldt 2009a).

Muchas de las características observadas para la Loma de los Antiguos se repiten en los otros sitios, por lo cual la información obtenida en aquel, que constituye el más excavado del valle, sirve como punto de partida para la formulación de interpretaciones e hipótesis sobre características de ocupación y funcionalidades a nivel regional.

MATERIALES RECUPERADOS Y EVIDENCIAS DE INCENDIOS

La cerámica es el material que aparece en mayor cantidad en las excavaciones; se trata fundamentalmente de tinajas y pucos Belén y vasijas ordinarias, aunque también se registra la

presencia de tipos no atribuidos a los grupos Belén, pero sí a vecinos contemporáneos (Santa María, Sanagasta y Famabalasto Negro Grabado).

La cerámica conocida como del tipo Belén se caracteriza por una pasta compacta, de buena cocción y color rojizo con pintura negra sobre fondo rojo, y presenta uniformidad morfológica dada por la reiteración de tres formas: tinajas o “urnas”, pucos y ollas. Las tinajas constituyen la categoría morfológica más frecuente y están conformadas por una base cóncavo-convexa y un perfil dividido en tres segmentos de proporciones semejantes. El cuerpo inferior presenta paredes evertidas, el cuerpo superior es vertical, levemente curvado hacia fuera o de paredes curvas o rectas invertidas, con un par de asas opuestas dobles, horizontales, en cinta y remachadas, mientras que el cuello es evertido. Cada sector se caracteriza por una decoración particular, siendo el cuerpo superior el que muestra mayor complejidad, dado que allí se concentran la totalidad de las representaciones icónicas, tanto zoomorfas como antropomorfas, pintadas y/o modeladas y ocasionalmente incisas (Wynveldt 2007, 2009a). La superficie externa de las tinajas puede ser alisada, pulida o bruñida. Los pucos muestran, en general, una superficie externa rugosa, mientras que la cara interna, donde se encuentra la decoración más compleja, que puede incluir variedad de diseños geométricos y representaciones zoomorfas, suele estar bien alisada o pulida (Wynveldt 2008). Las ollas son el grupo menos representado y más heterogéneo en cuanto a forma y tamaño. Presentan los tres segmentos característicos de las tinajas, pero poseen un cuello menor a un cuarto de la suma de los cuerpos inferior y superior, y un diámetro más restringido en la unión del cuerpo superior y el cuello. También se ha incluido en este grupo a las vasijas que no poseen cuello, aunque presentan todas las características de una tinaja Belén, pudiendo éstas carecer de asas (Wynveldt 2009a).

Según Sempé (1999), el origen de esta cerámica puede situarse en el valle de Hualfín; sus aspectos morfológicos y decorativos han sido utilizados como indicadores cronológicos de los momentos tardíos del desarrollo cultural prehispánico de la región valliserrana del noroeste argentino. No obstante, su presencia se extiende por otros territorios de la provincia de Catamarca, tales como los valles de Abaucán y Santa María, habiéndose encontrado asimismo en sitios como La Alumbra de Antofagasta de la Sierra, o de manera aislada en el sur en La Rioja y Tafí del Valle (Sempé 1999; Vigliani 2005; De La Fuente 2007; Orgaz *et al.* 2007; Ratto *et al.* 2007).

Los restos cerámicos aparecieron fragmentados en distintos grados, pero en general se puede decir que presentaron muy buen grado de remontaje, lo que permitió establecer cantidades mínimas de vasijas y medidas para sus distintos sectores. Los estudios realizados (Wynveldt 2009a) no indican especialización en su manufactura, sino que parecen producto de fabricación doméstica. Con respecto a las tinajas, se ha argumentado que se usaron para el almacenamiento de líquidos, mientras que los pucos, muchos de ellos con decoración interna elaborada y una textura rugosa externa que facilita el agarre de la pieza, podrían evidenciar su uso para el servicio y consumo de alimentos. Muchas de las vasijas ordinarias presentan evidencias de haber sido expuestas al fuego, mientras que otras, por su gran tamaño, podrían haber estado destinadas al almacenaje de sólidos (Wynveldt 2009a).

Otro tipo de objeto de alfarería que aparece en estos sitios son las figurinas. Una de ellas, hallada en Loma de Ichanga, sobre el piso del recinto 6, tenía su cabeza rota. Además, en recinto 54 del Cerro Colorado también se exhumó una figurina rota que exhibía características sexuales masculinas.

Entre los materiales líticos se recuperaron puntas de proyectil y desechos de talla de obsidiana. Los estudios realizados hasta el momento sobre estos materiales, que incluyen INAA, muestran que todos ellos proceden de la fuente Ona, en Antofagasta de la Sierra, a unos 200 km de los sitios analizados (Flores y Morosi 2009). La concentración de materiales líticos en determinados sectores de Loma de los Antiguos y Cerro Colorado, particularmente las puntas de proyectil, estarían evidenciando las últimas actividades realizadas en ellos; dichas puntas pudieron estar fuertemente vinculadas a la defensa, dadas las características defensivas de estos dos poblados.

Para Loma de los Antiguos se ha interpretado que la baja presencia de objetos líticos estaría vinculada a tareas de limpieza realizadas por el mismo grupo residente (Flores y Wynveldt 2009). Asimismo, se identificaron desechos de talla, núcleos, artefactos formatizados y no formatizados confeccionados con arenisca, limonita y basalto de origen local.

Por otra parte, se exhumó una bola de forma subsférica de aproximadamente 35 mm de diámetro, confeccionada con material de origen volcánico (Balesta y García Mancuso 2010), que exhibe incisiones en sentidos verticales y transversales que se desarrollan en toda la pieza. Constituye un hallazgo singular, ya que hasta el momento no se han encontrado registros de objetos similares en el NOA.

También fueron hallados morteros comunales, dos de ellos pircados, en Azampay y Campo de Carrizal, y otros individuales, más pequeños, tanto fuera como dentro de las habitaciones de los distintos sitios reseñados. En uno de los recintos de Campo de Carrizal (Esp.2. NH2. Rec.1) se hallaron tres manos de moler, entre las cuales se destaca una de pequeño tamaño que conservaba, en su superficie, restos de pigmento rojo. Cabe destacar que en un espolón contiguo fue hallado en superficie un mortero de igual materia prima con cuatro pequeñas tacitas de unos 3 cm de diámetro, que podría haber sido usado para la molienda de pigmentos. En el mismo recinto fue hallado un objeto de piedra decorado con un rostro antropomorfo inciso y fragmentos de rocas de diferentes clases, como cuarzo y aragonita.

Entre los objetos confeccionados sobre hueso, en Campo de Carrizal se hallaron una punta pulida con pedúnculo y una placa con una perforación circular. Se tiene conocimiento, además, del hallazgo de dos puntas y un tubo de hueso en recintos de la Loma de los Antiguos (Wynveldt 2009a).

Entre los materiales cabe señalar, por su abundancia, la presencia de carbón vegetal, en varias habitaciones de los sitios. La mayoría de los restos correspondientes a postes de sostén fueron identificados como *Prosopis* sp. Las evidencias fueron interpretadas como eventos de incendios de techos completos en Cerro Colorado, Lajas Rojas, Loma de los Antiguos y Loma de Ichanga y un posible incendio parcial y posterior al abandono del sitio en Campo de Carrizal.

Las excavaciones de Sempé y Pérez Meroni (1988) en el Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo arrojaron gran cantidad de troncos, restos de techumbre y marlos de maíz carbonizados, mientras que nuestro equipo registró evidencias de incendio en la estructura 36. Al pie de este sitio, en la excavación de Lajas Rojas 2, fue recuperado un tronco carbonizado que se encontraba en buen estado sanitario, mientras que en Lajas Rojas 4 se rescataron importantes cantidades de troncos, vigas y torta del techo, evidencia de un incendio masivo de la estructura (Valencia *et al.* 2010).

En el recinto 21 de Loma de los Antiguos se han analizado nueve troncos, todos pertenecientes al género *Prosopis* sp. Estos restos corresponderían a varios posibles postes de sostén del techo con distintos estados de conservación, que comprenden desde una carbonización incompleta, con presencia de galerías de insectos, hasta carbonización total. El resto de los materiales antracológicos está representado por una enramada chica y una mediana y restos de la torta del techo con combustión incompleta y galerías de insectos. La asimetría observada en la disposición de los postes en este recinto nos lleva a suponer dos alternativas: que al momento del abandono los más débiles habrían sido dejados en su sitio, mientras que aquellos todavía útiles se habrían transportado (Wynveldt 2009a); o, por otro lado, que se utilizaran en el incendio para lograr una mejor combustión. En este mismo sitio, en el recinto 45, A. R. González halló

un fogón circular y un pozo de almacenaje de 40 por 70 cm de profundidad. Se exhumaron grandes ollas rústicas del tipo 'pie de compotera', reducidas a fragmentos, pero que por la forma del hallazgo pareciera que fueron aplastadas por el techo al caer... en el suelo, y en especial en el ángulo norte, se hallaron restos de vegetales carbonizados (González y Pérez 1968:225).

Los restos vegetales fueron identificados como trozos de legumbres de algarrobo *Prosopis alba* y conglomerados y semillas de maní *Arachis hypogaea*. Los autores interpretan que

No hay duda de que los grandes cántaros contuvieron maníes pelados o maíz. Al incendiarse el techo de la habitación, éste aplastó los cántaros. El espesor del techo, de ramas y paja, produjo una combustión intensa, con el consiguiente quemado parcial y carbonización de lo que estaba en el piso de la habitación (González y Pérez 1968:225).

Durante la excavación del recinto 6 de Loma de Ichanga aparecieron restos de postes, vigas, enramada y torta del techo, así como abundantes marlos de maíz carbonizados. Los caracteres diagnósticos observados en las muestras de postes presentan una afinidad con las especies actuales de *Prosopis flexuosa* y *Prosopis chilensis*. También se identificó un espécimen como *Geoffroea decorticans*, que podría haber correspondido a una viga en razón de que se hallaba asociado a restos de enramada y parte superior del techo.

Los restos de los techos incendiados aparecieron, en estratigrafía, como depósitos de unos 40 cm de espesor que contenían parte del enramado y torta del techo, bajo los cuales se hallaron restos de vigas y postes; todos ellos sobre desechos *de facto* depositados sobre los pisos. La presentación estratigráfica de los restos coincide con la caracterización de incendios intencionales realizada para otros sitios por diversos autores (Wilshusen 1986; Schlanger y Wilshusen 1996), así como con los estudios experimentales realizados para distinguir entre incendios accidentales e intencionales (Wilshusen 1986). En el caso de Loma de Ichanga, se suma el retiro de un poste de sostén, atestiguado por un hoyo circular delimitado por piedras, localizado en el centro del recinto, que se hallaba limpio. Por otra parte, el buen estado sanitario de las maderas registrado en estos casos nos lleva a interpretar que los incendios se produjeron en forma inmediata al abandono (Valencia y Balesta 2011).

Los materiales antracológicos de Campo de Carrizal incluyeron restos de varios posibles postes portantes del techo, vigas de sostén, enramada y torta del techo. También se recuperaron restos de maíz y una pala de madera sin calcinar. Los restos de postes y del torteo del techo se encuentran carbonizados en distintos grados, por lo cual la estructura debió incendiarse, aunque se desconoce en este caso si el incendio se produjo de modo intencional (Zagorodny *et al.* 2007; Valencia *et al.* 2009).

Por otra parte, alrededor de dos esqueletos infantiles exhumados por nuestro equipo en Cerro Colorado se hallaron restos de textiles, de los cuales se conservaron sólo fragmentos muy pequeños, en un estado sumamente precario de preservación. Hasta el momento se han realizado observaciones preliminares con lupa, a partir de las cuales sólo se ha podido determinar que no fueron confeccionados con fibras vegetales, por lo cual se conjetura, en función a los hallazgos de Weisser en la década de 1920 y de González en el área (Sempé 1982), que se podría tratar de tejidos fabricados con lana de camélido.

El registro de metal es muy exiguo, salvo en Campo de Carrizal, en que se hallaron tres pequeños fragmentos de objetos no identificados, tres muestras de desechos de fundición, dos restos de mineral de cobre y fragmentos correspondientes a dos tipos de refractarios (uno termoalterado, de grano grueso y friable y otro más compacto, sin evidencias de termoalteración) que se hallan en proceso de análisis (Carlos Angiorama, comunicación personal). Otra pieza metálica fue hallada en el recinto 36 de Cerro Colorado, y corresponde a una mitad de un cuchillo semilunar, que se halla en estudio. Este tipo de pieza ha sido hallado habitualmente en contextos preinkaicos tardíos; si bien se han encontrado algunos en contextos inkaicos, no constituyen una introducción del Tawantinsuyu. Este tipo de cuchillo se usaba fundamentalmente sin mango y por el orificio se pasaba una cuerda para colgarlo (Carlos Angiorama, comunicación personal).

LOS CONTEXTOS FUNERARIOS

En los años veinte, W. Weisser (1926) excavó treinta tumbas dispersas en el campo, en las inmediaciones del poblado de Azampay. Varias no fueron relevadas por carecer de ajuar; sin embargo, Weisser hace notar que casi la totalidad de las tumbas sin ajuar correspondían a adultos. Para quince de ellas realiza una descripción, las sitúa en el terreno, posteriormente describe y dibuja cada tumba y la disposición de sus elementos. También excavó y describió otros catorce entierros similares a los anteriores en localidades aledañas a Loma de los Antiguos: Chistín, Quebrada Grande, Carrizal y Cachiuyuyo. Los esqueletos fueron clasificados según las categorías de adultos y párvulos o infantes.

Las tumbas consistían en entierros bajo grandes bloques de piedra o construcciones en forma de cista o media cista y/o entierros de infantes en urnas (*sensu* Sempé 1999, Figura 6).

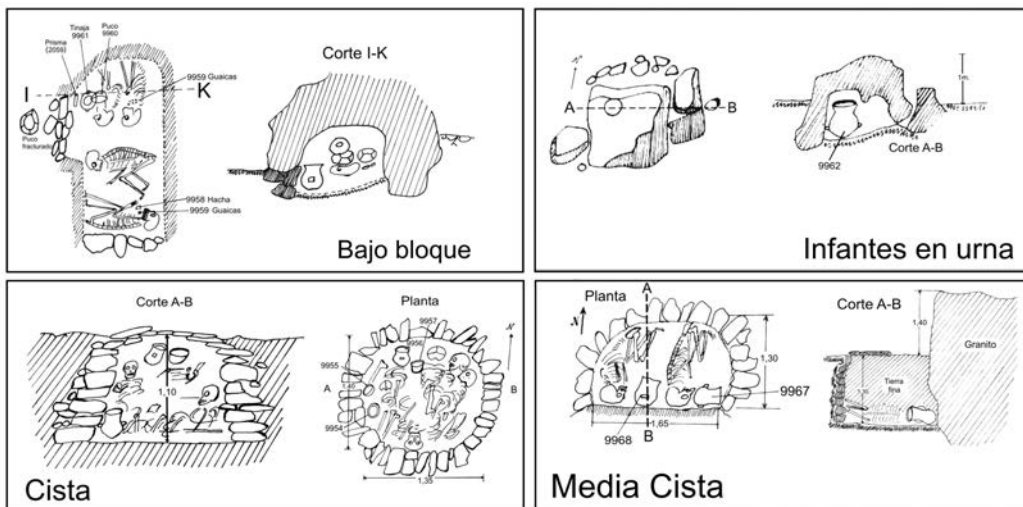


Figura 6. Modalidades de enterramiento Belén en el valle de Hualfín

La forma de entierro más común es la tumba bajo bloque, individual y con el esqueleto apoyado sobre su lado derecho. No hay una orientación particular de los esqueletos, sino que estaban ubicados de acuerdo con la estructura de la tumba y de la cantidad de individuos enterrados. En las tumbas de adultos predomina la posición genupectoral sobre el lado derecho, aunque aparecen algunos esqueletos sobre su lado izquierdo y, en las tres tumbas que más esqueletos contienen, estos se encuentran separados de sus cráneos. Otra característica a tener en cuenta es que el ajuar en las tumbas con esqueletos articulados se encuentra siempre del lado ventral del individuo, en general, cerca del cráneo. Un detalle señalado por Weisser fue que los esqueletos de las tumbas 2 y 4 de Azampay tenían sus dientes agujereados. Para la mayoría de las tumbas se describe la presencia de tierra dentro de las tinajas, y para algunas de ellas la existencia de pucos oficiando como tapas.

Los objetos de ajuar estaban constituidos fundamentalmente por cerámica, en general del tipo Belén Negro sobre Rojo, aunque también se registraron piezas atribuidas a grupos vecinos al valle de Hualfín. Los objetos no cerámicos hallados comprendieron hachas y placas de cobre y bronce, cuentas de malaquita, canastos, tejidos y sogas de lana de llama, torteros de madera y agujas de hueso; estos materiales permiten suponer hubo ajuares que se conservaron diferencialmente en distintas tumbas.

En el recinto 31 de Loma de los Antiguos, en la década de 1950, A. R. González exhumó un esqueleto humano en el ángulo sur, acompañado por una urna Belén como ajuar. Entre los datos brindados por Sempé (1982) acerca del contexto de hallazgo figuran: un posible fogón circular frente a la entrada, la huella de un hoyo para poste en el centro del recinto y una depresión en el ángulo norte, interpretada como un posible pozo de almacenaje. La información acerca del entierro humano indica que el esqueleto se hallaba en posición genupectoral, echado del lado derecho, mirando al oeste, sin su cráneo, mientras que la urna depositada como ajuar se hallaba por encima del esqueleto. Los análisis realizados sobre los restos óseos humanos (Wynveldt 2009b) establecieron que pertenecen a un único individuo, de edad estimada *maduro* (40-44 años), de sexo probable *femenino*, y de una estatura estimada de aproximadamente 1,59 m. El conjunto vertebral presenta excrescencias óseas (osteofitos) en los márgenes de los cuerpos vertebrales, formando rebordes labiados. Estos tipos de indicadores están asociados a patologías (osteoartritis) derivadas de una edad avanzada. González (1979) afirmó que este individuo pudo haber sido decapitado; la evidencia estaría en la ausencia del atlas y el axis en el conjunto vertebral, que en los casos de decapitación suelen quedar unidas al cráneo (Wynveldt 2009b). Por encima del entierro se halló cerámica fina, en un número mínimo de siete vasijas Belén, y cerámica ordinaria representada por material fragmentario, probablemente perteneciente a una sola pieza, aunque no fue posible remontar conjuntos significativos.

En el Cerro Colorado de La Ciénaga de Abajo se registraron cistas funerarias ubicadas entre las estructuras, así como en la zona de la barranca, todas ellas saqueadas. No obstante, en excavaciones realizadas en 2008, se exhumaron dos entierros en sendas urnas que contenían uno y dos infantes respectivamente, en una habitación que parece haber sido previamente abandonada e incendiada y luego limpiada en el sector del entierro.

Para los esqueletos se estimaron edades aproximadas entre tres y veinticuatro meses. Estos se hallaron en urnas ordinarias, tapados con un puco ordinario y uno Belén, con muy pequeños restos de textiles que pudieron haberlos envuelto al momento de la inhumación. Se pudo estimar el sexo en dos de los niños, cuyas características en ilion y mandíbula indican que se trataría de individuos de sexo probable femenino. El mayor de los individuos, de aproximadamente veinticuatro meses, presentaba deformación craneal tabular erecta. En relación con las patologías identificadas, observadas a ojo desnudo y a través de imágenes radiográficas, se registraron marcadores de estrés inespecíficos correspondientes a lesiones poróticas y líneas de Harris (Balesta y García Mancuso 2010).

ASPECTOS CRONOLÓGICOS

Con respecto a la cronología relativa de los sitios, estos fueron adscritos al Período de Desarrollos Regionales sobre la base de la configuración de los poblados y recintos y los materiales exhumados. En relación con las características de los contextos domésticos de los sitios, el análisis exhaustivo de las condiciones de depositación y de los pisos de ocupación ratifica dicha adscripción.

En varios sitios se presentaron distintos tipos de asociación cerámica que incluyen alfarería Belén Negro sobre Rojo, Sanagasta, Santa María bicolor, Famabalasto Negro Grabado y vasijas con pie de compotera ordinarias. La asociación de estos tipos entre sí ha sido registrada en diversos lugares del valle de Hualfín, en Famabalasto y en Yocavil (Cigliano 1958; Tarragó 1995; Sempé 1999; González y Tarragó 2005), siendo clásicamente empleada como indicador de momentos inkaicos e incluso posteriores. No obstante, no se han hallado elementos que pudieran atribuirse al contacto hispano-indígena, y los materiales o rasgos inkaicos directos presentes en el valle se restringen a las instalaciones propiamente imperiales (Hualfín, Quillay, El Shincal), salvo algunas piezas cerámicas halladas por Weisser en tumbas y otros elementos aislados, tal el caso

de un fragmento cerámico de cuello con decoración en damero en el Cerro Colorado (Balesta y García Mancuso 2010).

La datación absoluta se basó en fechados radiocarbónicos sobre muestras de carbón y restos óseos humanos (Tabla 1). Considerando las mayores probabilidades para los rangos de 1 sigma, puede notarse que, a excepción del fechado más antiguo (INGEIS AC-364) y los dos más modernos (Y-560 y LP-872)², el resto se suceden abarcando desde los finales del siglo XIV hasta principios del siglo XVII de la era, aunque puede observarse que los rangos para Cerro Colorado, Cerro Colorado y Loma de Ichanga se agrupan en el siglo XV; y para Loma de los Antiguos y Campo de Carrizal, la tendencia indica que los fechados se agrupan mayormente en el siglo XVI.

¿COMO SE CONFIGURÓ EL PAISAJE BELÉN?

El modelo de ocupación de los habitantes del valle de Hualfín en el lapso considerado nos muestra sitios localizados sobre elevaciones, con distintos grados de dificultad para el acceso, y otros alledaños en zonas bajas. Los asentamientos en zonas altas muestran una mayor concentración poblacional, con sitios de diferentes tamaños, mientras que los sectores bajos exhiben poblaciones más dispersas y se asocian directamente al trabajo agrícola.

En algunos sitios se puede observar una maximización en la utilización del espacio, con una ocupación casi total de éste, ya sea para viviendas o explotación agrícola; se aprovechó la topografía natural para la localización de las estructuras, en muchos casos potenciando las condiciones naturales para la protección y la visibilidad.

Los sitios concentrados presentan espacios cerrados que configuran conjuntos de recintos con salida a espacios abiertos, los que a su vez se debieron vincular con otros conjuntos mediante senderos, conformados a veces por muros de contención o por las propias murallas de circunvalación. La circulación, de esta manera, estuvo restringida a determinados espacios y dirigida a través de sendas específicamente destinadas a tal efecto. Los límites espaciales registrados en todos estos sitios pueden considerarse la expresión material de límites cognitivos, que señalan diferencias entre espacios internos/externos y altos/bajos. En Loma de los Antiguos se detectó una entrada, en el sector sur, marcada por jambas, mientras que se hallan otras aberturas para circular entre las murallas, además de los probables circuitos de circulación entre los agrupamientos de habitaciones. En Cerro Colorado, la localización de los conjuntos de habitaciones estuvo condicionada por diferencias altitudinales, y para atravesar de un sector a otro existían sendas, por sectores reforzadas con muros de contención de piedra, con un recorrido pautado que facilitaba la circulación. En el sitio Campo de Carrizal se construyeron rampas para transitar entre los andenes y pasos a las mismas cotas de altura, que servían para comunicar los espolones sin necesidad de atravesar las cárcavas que los separan. Estas evidencias reflejan la existencia de una circulación planificada y conocida por sus habitantes.

Los materiales usados para la construcción, en todos los casos, son locales y se encontraban próximos a los emplazamientos. Las técnicas constructivas combinan la utilización de rocas canteadas procedentes de afloramientos cercanos, grandes rocas in situ y cantos rodados obtenidos en las planicies aluviales o en los mismos cursos fluviales.

Si bien los poblados altos tenían, en general, buena visibilidad, debieron existir, dentro de cada uno de ellos, visibilidades diferenciales por sectores. En tal sentido, las topografías configuraban espacios "naturales", pero a su vez estos espacios eran aprovechados y optimizados. El sector central de Loma de los Antiguos se halla en la parte más alta del cerro, lo cual le proporciona una mayor visibilidad hacia el valle que otros conjuntos y a su vez, su ubicación resulta más protegida, ya que se encuentra apartado de las murallas del este, mientras que por el occidente el acceso es muy dificultoso. En Cerro Colorado, los diversos conjuntos de habitaciones presentan condiciones de visibilidad y de protección diferenciales en relación con las distintas cotas altitudinales que ocupan.

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos calibrados para los sitios analizados

Sitio	Código	Muestra	Edad C-14 convenc. AP	Calibración AD (Curva SHcal04)				
				1 Sigma			2 Sigma	
Cerro Colorado, Recinto 48 (ex Recinto 1)	INGEIS AC-364	Carbón de fogón	760 ± 85	1222-1320 (0,75)	1350-1386 (0,25)		1055-1056 (0,00)	1151-1416 (0,99)
Cerrito Colorado, Recinto 3	U-154	Algarrobo y jarilla	580 ± 80	1318-1352 (0,3)	1384-1447 (0,7)		1283-1497 (1,0)	
Cerro Colorado, Recinto 36	AA-85880	Hueso humano	539 ± 43	1409-1443 (1,0)			1327-1340 (0,2)	1390-1460 (0,98)
Cerrito Colorado, Recinto 3	LP-1810	Carbón vegetal	420 ± 70	1448-1512 (0,52)	1570-1622 (0,39)		1426-1643 (1,0)	
Cerrito Colorado, Recinto 5	LP-2309	Carbón vegetal	420 ± 70	1448-1512 (0,52)	1570-1622 (0,39)		1426-1643 (1,0)	
Loma de Ichanga, Recinto 6	LP-1832	Maíz de maíz	420 ± 50	1449-1510 (0,62)	1577-1621 (0,37)		1443-1628 (1,0)	
Cerrito Colorado, Recinto 8	L-476C	Carbón vegetal	400 ± 100	1454-1626 (1,0)			1395-1689 (0,93)	
Carrizal, Recinto 1	LP-1250	Carbón vegetal	310 ± 60	1502-1593 (0,6)	1613-1668 (0,38)	1787-1792 (0,02)	1459-1682 (0,85)	1730-1802 (0,15)
Loma de los Antiguos, Recinto 3	LP-1039	Carbón vegetal	350 ± 50	1502-1593 (0,79)	1614-1637 (0,21)		1459-1652 (1,0)	
Loma de los Antiguos, Recinto 9	LP-937	Carbón vegetal	330 ± 50	1505-1588 (0,73)	1617-1647 (0,27)		1459-1670 (0,98)	1750-1795 (0,02)
Loma de los Antiguos, Recinto 31	LP-1644	Hueso humano	320 ± 50	1506-1588 (0,69)	1617-1651 (0,31)		1464-1672 (0,94)	1744-1796 (0,06)
Cerrito Colorado, Recinto 3	Y-560	Carbón vegetal	240 ± 80	1631-1710 (0,34)	1720-1811 (0,45)	1837-1951 (0,2)	1506-1587 (0,12)	1617-1952 (0,88)
Loma de los Antiguos, Recinto 10	LP-872	Carbón vegetal	220 ± 70	1646-1707 (0,3)	1721-1810 (0,49)	1857-1950 (0,21)	1513-1545 (0,03)	1623-1952 (0,97)

Los elementos arquitectónicos considerados como indicadores tradicionales de defensibilidad tales como, muros, murallas, parapetos y puestos de observación (Arkush y Stanish 2005; Borgstede y Mathieu 2007), se hallan presentes en Loma de los Antiguos, Cerro Colorado y Cerrito Colorado. En Loma de Ichanga, por el contrario, no se observan este tipo de indicadores. Si bien se emplaza sobre una loma, ésta no es muy alta y su acceso no es dificultoso. Sin embargo, ofrece una importante visibilidad, considerada por Borgstede y Mathieu (2007) como un factor decisivo en la caracterización defensiva de un sitio. Su localización estratégica le permite distinguir las localidades del valle, desde y hacia diversas direcciones, lo que provee campos de visión para la prevención de posibles ataques y/o amenazas (Wynveldt y Balesta y 2009). Por otra parte, en los sitios espacialmente más complejos, la planificación intrasitio permitía controlar entradas y direccionar posibles ataques. En Loma de los Antiguos, por ejemplo, la existencia de entradas múltiples pareciera permitir un acceso más fácil a los atacantes; sin embargo, éstas no permiten el paso de varias personas a la vez, mientras que sí habilitan a los defensores a elegir múltiples puntos de salida.

En la zona occidental del valle de Hualfín se construyeron obras hidráulicas de envergadura destinadas a la producción agrícola y también se hallaron evidencias de actividades comunales como los grandes morteros múltiples. No obstante, no hay registro de grandes estructuras para almacenamiento, sino que éste parece haberse llevado a cabo en pozos relativamente pequeños y/o en vasijas ordinarias de gran tamaño para sólidos y/o líquidos y en tinajas del tipo Belén Negro sobre Rojo para líquidos.

En los sitios reseñados no se han encontrado evidencias de espacios de uso público, sólo algunos espacios abiertos de mayor tamaño que los recintos, pero cuyas evidencias indican que pueden haber correspondido a lugares en los que se desarrollaban actividades domésticas como las que aún se observan entre los pobladores actuales. No obstante, en la zona adyacente al Cerrito Colorado se encuentra un montículo que, si bien aún no ha sido explorado, por sus características podría configurar un espacio reservado para llevar a cabo actividades ceremoniales.

Los materiales líticos fueron provistos desde lugares cercanos a los sitios de habitación, ya fuera para la construcción de viviendas como para la fabricación de instrumentos. Algunos pocos elementos, como puntas de proyectil y raederas, fueron manufacturadas con material alóctono. Con respecto a los recursos forestales empleados en la construcción, se registró un uso masivo de *Prosopis* para la manufactura de postes portantes y de *Geoffroea decorticans* para fabricar vigas de sostén. La cerámica exhumada corresponde a piezas Belén, vasijas ordinarias y, en menor medida, a estilos atribuidos a pueblos vecinos contemporáneos; los estudios realizados muestran una producción a escala doméstica. No se observan grandes diferencias en la distribución de estos productos. Los hallazgos no habituales (figurinas confeccionadas sobre cerámica, fragmentos de artefactos metálicos, cerámica tradicionalmente atribuida a otras entidades culturales) podrían indicar diferencias de funcionalidad entre conjuntos y/o sitios de habitación, o interpretarse como marcadores de identidad/propiedad vinculados a los momentos de abandono de los espacios, como indicadores de la presencia de otros grupos étnicos conviviendo con los pobladores locales y/o como productos de intercambio.

En lo que respecta a la funebria, si bien se observa una mayor inversión de trabajo en las cistas que en las tumbas bajo peña, no se han relevado diferencias significativas en la composición de los ajuares, sobre todo en lo que atañe a la cerámica; no obstante, cabría la posibilidad de algún sesgo en el registro, ya que en contadas ocasiones se han encontrado pequeños restos de textiles (Weisser 1926; Balesta y García Mancuso 2010), mientras que otros objetos, como por ejemplo los de metal, podrían haber desaparecido como producto del saqueo. En referencia a la localización de los entierros, existe variabilidad, puesto que se los ha hallado tanto en el campo como en recintos, cerca de murallas y dentro de límites de poblados. Por otra parte, los entierros de individuos sin cabeza, tanto en estructuras exclusivamente funerarias como dentro un recinto, así como la ubicación de tumbas en las laderas de cerros fortificados, cerca de los muros y en

medio de los sitios, podrían vincularse a prácticas relacionadas con el papel de los ancestros en la legitimación de derechos sobre la tierra y sus recursos (Nielsen 2002).

Los materiales antracológicos observados en la mayor parte de los sitios excavados comprenden restos de estructuras quemadas en grandes cantidades e incluyen elementos de sostén y partes del techo. Dichos materiales cayeron sobre restos de semillas y frutos y sobre vasijas en su mayoría decoradas y adscritas al tipo Belén Negro sobre Rojo. Los artefactos se ubicaban sobre los pisos de las habitaciones y, a pesar de haber sido aplastados, se lograron importantes niveles de reconstrucción. Por otra parte, se detectó la remoción de postes de sostén grandes que pueden haber sido quitados para facilitar la combustión o tal vez recuperados y transportados para su utilización en nuevos destinos.

La detección y reiteración de ciertos indicios en varios de los sitios estudiados por nuestro equipo en el valle de Hualfín nos han conducido a su interpretación como un abandono de carácter regional, posiblemente planificado. Estos están representados por la profusión y masividad de los incendios, la escasa presencia de desechos *de facto*, que incluyen vasijas decoradas en los pisos de habitaciones, el retiro de postes de sostén de los techos, la presencia de puntas de obsidiana, el entierro de un individuo femenino sin cabeza en Loma de los Antiguos y la reutilización de una habitación para la inhumación de tres niños en Cerro Colorado (Balesta y García Mancuso 2010; Balesta y Wynveldt 2010).

Las evidencias materiales apuntan a señalar a la unidad doméstica como la unidad social básica. En tal sentido, podemos suponer que las formas de comer, dormir, sentarse, trabajar y circular en el espacio doméstico habrían constituido mecanismos de socialización orientados. De tal modo, en la medida en que las personas ejecutaban sus tareas diarias, aprenderían reglas y asumirían restricciones para con sus movimientos corporales. También la temporalidad y el ritmo se pueden asimilar a experiencias cotidianas que incluirían una importante dimensión social como es la relación con el pasado, reforzada a partir de la localización de sus muertos cerca y dentro de habitaciones y murallas. En la medida en que las prácticas se repiten, se memorizan y, por medio de este mecanismo, quienes tuvieran algún tipo de autoridad podrían imponer y legitimar dichos principios y reglas sociales sin necesidad de ejercer una coerción explícita. Las prácticas cotidianas, en la medida en que involucraban esferas de consumo, de producción y de rituales, podrían constituir un *habitus* (Bourdieu 1995) que naturalizara el orden social imperante.

Si bien hay diferencias de tamaños entre los poblados y algunas distinciones en el registro, parecen responder sobre todo a cuestiones de funcionalidad intrasitio. Hasta el momento no se han detectado diferencias en la infraestructura interna de los asentamientos concentrados ni evidencias materiales de estructuras sociopolíticas para la resolución de conflictos, tales como fiestas o rituales públicos. Además, como se mencionó anteriormente, tampoco se registraron grandes espacios o plazas al estilo del área circumpuneña. La presencia de espacios públicos se ha visto como una expresión de sociedades diferenciadas e internamente jerarquizadas; Nielsen (2006), para el área circumpuneña, los ha identificado en los asentamientos preinkaicos de mayor tamaño, en los que ha registrado prácticas vinculadas a la relación con los ancestros. Estos espacios públicos o plazas en poblados aparecen en algunas instalaciones del altiplano de Lípez, y se diferencian del resto del patrón aglutinado (Nielsen 2002). El autor considera que para postular diferencias jerárquicas entre sitios se deberían tener en cuenta no sólo las diferencias de tamaños, sino también la distribución diferencial de espacios para actividades públicas.

Por otra parte, la relativa equidad en la distribución de materiales y la falta de espacios de almacenamiento de grandes proporciones no apuntan a la existencia de grupos institucionalizados de poder, sino más bien nos inclinamos a pensar en competencias explícitas y/o conflictos latentes para su adquisición y ejercicio.

Con respecto a las caracterizaciones de las sociedades del Período de Desarrollos Regionales en el NOA y específicamente para el valle de Hualfín, han existido diferentes visiones. Raffino y Cigliano (1973) y Sempé (1999) han categorizado a la estructura política del valle de Hualfín

como un señorío complejo. Otros autores han argumentado que no existen evidencias suficientes como para sostener la existencia de una entidad política de semejante magnitud (Olivera y Vigliani 2000-02; Salminci 2010). Como alternativa a las inferencias evolucionistas, diversos autores han planteado la posibilidad de que las sociedades pongan en marcha mecanismos que combinen relaciones sociales consensuales y que a la vez involucren diferencias de jerarquías (Blanton *et al.* 1996; McGuire y Saitta 1996; Nielsen 2002). Otras posturas rechazan la propuesta dual procesual y proponen explicar las categorías políticas desde la comprensión de las historias regionales, aprehendidas a través de prácticas sociales concretas (Pauketat 2004). En consonancia con esta última y con la concepción teórica adoptada (Smith 2003), proponemos considerar las prácticas que los sujetos llevaron a cabo en los distintos sitios.

Algunas características de la configuración espacial sugieren la posibilidad de que ciertos grupos tuvieran al menos el privilegio de ocupar espacios, dentro de los asentamientos conglomerados, en los que existían mayores restricciones para el acceso y circulación –tales como algunos sectores de Loma de los Antiguos y Cerro Colorado–, además de una mayor protección dada por la posesión de más y mejores tecnologías y recursos defensivos.

La relación entre los mismos grupos Belén, pugnando por legitimar liderazgos y sus convivencias con los vecinos –atestiguada por la presencia de cerámica asociada Santa María, Sanagasta y Famabalasto–, debe haber implicado tensiones. Williams *et al.* (2010), para el sector medio del valle Calchaquí, plantean que sus habitantes, antes de la llegada de los inkas, vivían en estado de beligerancia permanente. La llegada de los inkas al territorio puede haber potenciado los enfrentamientos, aunque no se registren modificaciones en el manejo del paisaje, en consonancia con lo señalado por Williams *et al.*: “el Imperio Inca habría estado interesado en vigilar los territorios y/o poblaciones anexadas sin alterar demasiado los patrones previamente establecidos, por lo menos en cuanto a la ubicación de los sitios en el paisaje” (Williams *et al.* 2010:623)

La ideología penetrante no tenía por qué ser aceptada del mismo modo por todos los grupos Belén, y al principio, bajo el liderazgo de sectores favorecidos por los inkas, podrían haber trabajado para los conquistadores. La relación de estas áreas periféricas con los inkas puede haber incluido diferentes modalidades (Cremonte y Williams 2007); es posible que en Azampay, en principio, se produjeran alimentos que luego fueran distribuidos en centros como Hualfín, Quillay y El Shincal y que esto proporcionara una situación privilegiada a algunos líderes locales, pero esta misma situación posibilitaría la generación de conflictos con otros grupos Belén. Al cabo del tiempo, algunos líderes locales podrían haber promovido movimientos de rebelión que condujeran finalmente al abandono e incendio de poblados, lo cual habría implicado movimientos regionales, sin llegar a un despoblamiento total del valle.

Más allá de estas interpretaciones, a partir de las tres dimensiones prácticas que se consideraron para el análisis del paisaje –el espacio físico del ambiente, el espacio percibido por los sentidos y el espacio imaginado–, hemos detectado, a través del registro material, que estos dominios se interrelacionaban para direccionar cuestiones concernientes a los modos de fijar límites, determinando cómo se los expresaba y cómo se conservaban o se modificaban, y además definiendo quiénes vivían en determinados lugares, quiénes podrían permanecer en ellos y quiénes debían mudarse. En este sentido, en el espacio físico, la experiencia describe el flujo de cuerpos y cosas, y comprende tanto el movimiento a través de espacios terminados –que en los sitios analizados se expresaría en la existencia de lugares altos y bajos, más grandes y más pequeños, concentrados y dispersos, abiertos y cerrados, con distintos grados de accesibilidad– como los procedimientos y conocimientos vinculados a la construcción, que se registraron por el uso de materiales inmediatamente asequibles, paredes simples y dobles, entradas únicas y múltiples y selección en el manejo de recursos forestales.

En cuanto a la percepción espacial, incluye la interacción sensorial entre actores y espacios físicos, mientras que el espacio evocativo implica un involucramiento de la interacción entre humanos y ambiente que se puede describir en términos afectivos; en relación con esto se pueden

interpretar las localizaciones de tumbas entre las viviendas, no sólo como una vía para legitimar derechos sobre recursos, sino como un modo de mantener la proximidad con los ancestros.

Mientras que la percepción espacial se puede registrar en las manifestaciones formales, la imaginación espacial surge a través de los discursos que se construyen sobre el espacio. El modo en que fue plasmado el paisaje Belén nos habla de una sociedad sin grandes diferencias en la distribución material y, a la vez, de una época de conflictos que pudieron ser reales o potenciales, generados por diferencias en el interior de la misma sociedad Belén o por enfrentamientos con grupos foráneos que los llevaron a refugiarse en sitios protegidos. En tal sentido, el paisaje no constituye sólo una expresión de organización política sino que se constituye en sí mismo como orden político.

Fecha de recepción: 09/12/2010

Fecha de aceptación: 17/06/2011

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional de La Plata, por el apoyo económico e infraestructura, y a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica, que por intermedio del PICT-2005-38174 contribuyó a la realización de las actividades de campo y laboratorio.

NOTAS

- ¹ Por razones de espacio no se incluyen plantas de excavaciones de los sitios, que han sido publicadas en Wynveldt 2009a y Balesta y Zagorodny (eds.) 2010.
- ² El fechado AC-364 (760 ± 90), si bien no representa una edad fuera de lo esperado para un sitio tardío, puede considerarse problemático teniendo en cuenta que el INGEIS no se sometía a las pruebas de intercomparación de laboratorios, por lo cual, un envejecimiento o un rejuvenecimiento de las edades no podría advertirse. En relación con el fechado Y-560 (240 ± 80 AP), ya González había cuestionado su validez. En un comentario sobre este fechado obtenido en 1959, se considera que la edad proporcionada por U-154 para el mismo recinto es más aceptable (Stuiver *et al.* 1960). González se preocupó por la incoherencia entre este fechado y U-154 que, según afirmó, deberían dar fechas próximas entre sí, ya que correspondían a una misma estructura. Por otra parte, LP-1810 (420 ± 70) es un fechado realizado recientemente sobre una muestra extraída también del mismo recinto por González. El análisis estadístico de significación de los fechados radiocarbónicos realizado con el programa Calib Rec 6.0.1 para el Cerrito Colorado indica que, para un nivel de significación del 95% las edades son diferentes cuando se incluye Y-560 ($T = 9,05$; X^2 para $0,05 = 7,81$), pero son iguales cuando se lo excluye ($T = 2,89$; X^2 para $0,05 = 5,99$), por lo cual, si bien presentan algunas diferencias, son coherentes entre sí. En síntesis, tanto AC-364, Y-560 y el otro fechado sumamente moderno de Loma de los Antiguos (LP-872; 220 ± 70) pueden ser cuestionados, al menos en función de su comparación con las restantes edades radiocarbónicas obtenidas para los mismos sitios.

BIBLIOGRAFÍA

- Arkush, E. y C. Stanish
2005. Interpreting Conflict in the Ancient Andes: Implications for the archaeology of Warfare. *Current Anthropology* 46 (1): 3-28.
- Ashmore, W.
1989. Construction and cosmology: Politics and Ideology in Lowland Maya Settlement Patterns. En W. F. Hanks y D. S. Rice (eds.), *Word and Image in Maya Culture: Explorations in Language, Writing, and Representation*: 272-86. Salt Lake City. University of Utah Press.

Balesta, B. y R. García Mancuso

2010. Entierros infantiles en Cerro Colorado (La Ciénaga, Catamarca). En B. Balesta y N. Zagorodny (eds.), *Pueblos protegidos, conflicto y abandono (Excavaciones arqueológicas en La Ciénaga)*: 241-276, La Plata, Al Margen.

Balesta, B. y F. Wynveldt

2010. La Loma de Ichanga: visibilidad, defensibilidad y abandono en el valle de Hualfin (Depto. de Belén, Prov. de Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 40 (1): 53-71.

Balesta, B. y N. Zagorodny

1999. La Loma de los Antiguos. Azampay (Depto. de Belén, Catamarca). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo III: 277-281. La Plata.

Borgstede, G. y J. Mathieu

2007. Defensibility and Settlement Patterns in the Guatemalan Maya Highlands. *Latin American Antiquity* 18 (2): 191-211.

Bourdieu, P.

1995. *Razones prácticas (Sobre la teoría de la acción)*. Barcelona, Anagrama.

Blanton, R.; G. Feinman; S. Kowalewski y P. Peregrine

1996. A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization. *Current Anthropology* 37: 1-14.

Bruch, C.

1911. Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de La Plata* XIX (2ª Serie) VI, primera parte.

Cigliano, M. E.

1958. Arqueología de la zona de Famabalasto, departamento de Santa María (provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata*, Antropología, V: 29-122.

Cremonte, B. y V. Williams

2007. La construcción social del paisaje durante la dominación Inka en el Noroeste Argentino. En A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino*: 207-236. Córdoba, Brujas.

De La Fuente, G.

2007. Producción y tecnología cerámica: estandarización, especialización y procedencia en Batungasta (Valle de Abaucán). Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Flores, M. y M. Morosi

2009. ¿De dónde vienen?: obsidias de la localidad de Azampay. *Resúmenes del Tercer Congreso Argentino de Arqueometría y Segundas Jornadas Nacionales para el estudio de Bienes Culturales*: 63. Córdoba.

Flores, M. y F. Wynveldt

2009. Análisis tecno-morfológico de los artefactos líticos de la Loma de los Antiguos de Azampay (Depto. de Belén, Catamarca). *Intersecciones en Antropología* 10 (2): 221-235.

Foucault, M.

1986. Of other spaces. *Diacritics*. Spring: 22-27.

Fried, M.

1967. *The evolution of political society: An Essay in Political Anthropology*. Nueva York, Random House.

- Giddens, A.
1995. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- González, A. R.
1979. Dinámica Cultural del N. O. Argentino. Evolución e Historia en las culturas del N. O. argentino. *Antiquitas. Boletín de la Asociación Amiga del Instituto de Arqueología. Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador* 28-29: 1-15.
- González, A. R. y J. A. Pérez
1968. Una nota sobre etnobotánica del N. O. Argentino. *Actas y Memorias. XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*. Vol. II: 209-234, Buenos Aires.
- González, L. y M. Tarragó
2005. Vientos del Sur. El valle de Yocavil (Noroeste Argentino) bajo la dominación incaica. *Estudios Atacameños* 29: 67-95.
- González Dubox, R.; F. Wynveldt; V. Val y M. López Mateo
2010. El Cerrito Colorado de La Ciénaga de Arriba. Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata. Ms.
- Gordon Childe, V.
1973. *La evolución social*. Madrid, Alianza.
- Hammond, N.
1972. Locational Models and the site of Lubaantun: A Classic Maya Centre. En D. L. Clark (ed.), *Models in Archaeology*: 757-800. Londres, Methuen.
- Hattenhauer, D.
1984. The Rethoric of Architecture. *Communication Quarterly* 32 (1): 71-77.
- Hillier, B. y J. Hanson
1984. *The Social Logic of Space*. Cambridge University Press, Inglaterra.
- McGuire, R. y D. Saitta
1996. Although They Have Petty Captains, They Obey Them Badly: the Dialectics of Prehispanic Western Pueblo Social Organization. *American Antiquity* 61: 197-216.
- Nielsen, A.
2002. Asentamiento, conflictos y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). *Revista Española de Antropología Americana* 32: 179-205.
2006. Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31: 63-89.
- Olivera, D. y S. Vigliani
2000-02. Proceso cultural, uso del espacio y producción agrícola en la puna meridional argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 19: 459-481.
- Orgaz, M.; A. Feely y N. Ratto
2007. La cerámica como expresión de los aspectos socio-políticos económicos y rituales de la ocupación inka en la Puna de Chaschuil y el Valle de Fiambalá (Departamento de Tinogasta, Catamarca, Argentina). En A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino*: 237-258. Córdoba, Brujas.
- Pauketat, T.
2004. The Economy of the Moment: Cultural Practices and Mississippian Chiefdoms. En G. Feinman

y L. Nicholas (eds.), *Archaeological Perspectives on Political Economies*: 25-40. The University of Utah Press, Salt Lake City.

Raffino, R. y E. Cigliano

1973. La Alumbreira. Antofagasta de la Sierra. Un modelo de ecología cultural prehispánica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VII: 241-257.

Ratto, N.; A. Feely y M. Basile

2007. Coexistencia de diseños tecno-estilísticos en el Periodo Tardío-preincaico: el caso del entierro en urna del bebé de La Troya (Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8: 69-85.

Salminci, P.

2010. Las instalaciones defensivas de La Alumbreira (ca. X- XVI, Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 595-600. Mendoza.

Schlanger, S. y R. Wilshusen

1996. Local abandonments and regional conditions in the North American Southwest. En C. Cameron y S. Tomka (eds.), *Abandonment of settlements and regions*: 85-98. Nueva York, Cambridge University Press.

Sempé, M. C.

1982. Informe CONICET sobre tareas en el Valle de Hualfín, Depto. de Belén, Catamarca. Ms.

1999. La cultura Belén. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II: 250-258.

Sempé, M. C. y M. Pérez Meroni

1988. Nuevo fechado para la cultura Belén, Catamarca. Su evaluación. *Resúmenes de las ponencias del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Service, E.

1975. *Origins of the State and Civilization*. Nueva York, Norton.

Smith, A.

2003. *The Political Landscape*. Los Ángeles, University of California Press.

Steward, J.

1972. *Theory of culture change*. Urbana, University of Illinois Press.

Stuiver, M.; E. S. Deevey, and L. J. Gjalenski

1960. Yale Natural Radiocarbon Measurements V. *American Journal of Science Radiocarbon Supplement* 2: 49-61.

Tarragó, M.

1995. Desarrollo regional en Yocavil. Una estrategia de investigación. *Hombre y desierto* 9: 225-245.

Tilley, C.

1994. *A Phenomenology of Landscape*. Oxford, Berg.

Valencia, M. C., M. Fernández y C. Barberis

2010. Evidencias de incendios en el registro arqueológico de La Ciénaga. En B. Balesta y N. Zagorodny (eds.), *Pueblos protegidos, conflicto y abandono (Excavaciones arqueológicas en La Ciénaga)*: 161-200. La Plata, Al Margen.

Valencia, M. C., N. Zagorodny y S. M. Rivera

2009. Análisis de restos de madera en el Valle de Hualfín. Sitio Campo de Carrizal. Departamento de Belén. Catamarca. *Revista Darwiniana* 47 (2): 260-266.

Valencia, M. C. y B. Balesta

2011. ¿Incendio accidental o abandono planificado? Restos forestales carbonizados en sitios arqueológicos de La Ciénaga (Catamarca, Argentina). Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Ms.

Vigliani, S.

2005. El sitio Bajo del Coypar II: las evidencias más tempranas (CA. 1000 AP) del proceso agropastoril en la Puna Meridional Argentina (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Andes* 16: 323-350.

Weisser, W.

1926. Diario de viaje. Octava expedición. Departamento Científico Arqueología. Museo de La Plata. Ms.

Wilshusen, R.

1986. The Relationship Between Abandonment Mode and Ritual Use in Pueblo I Anasazi Protokivas. *Journal of Field Archaeology* 13: 245-254.

Williams, V.; M. P. Villegas; L. Aréchaga y M. S. Gheggi

2010. Conflicto en el valle Calchaquí Medio (Salta) durante el Período de Desarrollos Regionales. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 619-624. Mendoza.

Wynveldt, F.

2007. La estructura de diseño decorativo en la cerámica Belén (noroeste argentino). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (2): 49-67.

2008. Tecnología cerámica Belén: caracterización macroscópica y conceptualización en la manufactura alfarera. *Intersecciones en Antropología* 9: 157-172.

2009a. *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina)*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2009b. Los contextos funerarios de Azampay entre el Período de Desarrollos Regionales y la conquista inkaica (Valle de Hualfín, Catamarca). *Revista Arqueología* 15: 127-147.

Wynveldt, F. y B. Balesta

2009. Paisaje sociopolítico y beligerancia en el Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina). *Antípoda* 8: 143-168.

Zagorodny, N., S. M. Rivera y M. C. Valencia

2007. Análisis de restos y objetos de madera del sitio Campo de Carrizal. *Resúmenes Ampliados del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I: 133-139. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Zagorodny, N. y V. Val

2010. Resultados preliminares de las investigaciones arqueológicas en el sitio Campo de Carrizal (Belén, Catamarca). Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Ms.

INDICADORES PARA EL RECONOCIMIENTO DE REPRESAS ARQUEOLÓGICAS

*Sonia L. Lanzelotti**

RESUMEN

Se propone un conjunto de indicadores para la identificación de represas arqueológicas. Se detallan los principales aspectos técnicos y funcionales: sus elementos constitutivos (dique, embalse, vaso, bocatoma), las posibles fuentes de abastecimiento de agua (río/arroyo de régimen permanente o temporal, o agua de lluvias) y la relación con la agricultura y el riego. Se derivan indicadores y expectativas arqueológicas, organizados en tres ítems: características contextuales (emplazamiento y asociación); rasgos arquitectónicos y estratigrafía; sedimentología y microfósiles. Se ejemplifica con una estructura identificada como represa en la Mesada del Agua Salada, en el valle de Yocavil, provincia de Catamarca.

Palabras clave: agricultura prehispánica – indicadores – represas arqueológicas – riego – Caspinchango.

ABSTRACT

We propose a set of indicators for identifying archaeological dams. We detail the principle technical and functional aspects: the constructive elements (dam, reservoir, basin, and sluice), the possible sources of water supply (seasonally permanent or temporary river/stream, or rainwater) and their relation with agriculture and irrigation. We arrive at archaeological indicators and expectations, organized into three sections: contextual characteristics (location and association), architectural elements, and stratigraphy, sedimentology and microfossils. We use as an example a structure identified as a dam in Mesada del Agua Salada, in the Yocavil Valley, Catamarca Province.

Keywords: Prehispanic agriculture – indicators – archaeological dams – irrigation – Caspinchango.

* Museo Etnográfico “J. B. Ambrosetti”. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: sonialan@filo.uba.ar

INTRODUCCIÓN

La presencia de estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agrícola es una de las líneas de evidencia más visibles que, junto con otros indicadores (infraestructura ganadera, restos vegetales y faunísticos, etc.), permiten al arqueólogo abordar temas relacionados con la organización socioeconómica de las sociedades de base agropecuaria. Por ello, el reconocimiento de los distintos tipos de estructuras agrícolas –andenes, terrazas, canchones, canales, silos, etc.– durante el trabajo de campo se convierte en una instancia decisiva en el proceso de investigación. En Argentina, las referencias a la infraestructura agrícola arqueológica se remontan a los inicios de la disciplina (Ambrosetti 1897; Bruch 1911; Debenedetti 1918; Ardissonne 1928, 1944; Gatto 1932; Casanova 1934; Lafón 1956-57), pero no han sido objeto específico de investigación hasta hace unos pocos años. Actualmente, el marco de referencia para el reconocimiento de este particular registro se basa en las descripciones aportadas en los trabajos. En la puna de Jujuy se han descrito y analizado los canales de riego y las distintas configuraciones de las áreas de cultivo en Casabindo (Albeck 1984, 1993) y Coctaca (Suetta 1967; Albeck y Scattolin 1991), para los cuales se han desarrollado indicadores cronológicos y culturales (Albeck 2003-05). En los Valles Calchaquíes se destaca la infraestructura del sitio Las Pailas, que incluye canales de riego/drenaje subterráneos (Tarragó 1977), los silos en el sitio Los Graneros (Tarragó y González 2003) y la andenería en diversos lugares de la Quebrada del Toro (Raffino 1972), Tolombón y Gualfin (Williams *et al.* 2008; Korstanje *et al.* 2010). En el sector calchaquí sur se han hecho observaciones generales sobre infraestructura agrícola en las quebradas orientales del río Santa María (Cigliano 1960) y descripciones más detalladas en Caspinchango (Ratto 2000; Lanzelotti 2003) y sitios del extremo sur occidental del Aconquija (Scattolin 2007). En el Valle de Tafí, las estructuras agrícolas fueron descritas en general por Berberían y Nielsen (1988), y en particular por Sampietro y Sayago (1996-97) en cono glasis del Río Blanco y Caria *et al.* (2011) en la quebrada del río Los Corrales. En la puna catamarqueña se registran trabajos en Bajo del Coypar y Cortaderas (Olivera y Vigliani 2000-02; Olivera *et al.* 2003-05), Tebenquiche (Krapovicic *et al.* 1980; Quesada 2006) y Laguna Blanca (Albeck y Scattolin 1984; Díaz 2009). Sobre las estructuras agrícolas del valle del Bolsón (Departamento Belén) se ha generado información y se han desarrollando métodos pioneros en base al análisis de microvestigios vegetales: identificación de especies cultivas e indicadores para el reconocimiento de prácticas como el riego, abono y quema de rastrojos (Korstanje 2005, 2009; Korstanje y Cuenya 2008, 2010). También se describió la infraestructura agrícola asociada al sitio El Shincal y Los Colorados (Giovannetti 2009) y se señaló la existencia de infraestructura productiva en el valle de Hualfin (Sempé 1999). En el Valle Central de Catamarca están los trabajos descriptivos de Kriscautzky (1996-97) y Puentes (2003) y en el Valle de Ambato se suman las investigaciones de Figueroa (2010). En la provincia de La Rioja se presentaron estructuras agrícolas en Famatina (Gonaldi y Rodríguez 2010) y en la provincia de San Juan se realizaron trabajos de hidrología de canales arqueológicos (Damiani 2002). Además de ofrecer información útil sobre diversas problemáticas, este corpus de información brinda el marco básico para reconocer las estructuras agrícolas más frecuentes.

El presente trabajo es un aporte para la identificación de una de las estructuras menos abordadas: las *represas*. La existencia de represas ha sido registrada en varios sitios del Noroeste Argentino (NOA), pero su tratamiento ha sido marginal en relación con el resto de la infraestructura agrícola (tal es el caso de Ambrosetti 1897; Bruch 1911, Lafón 1956-57; Suetta 1967; Raffino 1975; Albeck 1984, 1993; Ottonello y Ruthsatz 1986; Palma y Olivera 1992-93; Scattolin 2007; Sempé 1999; Kriscautzky 1996-97; Puentes 2003; Figueroa 2010; Berberían y Nielsen 1988; Franco Salvi *et al.* 2009; Callegari y Wisnieski 2010; Gordillo *et al.* 2010; Caria *et al.* 2011). Un detalle a destacar es la variedad de términos utilizados en los trabajos para referirse a estas estructuras: se las encuentra bajo el nombre de “estanques”, “diques”, “endicamientos”, “embalses”, “reservorios”, “presas”,

“tajamarres”. Esta diversidad responde, en parte, al énfasis puesto por cada investigador en un elemento arquitectónico o en algún aspecto funcional.

Proponemos agrupar los anteriores términos bajo la denominación única de *represa*, a la cual definimos como toda estructura cuya función es la de almacenar agua para su posterior utilización. Esta estructura, como veremos más adelante, está integrada por varios elementos y rasgos arquitectónicos característicos.

El conjunto de indicadores y expectativas arqueológicas que proponemos aquí se basa en la integración de variables agronómicas y tecnológicas, con temáticas y metodologías de la Arqueología. Para su elaboración se analizó bibliografía técnica especializada, complementada con trabajo de campo, análisis de laboratorio y observaciones actualísticas.

En primer lugar se detallan los aspectos técnicos y funcionales relevantes para el trabajo arqueológico. En segundo lugar se proponen los indicadores y sus expectativas de registro. Finalmente se presenta un caso de estudio que permite ejemplificar el abordaje propuesto.

ASPECTOS TÉCNICOS Y FUNCIONALES

Las repesas arqueológicas no escapan a la generalidad de cualquier conjunto material: el arqueólogo las encontrará en mejor o menor estado de conservación y esto las hará más o menos reconocibles. Del mismo modo, las posibilidades de identificación estarán relacionadas con el conocimiento que se tenga sobre su funcionamiento y sus características intrínsecas.

Los indicadores que se proponen en este trabajo resultan de la observación de los aspectos técnicos de diseño compartidos por las repesas en general, y otros se derivan de su rol específico dentro de un sistema de producción agrícola. Aclaremos a continuación algunos términos y conceptos de uso común pero que suelen confundirse entre los distintos ámbitos de aplicación técnica.

Términos y conceptos

En ingeniería se utiliza el término “represa” para hacer referencia a una estructura que ha sido construida con la finalidad de almacenar agua para un aprovechamiento posterior (ORSEP 2009). Desde un punto de vista estricto, esta utilización posterior del agua almacenada puede estar destinada directamente al consumo humano, al sostenimiento de la agricultura y/o la ganadería, para la industria o incluso para la generación de energía hidroeléctrica. El tamaño de la represa y su emplazamiento se relacionan generalmente con su finalidad.

Para cumplir esa función, las repesas están constituidas por las siguientes partes (adaptado de ORSEP 2009):

- *embalse*: definido como el cuerpo de agua que queda retenido en la estructura.
- *vaso*: corresponde a la parte de la estructura que contiene el agua embalsada.
- *dique*: definido como los muros construidos para retener el agua. Dentro de éste se suele describir su *paramento*, *coronación*, *cimentación*, etcétera.
- *bocatomas* para la *entrada y salida* de agua: corresponden a los dispositivos y mecanismos para el ingreso y el egreso del agua a la estructura.

Puede haber también otros elementos complementarios, tales como una vertedera, un desarenador, un decantador, etcétera¹. Enfocaremos nuestro trabajo en los elementos comunes a todas las repesas, ya que, como veremos más adelante, permitirán generar expectativas de registro útiles a escala arqueológica.

Fuentes de abastecimiento de agua

Un primer ordenamiento de la variabilidad existente se obtiene analizando la fuente de abastecimiento del agua que se almacenará en la represa. Pueden darse tres situaciones:

- 1) Abastecimiento directo con el agua de un río o arroyo.
- 2) Abastecimiento por desviación del curso de un río o arroyo.
- 3) Captación del agua de lluvia.

El emplazamiento de la estructura y la necesidad de obras complementarias tendrán estrecha relación con la procedencia del recurso agua. En el primer caso, la represa se emplaza cortando perpendicularmente el cauce de un curso de agua de régimen permanente o transitorio (Figura 1.A). El *embalse* queda conformado por el agua retenida por la obstrucción que resulta de la construcción de un *dique* o muro de contención perpendicular a un cauce. El *vaso* estará delimitado en su parte delantera por la cara interna del mencionado dique, y sus lados pueden ser simplemente las barrancas naturales del río o sus paredes rocosas. También puede suceder que la topografía natural del terreno haya sido más o menos reforzada o modificada antrópicamente. La *bocatoma* no requiere de infraestructura especial, dado que coincide con el curso de agua. La *salida* principal del agua se ubicará generalmente en alguno de los laterales del vaso, para facilitar su reencauzamiento hacia el lugar que se desea regar utilizando canales y acequias. El *dique* puede tener también una salida para el excedente hídrico del *embalse*, que volcará hacia el cauce natural.

En el segundo caso, la represa se ubica en un sector más o menos alejado del curso de agua (Figura 1.B). El *embalse* queda contenido por un *vaso* mayormente delimitado por *diques* o muros construidos conformando una forma cerrada (rectangular, circular, etc.). Puede ocurrir que se seleccionen lugares naturalmente deprimidos de la topografía, por lo cual la inversión en infraestructura de contención será menor; o casos en los que se combinen la topografía deprimida y vasos reforzados antrópicamente. Para el abastecimiento de agua se requerirá de dos elementos complementarios: la *bocatoma* para la desviación del agua en el río que funcione como fuente, y un *canal derivador* que lo conecte con la represa. También habrá una *salida* de agua que se ubicará generalmente en el sector frontal de la represa, y donde comienza la red de riego propiamente dicha.

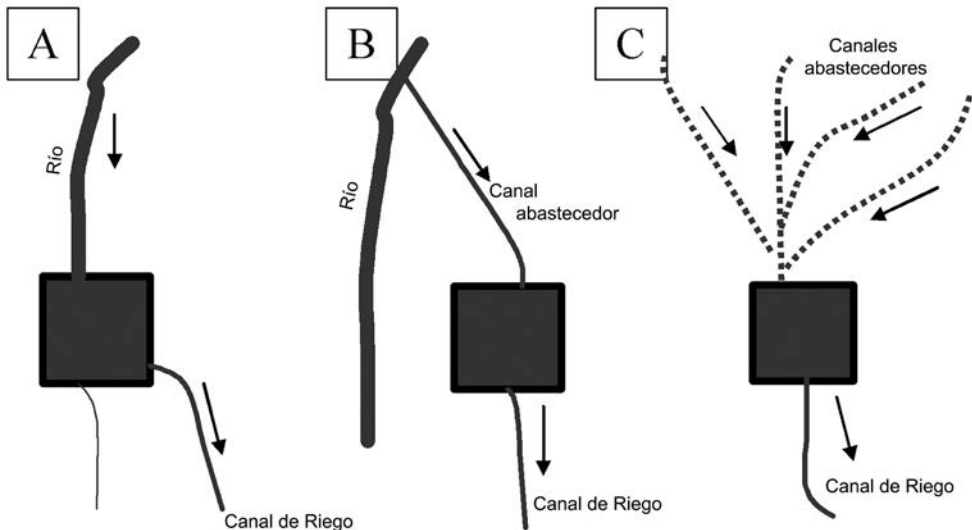


Figura 1. Esquema de las posibles fuentes de abastecimiento de agua en represas y sus estructuras asociadas
A: embalse directo de un río. B: derivación de un curso de agua. C: captación de agua de lluvia

En el tercero de los casos, el *embalse*, el *vaso* y los *diques* presentarán características estructurales similares al caso anterior, pero la *toma de agua* consistirá en una red de *canales de escurrimiento* –naturales o contruidos– cuya función es la de canalizar y orientar el agua de lluvia hacia el *vaso* (Figura 1.C). No habrá un curso de agua abastecedor, sino un área de captación de recursos hídricos que puede abarcar una extensa superficie. Habrá también dispositivos para la *salida* del agua, generalmente en el muro de contención frontal. Una variación corresponde a los casos en los que no hay área de captación de escorrentía, sino solamente el almacenamiento del agua de lluvia que cae dentro del vaso.

Agricultura y riego

La práctica de la agricultura en áreas áridas y semiáridas como las que caracterizan al NOA requiere de la aplicación puntual de agua a los cultivos en momentos críticos de su ciclo vegetal. Esta aplicación de agua es lo que se denomina técnicamente “riego” (Chambouleyron 1980). Se denomina *riego integral* a aquel que se realiza para cubrir la totalidad de los requerimientos de agua; en tanto que se habla de *riego complementario* cuando se efectúa para complementar la precipitación en un determinado momento del ciclo vegetativo. Las estrategias de riego son muy variadas y dependen, por ejemplo, de la topografía y geología de los lugares, de la disponibilidad y acceso a las fuentes del agua, de la organización social, etcétera.

Pero el riego tampoco tiene sólo una identidad tecnológica sino que es, ante todo, una opción social (Barceló 1989). Es el resultado de una decisión humana que produce formas específicas de organizar el trabajo. La forma de apropiación, individual o colectiva, del recurso agua y la producción que ésta sustenta es una construcción social resultado de la particular experiencia y del devenir histórico del grupo humano (Barceló 1989; Kirchner y Navarro 1994).

Insistiremos en que el riego no es un fin en sí mismo, sino una medida para satisfacer las necesidades de agua de los cultivos cuando las precipitaciones naturales, meteóricas, no son suficientes para su desarrollo. En este marco, es posible que el método de riego incluya la utilización de represas. Éstas serán las estructuras que contengan y almacenen el recurso agua, para ser utilizado en el momento oportuno. La represa se convierte así en el origen o punto de inicio de las distintas redes de riego.

Las decisiones sobre dónde y cómo se organiza la producción –y con ella, la construcción y mantenimiento de estas estructuras de almacenamiento de agua y la posterior forma de distribución de este recurso– son sumamente variadas. Por ello, las represas no deben buscarse en un tipo de ambiente determinado, ni en un sólo tipo de emplazamiento, ni realizadas con una técnica constructiva particular.

Pero algunos aspectos sí dependen de factores ecológicos. El funcionamiento de las represas guarda estrecha relación con el ciclo agrario: el mayor requerimiento hídrico de las plantas corresponde a las etapas de crecimiento y fructificación vegetal (Chambouleyron 1980). En el NOA, el ciclo comienza en la primavera y se extiende hasta el verano e incluso a veces el otoño, dependiendo del tipo de cultivo. Las represas se utilizan mayormente durante estos meses y en invierno se las deja descansar.

Durante la etapa de uso, las represas se llenan de agua y se van vaciando progresivamente en la medida que los cultivos requieren aporte hídrico. Las represas de menor tamaño pueden llenarse y vaciarse varias veces durante la temporada general de uso, pero también se las encontrará total o parcialmente vacías en invierno. El período invernal suele ser aprovechado para realizar las actividades de limpieza, arreglo y mantenimiento estructurales.

En síntesis, el ciclo de actividad de estas estructuras incluye una temporada en que la represa se encuentra vacía, y un período de llenado y uso (que implica uno o varios llenados por temporada) hasta que, finalizado éste, vuelve a estar total o parcialmente vacía.

INDICADORES ARQUEOLÓGICOS Y EXPECTATIVAS DE REGISTRO

Es evidente que en un contexto arqueológico difícilmente hallaremos un *embalse*, pero sí podemos encontrar todo o parte del *dique*, inferir la forma del *vaso*, la ubicación de las *tomas* y al menos una parte de la red de *canales* abastecedores y/o distribuidores, y calcular la superficie del área de cultivo abastecida por la represa. En otro orden, los ciclos de vaciamiento y llenado de la represa dejarán una impronta característica en la estructura y textura sedimentarias, como así también en el contenido de microfósiles. Dada la variabilidad de situaciones en que, como hemos visto, pueden encontrarse represas arqueológicas, el buen criterio y el sentido común del investigador serán sumamente necesarios para adecuar y/o complementar esta propuesta a cada caso particular.

Los indicadores se han organizado en: características contextuales (emplazamiento y asociación); rasgos arquitectónicos; sedimentología, estratigrafía y microfósiles.

Características contextuales: emplazamiento y asociación

Para pensar en la existencia de represas destinadas al almacenamiento de agua para riego, el registro arqueológico debe dar cuenta además de algún tipo de sistema de distribución de agua (canales, acequias) y estructuras para el cultivo propiamente dichas (canchones, andenes, terrazas, surcos, etc.)². Respecto de la fuente de abastecimiento del recurso hídrico para la represa, vimos que puede ser un curso de agua (directa o indirectamente) o el agua de lluvia, y que el/los punto/s de abastecimiento puede/n guardar mayor o menor cercanía respecto del área de cultivo. No obstante, habrá siempre una relación topográfica entre todos ellos: la represa se ubicará en sectores topográficamente más bajos que la fuente de abastecimiento y, al mismo tiempo, en un sector topográficamente más alto que el área de cultivo a la cual regará.

Habrán también un conjunto de expectativas arqueológicas diferenciales para cada tipo de emplazamiento. En el caso de una represa situada en medio de un curso de agua superficial, reteniendo y embalsando sus aguas, es probable que, con el paso del tiempo, tanto el dique como el vaso y las tomas hayan sido destruidas o desdibujadas por la misma dinámica fluvial, sea ésta de régimen torrencial o no. En estos casos, el seguimiento de la red de canales de riego dará una pista de la antigua existencia y ubicación de una represa de estas características. Como ejemplo citaremos las represas registradas en el Valle de Ambato por Figueroa (2010), donde se observa claramente que cada dique corta perpendicularmente el curso de agua, y en el punto de intersección de ambos se encuentra desmoronado.

Una interesante excepción a la expectativa propuesta se da en lugares de déficit hídrico extremo: el escaso caudal de agua circulante se convierte en no erosivo, por lo que también es posible que se conserven el dique y sus rasgos. Un ejemplo se observa en la infraestructura agrícola de El Tala, quebrada transversal al Valle Central de Catamarca, donde la estructura de retención de agua de escorrentía funcionó simultáneamente como estructura de cultivo (Kriscautzky 1996-97; Puentes 2003), y que en la actualidad se observa en muy buen estado de conservación.

En el caso de las represas que se abastecen desviando el agua de un río o con agua de lluvia, la posibilidad de conservación e identificación pareciera ser más sencilla. Al no continuar sometidas a la continua presión hídrica, habrá más probabilidad (al menos en principio) de que se conserve todo o parte de los muros de contención/diques y las bocatomas. Esto facilita la reconstrucción de la forma y superficie ocupada por el vaso. Para distinguir si el abastecimiento se efectuó a partir de un río o con escorrentía pluvial, habrá que focalizar en la red de canales asociados. En el caso de captación y desviación de un curso de agua, se observará la existencia de un sólo canal que conecta el río con la represa y una serie de canales que salen de la represa y se ramifican en acequias hasta alcanzar las estructuras de cultivo. Tal parece ser el caso de las represas identificadas

por Albeck (1984, 1993) en Potrero y Capinte (puna de Jujuy) y por Scattolin (2007) en el sitio Loma Redonda (extremo sur occidental del Aconquija, Catamarca).

Cuando la represa se abastece con agua de lluvia se observará una red de canales –naturales o artificiales– que confluyen en la represa y de los que es difícil identificar el punto de origen. Son los canales que conducen el agua de escorrentía superficial al momento de producirse las lluvias. Habrá también una segunda red de canales que sale desde la represa y se dirige hacia la zona de cultivo. Este tipo de estructuras ha sido identificado por Acuña en sitios arqueológicos de Ancasti, en el Este de la provincia de Catamarca (Gabriel Acuña comunicación personal 2010) y se construyen actualmente en Santiago del Estero (Basán Nickisch 2007).

Rasgos arquitectónicos

Una represa tendrá varios rasgos específicos que la diferenciarán de otro tipo de estructuras y que resultan de su función misma. El volumen de agua que conforma el embalse ejerce una gran presión sobre los diques que lo contienen (ORSEP 2009). Como resultado, los muros de contención presentarán algún tipo de “refuerzo” para oponer la resistencia necesaria al empuje del agua. Este rasgo ha sido señalado por Lafón y Krapovicás al momento de describir los recintos que identificaron como represas en El Alfarcito: muro doble, reforzado, con un pilar de sostén en el lugar de máxima tensión del agua (Lafón 1956-57:47).

Una estrategia frecuente para obtener muros resistentes es la construcción de diques con paramento en talud³. Los taludes exteriores suelen presentar mayor inclinación que los interiores, debido a la hipótesis de carga diferencial que soporta cada uno de ellos (Carbajal Ramírez 2002). Los muros de contención lateral que tienen esta forma y se construyen con tierra suelen denominarse “terraplenes” (Carbajal Ramírez *et al.* 2002). Hemos observado este tipo de muro en represas actuales de los departamentos de Santa María y Capital (Catamarca) y Famatina (La Rioja).

Los diques pueden estar contruidos con bloques, gravas, arenas, limos y arcillas, en mayor o menor combinación. Cuando el material que compone los muros tiene las mismas características se denominan *homogéneos*, pudiendo tratarse de materiales más o menos impermeables; y serán *heterogéneos* cuando se colocan diferentes materiales zonificados, con núcleo impermeable y materiales más permeables a medida que nos alejamos del centro (ORSEP 2009). Otro rasgo común es la impermeabilización del vaso, lo que se traducirá arqueológicamente en algún tipo de cubrimiento con sedimentos de granulometría fina en el fondo y en los laterales internos. Esta impermeabilización puede ser también el resultado de la decantación de las aguas del embalse (Basán Nickisch 2007).

El tamaño del área encerrada que conforma el vaso de la represa es otro indicador arquitectónico a tener en cuenta. En principio, la superficie del vaso debe ser lo suficientemente grande como para contener un volumen de agua coherente con el área necesitada de riego. Se sugiere entonces calcular la capacidad de almacenamiento de agua y compararla con la superficie destinada a ser irrigada.

Finalmente, otros rasgos que deben buscarse son las bocatomas. Hay casos en los que se conserva la abertura en los muros (ver, por ejemplo, la foto publicada en Puentes 2003:93), pero es más frecuente que las estructuras estén colapsadas en estos lugares, que son justamente los puntos de mayor debilidad estructural. Asimismo, todos los muros pueden presentarse en todo o en parte derrumbados y/o desestructurados por acción antrópica (por ejemplo, la extracción de rocas de los muros para destinarlas a otros fines), por lo que la identificación de los rasgos y características seguirá un procedimiento similar al resto de la evidencia.

Sedimentología, estratigrafía y microfósiles

El agua que conforma el embalse se comporta como agente de transporte y acumulación de sedimentos en el vaso. Estos procesos ocurren bajo dos modalidades principales. En primer lugar, en

el trayecto y hasta el ingreso a la represa el agua transportará sedimentos en suspensión, saltación y reptación, al igual que un curso de agua natural. Los flujos de agua dejan su impronta en el tamaño de los sedimentos transportados y bajo la forma de estructura sedimentaria “entrecruzada” (Waters 1992). La capacidad de transporte (tamaño y cantidad de sedimentos transportados) dependerá de la velocidad del flujo de agua, estando ésta determinada por la pendiente y la sección del canal. En el caso de los canales construidos por el ser humano para el abastecimiento de una represa –sea con agua de lluvia o a partir de la derivación de un río– es esperable que la capacidad de transporte sea intencionalmente baja. Esto se logra construyendo desarenadores, por ejemplo, o decidiendo sobre el tamaño y la forma de sección de los canales y el nivel de la pendiente del terreno, buscando evitar su erosión o el transporte innecesario de sedimentos de granulometría gruesa (Chambouleyron 1980).



Figura 2. Represa de Caspinchango, actualmente en funcionamiento. Nótese el nivel del agua del embalse y el desarrollo de vegetación en diferentes momentos del ciclo agrícola. A la izquierda: en primavera (foto noviembre de 2008). A la derecha: fin del verano (marzo de 2009)

En segundo lugar, el embalse se comporta como un cuerpo de agua tranquilo, y en él ocurren procesos similares a los de lagos y lagunas. El más influyente en un volumen de agua relativamente pequeño será la decantación de materiales inicialmente en suspensión (Waters 1992). Primero se asentarán los de mayor y luego los de menor tamaño, lo cual resulta en una especie de estratificación laminar y/o gradada.

Además, la estratigrafía del vaso registrará la periodicidad del ciclo de llenado y vaciamiento de la represa. Las unidades mostrarán una sucesión de sedimentos acumulados con cierto nivel de energía involucrada (llenado de la represa), seguida por una acumulación de sedimentos resultado de la decantación (embalse). En los meses en que la represa está vacía, el crecimiento y desarrollo de vegetación dejará también su impronta bajo la forma de pedofacies (Figura 2). Estas unidades estratigráficas serán sepultadas tras un nuevo período de llenado de la represa, superponiéndose así una nueva y similar secuencia.

Hay también otros procesos de origen antrópico que deben tenerse en cuenta. En el mantenimiento de las represas actuales se procura que los sedimentos de mayor tamaño –gravas, y hasta arenas– no ingresen al vaso. Para ello se construyen diversas formas de “desarenadores” y “decantadores” (Basán Nickisch 2007), que consisten en pequeñas estructuras que funcionan como trampas sedimentarias y se ubican justo antes del ingreso del canal al vaso. Otra forma de mantenimiento es la limpieza directa del vaso, que consiste en la extracción manual de los sedimentos que se van acumulando a lo largo del tiempo y reducen la capacidad de almacenamiento de agua. Estos eventos de limpieza generan la ausencia de la secuencia estratigráfica antes descrita.

El contenido de microfósiles presentes de la secuencia estratigráfica es otro de los indicadores propuestos. Se entiende por microfósiles a las partículas de origen biológico que pueden aportar información acerca de las condiciones de depositación sedimentaria (Coil *et al.* 2003). En el caso de las represas, el volumen de agua que conforma el embalse permite el desarrollo de flora y fauna (macro y micro) específicas. Por ejemplo, distintas especies de diatomeas (algas microscópicas que se desarrollan en cuerpos de agua de relativa estabilidad, Stoermer y Smol 1999). Los sedimentos que provengan de una represa deberán presentar abundante evidencia de diatomeas, lo cual indica que allí hubo un volumen importante de agua, y mucho más que el que puede haber en un recinto habitacional o al aire libre.

Asimismo, sería esperable registrar la presencia de fitolitos (partículas silíceas de tamaño y morfología variados que se producen en el organismo vegetal como consecuencia de un proceso de mineralización, Piperno 1988) de especies acuáticas o que se desarrollen en ambientes semiinundados. Para este tipo de interpretaciones se debe contar anticipadamente con material comparativo, preferentemente de la zona, y la ayuda de especialistas en la materia.

Un factor extra también debe tenerse en cuenta: el agua funciona como agente de transporte no sólo de sedimentos sino también de microfósiles. La procedencia de estos puede corresponder a ambientes marcadamente alejados y diferentes a los del embalse, lo que producirá cierta confusión en la interpretación del resultado de los análisis. Una forma de discriminar el origen de los componentes será el análisis estadístico de frecuencias y de componentes principales, en el cual se deberán comparar, por ejemplo, secuencias del interior de la represa con secuencias tomadas de los alrededores y/o del interior de recintos que presumiblemente han cumplido otra función.

Finalmente, vale enfatizar que, en términos comparativos, la estratigrafía de un embalse será marcadamente diferente de la que puede quedar registrada en otro tipo de recintos, ya sea habitaciones, de cultivo, corrales etc. En el primer caso, el principal agente de acumulación es el agua, que genera depósitos específicos. En el segundo caso, los procesos de acumulación que ocurren generalmente tras el abandono de recintos derivan de la acumulación eólica y de procesos gravitatorios no cíclicos. La realización de calicatas comparativas en varias estructuras arqueológicas facilitará la interpretación general.

ESTUDIO DE CASO: LA REPRESA DE LA MESADA DEL AGUA SALADA

Para ejemplificar la aplicabilidad de los indicadores propuestos, presentaremos las investigaciones realizadas sobre una estructura arqueológica ubicada en la cuenca del río Caspinchango, al sudeste del valle de Santa María o Yocavil (provincia de Catamarca). Una primera mención sobre la existencia de una represa en esta zona fue brindada por el equipo de Cigliano que, en la década de 1960, realizó investigaciones arqueológicas en varios sectores del valle este valle (Cigliano 1960). En aquella oportunidad, Arocena, De Gásperi y Petruzzi recorrieron una extensa superficie de Caspinchango y, en la publicación resultante, indican la existencia de un antigua represa, cuya existencia les fue informada por pobladores locales, pero a la que no alcanzan a visitar por falta de tiempo (Arocena *et al.* 1960:85). En el año 1986 se retoman las investigaciones sistemáticas en el valle de Yocavil (Tarragó 1987, 1999). La problemática abordada se focalizó en el registro de las ocupaciones tardías a escala regional y es así que se observa que la cuenca de Caspinchango, con su río de régimen permanente y la gran densidad y complejidad en infraestructura agrícola, habría funcionado como productor de alimentos para los centros geopolíticos de la región (Tarragó 1999; Tarragó y González 2005). Enmarcados en el mismo proyecto, en el año 2004 realizamos nuestro primer recorrido pedestre de toda la zona, para cotejar los resultados de una prospección aerofotográfica realizada previamente (Lanzelotti 2003). En este recorrido intersectamos y registramos una estructura que, según nuestro guía local Rómulo Valderrama, era una represa indígena. A partir de 2008 nos propusimos confirmar

o descartar la funcionalidad de dicha estructura. Tras un conjunto de observaciones y análisis llegamos a la conclusión de que sí se trataba de una represa. El tratamiento y los resultados de los indicadores contemplados se presentan a continuación:

Características contextuales: emplazamiento y asociación

La estructura en cuestión se ubica exactamente a 26°45'45" Lat. S y 65°55'32" Long. O, unos 4 km río arriba del poblado actual de Caspinchango, en la zona pedemontana de la sierra del Aconquija. Se encuentra sobre una antigua terraza aluvial erosionada, probablemente del segundo nivel local del Período Cuaternario (Rafael Herbst comunicación personal), consistente en depósitos de terraza de piedemonte, aluviales de torrente y flujos detríticos (Ruiz Huidobro 1972). En este lugar, los depósitos mencionados conforman una "mesada" con un lado mayor en sentido sudeste-noroeste de 2.300 metros de longitud y unos 400 m de ancho, ubicado entre los 2.600 y los 3.000 msnm. Tiene una superficie de 101,3 ha y una pendiente general del 17,3% que buza hacia el sudoeste. Los límites norte y sur están dados por dos ríos de régimen permanente, que nacen en el cordón montañoso pero que a la altura de la mesada se encuentran encajonados. Esta área es conocida como "El Ciénago" o "Mesada del Agua Salada", y se la ha definido arqueológicamente como un área caracterizada por unidades de vivienda dispersas entre cuadros de cultivo (Arocena *et al.* 1960; Lanzelotti 2003). Un mayor detalle de la evidencia arquitectónico-arqueológica permite incluir recintos habitacionales de planta circular, subcircular y rectangular, estructuras relacionadas con la producción (canales, andenes, surcos de cultivo), montículos y despedres, que se encuentran a lo largo de toda la mesada (Lanzelotti *et al.* 2010). El marco cronológico de las ocupaciones, inferido a partir de la presencia de materiales cerámicos recuperados en las excavaciones y lo observado en superficie, da cuenta de un largo proceso de ocupación, desde al menos 2000 AP hasta la actualidad.

Volviendo a la estructura propuesta como represa, se analizó su emplazamiento utilizando una ampliación digital de la Fotografía Aérea N° 2765-104-3 en escala original 1:50.000 del Plan Vuelo Cordillera Norte de SEGEMAR, tomada en el año 1969. Una vez ubicada en la fotografía aérea se observó la existencia de un rasgo lineal –un posible canal– que la conectaba con un punto del río norte (Figura 3). Este hecho fue constatado con trabajo de campo, realizando un seguimiento pedestre de esta estructura lineal. Se observó así que se trataba de un gran rasgo natural –un canal de escorrentía– cuya pendiente había sido aprovechada antrópicamente para la construcción de un canal pircado sobre su lado norte. Este canal que llamamos *de abastecimiento* tiene una longitud aproximada de 800 m y se conserva casi completamente, a excepción del tramo inicial, que correspondería a la bocatoma. Puede inferirse, sin embargo, que ésta nace a una cota de 2.930 msnm aproximadamente y finaliza en la represa, en una cota de 2.814 msnm, lo que resulta en un desnivel de 116 m. Con estos datos se calculó la pendiente del canal, que en este caso es del 14,5%. Respecto del área que habría sido regada, se observa que ésta comienza inmediatamente por debajo de la represa, donde se ubican numerosas estructuras de cultivo⁴. Podemos proponer, en principio, que estamos frente a un tipo de represa cuya fuente de abastecimiento proviene del agua del río norte, conectado a éste por un canal abastecedor. Se cumple asimismo con la relación topográfica esperada entre una toma de agua, la represa y el área a regar.

Rasgos arquitectónicos

Se realizó un relevamiento arquitectónico clásico utilizando la planilla para la descripción de arquitectura arqueológica elaborada por Magadán (1988) con algunas modificaciones. Una primera observación indica que la estructura está formada por varios recintos adosados, a diferentes niveles de altitud. El recinto de mayor tamaño correspondería al vaso de la represa y se ubica a

nivel intermedio entre una superficie más elevada (coincidente con la unidad compuesta y los lados exteriores de los muros norte y este) y el nivel más bajo que se observa al exterior del muro oeste (Figura 4).

La topografía general coincide también con una prolongación del rasgo negativo identificado en la fotografía aérea y que corresponde a un gran canal de escorrentía natural. Los muros que delimitan la represa reflejan también este fenómeno: el muro norte es simplemente un acompañamiento y refuerzo del rasgo natural encajonado, en tanto que el muro oeste responde a las características típicas de un dique o muro de contención frontal. El paramento de los muros oeste y sur es en talud. Se observa también un derrumbe en el centro del muro norte, que coincidiría con la vertedera o salida de agua, justamente por tratarse de un punto relativamente débil del muro.

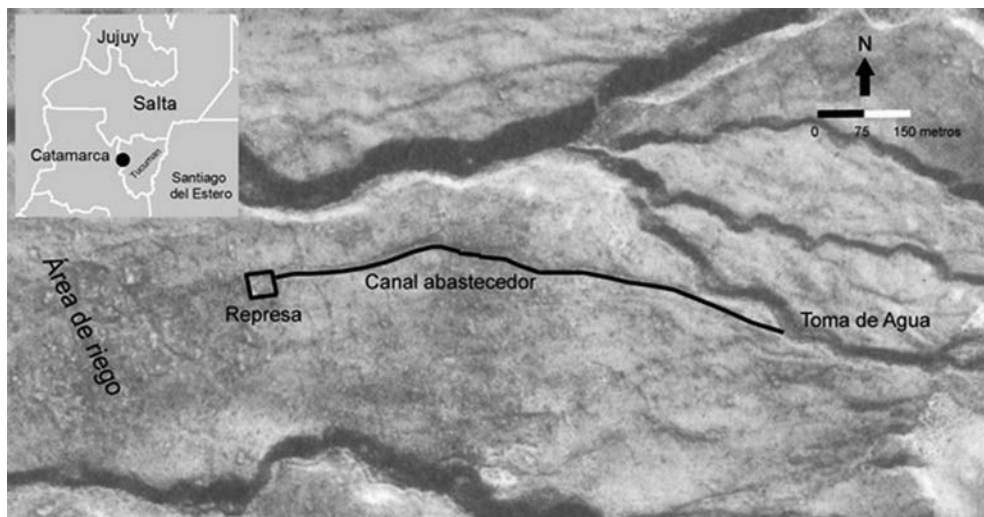


Figura 3. Represa, canal abastecedor y área de riego en la Mesada del Agua Salada. Composición ampliada sobre Fotografía Aérea N° 2765-104-3 del Plan Vuelo Cordillera Norte, año 1959

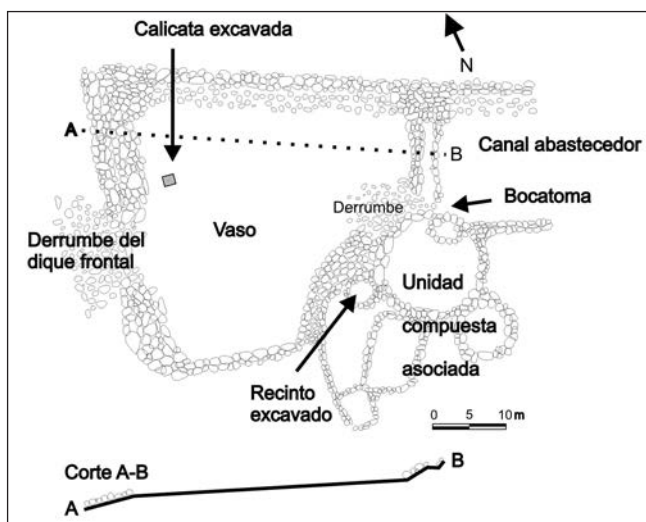


Figura 4. Estructura identificada como represa
Dibujo realizado por Marcelo Lamamí sobre la base de puntos relevados con estación total

Respecto del vaso, se le calculó una superficie de 943 m². Para estimar el volumen de agua almacenada se propuso una profundidad mínima de un metro de agua, lo que arroja una capacidad de 943 m³. Esto representa un valor mayor a los 534 m³ de agua que aproximadamente se requerirían para las 3,3 ha con estructuras de cultivo ubicadas su bajo área de influencia (Lanzelotti y Lamamí 2010). La estimación fue realizada en base a ensayos de infiltración sobre las estructuras agrícolas, lo que permitió calcular la capacidad de carga del suelo y con ello, el volumen máximo de agua tolerada para cada episodio de riego. Se contempla asimismo que, entre los distintos eventos de riego, la presa puede reabastecerse (Lanzelotti y Lamamí 2010).

Sedimentología y estratigrafía

Para evaluar estos indicadores, se practicó una calicata de 1 m² en el probable vaso, cerca del dique de contención del lado Este. Sobre los perfiles limpios se observaron once unidades que fueron descritas en el campo desde una perspectiva pedoestratigráfica (Figura 5 y Tabla 1). También se tomaron muestras para su descripción sedimentológica en laboratorio, cuyos resultados se presentan en la Tabla 2.

De los datos obtenidos se deduce una interesante secuencia de eventos y agentes responsables. De las once unidades, seis presentan claros indicadores de transporte y acumulación fluvial, dados por su estratificación laminar y entrecruzada (unidades 3, 6, 10 y unidad 9, respectivamente). Cinco unidades son, además, pedofacies u horizontes de suelo enterrados, lo que implica una importante actividad biológica interrumpida. Los episodios de sepultamiento habrían sido relativamente rápidos, a juzgar por el contacto abrupto o claro entre las unidades, y una granulometría que incluye

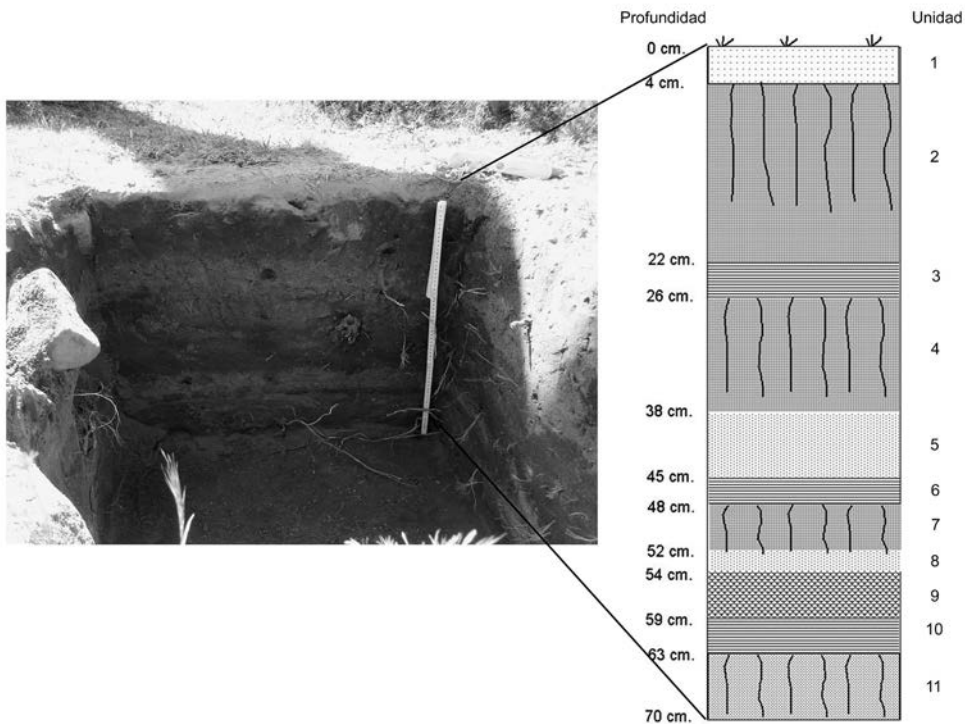


Figura 5. Calicata con el perfil expuesto y su interpretación

guijarros y arenas gruesas, indicadores ambos de un agente de transporte como el agua. Tras los análisis de laboratorio se observó que la textura de las unidades presenta algunas variaciones: la primera es franco-arenosa; franca la segunda; franco-arcillo-arenosa la tercera; franca la cuarta y la quinta; franco-arcillo-arenosa las unidades 6, 7 y 8; y finalmente, franco-arcillosa las unidades 10 y 11.

El pH varía gradualmente desde valores levemente ácido en las unidades superiores (6,1 - 6,5) hasta fuertemente alcalino en las unidades inferiores (8,5 - 9). En cuanto al porcentaje de materia orgánica en la secuencia, se observan picos que corresponden a los suelos enterrados.

Tabla 1. Descripción de campo de las unidades registradas en el Perfil 2 (Lanzelotti *et al.* 2009)

Unidad	Profundidad (cm)	Límite inferior	Estructura	Interpretación
		tipo	tipo	
		forma	clase	
1	0 a 4	abrupto	ausente	A
		suave	ausente	
2	4 a 22	claro	migajosa	Ab1
		suave	fin débil	
3	22 a 26	claro	laminar	Cb1 (estructura sedimentaria coherente con decantación de sedimentos en un cuerpo de agua tranquila)
		suave	media moderada	
4	26 a 38	claro	migajosa	Ab2
		suave	fin débil	
5	38 a 45	gradual	masiva	Cb2
		suave	ausente ausente	
6	45 a 48	abrupto	laminar	Cb3 (estructura sedimentaria coherente con decantación de sedimentos en un cuerpo de agua tranquila)
		suave	media fuerte	
7	48 a 52	abrupto	masiva	Ab3
		suave	fin débil	
8	52 a 54	claro	masiva	Ab4
		suave	fin débil	
9	54 a 59	abrupto	entrecruzada	Cb4 (estructura sedimentaria coherente con flujos de agua de moderada energía)
		suave	fin débil	
10	59 a 63	abrupto	laminar	Cb5 (estructura sedimentaria coherente con decantación de sedimentos en un cuerpo de agua tranquila)
		suave	media moderada	
11	63 en adelante	n/o	masiva	Ab6
		n/o	fin débil	

En síntesis, el perfil excavado muestra la sucesión de varios eventos, en lapsos temporales relativamente cortos. Esta secuencia indica, por un lado, eventos de depositación, pedogénesis y sepultamiento sucesivos; y por otra parte, que el agente responsable de buena parte de los eventos de depositación ha sido el agua (Lanzelotti *et al.* 2009). Todo ello coherente con las expectativas generadas para un embalse.

Tabla 2. Descripción analítica de las unidades registradas en el Perfil 2

	Muestra N°										
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Arena (%)	67,0	44,6	65,0	40,4	37,6	67,0	57,2	55,0	37,2	39,2	43,2
Arcilla (%)	19,6	26,0	23,6	25,6	25,2	23,4	25,4	25,6	27,6	31,6	31,4
Limo (%)	13,4	29,4	11,4	34,0	37,2	9,6	17,4	19,4	35,2	29,2	25,4
Clase textural	Fr-Ar	Fr.	Fr-Arc-Ar	Fr.	Fr.	Fr-Arc-Ar	Fr-Arc-Ar	Fr-Arc-Ar	Fr-Arc	Fr-Arc	Fr-Arc
pH	6,1	6,3	7,0	7,2	7,2	7,8	8,2	8,3	8,6	8,7	8,9
Carbono orgánico (%)	0,74	0,49	0,22	0,60	0,74	0,30	0,33	0,85	0,93	1,21	0,77
Materia orgánica (%)	1,28	0,85	0,38	1,04	1,28	0,52	0,57	1,47	1,61	2,08	1,32

Agregamos como información complementaria que se realizaron tres excavaciones en estructuras diferentes y cercanas a la represa. Una de ellas en un sector de surcos de cultivo y las otras dos en el interior de unidades habitacionales. La estratigrafía relevada en los tres casos se diferenciaba claramente de la observada en la represa (Lanzelotti *et al.* 2009). Los perfiles también fueron muestreados para el análisis de microfósiles. De la columna estratigráfica de los surcos de cultivo, los primeros resultados indican la presencia de diatomeas en el horizonte A del paleosuelo agrícola (Alejandro Zucol comunicación personal). Este dato indicaría que el suelo fue regado (Korstanje y Cuenya 2008) y abona la posibilidad del uso de agua de represa.

CONSIDERACIONES FINALES

En este trabajo se han presentado indicadores que pueden resultar de utilidad para reconocer represas arqueológicas. Se los ha buscado en las principales características técnicas relacionadas con la función general de almacenar agua y en las particularidades de su destino para el riego.

En las sociedades andinas actuales existe una estrecha relación entre la organización del trabajo agrícola y la gestión del recurso agua, donde se insertan escalas contrapuestas de interés individual-familiar y colectivo-comunal (Treacy 1994). En los Andes Centrales se considera que el héroe mítico Quilquiri estableció un procedimiento para el control del agua de riego mediante la edificación de una represa que necesitaba del control y la cooperación social para garantizar su buen funcionamiento (Treacy 1994:211). Esta noción de control no implica necesariamente la existencia de una autoridad estatal (o suprarregional) que controle la actividad de la represa, pero

sí un equivalente funcional, que generalmente se materializa en la adhesión a procedimientos y costumbres consuetudinarios. Por ejemplo, el nombramiento de un *Juez* o *Autoridad de Aguas*, que cumple la función de contralor mientras dure su mandato (Treacy 1994). Aun así, en la mayoría de las comunidades persiste una tensión dinámica entre los objetivos y la manera de producir de las unidades familiares y las regulaciones y restricciones comunales.

En la localidad de Ayquina, en el norte de Chile, las represas reciben el nombre de *kocha*, término quechua que significa “laguna” y que se extiende a otros reservorios de agua naturales o construidos y considerados sagrados (Castro y Valera 1994:100). En esta localidad, la limpieza anual de la *kocha* es una actividad altamente ritualizada que marca el inicio del ciclo agrícola (Castro y Valera 1994).

Estos ejemplos sirven para mostrar que la organización de la producción en el pasado es también un producto social y no sólo tecnológico. Nuestra comprensión será mayor en tanto y en cuanto seamos arqueólogos capaces de reconocer e integrar la mayor cantidad de elementos del sistema. Reconocer la existencia de represas arqueológicas es un primer paso para reflexionar sobre las distintas estrategias de concentración, distribución y, por ende, de apropiación de un recurso crítico como es el agua.

Fecha de recepción: 20/12/2010

Fecha de aceptación: 13/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo forma parte del Proyecto Yocavil, dirigido por la Dra. Myriam Tarragó, y financiado por la ANPCyT (PICT 34511) y el CONICET (Beca PG Tipo II). Agradezco al Dr. Rafael Herbst por sus observaciones geomorfológicas sobre la Mesada del Agua Salada, y a Gabriel Acuña por su colaboración en el campo y permitirme hacer referencia a la represa registrada por él en Ancasti. A Mónica Ferraro, por su ayuda en la Biblioteca del Museo Etnográfico; a Marcelo Lamamí, Juan Pablo Carbonelli, Romina Spano y Valeria Palamarczuk, por la lectura de una versión previa de este trabajo, y a Manuel Szejnberg Gonçalves Garralves por la corrección del *abstract*. Mi agradecimiento también a las evaluadoras de este artículo, Dras. María Esther Albeck y Alejandra Korstanje, por sus observaciones y comentarios que permitieron mejorarlo. Soy, por supuesto, la responsable de los errores que pueda tener.

NOTAS

- ¹ El lector interesado en estos temas puede consultar los trabajos de Gómez Navarro y Aracil Segura (1958) y del Bureau of Reclamation (1960).
- ² Cabe señalar que puede haber agricultura con riego, sin la necesidad de construir represas. Pero no es este el caso que nos interesa en este trabajo.
- ³ Los materiales utilizados actualmente (hormigón, cemento, etc.) permiten construir también diques de paramento recto.
- ⁴ En la mesada se registran también estructuras de cultivo en cotas más altas que la represa. En este caso creemos que el agua de riego proviene de otro lugar.

BIBLIOGRAFÍA

Albeck, M. E.

1984. Riego prehispánico en Casabindo (Provincia de Jujuy). Nota preliminar. *Revista del Museo de La Plata* VIII (60): 265-277.

1993. Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- 2003-05. Sistemas agrícolas prehispánicos: la búsqueda de indicadores cronológicos y culturales. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 20: 13-26.
- Albeck, M. E. y M. C. Scattolin
1984. Análisis preliminar de los asentamientos prehispánicos de Laguna Blanca (Catamarca) mediante el uso de la fotografía aérea. *Revista del Museo de La Plata* VIII (61): 279-302.
1991. Cálculo fotogramétrico de superficies de cultivo en Coctaca y Rodero, Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 1: 43-58.
- Ambrosetti, J. B.
1897. La antigua Ciudad de Quilmes (Valle Calchaquí). *Boletín del Instituto Geográfico* XVIII (1, 2 y 3): 1-17.
- Ardissonne, R.
1928. Coctaca. *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* III (1): 161-166.
1944. Andenes en la cuenca del Torrente de las Trancas (provincia de Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina Antropología* IV: 93-110.
- Arocena, M. L., G. de Gásperi, y S. Petruzzi
1960. Caspinchango. En *Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María*: 81-109.
- Barceló, M.
1989. El diseño de Espacios Irrigados en Al-Aldalus: un enunciado de principios generales. En *I Coloquio de Historia y Medio Físico. El Agua en zonas áridas: Arqueología e Historia*: 2013-2047. La Rioja (España), Universidad de La Rioja.
- Basán Nickisch, M.
2007. *Manejo de recursos hídricos en zonas áridas y semiáridas para áreas de secano*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- Berberián, E. y A. Nielsen
1988. *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*. Córdoba, Comechingonia.
- Bruch, C.
1911. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*. Buenos Aires, Coni.
- Bureau of Reclamation. United States Department of the Interior
1960. *Design of Small Dams. A water Resources Technical Publication*.
- Callegari, A. y M. L. Wisniewski
2010. La guerra y la paz: emplazamientos estratégicos del norte y centro de la provincia de La Rioja (ca. 600-1400 DC). En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo. XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* II: 607-612. Mendoza, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Cuyo e Instituto Nacional de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
- Carbajal Ramírez, F., M. A. Aguilar Torres, F. Agüero Vega y F. J. Aguilar Torres
2002. *Geometría de las superficies de acuerdo en balsas de riego*. Santander, INGEGRAF.
- Caria, M., N. Oliszewski, J. Gómez Augier, M. Pantorrilla y M. Gramajo Bühler
2011. Formas y espacios de las estructuras agrícolas prehispánicas en la quebrada del río Los Corrales (El

- Infiernillo, Tucumán). En M. A. Korstanje y N. Quesada (eds.), *Arqueología de la agricultura: casos de estudio en la región andina argentina*: 144-165. San Fernando del Valle de Catamarca.
- Casanova, E.
1934. Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca. En *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas 2*, La Plata.
- Castro, V. y V. Varela (eds.)
1994. *Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos*. Chile, FONDART.
- Cigliano, E.
1960. *Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María*. Publicación del Instituto de Antropología 4, Facultad de Filosofía y Letras. Rosario, Universidad Nacional del Litoral.
- Chambouleyron, J.
1980. *Riego y Drenaje*. Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería, Fascículos 2, 3, 4. Tomo II. Buenos Aires, ACME.
- Coil, J., M. A. Korstanje, S. Archer y C. Hastorf
2003. Laboratory goals and considerations for multiple microfossil extraction in archaeology. *Journal of Archaeological Science* 30: 991-1008.
- Damiani, O.
2002. Sistemas de riego prehispánico en el valle de Iglesia, San Juan, Argentina. *Multequina* 11: 01-38.
- Díaz, A.
2009. Historias de tierra y agua: introducción a los espacios agroarqueológicos de Laguna Blanca (Depto Belén, provincia de Catamarca). Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Debenedetti, S.
1918. Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, Prov. de Jujuy). *Boletín de la Academia Nacional de Córdoba* XXIII: 283-318.
- Figueroa, G. G.
2010. Organización de la producción agrícola en contextos sociales no igualitarios: el caso del Valle de Ambato, Catamarca, entre los Siglos VII y XI D.C. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Franco Salvi, V., J. Salazar y E. Berberían
2009. Reflexión teórica acerca del Formativo y su implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio D.C. *Andes* 20: 197-217.
- Gatto, S.
1932. Un granero o silo en la quebrada de Coctaca. En *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas II*: 51-56. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Giovannetti, M. A.
2009. Articulación entre el sistema agrícola, redes de irrigación y áreas de molienda como medida del grado de ocupación Inka en el Shincal y Los Colorados (prov. de Catamarca). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Gómez Navarro, J. J. y J. L. Aracil Segura
1958. *Saltos de agua y presas de embalses*. Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, España.

Gonaldi, M. E. y M. G. Rodríguez

2010. Cultivando espacios. Estructuras productivas en el sitio La Cuestecilla (Dpto. Famatina, La Rioja, Argentina). En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo. XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina II*: 407-412. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Cuyo e Instituto Nacional de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Gordillo, I., J. M. Vaquer y M. Basile

2010. Prospecciones arqueológicas en Andalgalá (Catamarca): resultados y perspectivas. *Intersecciones en Antropología* 11: 281-276.

Kirchner, H. y C. Navarro

1994. Objetivos, métodos y práctica de la arqueología hidráulica. *Arqueología y territorio medieval* 1: 159-182.

Korstanje, M. A.

2005. La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina). Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

2009. Microfósiles y agricultura prehispánica: Primeros resultados de un análisis múltiple en el NOA. En A. F. Zucol, M. Osterrieth, M. Brea y N. Borrelli (eds.), *Análisis fitolíticos de vegetación, suelos y sedimentos en sitios arqueológicos: estado actual de su conocimiento en América del Sur*: 249-263. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Korstanje, M. A. y P. Cuenya

2008. Arqueología de la agricultura: suelos y microfósiles en campos de cultivo del Valle del Bolsón, Catamarca, Argentina. En A. Korstanje y Babot, P. (eds.), *Matices interdisciplinarios en estudios fitolíticos y de otros microfósiles*. Reino Unido, BAR International Series.

2010. Ancient agriculture and domestic activities in North Western Argentina: a contextual approach studying silicaphytoliths and other microfossils in soils. *Environmental Archaeology* 15: 43-63.

Korstanje, M. A., P. Cuenya, V. I. Williams

2010. Taming the control of chronology in ancient agricultural structures in the Calchaquí Valley, Argentina. Non traditional data sets. *Journal of Archaeological Science* 37: 343-349.

Krapovicas, P., A. Castro y M. Meroni

1980. La agricultura prehispánica en la Puna. En *Actas y Publicaciones del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina I*: 139-156. San Juan.

Kriscautzky, N.

1996-97. Sistemas productivos y estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agropecuaria en el Valle de Catamarca. *Shincal* 6: 65-70.

Lafón, C. R.

1956-57. Nuevos descubrimientos en El Alfarcito (Dep. de Tilcara – Prov. de Jujuy). *Runa* VIII: 43-59.

Lanzelotti, S. L.

2003. Fotografías aéreas y SIG: herramientas para el Análisis Espacial en Caspinchango. En *VI Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas. Programa de Actividades y resúmenes de ponencias*: 32. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Lanzelotti, S. L., G. E. Acuña y M. Lamamí

2009. Sedimentos y suelos en represas y andenes: caracterización edafoestratigráfica en áreas de cultivo prehispánico en Caspinchango (Catamarca, Argentina). En *Segundo Congreso Latinoamericano de Arqueometría*. Universidad de Ingeniería. Lima, Perú. En prensa.

- Lanzelotti, S. L. y M. Lamamí
2010. Cálculo de potencial de riego e infiltración en represas y surcos prehispánicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca). En *La arqueometría en Argentina y Latinoamérica*. Córdoba, EdiFFyH, Universidad Nacional de Córdoba. En prensa.
- Lanzelotti, S. L., A. Álvarez Larrain, M. Lamamí y G. E. Acuña
2010. La espacialidad en Caspinchango: primera aproximación a la distribución de conjuntos arquitectónicos en la “Mesada del Agua Salada”. En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo. XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina II*: 455-460. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Cuyo e Instituto Nacional de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
- Magadán, M.
1988. *Ficha para el relevamiento de arquitectura arqueológica*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Olivera, D. y S. Vigliani
2000-02. Proceso cultural, uso del espacio y producción agrícola en la Puna Meridional Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 19: 459-481.
- Olivera, D., S. Vigliani, A. Elías, L. Grana y P. Tchilinguirian
2003-05. La ocupación Tardío-Inka en la Puna Meridional: El Sitio Campo Cortaderas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 20: 257-277.
- Organismo Regulador de Seguridad de Presas (ORSEP)
2009. *Las presas*. <http://www.orsep.gob.ar/trabajos-publicaciones.php> (marzo 2009)
- Ottonello, M. y B. Ruthsatz
1986. Agricultura prehispánica y la comunidad, hoy, en la Quebrada de Rachaite. Provincia de Jujuy, Argentina. *Runa XVI*: 1-27.
- Palma, J. y D. Olivera
1992-93. Hacia la contrastación de un modelo arqueológico para el Formativo Regional en Humahuaca: el caso de Estancia Grande. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 14: 237-259.
- Piperno D. R.
1988. *Phytolith analysis: an archaeological and geological perspective*. California, Academic Press.
- Puentes, H. A.
2003. *Los primeros tiempos del formativo en el valle de Catamarca. Control de Cuenca, manejo hidráulico y uso del espacio. Un caso de estudio: sitio El Tala (Dpto. Capital, Catamarca)*. Catamarca, CENEDIT-UNCa.
- Quesada, M.
2006. El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1º Milenio DC. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31: 31-46.
- Raffino, R.
1972. Las sociedades agrícolas del período tardío en la Quebrada del Toro y alledaños. *Revista del Museo Nacional de La Plata (Nueva Serie) VII (45)*: 157-210.
1975. Potencial ecológico y modelos económicos del NO Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología IX*: 21-43.
- Ratto, N.
2000. Reconstrucción y monitoreo de los Corredores de Infraestructura Sur y Norte del emprendimiento

minero Bajo de la Alumbreira. Informe presentado a Minera Alumbreira Ltd. y Dirección de Antropología de Catamarca. Ms.

Ruiz Huidobro, O.

1972. *Descripción Geológica de la Hoja 11e, Santa María. Provincia de Catamarca y Tucumán. Carta Geológico-Económica de la República Argentina. Escala 1:200000*. Boletín N° 134. Servicio Nacional Minero Geológico, Ministerio de Industria y Minería de la República Argentina.

Sampietro, M. M. y J. M. Sayago

1996-97. Aproximación geoarqueológica al conocimiento del sitio Arqueológico "Rfo Blanco", Valle de Tafi, Tucumán (Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17: 257-273.

Scattolin, M. C.

2007. Un examen del espacio residencial y productivo en el Aconquija. *Shincal* 7: 135-149.

Sempé, C.

1999. La cultura Belén. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 2: 250-258. La Plata.

Stoermer, E. y J. Smol

1999. *The Diatoms. Applications for the Environmental and Earth Sciences*. Cambridge, Cambridge University Press.

Suetta, J. M.

1967. Construcciones agrícolas prehispánicas en Coctaca. *Antiquitas* 4: 1-9.

Tarragó, M. N.

1977. La localidad arqueológica de Las Pailas, provincia de Salta, Argentina. En *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* 2: 499-517. Altos de Vilches.

1987. Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 12: 179-196.

1999. El patrimonio arqueológico del valle de Santa María en peligro: el Rincón Chico. En *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*: 205-253. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Tarragó, M y L. González

2003. Los graneros: un caso de almacenaje incaico en el Noroeste Argentino. *Runa* 24: 123-150.

Tarragó, M y L. González

2005. Variabilidad en los modos arquitectónicos incaicos. Un caso de estudio en el valle de Yocavil (provincia de Catamarca). *Chungará* 37(2): 129-143.

Treacy, J. M.

1994. *Las chacras de Coporaque. Andenería y riego en el Valle del Colca*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Waters, M.

1992. *Principles of Geoarchaeology. A North American perspective*. Tucson, University of Arizona Press.

Williams, V., M. A. Korstanje, P. Cuenya y P. Villegas

2008. La dimensión social de la producción agrícola en un sector del Valle Calchaquí Medio. En M. A. Korstanje y M. Quesada (eds.), *Arqueología de la agricultura: casos de estudio en la región andina argentina*. En prensa.

REPENSANDO LA ARQUEOLOGÍA DE SANTIAGO DEL ESTERO. CONSTRUCCIÓN Y ANÁLISIS DE UNA PROBLEMÁTICA

Constanza Taboada*

RESUMEN

Este trabajo reconsidera algunos aspectos de la arqueología de Santiago del Estero y plantea una problematización para el estudio de los procesos prehispánicos ocurridos en el territorio. Para ello analiza e interrelaciona dos aspectos: las circunstancias históricas que han dado lugar a la percepción, gestión e investigación de una “arqueología santiagueña”, y los avances en la generación y análisis de datos y planteo de hipótesis sobre la región realizados por el propio proyecto de investigación. Sobre la base de ello y de ejemplos de análisis, plantea una lectura global y de síntesis de algunas de sus problemáticas.

Palabras clave: arqueología – Santiago del Estero – historia de la arqueología.

ABSTRACT

This article rethinks some aspects of Santiagueña archaeology and proposes a critical definition for the study of prehispanic processes that occurred in the region. In this aim two interrelated themes will be analysed: the historical circumstances that have given place to the perception, practice and investigation of a “Santiagueña archaeology”, and the results of the uncovering and analysis of data concomitant with the hypothesis concerning the region proposed by our investigation project. Working on this basis and on examples from these analysis, we present a global revision and synthesis of some of the Santiagueña’s archaeological polemics.

Keywords: archaeology – Santiago del Estero – history of archaeology.

* Instituto Superior de Estudios Sociales. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán. E-mail: constanzataboada@gmail.com

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA ARQUEOLOGÍA Y LA HISTORIA.
MIRADAS DE AFUERA Y DE ADENTRO

Desde un inicio, la arqueología de Santiago del Estero quedó circunscripta a los límites provinciales. Con la construcción de la Civilización Chaco-Santiagueña por los hermanos Wagner, pasando por definiciones posteriores de una región o subárea Chaco-Santiagueña, el pasado prehispánico del actual territorio santiagueño quedó, en general, definido, aislado y aunado –en la interpretación y en su abordaje– a una esfera espacial contenedora y aparentemente homogénea. Este recorte territorial imaginario, pero real en su práctica, ha sido tan así que hasta el día de hoy en los pasillos de los círculos académicos se habla de la “arqueología de Santiago”, algo que no cobra significación cultural prehispánica –aún considerando cierta homogeneidad ambiental dentro del territorio–. Este apelativo no se repite para otras provincias, y para su conceptualización han influido varios factores. Como veremos, es una construcción histórica signada por el particular desarrollo de la disciplina en el territorio.

Lo decíamos ya en otra ocasión: el libro de los hermanos Wagner preside salones y actos en Santiago (Martínez *et al.* 2003). Hace un par de meses fue el regalo elegido para entregarle a la Presidenta de la Nación en su visita a la provincia. En Santiago, museos y páginas web, oficiales y no oficiales, fundaciones, organismos e instituciones culturales, de turismo y de educación, públicos y privados, páginas de investigadores no arqueólogos, manuales, folletos y textos de divulgación siguen presentando como emblemática a la Civilización Chaco-Santiagueña –aunque ya sin todo el trasfondo que tenía para los Wagner– o como concepto o título contenedor del pasado prehispánico del territorio. De hecho, las narrativas de la arqueología son relatadas y representadas desde y para el presente, y son apropiadas y concebidas como parte de nuestros pasados. Es así como, en un momento dado, la Civilización Chaco-Santiagueña fue hecha carne en Santiago (Martínez *et al.* 2003), y por más avances que se hayan hecho sobre el tema, el imaginario local sigue de diversas formas renovando el peso y la fuerza simbólica de esta construcción. Esto no sería problemático si sólo fuera el mantenimiento de un mito, o el recuerdo de una vieja teoría que, como tales, son realmente fantásticos y hacen a Santiago. El inconveniente es que los problemas y avances arqueológicos, el discurso científico, y aún la concepción o percepción de la arqueología del área han quedado de alguna manera atrapados, desfigurados, limitados o invisibles en la construcción, perduración y protección de una idea territorial homogeneizadora y limitante –más allá de cómo se la llame hoy–, y de sus viejos problemas de posicionamiento frente al campo académico nacional (Relaciones 1940; Martínez *et al.* 2003), en ámbitos que deberían separar y mostrar la diferencia entre las distintas cuestiones en juego. Esta separación y presentación no se ha producido claramente en las prácticas de gestión y en los discursos de difusión científica en Santiago. Esto ha ido en detrimento de revelar, difundir y valorar los avances que la ciencia ha ido aportando en los más de 100 años que han pasado desde los primeros trabajos arqueológicos en la región. Tal vez las mismas razones son las que han llevado a apoyar una práctica arqueológica y un abordaje del estudio del pasado circunscripto casi exclusivamente a las investigaciones locales. Es quizás lo que ha llevado también a que lo que se conoce, o se ha postulado sobre su pasado prehispánico, parezca erróneamente –incluso a la mirada externa y especializada– como uniforme, indistinto o extensivo para todo el territorio. Todo este conjunto de circunstancias ha conformado la idea de una “arqueología santiagueña” que, por supuesto, no tiene una correlación significativa con los procesos sociales del pasado regional, que hoy podemos señalar como diversos, dinámicos y no homogéneos a su interior, y para cuyo entendimiento resulta clave incorporar el estudio de la interacción hacia el exterior.

Es así como los avances producidos en estos más de 100 años aparecen muy poco representados en los discursos locales que, en general, muestran un palimpsesto poco coherente en el intento de conciliar visiones e interpretaciones de distintas épocas y autores que no son combinables. Estas interpretaciones no constituyen adiciones a sus inmediatas anteriores, sino que cambiaron

–en algunos casos, radicalmente– el concepto que implicaban. Así, el término “Civilización Chaco-Santiagueña” (o el de “Imperio de las Llanuras” u otros más modernos pero igualmente homogeneizadores) suele aparecer en los contextos señalados como título unificador del pasado santiagueño, aunque actualizado o combinado con propuestas que distintos investigadores realizaron a lo largo del tiempo. Pero, más allá de estas combinaciones poco favorables y que llevan a confusión, uno de los grandes problemas parece ser la percepción, o mantenimiento implícito, de que existe una entidad o realidad que engloba el pasado prehispánico del territorio santiagueño con uniformidad de características a su interior y estudiable como entidad cerrada y desde adentro. Y esto parece derivar tanto del mantenimiento del recorte territorial con que se ha venido estudiando en la práctica, como del apoyo, desarrollo, difusión, uso y reconocimiento, diversos y desiguales, que han tenido las investigaciones que intentaron aportar al conocimiento del pasado prehispánico regional.

Este planteo puede terminar de entenderse si analizamos el reconocimiento local y externo que se ha dado a los diferentes autores que trabajaron sobre la arqueología de Santiago. En general, en los mismos ámbitos locales señalados anteriormente, se conocen o recuerdan sólo algunos de los investigadores de la arqueología del territorio, aquellos que a lo largo del tiempo trabajaron desde espacios institucionales locales (Wagner y Wagner 1934, 1936; Wagner y Righetti 1946 Gramajo de Martínez Moreno 1978, 1979, 1982, 1994; Gramajo de Martínez Moreno y Martínez Moreno 1988, 1992; Togo 1999, 2007, entre otros de sus trabajos). No hace falta decir que varios otros investigadores contribuyeron, y de forma realmente importante, al conocimiento de la arqueología de la región. Por nombrar algunos, Jorge von Hauenschild, Henry Reichlen, Antonio Serrano, Asbojorn Pedersen, de la primera época... Roque Gómez y Ana María Lorandi de la etapa de fundación científica. Todos investigadores de fuera de Santiago (salvo Roque Gómez) poco recordados o suficientemente valorados dentro de la historia y difusión provincial, a pesar de su indiscutida idoneidad, relevancia de sus aportes y renombre como investigadores (*cf.* Hocsman 2001; Martínez *et al.* 2003; Lindskoug 2008; Gómez [1976] 2009; Matera *et al.* 2009; Arenas y Taboada 2010, etc.). Todos ellos, investigadores que terminaron abandonando la arqueología de la Provincia, en varios casos lamentando tener que hacerlo. Por sólo ahondar en dos de ellos: Henry Reichlen, joven arqueólogo que puso orden y sistematicidad a la información generada por los hermanos Wagner, identificó con agudeza varias problemáticas de la región y planteó la secuencia y contextualización que sirvieron para avanzar en los desarrollos posteriores (Reichlen 1940). Después de abandonar a desgano la arqueología en Santiago por conflictos con Emilio Wagner, fue un reconocido investigador de la arqueología peruana (Fauvet-Berthelot 2001). Ana María Lorandi, por su parte, se dedicó por más de diez años a la arqueología del territorio, definiendo sus problemáticas, y desarrollando y aplicando un diseño de investigación riguroso, acorde con las más nuevas corrientes de la época (Lorandi 1969, 1970a, 1978; Lorandi y Carrió 1975; Lorandi *et al.* 1979). Sin embargo, las tradiciones y las fases definidas con base en análisis estratigráficos y contextuales detallados y a los primeros fechados radiocarbónicos en el territorio (Lorandi 1970b, 1972, 1974, 1977, 1978) no fueron incorporadas en los discursos locales encargados de difundir el patrimonio arqueológico y el pasado regional. Dejando tras de sí un inmenso aporte a la “arqueología santiagueña”, Ana María Lorandi renunció también al tema y fundó la Etnohistoria en el país (Matera *et al.* 2009). Todos estos autores realizaron contribuciones muy significativas al conocimiento del pasado regional, aportaron otras visiones y repensaron las cosas desde otros lugares, con una interlocución más amplia y despejada de los mitos, limitaciones y presiones locales.

Se presenta también otra dicotomía, ya en el campo de la investigación, y es la que puede verse en las orientaciones y conceptualizaciones sobre el pasado prehispánico que se han producido tanto localmente como por investigadores dependientes de centros de investigación externos a la Provincia. Históricamente, los temas, áreas y períodos estudiados han sido diferentes (*cf.* Lorandi 1969; Gramajo de Martínez Moreno 1977; Togo 2008, etc.). Ello ha llevado, en general, a una falta

de discusión y continuación de las problemáticas planteadas por cada autor—un diálogo y desarrollo que habrían sido provechosos en todo sentido—, sino que casi corrieron cada una por separado, ya desde la época de los Wagner. Por ejemplo, mientras los Wagner construían su Civilización, vinculándola con el Viejo Mundo y sosteniendo su independencia de los desarrollos del resto de NOA; Ambrosetti (1901) había inaugurado una línea de reflexión vinculada a la interacción de los habitantes de los valles con los del territorio santiagueño (Leiton 2010), línea que luego varios autores siguieron (Serrano 1938; Relaciones 1940) y que finalmente Lorandi desplegó en hipótesis de interacción muy interesantes que revertían la mirada (Lorandi 1978, 1980, 1984). Sin embargo, estas propuestas que establecían una vinculación con el incario no fueron continuadas, discutidas ni apropiadas como parte de su pasado en el ámbito santiagueño, diálogo que sí se dio, en cambio, dentro de los espacios de reflexión de la arqueología y etnohistoria del NOA (Cremonte 1991; D’Altroy *et al.* 1994; Williams y Cremonte 1994; Palomeque 2000, 2005, etc.).

Por supuesto, mucho ha cambiado en la arqueología de Santiago desde los planteos de los Wagner, pero a la vez, tampoco tanto. Por un lado, los aportes realizados tanto externa como localmente no han sido difundidos claramente ni apropiados en el medio local; mientras en el ámbito académico nacional se han mantenido en general con un perfil bajo, casi sin interlocuciones que permitieran diálogos constructivos. Por otro lado, en relación con el resto del NOA, Santiago ha tenido un desarrollo bastante limitado de su arqueología. Son escasísimos los arqueólogos y proyectos que a lo largo de su historia se han dedicado a investigar su pasado prehispánico de forma sistemática. Un inconveniente importante parece haber sido la sobrevaloración y resguardo de las producciones locales, tanto como la omisión en la difusión y apoyo a los aportes de investigadores no incluidos en el sistema local, con independencia de qué se planteara. Esta situación ha llevado a otros dos problemas históricos: menos cobertura de las investigaciones en Santiago, sea en trabajo de terreno, sea en definición y análisis de distintas problemáticas; y cierto aislamiento en cuanto a la producción y abordaje, con poco intercambio de opiniones, de discusión de datos e interpretaciones y de desarrollo de perspectivas diversas.

Podemos terminar esta parte del trabajo diciendo algo evidente: históricamente, y salvo valoradas excepciones, en Santiago el desarrollo de la arqueología ha andado muy solo y aislado de los avances y perspectivas abiertas en el resto del país, y esto no parece que fuera justamente beneficioso para su crecimiento. La pregunta sería: ¿por qué? No por falta de evidencias y sitios arqueológicos, de interés de investigadores o de problemáticas interesantes a estudiar. Al contrario, hay tantos temas y espacios sin investigar que resulta paradójico el hecho de que internamente no se hayan instrumentado las medidas necesarias para apoyar y promover su estudio en forma más amplia. Más aún, el avance veloz de la frontera agrícola y de las obras de infraestructura requiere con urgencia de leyes nuevas y acciones concretas que protejan los sitios y bienes culturales y que arbitren los medios para la obligatoriedad de realizar estudio de impacto y seguimiento de obras.

Quizás por todo lo dicho es que se sigue hablando de “arqueología de Santiago”... en el sentido de qué se sabe de este territorio, que fue quedando definido, homogeneizado y aislado por sus teorías, sus prácticas y su gestión. Es por ello que desde hace un tiempo intentamos repensar su arqueología, entendida conjuntamente como el desarrollo de su práctica tanto como el de sus interpretaciones, en tanto, como vimos, se han influenciado mutuamente hasta el día de hoy. Queremos así, con este trabajo, señalar la necesidad, propuesta y posibilidad real de trasponer esos límites que han marcado su devenir: en la gestión, con voluntad de amplitud y crecimiento; en la difusión, incorporando avances; en las interpretaciones, generando información local y buscando integrar el territorio a los circuitos y procesos regionales prehispánicos.

UNA PROPUESTA DE TRABAJO

Sobre la base de esta lectura de situación, en esta segunda parte del artículo proponemos un acercamiento global y problematización para el estudio de los procesos prehispánicos ocurridos

en el territorio santiaguense. Para eso ponemos en interrelación datos, hipótesis y líneas de investigación arqueológicas que venimos desarrollando desde hace un tiempo al abordar el estudio de los procesos locales y de interacción acaecidos entre poblaciones asentadas en la llanura, el piedemonte, los valles intermontanos y el chaco santiaguense para diferentes momentos del período prehispánico y colonial temprano (Angiorama y Taboada 2008; Taboada 2009, 2010a; Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010). Esto es resultado del repensar y generar datos e historia que iniciamos con una investigación sobre los hermanos Wagner (Martínez *et al.* 2003, 2008, 2010), que movilizó preguntas y decidió nuestro interés en desarrollar un proyecto arqueológico a largo plazo sobre la región (Taboada 2010b).

El primer acercamiento a través de aquella investigación nos permitió pensar las condiciones históricas de construcción de la disciplina a la vez que visualizar las problemáticas arqueológicas vigentes. Luego, un acercamiento práctico mediante convenios con el Museo Wagner y con Parques Nacionales (Taboada y Angiorama 2005; Taboada *et al.* 2007) permitió durante un breve tiempo el recorrido, observación directa en el terreno y consecuente generación de información de campo no registrada hasta ahora en la bibliografía. Finalmente, la recuperación y el reanálisis de información bibliográfica, de archivos y de colecciones arqueológicas procedentes de la provincia y áreas vecinas, y su integración a los resultados de nuestros trabajos de campo en el piedemonte catamarquense cerca del límite con Santiago nos ha permitido repensar varios aspectos de los procesos de desarrollo local y regional y empezar a proponer hipótesis al respecto, alguna de las cuales matizan sensiblemente las sostenidas hasta ahora.

Cuando Reichlen, llegado en 1937 de Suiza para trabajar con los Wagner, arma su proyecto de investigación, tiene una clara idea del problema que ya enfrentaba la arqueología en Santiago y de lo que hacía falta para avanzar: “Mi intención no era la de practicar excavaciones intensivas sobre un sitio determinado, sino de reconocer la importancia y la calidad de los yacimientos arqueológicos de esas regiones aún desconocidas, a fin de establecer una base sólida para investigaciones ulteriores más completas” (Reichlen 1940 [traducción A. T. Martínez]). Hoy hablaríamos de hacer “arqueología regional”, una perspectiva que sale del énfasis de excavar y centrarse en sitios particulares y disociados, para mirar más allá con el objetivo de obtener un panorama de los procesos y de cómo estos sitios y materialidades cobran sentido dentro de una trama histórica, social, procesual y espacial. Entre otras posibles, es esta la arqueología que intentamos desarrollar y que consideramos eficiente para abordar en este momento el estudio y comprensión de los procesos ocurridos en el territorio, para superar limitaciones históricamente signadas y para aportar otras formas de pensar el pasado de la región y el manejo y lectura del patrimonio que lo documenta.

Como decíamos antes, la percepción generalmente ha estado marcada por lo que pasó en Santiago como un todo. Precisamente, uno de los problemas pendientes de la arqueología del actual territorio santiaguense es el abordaje del estudio de su diversidad interior y de las vinculaciones particulares –en tiempo y espacio– con los procesos regionales. Respecto del primer punto sólo contamos con algunos señalamientos precursores (Reichlen 1940; Bleiler 1948) y más adelante de Lorandi (Lorandi 1974; Lorandi y Carrió 1975, etc.) quien, por razones de necesidad y prioridad científica del momento, se concentró mayormente en la definición temporal y de procesos, explicitando que el aspecto espacial quedaba aún por analizarse en mayor detalle (Lorandi 1978). Con sus trabajos se adelantó radicalmente sobre los avances que ya habían realizado Reichlen (1940) y González (1960) por sobre los Wagner a través de sus propuestas de una secuencia para el territorio que planteaba tres industrias o culturas sucesivas. Pero establecido luego por Lorandi (1974, 1978) un nuevo marco temporal y conceptual totalmente vigente, resulta ahora necesario, a la vez que tratar de afinarlo con las posibilidades actuales, abordar el estudio de la diversidad en el espacio. Como veremos, paralelamente se hace necesario también seguir repensando y desagregando categorías y entidades que simplificaron esa diversidad y que camuflaron diferentes estrategias de representación y reproducción social al interior y exterior de este gran territorio.

Bajo esta mirada orientamos nuestro proyecto de investigación. Los trabajos que venimos realizando desde esta perspectiva permiten empezar a repensar la región y algunas hipótesis planteadas en la bibliografía tanto en relación con momentos tempranos como tardíos. Para ello desarrollamos una metodología específica que apuntó a aprovechar e integrar los aportes realizados a la arqueología del territorio, a la vez que a superar restricciones para realizar trabajos de campo. Así, una pluralidad de procesos potencialmente implicados ha sido puesta de relieve apelando al análisis de la bibliografía y al estudio de colecciones. Las hipótesis de interacción hacia el exterior de los límites provinciales son el resultado de haber sumado a aquellos estudios, trabajos de prospección y excavación en el piedemonte catamarqueño así como el análisis de colecciones de la zona de valles. Para eso fue indispensable desarrollar como metodología una mirada que mueve continuamente su punto de observación y análisis, ubicándolo en la llanura, el piedemonte y los valles. Esto nos permite plantear que hay ciertas zonas dentro del actual territorio santiagueño que tuvieron desarrollos contemporáneos diferenciados y señalar que, aún con más de 100 años de arqueología en la Provincia, hasta hoy no sabemos qué pasó en gran parte de ese paisaje prehispánico. Pero el aporte no vendrá tanto de ampliar o enfocar la cobertura de los trabajos, sino más bien de la definición de las problemáticas a abordar.

Nuestra investigación se enmarca, entonces, dentro de un proyecto que pretende comprender y explicar fenómenos socioculturales de índole regional. Buscamos así la integración de sitios y evidencias en escenarios amplios de acción cultural, considerando su eficiencia para comprender los modos de construcción y uso del paisaje social, su interconexión funcional, cultural y simbólica, y para pensar áreas, contextos y situaciones de potencial significación en el pasado. Apuntamos así a generar explicaciones sobre las esferas y fronteras de interacción social, trayectorias y movilidad de bienes, ideas y personas. En este sentido, nos interesa también dar cuenta de las elecciones y negaciones operadas en el seno de estas sociedades y agentes en tanto potenciales estrategias de reproducción social. Entendemos que al interior de los grupos humanos debieron operarse reglas de validación de saberes y elección de usos y consumos. La expectativa es que esto habría generado diferentes formas de socialización y de contenido en el intercambio material y simbólico, resultando en el desarrollo de prácticas de autoafirmación o demarcatorias en las actividades cotidianas y eventuales y, en consecuencia, en las esferas de producción material y distribución espacial accesibles a la arqueología.

Derivadas de la definición de problemáticas e hipótesis más generales analizadas en estos términos (Angiorama y Taboada 2008; Taboada 2009; Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010), hemos ido abriendo también líneas complementarias y ampliatorias de análisis (López Campeny y Taboada 2009; Becerra 2010; Leiton 2010a, 2010b; López Campeny 2010a, 2010b, etc.). Con ambas escalas de análisis se trabaja sobre información procedente de trabajos arqueológicos y antropológicos de campo, estudio de colecciones, y recuperación, análisis crítico y reinterpretación de información bibliográfica, etnohistórica y de archivos, sobre la base de la consideración de los contextos de producción en la historia de la arqueología (Martínez *et al.* 2003) y de la necesidad de articular y repensar conjuntamente la información y categorías usadas por la arqueología, la etnohistoria y la historia (Farberman y Taboada 2010). A la vez, desarrollamos una línea tendiente a integrar a los pobladores de las regiones donde se realizan trabajos de campo en la producción del conocimiento y preservación del patrimonio, articulando sus expectativas y sentires con la normativa legal y con las responsabilidades e intereses científicos. Una línea que pretende romper con la vieja imagen de apropiación y de imposición de prácticas y saberes sobre espacios, restos humanos o materialidades vivenciales en las comunidades locales y en la sociedad en general (Martínez *et al.* 2009; Rodríguez Curletto 2009; Medina Chueca 2010).

Necesariamente, los estudios más particulares recortan un objeto de análisis para su profundización, pero no buscan la caracterización acotada de estas materialidades o situaciones particulares, sino que más bien tienden a comprender los procesos que implican, para articularse luego en propuestas más abarcativas (por ejemplo, Taboada *et al.* 2010). Los objetos, sus atributos

y contextos son tomados así como referentes materiales de prácticas y procesos específicos, y le permiten a la arqueología superar la descripción de sitios y objetos y la definición de culturas estáticas y homogeneizadoras carentes de agentes sociales.

DIVERSIDAD INTERIOR: PROCESOS SOCIALES Y ESFERAS DE INTERACCIÓN

La zona del río Salado Medio

Podemos pasar ahora a analizar lo expuesto con algunos ejemplos. Por cierto, y de acuerdo con la perspectiva señalada, resulta evidente la falta de significación y resolución social y de procesos de una “Cultura Averías”, entidad con la que clásicamente aún se representa al período tardío de Santiago, definida por un determinado estilo cerámico, generalizada para todo el territorio y sin personas que la desplieguen. Si, por el contrario, consideramos a “Averías” como un complejo cerámico o tradición alfarera (Lorandi 1974, 1978), o como un estilo cerámico (Leiton 2010b), e introducimos en el análisis las variables de distribución espacial y de variabilidad morfológica, de diseño y de contextos, surgen claramente una serie de cuestiones a abordar. Éstas permiten plantear que al interior y exterior de la actual provincia de Santiago se desarrollaron procesos diversos vinculados al uso de este estilo cerámico que deben empezar a ser puestos en perspectiva y análisis. Si a ello sumamos la discriminación temporal planteada por Lorandi (1974, 1977, 1978), encontramos posibilidades claras para empezar a pensar en procesos sociales y dinámicas poblacionales e identitarias significativas que ocurrieron en la región antes y después de la emergencia de este estilo (hacia el 1200 d.C.), y hasta la época Colonial, pasando por momentos de vinculación con los incas. El análisis de las variables señaladas es indicativo de que este estilo cerámico participó en situaciones y procesos sociales que no sólo no pueden ser generalizados, sino que requieren empezar a ser desagregados y estudiados en su particularidad e interrelación.

Así, por ejemplo, un análisis detallado de las características materiales y de distribución acotada de un conjunto de objetos de metal, torteros y determinados tipos, formas y motivos de cerámica de estilo Averías registrados en un área acotada del río Salado medio (Figura 1) permite marcar la diferencia con grupos usuarios del mismo estilo cerámico asentados en otros sectores de Santiago, al mismo tiempo que profundizar en los procesos específicos de cada una de estas poblaciones –invisibilizadas y homogenizadas bajo un mismo concepto o rótulo general–. De este modo, la obtención de objetos metálicos incaicos, la explosión y cambio en la práctica textil tardía, y la apropiación y reelaboración local de modalidades estilísticas incaicas y valliserranas en la cerámica nos sirvieron para plantear una vinculación efectiva entre las comunidades asentadas en dicha área específica con los incas (Angiorama y Taboada 2008; Taboada y Angiorama 2010). Pero además, son indicativas de formas de relación y resignificación dadas por estas poblaciones –y no por otras contemporáneas, muy cercanas en el espacio y con similar bagaje material– a interacciones y conceptualizaciones incaicas y vallistas (Taboada *et al.* 2010).

En efecto, las poblaciones asentadas en este sector particular del Salado medio en los alrededores de Icaño (departamento Avellaneda) parecen haber desplegado estrategias para mantener vínculos en dos esferas de interacción e interés (una estatal y otra doméstica), y que llevaron a lo largo del tiempo y de un proceso complejo de interrelación social dentro y fuera del actual Santiago, a la propagación, aceptación, apropiación y negación de elementos materiales significantes, prácticas y habilidades propias de cada región y grupo cultural (Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010). La posesión, por parte de las comunidades asentadas en el Salado medio, de objetos metálicos incaicos y vallistas de clara denotación de poder simbólico o identitario (armas rituales o de investidura, objetos vinculados a la vestimenta como *topus* y *lauraques*) (Angiorama y Taboada 2008), la incorporación de nuevas pautas morfológicas y de diseño en la decoración de la cerámica (Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010), la presencia de

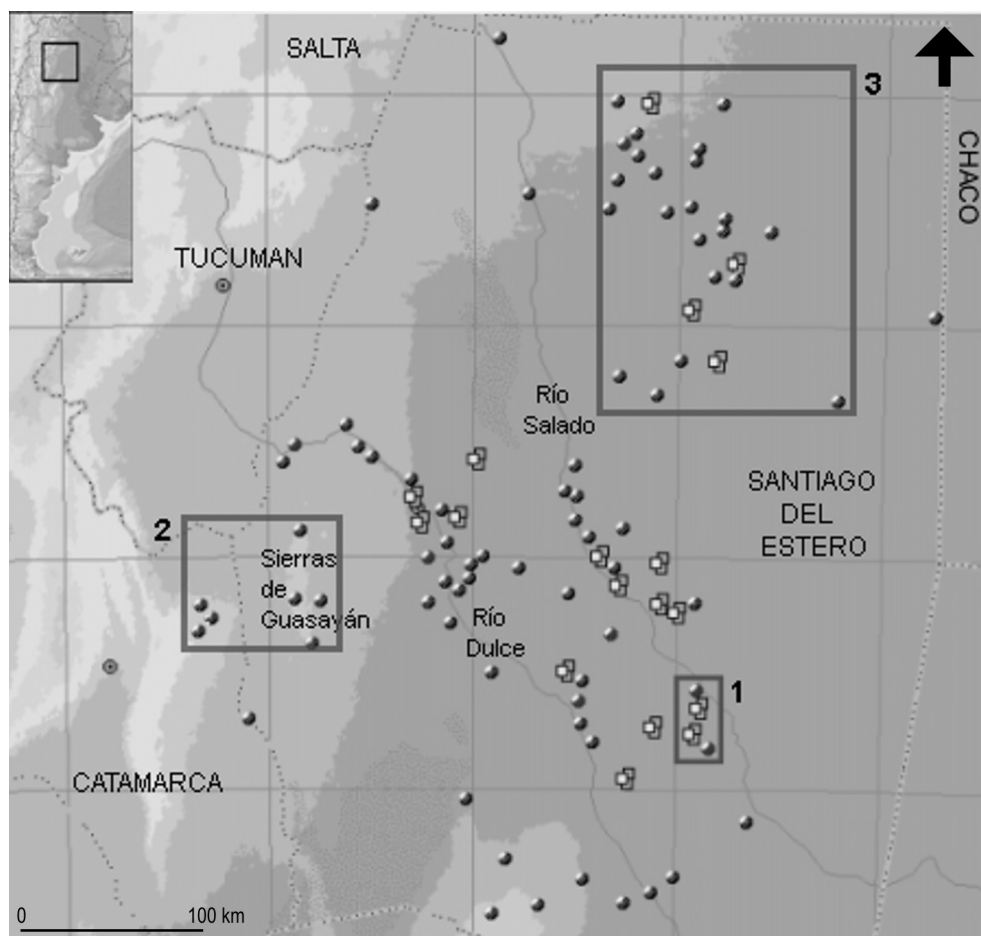


Figura 1. Mapa de Santiago del Estero. Los puntos señalan la distribución de algunos de los más de 200 sitios conocidos en la Provincia. Los rectángulos encuadran las tres áreas analizadas en el artículo:
 1. Sector del Salado Medio. 2. Area pedemontana y sierras. 3. Sector del chaco santiagueño.
 Mapa base tomado de Microsoft Encarta

algunas piezas que responden claramente a los patrones del estilo Yokavil desarrollado en los valles (Leiton 2010b), una aparente mayor escala y organización extra familiar en el hilado y tejido, el uso de diseños incaicos, de vestimenta andina, y quizás de materias primas no disponibles en el área, como la lana (Lorandi 1978; López Campeny 2010a, 2010b; Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010) y la posesión de bienes extraños a la región (como caracoles del océano Pacífico y cuentas de turquesa) (Wagner y Wagner 1934; Reichlen 1940; Relaciones 1940), nos permiten sostener que se desarrolló una importante red de mecanismos y estrategias sociales durante esta época, en la que el mantenimiento de vínculos de alianza y el manejo de aspectos simbólicos pudieron haber jugado de forma importante para ello; incluso la posibilidad de que poblaciones contemporáneas entre sí desarrollaran diferentes formas de mantener su estabilidad, generando situaciones arqueológicas diferenciadas como la que reconocemos para el sector del Salado medio y que hasta el momento resulta distinta de otros contextos tardíos de la región. Resulta quizás demasiado arriesgado pensar que en esta zona pudo existir algún tipo de instalación vinculada más estrecha o directamente con el incario, pero no por ello hay que descartarla. Como

sea, algo particular está sucediendo en este sector. Una situación diferenciada que luego parece además haber sido detectada por los españoles durante la Colonia. Allí se establecieron los principales obrajes textiles coloniales (Farberman 2002; Castro Olañeta y Carmignani 2009, etc.) que bien pudieron estar aprovechando las destrezas prehispánicas locales, quizás intervenidas o modificadas en su organización y escala de producción tras el contacto con el incario (Taboada y Angiorama 2010).

Estas situaciones se constituyen en escenarios privilegiados, que revelan nuevas formas de interrelaciones políticas y de vida cotidiana local respecto de momentos anteriores al contacto con los incas (*cf.* Lorandi 1974, 1977, 1978) y de los procesos devenidos posteriormente en las poblaciones de mitimáes en los valles (Lorandi 1980, 1984; Cremonte 1991; Williams y Cremonte 1994; Leiton 2010b, etc.). Pero también, como veremos, respecto de poblaciones contemporáneas instaladas en otros sectores de Santiago, ya que la influencia incaica no parece limitarse al área señalada. Allí se muestra una presencia más fuerte y, como señalamos, hay indicadores de una relación más directa, pero en otros sectores podemos percibir la incorporación más sutil de ciertos rasgos a la vida cotidiana, y que pensamos pueden tener que ver con la vuelta a la región de las poblaciones asentadas en los valles como mitimáes y con la propagación de factores de peso simbólico llegados o incluso motivados por los incas. Los avances realizados hasta el momento nos plantean entonces la pertinencia de desarrollar preguntas específicas sobre las implicancias y repercusiones que la anexión incaica del NOA tuvo sobre las diferentes comunidades locales de la llanura. Para ello resulta necesario, entre otros aspectos, poder establecer las características y modalidades que estas poblaciones desplegaban en su vida cotidiana antes del contacto con los incas. Esto requiere desagregar temporalmente contextos englobados en un gran paquete de cerámica Averías (trabajo en parte ya realizado por Lorandi al plantear sus fases), y también discriminarlos espacialmente, ya que, como vimos, hasta el momento las marcas más claras de un contacto directo con el incario las encontramos espacialmente confinadas. La presencia en diferentes sectores de Santiago de cerámica Averías, aparentemente sin asociación a objetos incaicos o alóctonos, pero con la incorporación de ciertos rasgos o motivos incas o con particularidades que presenta el estilo Yokavil en los valles, nos habla de otro tipo de situación, que podría tener que ver ya no tanto con la incidencia directa sobre una determinada población, sino con las repercusiones significativas que el contacto con los incas o el traslado a los valles conllevó sobre otras poblaciones de la región. La perduración hasta hoy del quichua en Santiago, o de ciertos aspectos vinculados al desarrollo textil, podría tener que ver también con este tipo de repercusiones más estructurales, y que podrían empezar a pensarse no como simples consecuencias sino quizás como parte de las políticas estatales de imposición simbólica en combinación con estrategias locales de asimilación, negación o reelaboración por negociación o para supervivencia. Procesos tempranos de emergencia de esta cerámica Averías de posible tinte andino en la región, procesos posteriores de salida a los valles y vuelta quizás de sólo ciertas comunidades de la llanura durante momentos incaicos y posteriores, y procesos sociales y económicos ocurridos durante la Colonia parecen poder empezar a explorarse a partir de este tipo de preguntas.

Al respecto, por ejemplo, y sólo a manera de enunciación problemática aquí, cabe mencionar que si prestamos atención a los modos de distribución espacial dentro y fuera de Santiago de otras tradiciones, estilos o tipos cerámicos, como la alfarería Sunchituyojo o la Negro sobre Rojo Brillante (análoga a Famabalasto Negro sobre Rojo de los valles), encontramos por detrás de ellas la posibilidad de vislumbrar formas y relaciones sociales e identitarias diversas, así como estrategias demarcatorias y de interacción de las que pudieran ser referentes. No nos vamos a extender aquí sobre este otro complejo conjunto de evidencias, sólo señalaremos que la alfarería Sunchituyojo (pensada como una tradición alfarera local más antigua –mientras la Averías podría vincularse más bien a una tradición más andina o septentrional (Lorandi 1978)– pero coexistente con la Averías desde al menos el 1200 d.C. y hasta momentos de contacto (Lorandi 1974, 1978) muestra patrones diferenciados de distribución y asociación tanto respecto a la Averías en Santiago

como a la Yokavil en los valles. En Santiago aparece en ocasiones compartiendo estratigráficamente los mismos contextos habitacionales con Averías, en otros casos se la encuentra en estructuras (montículos) distintas dentro del mismo asentamiento, en otros sitios se la halló de forma exclusiva, y en otros sólo se registró Averías (Lorandi 1974, 1977, 1978, etc.). Lorandi (1978) señala la importancia de explorar esta disociación que se da en algunos sitios y planteó la posibilidad de algo que también los Wagner habían pensado en otras palabras: que estas dos tradiciones alfareras pudieran corresponder originalmente a grupos humanos de identidades u orígenes diversos y que en la llanura terminaron compenetrándose, habitando las mismas aldeas y compartiendo la misma vida diaria y cultura material. Al respecto, es sugerente que la asociación se da al medio de la secuencia, lo que podría vincularse con un necesario proceso de conocimiento previo y eventual separación posterior que estamos analizando. Es interesante observar, también, que la última situación señalada arriba (sitios donde sólo se halló cerámica Averías) se ha detectado justamente en el único sitio que se ha excavado estratigráficamente (Lorandi 1974, 1978) en el área del Salado medio y que hemos vinculado más directamente al contacto con los incas. Si bien en algunos sitios de dicha área Lorandi registra Sunchituyo y Averías asociados en superficie, no fue constatada su asociación estratigráfica. Y una primera revisión de los materiales procedentes de los sitios de esta zona más representativos por su presencia de metales y torteros no muestra registro de cerámica Sunchituyo (Wagner y Wagner 1934; Reichlen 1940, etcétera).

Por su parte, a la cerámica Sunchituyo no se la encuentra fuera de la Provincia, lo que contrasta con la distribución que muestra la alfarería Averías/Yokavil en sitios incaicos y coloniales de los valles intermontanos (Leiton 2010b). Estas diversas asociaciones detectadas en Santiago y la incorporación por parte del incario de mitimás que en los valles producen cerámica Averías retrabajada como Yokavil pero no Sunchituyo, nos permite pensar que tras de ello hay mecanismos sociales o políticos que manejaron la producción, utilización y movilización diferenciada de estos distintos estilos cerámicos (o también, como veremos, de sus productores y usuarios). Esto puede tener que ver con cuestiones significativas de mantener presentes ciertos significantes o representaciones en los valles. Sin embargo, habrá que explorar la situación también en relación con la disociación que se produce en algunos sitios de Santiago, interponiendo allí análisis que permitan visualizar si ésta es previa al contacto incaico y específica de ciertas poblaciones de la llanura, o si puede ser referida a momentos posteriores y vincularla a poblaciones que podrían haber vuelto de los valles manteniendo o reproduciendo la situación que se había dado allí (y que, como vimos antes, parece haberse dado también respecto de otras prácticas y bienes). Como sea, la situación nos puede estar señalando al menos dos cosas: por un lado, reforzando esta vinculación directa y específica con ciertas poblaciones (como las del sector acotado del Salado medio) y no con otras, que muestran en su vida diaria ausencia o disociación de uso y distribución de la cerámica Sunchituyo (mientras contemporáneamente se da asociación en otros sectores de Santiago más al norte. *Cfr.* Lorandi 1974, 1978). Por otro lado, que específicamente estas poblaciones tuvieran alguna otra particularidad –por ejemplo, una tradición diferente de fondo como la señalada por Lorandi para la alfarería Averías– que las diferenciaba o separaba en ese momento de otras que habitaban la llanura, y que ésta fuera la razón por la cual los incas centraron su atención en ellas. Incluso, si parte de las evidencias y sitios con rasgos incaicos señalados para Santiago corresponden a momentos posteriores o a situación de regreso de mitimás a la región, las poblaciones asentadas en ellas parecerían entonces replicar la situación de valles.

El piedemonte y la sierra

La mirada que proponemos también puede aplicarse a contextos tempranos y tardíos que estamos excavando en Ampolla y Salauca en el piedemonte catamarqueño (departamento Santa Rosa), a la altura de las Sierras de Guasayán de Santiago (Figura 1). Estos nos muestran una vez

más la importancia de desagregar paquetes cerrados de rasgos asignados a espacios, tiempos y culturas determinadas. Los contextos tempranos se presentan muy semejantes a los registrados tradicionalmente en la región valliserrana (Taboada 2009), aunque con asociaciones a materiales cerámicos similares a los de las primeras manifestaciones agroalfareras conocidas para Santiago (cerámica Condorhuasi Tricolor asociada a Cortaderas Policromo). Los fechados obtenidos son los más antiguos conocidos para esta asociación (Taboada 2009) y son más tempranos que los hasta ahora publicados para contextos alfareros de Santiago (Togo 2007). En nuestro caso de estudio en el piedemonte catamarqueño, la cerámica Cortaderas aparece hasta ahora siempre asociada a Condorhuasi y desvinculada de cerámica que pudiera atribuirse a la definida como Las Mercedes Grabada (Gómez 1966, 2009), en contextos contemporáneos al desarrollo de los sitios de Alamito y del formativo de Ambato (Taboada 2009), y bastante anteriores al único sitio que conocemos con material Condorhuasi –sin asociación a Cortaderas– fechado hasta ahora en el piedemonte tucumano (Pantorrilla y Núñez Regueiro 2006). Esto significa que en nuestra zona de estudio de campo están asentadas, desde principios de la era al menos, poblaciones que compartían prácticas y modos culturales ampliamente distribuidos y registrados en el área valliserrana (Taboada 2009). Por otra parte, los contextos con cerámica Cortaderas y sin presencia de Las Mercedes Grabado que hemos registrado en la zona serían bastante anteriores a los fechados para contextos atribuidos a Las Mercedes en Santiago del Estero (tengan o no estos material Cortaderas), entidad sobre la que se ha reafirmado englobaría a la cerámica Cortaderas como parte de su componente cultural (Togo 2007). Esto ubica nuestro contexto de estudio en una situación de anterioridad y posiblemente clave para entender los procesos de desarrollo de las primeras comunidades alfareras registradas en Santiago del Estero. Según el análisis de todos los datos y fechados publicados hasta ahora para la zona (Taboada 2009), la cerámica definida como Las Mercedes se presenta en Santiago bastante después de la presencia de Cortaderas en el piedemonte catamarqueño, y aparentemente sólo en Santiago del Estero se estaría dando la asociación entre Las Mercedes Grabado y Cortaderas (*cf.* Togo 2007). Por ahora no tenemos registro de esta asociación en nuestra zona de trabajo, ni la registró allí Mulvany (1997), quien la discutió incluso para Santiago. Tampoco Pantorrilla y Núñez Regueiro (2006) han registrado esta asociación en el piedemonte tucumano, aunque sí registran Alumbra Tricolor –en parte, quizás asimilable a la definida como Cortaderas– asociada a Condorhuasi, pero lamentablemente, sin fechados para estos contextos. Esta situación nos muestra claramente la importancia de los procesos históricos locales tempranos del área y su interés para la comprensión de los procesos e interacciones regionales tanto con la zona valliserrana como con el este. Para avanzar más firmemente en ello resulta necesario ahora, entre otras cosas, revisar y repensar algunos contextos, asociaciones, nomenclaturas y asignaciones espaciales cerámicas tradicionalmente definidos en la literatura (como la definición de lo que se viene considerando Las Mercedes; la diferenciación de Cortaderas como un tipo o estilo distinto de otros asimilables en parte como Alumbra Tricolor, y de Condorhuasi en general, y su asociación o no a Las Mercedes Grabado; la diferencia entre Las Mercedes Grabado y Ciénaga, etc.) y cómo han jugado en la percepción y definición del problema (Taboada 2009).

Como sea, este claro desarrollo en el piedemonte catamarqueño de una modalidad de vida aldeana aparentemente previa a las primeras manifestaciones alfareras conocidas hasta ahora para los más tempranos sitios cerámicos de Santiago del Estero (algunos, además, ubicados muy cerca), resulta clave para ahondar sobre los procesos de emergencia y desarrollo de las primeras comunidades alfareras registradas en territorio santiagueño, a la vez de mostrar claramente la necesidad de traspasar límites arbitrarios para entender los procesos sociales. Además, la presencia de estos contextos muy similares a los registrados en la zona valliserrana, pero igual o más tempranos que aquellos, nos lleva a seguir pensando en que el área pedemontana jugó más que como una zona intermedia y de tránsito, como una zona con un desarrollo local propio importante, y que mantuvo contactos de mayor o menor fuerza con las áreas vecinas en diferentes momentos históricos según veremos también a continuación.

De hecho, datos arqueológicos y de crónicas aportan elementos para pensar la intensa dinámica de esta región también para momentos tardíos, de contacto hispano-indígena y coloniales. En efecto, en la misma zona hemos excavado contextos tardíos/coloniales tempranos con materialidades y disposiciones en el uso del ambiente recurrentemente registradas en las Sierras de Guasayán y en la llanura santiagueña (Taboada 2009). Los datos generados permiten sostener la habitación estable de grupos indígenas tardíos usuarios de la modalidad alfarera Averías que encontramos desplegada por gran parte de Santiago y que, como vimos, debe ser analizada saliendo de la clausura de la concepción de una “cultura Averías” para pensarla en función de qué tipo de procesos es indicativa. Por su parte, la información histórica señala la presencia en la región de varias encomiendas coloniales (Ferreiro 1997; Becerra 2010) que, por diversos aspectos, permiten sostener –al igual que la información arqueológica– dos puntos. En primer lugar, que al momento de la conquista española la zona estaba habitada por una considerable cantidad de indígenas, ya que el número inicial de tributarios de las encomiendas de Maquijata y especialmente de Albigasta está hablando de poblaciones numerosas habitando esta región (Becerra 2010). Y segundo, como veremos a continuación, que las poblaciones allí establecidas con anterioridad a la colonización pueden ser vinculadas culturalmente con las poblaciones de la llanura santiagueña. Esto nos entrega nuevos elementos para integrar a los planteos generales que venimos sosteniendo sobre la vinculación tardía de las poblaciones de la llanura con los valles, y en particular al posible aprovechamiento colonial de materias primas y destrezas prehispánicas en el hilado y tejido señalados anteriormente al referirnos al Salado Medio.

La recuperación (en contextos tardíos muy similares a los de la llanura) de torteros semejantes a los conocidos para Santiago sería, en principio, indicativa del desarrollo de esta práctica prehispánica en el área del piedemonte que analizamos. Al respecto, sabemos por la documentación histórica que la encomienda de Maquijata en las Sierras de Guasayán se especializaba en la textilera de algodón (Ferreiro 1997) –como la mayor parte de las de Santiago–, materia prima sobre la que se ha discutido su usufructo prehispánico, pero que de hecho podría haber sido aprovechada, junto con otras, y con la habilidad para su hilado y tejido, tanto por el incario como por españoles (Taboada y Angiorama 2010). En función de resolver esta cuestión, estudios específicos en curso sobre la variabilidad y problemática que presentan los torteros recuperados en Santiago y áreas vecinas apuntan, entre otras cosas, a distinguir las materias primas usadas y las prácticas para distintos momentos, espacios y contextos (López Campeny y Taboada 2009; López Campeny 2010a, 2010b; Taboada *et al.* 2010). Los primeros resultados del análisis funcional de una muestra de 71 torteros de Santiago (López Campeny 2010a) –en lo que respecta al conjunto de variables vinculadas con las características de los hilos obtenidos– permiten plantear el empleo de una gran proporción de ellos para el hilado de materias primas de escaso grosor. Entre las de posible disponibilidad local se propone el algodón y la seda del coyuyo (*Saturniidae rothschildia*) (López Campeny 2010a), materia prima ésta última cuyo uso para la elaboración de tejidos en la actualidad está documentada tanto para el área pedemontana como para Santiago. Ahora bien, en la encomienda de Maquijata también se tejía lana y chaguar (Ferreiro 1997). De hecho, Lorandí (1978) pensó la posibilidad de que en tiempos prehispánicos colonos de la llanura estuvieran explotando en la sierra ciertos recursos, entre ellos, específicamente lana, algo que también se intenta ahondar con esta investigación y que apunta a reconocer y diferenciar los mecanismos y prácticas pre y posthispánicas en juego.

Pero surge un aspecto de mayor significación global: la identidad étnica y cultural de las comunidades tardías que habitaban la región. Los documentos presentan datos contradictorios y generan dilemas (Farberman y Taboada 2010). Sin embargo, algunos de ellos pueden empezar a repensarse desde otras ópticas. Al respecto, cabe tener en cuenta a Sotelo de Narváez, quien afirmaba que los indios de la sierra hablaban la lengua de los diaguitas y vestían como ellos (Becerra 2010). Sin embargo, no hay registros de cultura material arqueológica para la zona (por ejemplo, cerámica santamariana o arquitectura tardía como la de los valles, que sí están presentes

en asentamientos del piedemonte norte de Tucumán) que pueda ser tomada como indicador para pensar desde lo arqueológico tal vinculación. Ello, sumado a que Ferreiro (1997) refiere que un “grupo yokavil” se encontraría en la zona de Maquijata y en la sierra homónima, y a la referencia de que tardíamente en la zona había un pueblo de indios denominado “Yokavil” (Becerra 2010), nos hace pensar en la posibilidad de que estos indígenas con algunas características diaguitas que refiere Sotelo de Narváez pudieran haber sido poblaciones vinculadas a mitimás de la llanura trasladados por los incas a los valles, que habrían adoptado a lo largo del tiempo diversas características en el habla o el vestir que los presentan confusos antes los españoles. De hecho, sabemos que dichas poblaciones adoptaron pautas culturales de los valles y de los incas durante su contacto (Leiton 2010b; Taboada *et al.* 2010). Becerra (2010) ha señalado además la importancia de observar que las confirmaciones de la encomienda de Alijilán y de Maquijata refieren que los indios hablaban la lengua del Cuzco en momentos bien tempranos, lo cual es un elemento más para pensar su vinculación con el incario. Por su parte, el nombre del pueblo de indios y del grupo humano como “yokavil” son también elementos sugerentes para pensar su procedencia. Los mitimás de la llanura produjeron en los valles el estilo cerámico homónimo como un desarrollo con ciertas particularidades de su homólogo Averías de la llanura (Lorandi 1984; Cremonte 1991; Williams y Cremonte 1994; Leiton 2010b, etc.), cerámica que encontramos recurrentemente en el piedemonte catamarqueño y en las Sierras de Guasayán en Santiago. Finalmente cabe señalar, en apoyo a nuestro planteo, que Serrano (1952) consideró a la zona como Tonocoté, y Lizondo Borda (citado en Becerra 2010) propone para el caso del pueblo de Tabigasta la asignación como indios jurfes o tonocotés, tradicionalmente considerados indios de la llanura (Farberman y Taboada 2010).

El chaco santiagueño

Podemos tomar como último ejemplo de análisis la situación en el noreste de la Provincia y este del río Salado (Figura 1), en pleno chaco santiagueño, área cargada de toda una histórica conceptualización y vinculación con lo salvaje en contraposición con el mundo civilizado. Para momentos coloniales, el río Salado aparece constituido en frontera y parece que hubiera sido asumido implícitamente como situación fronteriza preexistente también para tiempos prehispánicos. El área fue dejada de lado en las investigaciones y mapas arqueológicos y etnográficos del NOA, y cuando se la consideró se la vinculó al NEA (Serrano 1930, 1954; Palavecino 1939, 1948; González 1977; Taboada *et al.* 2007). Esta idea lleva implícita, como en los casos anteriores, una percepción y diferenciación normativa entre grupos humanos, a la vez que una homogeneización sociocultural dentro de grandes territorios que requiere ser analizada en mayor detalle y particularidad.

De hecho, es extremadamente poco lo que se sabe del chaco santiagueño para momentos prehispánicos, y estas evidencias no permiten sostener clasificaciones tajantes ni generalizadoras¹. En 1940, tras más de treinta años de intensas excavaciones de los Wagner y de incursiones de varios otros arqueólogos en la Provincia, Reichlen se asombra “al saber que los cursos superiores del río Salado y las inmensas regiones boscosas del norte de la provincia no habían sido jamás visitados por un arqueólogo” (Reichlen 1940 [traducción de A. T. Martínez]). El punto más septentrional excavado por los Wagner era Las Represas de los Indios de San Vicente, en las proximidades del río Salado, un poco al sur de Suncho Corral en el medio de la Provincia. Hoy toda aquella gran región del NE provincial sigue siendo casi igualmente desconocida (Taboada *et al.* 2007). Reichlen recorrió y excavó en la zona, registrando unos veinte sitios arqueológicos y sus características (Figura 1). Estos relativamente pocos pero suficientes elementos le sirvieron para reconocer la presencia de materiales similares o iguales a los señalados por los Wagner para el centro de la Provincia y el oeste del actual curso del Salado, como cerámica policroma Averías, cerámica Sunchituyo, otras materialidades diversas y la presencia de los famosos “túmulos” y represas. Esta información procedía principalmente de una zona ubicada bastante lejos del sitio

más septentrional trabajado por los Wagner y a la vez distante del actual cauce del río Salado, pero asociada siempre a los paleocauces que recorren la zona.

Del trabajo de Reichlen se desprenden dos puntos: 1. La asociación de evidencias tardías a diferentes paleocauces que recorren diagonalmente el NE de la Provincia permite sostener que, durante momentos prehispánicos tardíos, el río Salado en su curso superior presentó otra fisiografía que la asumida como límite regional y cultural por arqueólogos y etnógrafos en diversos mapas (Serrano 1930, 1954; Palavecino 1939, 1948; González 1977, etc.). 2. Dichas regiones estuvieron pobladas por comunidades que pueden ser vinculadas, por su similitud en la cultura material y en las prácticas, a otras que ocuparon diferentes sectores del resto de Santiago, y a procesos andinos y del NOA en general tanto o más que al NEA y a lo chaqueño y litoral (sin negar ni dejar de estudiar presencia e implicancias de elementos de estas zonas, como los hay también en el resto de Santiago). Es decir, no sólo se carece de elementos para continuar con esta estereotipación que visualizó a las poblaciones que ocuparon esta zona como radicalmente diferentes a las del oeste del Salado y la llanura central, sino que además resulta evidente la necesidad de incorporar este aspecto a la reflexión sobre interacción con el NOA y al análisis de los procesos andinos de desarrollo hacia estos sectores considerados marginales, chaqueños y salvajes.

En definitiva, al noreste del actual Salado, pero asociados indiscutiblemente a cauces que debieron ser contemporáneos, se hallan sitios y evidencias materiales similares a aquellas que se encuentran sobre su actual margen más occidental, en la mesopotamia santiagueña y en el resto de la Provincia, y que llevan a Reichlen a decir “El curso superior del Río Salado, al menos hasta los límites con la provincia de Salta, ha estado habitado por las mismas poblaciones” (Reichlen 1940 [traducción A. T. Martínez]). Aunque hace falta ahora aplicar un diseño específico de investigación para abordar el tema, la información de Reichlen permite empezar a pensar que, al menos en los casos por él estudiados, se trata de grupos humanos que tenían incorporada esta tecnología y estilos cerámicos como parte de sus prácticas cotidianas formando parte de su bagaje cultural mayoritario. Las evidencias no son aisladas ni parecen estar insertas en contextos habitacionales diferentes a los conocidos para el centro y oeste de Santiago. Estas similitudes se refieren a un similar modo de instalación en el paisaje (montículos) –que de todas formas sabemos pudo haber estado condicionado ambientalmente y no es exclusivo de un determinado pueblo, sino que caracteriza la ocupación de los asentamientos de llanuras inundables del chaco, amazonia, litoral, etc.– como a otras evidencias materiales, incluidos los estilos cerámicos. Este último aspecto puede presentar mayor potencial, si lo estudiamos en asociación a otros elementos, como marcador de identidad o de prácticas culturales semejantes, compartidas o apropiadas entre quienes lo utilizan. Puede ser también un marcador de estrategias, entre otras prácticas significativas que cabría empezar a preguntarse.

La presencia de cerámica de estilo Averías habilita el planteo de una cronología prehispánica tardía cercana o aún coincidente con el momento de contacto hispano-indígena y colonial temprano, así como un elemento de paralelismo, al menos material, con grupos que habitaban gran parte del territorio santiagueño al oeste del actual Salado. Resulta entonces impostergable hacer una lectura de situación y plantear algunas preguntas: ¿quiénes habitaban esta zona en momentos prehispánicos y posteriores?; ¿hay elementos para sostener que eran grupos étnica y culturalmente diferentes a los que habitaban la llanura santiagueña, como se suele plantear o aceptar implícitamente?; ¿constituían una homogeneidad al interior de este territorio?

La distribución de los sitios detectados por Reichlen a lo largo de los paleocauces que cruzan la región NE y se extienden casi hasta el límite con la provincia de Chaco permite sostener no sólo la instalación y dinámica de poblaciones en la región, sino también la extensión bien hacia el este de asentamientos de poblaciones usuarias de cerámica Averías y con algunos caracteres más andinos que chaqueños. Esto pone en consideración diferentes preconcepciones respecto del área que señalamos precedentemente. Ahora bien, este escalonado de evidencias y asentamientos

a lo largo de los diferentes cursos del Salado y hacia el noreste nos lleva a pensar en cómo se insertan esas poblaciones en relación cronológica e identitaria con las poblaciones tardías que ocuparon el resto de Santiago y con los procesos de interacción que venimos analizando para con el incario y la colonia. La ausencia, hasta ahora, de referencias a materiales coloniales e incas, tanto como el menor desarrollo y riqueza material de la zona respecto de sitios del Salado Medio y del centro de Santiago (Reichlen 1940), invita a revisar la potencial relación de algunas de estas poblaciones con la emergencia y los primeros desarrollos de la cerámica Averías en la región, en tanto Lorandí (1978) ha señalado que su origen podría ligarse al aporte de poblaciones del borde oriental del altiplano boliviano. Por otra parte, la observación de que había encomiendas tempranas en la zona (Rossi 2009) requiere indagar si al menos algunos de estos asentamientos pudieran vincularse a ellas. La ausencia hasta el presente de registro de elementos españoles no permite afirmarlo, aunque sí pensar que en tal caso sería indicativa de que estas poblaciones no tenían casi acceso a la cultura material colonial, mientras su sistema cultural estaba al menos materialmente empobrecido.

Análisis detallados en curso sobre los materiales recuperados por Reichlen en la zona podrán brindar elementos adicionales para pensar más concretamente a qué momentos y procesos pueden vincularse los registros de la región. Aunque no tenemos evidencias en este sentido, habrá que analizar también que algunos pudieran relacionarse al ingreso incaico a territorio santiagueño, o a procesos coloniales fundacionales, a través del río Salado. De hecho (más allá de la necesidad vital en la región de instalación en las cercanías de los ríos), la aptitud del Salado como medio de comunicación norte-sud no puede pasarse por alto, y es posible que haya tenido roles preponderantes en distintas épocas y procesos. Pärsinnen (2003) lo ha planteado como vía de llegada de los incas a territorio santiagueño, y sabemos que durante la Colonia en este sector norte se instalaron las primeras ciudades. También, como dijimos, para esta zona al noreste del Salado se ha señalado la presencia de encomiendas tempranas (Rossi 2009). Un diseño específico de investigación, con trabajos de campo sistemáticos y con estas preguntas en mente, podría revelar una rica dinámica poblacional y cultural en el área, tal como se da en el Salado medio, donde los mismos espacios fueron ocupados por asentamientos prehispánicos, pueblos de indios, obrajes, estancias y fortines, en tanto a fines del siglo XIX se continuaba allí pelando contra los indígenas que avanzaban desde el este.

Otro aspecto a considerar es el problema de la extensión hacia el oeste de la Civilización Guaraní que plantea Reichlen (1940). También von Hauenschild (1949), Serrano (1938) y otros autores señalaron la presencia de elementos arqueológicos considerados chaqueños o del litoral en el territorio santiagueño, y estos no se limitan a ubicarse al este del Salado. Desde la etnografía y la historia se ha planteado que en momentos de la Colonia grupos chaqueños se habrían estado desplazando constantemente por el territorio provincial. De hecho, en esta época, el Salado se constituyó en frontera para los españoles, pero ello no implica que todas las poblaciones asentadas del otro lado respondieran en ese momento, y anteriormente, a diferentes pautas culturales, incluso a otros grupos étnicos que los del oeste del Salado, ni que constituyeran una uniformidad. Sin embargo, la complejidad al interior de este espacio y tema no ha sufrido al momento avances arqueológicos ni se había problematizado en estos términos. Situaciones de este tipo requieren por ello de miradas que apunten a identificar y situar temporal, espacial y contextualmente evidencias que puedan aportar al problema, como podrían ser, por ejemplo, indicadores materiales y situacionales de violencia o conflicto factibles de rastrear por la arqueología.

Consideramos entonces interesante dejar planteadas estas preguntas y la potencialidad de su abordaje². La posibilidad de distinguir marcadores identitarios y mecanismos sociales en juego se podrá encontrar en el diseño y aplicación de una metodología adecuada que –sobre la base de un marco teórico que considere esta perspectiva– desarrolle implicancias sobre las características materiales, distribucionales y contextuales que debiera presentar el registro arqueológico para ser

referente material de tal o cual proceso, mecanismo o identidad. Así, si asumimos que evidencias materiales significativas (es decir, aquellas que no necesariamente responden a adaptaciones al ambiente o requerimiento funcionales estrictos, sino más bien a una carga de significados compartidos y de prácticas comunes repetidas) similares son referentes de identidades culturales, podríamos quizás plantear que la región chaco-santiagueña estuvo habitada, al menos en momentos prehispánicos tardíos, por grupos humanos de identidad común o con prácticas culturales afines a otros instalados en el margen oeste del Salado, en la mesopotamia santiagueña, y en parte del resto de la provincia. Sin embargo, esto parecería contradecir la percepción generalizada de que, más allá del Salado, las poblaciones eran cultural y étnicamente diferentes a las del oeste. Por otro lado, estaríamos igualmente generalizando sin entrar a analizar otros posibles mecanismos en juego responsables de esa semejanza en la cultura material. Quizás las semejanzas o diferencias percibidas no sólo no sean generalizables, sino que habría que empezar a preguntarse, por ejemplo, si no podrían estar respondiendo a cuestiones de otra índole que a una asignación étnica. Por ejemplo, ¿hasta dónde pueden haber jugado como elemento de distinción interna y de percepción externa diferencias operadas en las prácticas cotidianas en tanto estrategias de defensa, subsistencia, adaptación, apropiación, demarcación y posicionamiento frente a los cambios, presiones y agresiones externas al momento de la Colonia o anteriores? O, ¿hasta dónde lo experimentado desde afuera por colonos, evangelizadores y viajeros se hizo extensivo al todo, y terminó plasmando una visión homogeneizadora donde podía haber diversidad al interior y aún afinidad al exterior de este territorio definido históricamente por su inaccesibilidad?

Dougherty y Zagaglia (1982) han planteado que en toda la amplia zona chaqueña debió haber ocurrido una intensa dinámica de desplazamiento en tiempos prehispánicos, similar a la registrada por la etnografía en la región. Señalaron específicamente que los materiales arqueológicos chaqueños, aunque escasos, evidencian vinculaciones con las selvas occidentales y orientales, y que presentan algunos rasgos tecnológicos comunes con la alfarería del territorio santiagueño. De hecho, durante la Colonia ocurrieron procesos que modificaron las estrategias, redes y mecanismos de movilidad y negociación indígena, así como también de sus bienes y prácticas cotidianas. Un claro ejemplo es el caso presentado por Judith Farberman (2010), que señala que los mataraés son trasladados al Chaco y vueltos a Santiago, y en ese devenir desarrollan una serie de estrategias para su supervivencia. En este ejemplo se muestra claramente su vinculación a un modo de vida aldeano y productor opuesto al estereotipo del “nómada salvaje”. Como vemos, una primera confrontación de datos arqueológicos, históricos y etnográficos muestra que la situación y los procesos pre y posthispánicos en la zona debieron ser muy complejos y no pueden ser polarizados, generalizados ni estereotipados.

En síntesis, lo que está en juego aquí no es hacer un análisis exhaustivo de la situación, sino tan sólo señalar las posibilidades de la arqueología para aportar a su estudio a través de la integración de metodologías y perspectivas de abordaje, de volver continuamente en un análisis crítico sobre las preconcepciones tradicionalmente aceptadas, de redefinir las problemáticas, de repensar límites y categorías, y de diseñar y aplicar estrategias específicas para su resolución. Creemos así en la posibilidad de operar una visión dinámica, que supere las categorizaciones cronológicas, espaciales y culturales estancas. Prácticas de uso, consumo y circulación de bienes e ideas, movilidad de personas y dinámicas fronterizas, estrategias sociales de supervivencia, discursos de representación, y pluralidad y diversidad de procesos sociales internos y de interacción podrían ser buenos indicadores a analizar desde la arqueología para aportar lecturas más matizadas a la situación planteada. Este trabajo no pretende entonces resolver este problema, sino tan sólo mostrar, a través de este ejemplo y de los anteriores, la complejidad y potencial de este como muchos otros temas de la “arqueología santiagueña” que están sin tratar, o cuyas problemáticas han quedado definidas o archivadas con base en anteriores concepciones que hoy resultaría al menos interesante revisar.

PARA FINALIZAR

Las situaciones planteadas para el chaco santiaguense, el reducto del Salado o el piedemonte nos muestran la necesidad de romper para Santiago con la imagen de un pasado prehispánico homogéneo, estático, caracterizado por su cultura material y confinado sobre su propio territorio, para empezar a pensar en diversidad interior y en términos de procesos y de redes de interacción, circulación, movilidad y expansión. Para ello resulta indispensable repensar instrumentos válidos como indicadores étnicos, culturales e identitarios que superen las clásicas definiciones de culturas arqueológicas, desarrollar modelos para el estudio de procesos y mecanismos sociales a partir de las evidencias materiales, y articular arqueología e historia. La arqueología puede y debe volcar sus datos a una interpretación de procesos y significativa propia, de forma de ofrecer esa visión dinámica de las sociedades del pasado que supere la descripción estática de objetos, sitios y territorios a partir de su propio método.

Han pasado 70 años desde aquella histórica sentencia de la Sociedad Argentina de Antropología que, en su “Semana de Antropología”, se reunió para tratar sobre el “ruidoso *affaire*” que habían provocado los descubrimientos arqueológicos de los hermanos Wagner en Santiago del Estero (Relaciones 1940). Poco aportó en aquella ocasión al conocimiento del pasado de la región, si no fue más bien retardataria de investigaciones y demarcatoria de campos en disputa (Martínez *et al.* 2003). Lo mismo hicieron los Wagner y los santiaguenses, protegiendo y recelando su arqueología. Parece lógico aspirar a superar todo ello. Lo planteado hasta aquí, entonces, es una lectura posible y una propuesta de trabajo que creemos puede servir para avanzar en conocer y comprender mejor los procesos prehispánicos y coloniales tempranos ocurridos en el “Santiago” de entonces.

Fecha de recepción: 08/12/2010

Fecha de aceptación: 09/07/2011

AGRADECIMIENTOS

Varias personas vienen apoyando con compromiso nuestras investigaciones sobre Santiago. Esto ha reportado la posibilidad de estar hoy repensando su arqueología. Aunque no puedo nombrar a todas ellas, no quiero dejar de agradecer especialmente a Ana María Lorandi, Ana Teresa Martínez, Silvia Palomeque, Judith Farberman, Verónica Williams, Cristina Scattolin, Cecilia Canevari, Alberto Tasso, Axel Nielsen, Carlos Aschero y por supuesto Carlos Angiorama. Muchos de ellos aportaron, además, ideas para pensar, aunque la responsabilidad de lo dicho es absolutamente mía. También quiero agradecer al equipo de investigación, incondicional en este proyecto por hacer y pensar Santiago: Silvina Rodríguez Curletto, Jimena Medina Chueca, Josefina Pérez Pieroni, Florencia Becerra, Sara López Campeny, Bruno Salvatore, Diego Leiton, Diego Argañaraz Fochi, Osvaldo Díaz, Lucrecia Torres Vega, Carolina Rivet, Pablo Mercolli y Emiliano Azcona. A Rodolfo Raffino y Ana Igarreta, y a Mirta Bonnin, Andrés Laguens y Darío Quiroga, les agradezco los permisos y ayuda para estudiar las colecciones y archivos de los Museos de La Plata y de Antropología de Córdoba. El proyecto viene siendo desarrollado gracias a los siguientes subsidios de investigación: PICT 25570, CIUNT G328/1 y CIUNT 26/G402.

NOTAS

¹ Tampoco lo permitirían las fuentes tempranas (agradecemos a Judith Farberman este comentario). Un análisis pormenorizado de ellas (Farberman 2010) permite mostrar la complejidad de los procesos y la diversidad posible, así como la estereotipación de categorías que en parte llevaron a esta imagen y percepción polarizada. Quizás la situación de mayor conocimiento de la región chaqueña por parte de

etnógrafos que de arqueólogos haya sido otro aspecto que influyó en la extensión de esta imagen hacia el pasado.

- ² En este contexto, el estudio de las potenciales vinculaciones este-oeste (litoral, chaco y yungas con el piedemonte y zona andina) y norte-sur (a través de rutas por valles, quebradas y ríos) ha empezado a proponerse como necesario para el avance del conocimiento de los procesos prehispánicos en toda esta gran área (por ej., Dougherty y Zagaglia 1982; Sánchez y Sica 1994; Ventura 1994).

BIBLIOGRAFÍA

Ambrosetti, J. B.

1901. Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* LI: 164-176.

Angiorama, C. I. y C. Taboada

2008. Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina). *Revista Andina* 47: 117-150.

Arenas, P. y C. Taboada

2010. De Instituto de Etnología a Instituto de Arqueología y Museo: un tramo de su historia. En P. Arenas, C. Aschero y C. Taboada (eds.), *Rastros en el camino... Trayectos e identidades de una Institución. Homenaje a los 80 Años del Instituto de Arqueología y Museo de la UNT*. S. M. de Tucumán, EDIUNT.

Becerra, M. F.

2010. Población y territorio en el antiguo Partido de las Sierras de Santiago (fines siglo XVI a siglo XVIII): primeros avances de investigación. Ponencia presentada en el 10^o Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero. *Cuadernos de textos y resúmenes* 151-152. Santiago del Estero.

Bleiler, E.

1948. The East. En W. Bennett, E. Bleiler y F. Sommer (eds.), *Northwest Argentine Archaeology*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology 38.

Castro Olañeta, I. y L. Carmignani

2009. La visita de los tenientes de naturales del gobernador Alonso de Ribera al Tucumán y la numeración de los indios tributarios del Río Salado en Santiago del Estero de 1607. Avances de investigación y transcripción paleográfica de documentos inéditos. Ponencia presentada en el 9^o Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero. *Cuadernos de textos y resúmenes* 73. Santiago del Estero.

Cremonte, B.

1991. Caracterizaciones composicionales de pastas cerámicas de los sitios Potrero Chaquiago e Ingenio del Arenal Médanos (Catamarca). *Shincal* 3 (1): 33-47.

D'Altroy, T., A. M. Lorandi y V. Williams

1994. Producción y uso de cerámica en la economía política inka. *Arqueología. Revista de la Sección de Prehistoria* 4: 73-130.

Dougherty, B. y E. Zagaglia

1982. Problemas generales de la arqueología del Chaco Occidental. *Revista del Museo de La Plata* 54: 107-110.

Farberman, J.

2002. Feudatarios y tributarios a fines del siglo XVII. La visita de Luján de Vargas a Santiago del Estero (1693). En J. Farberman y R. Gil Montero (comps.), *Pervivencia y desestructuración de los pueblos de indios del Tucumán colonial* 59-90. Universidad Nacional de Quilmes-Universidad Nacional de Jujuy.

2010. Entre cristianos y gentiles: la larga historia de los mataraés chaco santiagueños (siglos XVI a XIX). *Cuadernos de textos y resúmenes del 10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero*: 26-40.
- Farberman, J. y C. Taboada
2010. Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehispánico tardío y colonial temprano. Ponencia aceptada para las *XIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. A realizarse en Catamarca en 2011.
- Fauvet-Berthelot, M. F.
2005. Henry Reichlen (1914-2000). *Journal de la Société des Américaniste* [En ligne], 2001, 87. <http://jsa.revues.org/index2218> (23 de agosto de 2010).
- Ferreiro, J. P.
1997. Maquijata. Encomienda, Tributos y Sociedad en el Tucumán Colonial Temprano. En A. M. Lorandi (comp.), *El Tucumán Colonial y Charcas*, Tomo II: 73-128. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Gómez, R.
1966. *La Cultura de Las Mercedes (Contribución a su estudio)*. Santiago del Estero.
[1976] 2009. Arqueología santiagueña: un diseño de investigación para el Formativo Inferior. Fase explorativa. *Revista del Museo de Antropología* 2: 53-66.
- González, A. R.
1960. Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radio carbón (IV). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología* I: 301-331.
1977. *Arte Precolombino de la Argentina*. Buenos Aires, Valero.
- Gramajo de Martínez Moreno, A.
1977. *Los estudios antropológicos y arqueológicos de Santiago del Estero*. Tucumán, NOA Cultural.
1978. Evolución cultural en el territorio santiagueño a través de la arqueología. *Serie Monográfica* 5.
1979. El Contacto Hispano Indígena en Santiago del Estero con especial referencia a la cerámica. *Serie Estudio* 2: 3-67.
1982. Posibles influencias incaicas en Santiago del Estero. *Serie Estudio* 3: 35-59.
1994. Pueblos de indios post-conquista de la jurisdicción de Santiago del Estero. *Serie Estudio* 5.
- Gramajo de Martínez Moreno, A. y H. Martínez Moreno
1988. *El arte rupestre del territorio santiagueño*. Santiago del Estero, V Centenario.
1992. Arqueología de la Subárea Sierra de Guasayán. *Serie Estudio* 4: 21-73.
- Hocsman, S.
2001. La obra arqueológica de Antonio Serrano en las regiones del Noroeste y Litoral Argentinos entre 1920 y 1970. *Mundo de Antes* 2:137-153.
- Leiton, D.
2010a. Hacer y vivir lo propio en la alteridad: Hacia una historia social del estilo alfarero Yokavil. *Cuadernos de textos y resúmenes del 10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero*: 155-157.
2010b. Vasijas como lugares, estilos como paisajes: Identidades plásticas, modos de aprovisionamiento y experiencias de consumo en la historia social de objetos de estilo Yokavil. Tesis de Grado inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.
- Lindskoug, H.
2008. En la sombra de la arqueología Argentina: Jorge von Hauenschild y la formación de la colección von Hauenschild del Museo de Antropología (Universidad Nacional de Córdoba). *Revista del Museo de Antropología de Córdoba* 1 (1): 61-70.

López Campeny, S. M. L.

- 2010a. Lo que el tiempo no borró... Análisis de indicadores indirectos de producción textil en Santiago del Estero. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina III*: 1049-1054. Mendoza.
- 2010b. Sobre impresiones y giros... Posibilidades y desafíos para una aproximación al análisis de evidencias textiles indirectas en las Tierras Bajas del NOA. Ponencia presentada en el *10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero. Cuadernos de textos y resúmenes* 159-161. Santiago del Estero.

López Campeny, S. M. L. y C. Taboada

2009. Hilando fino: la problemática arqueológica de la producción textil en Santiago del Estero. Aceptado para la *XXIV Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil*. San Miguel de Tucumán.

Lorandi, A. M.

1969. Las culturas prehispánicas en Santiago del Estero. Breve Panorama. *Etnia* 10: 18-22.
- 1970a. Lorandi, Ana María. *Actualidad Antropológica* Suplemento de *Etnia* 6: 11-12.
- 1970b. Los primeros fechados radiocarbónicos para la Provincia de Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica* Suplemento de *Etnia* 7: 27-29. Olavarría.
1972. Nuevos fechados radiocarbónicos para Quimilí Paso-Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica* Suplemento de *Etnia* 10: 1-2.
1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología VIII*: 199-236.
1977. Significación de la Fase Las Lomas en el desarrollo cultural de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XI*: 69-78.
1978. El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal de la Société des Américanistes LXV*: 61-85.
1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIV* (1): 147-164.
1984. Soñocamayoc. Los Olleros del Inka en los Centros Manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata* 8: 303-327.

Lorandi, A. M. y N. Carrió

1975. Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina* 301-322. Rosario.

Lorandi, A. M., J. Crisci, M. E. Gonaldi y S. Caramazana

1979. El cambio cultural en Santiago del Estero: un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XII*: 85-101.

Martínez, A. T., C. Taboada y A. Auat

2003. *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Santiago del Estero, Universidad Católica de Santiago del Estero.
2008. The Wagner brothers: French archaeologists and original myths in early 20th century Argentina. En N. Schlanger y J. Nordbladh (eds.), *Archives, Ancestors, Practices. Archaeology in the Light of its History* 20: 261-272. Oxford, Bergham Books.
2010. *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Reedición revisada. Buenos Aires, Colección Intersecciones, Universidad Nacional de Quilmes. En prensa.

Martínez, A. T., C. Taboada, S. Rodríguez Curletto, S. M. L. Lopez Campeny, J. Medina Chueca, M. Martínez, Y. Isa, G. Spadoni y B. Salvatore

2009. Participación de la comunidad local: Elaboración de conocimientos y cuidado del patrimonio con la población de Ampolla (Dpto. Santa Rosa, Catamarca). *Actas de las IX Jornadas Internas de la Facultad de Ciencias Naturales e IML, UNT*: 130. San Miguel de Tucumán.

- Matera, S., M. Kergaravat, M. R. Di Donato y F. Weber
2009. Ana María Lorandi. En S. Matera, M. Kergaravat, M. R. Di Donato y F. Weber, *Charlas. Un encuentro con la arqueología argentina*: 35-41. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Medina Chueca, M. J.
2010 Nuevos desafíos: La Arqueología Comunitaria como una vía alternativa y posible en la articulación de intereses locales, científicos y de normativa legal. Ponencia presentada en el *10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero. Cuadernos de textos y resúmenes* 161-163. Santiago del Estero.
- Mulvany, E.
1997. Aguada en las laderas orientales del Alto-Ancasti. *Shincal* 6: 153-172.
- Palavecino, E.
1939. Las culturas aborígenes del Chaco. En R. Levene (comp.), *Historia de la Nación Argentina I*: 427-472. Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.
1948. Áreas y capas culturales en el territorio argentino. *De GAEA* VIII: 447-523.
- Palomeque, S.
2000. El Mundo indígena (siglos XVI-XVII). En Tandeter (dir.), *Nueva Historia Argentina. La sociedad Colonial* 2: 87-145. Buenos Aires, Sudamericana.
2005. Santiago del Estero y el Tucumán durante los siglos XVI y XVII. La destrucción de las tierras bajas en aras de la conquista de las tierras altas. En S. Palomeque (dir.), *Actas del Cabildo Eclesiástico. Obispado de Tucumán con sede en Santiago del Estero 1592-1667*: 45-75. Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Pantorrilla, M. y V. Núñez Regueiro
2006. Investigaciones arqueológicas en la zona de Escaba, provincia de Tucumán: asentamientos Condorhuasi y Aguada en las Yungas. *Intersecciones en Antropología* 7: 235-245.
- Pärsinnen, M.
2003. *Tawantinsuyu. El Estado Inca y su organización política*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Reichlen, H.
1940. Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes* LXXV: 133-225. [Traducción inédita de Ana Teresa Martínez].
- Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología
1940. *Los aborígenes de Santiago del Estero*. Sociedad Argentina de Antropología Vol. II. Buenos Aires.
- Rodríguez Curletto, S.
2009. Diagnóstico del estado de deterioro y estudio de estrategias de conservación y manejo de recursos para el arte rupestre del sitio arqueológico Ampolla 1 (Dpto. Santa Rosa, Pcia. de Catamarca). Tesina Final de Carrera inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.
- Rossi, M. C.
2009. Encomiendas y pueblos de indios en la frontera santiagueña del río Salado del Norte. La reestructuración del espacio territorial.
<http://www.mariaceciliarossi.com.ar/txtacademicos/mercedes/mercedestext.htm> (7 de diciembre de 2010).
- Sánchez, S. y G. Sica
1994. Entre la Quebrada y los Valles. Intercambio y producción. Siglos XVI y XVII. En M. E. Albeck

(ed.), *Taller de Costa a Selva. Producción e Intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Universidad de Buenos Aires.

Serrano, A.

1930. *Los primitivos habitantes del Territorio Argentino*. Buenos Aires.

1938. *La Etnografía Antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagueña*. Paraná, Predassi

1952. Los pobladores históricos de la región diaguíta. *Actas de XXIX Congreso Internacional de Americanistas III*: 323-338. Nueva York.

1954. Contenido e interpretación de la arqueología Argentina. El área Litoral. *Revista de la Universidad Nacional del Litoral* 29.

Taboada, C.

2009. Características locales, valliserranas y “santiagueñas” en el norte de la Sierra de Ancasti (Depto. Santa Rosa, Catamarca). Primera discusión sobre modos y momentos de uso del espacio prehispánico. En referato en: *Estudios Atacameños*.

2010a. Arqueología de Santiago del Estero: superando límites. Procesos sociales, diversidad interior y esferas de interacción. *Cuadernos de textos y resúmenes del 10º Encuentro de Jóvenes Investigadores de Santiago del Estero*: 14-25.

2010b. Idas y vueltas entre Santiago y Catamarca. Memorias, potencialidades y vicisitudes de proyectos del IAM. En P. Arena, C. Aschero y C. Taboada (eds.), *Rastros en el camino... Trayectos e identidades de una institución. Homenaje por el 80º Aniversario del Instituto de Arqueología y Museo de la UNT*. San Miguel de Tucumán, EDIUNT.

Taboada, C. y C. I. Angiorama

2005. Informe Final de las tareas de prospección realizadas en Santiago del Estero. Presentado al Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales “Emilio y Duncan Wagner”. Santiago del Estero. Ms.

2010. Metales, textiles y cerámica. Tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu. *Memoria Americana* 18 (1): 11-41.

Taboada, C., C. I. Angiorama, D. Leiton y S. M. L. López Campeny

2010. *Las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas en tiempos del inca. Materialidades, interpelaciones y apropiaciones*. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Mendoza.

Taboada, C., L. Vuoto, C. I. Angiorama y P. Vuoto

2007. Informe Final: Determinación de la Línea de Base del Patrimonio Cultura Tangible e Intangible de la Reserva Provincial y Parque Nacional Copo. Presentado a la Administración de Parques Nacionales. San Miguel de Tucumán. Ms.

Togo, J.

1999. Rincón de Atacama: un sitio de la Cultura Las Mercedes, Prov. de Santiago del Estero. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1:154-159. La Plata.

2007. Los primeros fechados radiocarbónicos de Las Mercedes. *Indoamérica* I (1): 51-80.

2008. Recopilación bibliográfica sobre aportes al conocimiento prehispánico y colonial de Santiago del Estero. *Indoamérica* II (2): 9-54.

Ventura, B.

1994. Un verde horizonte de sucesos. En M. E. Albeck (ed.), *Taller de Costa a Selva. Producción e Intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*. Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara, UBA.

Von Hauenschild, J.

1949. Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* XXXVI: 7-75.

Wagner, E. y O. Righetti

1946. *Archéologie Comparée*. Résumé de Préhistoire. Buenos Aires.

Wagner, E. y D. Wagner

1934. *La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*, Tomo I. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.

1936. Las llanuras de Santiago del Estero. En Levene (comp.), *Historia de la Nación Argentina* 1:329-

357. Buenos Aires, El Ateneo.

Williams, V. y B. Cremonte

1994. ¿Mitmaqkuna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el NOA. *Avances en Arqueología* 2: 9-27.

LA IMPRESIÓN ES LO QUE CUENTA... ANÁLISIS DE IMPRONTAS TEXTILES. CASOS ARQUEOLÓGICOS PARA SANTIAGO DEL ESTERO

Sara M. L. López Campeny*

RESUMEN

Presentamos la metodología aplicada, los resultados obtenidos y las nuevas problemáticas surgidas en relación con el estudio de evidencias textiles indirectas: improntas conservadas en la superficie de piezas cerámicas. La investigación cobra relevancia debido a que en el área de estudio (tierras bajas del noroeste de la Argentina), las condiciones ambientales no son adecuadas para la conservación de restos orgánicos. En relación con la metodología, evaluamos las posibilidades y limitaciones inherentes al estudio de este tipo de evidencias indirectas y al uso de distintos materiales para la toma de moldes en positivo, presentando un protocolo para minimizar problemas vinculados con análisis posteriores sobre las piezas cerámicas. Entre los resultados alcanzados destacamos: la identificación de diversas estructuras textiles, sus posibles vínculos regionales con hallazgos de otras áreas del NOA y la propuesta del empleo de los elementos textiles integrados a las tareas de producción cerámica.

Palabras clave: Santiago del Estero – improntas textiles – moldes – producción cerámica.

ABSTRACT

We present the methods applied, the results obtained and newly arisen problems in relation to the study of indirect evidence for textiles: preserved imprints on the surface of ceramic pieces. This study gains in significance given that in the study area (lowlands of Northwestern Argentina); the environmental conditions are not apt for the preservation of organic remains. In considering the methods employed, we evaluate the inherent possibilities and limitations of the study of this indirect type of evidence and the use of different materials for making positive molds, presenting a protocol for minimizing the problems associated with later study of the ceramic pieces. From the results obtained we highlight: the identification of diverse textile structures, their possible

* Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán e Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: marisalopez@hotmail.com

regional associations with finds from other areas in Northwestern Argentina (NOA), and the use of textile elements integrated into the task of ceramic production.

Keywords: *Santiago del Estero – textile imprints – mold – ceramic production.*

PRIMERAS IMPRESIONES O UNA BREVE INTRODUCCIÓN A LA PROBLEMÁTICA

Para la preservación de elementos textiles, en tanto materiales orgánicos, se requiere de la conjunción de una serie de condiciones ambientales particulares. Es debido a ello que no suelen ser hallazgos frecuentes en el registro arqueológico. En consecuencia, toda evidencia indirecta que pueda conservar información que, inevitablemente, se hubiera perdido con los textiles originales, se vuelve relevante, fundamentalmente en áreas donde no existen las condiciones adecuadas para su conservación natural. Este es el caso del área de tierras bajas en el NOA, donde las condiciones ambientales dominantes –extremadamente cálidas y húmedas– resultan poco favorables para la conservación de los restos orgánicos en general. En consonancia con ello, particularmente en el área de la actual llanura santiagueña, existen muy escasas referencias sobre hallazgos de piezas textiles, las que han sido producto de su conservación en situaciones excepcionales (D'Harcourt 1932; Wagner y Wagner 1935; Reichlen 1940; Righetti 1942). Por el contrario, son abundantes los datos que refieren a indicadores arqueológicos indirectos, vinculados con la producción textil (Rusconi 1933; Reichlen 1940; Righetti 1942; Wagner 1944; Gómez 1966; Lorandi 1974; Lorandi y Carrió 1975; Gramajo de Martínez Moreno 1978; entre otros). Sin embargo, más allá de registrar y compendiar un conjunto de evidencias relevantes en sí mismas, los textos producidos no ahondaron en el análisis específico de la temática textil (López Campeny y Taboada 2009). Es debido a ello que nos propusimos profundizar en el estudio de distintos aspectos asociados con las prácticas y materialidades vinculadas con la producción textil prehispánica¹, en una perspectiva de larga duración, e involucrando un estudio que tomó como casos de análisis dos áreas con ambientes y registros arqueológicos heterogéneos. Por una parte, tierras bajas del NOA, específicamente el área de llanura santiagueña y pedemonte catamarqueño-tucumano y, por otra, la región de Puna meridional argentina, con el caso Antofagasta de la Sierra, Catamarca (López Campeny 2009)².

En la primera de estas áreas, y luego de, aproximadamente, un cuarto de siglo de silencio bibliográfico –si consideramos las referencias antes señaladas– el interés por la problemática textil se incluyó como un tema importante en el marco de una revisión y replanteo general de la arqueología de Santiago del Estero (Martínez *et al.* 2003). Más recientemente, se generaron nuevas propuestas sobre la expansión inca en el área y sobre los vínculos entre las poblaciones locales con las del área valliserrana, a partir del análisis de indicadores de producción textil integrados a otras materialidades, como la cerámica y los objetos de metal (Angiorama y Taboada 2008; Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2010). Es en el marco de estos nuevos planteos que nos propusimos profundizar en aspectos más específicos de la temática, planteando nuevas preguntas y aportando nuevos casos analíticos, para discutir diversas problemáticas en relación con los objetivos de los proyectos de investigación en curso.

Ahora bien, entre el conjunto de indicadores indirectos señalados por los autores es posible discriminar, a grandes rasgos, dos tipos de evidencias. Por un lado, la identificación de evidencias textiles conservadas como improntas en fragmentos cerámicos y, por el otro, un variado conjunto instrumental asociado a esta actividad, que incluye torteros, agujas, punzones, espátulas, peines, cuchillos y palas. Ambos tipos de registro nos brindan información complementaria sobre las prácticas de producción textil, cuyo estudio implica el desarrollo de dos líneas de aproximación, con potencialidades y limitaciones particulares, tanto desde el plano metodológico como desde el analítico (López Campeny 2010a, 2010b).

Avanzamos aquí sobre la metodología de análisis que desarrollamos para profundizar en el estudio del primer tipo de evidencia indirecta –improntas textiles–, los principales resultados alcanzados y las nuevas problemáticas que se han comenzado a delinear a partir de ellos.

DE LO NEGATIVO A LO POSITIVO: CAMINOS DESDE LO VISIBLE A LO INVISIBLE

El valor de los positivos. Realización de moldes de las improntas textiles

Ante todo, es importante tener en cuenta que las improntas son imágenes en negativo de la estructura original del textil, por ello, el primer paso en el análisis consistió en efectuar los moldes en positivo de las impresiones. Anteriormente, seleccionamos un material de impresión idóneo, que permitiera un adecuado equilibrio entre la máxima obtención de información y la adecuada conservación del material arqueológico³. Con este fin, evaluamos previamente las ventajas y limitaciones inherentes a distintos moldes, sobre la base de la experiencia de otros investigadores (Rachlin 1955; Drooker 2000; Valiente Cánovas *et al.* 2003; Spanos 2006; entre otros), e integramos además los resultados de pruebas experimentales propias, sobre la base de la aplicación de diferentes materiales sobre superficies textiles y cerámicas actuales.

El empleo de moldes como técnica de análisis ha sido puesto en práctica por investigadores de numerosos países, que utilizaron distintos materiales para su elaboración, pero logrando siempre un plus de información significativo en relación con aquellas situaciones en las que sólo se realiza el estudio directo de los negativos. Se destacan los trabajos pioneros del siglo XIX, en el área de Mississippi, con la obtención de positivos de las impresiones en cerámica usando arcilla, cera o papel (Holmes 1884), y en nuestro país, los análisis efectuados por Gardner (1919) a principios del siglo XX, aunque este último no especifica el material usado. Trabajos más recientes mencionan la realización de calcos en plastilina (Serrano 1945; Fabra y Laguens 1999; Tarragó y Renard 2001; Calo 2008), arcilla sin horno (Spanos 2006; Calo 2008), látex (Rachlin 1955), silicona (Valiente Cánovas *et al.* 2003), alginatos de uso odontológico (Drooker 2000), caucho sintético, masilla y una combinación de greda y plasticola (Fabra y Laguens 1999). Una variante es propuesta por Adovasio (1975), quien aplicó talco sobre las superficies con improntas, y las dispersó con un pincel fino, para poder visualizar con más nitidez los detalles usando lentes de aumento para la observación.

En nuestro caso, efectuamos los moldes usando arcilla para modelar (sin horno), por reunir ésta las condiciones de idoneidad (ver nota 3). Además, una ventaja de usar material sólido (y no medios fluidos como, por ejemplo, silicona líquida), es que evitamos la penetración de contaminantes en el interior de las piezas (Rieth 2004) así como la aplicación previa de una capa de protección o desmoldeante (resina acrílica, por ejemplo). Otros moldes, como los realizados con alginatos de uso odontológico, si bien cumplían con las condiciones ideales antes enumeradas, presentaban una notable reducción respecto de su tamaño original después de varias horas, por lo que las mediciones debían tomarse inmediatamente, sin la posibilidad de obtener más información del molde a futuro en lo que a aspectos dimensionales se refiere. Finalmente, otros materiales como el látex o el epoxi fueron descartados por su toxicidad (Figura 1).

Sin embargo, no podemos desconocer el hecho de que varias investigadoras han planteado algunos problemas potenciales, vinculados con la remanencia de material moderno en la superficie de las piezas cerámicas (Drooker 2000; Rieth 2004, Spanos 2006). Las dificultades señaladas se relacionan con la realización de estudios físico-químicos en las piezas en que se toman los moldes, tales como difracción de rayos X, análisis de elementos traza y estudios vinculados con la composición de sustancias adheridas. A pesar de estas observaciones, destacan el importante caudal de información que brinda el hecho de poder analizar la reproducción en positivo de estructuras textiles que, en algunas zonas, son el único testimonio que ha quedado de estas prácticas. Como

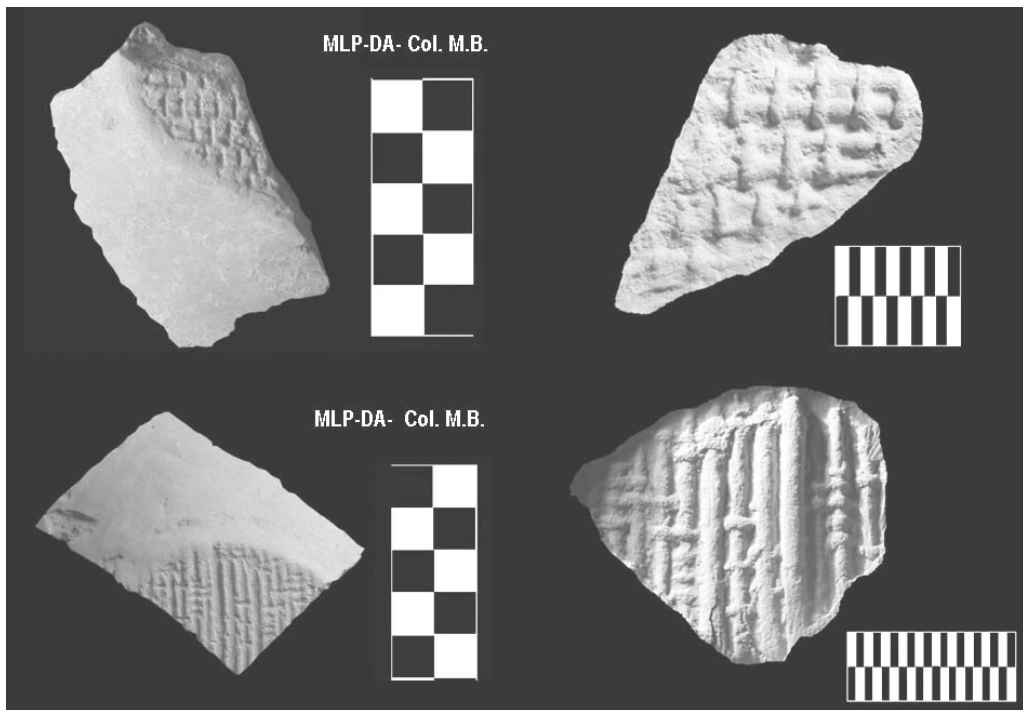


Figura 1. Dos bases cerámicas con improntas textiles y sus respectivos moldes positivos confeccionados sobre arcilla para modelar. Procedencia: Museo de La Plata, División Arqueología, Colección Maldonado Bruzzone (en adelante MLP-DA-Col. M.B.)

bien señalan, la importancia reside en poder ser conscientes de los efectos del uso de este método en la recolección de otros tipos de datos, en el material cerámico, a futuro. Se debe para ello tomar los recaudos necesarios, reconociendo los problemas inherentes al método para así minimizarlos o controlarlos, impidiendo que la pérdida y/o la adición de componentes al material cerámico original interfieran con otros análisis⁴.

Las dos caras del análisis. Potencialidades y limitaciones analíticas de las improntas

Las improntas proveen información invaluable que, de otra forma, se hubiera perdido conjuntamente con los textiles originales; aunque también existen otros aspectos de las piezas que no pueden ser abordados solamente a partir de un análisis de su impresión. Así como un fragmento cerámico es sólo una parte de la vasija, una impresión generalmente nos muestra una porción del textil original y, con mucha probabilidad, sólo una parte del conjunto de técnicas textiles dominadas por las poblaciones (Hurley 1979).

Así, desde el punto de vista de las posibilidades y limitaciones analíticas, a partir de su examen detallado es posible identificar la estructura textil que dejó su sello, sobre cuya base podemos inferir las posibles técnicas empleadas para su conformación. No obstante, ciertas estructuras de tejido muy apretado pueden ser difíciles de distinguir, principalmente cuando alguno de los elementos no es visible y es imposible observarlo desplazando la otra serie, que es lo que haríamos en caso de tener el textil en nuestras manos (Drooker 2000). A su vez, ciertas propiedades de las estructuras y/o sus elementos constitutivos (flexibilidad, resistencia, espaciado, grosor, etc.) nos permiten proponer funciones generales asociadas a los textiles (contenedores, piezas de vestimenta,

etc.). Además, algunas estructuras pueden dar pautas del instrumental empleado (aguja, bastidor, telar, etc.) y constituirse, de este modo, en indicadores cronológicos relativos (Adovasio 1975). En el caso de piezas que fueron modeladas sobre cestos, es posible reconstruir la forma de estos contenedores, aunque en el caso de tratarse de improntas que ocupan una porción acotada de las vasijas no contamos con esta posibilidad (Tarragó y Renard 2001). Por su parte, el estado general de la tela (daños, ausencia de elementos, rasgaduras, desgaste, reparaciones), puede sugerir el empleo de piezas con intenso uso, desechadas y/o recicladas de su función original para el proceso de producción cerámica⁵.

La información que puede obtenerse acerca de las fibras es muy limitada, además de que su visibilidad puede ser afectada por diferentes factores, ya sean inherentes a la misma materia prima o a la textura de la arcilla empleada para la confección de las vasijas (Spanos 2006). Sin embargo, en algunos casos es posible deducir algunas características de los materiales a partir de su sello, por ejemplo, si se trata de fibra animal o vegetal y, en el segundo caso, si se distingue el empleo de hojas, cañas o maderas (Prümers 2006). Sobre este punto, un análisis integrado de las evidencias arqueológicas, las fuentes documentales y las materias primas disponibles en el área nos permite crear una primera base de materias textiles, a partir de la cual es posible proponer luego hipótesis de trabajo.

Desde el punto de vista representativo, los patrones dependientes del color no pueden inferirse en ningún caso a partir de las improntas, y tampoco podemos observar el reverso o una vista en sección de la pieza, ni bordes o terminaciones; estos últimos, salvo en casos especiales (Drooker 2000). Sin embargo, podemos identificar diseños o patrones representativos cuando estos han sido logrados por distintos efectos estructurales y/o texturales, por ejemplo, a partir del empleo de diferentes materias primas, uso de técnicas como espaciados pautados (efecto calado) y puntadas divergentes que forman patrones diagonales, como veremos en nuestro caso.

Por último, un análisis integrado de distintos atributos tecnológicos puede permitirnos caracterizar ciertas tradiciones textiles o estilos de producción, materializadas a través de acciones manuales aprendidas, repetidas y transmitidas generacionalmente (por ej., dirección de torsión). También a partir de ciertas características de las improntas es posible abordar aspectos vinculados con el ámbito de la producción textil y cerámica, por ejemplo, en términos de escala de producción (familiar, artesanal especializada, en serie, etc.), o la preferencia en el empleo de estructuras particulares en la producción de ciertas piezas, lo que refiere a una cierta sistematización o estandarización en la producción (Drooker 2000; Spanos 2006).

Veamos a continuación qué conocíamos hasta ahora de las improntas, a través de los datos documentales proporcionados por las investigaciones previas efectuadas en el área.

VIEJAS IMPRESIONES. LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS DISPONIBLES PARA SANTIAGO DEL ESTERO

Respecto de los datos arqueológicos sobre improntas textiles que se han dado a conocer para Santiago del Estero, las evidencias más tempranas se asocian a contextos vinculados con lo que se denominó “Cultura Las Mercedes”. Sobre la base de excavaciones en las localidades santiagueñas de Antajé, La Cuarteada y Hullua, Gómez (1966:20) destaca que no se han registrado torteros durante las excavaciones, aunque “[...] dos fragmentos de cerámica negra en cuyas superficies exteriores han quedado huellas apenas perceptibles de tejido, demuestran que debió realizarse una industria textil”. Para el sitio Bocatoma (o Bajadita Sur), el mismo autor menciona la recolección superficial de “[...] un fragmento color gris pardo con impresiones de redes... [y] bases con impresiones de tejidos” (Gómez 2009:58), y en el caso del sitio Cerrillos “[...] fragmentos con huellas de redes” se recolectaron en superficie (Gómez 2009:63).

Por su parte, Reichlen (1940) menciona que la identificación de improntas textiles es frecuente, particularmente sobre la cara interna de las tapas de urnas funerarias y que “[...]”

impresiones de las esteras o enrejados de cestería [...]” se registran en la base de contenedores cerámicos. Destaca que estas evidencias indirectas de tejido han sido encontradas en los sitios arqueológicos del tipo Averías, por lo que el autor supone que en ellos “[...] el tejido debía ser mucho más evolucionado y de uso corriente” (Reichlen 1940:182). Posteriormente, contamos con la mención de Lorandi (1977:71) respecto del relevamiento de improntas de tejidos en la base de vasijas con decoración al pastillaje, asociadas a cerámica Sunchituyo, las que han sido vinculadas a la denominada fase Las Lomas (1000 a 1200 d.C.). También se releva que, entre los tipos cerámicos “ordinarios”, se observan combinaciones de “[...] partes lisas con otras con impresiones de tejidos” (Lorandi y Carrió 1975:316), cuya recuperación se menciona en los sitios Icaño y Navicha (Lorandi 1974). A pesar de las reiteradas menciones sobre el registro de improntas textiles en cerámica, las descripciones entregadas por los autores nos permiten señalar la necesidad de encarar estudios más específicos. La mayoría de ellos menciona huellas, improntas o impresiones de tejido (Gómez 1966:20; Lorandi 1974:215, 1977:71; Lorandi y Carrió 1975:316). En algunos pocos casos se animan a precisar un poco más los hallazgos al describirlos como “impresiones de redes” (Gómez 2009:58 y 63) o “improntas de cestas o redes” (Lorandi y Carrió 1975:316); con lo cual aventuran la identificación de tipos particulares de estructuras textiles. Sin embargo, es en la contribución de Reichlen (1940:181-182) en la que encontramos una clara identificación de una estructura textil, inferida a partir de su propia observación de las improntas conservadas en la base de piezas depositadas en el Museo Arqueológico (Santiago del Estero) y en el Museo del Hombre (París). Al respecto, Reichlen (1940) afirma que los fragmentos estudiados: “[...] muestran impresiones de cestería del tipo enrejado (*wicker work*)”⁶. Y aclara luego: “La técnica del enrejado no es sino una variedad de la del cruzado en damero (*checker work*), pero en la primera, uno de los elementos del cruzado es más rígido y cumple la función de urdimbre”⁷. Finalmente, no podemos dejar de mencionar que en trabajos previos Palavecino (1934:233) y Serrano (1938:66) mencionan la cestería del tipo “*twimev*” (*sic*). El primero de ellos afirma que: “[...] por algunas impresiones existentes en alfarería se ve conocieron la canastería de tipo *twimev*”⁸.

Se presenta así un panorama en el cual, por una parte, relevamos la frecuente mención a improntas textiles en el registro cerámico de Santiago del Estero, pero, por otra, notamos que las referencias son poco precisas en lo que se refiere a las estructuras conservadas en las superficies cerámicas. Vislumbramos, por ello, la relevancia de encarar un análisis más profundo.

IMPRESIONES GENERALES: DATOS SOBRE LA MUESTRA CERÁMICA EN ANÁLISIS

La muestra de análisis está integrada por 59 ítems entre piezas completas, incompletas y fragmentos que muestran improntas textiles. Respecto de su procedencia, la amplia mayoría de los ejemplares (78%, n= 46) proceden de la Colección Maldonado Bruzzone⁹ (en adelante MB); material recolectado entre 1939 y 1942 en los paraderos de Merced de Tacana y Villa Catina (dpto. Beltrán, Santiago del Estero). Dicha colección histórica pertenece al Depósito de Arqueología N° 25 del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. En segundo lugar, la mayor parte de la muestra restante corresponde a ejemplares recuperados por la Dra. A. M. Lorandi en el marco de investigaciones sistemáticas. Seis fragmentos proceden de excavaciones realizadas en el sitio El Veinte (EV) entre 1973 y 1975; y a partir de recolecciones superficiales a cargo de la misma investigadora durante 1967, tres provienen de Tío Pozo (TP), uno de Manogasta (Man) y uno de Quimili Paso (QP). Estos materiales también pertenecen al recién citado Depósito de Arqueología. En el mismo repositorio, un ejemplar ha sido identificado formando parte de la Colección R. Beder (1922-23) (¿procedencia Guanchapa?, Santiago del Estero). Finalmente, el fragmento restante ha sido recuperado durante las investigaciones realizadas en el marco del proyecto de investigación vigente¹⁰ y procede de recolección superficial en el sitio Salauca 3F, dpto. Santa Rosa, Catamarca (Tabla 1 y Figura 2).

Tabla 1. (Primera y Segunda Parte) Datos generales sobre la muestra analizada de piezas y fragmentos cerámicos con improntas textiles

Número de registro	DATOS DE CONTEXTO				DATOS DE LA PIEZA							DATOS DE LA IMPRONTA						Total por sitio				
	Colección	Año	Sitio/Paraje	Procedencia	Estado		Porción		Morfología			Tipos y variedades										
					Fragmento	Pieza entera	Base (ext.)	Pared (ext.)	Puco	Urna	N.D.	Tipo 1	Tipo 2	Tipo 3: a y b	Tipo 4: a y b	Tipo 5: a, b, c	N.D.		Con molde			
3668	MB	1940	M.T.	R.s.	X	-	X	-	-	-	X	X	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
3678	MB	1940	M.T.	R.s.	X	-	X	-	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	
3701	MB	1940	M.T.	A2	X	-	X	-	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	
3816-1	MB	1940	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	
3816-2	MB	1940	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	X	
3817	MB	1940	M.T.	s/r	-	X	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
4229-1	MB	1940	M.T.	A1PN	X	-	X	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	X	
4229-2	MB	1940	M.T.	A1PN	X	-	X	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
4229-3	MB	1940	M.T.	A1PN	X	-	X	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
3688	MB	1939	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	-	-	-	-	
3693	MB	1939	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
3698	MB	1940	M.T.	A2	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
3811	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3812	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3813	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xa	-	-	-	X	
3814	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	Xa	-	-	-	-	X	
3815-1	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
3815-2	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	X	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
3815-3	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
4227	MB	1940	M.T.	A1PN	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
4228	MB	1940	M.T.	A1PN	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
4230	MB	1941	M.T.	A1	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3695	MB	1940	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
3802	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	-	X	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3805	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	-	X	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
3807	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
3809	MB	s/r	M.T.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
3664	MB	s/r	M.T.	A1	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	-	-	-	-	
3685	MB	1939	M.T.	s/r	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	-	-	-	-	
Total MB Merced de Tacana					28	1	27	2	11	7	11	5	4	-	1	16	3	15			29	
4234	MB	1940	V.C.	U3	-	X	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
3706	MB	1940	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3716	MB	1939	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3721	MB	1940	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3727	MB	1940	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
4223	MB	1941	V.C.	U27	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
4224	MB	1941	V.C.	U27	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	
4225	MB	1941	V.C.	U27	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	X	-	-	-	-	
3725	MB	1940	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-	Xc	-	-	-	X	
3728	MB	1940	V.C.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	X	
3711	MB	1939	V.C.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-	-	-	X	
3719	MB	s/r	V.C.	s/r	X	-	X	-	-	-	X	-	-	-	-	-	X	-	-	-	-	
Total MB Villa Catina					11	1	12	-	9	-	3	1	-	-	1	8	2	7				12

Tabla 1. (Continuación)

Número de registro	DATOS DE CONTEXTO				DATOS DE LA PIEZA							DATOS DE LA IMPRONTA						Total por sitio	
					Estado		Porción		Morfología			Tipos y variedades							
	Colección	Año	Sitio/Paraje	Procedencia	Fragmento	Pieza entera	Base (ext.)	Pared (ext.)	Puco	Urna	N.D.	Tipo 1	Tipo 2 (a y b)	Tipo 3	Tipo 4	Tipo 5	N.D.		Molde
3679	MB	s/r	s/r	s/r	-	X	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	-
3734	MB	s/r	s/r	s/r	-	X	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	-
3737	MB	s/r	s/r	s/r	-	X	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X
3676	MB	1940	s/r	s/r	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	-	-
3731	MB	s/r	s/r	s/r	-	X	X	-	X	-	-	-	-	Xa	-	-	-	-	X
Total MB s/r de sitio					1	4	5	-	4	1	-	3	-	1	-	-	1	2	5
3785	Bed.	1922	Gua.	s/r	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	Xb	-	-	-
Total Colección Beder					1	-	1	-	1	-	-	-	-	-	-	1	-	-	1
4243	AL	1973	EV	R.s.C5	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	-	-
4244	AL	1975	EV	B5/1n3	X	-	X	-	-	X	-	-	-	Xb	-	-	-	-	-
4245	AL	1975	EV	B5/1n3	X	-	X	-	-	-	X	X	-	-	-	-	-	-	-
4248	AL	1975	EV	MB H1	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	X	-
4249	AL	1975	EV	B5/2n2	X	-	X	-	-	X	-	-	-	Xb	-	-	-	-	-
4255	AL	1975	EV	R.s.MB4	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	-	X	X	-
Total sitio El Veinte					6	-	6	-	-	5	1	1	-	2	-	-	3	2	6
4187	AL	1967	Man	R.s.	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	X	-
Total sitio Manogasta					1	-	1	-	-	1	-	-	-	-	-	1	-	1	1
3789	AL	1967	QP	R.s.	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	X	-
Total sitio Quimili Paso					1	-	1	-	-	1	-	-	-	-	-	1	-	1	1
4189	AL	1967	TP	R.s.	X	-	X	-	-	X	-	-	-	-	-	Xb	-	X	-
4250	AL	1967	TP	R.s.	X	-	X	-	X	-	-	-	-	Xa	-	-	-	X	-
4251	AL	1967	TP	R.s.	X	-	X	-	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	-
Total sitio Tío Pozo					3	-	3	-	1	2	-	1	-	1	-	1	-	2	3
4600		2010	Salau	R.s. 3F	X	-	X	-	X	-	-	-	-	-	-	Xc	-	X	-
Total sitio Salauca					1	-	1	-	1	-	-	-	-	-	-	1	-	1	1
TOTAL					53	6	57	2	27	17	15	11	4	4	2	29	9	31	59
%					90	10	97	3	46	29	25	19	7	7	3	49	15	52	

Nota de referencias abreviadas: MB: Colección Maldonado Bruzzone; Bed.: Colección Beder; AL: Ana María Lorandi; MT: Merced de Tacana; VC: Villa Catina; Gua.: Guanchapa; EV: El Veinte; Man.: Manogasta; QP: Quimili Paso; TP: Tío Pozo; Salua.: Salauca; s/r: sin referencias; R.s.: recolección superficial; A-2: albardón n°2; A1-PN: albardón n°1, punta norte; U3: urna 3; U27: urna 27.



Figura 2. Sitios arqueológicos con registro de cerámica con improntas textiles en el área de estudio.
 ◆ Analizados en el presente trabajo y ● Datos por referencias bibliográficas

En lo que respecta a los soportes donde se conservan las impresiones, considerando los casos en que ha sido posible determinar su morfología básica, las improntas se registran en dos tipos de contenedores. El primer grupo (46%; n= 27) incluye escudillas (piezas de contorno simple no restringidas) de pastas compactas, cocción oxidante y superficies mayormente tratadas por pulido, que en algunos casos incluyen motivos de carácter geométrico y zoomorfo, pintados en negro sobre la superficie roja; algunos de los cuales han podido ser asignados al estilo Sunchituyo Negro sobre Rojo. El segundo grupo (29%; n= 17) está integrado por piezas de grandes dimensiones, con paredes muy gruesas (más de 8 mm), con tratamiento superficial por alisado, o bien superficies rugosas y ásperas, logradas por estriado y/o deslizamiento de dedos. Conocemos, a través de datos contextuales, que una gran parte de estos grandes recipientes han sido empleados como urnas funerarias¹¹. Así, desde el punto de vista tecnológico y representativo, encontramos coincidencias con los dos tipos cerámicos en los que Lorandi (1974, 1977) relevó la presencia de las improntas, es decir, Sunchituyo y Grupo Ordinario.

Finalmente, en cuanto a la localización de las impresiones textiles, es importante destacar que, en todos los casos por nosotros analizados, han sido registradas en la superficie externa de las piezas¹². De manera predominante se presentan en la porción de base o apoyo de las cerámicas (96,6%; n= 57), y sólo se registran dos casos de contenedores que presentan improntas en el sector de las paredes, pero nunca en ambos sectores a la vez (Figura 3).

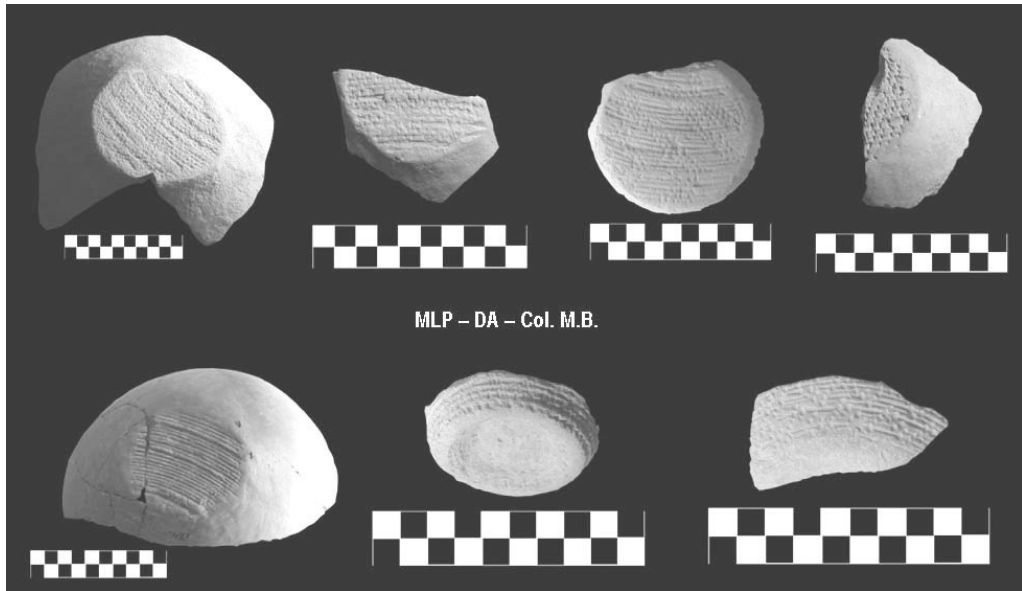


Figura 3. Localización de las improntas textiles en bases y paredes externas de las vasijas

Sobre el total de superficies con improntas se seleccionó una muestra de un poco más del 50% (n= 31) para la realización de los moldes, de acuerdo con los criterios ya explicitados (ver nota 4), la mayoría de los cuales (93,5%, n= 29) permitieron la identificación y medición de sus atributos constructivos principales¹³. Posteriormente, y con base en el análisis comparativo de los patrones observados en las improntas, se pudieron identificar las estructuras presentes en una gran parte de la muestra restante (78,5%, n= 22) en la que no se efectuaron los moldes. A continuación presentamos los resultados de esta primera aproximación estructural a la muestra.

DEFINIENDO IMPRESIONES. ASPECTOS ESTRUCTURALES DE LOS TEXTILES

Sobre la base de las estructuras textiles identificadas, la muestra total de fragmentos ha podido ser discriminada en cinco tipos, más un sexto grupo conformado por los casos no determinados. A su vez, dentro de algunos de los cinco tipos hemos diferenciado algunas variedades. Creemos necesario aclarar que, debido a algunas de las limitaciones que mencionamos en relación con el análisis de improntas textiles, tomamos la decisión metodológica de agrupar a los ejemplares similares estructuralmente bajo el nombre genérico de tipos, describiendo –de la manera más detallada posible y para cada conjunto así conformado– la serie de atributos tecnológicos que han podido ser observados. Dicha descripción incluye, además, el nombre de las posibles estructuras textiles conservadas. De este modo, hemos descartado la opción de agrupar a los ejemplares de acuerdo con el nombre de la estructura lograda, por las posibles ambigüedades que se dan en estos aspectos tecnológicos, al no poder realizar la observación directa de los ejemplares textiles. Así, y

partiendo de la definición clásica de Emery (1966) de que la estructura se identifica sobre la base de las relaciones espaciales y cuantitativas de los elementos, hemos diferenciado los tipos y sus variedades de acuerdo con el número, la orientación¹⁴, la relación espacial y la morfología básica de los componentes estructurales identificados en las improntas textiles (Tabla 2 y Figura 4).

Tabla 2. Principales atributos de los tipos y variedades estructurales en que fue discriminada la muestra de improntas textiles

ATRIBUTO		TIPO 1	TIPO 2	TIPO 3	TIPO 4	TIPO 5
ELEMENTO VISIBLE 1 (URDIMBRE)	Forma básica	Cilíndrica alargada	---	a) y b) Segmentos cortos de bordes redondeados	a) Cilíndrica alargada y b) Cordel	a), b) y c) Cilíndrica alargada
	Orientación principal	Horizontal	---	a) y b) Vertical	a) y b) Vertical	a), b) y c) Horizontal
	Nº de elementos	Individual o Múltiple	---	a) Individual (3) o Doble (4) b) Doble	a) y b) Individual	a) Doble b) y c) Individual
	Grado de rigidez M.P.	Semirrígido	---	a) y b) Flexible	a) Semirrígido b) Flexible	a) b) y c) Semi – rígido
	Materia prima	Varilla	---	a) y b) Fibra	a) Varilla b) Fibra	a) b) y c) Varilla
	Disposición	Continua	---	a) y b) Alternada	a) y b) Continua	a) b) y c) Continua
	Espaciado	Cerrado regular	---	a) y b) Cerrado regular	a) Cerrado regular b) Abierto regular	a) b) y c) Abierto regular
	Orientación relativa a 2	---	Perpendicular	a) Perpendicular b) Diagonal	a) y b) Perpendicular	a), b) y c) Perpendicular
ELEMENTO VISIBLE 2 (TRAMA)	Forma básica	---	Cilíndrica alargada o tabular	---	a) y b) Cordel	a) b) y c) Segmentos cortos
	Orientación principal	---	Horizontal	---	a) y b) Horizontal	a) b) y c) Vertical
	Nº de elementos	---	Individual (1) o doble (2)	---	a) y b) Individual	a) y b) Individual c) Doble y múltiple
	Grado de rigidez M.P.	---	Semirrígido	---	a) y b) Flexible	a) b) y c) Flexible
	Materia prima	---	Varillas o fibra plana	---	a) y b) Fibra	a) b) y c) Fibra
	Disposición	---	Intercalada parcial (efecto dentado)	---	a) y b) Alineada o continua	a) b) y c) Alternada
	Espaciado	---	Cerrado regular	---	a) y b) Abierto regular	a) y b) Abierto regular c) Abierto variable pautado
	Dirección de torsión	---	S (2)	---	a) Z b) S y Z	---
Orientación relativa a 1	---	---	Perpendicular	a) y b) Perpendicular	a), b) y c) Perpendicular	
POSIBLE/S ESTRUCTURA/S PRESENTE/S	---	(1) Tejido plano 1/1 no balanceado (2) Encordado simple cerrado S	a) Plano 1/1 (3) o Encordado simple cerrado (4) b) Encordado diagonal	a) Encordado simple cerrado Z b) Encordado simple abierto S y Z	a) b) y c) Encordado envuelto	
TOTAL y %	11 (19%)	4 (7%)	4 (7%)	2 (3%)	29 (49%)	

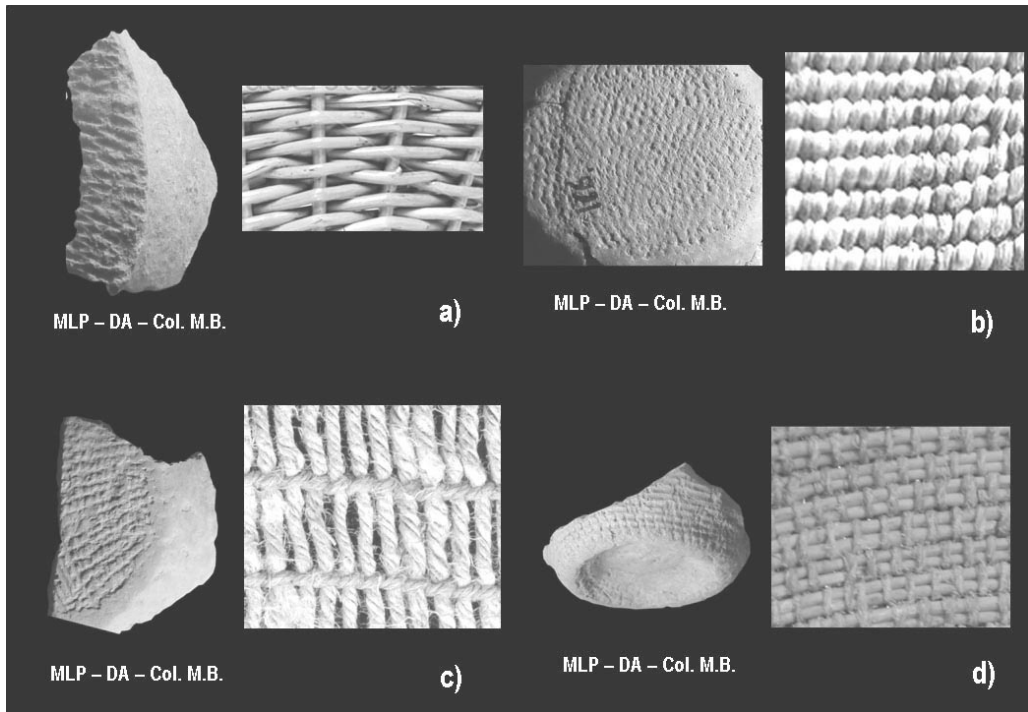


Figura 4. Ejemplos de algunos tipos y variedades estructurales identificados:
 a) Tipo 2; b) Tipo 3a; c) Tipo 4b y d) Tipo 5b

Tipo 1

Incluye un grupo de improntas en las que sólo hemos podido identificar claramente una serie o conjunto de elementos longitudinales adyacentes, dispuestos de manera sucesiva. Por la morfología de las impresiones, de aparente sección cilíndrica, deducimos que corresponderían a varillas, rígidas o semirrígidas (ya que en algunos casos muestran una cierta curvatura), dispuestas de modo tal que forman una superficie continua. El espesor de los elementos individuales varía entre 2 y 5 mm, siendo variables entre fragmentos y, en menor grado, en la superficie de un mismo fragmento, aunque en este último caso se observa una mayor regularidad o selección. No es posible identificar un segundo elemento estructural que vincule al conjunto de varillas, a modo de puntadas que conformen elementos de trama. Sólo en un caso se observan unas impresiones de segmentos cortos aislados que atraviesan a la línea de varillas perpendicularmente, que podrían corresponder a posibles puntadas, pero su registro es de tan baja frecuencia que no nos permite aseverar la presencia de un segundo elemento estructural. Todas las improntas han sido identificadas en el sector de base exterior de las piezas y, en la mayor parte de los casos, corresponden a la morfología “puco”. Integran este grupo un total de once piezas: nueve procedentes de la colección MB; una del sitio EV y la restante del sitio TP.

Tipo 2

Los fragmentos que conforman este grupo corresponden a impresiones en las que sólo hemos podido identificar un conjunto de elementos semirrígidos adyacentes, de sección aparentemente

cilíndrica, y orientados todos en una misma dirección. A diferencia del tipo 1, en que también es visible un sólo conjunto de elementos superpuestos y paralelos, en este segundo tipo los elementos sucesivos se muestran intercalados en la línea vertical, con un efecto visual de tipo dentado (como en un cierre a cremallera). De acuerdo con el patrón observado en los moldes en positivo, dos estructuras podrían dejar este mismo sello. Podría tratarse de encordado (Tarragó y Renard 2001) o acordelado (Pérez de Micou 2005) (*twining*, Adovasio 1977), que involucra la manufactura de la pieza a partir del paso de elementos horizontales móviles o activos (dobles o múltiples), que actúan como tramas, entre elementos fijos verticales, que constituyen las urdumbres (Adovasio 1977:16). En lo que respecta a los atributos constructivos, correspondería al tipo simple o plano, variedad en la que cada elemento de urdimbre es enganchado en cada cruce sucesivo por los elementos de trama en intervalos idénticos y repetidos y, de acuerdo con el tipo de espaciado de las tramas, a encordado cerrado, porque los elementos se disponen sin dejar espacios vacíos entre ellos. Si este fuera el caso, debido al empleo de elementos semirrígidos como trama, al producirse la impresión en la cerámica, los elementos de urdimbre –ubicados en un segundo plano– no quedarían representados en la superficie. Sin embargo, una impronta con estas características también podría ser el resultado de una pieza con una estructura tejida o trenzada (*plaiting*), simple o plana (intervalo 1/1). En esta estructura, ambos elementos (trama y urdimbre) son activos, pasando un conjunto de ellos por debajo y por encima del otro, de manera alternada, en ángulos regulares de aproximadamente 90° (Adovasio 1977:99). Generalmente, ambos elementos tienen la misma composición y flexibilidad, aunque también suelen usarse elementos rígidos combinados con otros más flexibles, lo que se conoce genéricamente con el nombre de *wickerwork* o cestería tipo mimbre. Lamentablemente, al no poder observar y, sobre todo, manipular el ejemplar en directo, nos resulta imposible, sólo a partir del examen de su impresión, determinar la forma de interacción de los elementos, lo que nos permitiría diferenciar entre ambas estructuras. Son cuatro ejemplares, que forman un conjunto homogéneo en lo que respecta a sus atributos constructivos, su procedencia (MB), y el tipo de soporte cerámico en que aparecen, que tentativamente hemos identificado como bases gruesas, aunque presentan una morfología particular que Reichlen (1940:182, figura 28b) denominó fondo o base de campana¹⁵ (*cloche*) o alfarería gruesa campanuliforme, según Wagner (1944).

Tipo 3, variedades 3a y 3b

En los ejemplares que definen a este tipo también pudo distinguirse un único conjunto de elementos en la superficie cerámica, lo que posiblemente se deba a que ocultan completamente al segundo elemento. En las improntas se observan hileras sucesivas, conformadas por impresiones de segmentos cortos, los que exhiben una disposición intercalada o alternante entre sí; es decir que cada elemento se ubica en una posición intermedia entre dos elementos de las filas inmediatas adyacentes (superior e inferior). En cuanto al espaciado, puede caracterizarse como cerrado y regular. Se distinguen dos variedades. En la variedad (3a), los segmentos muestran una orientación vertical en las hileras, es decir que se disponen perpendiculares a la dirección predominante de las filas sucesivas en las que se sitúan. La apariencia de las impresiones y de sus positivos remiten a una estructura de tejido plano no balanceado, posiblemente en faz de urdimbre (*warp faced plain weave*, Emery 1966:76), ya que las piezas no pueden orientarse al tratarse de impresiones de fragmentos que no presentan los bordes; aunque también podría tratarse de encordado simple cerrado (*close simple twining*). Una leve inclinación en la dirección del elemento visible nos lleva a proponer esta segunda alternativa como la más viable. En cualquier caso, es posible deducir que las improntas corresponden a telas planas, de una densidad media (4 urd/cm), elaboradas con cordones delgados o de poco espesor (1 a 1,5 mm), aunque no es posible precisar el origen animal o vegetal de las fibras a partir de los atributos de la impronta. Son dos los ejemplares que presentan estas características; uno procedente de MB y otro de TP. En el caso de la variedad (3b),

los segmentos se orientan diagonalmente en relación con las hileras sucesivas de improntas. Los casos registrados sólo ocupan una porción reducida de las bases cerámicas, que se restringe al borde exterior de la superficie de apoyo de las vasijas. Si bien no disponemos de mediciones precisas debido a que no se han realizado moldes de estos ejemplares, de la observación comparativa se desprende claramente la presencia de hilos de mayor diámetro que en la variedad anterior (*ca.* 2 mm). Una estructura con esta apariencia podría corresponder a encordado diagonal (*diagonal or twill twining*, Emery 1966:202), con un espaciado cerrado o compacto de las tramas, que se enlazan sobre pares alternados de urdimbres, logrando así el efecto de líneas diagonales. Una base con improntas similares, pero que cubren toda la superficie de apoyo, corresponde a un puco procedente del sitio La Paya, ilustrado por Boman ([1908] 1991, Lám. XV, fig. 30). También Gardner (1919:140, Lám. IV, fig. 12 y 13) ilustra –en lo que denomina como Tipo 4– algunos ejemplares con patrones de improntas comparables entre la cerámica procedente del Valle de Punilla, las que interpreta como “[...] las impresiones muy claras de una canasta de trama diagonal, o quizás de una tela gruesa”. Se identificaron dos improntas con estos atributos, ambas procedentes del sitio EV.

Tipo 4, variedades 4a y 4b

Integran este tipo algunas de las impresiones en las que ha sido posible identificar dos conjuntos de elementos constitutivos de la estructura, dispuestos en direcciones perpendiculares entre sí. El primer conjunto, al que orientamos de manera vertical, está conformado por una serie de elementos simples o individuales. El segundo conjunto, de disposición horizontal, está formado por un grupo de elementos dobles, alineados o con una disposición continua (no alternante) en sentido vertical. Interpretamos que la manera de vincularse ambos conjuntos de elementos corresponde a la estructura de encordado simple (*simple twining*), descrita como posibilidad para los tipos 2 y 3a; aunque en este caso, de acuerdo con el tipo de espaciado de las tramas, se trata de encordado abierto, en el que los elementos presentan una separación entre 1 a 1,5 mm. Sólo dos ejemplares de la muestra han podido ser asignados a este tipo y corresponden a vasijas que comparten sus atributos formales y tecnológicos principales. De acuerdo con la dirección de torsión de los elementos activos y la composición de los pasivos, se han distinguido dos variedades. La variedad (4a) corresponde a una impronta que presenta dirección final de torsión de las tramas izquierda (Z) y espaciado cerrado entre los elementos de urdimbre, y abierto en los de trama (Figura 1 inferior). Los elementos de urdimbre corresponden, por su morfología, a varillas (1,5 mm) y, debido a las limitaciones inherentes a las improntas, no es posible asegurar si el elemento se ha usado completo o partido longitudinalmente, aunque la primera opción suele ser la más frecuente. Lo mismo puede decirse de su preparación, aunque parecen haber sido descortezados. Las tramas están constituidas por elementos de fibra flexible, aunque no es posible determinar su origen animal o vegetal. Se trata de un fragmento procedente de MB. La segunda impronta (variedad 4b) presenta elementos con ambas direcciones finales de torsión (derecha e izquierda, S y Z), en dos sectores diferenciados y adyacentes¹⁶ y espaciado abierto de los elementos de urdimbre y trama. En este caso, elementos de urdimbre y trama están constituidos por fibra flexible, aunque tampoco es posible determinar su origen animal o vegetal. Corresponde a un fragmento de MB.

Tipo 5, variedades 5a, 5b y 5c

Conforma el grupo mayoritario. En estas impresiones también se observan claramente los dos elementos estructurales. El primer conjunto de elementos o urdimbre está conformado por una serie de varillas (rígidas a semirrígidas), aparentemente completas y descortezadas, dispuestas una sobre

otra, de manera que forman líneas sucesivas. El segundo conjunto de elementos (trama o puntada) se orienta en dirección perpendicular al primero y está conformado por fibras flexibles que se visualizan como segmentos cortos, que atraviesan la armazón de varillas, con una disposición alternante (no alineada) entre las sucesivas hiladas. En lo que respecta al espaciado de los elementos de trama, si bien varios ejemplares muestran signos de daño e importantes sectores con faltantes, puede decirse que en todos los casos es abierto, aunque variando la distancia y la regularidad del espaciamiento entre puntadas. En una rápida observación, la estructura plasmada en los moldes positivos se asemeja a lo que se conoce como cestería en espiral o *coiled* (Adovasio 1977:53); sin embargo, luego de un análisis más detallado, interpretamos que estas improntas corresponderían a la estructura designada como *wrapped twining* (Adovasio 1977:16-19), expresión traducida como encordado envuelto (Tarragó y Renard 2001) o acordelado envuelto (Pérez de Micou 2005) y denominada falso espiralado por Serrano (1945:221-224)¹⁷. La estructura se conforma con dos conjuntos de elementos rígidos superpuestos, ubicados en direcciones perpendiculares entre sí y vinculados por medio de un tercer elemento flexible. Se obtienen así dos superficies de apariencia diferente, formadas por las dos capas de elementos rígidos. En el interior de la pieza, las varillas se disponen en posición horizontal y la puntada o elemento flexible se observa en dirección vertical. En la parte exterior del cesto, la capa de varillas tiene una disposición vertical y el elemento flexible se orienta oblicuo o vertical¹⁸. El espaciado del elemento de unión entre las capas puede ser variable, ya sea que las puntadas se encuentren muy próximas o distanciadas con ciertos intervalos. También Tarragó y Renard (2001: 519) observan que “[...] existen variaciones debidas fundamentalmente a la alternancia en que el elemento flexible realiza las uniones”. De acuerdo con los patrones observados en las improntas, distinguimos tres variedades dentro de este tipo 5, conformado por veintinueve casos. La variedad (5a) está representada por un ejemplar de MB con estructura de varilla doble o agrupada. La impronta muestra que el elemento flexible une a las varillas dispuestas en posición horizontal, agrupándolas de a pares (Figura 1 superior). La disposición de las puntadas es intercalada, y el espaciado, abierto y regular. La variedad (5b) corresponde a los ejemplares con estructura de varilla individual y puntadas con disposición intercalada y espaciado abierto y regular y es la de más frecuente registro, con un total de veintidós ejemplares que integran este subgrupo: dieciocho de MB, uno de la colección Beder, uno de Man y el restante de QP. Finalmente, la variedad (5c) corresponde a las improntas con estructura de varilla simple o individual que muestran puntadas intercaladas de alineación diagonal y espaciado abierto pero variable, que forma diseños de líneas en zigzag o rombos. Mayormente, las puntadas se agrupan de a pares para formar las líneas que conforman los diseños geométricos (Figura 5). Integran esta variedad siete piezas: seis procedentes de MB y la restante del sitio Salauca.

Retomaremos luego la discusión sobre esta estructura textil en particular, la que ha sido registrada en casi la mitad de los ejemplares cerámicos, cuando presentemos un conjunto de hallazgos que remiten a su distribución en un territorio amplio del norte y centro del país.

TECNOLOGÍAS SUPERPUSTAS: SOBRE LA PRODUCCIÓN CERÁMICA Y TEXTIL

Aun considerando la serie de limitaciones que conlleva el análisis de evidencias textiles indirectas, creemos relevante esbozar una serie de estimaciones respecto de la muestra examinada, que aportan información sobre algunos aspectos tecnomorfológicos y funcionales.

En primer lugar, podemos destacar la identificación de distintas estructuras textiles, vinculadas principalmente con artefactos de cestería contruidos mediante el empleo de elementos rígidos a semirrígidos (varillas) y flexibles (fibras)¹⁹. Estos muestran una amplia predominancia de la estructura de encordado y las subclases simple, diagonal y envuelto, con distintos espaciados entre elementos y ambas direcciones de torsión presentes. Todos los ejemplares presentan elementos

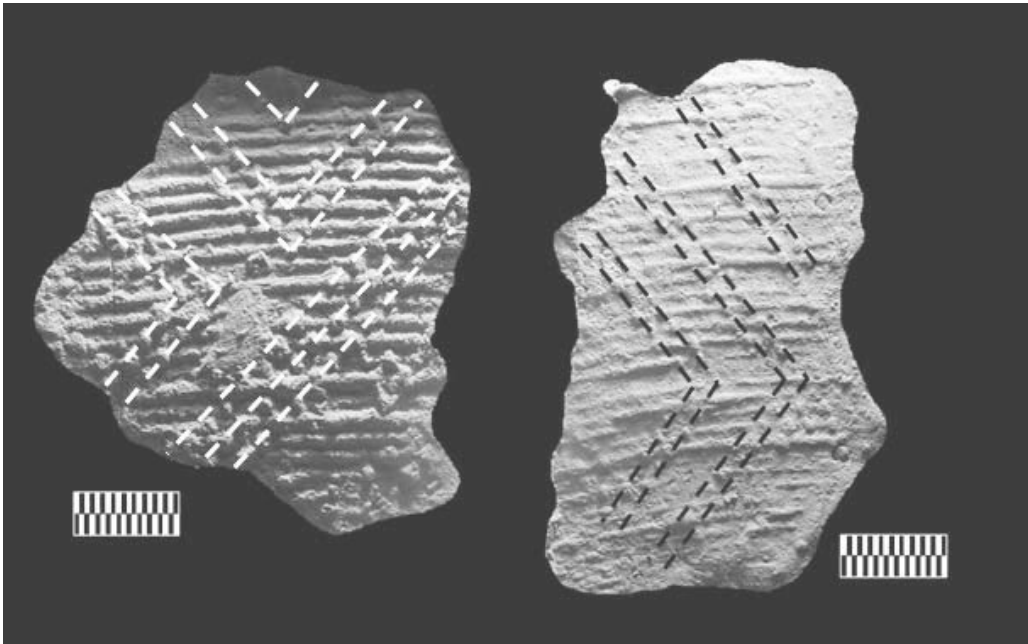


Figura 5. Puntadas de alineación diagonal y espaciado variable que forman diseños de líneas en zigzag o rombos, que conforman la variedad estructural 5c

estructurales de gran fineza (espesores de 1 a 3 mm), que permiten deducir la presencia de piezas ligeras, livianas y, posiblemente, de pequeño porte. Respecto de su morfología, sólo en las dos escudillas que muestran improntas en las paredes es posible inferir que se trata de pequeños cestos, de paredes cóncavas. En el caso de las bases, que representan la amplia mayoría de los casos, no es posible afirmar si se trata de improntas dejadas por porciones de paredes de recipientes, o tejidos planos (esteras) de mayores dimensiones. La dificultad de precisión se relaciona tanto con el reducido tamaño de las improntas (máximo 8 cm), como con el hecho de que en ningún caso se han conservado bordes, centros o inicios que ayuden en la identificación del tipo de artefacto cesterero del que se trata.

Una de las preguntas que inevitablemente surgen al analizar improntas textiles en cerámica es si es posible determinar una intencionalidad representativa en ello, o si se trató de una acción que formó parte del proceso productivo de la cerámica, o bien si ambos aspectos están intrincada e inseparablemente vinculados entre sí. En este sentido, pensamos que en el caso de la muestra que aquí presentamos, siendo el sector de apoyo de las vasijas la porción de la pieza donde mayoritariamente se registran las improntas, estaríamos frente al empleo de textiles integrados a las tareas de confección de las vasijas. El hecho de no observar una continuidad de las impresiones en las paredes de estas piezas podría reforzar la interpretación del uso de textiles como elementos de apoyo durante el proceso de fabricación cerámica y/o etapa de secado, previa a la cocción. Asimismo, las frecuentes roturas registradas y el grado de deterioro que muestran la mayoría de ellos²⁰ podrían remitir a la selección de piezas con intenso uso, posiblemente desechadas de su función original, y luego recicladas para el proceso de elaboración cerámica, o incluso el empleo de fragmentos desprendidos de ellas (ver nota 5). Por otra parte, no observamos estandarización o cierta homogeneidad y recurrencia en los atributos constructivos de las piezas usadas para las impresiones, más allá de la clara predominancia del tipo 5, representado en casi la mitad de las improntas, pero que igualmente muestra cierta variabilidad interna. La única asociación clara entre

determinadas estructuras textiles y ciertos soportes cerámicos se da entre el tipo 4 y los llamados fondos de “campana”, pero se trata de una muestra reducida (6,77%). Pensamos que, en conjunto, estos elementos permiten suponer una producción –tanto cerámica como textil– a escala familiar, en el seno de las unidades domésticas, como se documentaba hasta tiempos recientes (Millán de Palavecino 1958-59).

Respecto de esta intervención de los textiles durante las tareas de elaboración cerámica, refiriéndose a vasijas con improntas recuperadas en distintos sitios del NOA, Boman ([1908] 1991:124) interpreta que las “[...] impresiones en el fondo demuestran que se colocó, durante su confección, sobre una bandeja de cestería”; y menciona además (Boman ([1908] 1991:474) la elaboración de una pieza de alfarería por parte de una pobladora de San Antonio de los Cobres “[...] sobre un poncho viejo extendido en el suelo [...]”. También Gardner (1919:148-150) señala el empleo de redes, telas e incluso hierba seca como apoyo de las vasijas “[...] durante o inmediatamente después del modelado, con el objeto, sin duda, de evitar la adhesión de tierra o arena en su parte inferior [...] como también para facilitar el sostén y manipulación de los vasos en su estado de plasticidad antes de la cocción”. Más datos son provistos por Outes (1909:122), quien describe a una artesana chiriguana en plena tarea de elaboración de una pieza cerámica: “Sentada en el suelo ante una red de chaguar sobre la cual había colocado la pieza en elaboración para evitar, así, que el polvo del terreno se adhiriera al fondo recién terminado, superponía hábilmente los rodetes de arcilla...” (Figura 6)



Figura 6. a) Escudilla con impronta textil en base, b) Artesana ceramista Cañelos-Kitchwa, de la Amazonia ecuatoriana, empleando un textil como base de apoyo para la confección cerámica (fuente: www.minelinks.com/ecuador/kichwa_es.html)

Una situación diferente se plantea para las dos piezas que muestran improntas en las paredes externas. Aquí podría tratarse del modelado de las piezas dentro de recipientes cesteros, para facilitar el levantado de las paredes, aunque no podemos dejar de señalar que la situación se plantea en términos diferentes desde un punto de vista representativo y visual, en comparación con las piezas que exhiben las impresiones en sus bases. Sobre este tipo de situaciones, Serrano (1945:150, fig. 70) ilustra una pieza procedente de Suncho Tuyo (¿o Sunchituyoj?), perteneciente a la colección del Museo Arqueológico Provincial de Santiago del Estero, y destaca el carácter decorativo de las impresiones de cestería: “[...] las que forman franjas que se alternan con otras

lisas”²¹. Desde el punto de vista productivo, Serrano (1945:196) interpreta que “[...] sobre estas cestas se iban pegando pequeñas porciones de arcilla y de esta manera modelando el vaso [...] ya sobre las paredes internas ya sobre las externas del cesto”, y luego deduce que: “Esta técnica de modelar alfarerías en cestos tiene evidentemente su origen en la costumbre de ciertos pueblos cesteros –carentes de alfarería– de recubrir sus cestos con ceras u otras sustancias para hacerlos impermeables”. Sin embargo, modelar las paredes de las vasijas en el interior de cestos, de la manera en que nos describe Serrano, implica indefectiblemente que estos desaparecieran durante la cocción de los contenedores cerámicos, situación que nos parece no menos que llamativa cuando consideramos la complejidad técnica que implica la construcción de una cesta con la estructura de encordado envuelto. En este sentido, creemos que una línea de hipótesis a explorar a futuro –basados en una mayor cantidad de casos analíticos e información contextual– se vincula con la relevancia que podría cobrar la presencia (superpuesta y a la vez supuesta) de la cesta y su estructura textil, materializada como impronta en la superficie cerámica, en los diferentes contextos de uso, producción y/o circulación en los que intervinieron las piezas.

ATRAVESANDO FRONTERAS: LA REGIONALIDAD DE UNA ESTRUCTURA TEXTIL

Cuando se trabaja con textiles arqueológicos, uno está frente a realidades estructurales acabadas, en tanto productos de acciones manuales efectuadas en el pasado. El nivel estructural de una pieza es el resultado de la aplicación de una técnica; es decir, del conjunto de procedimientos utilizados en la manipulación de los elementos y, en consecuencia, la estructura de un textil guarda una íntima relación con el proceso de producción.

Al referirse a la estructura de encordado envuelto, Adovasio (1977) destaca que corresponde a una variante poco común del encordado simple entre las piezas arqueológicas procedentes de distintos sitios de América del Norte. Sin embargo, podemos notar que en nuestra muestra corresponde a la estructura con más casos representados (casi el 50%), a lo que podemos sumar datos sobre su registro en una amplia área de dispersión, que incluye –además de Santiago del Estero– el territorio correspondiente a las actuales provincias de Jujuy, Tucumán, Catamarca, Córdoba y La Rioja²². Así, varios autores relevan la presencia de improntas con características estructurales idénticas a las que conforman nuestro tipo 5 y que, interpretamos, corresponderían a la misma técnica de encordado envuelto, para el área central y noroeste de Córdoba (Gardner 1919; Serrano 1945; Argüello de Dorsch 1983; Fabra y Laguens 1999) y centro de La Rioja (Serrano 1945). Incluso, es posible trazar semejanzas con nuestro tipo (5c) de patrones diagonales, ya que Serrano (1945:222) observa que “[...] en la cestería de Córdoba esta costura se ha hecho formando dibujos geométricos [...]”, y Fabra y Laguens (2001:28) destacan el registro de puntadas de trama en sentido diagonal como posible decoración en las impresiones. A estos se suman numerosos ejemplos de piezas con improntas provenientes de varios sitios arqueológicos de los Valles Calchaquíes, analizados en detalle por Tarragó y Renard (2001) y una cesta impresa en una pieza cerámica proveniente del Bañado, Quilmes, Tucumán, que habría sido empleada como tapa de una urna funeraria de un niño (Boman [1908] 1991:124-126, lámina II, Figura 3). Otra pieza modelada completamente en el interior de una cesta, procedente de Fuerte Quemado, es mencionada por Bruch (1911:75, fig. 71) y hemos podido efectuar los moldes de otra pieza, con las mismas improntas, procedente de Amaicha del Valle, Tucumán. Bajo ciertas condiciones de conservación más favorables, ha sido posible recuperar los propios cestos, o parte de ellos. Para el área de Puna, Ambrosetti (1904, lámina III) publica una cesta procedente de un contexto funerario²³ de Antofagasta de la Sierra, en cuya imagen pueden observarse las dos capas de varillas perpendiculares superpuestas que forman la estructura característica del encordado envuelto. Sobre su modo de confección, destaca que se trataría del “[...] único ejemplar conocido de la región Calchaquí hasta la fecha, en cuanto a su técnica que se diferencia

del tipo *coiled* o enroscado común en el Valle Calchaquí” (Ambrosetti 1904:28). Otro ejemplar procede de la Quebrada de Las Cañas, Quilmes y es una “[...] canasta (tipa) hecha de pajas que forman dos capas; en la exterior las pajas están dispuestas verticalmente, en la interior horizontalmente. Todas están reunidas por un hilo de chaguar, y llevan unos bordados de lana de guanaco teñidos en punzó y amarillo” (Liberani y Hernández [1877] 1950:118). Hallazgos más recientes corresponden a las cestas recuperadas en Loro Huasi, Tinogasta, Catamarca, también decoradas en el exterior con diseños geométricos, logrados por el agregado de vellones de colores “ensartados” en el elemento de unión flexible (Pérez de Micou 2000). Otras dos tipas proceden del cercano sitio Medanitos (Carlos Nazar, comunicación personal), y presentan la misma técnica representativa, es decir, el agregado de fibra sin hilar, en variados colores, para la conformación de diseños en la superficie externa. Finalmente, Pérez de Micou (2005:31) menciona un ejemplar con estructura de encordado envuelto entre los materiales procedentes del sitio Inca Cueva 4, el que se distancia notablemente de los casos anteriores por su mayor antigüedad, vinculada al Holoceno temprano. Al respecto, tratándose de un fragmento, si bien podemos afirmar la presencia de la misma estructura textil, lo que no podemos asegurar es que dicho fragmento corresponda a una cesta.

Entonces, lo que podemos señalar por ahora es la amplia distribución espacial de una misma estructura compleja, con sus variantes locales, plasmada en la confección de artefactos cesteros peculiares (tipas), que aún perviven en las prácticas artesanales del centro oeste del país. El paso siguiente será profundizar en el análisis de estos datos y sus contextos asociados, para poder comenzar a establecer si detrás de estas semejanzas estructurales existen otros vínculos entre las poblaciones involucradas, en la esfera de las tradiciones técnicas y/o en otros aspectos productivos vinculados con la elaboración de estos artefactos (Figura 7 y 8).

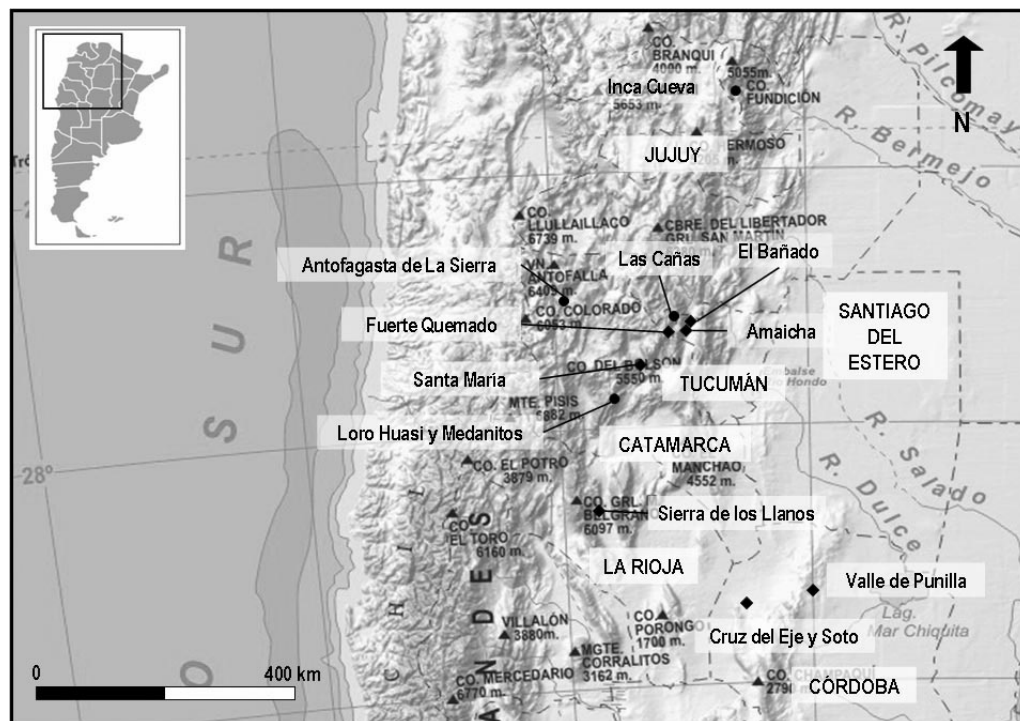


Figura 7. Distribución de hallazgos arqueológicos de cestería con estructura de encordado envuelto en nuestro país: ◆ Improntas en cerámica y ● Piezas de cestería

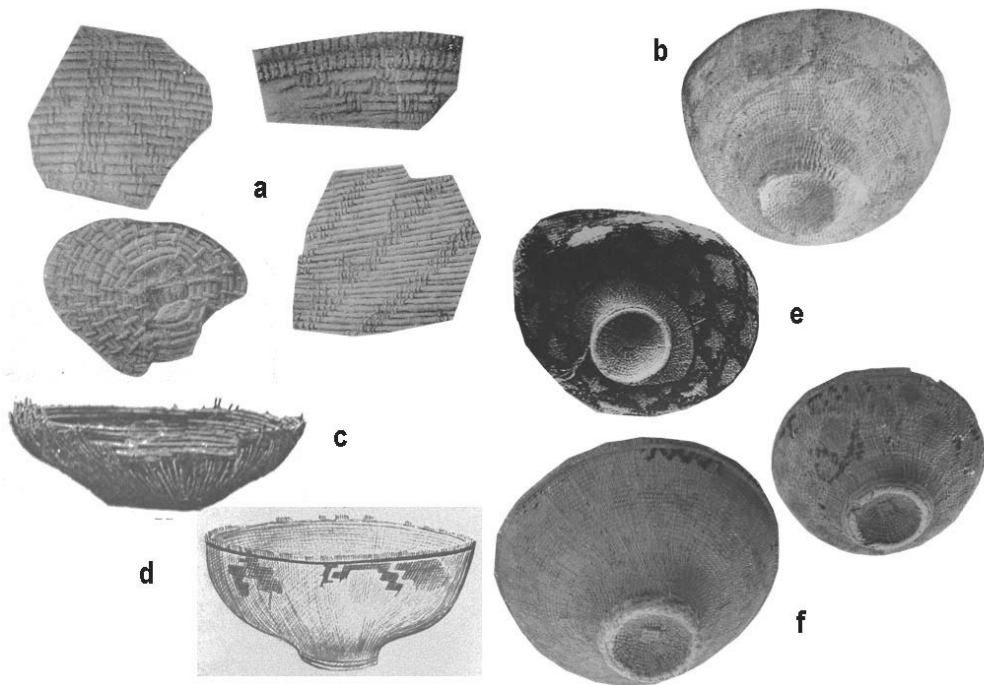


Figura 8. Hallazgos vinculados con la estructura textil encordado envuelto:

- a) Moldes en plastilina de improntas en cerámica procedentes de sitios de Córdoba y La Rioja (Serrano 1945:221 y ss.); b) Cesta impresa en una pieza cerámica proveniente del Bañado, Quilmes, Tucumán (Boman 1991 [1908]: Lámina II, figura 3); c) Cesta recuperada en un contexto funerario de Antofagasta de La Sierra (Ambrosetti 1904, lámina III); d) Ejemplar procedente de la Quebrada de Las Cañas, Quilmes, Tucumán (Liberani y Hernández 1877 [1950: 118]); e) Una de las dos cestas recuperadas en Loro Huasi, Tinogasta, Catamarca (Pérez de Micou 2000: 106) y f) Piezas recuperadas en el sitio Medanitos, Tinogasta, Catamarca (Dirección Provincial de Antropología de la Provincia de Catamarca)

IMPRESIONES FINALES O UNA CONCLUSIÓN CON ALGUNOS CABOS SUELTOS

A partir del análisis de un conjunto de improntas textiles hemos comenzado a desentrañar aspectos relacionados con materialidades y prácticas asociadas a las comunidades que habitaron el área de la actual llanura santiagueña y pedemonte catamarqueño. Entre los avances logrados, podemos destacar la presencia de textiles vinculados a cestería y la identificación de diversas estructuras, logradas a partir del manejo de fibras con propiedades diferentes. Propusimos que los artefactos cesteros –la mayoría de los cuales muestran huellas de daño e intenso uso– se habrían integrado a las tareas de confección de las vasijas, como superficies de apoyo y como soportes para el modelado de las paredes. Pero también dejamos abierto el camino para la exploración, a futuro, de los aspectos representativos y las implicancias que podría conllevar la superposición, en términos visuales, de ambas tecnologías, en los diversos contextos de actuación de las piezas cerámicas. De todos modos, y volviendo a la primera propuesta, si el uso de elementos textiles fue una práctica frecuente durante las tareas de modelado y/o secado de las vasijas, nos preguntamos por qué las improntas textiles sólo aparecen en un número relativamente reducido de bases cerámicas y no en la mayor parte de las piezas. Surgen inevitablemente algunas preguntas al respecto: ¿es que fueron intencionalmente borradas en el resto de los contenedores?, ¿o los textiles fueron usados como base de apoyo solamente por artesanos particulares, en la confección

de algunas piezas, destinadas a cumplir ciertas funciones y/o en determinados contextos de uso y/o producción? Creemos que en cualquiera de estas situaciones, las respuestas posibles abren un interesante camino de inferencias. De manera aún muy especulativa podemos sugerir que, si a los datos contextuales que señalan a las grandes vasijas como contenedores funerarios les sumamos las referencias sobre el uso frecuente de pucos como tapas de las urnas (Reichlen 1940), el empleo de estas piezas en contextos mortuorios podría ser un vínculo posible de plantear –y necesario de explorar– entre los contenedores que muestran improntas.

En otro plano de los resultados, creemos que la identificación de la estructura de encordado envuelto (*wrapped twinnig*) en un amplio porcentaje de las improntas es un primer paso hacia el planteo de posibles vínculos tecnológicos con otros hallazgos similares, efectuados en una amplia región del NOA, aspecto que requiere aún de un análisis más profundo. En este sentido, consideramos relevante la posibilidad de comenzar a pensar estos datos en términos de interacción e integración, ante el registro de prácticas y tradiciones tecnológicas compartidas entre comunidades que ocuparon una gran área, y no tanto bajo la noción de “fronteras culturales”, construcción que ha sido con frecuencia asociada al rol del área de tierras bajas orientales, en términos de procesos y vínculos regionales con el área andina.

Finalmente, podemos preguntarnos por qué, a pesar de las innumerables menciones en la bibliografía del área, respecto del hallazgo de indicadores indirectos de producción textil, esta problemática no ha sido tratada en profundidad, ni tampoco se ha retomado su interés sino sólo recientemente en las contribuciones señaladas al inicio, es decir, después de un poco más de dos décadas de silencio. En este sentido, creemos que, en el marco de una arqueología “de frontera” o marginal, como siempre se ha concebido al pedemonte oriental, en relación con la mayor continuidad que históricamente han tenido las investigaciones en la región de Valles y Quebradas en el NOA, el de la producción textil se transformó en un tema de “frontera” dentro de las investigaciones en el área de Tierras Bajas. Y en términos de ensayar algunas respuestas pensamos, en primer lugar, que esto podría vincularse con cierta “marginalidad” del registro textil en estas áreas, al estar conformado por indicadores indirectos, lo cual lo constituyó de este modo en un registro de baja visibilidad. A esto se sumaría un segundo carácter marginal, siempre “a la sombra” de la producción textil andina, como un referente inalcanzable y contrastante de calidad y complejidad (*cfr.* Palavecino 1934; Reichlen 1940).

Y así, a pesar de que las condiciones climáticas locales no favorecieron la conservación de un registro textil directo, pretendimos con este trabajo inicial comenzar a aportar, desde los elementos perdurables, al conocimiento de lo percedero.

Fecha de recepción: 12/12/2010

Fecha de aceptación: 05/07/2011

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones se efectuaron en el marco de los proyectos PICT 25570 y CIUNT 26/G402, dirigidos por los Dres. Constanza Taboada y Carlos Angiorama, y con el apoyo de una Beca posdoctoral, otorgada por CONICET, a la autora. Agradezco a mis directores de beca, Lic. Carlos Aschero y Dra. Constanza Taboada, por su apoyo y estímulo permanentes. En este caso, especialmente a ella, por sus sugerencias al texto, aunque soy responsable de todo lo expresado aquí. Al Dr. Jorge Martínez, por los valiosos comentarios efectuados a una versión parcial de este trabajo, como comentarista en el EJI/10. A las evaluadoras de la versión original, Dras. Diana Rolandi de Perrot y Cecilia Pérez de Micou, tanto por los comentarios estimulantes como por las oportunas sugerencias. Al Dr. Raffino, Jefe de la División Arqueología del Museo de La Plata, a la Dra. Ana Igareta, encargada del Depósito 25 de Arqueología de dicha institución, y

a Marina Iwanow, por su cálida atención y generosa ayuda en mis incursiones en el Museo. A Jorge Mercado, por facilitarme los fragmentos cerámicos procedentes de Amaicha para realizar los moldes, por su interés, y a la Arql. Silvina Adris por comunicarme este dato relevante. A Susana Renard, por compartir, una vez más, sus conocimientos y experiencia, con la calidez y generosidad de siempre. A Penélope Drooker, Mary Spanos, Edward Jolie y Ángel Gea por su asesoramiento y por su gran interés ante mis consultas, trascendiendo fronteras idiomáticas. Al Lic. Sergio Álvarez, director de la Dirección Provincial de Antropología de Catamarca y a Carlos Nazar, por permitirme el acceso a materiales arqueológicos y por toda la información brindada. A Alejandra Korstanje por su ayuda con el *abstract*. Dedicado a mis amores Andrés y Tiago, los motores que impulsan toda búsqueda, por su inagotable amor y paciencia.

NOTAS

- ¹ Involucrando un análisis integrado de: las estructuras textiles; los procedimientos y las técnicas de elaboración; la escala de producción; el conjunto instrumental asociado y el espectro de materias primas utilizadas; estableciendo variaciones y continuidades –temporales y espaciales– en aspectos productivos, funcionales y simbólicos asociados a la textilería, y su posible relación con otros procesos generales, tanto a nivel local como a escala regional.
- ² Dicha investigación contó con el apoyo de una Beca posdoctoral CONICET, dirigida por el Lic. Carlos Aschero y la Dra. Constanza Taboada, y de los Proyectos de Investigación –subsidiados por distintos organismos nacionales y provinciales (PIP CONICET 6398, FONCyT PICT 38127 y 25570, CIUNT 26/G402)– que cada uno de ellos dirige en las áreas señaladas.
- ³ Las condiciones que debe reunir un material de impresión idóneo son: fidelidad y exactitud de reproducción; rapidez y facilidad de preparación y manipulación; no ser tóxico ni contaminante; no dejar residuos en la superficie de las piezas ni remover material original al retirarse; poseer resistencia adecuada a la rotura y/o distorsión al ser removido; buena vida útil y costo accesible.
- ⁴ Tomamos una serie de medidas de recaudo, siguiendo el protocolo de la *Society for American Archaeology Working Group on Impressed Pottery* (Minar *et al.* 1999). En primer lugar, se seleccionó una muestra menor entre los tiestos con improntas, que posibilitara a futuro la realización de otros tipos de análisis en el resto de las piezas, de acuerdo con los siguientes criterios: a) variabilidad de los patrones de improntas y nitidez o grado de resolución de la impresión; b) estado de conservación y resistencia mecánica de las paredes y superficies de los tiestos; y c) presencia de pintura, tizne o restos de uso en las superficies a muestrear. En segundo lugar, sólo los sectores con improntas estuvieron en contacto con el material del molde; mientras que el resto de la superficie de los tiestos permaneció sin alteración alguna. En tercer lugar, se etiquetaron todos los tiestos usados para los moldes y se embolsaron de manera separada, para evitar posibles contaminaciones por contacto con el resto de la muestra. Además, se informó a las autoridades del museo de la marca comercial de arcilla usada, por si fuera necesario conocer sus componentes específicos para diferenciarlos de los de las piezas.
- ⁵ Aunque no contamos aún con suficientes estudios experimentales que permitan distinguir si los daños en las estructuras pueden ser el producto del uso intensivo de las piezas en el proceso de producción cerámica, teniendo en cuenta su naturaleza abrasiva (Spanos 2006).
- ⁶ El término *wicker work* es equiparable a lo que Adovasio (1977) ha denominado cestería *plaiting*, traducida al español con los términos cruzada o tejida. Términos equivalentes en otros idiomas pueden consultarse en Pérez de Micou (2005:35). Con base en la aclaración siguiente en el mismo párrafo, pensamos que Reichlen (1940) se refiere a aquella variedad de cestería cruzada donde los dos conjuntos de elementos (urdimbre y trama) no son idénticos, sino que el primer grupo corresponde a varillas rígidas y el segundo a fibra flexible, en lo que se conoce generalmente como canastería tipo mimbre.
- ⁷ Todas las traducciones son nuestras, salvo que se aclare lo contrario.
- ⁸ No hay referencias, en la bibliografía específica, al término *twimev* para describir una técnica cestería. De hecho, el mismo no corresponde a ninguna palabra extranjera, por lo que deducimos que puede ser una transcripción errónea del término inglés *twined*, empleado para designar la cestería encordada (o *twining*, *sensu* Adovasio 1977). Suponemos que este posible error inicial de Palavecino (1934) se habría reproducido en el trabajo posterior de Serrano (1938).

- ⁹ La recolección de estos materiales se realizó en el marco de la “Comisión para la Medición de un Arco de Meridiano”, dispuesta por Ley Nacional 12.334, a fines de 1936. El trabajo se desarrolló a lo largo del país, a través del meridiano 64, hasta el paralelo 40, continuó por éste hacia el oeste, y luego hacia el sur por el meridiano 70, hasta llegar al confin del territorio nacional. La dirección científica y administrativa de los trabajos estuvo a cargo de una comisión formada por representantes del Servicio Hidrográfico de la Marina, el Instituto Geográfico Militar, las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba y el Museo de La Plata. Como representante de esta última institución integró la citada comisión R. Maldonado Bruzzone.
- ¹⁰ Proyecto: Procesos locales e interacción regional entre las comunidades indígenas del piedemonte catamarqueño, la llanura santiagueña y los valles intermontanos. Arqueología, historia de las investigaciones, identidad y transferencia, dirección Dra. Constanza Taboada.
- ¹¹ Datos en fichas de registro, asociadas a los materiales recuperados por Maldonado Bruzzone durante sus trabajos de campo mencionan el hallazgo de restos humanos en su interior.
- ¹² Por ello no podemos dejar de mencionar como llamativa la presencia de impresiones de redes y cestería en la superficie interna de un recipiente procedente del sitio Sayanita y perteneciente a la colección del Museo Arqueológico Provincial de Santiago del Estero (Serrano 1945:197), así como la mención de Reichlen (1940) de que la identificación de improntas textiles es frecuente particularmente sobre la cara interna de las tapas de urnas funerarias.
- ¹³ Si bien es posible realizar mediciones de ciertos elementos textiles, es importante tener en cuenta que éstas difieren con las de la pieza original, debido principalmente a los procesos de cocción de la cerámica y de compresión del textil durante su impresión en la arcilla (Drooker 2000). Estudios experimentales muestran que, en términos generales, las medidas tomadas en el textil son mayores que las de su impronta (Spanos 2006). Sin embargo, sin desconocer estas limitaciones, decidimos utilizar nuestras mediciones de manera relativa, antes que prescindir por completo de estos datos.
- ¹⁴ La orientación se refiere a la que se ha adoptado arbitrariamente para la descripción de los elementos estructurales, ya que se trata mayormente de una muestra cerámica fragmentaria y, en todos los casos, de improntas sin bordes o terminaciones. En los casos en que se ha podido identificar (o interpretar, o suponer), entre los elementos textiles, cuál corresponde a urdimbre y cuál a trama, la impronta se ha orientado según las convenciones aceptadas al respecto.
- ¹⁵ Posteriormente, Lorandi (1974:207) menciona el hallazgo de este tipo de alfarería gruesa en sitios de Santiago del Estero: “[...] se hallaron fragmentos de bordes anchos [...] Corresponden al borde inferior de ‘campanas’, semejantes a las típicas del litoral”.
- ¹⁶ Al respecto, Spanos (2006:76-77) comenta que: “En piezas de técnica encordada donde las tramas están muy cerca unas de otras, el cambio alternado en las direcciones de torsión impide la deformación de la tela en una dirección predominante. Pero cuando los elementos de trama se encuentran bastante espaciados entre sí, la razón para la elección de una dirección de torsión alternante no es obvia”. Por otra parte, Adovasio (1977:20) menciona que “la inclinación de la puntada en filas de tramas sucesivas es cambiada, para lograr un efecto decorativo”.
- ¹⁷ Otros términos que se han empleado para designar a esta misma estructura son *lattice weaving* (Mason 1902); *vannerie liée a nappes superposées* (Balfet 1952) y acordelado envuelto (todos citados en Pérez de Micou 2005). Actualmente se conoce a esta canasta con el nombre de cesto-tipa. Su permanencia entre las técnicas actuales de cestería se destaca en la provincia de Catamarca, donde se emplean hilos de lana como elemento flexible o ligante de las dos capas (Serrano 1945; Pérez de Micou 2000).
- ¹⁸ Respecto de nuestra muestra, inferimos que las improntas corresponderían a la parte interna del tejido, por la disposición y relación espacial de los dos elementos visibles. Esta situación es posible de asegurar en los dos ejemplares que muestran huellas textiles en las paredes externas y que claramente han sido resultado de su contacto con la superficie interior de los cestos.
- ¹⁹ Para la confección de piezas cesteras, en el plano doméstico de los hogares de pequeñas poblaciones, diseminadas sobre las márgenes del río Dulce, se menciona el empleo de tres materiales: palma; unquillo (*Unquillo-Sporobolus arundinaceus*), del que se diferencian dos clases y grosores y chala. Los dos primeros crecen en los cenagales que se extienden a lo largo del Dulce, y ya figuran en las primeras noticias históricas (Millán de Palavecino 1958-59).
- ²⁰ Al menos la mitad de los moldes muestran amplios sectores con roturas o notable ausencia de los elementos de trama, aunque no hemos identificado sectores de empalme, ni reparaciones.
- ²¹ Otros ejemplares similares, que combinan partes con impresiones con otras lisas proceden de los sitios Tulip Loman y Sequía Vieja (Serrano 1945:198).

- ²² Creemos importante destacar que los ejemplares procedentes del NOA muestran una variante de la estructura de encordado envuelto esquematizada por Adovasio (1977:19), dada por el hecho de que en la capa interna (horizontal), las puntadas se presentan intercaladas, es decir, no alineadas. Este efecto se logra debido a que las puntadas toman los elementos de la capa de urdimbres exterior (vertical) de manera doble, pero como pares alternos. De allí la semejanza, en su cara interna, a la estructura de espiralado, que presenta puntadas o elementos de trama intercalados entre sí en las sucesivas hiladas.
- ²³ Entre los numerosos materiales que fueron recuperados en asociación a la tumba, destacamos la presencia de un jarro policromo (N° 31), que Ambrosetti (1904:20) vincula con “[...] el tipo de los tres colores de la cuenca de Londres, Santa María y Santiago del Estero”, que puede tratarse de una pieza vinculada al estilo cerámico Averías o al Yokavil policromo.

BIBLIOGRAFÍA

- Adovasio, J. M.
1975. The Textile and Basketry Impressions from Jarmo. *Paléorient* 3: 223-230.
1977. *Basketry technology. A guide to identification and analysis*. Chicago, Aldine.
- Angiorama C. y C. Taboada
2008. Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina). *Revista Andina* 47: 117-150.
- Argüello de Dorsch, E.
1983. Investigaciones arqueológicas en el Departamento Punilla (Provincia de Córdoba-República Argentina). Sitio. C. Pun. 39. *Comechingonia* 1: 41-60.
- Boman, E.
[1908] 1991. *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Bruch, C.
1911. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*. Buenos Aires, Coni.
- Calo, C. M.
2008. Improntas del pasado: las canastas de Cardonal. *Revista Española de Antropología Americana* 38 (2): 39-55.
- D' Harcourt, R.
1932. Note sur la technique d'un tissu ancien du Chaco argentin. *Journal de la Société des Américanistes (nouvelle série)* XXIV: 189-191.
- Drooker, P. B.
2000. Approaching fabrics through impressions on pottery. En *Approaching textiles, varying viewpoints*: 59-68. Proceedings of the Seventh Biennial Symposium of the Textile Society of America, Santa Fe, Nuevo México.
- Emery, I.
1966. *The Primary Structures of Fabrics*. Washington D.C., The Textile Museum.
- Fabra, M. y A. Laguens
1999. Análisis tecnológico de improntas de cestería en fragmentos cerámicos arqueológicos de Córdoba, Argentina. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (1997), Tomo II: 25-34. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Gardner, G. A.
1919. El uso de tejidos en la fabricación de la alfarería prehispánica en la provincia de Córdoba (República Argentina). *Revista del Museo de La Plata* XXIV SS: 127-168.

Gómez, R.

1966. *La cultura de Las Mercedes. Contribución a su estudio*. Santiago del Estero, edición de autor.

2009. Arqueología santiagueña: un diseño de investigación para el Formativo Inferior. Fase explorativa. *Revista del Museo de Antropología* 2: 53-66.

Gramajo de Martínez Moreno, A.

1978. Evolución cultural en el territorio santiagueño a través de la arqueología. *Serie Monográfica* 5.

Holmes, W. H.

1884. Prehistoric Textile Fabrics of the United States, Derived from Impressions on Pottery. En John W. Powell (ed.), *Third Annual Report of the Bureau of Ethnology 1881-1882*: 393-425. Washington D.C., Smithsonian Institution.

Hurley, W. M.

1979. *Prehistoric cordage. Identification of impressions on pottery*. *Aldine Manuals on Archaeology* 3. Washington D.C., Taraxacum.

Liberani, I. y J. R. Hernández

[1877] 1950. *Excursión Arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

López Campeny, S. M. L.

2009. Las dos caras del textil: el rol de la producción textil en áreas de paisajes contrastados. *Serie Monográfica y Didáctica* 48: 125.

2010a. Lo que el tiempo no borró... Análisis de indicadores indirectos de producción textil en Santiago del Estero. En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo, XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (2010)*, Tomo III: 1049-1054. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Mendoza.

2010b. Sobre impresiones y giros... Posibilidades y desafíos para una aproximación al análisis de evidencias textiles indirectas en las Tierras Bajas del NOA. *Cuaderno de Textos y Resúmenes EJI/10*: 159-161. Fundación El Colegio de Santiago, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud. INDES. Universidad Nacional de Santiago del Estero.

López Campeny, S. M. L. y C. Taboada

2009. Hilando fino: la problemática arqueológica de la producción textil en Santiago del Estero. Resumen presentado a la *XIII Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil*. San Miguel de Tucumán.

Lorandi, A. M.

1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VIII: 199-236.

1977. Significación de la Fase Las Lomas en el desarrollo cultural de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XI: 69-78.

Lorandi, A. M. y N. Carrió

1975. Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*: 301-322. Rosario.

Martínez, A. T., C. Taboada y A. Auat

2003. *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Santiago del Estero, Universidad Católica de Santiago del Estero.

Millán de Palavecino, M. D.

1958-59. La cestería decorativa de Río Hondo. *Runa* IX (1-2): 207-215.

Minar, C. Jill, P. B. Drooker, J. M. Hebert, A. G. Henderson, T. M. Johnsen, W. C. Johnson, J. B. Petersen y C. B. Rieth

1999. Working Group in Impressed Pottery: Problems and solutions in the methods of data recovery and analysis of fabric, net, cord, and basketry impressed pottery, *Society for American Archaeology Annual Meeting*, Chicago, Illinois.

Outes, F.

1909. La cerámica Chiriguana. *Revista del Museo de La Plata* XVI: 121-136.

Palavecino, E.

1934. Áreas culturales del territorio argentino. Universidad Nacional de La Plata. *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo I: 223-234 (La Plata 1932), Buenos Aires.

Pérez de Micou, C.

2000. Dos cestas decoradas en el ajuar de la momia N° 136 de Loro Huasi (Catamarca, República Argentina). *Actas de la XIII Reunión Anual del Comité Nacional de Conservación Textil* (1999): 103- 110. Arica, Chile.

2005. Pautas descriptivas para el análisis de cestería arqueológica. En V. Solanilla Demestre (ed.), *Tejiendo sueños en el Cono Sur. Textiles Andinos: Pasado, Presente y Futuro*: 27-35. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

Prümers, H.

2006. Improntas de esteras en cerámica prehispánica del sitio Bella Vista (Depto. Beni, Bolivia). *Actas de las III Jornadas Internacionales sobre Textiles Precolombinos*: 207-212. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

Rachlin, C.

1955. The Rubber Mold Technique for the Study of Textile-Impressed Pottery. *American Antiquity* 20 (4): 394-396.

Reichlen, H.

1940. Recherches archéologiques dans la province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes* XXXII: 133-225.

Rieth, C.

2004. Cordage, fabrics, and their use in the manufacture of early late prehistoric ceramic vessels in New York. En P. B. Drooker (ed.), *Perishable Material Culture in the Northeast*: 129-142. Albany, University of the State of New York.

Righetti, O.

1942. *Arqueología argentina. Dos conferencias sobre el imperio de las llanuras santiagueñas*, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.

Rusconi, C.

1933. Instrumentos óseos trabajados por indígenas prehispánicos de Santiago del Estero. *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología* VII: 229-250.

Serrano, A.

1938. *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagoña*. Paraná, Predassi.

1945. *Los comechingones*. Serie Aborígenes Argentinos. Vol. I Córdoba, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Córdoba.

Spanos, M.

2006. Mississippian Textiles at Beckum Village (1Ck24), Clarke County, Alabama. Thesis to obtain the degree of Master of Arts, Department of Anthropology, University of Alabama.

Taboada, C. y C. Angiorama

2010. Metales, textilera y cerámica. Tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu. *Memoria Americana* 18 (2): 11- 41.

Taboada, C., C. Angiorama, D. Leiton S. M. L. López Campeny

2010. Las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas en tiempos del Inca. Materialidades, interpelaciones y apropiaciones. En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo, XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo III: 1291-1296. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Mendoza.

Tarragó, M. y S. F. Renard

2001. Cerámica y cestería arqueológica del Valle de Yocavil. Una aproximación a partir de improntas. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I: 513-528. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Valiente Cánovas S., A. Gea García, J. López Ciudad y M. Ayarzagüenia Sanz

2003. Algunos datos sobre cestería y fibras vegetales aplicadas a vasijas en barro de la Edad del Bronce en las "Salinas de Espartinas" (Ciempozuelos, Madrid). *Pátina* 12: 101-108.

Wagner, E.

1944. La civilización Chaco-Santiagoña y la llamada Cultura Diaguita-Calchaquí. *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro*, Tomo II: 297-304. Córdoba, Academia Nacional de la Historia Filial de Córdoba.

Wagner, E. y D. Wagner

1935. La civilización Chaco-Santiagoña y sus relaciones con el Viejo y Nuevo Mundo. *Boletín del Centro Naval*, Buenos Aires.

EXPLORACIONES OSTEOLÓGICAS DE LA SALUD DE LAS POBLACIONES HUMANAS DEL CANAL BEAGLE

Jorge A. Suby*, Atilio Francisco Zangrando**, Ernesto Piana***

Debido a la extinción de los aborígenes, no podemos sino trabajar con las muestras disponibles, por sesgadas que estén. En el futuro, sólo la arqueología podrá proporcionar muestras mejores (A. Pérez Pérez y C. Lalueza Fox 1992:101).

RESUMEN

Algunas evidencias acerca de la salud de las poblaciones aborígenes han comenzado a ser reportadas en varias regiones de Patagonia Austral. Por el contrario, hasta el momento carecemos de información comparable para la región del canal Beagle. El objetivo de este trabajo es comunicar los resultados de las investigaciones bioarqueológicas y paleopatológicas de los restos humanos recuperados en excavaciones realizadas en la margen norte del canal durante la primera década del siglo XXI. Estos estudios incluyen nuevos fechados radiocarbónicos sobre restos humanos hallados en cinco sitios arqueológicos. Fueron estudiados restos pertenecientes a doce individuos (ocho adultos y cuatro subadultos). Los resultados muestran una tendencia al mayor desarrollo de lesiones articulares de la columna dorsal y en los miembros superiores en periodos posteriores al contacto, al igual que mayor desarrollo de lesiones asociadas a situaciones de estrés sistémico. Al mismo tiempo, se presentan lesiones patológicas no reportadas anteriormente en Patagonia.

Palabras clave: canal Beagle – Tierra del Fuego – restos humanos – paleopatología – salud.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana, Departamento de Arqueología, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, subselección Quequén. E-mail: jasuby@gmail.com

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Centro Austral de Investigaciones Científicas. E-mail: panchozan@yahoo.com.ar

*** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Centro Austral de Investigaciones Científicas. E-mail: arqueologia@cadic.gov.ar

ABSTRACT

Evidence concerning the health of aboriginal populations from various regions of Patagonia Austral has started to emerge. On the other hand, up until this moment we lack comparable evidence for the Beagle Channel region. The aim of this article is to reveal the results of bioarchaeological and paleopathological studies on human remains recovered from excavations undertaken along the northern margin of the channel during the first decade of the 21st Century. These studies include new radiocarbon dates on human remains found at five archaeological sites. The remains of twelve individuals were studied (eight adults and four sub-adults). The results reveal a tendency towards the development of articular lesions of the dorsal column and the upper limbs in the post-contact period, as well as the development of lesions associated to systemic stress situations. Concurrently there is evidence for pathological lesions not noted previously in Patagonia.

Keywords: *Beagle Channel – Tierra del Fuego – human remains – paleopathology – health.*

INTRODUCCIÓN

La salud de las poblaciones humanas aborígenes del sur de Patagonia y las enfermedades que las afectaron permanecen actualmente poco conocidas. Este hecho se debe, por un lado, a que, a pesar de la creciente atención que ha recibido la bioarqueología de Patagonia durante las últimas dos décadas (Suby y Guichón 2009a), las investigaciones desarrolladas durante la década de 1990 evaluaron sobre todo la frecuencia de algunos indicadores no específicos de estrés y patologías bucales (Pérez-Pérez y Lalueza Fox 1992; Guichón 1994; Aspillaga y Ocampo 1996; Hernández *et al.* 1997; Aspillaga *et al.* 1999), en general bajo marcos teóricos adaptativos más que paleopatológicos. Por otra parte, dado que las muestras de restos humanos de las que se posee información cronológica y contextualización espacial son escasas, una parte importante de esos estudios hizo énfasis en exploraciones vinculadas a diferencias entre grupos etnográficos. Se asumió así que la etnografía descrita para los últimos 200 años, por ejemplo tomadas de Gusinde (1986), podría ser considerada como base para los más de 13.000 años de ocupación, lo que podría implicar sesgos interpretativos, tal como fue considerado previamente por Borrero (2001). Estas características de las muestras y las estrategias metodológicas seguidas implicaron la ausencia de profundidad temporal en las interpretaciones a partir de muestras que en muchas ocasiones no fueron tratadas en términos de poblaciones biológicas. Como resultado de esta primera década de investigaciones acerca de la salud y las adaptaciones de las poblaciones humanas, se planteó una baja variabilidad en la frecuencia en los indicadores de estrés explorados entre restos provenientes de diferentes etnias de Patagonia Austral, mientras que el análisis de enfermedades en distintos momentos del poblamiento no fueron abordados en la mayor parte de los casos.

Durante la primera década del siglo XXI se han producido abundantes hallazgos de restos humanos arqueológicos a partir de excavaciones sistemáticas en diferentes regiones de Patagonia Austral. Estos hallazgos permitieron comenzar a generar información bioarqueológica a partir de muestras, aunque más pequeñas que las tratadas en trabajos anteriores, altamente contextualizadas. Asimismo, los análisis comenzaron a incluir aspectos teóricos y metodológicos paleopatológicos de mayor especialización (Suby y Guichón 2009a). Al mismo tiempo, numerosos estudios han presentado evidencias de la variabilidad cultural, biológica y ambiental en el sur de Patagonia que permiten especular diferencias en la nutrición, actividad física y transmisión de enfermedades infecciosas entre las poblaciones humanas aborígenes durante el proceso de poblamiento hasta su extinción (Suby 2009a). Específicamente, se han propuesto tendencias dietarias en relación con los recursos disponibles (Barberena 2002; Zangrando *et al.* 2004; Borrero y Barberena 2006;

Panarello *et al.* 2006), con las características ocupacionales ligadas a las estrategias económicas en diferentes espacios y con las evidencias de especialización y cambios culturales (Borrero 1991, 2001; Orquera y Piana 1999; Orquera 2005). A su vez, el contacto aborígen-europeo constituye un hecho de particular importancia por los cambios culturales y ecológicos introducidos que tuvieron efecto sobre la extinción de las poblaciones aborígenes (Borrero 1991; Guichón *et al.* 2006). Estas evidencias de variabilidad conductual y biológica suponen escenarios heterogéneos y más complejos de la salud que los propuestos hasta el momento, que pueden ser evaluados mediante el registro biológico humano partiendo de metodologías y evidencias paleopatológicas y bioarqueológicas que han comenzado a ser exploradas en Patagonia austral (Guichón *et al.* 2006).

En los últimos años se ha comenzado a proporcionar información paleopatológica de restos humanos provenientes de la costa de Santa Cruz (Suby *et al.* 2010), la costa de Tierra del Fuego (Schinder y Guichón 2003; García Laborde *et al.* 2009, 2010; Suby y Guichón 2009b; Santiago *et al.* 2011; Tessone *et al.* 2011), el sector interior del norte de Santa Cruz (García Guraieb 2006) y en la costa pacífica del sur de Patagonia (Aspillaga *et al.* 2006; Rodríguez *et al.* 2007). A diferencia de los recientes resultados que han comenzado a alcanzarse para otras regiones de Patagonia austral, hasta el momento carecemos de información comparable para la región del canal Beagle. Como fue presentado en una sucesión de trabajos anteriores (Vila *et al.* 2002; Macchiarelli *et al.* 2006; Piana *et al.* 2006; Vázquez *et al.* 2007; Álvarez *et al.* 2008), en los últimos años se han realizado una serie de excavaciones y rescates arqueológicos en la región del canal Beagle que resultaron en el hallazgo de restos humanos en una variedad de sitios y ubicaciones. Las investigaciones se centraron hasta el momento en el análisis de los contextos mortuorios, en la confección de ajuares, análisis de materias primas y aspectos tafonómicos de los hallazgos bioarqueológicos. El objetivo de este trabajo es comunicar los resultados obtenidos de las investigaciones bioarqueológicas y paleopatológicas a partir de los restos humanos recuperados en las excavaciones realizadas en la margen norte del canal durante la primera década del siglo XXI, que permitan comenzar a delinear tendencias acerca de la salud de las poblaciones humanas que habitaron esta región. Estos estudios incluyen además una serie de nuevos fechados radiocarbónicos sobre restos humanos hallados en cinco sitios arqueológicos, que amplían la información cronológica disponible para el sur de Tierra del Fuego.

Antecedentes de análisis de indicadores de salud en el canal Beagle

Como se mencionó, no son abundantes los trabajos que hayan estudiado indicadores de la salud de esqueletos humanos recuperados en la región próxima al canal Beagle, y los que lo hicieron, en general contaron con muestras con escasa contextualización arqueológica, sin asignaciones cronológicas y bajo clasificaciones etnográficas, características que, en muchos casos, orientan los objetivos y limitan las interpretaciones posibles. Sin embargo, los resultados alcanzados son valiosos al momento de poder sugerir tendencias.

Entre los trabajos más importantes se encuentran los análisis de Pérez-Pérez y Lalueza Fox (1992), quienes estudiaron una muestra de 32 esqueletos atribuidos a la etnia yámana depositados en colecciones del Museo J. B. Ambrosetti (Buenos Aires, Argentina), Instituto de la Patagonia y Museo Borgatello (Punta Arenas, Chile), Museo Nacional de Historia Natural (Santiago, Chile) y *British Museum of National History* (Londres), de los cuales no se especifica la procedencia geográfica y cronológica. Los autores reportan muy bajas frecuencias de caries en restos del canal Beagle, que a su vez no mostraron ser significativamente diferentes ni entre sexos ni respecto de las encontradas en otras etnias de Tierra del Fuego. Sobre este último aspecto, Kozameh (1993) presentó resultados similares. También se mencionan abundante hiperostosis (60%) y baja criba (5,88%), atribuidas a probables procesos anémicos por infecciones parasitarias (Pérez-Pérez y Lalueza Fox 1992).

Schinder y Guichón (2003) estudiaron tres esqueletos correspondientes a esta región, dos recuperados en la Isla Hoste y uno en el sitio Lauta 2 (Isla Navarino), en un análisis más extenso que tenía como objetivo estudiar las diferencias en indicadores de estrés en relación con la dieta. En los dos primeros casos se observaron altas frecuencias de pérdidas dentales ante *mórtem* y ausencia de caries, mientras que Lauta 2 no presentó ninguno de los dos indicadores dentales. A su vez, todos los esqueletos de la región estudiados por Schinder y Guichón (2003) presentaron hiperostosis porótica y lisis alveolar. Según Guichón (1994), de trece individuos analizados en el canal Beagle sólo tres presentaron caries, de los cuales dos son femeninos adultos jóvenes y uno es un niño de sexo indeterminado. Las líneas de hipoplasia fueron identificadas en el 40% de los individuos analizados sin variaciones aparentes entre sexos, aunque en este tipo de análisis en particular las muestras no fueron clasificadas por regiones, por lo que no es posible identificar qué porcentaje de los restos estudiados corresponden al canal Beagle. En relación con enfermedades infecciosas inespecíficas, Guichón (1994) no encontró periostitis en el canal Beagle sobre una muestra de doce individuos relevados.

Por su parte, resultan aún más escasos los trabajos que presentan análisis paleopatológicos del esqueleto poscranial. Entre ellos, Aspillaga *et al.* (1999) estudiaron una muestra de diecinueve individuos completos e incompletos procedentes de conchales arqueológicos de la Isla Navarino. También en este caso se identificaron altos porcentajes de individuos con hiperostosis porótica. Observaron ausencia de exostosis auditiva, interpretado como signo de la adaptación al buceo. Respecto de alteraciones morfofuncionales, los autores destacan las de los miembros superiores, particularmente en la musculatura y articulación del hombro y el codo, con inserciones musculares muy desarrolladas, y las relacionan con la boga usando remos. Además, observaron desarrollos importantes de las inserciones musculares de los miembros inferiores atribuidas a la posición empleada durante el remo. Estas alteraciones se encontraron particularmente en mujeres, lo que según los autores concuerda también con el registro etnográfico. En relación con enfermedades articulares, se destacan seis individuos (cuatro masculinos y dos femeninos) con lesiones de las articulaciones temporomandibulares, un individuo masculino con espondilolisis en la cuarta vértebra lumbar y dos individuos femeninos adultos con patologías degenerativas articulares de las vértebras dorsales y lumbares.

Castro y Aspillaga (1991) estudiaron desde un punto de vista paleopatológico una colección de 38 esqueletos humanos recuperados por Gusinde en Tierra del Fuego durante 1919 y 1920, actualmente depositada en el Museo Nacional de Historia Natural (Santiago de Chile), de los cuales sólo dos (uno masculino y otro femenino) fueron asignados como pertenecientes a individuos de la etnia yámana. Los dos individuos presentados por los autores, uno enterrado en la misión Dawson y otro en la bahía próxima a Harberton, poseen importantes enfermedades periodontales. Además, en ambos individuos se registró criba orbitalia, que los autores atribuyen a posibles causas asociadas a la reducción de movilidad y restricción en la dieta, producidas como resultado de su paso por las misiones. Castro y Aspillaga (1991) reportan además que el individuo yámana masculino estudiado presenta periostitis en huesos largos, patologías degenerativas articulares, osteomielitis y osteoporosis en huesos largos. En relación con etapas posteriores al contacto, Hyades y Deniker (1891) mencionan que en la Misión Inglesa del canal Beagle registraron erupciones de la piel, flemón en la región lumbar, anemia, pleuresía¹, bronquitis y artrosis. Respecto de la tuberculosis, según la misión francesa, de 47 individuos enfermos, 33 tenían esta enfermedad. Gusinde (1986), por su parte, presenta información de 45 individuos vivos sin mestizaje en el canal Beagle, en la que menciona que el 75% se encuentra bien nutrido y los restantes presentan una nutrición media, de los cuales sólo dos de los individuos masculinos muestran signos de problemas de salud graves. Un resumen de esta información es presentada por Guichón (1994), quien sugiere que el hábitat de las poblaciones del Beagle en tiempos históricos podría haber sido alterado por la interacción directa o indirecta con navegantes o por la fundación de la misión anglicana en 1869 (Guichón 1994).

En una de las escasas evaluaciones en relación con esqueletos humanos recuperados en la margen norte del Canal Beagle, Kozameh y Testa (2004) presentaron un análisis de indicadores patológicos dentales y articulares del esqueleto recuperado en el sitio Harberton Cementerio, en Estancia Harberton, Tierra del Fuego. Las autoras registraron un marcado desgaste dental, enfermedades infecciosas bucales y ausencia de caries. Además, destacan un moderado desarrollo de enfermedades articulares degenerativas en los miembros superiores y la columna vertebral, atribuidos a la actividad física que fue vinculada a descripciones etnográficas del estilo de vida canoero. Este esqueleto es reevaluado en este trabajo, comparado con otros esqueletos del mismo contexto temporal y vinculado a posibles cambios en el modo de vida como resultado del contacto aborígen-europeo en la región.

En un trabajo previo (Suby 2009a), planteamos una serie de posibles hipótesis acerca de la salud de las poblaciones humanas de Patagonia Austral con base en evidencias arqueológicas, bioarqueológicas y ecológicas para la región y resultados propuestos para otras poblaciones cazadoras-recolectoras. Considerando estas hipótesis –que, aunque es esperable que presenten variaciones en términos espaciales pueden ser de utilidad como punto de partida para la interpretación de los análisis paleopatológicos– y las evidencias analizadas en los trabajos mencionados más arriba, es posible especular una serie de expectativas de partida respecto de la salud de las poblaciones humanas en Tierra del Fuego considerando distintos períodos: a) en momentos próximos al inicio del poblamiento resultan esperables situaciones de estrés nutricional y mecánico como resultado de la exploración de nuevos ecosistemas; b) en momentos de ocupación efectiva (en los términos del modelo de poblamiento de Patagonia propuestos por Borrero 1991) previos al contacto aborígen-europeo, se esperan bajas frecuencias de indicadores de estrés nutricional, moderado estrés mecánico, escasos indicios de procesos infecciosos específicos y predominio de procesos infecciosos inespecíficos; y c) en momentos posteriores al contacto es posible especular escenarios en los cuales se encuentren mayores frecuencias de lesiones asociadas a procesos de estrés sistémico, mayores impactos de patologías articulares en individuos adultos jóvenes y posibles patologías infecciosas específicas e inespecíficas oportunistas o asociadas a la introducción de nuevas enfermedades en la región.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los restos humanos que fueron analizados para este trabajo provienen de siete sitios arqueológicos excavados en la margen norte del canal Beagle (Figura 1). Las tareas se iniciaron con el ordenamiento de los restos óseos e incluyeron el reemplazo de bolsas y cajas. El ordenamiento permitió realizar un inventario detallado y determinaciones sexo-etarias, particularmente en aquellos conjuntos compuestos por más de un individuo. Dos de los sitios analizados, la capa B del sitio Shamakush Entierro y el sitio Imiwaia 1, están conformados por conjuntos de restos óseos humanos mezclados, por lo que fue necesario estimar el número probable de individuos que los componen. En ambos casos se estimó el número probable de individuos mediante el método *Most Likely Number of Individuals* (MLNI), propuesto por Adams y Konigsberg (2004), el cual mejora el potencial estadístico de estimación del método *Minimum Number of Individual* (MNI) empleado frecuentemente, debido a que se basa tanto en el número de elementos apareados como desapareados, es decir, la comparación de elementos derechos e izquierdos para decidir si pertenecen a un mismo individuo. Se realizaron estudios radiocarbónicos de restos óseos humanos provenientes de cinco de los enterratorios en el Laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona (USA). Los restos que conforman este estudio y que se encontraban en la Asociación de Investigaciones Antropológicas (AIA) y en el Centro Austral de Investigaciones Científicas (CADIC, Ushuaia) al momento de los análisis, fueron recientemente depositados en el Museo Provincial del Fin del Mundo (Ushuaia).



Figura 1. Ubicación de los sitios donde fueron hallados los restos humanos analizados

Las determinaciones de sexo se realizaron según los métodos propuestos en Buikstra y Ubelaker (1994) para las estructuras craneanas (proceso mastoides, cresta nugal, glabella, margen supraorbitario y robustez de la mandíbula) y pélvicas (características de la sínfisis púbica y la escotadura ciática mayor). Para la estimación de la edad de los adultos se siguieron los métodos de Todd y Suchey-Brooks (en Buikstra y Ubelaker 1994) para la metamorfosis de la sínfisis púbica; el método de Isçan *et al.* (1984) para la metamorfosis del extremo externo de la cuarta costilla y el método de Lovejoy *et al.* (1985) para la superficie articular de la pelvis. Para el caso de los subadultos y adultos jóvenes, la edad se estimó siguiendo los métodos de Ubelaker (1989) para la erupción dental y el patrón de cierres epifisarios (Buikstra y Ubelaker 1994). En el caso de restos correspondientes a fetos o perinatos se determinó la edad a través de los métodos de mediciones de huesos largos propuestos por Fazekas y Kósa (1978). La edad final para cada caso se estimó como la más probable de acuerdo con los métodos empleados.

Cada esqueleto fue estudiado en forma individual. Se identificaron y describieron en primera instancia lesiones macroscópicas que se apartaran de la normalidad en relación con la morfología, textura y color del tejido óseo. Las lesiones fueron estudiadas en forma ocular y mediante lupa de mano y fueron registradas su extensión, ubicación y distribución. En cada caso se propusieron

posibles impresiones diagnósticas para cada lesión (*sensu* Campillo 2001), y se las clasificó según grandes grupos etiológicos que incluyen patologías mecánicas o de uso; nutricionales-metabólicas; infecciosas-inflamatorias y traumáticas (Miller *et al.* 1996). En los casos en los que se lo consideró necesario, se realizaron estudios radiográficos en el Instituto Radiológico Mar del Plata (Argentina), que permitieron identificar alteraciones morfológicas óseas internas. Las interpretaciones paleopatológicas tienen en cuenta el contexto cronológico, la dieta, el sexo y la edad, considerando su posible influencia sobre la salud de los individuos. Los resultados se presentan en orden cronológico, partiendo de los individuos más antiguos.

RESULTADOS

En total fueron estudiados restos humanos pertenecientes a doce individuos. Con excepción de cuatro individuos que forman parte de un conjunto mezclado proveniente de la capa B del sitio Shamakush Entierro y dos individuos excavados en el sitio Imiwaia 1, los demás restos corresponden a entierros individuales (Piana *et al.* 2006). Del total de individuos, ocho son adultos, de los cuales cinco son femeninos y tres masculinos (Tabla 1). Por otra parte, cuatro son subadultos de sexo indeterminado, de los cuales tres poseen entre 0 y 10 años y uno es un adolescente de entre 13 y 17 años de edad. El estado de conservación de los esqueletos es, en general, de regular a bueno, aunque en muchos casos las costillas, pelvis y epífisis de huesos largos muestran pérdida de tejido óseo cortical y esponjoso. La mayoría de los individuos presentan un moderado a alto porcentaje de completitud, con excepción de los esqueletos hallados en los sitios Imiwaia 1 y 2, Shamakush Entierro Capa B y Mischiuen III.

En cuanto a las referencias cronológicas, los fechados radiocarbónicos resultaron en un rango comprendido entre los *ca.* 1600 y 1300 años AP en los entierros Shamakush Entierro 6, Paiashauaia e Imiwaia 2; entre *ca.* 900 y 600 años AP en los entierros Shamakush Entierro Capa B, Imiwaia 1 y Mischiuen III, y los restantes entierros corresponden a momentos históricos posteriores al contacto aborígen-europeo (Tabla 1). Es probable que esas antigüedades deban considerarse máximas debido a Efecto Reservorio en el ^{14}C (Albero *et al.* 1986, 1988) dado que los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}_{\text{col}}$ obtenidos para aquellos entierros en los que se realizaron fechados radiocarbónicos corresponden a dietas predominantemente marítimas, que coinciden con valores presentados previamente para la región (Tessone *et al.* 2003; Zangrando *et al.* 2004). En este sentido, los esqueletos analizados conforman una muestra heterogénea, en la cual se incluyen individuos de diferentes contextos temporales, edades y sexo.

Los restos del individuo Shamakush Entierro 6 aparecen como los más antiguos del conjunto de individuos estudiados. El esqueleto, recuperado en la capa inferior de este enterratorio, corresponde a un individuo masculino de entre 35 y 45 años de edad al momento de la muerte con un fechado de 1536 ± 46 años AP. La conservación del tejido óseo aparece afectada considerablemente por la acción de procesos posdeposicionales y probablemente por la reutilización del sitio para un nuevo enterratorio², que produjo la pérdida de tejido en una parte importante del esqueleto. En el caso del cráneo, una fractura post mórtem compromete gran parte del parietal y temporal izquierdos (Figura 2a). El análisis de los restos muestra signos leves de hiperostosis porótica activa al momento de la muerte en la porción superior del occipital y ambos parietales (Figura 2b). Se observó además una moderada atrición dental (Figura 2c), sin pérdida de piezas dentales ante mórtem ni caries, aunque estas últimas pueden estar enmascaradas por el desgaste observado y el elevado número (dieciocho) de piezas dentales perdidas post mórtem. Se registraron osteofitosis leves en el cuerpo de la quinta vértebra lumbar (Figura 2d) y labiaciones de las carillas articulares laterales derechas de las segunda y tercera vértebras dorsales (Figura 2e), aunque son afectadas por procesos posdeposicionales sobre la mayoría de los elementos de la columna vertebral. En el sacro se identificó la alteración de la carilla articular superior de la primera vértebra sacra y

Tabla 1. Estructura de la muestra analizada procedente de la margen norte del Canal Beagle.
Los fechados se presentan sin calibrar

	NMI	C ¹⁴	Ref.	Δ ¹³ Ccol	Sexo	Edad	% Completitud
Shamakush Ent. 6*	1	1536±46	AA78557	-12,3	Masculino	35-45	75%
Paiashauaia 1	1	1504±46	AA78558	-11,9	Femenino	35-45	92%
Imiwaia 2	1	1363±46	AA78548	-12,6	Indet.	0-6 meses	15%
Shamakush Ent. 1	4	681±43	AA78556	-11,6	Femenino	35-45	SCA
Shamakush Ent. 3					Masculino	25-30	
Shamakush Ent. 4					Indet.	3-10	
Shamakush Ent. 2					Femenino	35-45	
Imiwaia 1	2	640±43	AA78555	-12,2	Indet.	3 a 6	10%
					Femenino	25-49	9%
Mischiuen III	1	625 ± 25	Vila com.pers. en Piana <i>et al.</i> 2006		Indet.	13-17	22%
Acatushun	1	Histórico	Piana <i>et al.</i> 2006		Femenino	30-40	90%
Harberton Cementerio	1	Histórico	Piana <i>et al.</i> 2006		Masculino	25-35	95%

* La clasificación de los entierros del sitio Shamakush fue propuesta en Piana *et al.* (2006:109).

SCA: sin condición de análisis.

el cierre incompleto de las apófisis espinosas de la tercera, cuarta y quinta vértebra sacra, que es posible identificar a pesar de presentar una fractura de origen posdeposicional en su porción distal (Figura 2f), y posiblemente como consecuencia de una espina bífida oculta. Este defecto congénito afecta, en general, como sucede en este caso, la porción inferior del sacro y es en, la mayoría de los casos, asintomático (Aufderheide y Rodríguez Martín 1998). Finalmente, la diáfisis de la tibia izquierda presentó una osteítis caracterizada por la proliferación y remodelación ósea, probablemente como resultado de un proceso inflamatorio-infeccioso que por sus características morfológicas habría estado activa al momento de la muerte (Figura 2g). No se observa la presencia de abscesos o cloacas, aunque por los procesos posdepositacionales que afectaron a este elemento, no resulta posible descartar su existencia. No se identificaron otros huesos largos con este tipo de lesiones, aunque sólo fueron recuperadas las diáfisis de tibias y peronés.

Por su parte, el esqueleto hallado en el sitio Paiashauaia I se recuperó casi completo. Por la morfología craneana y pélvica pertenece a una mujer que murió entre los 35 y 45 años de edad, con un fechado radiocarbónico que resultó en 1504 ± 46 años AP. En estos restos se identificaron una leve criba orbitalia y moderada hiperostosis porótica en ambos parietales, en el occipital y el frontal, todas activas al momento de la muerte (Figura 3a). Además, se observaron signos de retracción alveolar leve, con un moderado desgaste atricional. El maxilar superior muestra un absceso sobre el PM1 aunque sin pérdidas dentarias ante mórtem (Figura 3b). También asociadas al aparato masticatorio se observaron lesiones osteoartrósicas bilaterales de las articulaciones temporomandibulares en su porción anterior, caracterizadas por porosidades en una superficie circular de 3 mm de diámetro (Figura 3c). En la columna vertebral se registraron labiaciones en las vértebras dorsales T₈-T₉ de leve evolución (Figura 3d), con aumento asimétrico del espesor del anillo cortical. Lesiones similares se observaron en las vértebras L₄-L₅-S₁ (Figura 3e), con alteraciones de la morfología de las carillas articulares inferiores. En este sentido, el esqueleto axial presenta lesiones articulares leves que afectaron la región media y baja de la columna y la

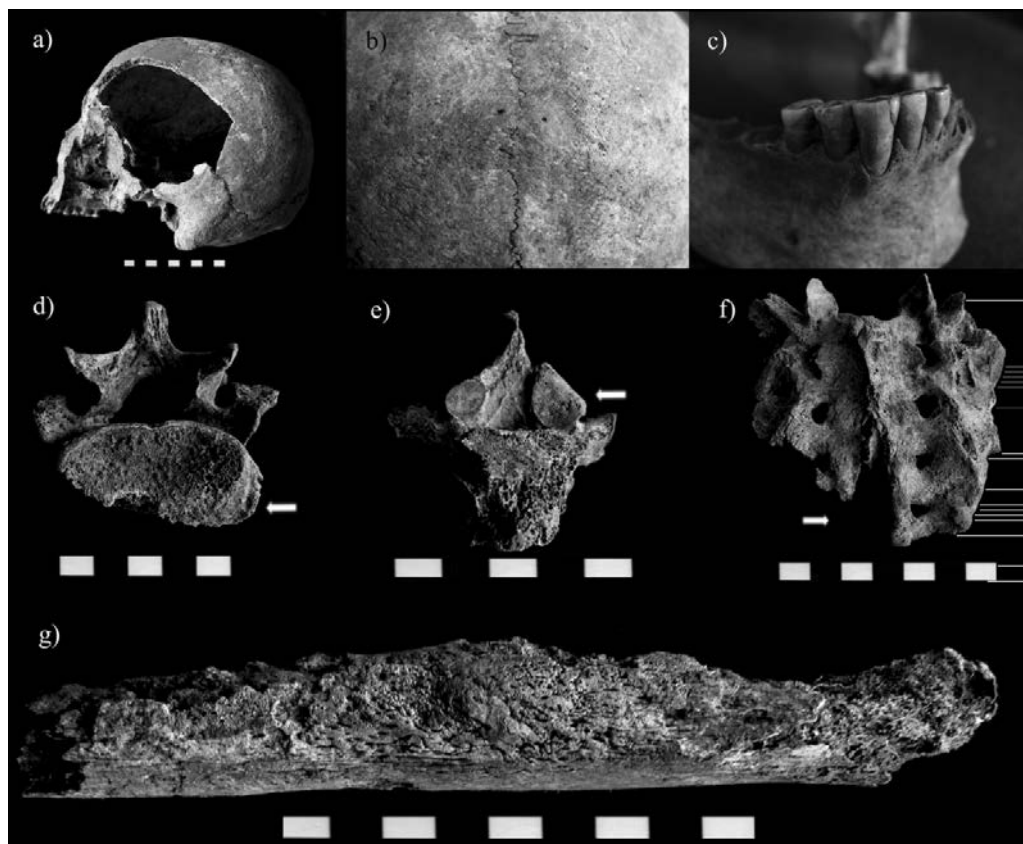


Figura 2. Lesiones registradas en el esqueleto Shamakush Entierro 6. a) vista lateral izquierda del cráneo, con pérdida de tejido óseo; b) parietal derecho e izquierdo con signos de hiperostosis porótica activa; c) desgaste atricional de la dentición; d) osteofitosis moderada de la vértebra lumbar L_5 ; e) labiación de la carilla articular derecha de la segunda vértebra dorsal; f) espina bífida oculta de las vértebras S_3 , S_4 y S_5 ; g) osteítis de la diáfisis de la tibia izquierda

pelvis. En los miembros inferiores se detectaron también labiaciones leves de las carillas articulares distales de ambos fémures (Figura 3f), acompañadas de labiaciones bilaterales leves de las rótulas (Figura 3g). Todos los huesos largos presentan remodelación ósea, con una marcada porosidad, probablemente como resultado de un aumento del proceso de reabsorción. Este tipo de procesos fue observado en forma bilateral en la diáfisis y metáfisis distal del húmero izquierdo (Figura 4a); la metáfisis posterodistal de ambos radios (Figura 4b); el extremo proximal del cúbito derecho (Figura 4c—no pudo evaluarse si el izquierdo presentaba lesiones similares por encontrarse afectado por alteraciones posdeposicionales—); las metáfisis distales de ambos fémures (Figura 4d) y en ambos peronés y tibias (Figuras 4e y 4f). También se observó en ambas clavículas, calcáneos y en la porción superior de ambas crestas ilíacas. Las tibias representan los elementos más afectados, con alteraciones importantes de su morfología normal, con un engrosamiento externo de las diáfisis, particularmente en la tibia izquierda (Figura 4g). Las imágenes radiográficas y tomográficas muestran la desmineralización, adelgazamiento y tunelización de la pared cortical, pérdida de la distinción córtico-medular y rarefacción del tejido trabecular en las metáfisis y epífisis (Figura 4h y 4i). Estos hallazgos sugieren el desarrollo de una enfermedad sistémica, probablemente relacionada con deficiencias metabólicas (ver discusión).

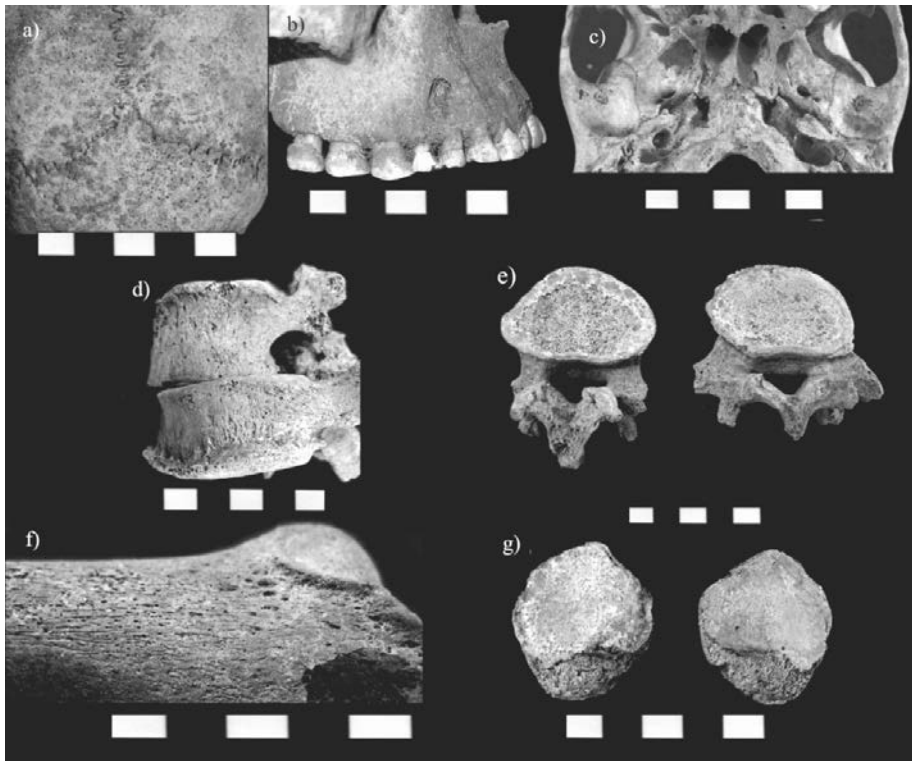


Figura 3. Lesiones registradas en Paiashauaia I. a) Hiperostosis porótica en ambos parietales y occipital; b) desgaste dental con leve retracción alveolar y absceso sobre el PM1; c) lesiones osteoarticulares bilaterales de la articulación temporomandibular; d) osteofitosis leve de las vértebras dorsales T₈₋₉; e) osteofitosis leve de las vértebras lumbares L₄₋₅; f) labiaciones leves de articulares en la epífisis distal del fémur izquierdo; g) leves labiaciones en ambas rótulas

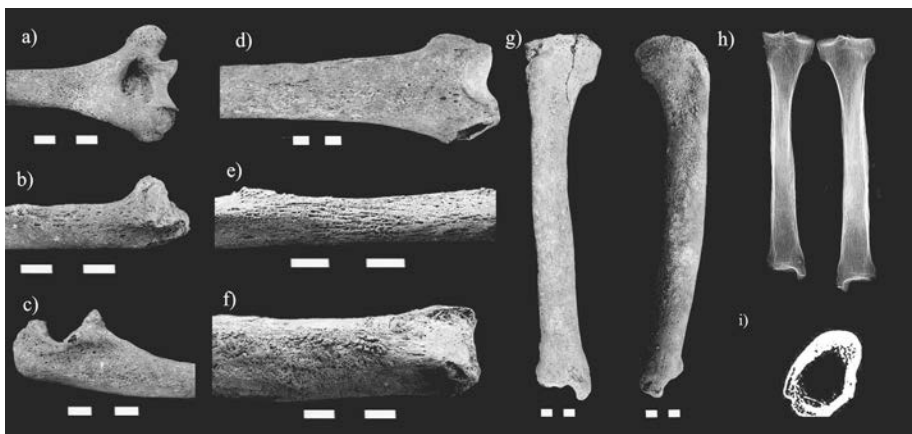


Figura 4. Lesiones de los huesos largos del esqueleto recuperado en Paiashauaia I. Remodelación ósea bilateral con aumento de la porosidad de las metáfisis de a) los húmeros; b) ambos radios y c) metáfisis y diáfisis de los cúbitos; d) las metáfisis distales y diáfisis de ambos fémures, e) las diáfisis de los peronés; y f y g) las diáfisis y metáfisis distales de ambas tibias, con engrosamiento de la diáfisis. h) radiografías de las tibias e i) corte tomográfico de la diáfisis de la tibia izquierda, donde se observan el adelgazamiento y tunelización del tejido cortical

También con un fechado anterior a 1000 años AP, los restos hallados en Imiwaia 2 corresponden a un infante de 0 a 6 meses de edad, según la medición de la longitud de húmeros y clavículas hallados (Fazekas y Kósa 1978) y el grado de fusión de los cuerpos vertebrales y arcos neurales (Buikstra y Ubelaker 1994). No fueron hallados el maxilar y la mandíbula, de manera que la edad no pudo ser ajustada de acuerdo con la erupción dentaria. No se registraron lesiones patológicas que ofrecieran información acerca de su estado de salud y causas de muerte.

Entre los restos humanos que mostraron un fechado radiocarbónico precontacto menor a los 1000 años AP se encuentran los que componen la Capa B del sitio Shamakush Entierro. Se trata de restos mezclados, por lo que en su mayoría los elementos no pudieron ser asignados a un individuo en particular. Sin embargo, se determinó un MLNI de 4 individuos, dos de los cuales son femeninos de entre 35 y 45 años y uno es masculino de 25 a 30 años; los restos del otro individuo corresponden a un niño de 3 a 10 años. Entre los elementos hallados se pudieron identificar algunas lesiones óseas patológicas de interés, aunque no pudieron ser asignadas a un individuo en particular. Uno de los atlas recuperados, perteneciente a un individuo adulto, presentó una posible fractura en el arco anterior (Figura 5a y 5b) en su porción derecha. Aunque esta lesión se encuentra afectada por procesos posdeposicionales, se identificó bajo lupa un proceso remodelatorio que permite sugerir la lesión, así como proponer que el individuo sobrevivió a ella al menos el tiempo suficiente para permitir el comienzo de su recuperación. Este tipo de fracturas que afectan al atlas se conoce como *fractura de Jefferson*, que puede incluir tanto el arco anterior como posterior. Las fracturas del arco posterior, denominadas fracturas de Tipo II, son frecuentes en casos de traumas que producen compresiones externas en el sistema cuello-cabeza (Gebauer *et al.* 2008). Asimismo, la misma vértebra presenta alteraciones morfológicas de la carilla articular inferior derecha de moderada a avanzada evolución. También afectando la columna cervical, una vértebra C₃ presenta osteofitosis de las carillas articulares superiores y la obturación de los forámenes laterales (Figura 5c), en forma completa del izquierdo e incompleta del derecho. Además, se identificó una porosidad del acetábulo de la pelvis correspondiente a uno de los individuos femeninos, probablemente como resultado de un proceso osteoartrosico en su fase inicial. Una vértebra L₅ presenta osteofitos de moderada evolución en su carilla articular inferior (Figura 5d), mientras que las vértebras L₃ y L₄ correspondientes a otro individuo presentan osteofitosis asimétricas de las carillas articulares izquierdas (Figura 5e) y una desviación hacia la izquierda de las apófisis espinosas, lo que podría ser indicador de una leve escoliosis lumbar (Figura 5f).

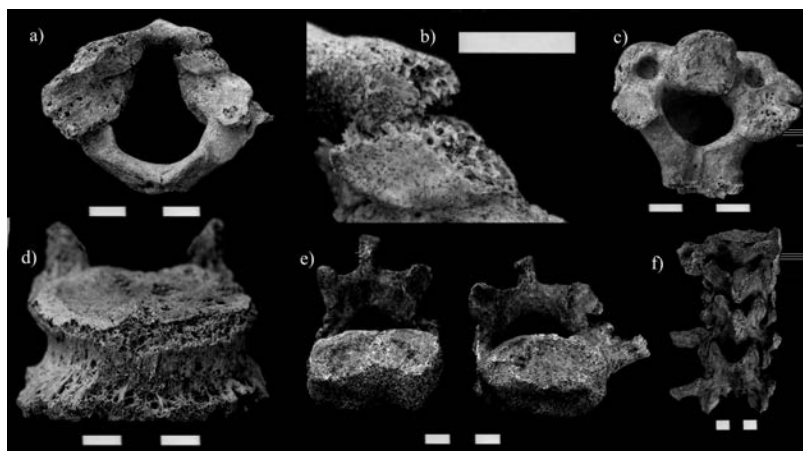


Figura 5. Lesiones registradas en los restos hallados en el sitio Shamakush Entierro Capa B. a y b) Atlas con fractura del arco posterior; c) vértebra cervical C₃, con obturación de los forámenes laterales; d) vértebra L₅ con osteofitosis moderada; e) vértebras L₃ y L₄ con osteofitosis moderada; f) leve escoliosis de la columna lumbar

En el sitio Imiwaia Entierro 1 fueron recuperados restos humanos correspondientes a dos individuos, uno adulto probablemente femenino de 30 a 49 años y un niño de entre 3 y 6 años de edad y sexo indeterminado. Los restos del individuo adulto están representados en su mayoría por elementos del tronco (columna vertebral, costillas, esternón), un fragmento de pelvis, elementos de los miembros superiores, el cráneo, la mandíbula y un fragmento de tibia izquierda. El cráneo se encuentra fracturado post mórtem, con pérdida de material óseo del temporal, arco zigomático, palatino, nasal y esfenoides izquierdos (Figura 6a). Además, se observó una fractura circular de 2,5 cm de circunferencia a la izquierda del *foramen magnum* (Figura 6b), que, por su ubicación, características y coloración de sus contornos, así como por las demás fracturas observadas en el cráneo, parece ser el resultado de procesos posdeposicionales. No se registraron hiperostosis porótica y criba orbitalia, aunque estos procesos podrían estar ocultos por la mala conservación del cráneo. Las piezas dentales mostraron un marcado desgaste atricial, con pérdida dental ante mórtem de las piezas PM1, PM2 y M1 del maxilar inferior derecho (Figura 6c). Las novena y décima vértebras dorsales presentaron ligeras labiaciones marginales en sus cuerpos (Figura 6d). Finalmente, en la pelvis se observaron labiaciones de moderada evolución en el acetábulo, sin porosidad de la articulación coxofemoral (Figura 6e).

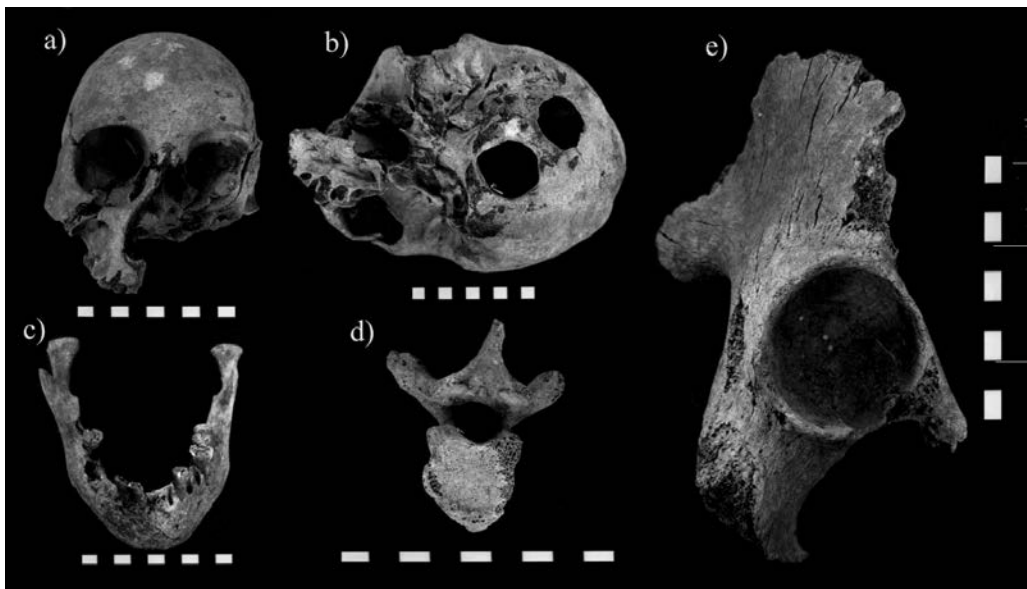


Figura 6. Lesiones identificadas en los restos humanos del individuo adulto recuperado en el sitio Imiwaia
 1. a) vista anterior del cráneo; b) vista inferior del cráneo; c) mandíbula, con pérdidas dentales ante mórtem y desgaste atricial; d) 10a. vértebra dorsal, con labiaciones marginales leves; e) pelvis derecha, con labiaciones moderadas del acetábulo

El esqueleto del niño está representado por una vértebra torácica, un fragmento de vértebra cervical, el arco neural de una vértebra lumbar indeterminada, una clavícula y algunos fragmentos de costillas, elementos en los que no fue posible identificar lesiones de origen patológico. De acuerdo con el patrón de fusión de los arcos neurales y cuerpos vertebrales podría tratarse de un niño de entre 3 y 6 años de edad.

Los restos hallados en el sitio Mischiuen III corresponden a un individuo de 13 a 17 años de edad al momento de la muerte, de sexo indeterminado, fechado en 625 ± 25 años AP (Vila comunicación personal, en Piana *et al.* 2006). Las epífisis de huesos largos y la pelvis aparecen

con fusión incompleta y ausencia de la erupción del tercer molar, del cual se observan ambos gérmenes. Se registró una hiperostosis porótica activa al momento de la muerte en el occipital y ambos parietales (Figura 7a), líneas de hipoplasia del esmalte dental en incisivos y caninos y leve retracción alveolar (Figura 7b). Finalmente, se detectó la presencia de una periostitis leve en la diáfisis de la tibia izquierda (Figura 7c). Aunque habitualmente las periostitis son consideradas signos de procesos infecciosos, son comunes en las tibias como resultado de traumatismos y procesos inflamatorios. En este caso, la escasa evolución de la periostitis y la ausencia de otras lesiones no permiten asegurar que se trate de un proceso infeccioso.

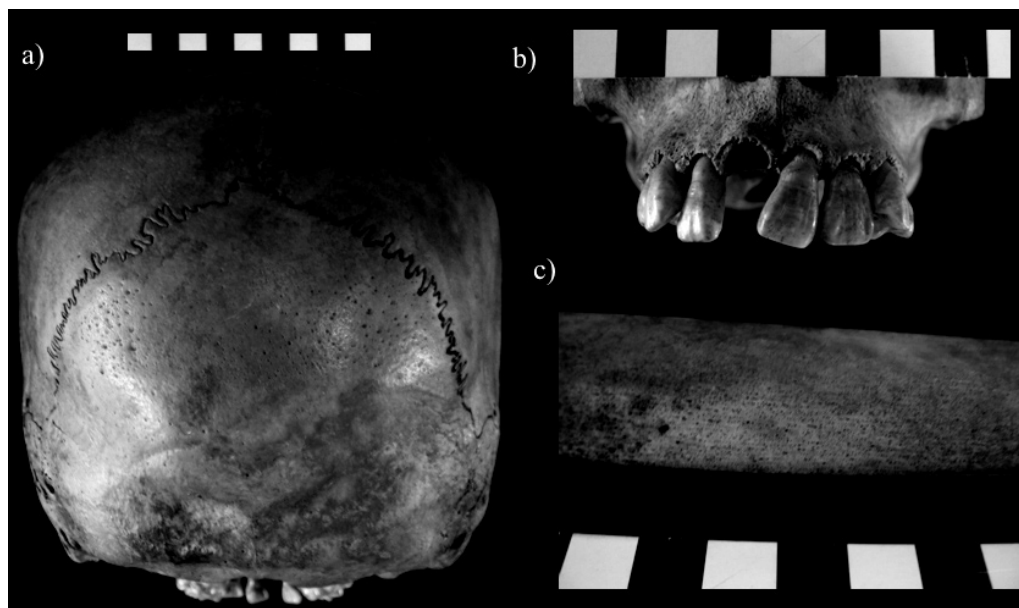


Figura 7. Lesiones en los restos óseos humanos recuperados en el sitio Mischiuen III. a) hiperostosis porótica activa moderada del occipital; b) leves líneas de hipoplasia de los incisivos; c) periostitis en la diáfisis de la tibia izquierda

Los restos humanos hallados en el sitio Acatushún corresponden a un periodo histórico, determinado por la asociación con botones en el entierro. Este esqueleto fue hallado completo, excepto por la ausencia del cráneo, que fue saqueado. Corresponden a un individuo femenino de entre 30 y 40 años de edad al momento de la muerte. Sólo fue registrada en este caso la presencia de lesiones degenerativas articulares en diversos elementos. Signos de osteoartritis fueron identificados en la articulación húmero-escapular de ambos omóplatos, con labiaciones marginales y porosidad de la cavidad glenoidea (Figura 8a). A su vez, se registraron labiaciones bilaterales del extremo proximal de los cúbitos (Figura 8b) y de la cabeza de ambos radios (Figura 8c). También fueron observadas osteofitosis moderadas a severas en todas las vértebras de la columna dorsal y lumbar (Figura 8d y 8e), con espondilolisis de la vértebra lumbar L₅ (Figura 8f). No se encontraron lesiones en los elementos de los miembros inferiores.

Los restos recuperados en el sitio Harberton también pertenecen al período histórico, de acuerdo con su asociación con vidrio. Se trata de un esqueleto casi completo, en buen estado de conservación, perteneciente a un individuo masculino de entre 25 y 35 años de edad. En este caso se registró la presencia de hiperostosis porótica leve remodelada en el cráneo sobre el occipital, ambos parietales y el hueso frontal (Figura 9a). Se observó la pérdida ante mórtem de

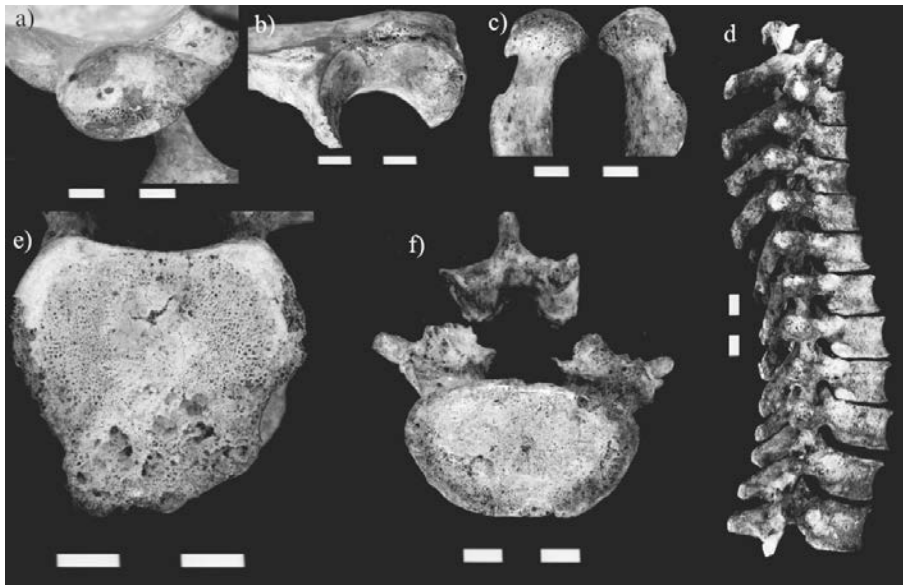


Figura 8. Lesiones óseas del esqueleto del sitio Acatashún. a) labiación de la cavidad glenoidea del omóplato derecho; b) labiaciones de la articulación cúbito-humeral del cúbito derecho; c) labiaciones de la epífisis proximal de ambos radios; d) labiaciones de los cuerpos vertebrales dorsales en su margen anterior; e) osteofitosis de la vértebra dorsal dorsal T₈ con evidencia de proceso remodelatorio intenso en la margen anterior; f) espondilólisis de la vértebra lumbar L₅

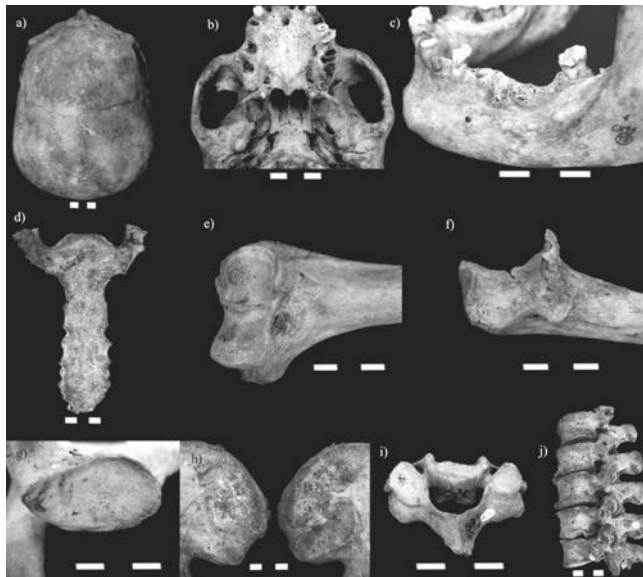


Figura 9. Lesiones de los restos humanos hallados Harberton Cementerio. a) hiperostosis porótica en el cráneo; b) y c) pérdidas dentales y enfermedad periodontal; d) fusión del manubrio y cuerpo esternal con osificación de los cartílagos costales; e) y f) húmero y cúbito derechos con labiaciones y porosidad de la articulación cúbito humeral; g) labiaciones y osteocondrosis de la cavidad glenoidea de la escápula izquierda; h) remodelación subcondral de las articulaciones sacroilíacas; i) porosidad y labiaciones marginales de la carilla articular lateral derecha de la vértebra cervical C₄; j) vértebras T₇ a T₁₁ con labiaciones marginales moderadas de los cuerpos

las piezas dentales M1, M2, M3 superiores derechos, las piezas M2 y M3 superiores izquierdas y las piezas M1 y M2 inferiores izquierdas (Figura 9b y 9c). Los dientes presentes muestran un marcado desgaste atricional. El resto de las lesiones observadas son compatibles con enfermedades degenerativas articulares. Entre ellas se observaron signos de osteoartritis bilateral de las articulaciones temporomandibulares (Figura 9b). El manubrio esternal se encontró fusionado con el esternón, con calcificación bilateral de los cartílagos esternales del primer arco costal (Figura 9d). Se registraron labiaciones moderadas de la articulación cúbito-humeral bilateral (Figura 9e y 9f), labiaciones de la cavidad glenoide de los omóplatos (Figura 9g) y osteoartritis moderadas de ambas articulaciones sacroilíacas sobre la pelvis (Figura 8h). Sobre la columna vertebral se detectó la alteración morfológica de la carilla articular superior izquierda de la vértebra cervical C₄ (Figura 9i) y osteofitosis marginales leves a moderadas de las vértebras torácicas T₇ a T₁₁ (Figura 9j) y lumbares de L₂ a L₅. En general, estos resultados son similares a los reportados por Kozameh y Testa (2004), con excepción de la edad al momento de la muerte, que dichas autoras sitúan alrededor de los 50 años.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los estudios sobre la salud y las enfermedades de las poblaciones del pasado tuvieron un incremento importante durante la pasada década en Argentina, particularmente a partir de un mayor grado de especialización de los análisis y la formación de investigadores específicamente orientados a estas problemáticas (Suby y Guichón 2009a). Estos desarrollos, conjuntamente con la generación de mayor información asociada a algunas de las colecciones óseas y la mayor contextualización de las excavaciones arqueológicas, están permitiendo explorar situaciones generales y particulares acerca de la salud de las poblaciones humanas y sus vinculaciones con distintos factores bioculturales vinculados a la dieta, la movilidad y los ecosistemas de los que formaron parte. Sin embargo, aunque por una parte el mayor grado de información asociada a los hallazgos de restos humanos posibilita abordar preguntas de mayor complejidad, estos estudios requieren en general una mayor calidad de la información asociada a las muestras que el que actualmente está disponible (Guichón y Suby 2006). Un incremento de los estudios radiocarbónicos e isotópicos de los esqueletos que conforman las colecciones y de los cuales se conoce la procedencia será necesario para incrementar las muestras que hagan posible mayores aproximaciones a los cambios de la salud a lo largo del tiempo.

Específicamente en torno a la salud de las poblaciones humanas, es esperable que las variaciones ecológico-evolutivas y socioculturales impliquen cambios en el desarrollo de las enfermedades (Greenspan 2003). En el caso específico de la margen norte del canal Beagle, hasta el momento eran pocos los restos humanos con un alto grado de contextualización que permitieran análisis con cierto grado de profundidad temporal. En este sentido, los estudios presentados en este trabajo permiten incorporar cinco nuevos fechados radiocarbónicos que aumentan la capacidad de lograr exploraciones bioarqueológicas en la región. Sin embargo, el reducido número de las muestras continúa constituyendo una limitación, por lo que los resultados paleopatológicos permiten alcanzar, en el mejor de los casos, tendencias y exploraciones. En este contexto, el estudio de los hallazgos de restos humanos en la margen norte del canal Beagle durante los últimos años permite orientar hipótesis acerca de los cambios en la salud de las poblaciones humanas en el sur de Tierra del Fuego.

En tal sentido, los resultados acerca de la salud alcanzados en este trabajo muestran algunas diferencias temporales. Los restos óseos humanos que fueron fechados entre 1000 y 2000 años AP presentaron, en general, lesiones articulares leves de la región lumbar de la columna y no se registraron signos de estrés mecánico en elementos de los miembros superiores. Estos hallazgos sugieren un moderado esfuerzo mecánico, que no fue suficiente para generar lesiones que pudieran

ser atribuidas a la actividad física, tanto en el individuo masculino como femenino analizados en este período. Por el contrario, las lesiones correspondientes a la porción baja de la columna vertebral podrían deberse más a la edad de los individuos, adultos medios, que a situaciones vinculadas al estilo de vida. Por otra parte, se observaron en este periodo escasos signos de estrés a partir de indicadores no específicos de la salud que puedan ser atribuidos a déficits nutricionales o metabólicos. En este sentido, las lesiones sistémicas asignables a síndromes anémicos, en ausencia de otros tipos de lesiones que puedan ser originadas por causas nutricionales, podrían corresponder al resultado de procesos infecciosos crónicos, como fue postulado para otros sitios de la región (Pérez-Pérez y Lalueza Fox 1992). En relación con el desarrollo de enfermedades infecciosas, el esqueleto de Shamakush Entierro 6 presentó lesiones aparentemente producto de un proceso infeccioso severo en uno de los elementos, aunque no es posible descartar que haya afectado otros huesos por la baja representatividad esquelética.

Como caso particular, el individuo excavado en el sitio Paiashauaia I presenta una serie de lesiones óseas bilaterales, caracterizadas por osteopenia y adelgazamiento del tejido cortical y rarefacción del trabecular, particularmente en los huesos largos. Como parte del diagnóstico diferencial se evaluó en primer lugar la posibilidad de una enfermedad infecciosa sistémica. Dada la bilateralidad y la distribución de las lesiones se consideró inicialmente una treponematosi como posible causa. Sin embargo, el adelgazamiento cortical observado en las imágenes radiográficas no es compatible con estas patologías; por el contrario, se esperaría proliferación ósea, periostitis u osteítis en los huesos largos, los cuales no se observan en este caso. En este sentido, las enfermedades infecciosas sistémicas, específicas o inespecíficas, no parecen explicar la osteopenia y remodelación ósea observadas, más compatibles con una enfermedad sistémica de origen metabólico. La osteoporosis relacionada con la edad podría ser una causa posible, dado que se trata de un individuo femenino de edad media. Sin embargo, resulta poco probable, dado que afectaría particularmente el tejido esponjoso (Silverberg *et al.* 1989; Resnick y Niwayama 1995), mientras en este caso se encuentra más afectado el tejido cortical, con un marcado aumento de la porosidad. En este contexto, entre las patologías metabólicas asociadas a la desmineralización del tejido cortical, el hiperparatiroidismo podría explicar las lesiones observadas. Esta patología es caracterizada por el aumento de liberación de hormona paratiroidea (PTH), la cual actúa aumentando la actividad osteoclástica, particularmente sobre tejido cortical. La discriminación entre hiperparatiroidismo primario (producido por tumores o hiperplasias paratiroideas) o secundario (causado principalmente por fallas renales) resulta compleja (Mays *et al.* 2001). Sin embargo, en el segundo es frecuente el desarrollo de periostitis (Resnick y Niwayama 1995), las cuales no son observadas en este caso. Sin embargo, por el momento sólo podemos mantener este diagnóstico en un nivel de hipótesis, y su profundización podría ser relevante desde un punto de vista paleoepidemiológico dado que, hasta donde conocemos, no se han reportado casos de esta patología en restos óseos de Patagonia y son escasos los reportes en restos humanos arqueológicos (Cook *et al.* 1988; Mays *et al.* 2001; Mays *et al.* 2007).

En el caso de los esqueletos correspondientes a periodos temporales asignables a momentos precontacto y menos de 1000 años AP no se observaron signos de estrés sistémico tanto presumibles de patologías infecciosas como nutricionales-metabólicas. Respecto de lesiones óseas relacionadas con el estilo de vida, en estos casos sólo se observaron lesiones articulares leves de la región lumbar de la columna vertebral, probablemente también vinculadas a procesos degenerativos asociados a la edad de los individuos. Como hallazgo particular de importancia casuística, se observó un caso probable de un tipo de fractura del atlas no reportada anteriormente en Patagonia.

Finalmente, en los esqueletos correspondientes a momentos posteriores al contacto aborígen-europeo se observó el desarrollo de lesiones articulares en elementos de los miembros superiores y de la región dorsal y lumbar de la columna vertebral, uno de ellos con la presencia de una fractura del arco neural de la última vértebra lumbar (espondilolisis). Estos hallazgos muestran mayor evolución de procesos degenerativos articulares que los observados en los esqueletos de

enterratorios correspondientes a momentos previos al contacto. Las lesiones halladas en la columna vertebral también presentan una mayor evolución a la observada en esqueletos de momentos previos al contacto, aún cuando los primeros corresponden a individuos con menor edad al momento de la muerte. A su vez, uno de los individuos, el recuperado en el sitio Harberton Cementerio, presentó un elevado nivel de estrés bucal y sistémico. En este sentido, los restos correspondientes a este periodo muestran lesiones óseas que bien podrían ser vinculadas con situaciones de estrés relacionado con un mayor desarrollo de la actividad física, que involucra tanto a los miembros superiores como a la región media y baja de la columna vertebral. Como ha sido planteado a partir de fuentes históricas (Guichón *et al.* 2006; Casali *et al.* 2006), el periodo posterior al inicio del proceso de contacto en Tierra del Fuego implica un potencial cambio biológico y cultural para las poblaciones aborígenes, la inclusión de individuos nativos a las misiones y las estancias, así como la reducción y modificación de los recursos disponibles. En este contexto, los mayores indicadores de enfermedades degenerativas articulares en los esqueletos estudiados pueden evidenciar situaciones de mayor estrés del sistema musculoesquelético asociado a cambios en los patrones de actividad física, particularmente en el esqueleto axial y en los miembros superiores. Por el contrario, en estos casos no se encontraron lesiones atribuidas a procesos infecciosos.

Por el momento, los resultados observados permiten sostener algunas de las hipótesis que consideramos orientadoras al inicio de este trabajo. Por un lado, se observa una tendencia a un mayor desarrollo de lesiones articulares de la región media y baja de la columna dorsal en periodos posteriores al contacto, así como un mayor grado de lesiones articulares vinculadas a los miembros superiores. En este sentido, se apoya la idea de un cambio en los niveles de estrés mecánico en situaciones posteriores al contacto. Del mismo modo, los resultados parecen sugerir un mayor desarrollo de lesiones asociadas a situaciones de estrés nutricional en los esqueletos de contextos poscontacto. De la misma manera, en otros contextos en el norte y en el extremo suroriental de Tierra del Fuego (Suby 2009b; García Laborde *et al.* 2010; Santiago *et al.* 2011; Tessone *et al.* 2011) se han observado mayores indicios de estrés nutricional-metabólico en momentos posteriores al contacto. Por el contrario, no se encontraron en estos individuos lesiones indicativas de patologías infecciosas, que sí fueron observadas en uno de los individuos de momentos previos al contacto. En tal sentido, las observaciones contradicen las expectativas planteadas inicialmente, aunque la ausencia de lesiones no descarta la posibilidad de infecciones que no hayan dejado registro en el esqueleto, ya sea por el desarrollo agudo de la enfermedad (Wood *et al.* 1992; Ortner 2003) o por la baja representatividad que algunas enfermedades infecciosas dejan en el esqueleto, como el caso de la tuberculosis (Aufderheide y Rodríguez Martín 1998). Hasta el momento, no han sido hallados restos óseos humanos en la región del canal Beagle que puedan ser atribuidos a periodos próximos al inicio del proceso de poblamiento de la región³ por cazadores-recolectores con tecnología marítima, que según Orquera y Piana (2009) se habría iniciado al menos hace 6400 AP; por lo tanto, no es posible por el momento contar con evidencias bioarqueológicas acerca de la salud de las poblaciones humanas en esos momentos que permitan ajustar las expectativas iniciales propuestas.

Las interpretaciones alcanzadas deben, por lo tanto, ser tomadas con cautela, dado el reducido número de individuos estudiado, que no permite alcanzar mayores conclusiones respecto del impacto de las enfermedades y la actividad física en diferentes momentos en el canal Beagle. Sin embargo, los resultados orientan futuros análisis a partir de nuevos hallazgos que, junto con estudios realizados en otras regiones, permitirán ampliar nuestro conocimiento acerca de los procesos de cambio en la salud de las poblaciones humanas en Tierra del Fuego.

Fecha de recepción: 08/11/2010

Fecha de aceptación: 23/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Los trabajos fueron financiados por los subsidios PICT 01520 (otorgado al Dr. R. Guichón) y PICT 0385 (otorgado a J. A. Suby). Agradecemos especialmente a la Dra. Sheila Mendonça de Souza por sus aportes al estudio de los restos correspondientes al sitio Paiashauaia 1 y a los Dres. Sebastián Constantino y Carlos Capiel (Instituto Radiológico Mar del Plata) por su colaboración en la toma y análisis de imágenes radiográficas y tomográficas. A Timothy Jull y al Laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona (Arizona AMS Laboratory-NSF, USA) por donar los fechados radiocarbónicos presentados en este trabajo. Agradecemos a las Dras. Silvia Dahinten y Mariana Fabra, por los valiosos comentarios realizados durante la evaluación de este trabajo.

NOTAS

- ¹ La pleuresía puede producirse como resultado de inflamaciones o infecciones pulmonares, como pulmonía o tuberculosis. Recientemente, Guichón *et al.* (2009) comunicaron la identificación de tuberculosis en un esqueleto del norte de Tierra del Fuego, que podría corresponder a periodos previos al contacto aborígen-europeo.
- ² Las características de este sitio, las circunstancias de su hallazgo y la interpretación del entierro han sido descritas en trabajos anteriores (Piana *et al.* 2006; Vázquez *et al.* 2007; Álvarez *et al.* 2008).
- ³ Los hallazgos más antiguos en la región corresponden a un diente decíduo con evidencias de desgaste atricial y datos de lactancia recuperado en el sitio Imiwaia 1 y fechado en 5800 AP aprox. (Macchiarelli *et al.* 2006). Por otro lado, un diente adulto calcinado fue hallado en Lomada Alta Olivia, fechado en 5600 años AP aprox. (Macchiarelli *et al.* 2006).

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, B. y L. Konigsberg
2004. Estimation of the most likely number of individuals from commingled human skeletal remains. *American Journal of Physical Anthropology* 125: 138-151.
- Albero, M. C., F. E. Angiolini y E. L. Piana
1986. Discordant ages related to reservoir effect of associated archaeological remains from Tunel site (Beagle Channel, Argentine Republic). *Radiocarbon* 28 (2): 748-753.
- Albero, M. C., F. E. Angiolini y E. L. Piana
1988. Holocene ¹⁴C reservoir effects at Beagle Channel (Tierra del Fuego, Argentine Republic). *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 5: 59-71.
- Álvarez, M., M. Vázquez y E. L. Piana
2008. Prácticas mortuorias entre los cazadores-recolectores del canal Beagle: el caso de Shamakush Entierro. *Magallania* 38: 107-124.
- Aspillaga, E., M. Castro, M. Rodríguez y C. Ocampo
2006. Paleopatología y estilo de vida: el ejemplo de los Chonos. *Magallania* 34 (1): 77-85.
- Aspillaga, E. y C. Ocampo
1996. Restos óseos humanos de la Isla Karukinka (Seno Almirantazgo, Tierra Del Fuego) Informe preliminar. *Anales del Instituto de la Patagonia (Serie Ciencias Humanas)* 24: 153-161.
- Aspillaga, E., C. Ocampo y P. Rivas
1999. Restos óseos humanos de contextos arqueológicos del área de Navarino: indicadores de estilo de vida en indígenas canoeros. *Anales del Instituto de la Patagonia (Serie Ciencias Humanas)* 26: 123-136.

- Aufderheide, A. y C. R. Martín
1998. *The Cambridge encyclopedia of human paleopathology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Barberena, R.
2002. *Los límites del mar*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Borrero, L. A.
1991. *Los selk'nam (Onas). Su evolución cultural*. Buenos Aires, Búsqueda-Yuchán.
2001. *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*. Buenos Aires, Emecé.
- Borrero, L. A. y R. Barberena
2006. Hunter-gatherer home ranges and marine resources. An archaeological case from Southern Patagonia. *Current Anthropology* 47 (5): 855-867.
- Buikstra, J. y D. Ubelaker
1994. *Standars for data collection from human skeletal remains*. Arkansas. Arkansas Archaeological Survey Research Series N° 44, Fayetteville.
- Campillo, D.
2001. *Introducción a la paleopatología*. Barcelona, Bellaterra Arqueología.
- Casali, R., M. Fugassa y R. A. Guichón
2006. Aproximación epidemiológica al proceso de contacto interétnico en el norte de Tierra del Fuego. *Magallania* 34 (1): 141-155.
- Castro, M. y E. Aspillaga
1991. Fuegian paleopathology. *Antropología Biológica* 1: 1-13.
- Cook, M., E. Molto y C. Anderson
1988. Possible case of hyperparathyroidism in a Roman period skeleton from the Dakhleh Oasis, Egypt, diagnosed using bone histomorphometry. *American Journal of Physical Anthropology* 75: 23-30.
- Fazekas, I. y K. Kósa
1978. *Forensic fetal osteology*. Budapest, Hungary Akademiai Kiado Publishers.
- García Laborde, P., J. A. Suby, R. A. Guichón y R. Casali
2010. El Antiguo cementerio de la Misión de Río Grande, Tierra Del fuego. Primeros resultados sobre patologías nutricionales-metabólicas e infecciosas. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 12 (1): 57-69.
- García Laborde, P., J. Suby; R. Guichón, N. Velázquez, L. Burry, P. Palacio, M. Segura y A. Ibáñez
2009. El cementerio de la antigua misión salesiana "La Candelaria" (Tierra del Fuego, Argentina). Campaña 2009. En J. A. Suby y R. A. Guichón (eds.), *Puentes y transiciones*: 89. Quequén, Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana.
- García Guraieb, S.
2006. Salud y enfermedad en cazadores-recolectores del Holoceno tardío en la cuenca del Lago Salitroso (Santa Cruz). *Intersecciones en Antropología* 7: 37-48.
- Gebauer M., N. Goetzen, F. Barvencik, F. Beil, M. Rupprecht, J. Rueger, K. Püschel, M. Morlock y M. Amling
2008. Biomechanical analysis of atlas fractures. A study on 40 human atlas specimens. *Spine* 33 (7): 766-770.
- Greemblatt, C.
2003. An overview: how infection began and became disease. En C. L. Greemblatt y M. Spigelman (eds.),

Archaeology, Ecology and Evolution of infectious disease: 3-12. Nueva York, Oxford University Press.

Guichón, R. A.

1994. Antropología física de Tierra del Fuego. Caracterización biológica de las poblaciones prehispánicas. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Guichón, R. A. y J. A. Suby

2006. La colección del Museo de Historia Natural de Londres correspondientes a restos óseos humanos de Patagonia Austral. *Magallania* 34 (2): 47-56.

Guichón, R. A., J. A. Suby, R. Casali y M. Fugassa

2006. Health at the time of native-european contact in Southern Patagonia. *Memorias do Instituto Oswaldo Cruz* 101 (Supl. II): 97-105.

Gusinde, M.

1986. *Los indios de Tierra del Fuego. Los yámana*. Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana.

Hernández, M., C. Lalueza Fox y C. García-Moro

1997. Fuegian cranial morphology: The adaptation to a cold, harsh environment. *American Journal of Physical Anthropology* 103 (1): 103-117.

Hyades, P. y J. Deniker

1891. Mission scientifique du Cap Horn (1882-1883). *Antropologie et Ethnographie* vol. VII. París, Gauthier-Villard et fils, T. VII, 338-380.

Isçan, M.; S Loth y R. Wright

1984. Metamorphosis at the sternal rib end: a new method to estimate age at death in white males. *American Journal of Physical Anthropology* 65 (2): 147-156.

Kozameh, L.

1993. Patrones de abrasión dentaria en dos poblaciones prehistóricas argentinas. *Boletín de la Sociedad Española de Antropología Biológica* 14: 81-104.

Kozameh, L. y N. Testa

2004. Tierra del Fuego. Un poblador tardío del Canal Beagle. Análisis esquelético y dentario. En M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guraieb (eds.), *Contra Viento y Marea. Arqueología de la Patagonia*: 733-744. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Lovejoy, C. O., R. Meindl, T. R. Pryzbeck y R. P. Mensforth

1985. Chronological metamorphosis of the auricular surface of the ilium: A new method for the Determination of adult skeletal age at death. *American Journal of Physical Anthropology* 68 (1): 15-28.

Macchiarelli R., L. Bondioli, A. Mazurier, G. Merceron y E. L. Piana

2006. The oldest human remain from the Beagle Channel region, Tierra del Fuego. *International Journal of Osteoarchaeology* 15 (1): 1-10.

Mays, S., J. Rogers y I. Watt

2001. A possible case of hyperparathyroidism in a burial of 15-17th Century AD date from Wharram Percy, England. *International Journal of Osteoarchaeology* 11 (5): 329-335.

Mays, S., M. Brickley y R. Ives

2007. Skeletal evidence for hyperparathyroidism in a 19th Century child with rickets. *International Journal of Osteoarchaeology* 17 (1): 73-81.

- Miller, E., B. Ragsdale y D. Ortner
1996. Accuracy in dry bone diagnosis: a comment on paleopathological methods. *International Journal of Osteoarchaeology* 6 (3): 221-229.
- Orquera, L. A.
2005. Mid-holocene littoral adaptation at the southern end of South America. *Quaternary Internacional* 132 (1): 107-115.
- Orquera, L. A. y E. L. Piana
1999. *La vida material y social de los yámana*. Buenos Aires, Eudeba.
2009. Sea nomads of the Beagle Channel in Southernmost South America: over six thousand years of coastal adaptation and stability. *Journal of Island & Coastal Archaeology* 4 (1): 61-81.
- Ortner, D.
2003. *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Nueva York, Elsevier Science/Academic Press.
- Panarello, H., A. F. Zangrando, A. Tessone, L. Kozameh y N. Testa
2006. Análisis comparativo de paleodietas humanas entre la región del Canal Beagle y Península Mitre: perspectivas desde los isótopos estables. *Magallania* 34 (2): 37-46.
- Pérez-Pérez, A. y C. Lalueza Fox
1992. Indicadores de presión ambiental en aborígenes de Fuego-Patagonia. Reflejo de la adaptación a un ambiente adverso. *Anales del Instituto de la Patagonia (Serie Ciencias Humanas)* 21: 99-108.
- Piana, E. L., A. Tessone y A. F. Zangrando
2006. Contextos mortuorios en la región del canal Beagle... del hallazgo fortuito a la búsqueda sistemática. *Magallania* 34 (1): 103-117.
- Resnick, D. y G. Niwayama
1995. *Diagnosis of bone and joint disorders*. Londres, W. B. Saunders.
- Rodríguez, M., E. Aspillaga y B. Arensburg
2007. El estudio bioantropológico de las colecciones esqueléticas del archipiélago de Chiloé: perspectivas y limitaciones. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 269-278. Punta Arenas, CEQUA.
- Santiago, F., M. Salemme, J. A. Suby y R. A. Guichón
2011. Restos óseos humanos en el norte de Tierra del Fuego, Aspectos contextuales, dietarios y paleopatológicos. *Intersecciones en Antropología* 12: 147-162.
- Schinder, G. y R. A. Guichón
2003. Isótopos estables y estilo de vida en muestras óseas humanas de Tierra del Fuego. *Anales del Instituto de la Patagonia (Serie Ciencias Humanas)* 31: 33-44.
- Silverberg, S., E. Shane, L. De la Cruz, D. Dempster, F. Feldman, D. Seldin, T. Jacobs, E. Siris, M. Cafferty, M. Parisien, R. Lindsay, T. Clemens y J. Bilezikian
1989. Skeletal disease in primary hyperparathyroidism. *Journal of Bone and Mineral Research* 4 (3): 283-291.
- Suby, J. A.
2009a. Perspectivas paleopatológicas durante el poblamiento de Patagonia Austral. Posibilidades y limitaciones. *Actas de las VI Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 109-118. Ushuaia.
2009b. Osteofitosis vertebral y nódulos de Schmorl en restos óseos humanos de Patagonia Austral. En

J. A. Suby y R. A. Guichón (eds.), *Puentes y transiciones*: 71. Quequén, Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana.

Suby, J. A. y R. A. Guichón

2009a. Algunas consideraciones acerca de la Paleopatología en Argentina durante los primeros años del siglo XXI. *Libros de resúmenes de las IX Jornadas Nacionales de Antropología Biológica*: 60. Puerto Madryn.

2009b. Diet, nutrition and Paleopathology in Southern Patagonia. Some experiences and perspectives. *International Journal of Osteoarchaeology* 19 (2): 328-336.

Suby, J. A., R. A. Guichón y A. F. Zangrando

2010. El registro biológico humano de la costa meridional de Santa Cruz. Primeros resultados. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 11 (1): 109-124.

Tessone, A., A. F. Zangrando, S. Valencio y H. Panarello

2003. Análisis de isótopos estables en restos óseos humanos en la región del canal Beagle (Isla Grande de Tierra del Fuego). *Revista Argentina de Antropología Biológica* 5 (2): 33-43.

Tessone, A., R. Guichón, J. A. Suby y L. Kozameh

2011. Bioarqueología de Península Mitre. En A. Zangrando, M. Vázquez y A. Tessone (comps.), *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados*. Sociedad Argentina de Antropología, Colección Publicaciones. En prensa.

Ubelaker, D.

1989. *Human skeletal remains: Excavation, analysis and interpretation*. Washington DC, Taraxacum Press.

Vázquez, M., M. Álvarez y E. Piana

2007. Variabilidad en las prácticas mortuorias entre los cazadores-recolectores del Canal Beagle: el caso de Shamakush Enterratorio. *Revista Pacarina (Número especial)*: 79-85.

Vila M, A., O. Vicente, O. De Castro, A. Casas, J. Estévez, J. A. Barceló y L. Mameli

2002. Informe de la campaña de excavaciones inserta en el proyecto "Sociedad y Ritual de los últimos cazadores-recolectores del canal Beagle (Tierra del Fuego, Argentina) (directora Dra. Asunción Vila Mitja)". España, Ministerio de Educación y Cultura.

Wood, J., G. Millner, H. Harpending y K. Weiss

1992. The osteological paradox. Problems of inferring prehistoric health from skeletal samples. *Current Anthropology* 33 (4): 343-369.

Zangrando, A. F., A. Tessone, S. Valencia, H. Panarello, E. Mansur y M. Salemmé

2004. Isótopos estables y dietas humanas en ambientes costeros. En J. Calleja, M. Ortega y M. Edreira Sánchez (eds.), *Avances en Arqueometría*: 91-97. Cádiz, Universidad de Cádiz (Servicio de Publicaciones).

APUNTES SOBRE LA ALIMENTACIÓN EN NOMBRE DE JESÚS (ESTRECHO DE MAGALLANES, SIGLO XVI)

Mariana E. De Nigris* y María Ximena Senatore**

RESUMEN

En este trabajo se presentan los resultados de los estudios zooarqueológicos realizados en el poblado de Nombre de Jesús (cabo Vírgenes, provincia de Santa Cruz, Argentina) establecido como parte del proyecto español de fortificación del Estrecho Magallanes a fines del siglo XVI. Desde el comienzo, las condiciones de vida fueron extremas para los colonos debido a la escasez de provisiones, la falta de conocimiento del ambiente circundante y la ausencia de comunicación con la metrópoli. En este contexto particular nos interesa observar, a través del estudio de los restos de fauna, las respuestas diversas de los pobladores en áreas marginales de la colonización española en América. Los resultados obtenidos señalan que desde el primer momento toda fuente nutritiva fue aprovechada, y que de esta forma se inició un proceso de reemplazo del modelo de alimentación europeo preestablecido. No obstante, esta estrategia no fue suficiente para lograr la supervivencia.

Palabras clave: colonialismo español – zooarqueología – Sur de Patagonia – escasez – aislamiento.

ABSTRACT

This study presents the results of zooarchaeological investigations undertaken at the settlement of Nombre de Jesús (Cape Virgenes, Santa Cruz Province, Argentina) established as part of a Spanish project to fortify the Magellan Straits at the end of the Sixteenth Century. From the beginning living condition for the colonists were extreme given the scarcity of provisions,

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, 3 de Febrero 1370, C1426 BJN, Ciudad de Buenos Aires. E-mail: marianadenigris@yahoo.com.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Universidad de Buenos Aires. Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. Saavedra 15, 5° piso, C1083ACA, Ciudad de Buenos Aires. E-mail: mxsenatore@conicet.gov.ar

the lack of knowledge of the surrounding environment and the absence of communication with the Metropolis. In this particular context we are interested in observing, via the study of faunal remains, the diverse responses by populations in marginal areas of the Spanish colonization of America. The results obtained serve to show that from a first instance all nutritional sources were exploited, initiating in this manner a process of replacement of the pre-established European model of nutrition. Nevertheless, this strategy was not enough to ensure survival.

Keywords: *Spanish colonialism – zooarchaeology – South Patagonia – scarcity – isolation.*

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es presentar los resultados de los estudios zooarqueológicos realizados sobre las muestras óseas obtenidas en las primeras excavaciones sistemáticas realizadas en la localidad de Nombre de Jesús, cabo Vírgenes, actual provincia de Santa Cruz, Argentina (Figura 1). Dicho sitio corresponde a los restos de uno de los poblados asentados por la Corona española en el marco de un proyecto de fortificación del Estrecho de Magallanes a fines del siglo XVI.

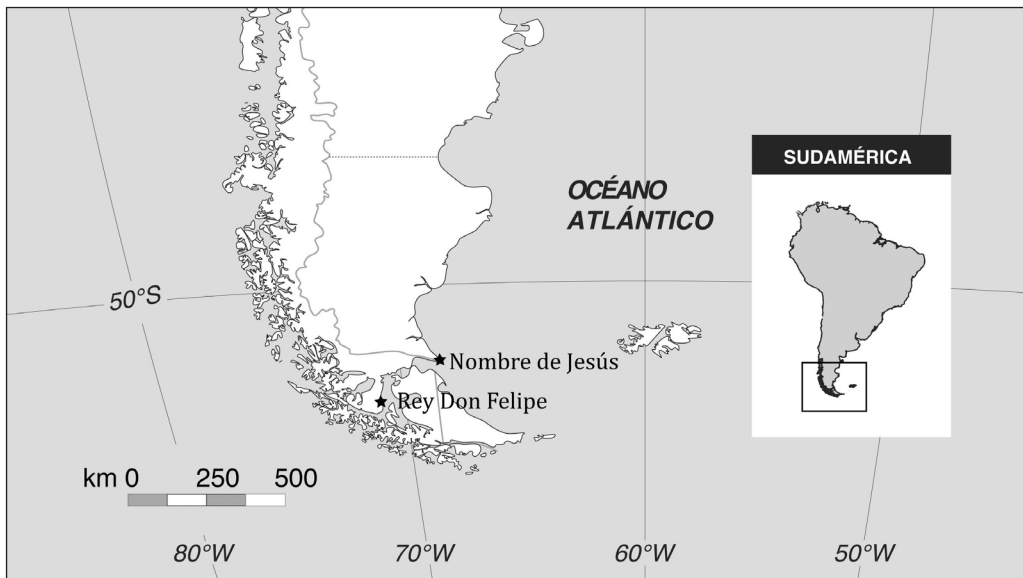


Figura 1. Localización de Nombre de Jesús y Rey Don Felipe

Nombre de Jesús podría sumarse a la lista de asentamientos españoles en América que, especialmente en los primeros tiempos de la colonización –siglos XV y XVI–, no prosperaron. En términos generales, se considera que la mayor parte de los fracasos se debieron a la escasez de las provisiones traídas, al desconocimiento de nuevas realidades alimentarias y a la poca o nula comunicación con la metrópoli (Piqueras 1989, 1998). Dichos factores no fueron ajenos a la realidad de los colonos del Estrecho de Magallanes. En este trabajo nos interesa ir más allá de estos denominadores comunes en la colonización española en América; y planteamos entonces el aislamiento, la escasez de víveres y el desconocimiento del medio ambiente como determinantes de las condiciones iniciales de Nombre de Jesús, y exploramos las particularidades del caso teniendo en cuenta que estos contextos pueden generar respuestas heterogéneas.

Nuestra mirada busca entonces conocer la diversidad de experiencias involucradas en las grandes y ambiciosas empresas colonizadoras, atendiendo a las peculiaridades de un caso analítico concreto como el de Nombre de Jesús. En este marco, consideramos que el estudio de la alimentación es una línea que nos permite relacionar las condiciones iniciales citadas y las experiencias cotidianas del grupo poblador.

En las empresas colonizadoras del siglo XVI, la Corona pautaba, mediante el sistema de raciones, qué se comía, cuánto, cuándo y por quiénes. No existían grandes variantes dentro de un esquema básico que se implementaba de forma centralizada por parte de los funcionarios a cargo de cada empresa. Ahora bien, ¿qué puede esperarse cuando es imposible llevar a la práctica este esquema, como en Nombre de Jesús, donde la escasez de víveres, el aislamiento y el desconocimiento del ambiente marcaron su punto de partida? Desde estos interrogantes se plantea el análisis de la evidencia arqueológica.

LA HISTORIA CONOCIDA DE NOMBRE DE JESÚS

La historia de las poblaciones fundadas en el Estrecho ha sido descrita en numerosos textos históricos y arqueológicos (Pastells 1920; Rosenblat 1950; Ortiz Troncoso 1970, 1971a, 1971b; Destefani 1976; Barros 1978, 1991; Martinic 1978, 1983; Sarabia Viejo 1988; Fernández 1990; Nussio Díaz 2001; Senatore *et al.* 2007; De Nigris y Senatore 2008; Senatore 2008; Suby *et al.* 2009; De Nigris *et al.* 2010; entre otros), por lo cual no abundaremos en detalles aquí. Simplemente destacaremos ciertos aspectos que hacen a la casuística de la Ciudad de Nombre de Jesús, que ayudarán a entender el porqué de su trágico sino.

En el marco del proyecto de fortificación del Estrecho de Magallanes, un contingente poblador de 2.400 personas a bordo de 23 naves partió en 1581 de San Lúcar de Barrameda, España. Después de grandes avatares en la travesía desembarcaron en 1584, en las costas patagónicas, alrededor de 340 personas, quedando un único navío útil con ellos.

Un primer poblado llamado Ciudad del Nombre de Jesús se fundó a comienzos de febrero, y un mes después, un grupo de 94 soldados bajo el mando de Sarmiento de Gamboa, gobernador de las poblaciones, inició un viaje por tierra a pie en dirección oeste con el propósito de fundar el segundo poblado, la ciudad del Rey Don Felipe, cuyo emplazamiento se sitúa a 200 km del primero, en la actualidad en territorio chileno. Sarmiento de Gamboa permaneció en ese poblado hasta fines de mayo de 1584, cuando decidió emprender su partida en la embarcación que había quedado con el fin de solicitar ayuda para los pobladores y soldados allí establecidos. Por diversos factores, el gobernador no pudo retornar nunca a las poblaciones que había fundado en el Estrecho (Pastells 1920; Rosenblat 1950; Barros 1978; Martinic 1983; Sarabia Viejo 1988; Nussio Díaz 2001; Benítez 2004, entre otros).

Tres años después del establecimiento de las ciudades, en enero de 1587, una nave inglesa bajo el mando de Thomas Cavendish encontró a menos de veinte sobrevivientes y embarcó sólo a uno de ellos, llamado Tomé Hernández. Este soldado escapó al tocar el primer puerto español sobre el Pacífico, e hizo su primera declaración oficial ante las autoridades españolas sobre lo ocurrido en los asentamientos del Estrecho¹ (Rosenblat 1950; Barros 1978). En su relato cuenta que, al momento de ser embarcado, sólo alrededor de veinte personas permanecían con vida. Tomé mencionó que la escasez de víveres, las dificultades para obtener alimentos, la adversidad del clima y la hostilidad de los grupos indígenas llevaron a los pobladores a la muerte. Al momento de ser embarcado por Cavendish, unos pocos permanecían con vida “[...] quince hombres y tres mujeres porque los demás habían muerto de hambre y enfermedades que les sobrevino por la aspereza de la tierra y esterilidad de ella [...]” (Rosenblat 1950:378)². El desenlace trágico de la historia es reproducido en los relatos de los capitanes ingleses que a fines del siglo XVI visitaron la Ciudad de Rey Don Felipe y la denominaron “Puerto Hambre”, nombre que perdura en la cartografía y toponimia desde la visita de Thomas Cavendish hasta la actualidad.

De lo anteriormente expuesto se desprende que las narrativas históricas que refieren a la vida cotidiana en la ciudad del Nombre de Jesús se limitan a los relatos de Sarmiento de Gamboa, es decir que abarcan solamente los tres primeros meses posteriores a su fundación. La declaración del único sobreviviente, Tomé Hernández, extiende el relato por tres años, aunque si bien éste sugiere movimientos constantes entre ambos poblados, se refiere en mayor medida a la población de Rey Don Felipe.

LA ALIMENTACIÓN EN LAS EMPRESAS COLONIALES ESPAÑOLAS

La *planificación y estandarización* son aspectos que caracterizan a la alimentación en las empresas colonizadoras españolas a fines del siglo XVI. La ración de alimentos se estipulaba de acuerdo con pautas establecidas por la Casa de la Contratación en Sevilla (Pérez-Mallafra Bueno 1992). Esto se hacía previamente a la salida de los barcos, sobre la base de guías de referencia que establecían productos, cantidades y su frecuencia semanal (Hamilton 1929; Haring 1979; Mena García 2003). El contenido de las raciones era prácticamente similar para todas las empresas, que para el siglo XVI incluía generalmente bizcocho ordinario, vino, carne salada, pescado salado, menestra, arroz, queso, aceite, vinagre y agua; contemplaban cuatro días de pescado y tres de carne a la semana y un día de queso, que no siempre se respetaba. Para los enfermos, la ración incluía alimentos especiales, ya que se creía en las dotes terapéuticas de la comida (Mena García 2003).

El estado de necesidad inicial de los pobladores del Estrecho es un tema recurrente en los documentos históricos generados por los propios protagonistas del proyecto de fortificación. Tanto Sarmiento de Gamboa en sus cartas y relaciones como Tomé Hernández en su declaración refieren a los escasos víveres que fueron dejados para la supervivencia de los pobladores.

Esta realidad se refleja formalmente en los documentos administrativos contemporáneos al proyecto de fortificación del Estrecho. Como parte de los procedimientos de control propios de las empresas coloniales se registra la cantidad y variedad de los víveres y bastimentos dejados en el momento del desembarco de los pobladores y soldados. A partir de estos documentos conocemos la estructura de la ración de alimentos con la que contaban para las primeras jornadas. Los tipos de alimentos que se mencionan son bizcocho o harina, vino, vinagre, carne salada, tocino, atún, aceite, vinagre, habas y garbanzos, arroz blanco, arroz para sembrar, sal, habas, maíz, queso³. Es decir que, de acuerdo con la ración establecida, los víveres alcanzarían sólo para algunos meses. La toma de conciencia sobre este aspecto consta en ciertos documentos que especifican lo “que es menester” abastecer para las personas del Estrecho. En ellos se reiteran las mismas categorías de alimentos y se agregan “semillas de todos los géneros” y “algunas terneras, yeguas y ovejas”⁴.

De esta forma, la Corona establecía pautas que respondían a un esquema básico para la alimentación. Sin embargo, en determinados casos, como el de Nombre de Jesús, este esquema no pudo ser llevado a la práctica, porque la escasez de víveres, el aislamiento y el desconocimiento del ambiente marcaron su punto de partida. ¿Qué puede esperarse para este caso, considerando las limitaciones impuestas por estas condiciones iniciales? A través de la evidencia zooarqueológica recuperada abordaremos la problemática de la alimentación en Nombre de Jesús para comenzar a responder estos interrogantes.

LAS MUESTRAS ARQUEOLÓGICAS

Las muestras óseas analizadas provienen de las primeras excavaciones sistemáticas realizadas en Nombre de Jesús. Estos trabajos cubren un área de aproximadamente 20 m² y confirman la localización de la ciudad en el valle de las Fuentes (Senatore *et al.* 2007).

A partir del relevamiento topográfico y del estudio de perfiles preexistentes, en una primera etapa se eligieron dos puntos sobre el terreno en los que se realizaron sondeos de 1 m² –sondeos 1 y 2– con el objetivo de identificar el emplazamiento de la ciudad. Posteriormente, se amplió el sondeo 1, dado que se había determinado la presencia de un enterramiento en él. La extensión de las excavaciones en este sector permitió la identificación de nuevos esqueletos humanos, cinco en total, y la detección del evento fundacional de la ciudad en un contexto que puede ser interpretado como la iglesia que, en el momento histórico considerado, funcionaba también como cementerio (Senatore *et al.* 2007).

Este sector –al que en adelante denominaremos como Área 1– presenta tres estratos diferentes, que fueron claramente diferenciados durante los trabajos de campo. El primer nivel o superior está caracterizado por la presencia de material arqueológico asignable a la ocupación española de fines del siglo XVI. Las muestras estudiadas, fundamentalmente la cerámica y los restos óseos, presentaban alta fragmentación, signos claros de erosión y meteorización muy semejantes a los materiales superficiales, así como presencia de marcas de raíces. Sin embargo, algunos restos mostraban una mejor preservación, lo que indica la posible existencia de diferentes circunstancias de enterramiento. Es muy probable entonces que este depósito superior se haya formado como resultado de la mezcla de materiales en momentos diversos.

Bajo este nivel superior se definió el nivel 2, cuyo comportamiento difiere significativamente del anterior y coincide con la identificación de la formación de un suelo. De esta forma, los hallazgos recuperados en este nivel se asocian con un paleosuelo definido localmente, siendo su cronología del todo acorde con la reasignación propuesta para dicho paleosuelo y compatible con un período de mayor humedad, que en una escala espacial más amplia sería concordante con la Pequeña Edad del Hielo (Barberena 2008; Barberena y Borrero 2010). Los restos arqueológicos son escasos; sin embargo, su preservación es buena y homogénea. Se registraron estructuras arqueológicas conformadas por una alineación de ladrillos de adobe crudos que apoyan sobre la base de este depósito. Consideramos que este nivel estratigráfico se asocia con el momento de ocupación efectiva del sitio.

Subyacente al nivel anteriormente descrito definimos el nivel 3, que se distingue fundamentalmente por la presencia de estructuras de enterramientos claramente definidas por el contraste entre los sedimentos que conforman los entierros y los espacios circundantes, lo cual sugiere una alta integridad para este depósito.

Si bien todos los contextos mencionados pueden ser atribuidos al siglo XVI y específicamente al poblado de Nombre de Jesús, en el análisis de los restos zooarqueológicos estos serán considerados separadamente, dado que entendemos que de esta forma podremos conocer de manera apropiada la historia depositacional y tafonómica del sitio.

A modo de comparación, presentaremos también los materiales recuperados en el sondeo 2, en el que fueron identificados solamente los dos primeros niveles que hemos descrito.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

El análisis de las muestras óseas recuperadas se centra fundamentalmente en la identificación anatómica y taxonómica de los especímenes y el registro de modificaciones. Para cuantificar la abundancia taxonómica hemos utilizado únicamente el NISP –o Número de Especímenes Identificados por Taxón (Lyman 1994, 2008)–, debido a que muchas especies identificadas están conformadas por un único espécimen y por lo tanto no queremos sobredimensionar las muestras utilizando otro tipo de medida, como por ejemplo el MNI –o Número Mínimo de Individuos (Lyman 1994, 2008)–.

El NISP se calculó sumando tanto los huesos enteros como los fragmentados, incluyendo también los dientes sueltos para cada una de las especies determinadas, así como también para

aquellas categorías taxonómicas de carácter más incluyente –mamíferos pequeños, medianos y grandes–. En el caso de las especies con mayor frecuencia, en la muestra hemos considerado la representación anatómica de las diversas partes esqueletarias a través del MNE o Número Mínimo de Elementos (Binford 1984). Dada la fragmentación de las muestras consideradas, fue necesario recomponer los diferentes elementos óseos, teniendo en cuenta las diversas zonas diagnósticas que los conforman (Mengoni Goñalons 1999). Al respecto, debemos mencionar que los huesos largos fueron recompuestos sobre la base de sus diferentes porciones (proximal, diáfisis y distal), considerando los rasgos diagnósticos presentes en las diáfisis.

En el caso particular de las valvas, se utilizó el concepto de *elementos no repetidos*, que permite obtener un valor del Número Mínimo de Individuos o MNI, ya que si consideráramos únicamente la cantidad de restos recuperados no estaríamos teniendo en cuenta los efectos de la fragmentación de estos taxones (Claassen 1998). Esta medida se centra en el conteo de elementos que no se repiten para estimar el número de valvas por especie. Estos elementos son, asimismo, las porciones que tienen mayores posibilidades de preservarse y que, en el caso de los bivalvos, son el umbo –mejillones–; y en los univalvos, el ápex –lapas– o la columela –caracoles– (Claassen 1998). Para aquellos fragmentos que no poseían estas partes diagnósticas y que no pudieron adscribirse a una categoría taxonómica se consideró únicamente el Número de Restos (NR) recuperados.

En cuanto a las modificaciones que presentaban los restos óseos analizados, se reconocieron dos grandes categorías; en primer término, aquellas modificaciones que son resultado de la actividad humana, incluyendo en esta etapa las marcas de procesamiento y consumo, entre las cuales fueron registradas básicamente huellas de corte y machacado (Lyman 1994). En segundo lugar, se reconocieron las transformaciones ocasionadas por otros agentes y procesos. Dentro de este último grupo hemos englobado la acción de carnívoros, roedores, la meteorización y las marcas de raíces (Behrensmeier 1978; Binford 1981; Fisher 1995, entre otros).

RESULTADOS

Identificación anatómica y taxonómica

Los resultados de los estudios efectuados sobre las muestras faunísticas recuperadas en Nombre de Jesús señalan la presencia de una gran diversidad de especies con un claro predominio de la fauna local.

Los restos de aves prevalecen en todos los conjuntos analizados, a excepción del sondeo 2 (Tablas 1 y 2). Dentro de este grupo destacan los restos indeterminados con un 64,8%, que debido a su extensiva fragmentación y a la consecuente ausencia de rasgos diagnósticos no pudieron ser adscritos a una categoría taxonómica más precisa. Las aves marinas se ubican en segundo lugar e incluyen especies tales como cormoranes (*Phalacrocorax* sp.), gaviotas (*Larus* sp.) y albatros (*Diomedea* sp.). Especímenes de aves procedentes de ambientes acuáticos lagunares también están presentes en las muestras, incluyendo patos (Anatidae), así como también garzas (*Nycticorax* sp.) y cauquenes (*Chloephaga* sp.). Algunos fragmentos pudieron ser adscritos a ñandú (*Pterocnemia pennata*).

En cuanto a los mamíferos terrestres, el guanaco (*Lama guanicoe*) domina en todos los niveles considerados. En la Tabla 3 se presentan los resultados del NISP y el MNE por capa. Si consideramos las tres capas juntas del Área 1 de excavación, observamos que todas las partes esqueletarias están presentes, a excepción del innominado y la escápula. No se registra correlación con la densidad ósea ($r_s = -0,19$ $p < .01$, valores de referencia tomados de Elkin 1995), lo que indica que la representación de elementos no es el resultado de procesos dependientes de esta variable.

Tabla 1. Representación taxonómica del Área 1 de Nombre de Jesús (valores de NISP)

TAXÓN	NIVEL 1	NIVEL 2	NIVEL 3	TOTAL ÁREA 1
AVES	174	33	3	210
Anatidae	2	-	-	2
Cauquén (<i>Chloephaga</i> sp.)	2	-	-	2
Gaviota (<i>Larus</i> sp.)	43	-	-	43
Cormorán (<i>Phalacrocorax</i> sp.)	25	12	-	37
Albatros ceja negra (<i>Diomedea melanophris</i>)	1	-	-	1
Garza (Ardeidae)	1	-	-	1
Garza bruja (<i>Nycticorax nycticorax</i>)	8	-	-	8
Ñandú (<i>Pterocnemia pennata</i>)	1	-	2	3
Mamíferos indeterminados	1	6	-	7
Mamíferos pequeños	3	3	-	6
Mamíferos medianos	5	5	-	10
Mamíferos grandes	37	27	-	64
Cerdo (<i>Sus scrofa</i>)	-	2	-	2
Cabra u oveja (<i>Capra/Ovis</i> spp.)	1	-	-	1
Vaca (<i>Bos taurus</i>)	2	-	-	2
Carnívoro	1 ^(a)	2	-	3
Felidae (<i>Felis</i> sp.)	1	-	-	1
Artiodactyla	4	3	1	8
Guanaco (<i>Lama guanicoe</i>)	83	17	5	105
Rodentia	4	18	189	211
Peces indeterminados	2	3	-	5
NISP total	402	130	200	732
No identificables	207	74	29	310
NR Total	609	204	229	1.042

(a) ¿Perro? (¿*Canis familiaris*?)

Tabla 2. Representación taxonómica del Sondeo 2 de Nombre de Jesús (valores de NISP)

TAXÓN	NIVEL 1	NIVEL 2	TOTAL SONDEO 2
AVES	1	3	4
Mamíferos indeterminados	-	9	9
Mamíferos grandes	-	7	7
Guanaco (<i>Lama guanicoe</i>)	2	1	3
Lobo marino (<i>Otaria flavescens</i>)	1	6	7
NISP total	4	26	30
No identificables	2	11	13
NR Total	6	37	43

Tabla 3. Huesos del esqueleto axial y apendicular de guanaco del Área 1 de Nombre de Jesús

UNIDAD ANATÓMICA	NIVEL 1		NIVEL 2		NIVEL 3	
	NISP	MNE	NISP	MNE	NISP	MNE
Dientes	5		-		1	-
Cráneo: occipital	-	-	-	-	-	-
Cráneo: maxilar	2	1	-	-	-	-
Cráneo: bóveda	1	2	-	-	-	-
Bula	3	1	-	-	-	-
Mandíbula	3	2	-	-	-	-
Hioides	-	-	-	-	-	-
Atlas	-	-	-	-	-	-
Axis	-	-	-	-	-	-
Cervicales 3-7	1	1	1	1	-	-
Torácicas 1-12	10	9	-	-	-	-
Lumbares 1-7	6	4	-	-	1	1
Sacro	2	2	-	-	-	-
Caudales	5		-	-	1	1
Innominado	-	-	-	-	-	-
Costillas: proximal	6	6	-	-	-	-
Costillas: cuerpo	2		-	-	-	-
Esternebras	-	-	-	-	-	-
Escápula	-	-	-	-	-	-
Húmero: proximal	-	-	-	-	-	-
Húmero: diáfisis	-	-	-	-	-	-
Húmero: distal	-	-	1	1	-	-
Radioulna: proximal	-	-	-	-	-	-
Radioulna: diáfisis	-	-	1	1	-	-
Radioulna: distal	-	-	1	1	-	-
Carpianos	12	-	-	-	-	-
Metacarpo: proximal	1	1	-	-	-	-
Fémur: proximal	-	-	2	2	-	-
Fémur: diáfisis	1	1	-	-	-	-
Fémur: distal	-	-	1	1	-	-
Patella	1	1	1	1	-	-
Tibia: proximal	2	2	-	-	-	-
Tibia: diáfisis	-	-	-	-	1	1
Tibia: distal	-	-	-	-	-	-
Tarsianos	4	4	2	2	1	1
Astrágalo	-	-	-	-	-	-
Calcáneo	-	-	-	-	-	-
Metatarso: proximal	-	-	1	1	-	-
Metapodio: diáfisis	-	-	3	1	-	-
Metapodio: distal	-	-	2	1	-	-
Falange 1	2	2	1	1	-	-
Falange 2	5	4	-	-	-	-
Falange 3	2	2	-	-	-	-
Sesamoideos	5		-	-	-	-
NISP total	81		17		5	

Restos de mamíferos pequeños, medianos y grandes son también importantes dentro de los conjuntos analizados. La gran mayoría de estos especímenes no pudieron ser identificados taxonómicamente debido a alta fragmentación que presentan. Se trata, generalmente, de fragmentos de cráneo, costillas, vértebras y diáfisis de huesos largos.

Muy pocos huesos pudieron ser fehacientemente asignados a especies domésticas de procedencia europea. Éstas incluyen vaca (*Bos taurus*), cabra/oveja (*Capra/ovis spp.*), cerdo (*Sus scrofa*) y probablemente perro (*Canis familiaris*). Sin embargo, es importante enfatizar que el origen español de todas estas especies no está bien establecido.

En este sentido, la falange de oveja/cabra—identificada en el nivel 1—muestra claras evidencias de modificaciones asociadas a carnívoro—*punctures* y *scoring*—y ninguna marca humana asociada. Dado que el valle de las Fuentes ha sido y continúa siendo utilizado para el pastoreo de ovejas, es muy probable que la presencia de este elemento óseo en los conjuntos recuperados en el sitio sea el resultado de la acción aditiva de los carnívoros. Además, los restos de vaca recuperados también en el nivel más superficial de la secuencia presentan signos de meteorización avanzada—estadio 4 *sensu* Behrensmeyer 1978—, que no resulta de ninguna manera homogéneo con los restantes hallazgos óseos de la capa, que se ubican entre el estadio 1 y 2, lo cual sugiere un enterramiento rápido, a diferencia de lo que ocurre con el hueso de bóvido, que carece asimismo de evidencias de procesamiento humano.

Fragmentos de un canino de cerdo (*Sus scrofa*) fueron recuperados en el nivel 2 del sitio, considerado, como hemos visto, como un estrato de alta integridad. Marcas de raíces son visibles en el espécimen, lo cual indica cierta estabilidad en las circunstancias de su enterramiento. La completa ausencia de restos atribuibles a esta especie en las transectas tafonómicas realizadas en el área por el equipo investigación del doctor Borrero (Luis A. Borrero, comunicación personal) contribuyen también a avalar el origen español de estos especímenes.

Una tibia proximal de cánido, identificado de manera preliminar como perro, muestra claras evidencias de machacado, lo que señala su aprovechamiento por parte de humanos. Al respecto, es interesante destacar que durante el siglo XVI la carne de perro era consumida en ciertas regiones de España y que en otros contextos de la conquista española de América hay referencias claras al uso de estas presas como alimento, sobre todo en condiciones de gran hambruna (Reitz y Scarry 1985; Piqueras 2006).

Ningún resto atribuible a mamífero marino fue recuperado en el Área 1 de excavación. Sin embargo, en el Sondeo 2, varios restos fueron identificados como lobo marino (*Otaria flavescens*) (Tabla 2). Se trata de una mandíbula, dientes sueltos, un radio y un isquion. Tanto la mandíbula, que presenta una marca de corte asociada, como el radio fueron atribuidos a individuos inmaduros.

Un pequeño número de especímenes fueron identificados como peces, todos ellos correspondientes a vértebras. Dado que no se trata de huesos diagnósticos, hasta el momento no fue posible determinar la especie o las especies involucradas. Los documentos históricos señalan el consumo de peces por parte de los pobladores, pero teniendo en cuenta que las muestras recuperadas hasta el momento son muy pequeñas, se necesitarán otros estudios para poder determinar si no proceden del contenido estomacal de las aves marinas identificadas en el poblado.

Diferentes variedades de moluscos han sido determinadas a partir de la presencia de valvas. Mejillones (*Mytilus sp.*), cholgas (*Aulacomya sp.*), lapas (*Patinigera sp.*) y gasterópodos (*Trophon sp.*) forman parte de los conjuntos y resultan mayormente predominantes en el sondeo 2 (Tabla 4); no obstante, las especies recuperadas en ambos sectores son las mismas.

Los roedores están presentes en todos los conjuntos del Área 1, con un notable predominio en el Nivel 3, en el mismo contexto que los entierros humanos. La distribución de estos animales sugiere que los entierros pudieron actuar como atractivo para estas especies. No se registró ninguna huella de origen humano en especímenes atribuidos a estos mamíferos.

Tabla 4. Representación taxonómica de las valvas (MNI) en el Área 1 y el sondeo 2 de Nombre de Jesús

TAXÓN	ÁREA 1			SONDEO 2	
	NIVEL 1	NIVEL 2	NIVEL 3	NIVEL 1	NIVEL 2
Mejillones (<i>Mytilus</i> sp.)	7	22	-	1	15
Lapas (<i>Patinigera</i> sp.)	10	28	-	2	54
Cholgas (<i>Aulacomya</i> sp.)	4	35	1	3	30
Gasterópodos (<i>Trophon</i> sp.)	3	3	-	6	88
Indeterminadas (NR)	10	15	9	1	58

Modificaciones óseas

Pocas marcas de procesamiento y consumo han sido identificadas durante el análisis. Solamente pudieron ser distinguidas marcas de corte y machacado. Los resultados se presentan en la Tabla 5. Las huellas de corte están presentes en los huesos de ave y en los mamíferos. Los cormoranes son los que evidencian las frecuencias más altas de estas modificaciones, seguidos por el grupo de las aves indeterminadas. Entre los mamíferos, las huellas predominan en el conjunto de los grandes y en los guanacos. En el Sondeo 2 solamente fue identificada una marca de corte en una mandíbula de lobo marino. Sin bien estas frecuencias son bajas, si las comparamos con las obtenidas en contextos de cazadores recolectores del área de cabo Vírgenes, no resultan tan diferentes (L'Heureux y Franco 2002).

La presencia de marcas de corte en especímenes atribuidos a camélido confirma su consumo humano. Evidencias adicionales las aportan los estudios realizados sobre sedimentos obtenidos en las cavidades pélvicas de los esqueletos humanos recuperados en la localidad, ya que en dos de ellos se observó la presencia de parásitos que pueden asociarse con el consumo de esta presa (Fugassa y Guichón 2006).

A pesar de la importancia que registran las aves en todas las muestras analizadas, aparentemente no todas ellas muestran huellas resultado del procesamiento y consumo por parte de los pobladores de Nombre de Jesús. Así, por ejemplo, las gaviotas fueron únicamente identificadas en el primer nivel y, si bien se trata de una especie típicamente costera, no presentan ninguna huella humana asociada, por lo que podríamos interpretar que su presencia en el sitio se debe a la adición posdeposicional.

No obstante la diversidad de taxones presentes, los especímenes óseos no exhiben signos claros de una explotación intensiva de los recursos que proporcionan; así, por ejemplo, la médula, en el caso de los guanacos, parece no haber sido consumida, ya que no hemos podido identificar la presencia de huellas de percusión (*sensu* Blumenschine y Selvaggio 1988) en huesos que poseen tuétano, ni de ningún otro atributo que pudiera estar relacionado con la fragmentación de elementos óseos ricos en este recurso (*e.g.*, negativos de impactos, *sensu* Capaldo y Blumenschine 1994). Solamente hemos registrado huellas de machacado en una patella de este camélido, que podría vincularse a la desarticulación del fémur y la tibia.

En relación con las modificaciones posdeposicionales, las marcas de raíces son las más comunes, tanto en aves como mamíferos (Tabla 5). Las huellas generadas por los carnívoros se ubican en segundo lugar, seguidas por las producidas por los roedores. Las huellas de carnívoro son bastante abundantes en los huesos de guanaco, pero los porcentajes obtenidos no superan en ningún caso los resultados de los estudios experimentales para un acceso secundario, es decir, luego

Tabla 5. Modificación ósea en el Área 1 de Nombre de Jesús

TAXÓN	NISP	CO	MA	RA	CA	MO	RO
AVE	210	2 (0.9%)	-	18 (8.6%)	2 (0.9%)	2 (0.9%)	-
Anatidae	2	-	-	-	-	1 (50.0%)	-
Cauquén	2	-	-	1 (50%)	-	-	-
Gaviota	43	-	-	1 (2.3%)	-	-	-
Cormorán	37	12 (32.4%)	-	8 (48.6%)	1 (2.7%)	-	1 (2.7%)
Albatros	1	-	-	1 (100%)	-	-	-
Garza	1	-	-	-	-	-	-
Garza bruja	8	-	-	-	-	-	1 (12.5%)
Ñandú	3	-	-	-	-	-	1 (33.3%)
M. indeterminados	7	-	-	1 (14.3%)	-	-	-
M. pequeños	6	-	-	-	-	-	-
M. medianos	10	-	-	3 (30%)	1 (10%)	1 (10%)	-
M. grandes	64	4 (6.2%)	1 (1.6%)	8 (12.5%)	1 (1.6%)	1 (1.6%)	-
Cerdo	2	-	-	1 (50%)	-	-	-
Cabra/oveja	1	-	-	-	1 (100%)	-	-
Vaca	2	-	-	-	-	-	-
Carnívoro	3	-	1 (33.3%)	-	1 (33.3%)	-	-
Felidae	1	-	-	-	-	-	-
Artiodactyla	8	-	-	-	-	-	-
Guanaco	105	5 (4.8%)	1 (0.9%)	20 (19%)	9 (8.6%)	3 (2.9%)	1 (0.9%)
Rodentia	211	-	-	-	-	-	-
Pez indeterminado	5	-	-	-	-	-	-
Total	732	23 (3.1%)	3 (0.4%)	62 (9.7%)	16 (2.3%)	8 (1.2%)	4 (1.8%)

Nota: todos los niveles son considerados juntos excluyéndose los dientes sueltos.

CO= corte; MA= machacado; RA= raíces; CA= carnívoro; MO= modernas y RO= roedor

del consumo humano (Blumenschine y Marean 1993). Los resultados del análisis señalan que las marcas no se distribuyen homogéneamente en la carcasa. Por el contrario, se ubican principalmente en las vértebras, en las articulaciones de los huesos largos y en las falanges, todas partes ricas en grasas que parecen haber sido atractivas para los carnívoros luego del consumo humano.

DISCUSIÓN

Los estudios zooarqueológicos muestran para la alimentación una realidad muy distante de aquella planificada en la empresa de poblamiento. Un aspecto que resulta particularmente

interesante es la diversidad de especies consumidas, que incluye algunas que son muy diferentes a las que formaban parte de la dieta española de fines del siglo XVI. No solamente se incorporan nuevas especies totalmente desconocidas para los colonos españoles sino que también la estructura de los recursos consumidos es muy diferente a la de la dieta ibérica característica de esta época, marcando de este modo un fuerte contraste con la alimentación proyectada.

Por otra parte, los resultados del análisis de las muestras óseas faunísticas recuperadas en Nombre de Jesús nos permiten hacer algunas observaciones interesantes al ser articulados con las narrativas históricas. Así, el estudio ha mostrado la casi completa ausencia de animales domésticos; la evidencia señala que solamente el cerdo y el perro pueden ser considerados como parte del ganado traído por los españoles. Al respecto, es interesante referir que no existe ninguna mención en los relatos de Sarmiento de Gamboa acerca del ganado porcino (Rosenblat 1950), aunque era común que estos animales formaran parte de las partidas colonizadoras, y eran generalmente muy apreciados por su alto grado de adaptabilidad (Reitz 1991; Piqueras 2006).

Sin embargo, en las crónicas del gobernador queda claro que se trasladaban vacas, cabras y ovejas vivas para la cría⁵, pero no sabemos a ciencia cierta si todas estas especies arribaron efectivamente a cabo Vírgenes, dadas las peripecias afrontadas durante la travesía, que conllevaron la pérdida de la mayor parte de las naves con sus bastimentos. Con respecto a las cabras, encontramos datos precisos de su número –siete– y de su uso específico en la alimentación de los enfermos⁶, mientras que no hay comentarios explícitos sobre la utilización de los otros taxones teóricamente transportados; la evidencia zooarqueológica tampoco parece indicar, por lo menos hasta el momento, su presencia en el poblado de Nombre de Jesús.

Solamente una falange I fue identificada como *Capra/Ovis* spp., pero las modificaciones que presenta –marcas de carnívoro– y las características contextuales del hallazgo hacen muy dudoso su origen español. Resta entonces por resolver esta controversia existente entre la información histórica y la arqueológica, que podría zanjarse o mantenerse con la ampliación de las excavaciones y la obtención de nuevas muestras faunísticas.

Los perros constituyen un caso particular, ya que el objeto fundamental de su traslado no estaba necesariamente vinculado a la alimentación, sino que cumplían muchos papeles alternativos, como por ejemplo, funciones de carácter militar o logísticas, pudiendo también ayudar en la consecución de víveres (Piqueras 2006). Estos son los servicios mencionados por el gobernador de las poblaciones en sus escritos⁷. Sin embargo, podían eventualmente constituir un recurso alimenticio en épocas de escasez (Piqueras 2006), como parece ser el caso en Nombre de Jesús, dado que el espécimen identificado presenta marcas claras de consumo humano –huellas de machacado–.

Por otra parte, es interesante observar que las especies domesticadas solamente fueron recuperadas en el Área 1 de la excavación; si recordamos que ésta se corresponde con la iglesia del poblado, podría aventurarse la idea de una diferencia entre los productos consumidos en las distintas unidades del lugar pero, dado que las muestras son extremadamente disímiles, sería nuevamente necesario ampliar las excavaciones en otros sectores del sitio para poder dar respuesta a estos interrogantes.

Los resultados de los estudios zooarqueológicos muestran que las aves fueron intensamente explotadas; éstas deben haber sido importantes en términos de las grasas que aportan. Sarmiento de Gamboa hace referencia también al consumo de estas presas, y señala incluso el consumo de aves marinas y de ñandúes o por lo menos de los huevos de estos⁸. Es también muy significativo que el uso que hicieron los españoles de las aves silvestres se asemeje mucho al realizado por los cazadores recolectores del Estrecho de Magallanes debido a su predictibilidad anual, especialmente en el predominio de los cormoranes (L'Heureux y Franco 2002; Barberena *et al.* 2004). Al respecto, debemos mencionar que, para el área de cabo Vírgenes, se postula un uso esporádico por parte de las poblaciones cazadoras recolectoras, y es considerada como marginal (*e.g.*, L'Heureux y Franco 2002; Barberena *et al.* 2004).

Es interesante señalar que en las muestras analizadas no se haya observado ningún espécimen que pueda ser identificado como pingüino (*Spheniscidae*), dado que a unos pocos kilómetros del emplazamiento del poblado de Nombre de Jesús se encuentra actualmente una pingüinera. No obstante, su ausencia en el registro es del todo consistente con los fechados llevados a cabo en el área de nidificación y la casi total ausencia de huesos de estas aves en otros conjuntos arqueológicos de cabo Vírgenes (Cruz *et al.* 2010).

La evidencia analizada deja en claro que el guanaco fue también explotado; sin embargo, no todos los recursos que puede potencialmente brindar esta presa parecen haber sido aprovechados por los pobladores españoles. De esta forma, no hemos observado huellas ni fracturas asociadas con la explotación de la médula ósea; y la presencia de marcas de carnívoro en articulaciones de huesos largos, vértebras y falanges hace pensar que la explotación de las grasas contenidas en estos elementos no fue exhaustiva, con lo cual se desperdiciaba una fuente de calorías altamente nutritiva, especialmente en contextos ambientales tan extremos.

En cuanto a los mamíferos marinos, sólo hemos recuperado restos de lobo marino en el Sondeo 2. Si bien el NISP es escaso, como hemos visto, presenta claras evidencias de consumo humano. Los relatos del Gobernador mencionan la utilización de estos animales como alimento en los primeros días de existencia del poblado⁹. Algunos de los huesos identificados se corresponden con individuos inmaduros; por lo tanto, se podría sugerir que su captura ocurrió durante los meses de verano (ver, sin embargo, Borella 2010). Por otro lado, es importante tener en cuenta que estos pinnípedos suelen hallarse en la costa especialmente en los meses estivales, momento en el cual forman concentraciones mayores con gran abundancia de crías, de manera tal que resulta un recurso muy fácil de capturar (Borella 2010).

Los moluscos también formaron parte de la dieta del poblado. Distintas variedades fueron recolectadas y en los escritos de Sarmiento se hace mención a su consumo en repetidas oportunidades¹⁰.

De lo anteriormente expuesto se desprende que los colonos españoles hicieron uso de todos los recursos alimenticios disponibles en el ambiente. Las proporciones de especies obtenidas para el poblado son muy semejantes a las muestras procedentes de contextos cazadores-recolectores de cabo Vírgenes, caracterizadas por la presencia de restos de aves, principalmente cormoranes, lobos marinos, guanacos y mariscos (L'Heureux y Franco 2002). Vale decir que desde el primer momento aprovecharon las fuentes nutritivas que tenían alta disponibilidad en el ambiente.

Asimismo, observamos que distintas especies fueron incorporadas desde los momentos fundacionales, y que esto implicó una rápida reacción frente a la situación de escasez y flexibilidad en relación con los modelos de alimentación vigentes en ese momento. Esto resulta particularmente interesante dado que, en general, la mayoría de los fracasos se corresponden con déficits alimenticios producidos en gran medida por un apego a los estándares alimentarios ibéricos, y cuando esto ya no es posible se busca la sustitución de ciertos alimentos por sucedáneos que tienen características muy similares a los alimentos conocidos, tal como ocurre en la conquista mesoamericana, con el reemplazo del trigo por el maíz (Piqueras 1998).

El consumo de alimentos de origen animal, entonces, no se limitó a las especies conocidas y habitualmente incluidas en las raciones de la Corona. Por el contrario, se incorporaron animales cuyo procesamiento, preparación, reparto y consumo imponían formas muy diferentes de las conocidas hasta el momento. Sin embargo, a pesar de esta rápida adopción de las especies locales, esto no fue suficiente para lograr la supervivencia del poblado, lo que se explicaría, como hemos visto, por varias razones concurrentes. El estado de salud de los colonos no parece haber sido bueno, aún en los momentos fundacionales, dado que los esqueletos hallados en Nombre de Jesús muestran signos claros de desnutrición, que pudo haberse desarrollado antes de embarcarse a América o debido a las condiciones de la travesía (Suby *et al.* 2009); el ambiente donde se asentó el poblado era extremadamente hostil, incluso ha sido considerado marginal para las poblaciones cazadoras-recolectoras (Barberena *et al.* 2004) y, tal como han demostrado los resultados aquí presentados,

el aprovechamiento de los recursos proporcionados por las distintas presas no parece haber sido exhaustivo, en tanto se desperdiciaban fuentes nutritivas de alta calidad, como la médula.

Tal vez la incorporación de nuevas especies conllevó la adopción de nuevas formas de organización del grupo poblador. Frente a la imposibilidad de llevar a la práctica un modelo de raciones centralizado –en el cual la toma de decisiones está a cargo de los funcionarios– la incorporación de nuevas formas de obtención de recursos pudo implicar, a la vez, otros modos de compartir y de consumir. Es decir, esta flexibilidad de conductas que se refleja en el análisis del registro zooarqueológico quizás pudo extenderse a otros órdenes diferentes de la alimentación, lo que plantea nuevos interrogantes sobre distintas formas de organización, más allá de las planificadas.

En consecuencia, la arqueología muestra, entonces, otra evidencia que permite comenzar a cuestionar aspectos de las empresas colonizadoras que se dan generalmente por sentados. Por ejemplo, que en los momentos tempranos de colonización los pobladores se aferran a los modelos fijos y rígidos que traen consigo desde la metrópoli. También el estudio de la evidencia arqueológica permite descubrir la heterogeneidad de las prácticas cotidianas incluidas en la homogeneidad de los fracasos.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a las Instituciones que dieron apoyo al proyecto Vida y Muerte en el Estrecho de Magallanes. Arqueología en la Ciudad del Nombre de Jesús (1584): Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Museo Padre Molina de Río Gallegos, Consejo Agrario de la Provincia de Santa Cruz. La financiación de las investigaciones arqueológicas en Nombre de Jesús fue brindada por los subsidios UBACyT F-076, F-453, por la Fundación Antorchas y la Universidad Nacional de la Patagonia Austral PI-UNPA 29/D037. Al CONICET y a todas aquellas personas que participaron en los trabajos de campo, en el análisis de los materiales y en la búsqueda de información. Expresamos también nuestra gratitud a Luis Borrero y Francisco Mena, evaluadores del presente trabajo.

Fecha de aceptación: 09/12/2010

Fecha de recepción: 25/07/2011

NOTAS

- ¹ Declaración que de orden del Virrey del Perú don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano Tomé Hernández, de lo sucedido en dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Sarmiento de Gamboa. ES.41091. Archivo General de Indias (AGI)/1.16416.2.23.2/PATRONATO,33,N.4,R.6n. Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 372-388.
- ² Declaración que de orden del Virrey del Perú don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano Tomé Hernández, de lo sucedido en dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Sarmiento de Gamboa (Perú, 1616). Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950:372-388.
- ³ Relación de la gente, bastimentos, artillería, armas, municiones, pertrechos de guerra, vestidos y otras cosas que en el Estrecho de Magallanes se dejaron a Pedro Sarmiento de Gamboa Gobernador de Estrecho y la calidad de bastimentos que parece se debería proveer para un año y más las municiones, pertrechos y otras cosas que son menester para allá. AGI – Patronato Real I-I-2/33 N3 V38 1584-7-13 transcrito por P. Pastells 1920: 251-253.
- ⁴ AGI Patronato Real I-I-2 / 33 N 3 R 38 1587- sin fecha. Firmado por Gregorio de las Alas Relación de la gente que queda en el Estrecho de Magallanes con el Gobernador Pedro Sarmiento que son en todos trescientos treinta y ocho personas desta manera ... Será necesario para las 338 personas enviar. Transcrito por P. Pastells 1920: 344-347.

- ⁵ Sumaria Relación de Pedro Sarmiento de Gamboa, Gobernador y Capitán General del Estrecho de la Madre de Dios, antes nombrado de Magallanes, y de las poblaciones en él hechas y que se han de hacer por Vuestra Majestad. ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.68. Documento de la Colección Muñoz publicado en la Colección de documentos inéditos de Luis Torres de Mendoza, Madrid, V, 1866, págs. 286-420. Transcrito parcialmente por P. Pastells 1920: 260-305. Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 73-167. Consultar especialmente página 120.
- ⁶ Relación hecha por Sarmiento a Su Majestad sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades, Pernambuco. Documento del Archivo General de Indias, ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.46 Transcrito por P. Pastells 1920: 664-719, Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 13-71, consultar especialmente página 43.
- ⁷ Relación hecha por Sarmiento a Su Majestad sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades, Pernambuco. ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.46 Transcrito por P. Pastells 1920: 664-719, Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 13-71, consultar especialmente página 38 y también en Sumaria Relación de Pedro Sarmiento de Gamboa, Gobernador y Capitán General del Estrecho de a Madre de Dios, antes nombrado de Magallanes, y de las poblaciones en él hechas y que se han de hacer por Vuestra Majestad. ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.68. Documento de la Colección Muñoz publicado en la Colección de documentos inéditos de Luis Torres de Mendoza, Madrid, V, 1866, págs. 286-420. Transcrito parcialmente por P. Pastells 1920: 260-305 y II: 20-63. Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 63-167, consultar especialmente página 143.
- ⁸ Relación hecha por Sarmiento a Su Majestad sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades, Pernambuco. Documento del Archivo General de Indias, ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.46 Transcrito por P. Pastells 1920: 664-719, Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 13-71 consultar especialmente páginas 30, 37 y 66.
- ⁹ Relación hecha por Sarmiento a Su Majestad sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades, Pernambuco. Documento del Archivo General de Indias, ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.3,R.46 Transcrito por P. Pastells 1920: 664-719, Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 13-71, consultar especialmente página 20.
- ¹⁰ Relación hecha por Sarmiento a Su Majestad sobre lo sucedido en el Estrecho cuando allí se quedó y fundó dos ciudades Pernambuco. ES.41091.AGI/1.16416.2.23.2//PATRONATO, 33,N.3,R.46 Transcrito por P. Pastells 1920: 664-719, Transcrita en la edición de A. Rosenblat 1950: 13-71, consultar especialmente páginas 22 y 65.

BIBLIOGRAFÍA

- Barberena, R.
2008. *Arqueología y biogeografía humana en Patagonia Meridional*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Barberena, R., y L. A. Borrero
2010. Geoarqueología y distribuciones subsuperficiales de materiales arqueológicos: Localidad de Cabo Vírgenes. En L. A. Borrero y J. Charlin (eds.), *Arqueología de Pali Aike y Cabo Vírgenes (Santa Cruz, Argentina)*: 103-122. Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas e Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas.
- Barberena, R., G. L. L'Heureux, y L. A. Borrero
2004. Expanding the reach of reconstructions of subsistence. Stable isotopes and assemblages of archaeological faunal remains. En M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb (eds.), *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*: 417-433. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Sociedad Argentina de Antropología.
- Barros, J. M.
1978. Primer testimonio de Tomé Hernández sobre las fundaciones hispánicas del Estrecho de Magallanes. *Anales del Instituto de la Patagonia* 9: 65-75.
1991. Rey Don Felipe: Plano de una fundación hispana en el Estrecho de Magallanes. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 102: 287-402.

Behrensmeyer, A. K.

1978. Taphonomic and Ecologic Information from Bone Weathering. *Paleobiology* 4: 150-162.

Benites, M. J.

2004. *Con la lanza y con la pluma. La escritura de Pedro Sarmiento de Gamboa*. San Miguel de Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Binford, L. R.

1981. *Bones: Ancient Men and Modern Myths*. Nueva York, Academic Press.

1984. *Faunal Remains from Klasies River Mouth*. Orlando, Academic Press.

Blumenschine, R. J. y C. W. Marean

1993. A carnivore's view of archaeological bone assemblages. En J. Hudson (ed.), *From Bones to Behavior: Ethnoarchaeological and Experimental Contributions to the Interpretation of Faunal Remains*: 273-300. Southern Illinois, Center for Archaeological Investigations, University at Carbondale.

Blumenschine, R. J. y M. M. Selvaggio

1988. Percussion Marks on Bone Surfaces as a New Diagnostic of Hominid Behavior. *Nature* 333: 763-765.

Borella, F.

2010. Revisando la interpretación de restos de lobos marinos en el registro arqueológico. El caso de Cabo Vírgenes (Patagonia meridional). En L. A. Borrero y J. Charlin (eds.), *Arqueología de Pali Aike y Cabo Vírgenes (Santa Cruz, Argentina)*: 123-135. Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas e Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas.

Capaldo, S. D. y R. J. Blumenschine

1994. A Quantitative Diagnosis of Notches Made by Hammerstone Percussion and Carnivore Gnawing on Bovid Long Bones. *American Antiquity* 59: 724-748.

Claassen, C.

1998. *Shells*. Cambridge, Cambridge University Press.

Cruz, I., F. Astete, G. Nauto y L. A. Borrero

2010. La colonia de nidificación de pingüinos de Magallanes de Cabo Vírgenes a lo largo del tiempo. En L. A. Borrero y J. Charlin (eds.), *Arqueología de Pali Aike y Cabo Vírgenes (Santa Cruz, Argentina)*: 137-145. Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas e Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas.

De Nigris, M. E. y M. X. Senatore

2008. Arqueología histórica en los confines del imperio. La ciudad del Nombre de Jesús (estrecho de Magallanes, siglo XVI). *Telar, Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*: 129-144.

De Nigris, M. E., P. S. Palombo y M. X. Senatore

2010. Craving for hunger: a zooarchaeological study at the edge of the Spanish Empire. En D. Campana, P. Crabtree, S. D. de France, J. Lev-Tov y A. Choyke (eds.), *Anthropological Approaches to Zooarchaeology: Colonialism, Complexity, and Animal Transformations*: 131-138. Oxford, Oxbow Books.

Destefani, L.

1976. Informe sobre Nombre de Jesús, una población fundada en 1584 por Sarmiento de Gamboa. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 49: 201-205.

- Elkin, D. C.
1995. Volume Density of South American Camelid Skeletal Parts. *International Journal of Osteoarchaeology* 5: 29-37.
- Fernández, J.
1990. Análisis de las causas concurrentes al fracaso de las colonias Españolas de 1584 en el estrecho de Magallanes, Patagonia Austral. En J. R. Bárcena (ed.), *Culturas indígenas de la Patagonia*: 63-107. Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Producción Turner.
- Fisher, J. W.
1995. Bone Surface Modifications in Zooarchaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2(1): 7-67.
- Fugassa, M. y R. Guichón
2006. Nuevos aportes a la paleoparasitología del sitio arqueológico Nombre de Jesús (S. XVI), cabo Vírgenes, Argentina. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 8 (1): 73-83.
- Hamilton, E. J.
1929. Wages and subsistence on Spanish treasure ships, 1503-1660. *Journal of Political Economy* 37: 430-450.
- Haring, C. H.
1979. *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- L'Heureux, G. L. y N. V. Franco
2002. Ocupaciones Humanas en el Área de Cabo Vírgenes (Pcia. de Santa Cruz, Argentina): el Sitio Cabo Vírgenes 6. *Anales del Instituto de la Patagonia* 30: 183-201.
- Lyman, R. L.
1994. *Vertebrate Taphonomy*. Nueva York, Cambridge University Press.
2008. *Quantitative Paleozoology*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Martinić, M.
1978. Nombre de Jesús, una población de ubicación incierta. *Anales del Instituto de la Patagonia* 9: 53-64.
1983. El Reino de Jesús. La efímera y triste historia de una gobernación en el Estrecho de Magallanes (1581-1590). *Anales del Instituto de la Patagonia* 14: 7-32.
- Mena García, C.
2003. La Casa de la Contratación de Sevilla y el abasto de las flotas de Indias. En A. Acosta Rodríguez, A. González Rodríguez y E. Vila (eds.), *La Casa de la Contratación y la navegación entre España y las Indias*: 237-278. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Mengoni Goñalons, G. L.
1999. *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Nussio Díaz, E.
2001. Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa. El proyecto de fortificación del Estrecho de Magallanes en época de Felipe II. En M. J. Varela (ed.), *Descubrimientos y Cartografía IV: Grandes Viajes Descubridores*: 165-287. Valladolid, Universidad de Valladolid, Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamerica y Portugal.

Ortiz Troncoso, O. R.

1970. Excavación arqueológica de la iglesia del poblado hispánico de Rey don Felipe (Patagonia austral chilena). *Anales del Instituto de la Patagonia* 1(1): 5-13.

1971a. Rey don Felipe, ciudad hispánica del siglo XVI en la Patagonia. Su redescubrimiento por la arqueología. *Revista General de Marina*, Marzo: 1-8. Madrid.

1971b. Arqueología de los poblados hispánicos de la Patagonia austral. Segunda etapa de excavaciones de Rey don Felipe y nuevos antecedentes sobre Nombre de Jesús. *Anales del Instituto de la Patagonia* 2(1/2): 3-11.

Pastells, P.

1920. *El descubrimiento del Estrecho de Magallanes*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

Perez-Mallaína Bueno, P.

1992. *Los hombres del océano. Vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias, siglo XVI*. Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Sevilla.

Piqueras, R.

1989. Sin oro y muertos de hambre: fracaso y alimentación en la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida. *Boletín Americanista* 39-40: 175-184.

1998. Episodios de hambre urbana colonial: las hambrunas de La Isabela (1494), Santa María La Antigua del Darién (1514) y Santa María del Buen Aire (1536). *Boletín Americanista* 48: 211-223.

2006. Los perros de la guerra o el "canibalismo canino" en la conquista. *Boletín Americanista* 56: 186-202.

Reitz, E. J.

1991. Dieta y alimentación Hispano-Americana en el Caribe y La Florida en el siglo XVI. *Revista de Indias* LI (191): 11-24.

Reitz, E. J. y M. Scarry

1985. Reconstructing Historic Subsistence with an Example from Sixteenth-Century Spanish Florida. *Special Publication Series* 3. Michigan, Society for Historical Archaeology.

Rosenblat, A.

1950. *Pedro Sarmiento de Gamboa. Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*. Recopilación de sus relaciones sobre los dos viajes al Estrecho y de sus cartas y memoriales. Con un apéndice documental sobre su vida y sus viajes 2. Buenos Aires, Emecé.

Sarabia Viejo, M. J.

1988. *Pedro Sarmiento de Gamboa: Los viajes al estrecho de Magallanes*. Madrid, Alianza.

Senatore, M. X.

2008. Morir en Nombre de Jesús. Escenas de ambivalencia en los confines del mundo colonial. En F. Acuto y A. Zarankin (eds.), *Sed Non Satiata II. Acercamientos sociales en la arqueología Latinoamericana*: 243-256. Córdoba, Grupo Encuentro.

Senatore, M., M. de Nigris, R. Guichón y P. Palombo

2007. Arqueología en la Ciudad del Nombre de Jesús: vida y muerte en el Estrecho de Magallanes hacia fines del siglo XVI. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 779-786. Punta Arenas, CEQUA.

Suby, J., R. Guichón y M. X. Senatore

2009. Los restos óseos humanos en la ciudad del Nombre de Jesús. Evidencias de la salud en el primer asentamiento europeo en Patagonia austral. *Magallania* 37(2): 23-40.

ORGANIZACIÓN ESPACIAL INTRASITIO DURANTE EL PLEISTOCENO FINAL EN LA MESETA CENTRAL DE SANTA CRUZ. EVIDENCIAS DEL SITIO CASA DEL MINERO 1

Fabiana Skarbun* y Ariel David Frank**

RESUMEN

Este trabajo busca conocer cómo se distribuyen los artefactos líticos en el componente inferior, del Pleistoceno final, del sitio Casa del Minero 1, Meseta Central de Santa Cruz. Estos estudios se vinculan con los análisis previos realizados en el sitio y en su paisaje circundante. El objetivo es aportar un cuerpo de conocimiento relevante para comprender cómo se implementaron en el espacio las estrategias de producción de artefactos y el papel que jugaron los fogones en la organización de las actividades. Se construyeron modelos de densidad artefactual por materia prima y según la secuencia de producción y buffers de distancias de las piezas a los fogones. Los resultados indican que la distribución de los distintos pasos de la secuencia en cada materia prima estaría vinculada con estrategias tecnológicas y que la talla de las distintas rocas se realizaría en espacios diferenciados, principalmente en las cercanías a las fuentes de calor.

Palabras clave: *artefactos líticos – distribución espacial – Patagonia – estrategias tecnológicas – fogones.*

ABSTRACT

This paper seeks to understand the way lithic artifacts are distributed in the lower component of site Casa del Minero 1, located in the Central Plateau of Santa Cruz and placed chronologically in the Final Pleistocene. This study relates to previous analyses made at the site and the surrounding landscape. The aim is to contribute a relevant corpus of knowledge to understand how artifact production strategies were implemented throughout space as well as the role played by hearths in the organization of activities. Models of artifact density are

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. E-mail: fskarburn@fcnym.unlp.edu.ar

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. E-mail: frank.ariel@gmail.com

constructed for each raw material, taking into account the different production stages. Distance buffers of lithic remains from hearths are also created. Results show that the distribution of the production stages for each raw material is related to technological strategies and that the knapping of different rocks was undertaken in distinct spaces, mainly around heat sources.

Keywords: *lithic artifacts – spatial distribution – Patagonia – technological strategies – hearths.*

INTRODUCCIÓN

Este estudio se enmarca dentro de las investigaciones realizadas en la Localidad Arqueológica La María, Meseta Central de Santa Cruz, que tienen como fin comprender las formas en que las sociedades pasadas vivieron en la región. Dentro de este marco, un objetivo es conocer cómo fue utilizado el paisaje y de qué manera fueron ocupados los sitios, considerando su ubicación en el espacio local, regional y macrorregional.

Particularmente, en este trabajo se busca comprender la organización espacial intrasitio del componente inferior de Casa del Minero 1 (CDM1) de la Localidad Arqueológica La María, a partir del estudio de la distribución de los artefactos líticos. Además, se analiza qué rol jugaron las estructuras de combustión en la organización de este espacio.

Las preguntas que guían la investigación se refieren a si existe relación entre la localización de las actividades de talla y las estrategias tecnológicas implementadas durante la secuencia de producción de instrumentos de diversas materias primas, y si otros factores, como la presencia de fogones, afectaron esta distribución.

MARCO TEÓRICO

La organización espacial del registro arqueológico

La forma en que se organiza espacialmente el registro arqueológico es el producto de la reiterada modificación del paisaje en función de la continua práctica social. Así, el resultado de las acciones humanas se refleja en un determinado ordenamiento (Mansur *et al.* 2007) y la utilización diferencial del espacio se manifestará en la distribución del registro arqueológico, en sus diversas escalas: regional, local y microlocal (o intrasitio). Desde este enfoque, y contemplando los procesos naturales de formación de sitios que interactúan con los procesos culturales y generan modificaciones (Rossignol 1992), se considera al registro como continuo y que su estructura puede ser descripta en términos de la variación en la densidad artefactual (Foley 1981).

Por lo tanto, los diferentes tipos de ocupación –que se pueden dar de manera reiterada–, la forma de organizar las actividades y de descartar los artefactos, junto con los procesos posdeposicionales, resultan en una organización particular del registro. Así, analizar cómo se disponen los restos arqueológicos aporta información para evaluar de qué manera estos distintos procesos determinaron su distribución hasta el momento de ser recuperados durante la excavación.

En este contexto, los sitios son considerados como áreas de mayor concentración de material arqueológico, que pueden pertenecer a un sólo evento de ocupación o ser el producto de palimpsestos. Son una unidad construida y sus límites son definidos por el arqueólogo (Dunnell 1992). Los espacios reparados, en Patagonia, funcionan como trampas sedimentarias y suelen presentar buena estratigrafía y preservación de los restos. Por esta razón, las cuevas, los aleros y los abrigos son muy útiles para realizar estudios arqueológicos de estas características. Estos

fueron ocupados como un elemento más del paisaje dentro de la variedad de ambientes (Paunero 2003), y su investigación debe complementarse con el análisis de sitios a cielo abierto y estudios distribucionales regionales. Así, la forma en que se organiza y utiliza el espacio dentro de un sitio se relaciona con el paisaje donde éste se encuentra.

La organización del espacio intrasitio

Existen diferentes formas en que los restos materiales son descartados. Binford (1994), a partir de trabajos etnoarqueológicos, distingue entre zonas “*drop*” y “*toss*”. Las primeras son aquellas donde se realizan las actividades, se usan los artefactos y caen la mayor parte de los desechos de una actividad, mientras que las zonas “*toss*” son los puntos en que se arrojan los elementos de mayor tamaño, alejados de las áreas donde se desarrolló la tarea.

Otra distinción puede hacerse entre un descarte de tipo primario y secundario. El primero corresponde a aquellos restos que se desechan en el mismo lugar en el que fueron producidos y/o utilizados, mientras que en el segundo, este sector es diferente al de descarte. Por lo general, se considera que cuanto mayor es la intensidad de ocupación, es más probable que se desarrollen áreas especializadas donde concentrar los desechos, y que se generen entonces áreas de descarte secundario (Schiffer 1972).

En relación con la confección de artefactos líticos, una manera en que es posible diferenciar áreas de descarte primario y secundario es a través de análisis del tamaño de los desechos y de su distribución. Se considera que, en los casos de descarte secundario, las actividades de limpieza y mantenimiento tenderán a focalizarse sobre los restos más grandes, que resultan molestos y potencialmente peligrosos. Parte de estos podrían haber sido arrojados lejos del área de actividad, e incorporarse a la zona “*toss*”. Además, los artefactos pequeños tienen mayores posibilidades de introducirse en la matriz sedimentaria rápidamente por diversos procesos. Así, se espera que los elementos más pequeños tiendan a permanecer en el área de descarte primario; mientras que las piezas de mayor tamaño, dependiendo de la intensidad de ocupación, pueden ser removidas de dicho lugar y ser descartadas en otros espacios (O’Connell 1987; Stevenson 1991; Bellomo 1994; Bamforth *et al.* 2005). Diversos autores difieren acerca de cuál es el tamaño de los elementos pequeños, que fluctúa entre los 2 cm y los 9 cm (Gifford 1980; O’Connell 1987; Stevenson 1991; Bellomo 1994; Bamforth *et al.* 2005; Alperson-Afil 2008).

En el caso de las sociedades cazadoras recolectoras, muchas de las actividades llevadas a cabo se desarrollan en torno a las estructuras de combustión y se vinculan al diseño y organización del espacio intrasitio (Paunero 2003; Massone 2004; Vaquero *et al.* 2004; Alperson-Afil 2008). El fuego interviene en procesos de trabajo y actividades de la sociedad, y resulta importante en ámbitos sociales, simbólicos, rituales, tecnológicos y biológicos. Se ha planteado que es esperable encontrar una parte importante de los restos arqueológicos alrededor de estas estructuras (Stevenson 1991; Binford 1994; Bamforth *et al.* 2005).

Entre los aspectos que inciden en el comportamiento de un grupo en torno al fuego se encuentran la intensidad y frecuencia de una ocupación determinada. La primera se define por la interacción entre el tamaño del grupo y la duración de la ocupación (Nakazawa 2007). Estos aspectos tienen implicaciones en la forma de descarte de los materiales, el tamaño del fogón y las prácticas de mantenimiento del espacio.

Diversas investigaciones han aportado elementos que se pueden tener en cuenta para evaluar las características de las estructuras de combustión y la distribución de los materiales en torno a ellas, en relación con la intensidad de ocupación. Así, se espera que en ocupaciones cortas de pocas personas y con baja reutilización de los espacios, se invierta escasa energía en la preparación, encendido y mantenimiento de los fogones, que serán por lo general planos, de dimensiones acotadas y sin ningún tipo de preparación de su configuración. La expectativa es

que predomine un descarte de tipo primario, los artefactos tenderán a ubicarse alrededor del fogón, si bien es posible que los elementos mayores sean arrojados a zonas más distantes o se realice una limpieza expeditiva (Schiffer 1972; Stevenson 1991; Binford 1994; Bamforth *et al.* 2005; Nakazawa 2007; Frank 2011). En dichas circunstancias, cuando las piezas con daño térmico no fueron consecuencia de la aplicación del tratamiento térmico, se espera que también tiendan a concentrarse alrededor de estructuras de combustión, dado que necesitan ubicarse muy próximas a la fuente de calor para resultar dañadas (Stadler *et al.* 2003; Frank 2011). En cambio, en los casos en que el daño se produjo en el contexto de aplicación del procedimiento pirotécnológico, la distribución de estas piezas dependerá del lugar donde se desarrolle la talla, y el descarte subsecuente.

Por otro lado, en ocupaciones largas y de muchas personas, con reutilización de los espacios, se invertirá mayor energía en la preparación de los fogones, que serán más grandes y/o presentarán diversidad en su estructura. Se espera que los espacios reutilizados sean mantenidos libres de desechos molestos, por lo que predominará un descarte de tipo secundario, con lo cual quedarán como desechos primarios a su alrededor únicamente los elementos más pequeños. Aumentará la cantidad de piezas con daño térmico, aunque se presentarán en zonas alejadas del fogón, como parte de su mantenimiento (Schiffer 1972; O'Connell 1987; Stevenson 1991; Binford 1994; Stadler *et al.* 2003; Bamforth *et al.* 2005; Nakazawa 2007).

Tecnología lítica

El marco conceptual mediante el cual se encaró el estudio de la tecnología lítica se refiere a la forma en que ésta fue organizada (Bamforth 1986; Koldehoff 1987; Nelson 1991). Se investigaron las distintas estrategias implementadas en las secuencias de producción de artefactos formatizados y su diseño (Skarbun *et al.* 2007; Skarbun 2009).

Los pasos técnicos considerados en las secuencias tomados de Collins (1989-90) y modificados por Skarbun (2009) son: a. obtención de la materia prima; b. preparación y reducción inicial del núcleo y extracción de formas base (b1. descortezamiento, b2. talla y extracción de formas base); c. formatización final de los artefactos (c1. retalla, c2. retoque y c3. adelgazamiento bifacial); d. conservación/reactivación y e. descarte. Entre los distintos pasos de la manufactura, el tallador puede llevar a cabo otros procedimientos, como el tratamiento térmico.

Esta técnica consiste en exponer el material lítico a la acción del calor controlado de fogones durante la confección de artefactos. Optimiza las cualidades de la roca para la talla y genera cambios en el color y el lustre que resultan indicadores útiles para su reconocimiento. En algunos casos, su aplicación incide de manera negativa en los elementos, cuando pierden estos su fractura concoidea; por lo tanto puede producirse daño térmico, que se refiere a las fracturas características provocadas por la acción del fuego. El daño también se puede generar por causas no vinculadas al procedimiento pirotécnológico tales como el descarte de las piezas en las estructuras de combustión o el contacto posdeposicional de éstas con el fuego (Mandeville 1973; Nami *et al.* 2000; Stadler *et al.* 2003; Domanski y Webb 2007; Frank 2009a y bibliografía allí citada).

ESTUDIOS SOBRE DISTRIBUCIÓN INTRASITIO EN PATAGONIA

Los estudios distribucionales intrasitio realizados en la arqueología de Patagonia muestran distintos enfoques y objetivos. Por citar algunos ejemplos, los análisis distribucionales y funcionales de los instrumentos líticos de Cerro Tres Tetras 1 (C3T1), en la Meseta Central de Santa Cruz, han permitido reconocer áreas de actividad, donde se desarrollaban diversas tareas.

Éstas se estructuraban en torno a los fogones, que habrían servido como eje espacial dentro del sitio. Cabe destacar que estas áreas difieren a lo largo del tiempo. Mientras que para el Holoceno medio se relacionan con el trabajo sobre hueso y sobre cuero, para el componente pleistocénico, ocupado por grupos humanos en contextos colonizadores, se reconocen áreas vinculadas al raspado y otras al corte, siendo secundaria la diferenciación en cuanto al material trabajado (Paunero y Castro 2001; Paunero *et al.* 2007a).

Miotti y colaboradores (1999) analizan la distribución de los restos óseos del sitio AEP1 en la localidad arqueológica Piedra Museo, Meseta Central de Santa Cruz. Estos se ubican a modo de pilas, que representarían locus de descarte en el marco de actividades de faenamiento de piezas de caza. Los autores comparan su disposición con la de restos líticos y remarcan que ambos tipos de materiales se distribuirían en distintas áreas del sitio.

Mansur y colaboradores (2007) analizan a través de métodos geoestadísticos la distribución de los materiales del sitio Ewan II (Tierra del Fuego), una probable choza vinculada al ritual Selk'nam del Hain. A pesar de la ausencia de la estructura que habría conformado la choza, estos estudios les permiten concluir que la disposición de los elementos se ajusta a lo esperado para espacios delimitados por barreras físicas. Observan además, que las actividades habrían estado desarrolladas alrededor de un gran fogón central.

Por su parte, Massone (2002, 2004) realiza un análisis de la distribución de materiales en el sitio Tres Arroyos (Tierra del Fuego), el cual es asignable a la transición Pleistoceno-Holoceno, centrandó su atención en los fogones. Observa abundantes restos alrededor y dentro de las estructuras de combustión, en torno a las cuales se habrían desarrollado actividades de procesamiento, uso, reactivación de filos y descarte de artefactos líticos, pudiéndose diferenciar también eventos de talla y actividades de tratamiento térmico, de acuerdo con la distribución de las materias primas. Por otra parte, la proximidad entre sí de estas estructuras lleva a considerar que la ocupación de la cueva no fue un episodio efímero sino un proceso reiterado. Massone (2002) también realiza una comparación de los fogones del sitio con los de otros contemporáneos y asignables a la misma modalidad cultural Fell 1. Observa algunos patrones reconocibles en su preparación y en sus asociaciones contextuales. Tienen, principalmente, forma en cubeta, aunque también se reconocen fogones planos. Tanto en su interior como a su alrededor es común encontrar restos óseos –en algunos casos quemados– y líticos.

Otros estudios arqueológicos en Patagonia (por ej., Aguerre 1981-82; Aschero 1981-82; Velásquez y Mena 2006) si bien no realizan análisis distribucionales, observan que los artefactos se concentran en torno a estructuras de combustión.

En todas estas investigaciones se marca la existencia de una organización de las actividades dentro de los sitios, que puede ser visualizada a partir de la distribución de los restos y la importancia del fogón como organizador de los espacios.

LA COLONIZACIÓN INICIAL DE LA MESETA CENTRAL DE SANTA CRUZ

Para el momento de transición Pleistoceno/Holoceno se ha planteado que la exploración y colonización inicial de la Patagonia habría sido un proceso lento, con una demografía muy baja (Borrero 1994-95; Paunero 2003, 2009; Miotti y Salemme 2004), con ritmos no constantes, avances y retrocesos de las poblaciones y ocupaciones de corto plazo (Borrero 1999). Miotti y Salemme (2004) proponen para la Meseta Central un modelo de movilidad residencial restringida, debido a la existencia de sectores donde se concentran los recursos y que reúnen condiciones estratégicas para la caza y el óptimo control de la región (Paunero 2009). Así, según Miotti (2003), las áreas donde se encuentran distintos sitios de la región habrían formado parte de un sistema de movilidad. En este contexto, las cuevas habrían sido utilizadas tanto como parte de campamentos mayores así como para usos específicos (Paunero 2003), y en ellas se habrían

llevado a cabo diferentes actividades –trabajo sobre cuero y sobre hueso, procesamiento primario, elaboración de intermediarios y de diferentes bienes–. Se postuló una estrategia de subsistencia de tipo generalista, con caza predominantemente de guanaco, y de mamíferos pleistocénicos de manera oportunística (Miotti y Salemme 2004).

CASA DEL MINERO 1

Casa del Minero 1 y el paisaje donde se localiza han sido investigados desde diversos enfoques a partir del año 2000; entre ellos se encuentran tanto descripciones generales del área como del sitio; estudios sobre la organización de la tecnología lítica, sobre la estructuración de los recursos líticos regionales; análisis de la alteración térmica de los artefactos así como observaciones de los micropulidos de los filos; también se cuenta con descripciones de los conjuntos zooarqueológicos y de los artefactos confeccionados sobre hueso. Esta información se integró en el marco de los modelos regionales de poblamiento inicial y ocupaciones posteriores (Paunero 2000, 2003, 2009; Paunero *et al.* 2005; Frank *et al.* 2007; Paunero *et al.* 2007b; Skarburn *et al.* 2007; Cueto *et al.* 2009; Frank 2009b; Paunero *et al.* 2009; Skarburn 2009).

Dada la abundante información existente, a continuación se hará una breve descripción de las características más relevantes para los objetivos de este trabajo. El sitio CDM1 se localiza en el Cañadón de La Mina, el cual se emplaza al sur de la Localidad Arqueológica La María. Está compuesto por paredes de ignimbrita de la formación Chon Aike y en él se localizan dos cuevas que constituyen los sitios arqueológicos *Casa del Minero 1* y *2* –el último con escasas pinturas rupestres–. A lo largo del cañadón se extiende un zanjón que cuenta con agua de manera intermitente, producto de las precipitaciones; y en su base se presenta una vertiente, la cual nutre un cauce que desemboca en la *Laguna de los Alzados*. Dos afloramientos rocosos fueron utilizados como canteras –*El Morro*, compuesto por material tobáceo silicificado, de color pardo-violáceo y la *Cantera de Sflex CDM*, de colores principalmente rojo y amarillo–. Por último, se halla un afloramiento de caolín con importantes concentraciones de pigmentos rojos, ocres y amarillos en su alrededor (Paunero *et al.* 2004; Paunero *et al.* 2005; Frank *et al.* 2007).

La cueva de CDM1 se encuentra orientada hacia el oeste, a 29 m del zanjón, a una altura de 5,83 m sobre el cauce de éste. Sus coordenadas geográficas son S48°33' y O68°51'. Las entradas naturales de la cueva actualmente están cerradas por un empircado realizado por mineros que ocuparon el lugar entre los años 1920 y 1960 (Paunero *et al.* 2007b). El largo máximo de la cueva es de 11,76 m, medido de N a S, el ancho máximo de E a O es de 5,80 m; abarca una superficie de 68,20 m². Se excavaron 15,32 m², lo que representa el 22,5% de la superficie total (Paunero *et al.* 2007b; Paunero 2009). Se trata de un sitio multicomponente con evidencias de ocupaciones desde el Pleistoceno final hasta inicios del siglo XX. El componente inferior del sitio –sobre el que se realizan los estudios en el presente trabajo– corresponde a la unidad estratigráfica 4. Posee fechados de *ca.* 11000 años ¹⁴C AP (Paunero *et al.* 2007b:579), y se encuentra sellado por una clara línea de rocas de derrumbe. Por encima de éste se encuentra la unidad 3 inferior fechada en *ca.* 10250 años ¹⁴C años AP (Paunero *et al.* 2007b:579). Las características de ambas unidades remiten a ocupaciones tempranas en el poblamiento de la región, con rasgos diagnósticos de fase colonizadora.

En la unidad 4 se identificaron diez fogones que ocupan un sector restringido del espacio excavado en el sudeste de la cueva (Paunero *et al.* 2007b). Estas estructuras, junto con los análisis del conjunto óseo (según las evidencias de fracturas helicoidales y marcas de corte) y lítico, permitieron postular que las actividades realizadas habrían estado relacionadas con el procesamiento primario y el consumo, el trabajo tanto sobre cuero como en hueso, y la elaboración de diferentes bienes (Paunero *et al.* 2007b).

El registro zooarqueológico incluye tres especies de camélidos: *Lama guanicoe* (el taxón más representado del conjunto), *Hemiauchenia paradoxa* y *Lama (vicugna) gracilis*. También se identificaron dos variedades de cánidos y *Rhea* sp. (Paunero *et al.* 2005; Paunero *et al.* 2009).

La tecnología lítica

Los estudios previos realizados por distintos investigadores en la Meseta Central para el Pleistoceno final (Mansur-Franchomme 1983; Miotti 2003; Skarbun 2009) plantean que hubo una estructuración intersitio de las tareas realizadas –de mantenimiento o extractivas (Binford y Binford 1966; Bousman 2005)–. Así, en la unidad 4 de CDM1, la manufactura de los artefactos estaría relacionada con el procesamiento primario, secundario y con el consumo, faltando las puntas de proyectil, lo cual se vincularía a la función del sitio dentro del patrón de movilidad y asentamiento (Skarbun 2009). También existe, a nivel regional, una diferenciación espacial en las actividades de manufactura, evidenciada por la preparación de los núcleos en las canteras y por la existencia de sitios donde se realizó el resto de las actividades (Paunero *et al.* 2005). Esto se manifiesta en los pasos de la secuencia de reducción presentes en el componente inferior de CDM1: se realizó escaso descortezamiento de los núcleos en el sitio, la presencia de pocas lascas de este paso y abundantes restos de talla del núcleo indica que estos fueron ingresados, aunque no se descartaron allí (Frank *et al.* 2007; Skarbun *et al.* 2007; Skarbun 2009).

El conjunto lítico registra una baja cantidad de instrumentos (0,89%) en relación con los productos de talla (99,11%), siendo el total de artefactos 1.240. La materia prima refleja la variabilidad encontrada en los afloramientos de la localidad. Se utilizó principalmente sílex, en mayor medida rojo; también se manufacturaron piezas de xilópalo y calcedonia (Skarbun 2009).

El tamaño de los elementos tiende a ser pequeño. El 96,85% del conjunto presenta un largo menor a 4 cm, siendo el 80,4% menor a 2 cm. El resto posee tamaños entre 4,1 y 8,3 cm.

Las lascas retocadas son la clase artefactual más representada en sílex; éstas fueron confeccionadas mediante estrategias de baja inversión de energía. Fuera de esta clase de artefactos sólo se identificó un cuchillo. En calcedonia se recuperó un raspador distal de filo corto con evidencias de reactivación (Skarbun 2009).

En el sitio se obtuvieron las formas base y se realizó la formatización final de los artefactos de sílex y calcedonia. El total de lascas de sílex es de 857, entre ellas se encuentran representadas principalmente las etapas de formatización final, que constituyen el 69,52% del total de esta roca. En cambio, para la calcedonia, con un total de 241, fueron identificadas en un 62,94% las producidas por la talla del núcleo y la extracción de formas base. En general, durante la formatización final de ambas materias primas se realizó principalmente el retoque (aproximadamente un 60%, sin contar las piezas de formatización final indeterminadas), aunque hay lascas de adelgazamiento bifacial (aproximadamente un 30%). Sin embargo, los artefactos formatizados por esta última técnica no fueron descartados en el sitio. Esto indicaría que se produjeron artefactos que se desecharon en diferentes locaciones, y evidenciaría la implementación de estrategias tecnológicas relacionadas con la conservación de la materia prima o de los instrumentos.

En cuanto a los instrumentos de xilópalo, se identificó una lasca retocada, un fragmento de pieza bifacial, una raedera y un raspador raedera. En general, puede observarse una mayor inversión de energía en su confección. La cantidad de productos de talla por artefactos formatizados de xilópalo es menor que para el resto de las materias primas. La razón de productos de talla por artefacto formatizado es de 142,67 para el sílex; 241 para la calcedonia y 10 para el xilópalo (Skarbun 2009); esto podría evidenciar que las piezas fueron ingresadas al sitio en estados avanzados de formatización o que algunas no fueron confeccionadas allí, pudiendo estar relacionado a diseños conservados, transportables y versátiles (Skarbun 2009).

Durante la manufactura de instrumentos se utilizaron ciertas técnicas especiales tales como el tratamiento térmico, en particular para la obtención de artefactos bifaciales de sílex rojo (49 restos que constituyen el 89,1% de las piezas de adelgazamiento bifacial de sílex rojo están tratados térmicamente). Por otro lado, se han registrado escasos restos con evidencias de daño térmico, que no habrían sido consecuencia del procedimiento pirotecnológico sino de alteraciones accidentales (44 piezas que conforman el 3,5% del total del conjunto están dañadas) (Frank 2009b).

En cuanto a las estrategias tecnológicas, existe una diferencia entre las vinculadas a la talla de los núcleos y la extracción de formas base respecto de aquellas relacionadas con la formatización final (Skarbun 2009).

Las vinculadas con la talla de los núcleos y la extracción de formas base estarían en relación con la estructura de los recursos líticos, siendo más utilizadas las materias primas de mejor calidad que estaban ampliamente distribuidas. Por un lado, se priorizó el uso de sílex, especialmente el rojo, que es el recurso más abundante y de mejor calidad en las cercanías del sitio. Para la confección de los artefactos descartados dentro del sitio se invirtió poca energía, mientras que para los instrumentos no desechados en CDM1 se invirtió mayor energía. Por otra parte, también se seleccionaron rocas locales de buena calidad, escasamente distribuidas y provenientes de distancias mayores, las cuales evidencian mayor economía de las materias primas y conservación de los artefactos formatizados; de esta manera se implementarían, aunque en baja frecuencia, estrategias tecnológicas y de transporte no relacionadas con la disponibilidad (Skarbun 2009).

Finalmente, en cuanto a las estrategias vinculadas con la formatización final de los instrumentos, el diseño y la conservación de estos estarían más relacionadas con otros factores como el tiempo de uso y la tarea a realizar (Skarbun 2009).

Procesos posdeposicionales

Las características de la unidad 4 nos llevan a considerar que la distribución de los artefactos ha sido poco modificada como consecuencia de los diversos procesos posdeposicionales actuantes. Este nivel presenta horizontalidad y límites marcados y no se observan cuevas de roedores ni alteraciones producidas por raíces u otras perturbaciones. El derrumbe que cubre la unidad constituye un excelente sello, y el fechado de la unidad 3 inferior muestra que el rango temporal sobre el que se trabaja no es demasiado amplio. Durante la excavación no se reconocieron alineamientos de los restos líticos ni óseos que pudieran indicar la acción del agua. Además, los conjuntos arqueológicos muestran buen estado de conservación y, en el caso de las herramientas líticas, la integridad de las piezas es buena. La integridad e identificabilidad de las estructuras de combustión apuntan en la misma dirección. Igualmente, los huesos termoalterados se distribuyen en las cercanías a las fuentes de calor. Por otra parte, los futuros análisis tafonómicos sobre los elementos óseos permitirán una comprensión más profunda sobre esta temática (Paunero *et al.* 2007b; Skarbun 2009; Frank 2011).

HIPÓTESIS

Considerando las preguntas iniciales que guían esta investigación, sumado a los resultados de los estudios previos sobre CDM1 y su espacio a escala local, así como la forma en que se distribuyen los materiales en otros sitios arqueológicos vinculados geográfica y temporalmente, se plantean las siguientes hipótesis:

Teniendo en cuenta que las ocupaciones más tempranas de este sitio serían de baja intensidad se espera en primer lugar que el descarte haya sido primario, reconocido principalmente por la presencia de restos de tamaño pequeño dentro del sitio; en segundo lugar, que haya habido escaso mantenimiento del espacio, evidenciado por la mezcla de elementos de diferente tamaño; en tercer lugar, que se haya invertido poco trabajo para la preparación de los fogones –evidenciado por estructuras planas y de dimensiones acotadas–; por último, que se hayan organizado las actividades y el espacio alrededor de los fogones, expresado esto por la concentración de los instrumentos en su entorno; y que las piezas dañadas térmicamente, producto del contacto no intencional con el fuego, se encuentren agrupadas alrededor de estas fuentes de calor.

Las diversas estrategias y técnicas de manufactura de artefactos debieron haber generado un descarte diferencial que puede identificarse en el patrón de distribución de las materias primas y de los pasos de la secuencia de reducción. De esta manera, se espera que las estrategias expeditivas, al ser realizadas en un mismo momento, presenten todos los pasos de la secuencia en el mismo lugar; mientras que en las conservadas, al tener un tiempo diferido las diversas etapas podrán estar espacialmente diferenciadas.

METODOLOGÍA

La procedencia de los artefactos en el sitio se registró según niveles naturales, por cuadrículas y sectores. En casos especiales, se ubicaron tridimensionalmente las piezas, lo que permitió acotar espacialmente su procedencia.

Durante los trabajos de campo, también se efectuaron mediciones de la cueva que facilitaron el registro tanto de sus dimensiones como de su morfología, y posteriormente se realizó un plano, que fue digitalizado y georreferenciado.

Se confeccionó un mapa de distribución mediante sistemas de información geográfica (SIG), que sirvió para vincular las piezas –y sus características tecnomorfológicas– con su ubicación espacial. Cada elemento fue representado por un punto en el espacio. Los que poseían información tridimensional fueron asociados a puntos que coincidían con su ubicación y, para los que sólo se conocía el nivel y la cuadrícula o el sector, se vincularon a puntos que fueron generados al azar dentro de estos límites. Distintos trabajos sobre distribución intrasitio sostienen que generar una referencia espacial azarosa dentro de las unidades excavadas de las que provienen los artefactos provee una representación espacial confiable (Gilead 2002; Alperson-Afil 2008). Las estructuras de combustión también fueron registradas tridimensionalmente en el campo y se incorporaron al mapa. A partir de esta información se calculó la densidad de restos líticos por m² por cuadrícula y se construyó un modelo de densidad artefactual utilizando el programa Surfer e interpolando los puntos por el método *kriging*, que nos permitió modelizar isolíneas (Izeta 2008; Bevan y Conolly 2009; Paunero y Skarbun 2011).

Para evaluar si existen áreas de actividad se realizó el análisis de la distribución de los artefactos líticos; en primer lugar se la consideró según el tamaño, en segundo lugar por tipo de roca (seleccionando las más abundantes en el sitio: sílex, calcedonia y xilópalo). Luego se estableció según la secuencia de reducción y finalmente se cruzaron ambas variables. Cuando las materias primas mostraban diferencias en las estrategias de formatización final se analizó la ubicación de los productos generados durante este paso.

Se puede postular que el área máxima confiable en la que el poder calorífico de un fogón es suficiente para calentar los cuerpos es 50 cm (Nakazawa 2007). De esta manera, teniendo en cuenta que esta área podría haber sido preferentemente utilizada, se estableció un área *buffer* –polígono creado utilizando el programa ArcGis 9.3 que considera un área de influencia de 50 cm a partir de los límites de cada fogón–, que permitió analizar si las piezas tendían a concentrarse en relación con las estructuras de combustión o en los espacios vacíos. Dicho análisis se llevó

a cabo con los restos líticos en su conjunto y con los artefactos tratados térmicamente. Por otra parte, se analizó mediante un test de Chi Cuadrado (para 1 grado de libertad y un nivel de confianza de 0,01) si existían diferencias entre las distintas materias primas en cuanto a la cercanía a las fuentes de calor. También se planteó un área *buffer* de 20 cm alrededor de los fogones para analizar su vinculación con piezas dañadas térmicamente; se definió esta área teniendo en cuenta que es esperable que las piezas líticas caídas dentro de una estructura de combustión se mantengan dentro de ésta o bien que se ubiquen en la adyacencia inmediata (Frank 2011).

RESULTADOS

Los fogones se ubican en siete de las diecisiete cuadrículas trabajadas (Tabla 1), localizados en el sector sudeste de la cueva, seis de las cuales presentan al menos dos estructuras de combustión cada una, las cuales son planas y elípticas.

Tabla 1. Longitud mayor y menor del eje de los fogones

Fogón	Dimensión (en cm)
A1-B1	42 x 22
B1	27 x 20
B1-B2	60 x 40
B2	39 x 26
A2-A1	57 x 35
F1-A2	27 x 20
F1	40 x 20
F2-F1	38 x 26
F2	31 x 19
J1-F2*	55 x 8

* Las dimensiones del fogón J1-F2 son parciales dado que una parte de éste penetra en el sector no excavado.

La distribución de la totalidad de los artefactos líticos muestra que la mayor parte del conjunto se concentra en el sector sudeste del área excavada (Figura 1).

El sector con mayor densidad es la cuadrícula B1, con 531,2 artefactos por m², seguido por B2, inmediatamente adyacente, con 329,5 artefactos por m². A su vez, existen varios sectores que no cuentan con restos líticos (D1, D2, G2 Y J1a) (Figura 2).

La Figura 3 muestra la distribución de los artefactos según su tamaño; se puede observar que en el sector sudeste se concentran tanto los elementos más pequeños como los mayores.

Se realizó el análisis de distribución por materias primas para aquellas más abundantes en el sitio: sílex, calcedonia y xilópalo (Figura 4). El sílex es la más numerosa, por lo tanto, es la que incide mayormente en el total del conjunto. Así, su distribución concuerda en gran medida con la de los materiales del sitio. Las isóneas muestran que el material se concentra en el sector sudeste y que la cantidad desciende abruptamente en los otros sectores.

En el mapa de calcedonia se observan dos sectores de agrupamiento, uno posee foco en la cuadrícula C2 y el otro en un sector de A2. La cantidad de elementos es menor que para el sílex y la distancia entre las isóneas es mayor, lo que indica que están más dispersos.

En cuanto al xilópalo, si bien la cantidad recuperada es baja, se agrupa en A1 y B2.

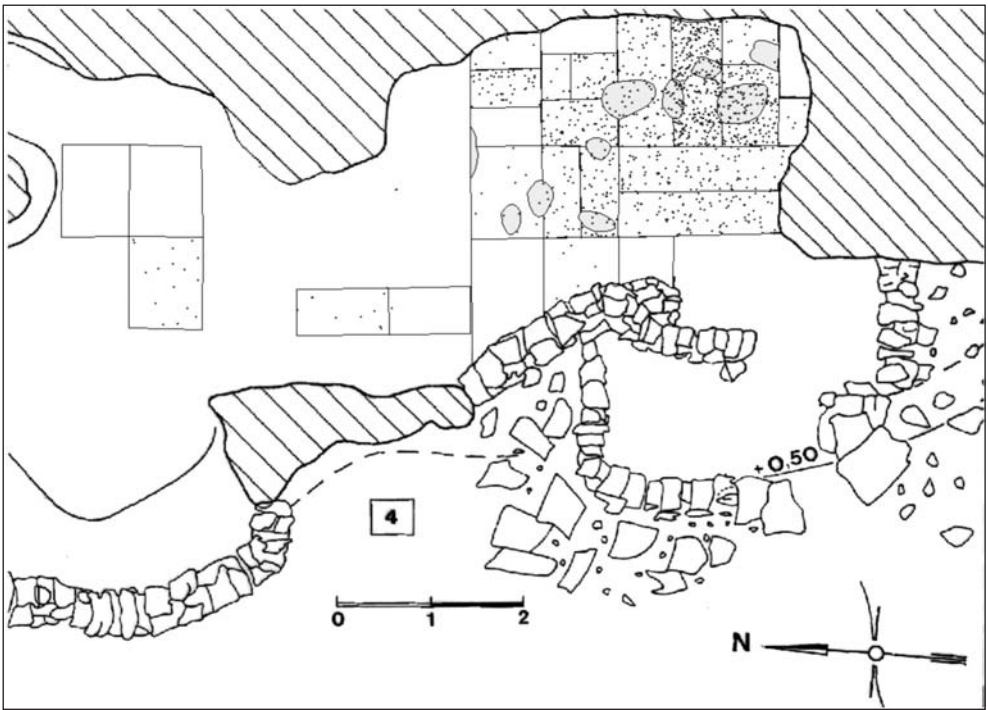


Figura 1. Distribución de los artefactos líticos en CDM1. Cada punto corresponde a un artefacto lítico. Las áreas en gris corresponden a estructuras de combustión

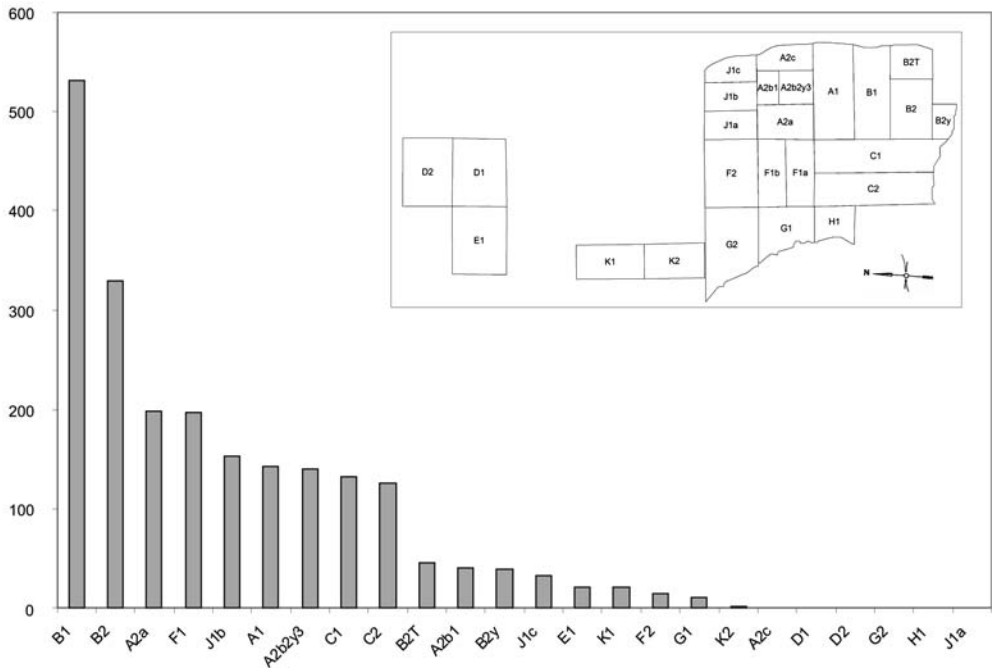


Figura 2. Densidad de artefactos líticos por m² por cuadrícula



Figura 3. Tamaño de artefactos líticos

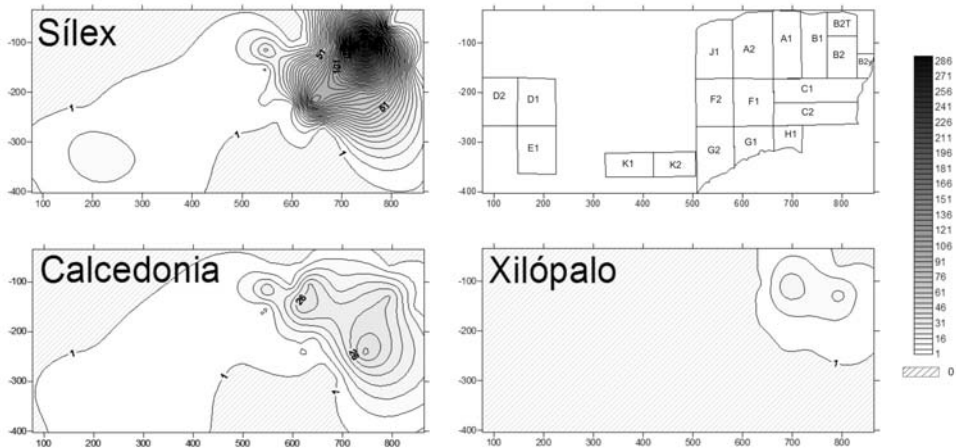


Figura 4. Modelos de distribución de artefactos por materias primas

Se desglosó la distribución del sílex por color, considerando los tres más abundantes. El rojo presenta una concentración muy elevada en B1, y muestra también valores altos en A1 y B2. En cambio, el marrón se ubica principalmente en un sector de F1, y el amarillo en C1. Este último, además, se presenta de manera acotada, abarcando escasa superficie (Figura 5).

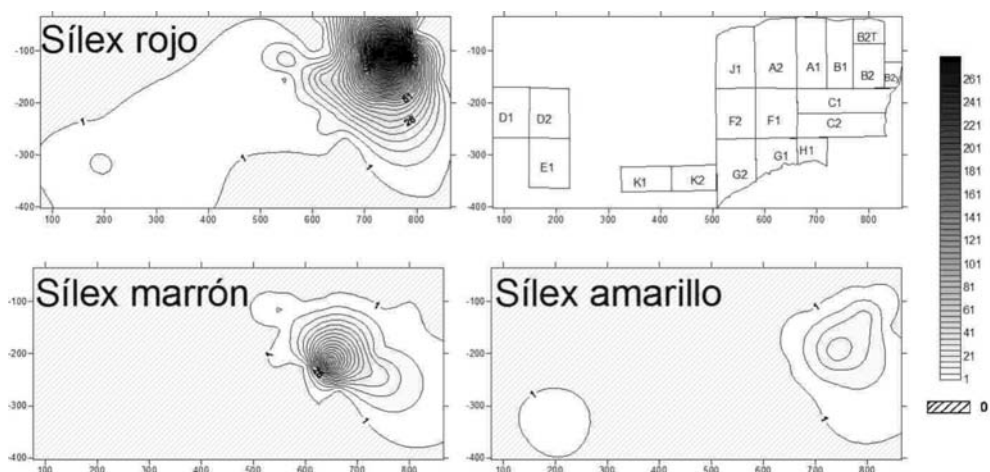


Figura 5. Modelos de distribución de artefactos según los colores de sílex

Al analizar la distribución de acuerdo con la secuencia de producción (Figura 6) se observa que las piezas generadas durante el descortezamiento son escasas y se encuentran en dos focos cercanos el uno del otro: B1-A1 y F1a-C1. Las originadas durante la talla son más abundantes, pero también se concentran en dos focos: A1 y C2. Finalmente, las de formatización final presentan mayor cantidad de elementos, fundamentalmente en B1; más allá de las diferencias en cantidades, observamos que el área de dispersión de los restos generados durante este paso es más acotada que en los otros dos.

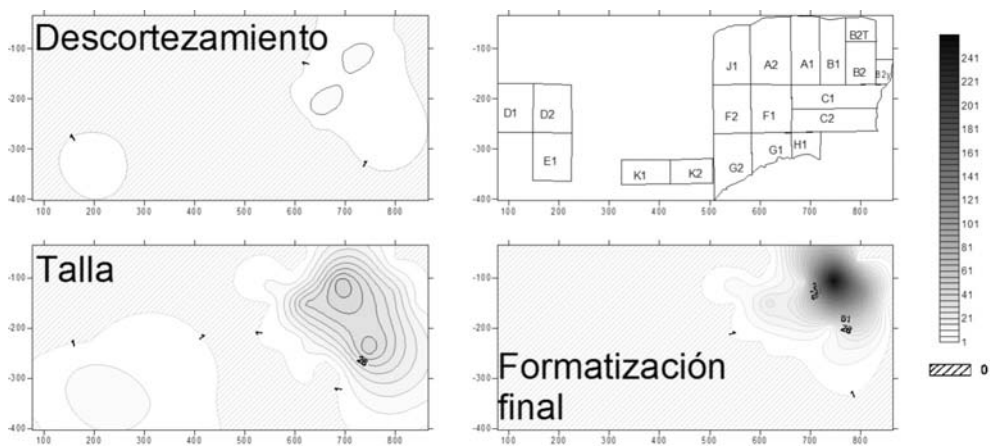


Figura 6. Modelos de distribución de artefactos según secuencia de producción

Se evaluaron detalladamente los diferentes pasos de la secuencia de reducción de las distintas materias primas. Se puede observar que con el sílex rojo prácticamente no se produjo descortezamiento en el sitio (Figura 7); las pocas piezas presentes se encuentran en el sector sur. Las de talla se ubican mayormente en A1, pero hay cantidades considerables en el área circundante. Las lascas producidas durante la formatización final de artefactos se centran principalmente en B1/A1; aunque estas son las más numerosas, el área de concentración es

pequeña. Al evaluar la dispersión de los elementos se observa que las áreas de distribución se superponen, siendo los focos de concentración de la talla y la formatización final adyacentes.

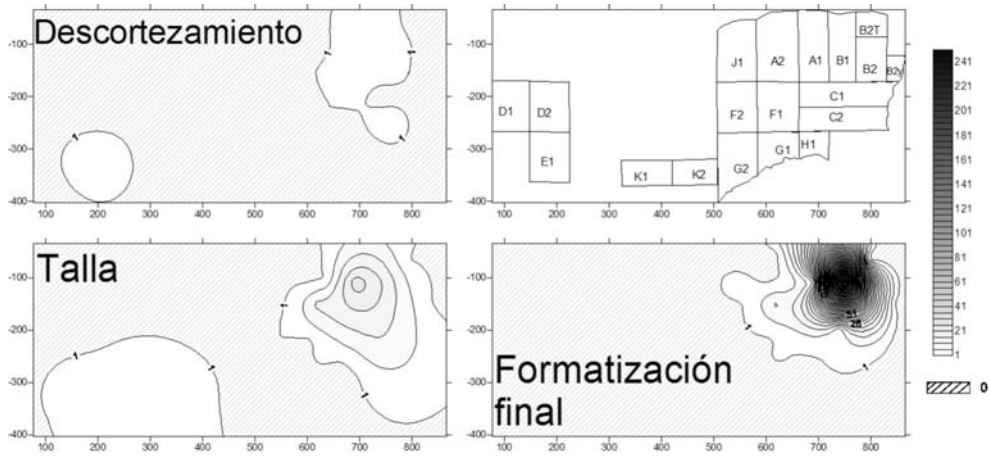


Figura 7. Modelos de distribución de artefactos de sílex rojo según secuencia de producción

En referencia al sílex marrón (Figura 8), las lascas generadas durante el descortezamiento están muy concentradas en F1 y su área de dispersión es pequeña. Las de talla también se agrupan allí, con un área de distribución mayor. Las escasas piezas de formatización final se distribuyen entre F1 y J1. Aunque las áreas de dispersión de los distintos pasos de la secuencia de producción son diferentes, las zonas de mayor concentración se superponen, lo cual indica que, para esta materia prima, toda la secuencia fue realizada en un mismo sector, diferente al del sílex rojo.

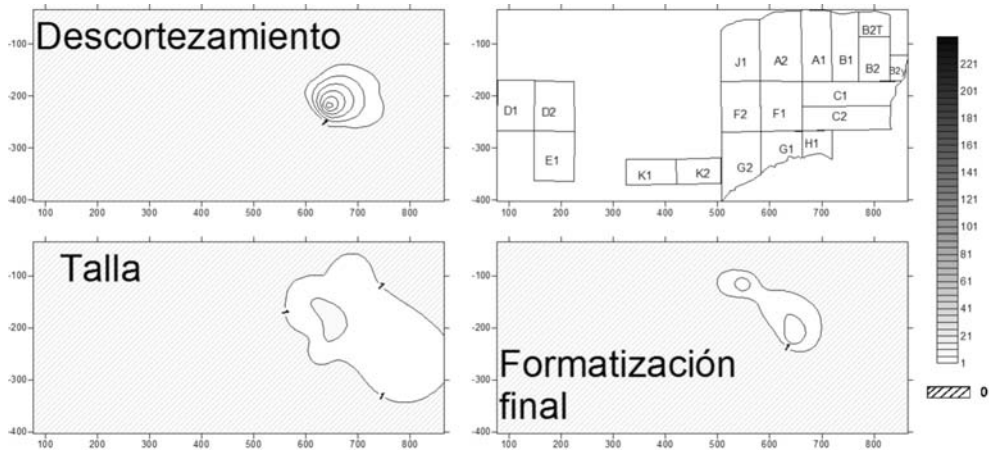


Figura 8. Modelos de distribución de artefactos de sílex marrón según secuencia de producción

No hay productos de descortezamiento de sílex amarillo; la cantidad de piezas generadas durante la talla es muy escasa y se concentra en C2, de manera poco dispersa. Las de formatización final son más abundantes y se centran en B2, estando también muy agrupadas. Las áreas de distribución se superponen parcialmente (Figura 9).

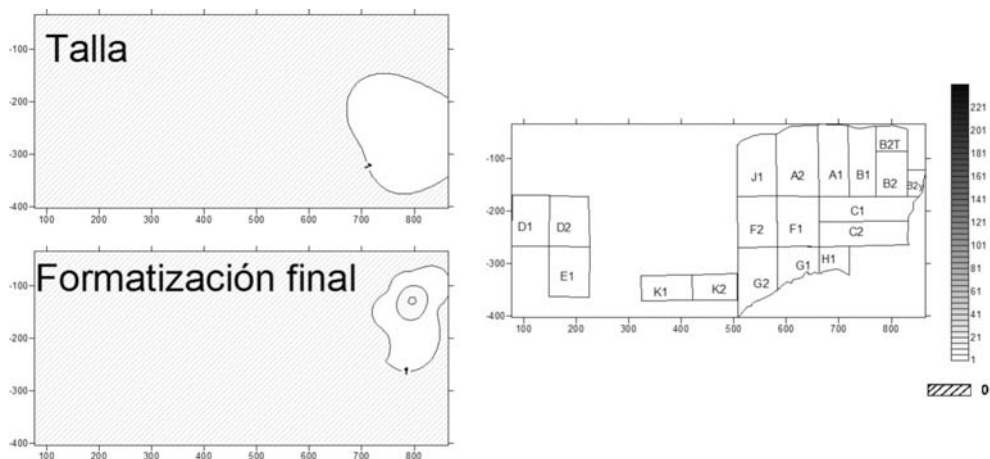


Figura 9. Modelos de distribución de artefactos de sílex amarillo según secuencia de producción

Para la calcedonia se observa muy poco descortezamiento. El foco de concentración de las piezas de talla se centra en C2, los de formatización final en B2 y secundariamente en A2. Las primeras se encuentran más dispersas que las segundas (Figura 10). En un nivel general, esta materia prima se encuentra más esparcida que las otras, si bien hay diferentes focos de mayor agrupación, las áreas de distribución de todos los pasos se superponen.

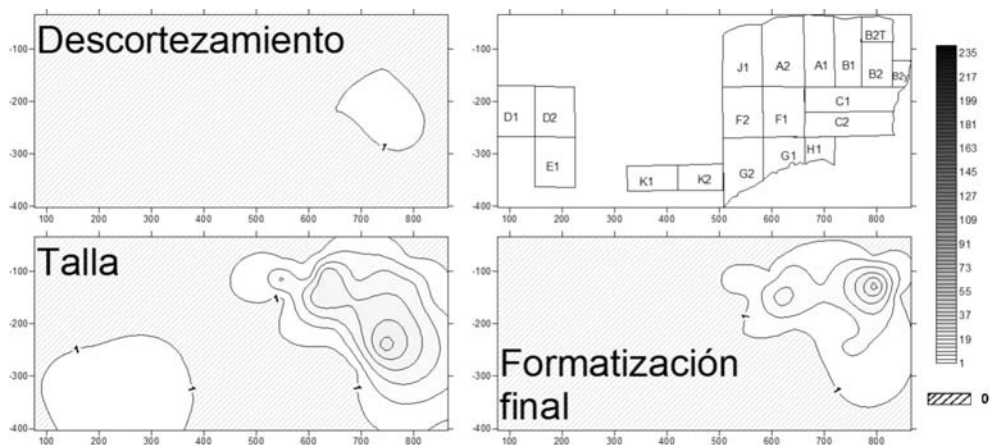


Figura 10. Modelos de distribución de artefactos de calcedonia según secuencia de producción

Si se observa la distribución de las lascas producidas durante las diferentes actividades de formatización final (Figura 11), se evidencia que para el retoque de los artefactos de calcedonia y de sílex rojo existiría una recurrencia en los espacios utilizados, llevándose a cabo preferentemente en la cuadrícula B2. Por otra parte, el adelgazamiento bifacial de las piezas de calcedonia (si bien son muy escasas) se habría realizado en A2, y en el caso del sílex rojo este se habría llevado a cabo principalmente en B1.

En cuanto al xilópalo (Figura 12), sólo se registraron dos piezas de descortezamiento, una en C1 y la otra en F2; la escasez de estos artefactos imposibilita la confección del modelo

de distribución. La cantidad de productos de la talla y de la formatización final es baja. Ambos poseen áreas de dispersión pequeñas, que se solapan parcialmente; sin embargo, la talla se concentra en A1 y la formatización final en B2.

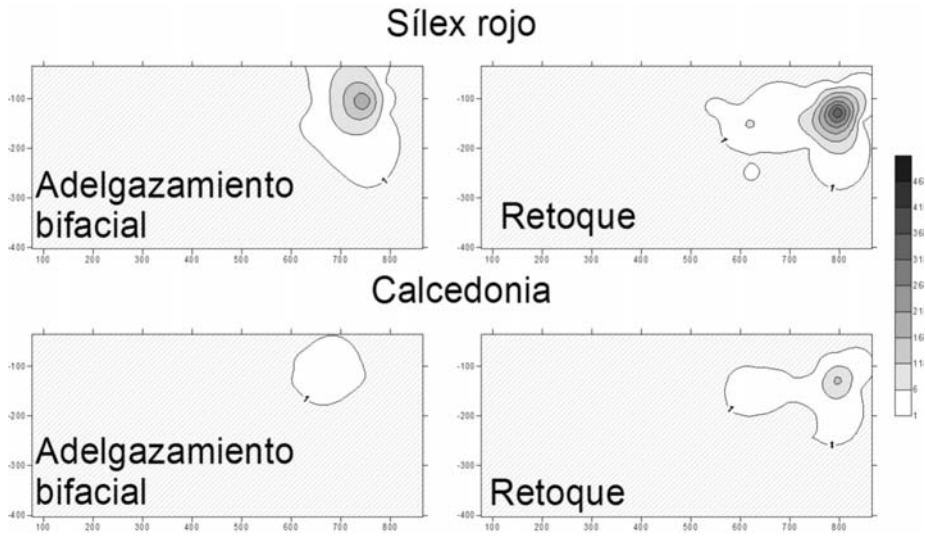


Figura 11. Modelos de distribución de piezas de sílex rojo y calcedonia producidas durante la formatización final de artefactos

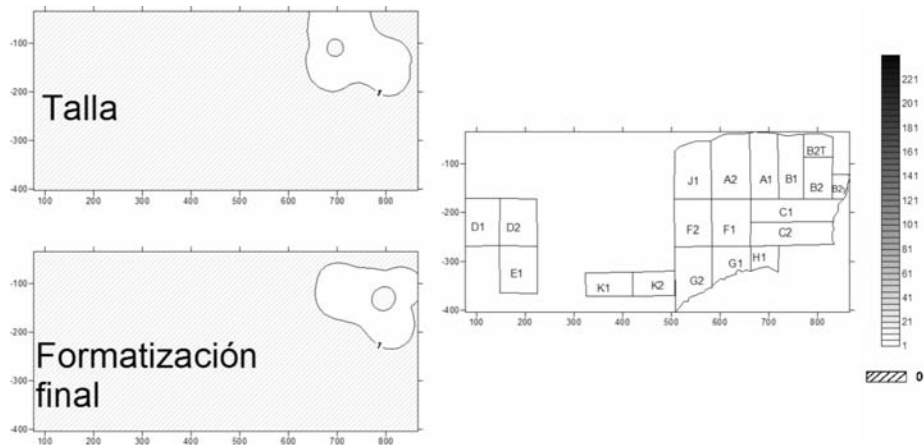


Figura 12. Modelos de distribución de artefactos de xilópalo según secuencia de producción

De las 1.240 piezas líticas, el 82,2% se encuentra dentro del área *buffer* de 50 cm de algún fogón. Por otra parte, el test de Chi Cuadrado, para analizar si existen diferencias entre las distintas materias primas en cuanto a la cercanía a las estructuras de combustión, indica que las diferencias son altamente significativas, esto es, la cercanía al fogón es dependiente del tipo de roca ($X^2 = 59,9$ para 1 grado de libertad y 0,01 nivel de confianza, donde el valor de probabilidad es de 13,2767). La Tabla 2 y la Figura 13 muestran la cantidad y el porcentaje de restos dentro del área *buffer* para cada una de las cinco principales. Se puede observar que la calcedonia y el sílex amarillo presentan porcentajes más bajos que las otras dentro del área.

Tabla 2. Frecuencia de piezas dentro y fuera del *buffer* de 50 cm. Según materia prima

Materia prima	Dentro del área <i>buffer</i> de 50 cm	Fuera del área <i>buffer</i> de 50 cm	Total
Calcedonia	162	80	242
Xilópalo	41	3	44
Sílex Amarillo	30	19	49
Sílex Marrón	142	27	169
Sílex Rojo	515	81	596
Total	890	210	1100

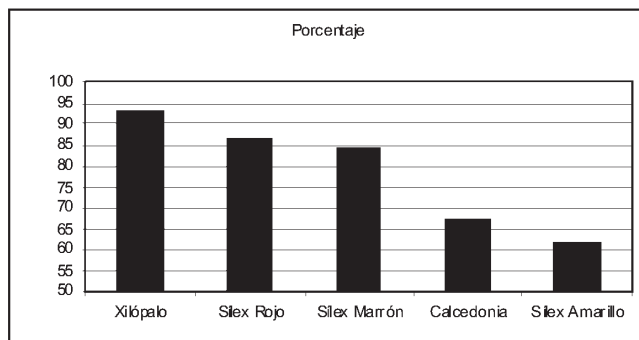


Figura 13. Porcentaje de piezas dentro del área *buffer* de 50 cm sobre el total de cada materia prima

Se contabilizó la cantidad de elementos que se encuentran dentro del área *buffer* de 50 cm de cada uno de los fogones. Se observa que aquellos correspondientes a las cuadrículas A y B concentran la mayor parte de los restos, mientras que los fogones F2 y J1-F2 presentan escasos elementos líticos a su alrededor (Tabla 3). Vale aclarar que en este caso, el número de piezas se ve sobredimensionado, ya que cada una puede ubicarse dentro varias áreas *buffer*. De las 409 piezas con tratamiento térmico, el 89,7% está dentro del área *buffer* de 50 cm de algún fogón. La Tabla 3 también indica que las piezas tratadas térmicamente se concentran alrededor de las estructuras de combustión localizadas en las cuadrículas A1 y B; en estas áreas las piezas tratadas representan más del 40% del total. Por otra parte, de las 44 lascas con daño térmico el 72,7% está a menos de 20 cm de distancia de los fogones.

Tabla 3. Distribución de piezas tratadas térmicamente, piezas totales y porcentaje de tratadas térmicamente sobre el total de piezas de cada área *buffer*

Área <i>buffer</i>	Piezas TT	Total	%
B2	78	140	56%
B1-B2	226	403	56%
B1	223	357	62%
A1-B1	227	388	59%
A2-A1	137	330	42%
F1-A2	36	251	14%
F1	7	162	4%
F2-F1	5	132	4%
F2	2	21	10%
J1-F2	2	21	10%

TT=tratadas térmicamente

DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES

Los resultados alcanzados en este estudio permiten sostener la idea de que se trataría de un sitio donde las ocupaciones fueron de baja intensidad, pero redundantes, en concordancia con los modelos de poblamiento planteados para la Patagonia, y más específicamente la Meseta Central de Santa Cruz, durante el Pleistoceno final (Borrero 1994-95, 1999; Paunero 2003, 2009; Miotti y Salemme 2004). Así, los diez fogones identificados en el sudeste de la cueva (Paunero *et al.* 2007b) se encuentran concentrados en un espacio reducido, lo que hace poco probable que estas estructuras de combustión hayan estado activas al mismo tiempo. Por lo tanto, posiblemente el sitio haya sido reocupado con una redundancia en la elección del espacio en el cual se iniciaron fogatas. Un ejemplo similar se reconoce en Tres Arroyos (Tierra del Fuego), donde se postuló que la ocupación del sitio fue un proceso reiterado a partir de la proximidad de las estructuras de combustión entre sí (Massone 2002). Por otra parte, en CDM1 éstas son planas y elípticas, lo que implicaría una baja inversión de energía en su preparación, a diferencia de lo observado en otros sitios contemporáneos de Patagonia, donde existen formas de cubeta o elementos de contención o protección (Massone 2004), que podrían indicar mayor intensidad de ocupación.

Por otra parte, se considera que la distribución de los artefactos líticos identificados en el sitio fue ocasionada por descarte primario, teniendo en cuenta la abundancia de restos de pequeñas dimensiones identificados, asociados a una menor proporción de elementos de tamaños mayores. Esto podría vincularse con una ausencia de mantenimiento del espacio, o bien con que dichas actividades hayan sido poco frecuentes, dado que las ocupaciones habrían sido de baja intensidad. Cabe aclarar que no se evidenciaron procesos posdeposicionales que pudieran haber alterado la disposición general de los vestigios. De esta manera, la escasez de restos líticos mayores a 4 cm podría evidenciar que los elementos más grandes no fueron descartados en ese sector, o bien que se realizó una limpieza de la superficie ocupada. Si bien es probable que ambos factores hayan jugado un papel en su ausencia, observamos que sí se presentan elementos óseos de grandes dimensiones en el mismo espacio. En consecuencia, si hubo algún proceso de limpieza y mantenimiento, éste debe haber sido eventual y expeditivo. Por otro lado, las evidencias indirectas del ingreso de núcleos al sitio y de confección de instrumentos que no fueron descartados allí (Frank *et al.* 2007; Skarbun *et al.* 2007; Skarbun 2009; Frank 2011) permite postular que al menos algunos de los artefactos de mayor tamaño faltan del sitio a causa de las estrategias tecnológicas implementadas y no por las actividades de mantenimiento del espacio llevadas a cabo.

En relación con la distribución de la secuencia de producción, se ve determinada por la forma particular en que ésta se dispone según cada materia prima –entre las cuales juega un papel importante la secuencia del sílex rojo, por ser más abundante–. Su análisis indicaría que cada una fue trabajada en espacios relativamente diferentes, observándose superposiciones entre las áreas de dispersión de cada material, si bien los focos de concentración se encuentran separados. Esto manifestaría que cada roca se talló en forma discreta, e hipotéticamente se pueden plantear dos posibilidades: una es que se trate de ocupaciones diacrónicas, y otra es que se trate de eventos sincrónicos realizados por diferentes personas. No resulta posible, hasta el momento, determinar cuál de estas opciones es la correcta.

En relación con las secuencias de producción, existen evidencias de que la preparación de los núcleos y el descortezamiento fueron realizados principalmente fuera del sitio, lo que implica una distribución intersitio de las actividades de talla. Ésta ha sido analizada en trabajos previos considerando la escala local, donde se discutió la posibilidad de que la preparación y el descortezamiento de los núcleos se haya producido en las canteras cercanas, dada la gran variabilidad y disponibilidad de ellas en la región (Paunero *et al.* 2005; Frank *et al.* 2007; Skarbun *et al.* 2007; Skarbun 2009).

Dentro del sitio, las actividades de talla del núcleo y la formatización final de artefactos, junto con los pocos indicios de descortezamiento, se realizaron en espacios acotados según el tipo de roca. En cada una de éstas, el área de dispersión de los distintos pasos es, por lo general, coincidente, y los focos de concentración se dan en el mismo sector o en sectores adyacentes. Un proceso similar se ha observado en el sitio Tres Arroyos, donde se han reconocido eventos de talla en cuadrículas definidas y diferenciadas por materia prima (Massone 2002, 2004).

Sin embargo, existe una diferencia en la distribución de las piezas de sílex rojo producidas durante el adelgazamiento bifacial y el retoque. Esto podría ser consecuencia de la implementación de dos estrategias diferenciales identificadas en este material, una relacionada con la confección de artefactos expeditivos, de retoque marginal; y otra con la manufactura de artefactos de adelgazamiento bifacial que no fueron descartados dentro del sitio (Skarbutun 2009). Durante su confección, estos últimos artefactos habrían sido tratados térmicamente, por lo que medió –entre la extracción de formas base y la formatización final– un procedimiento técnico que no habría intervenido en la manufactura de los instrumentos expeditivos (Frank 2009b). Así, cuando se implementaron estrategias con baja inversión de energía, se efectuaron en un mismo espacio los distintos pasos de reducción realizados para cada tipo de sílex. En cambio, para la confección de instrumentos de sílex rojo con técnicas que involucran mayor inversión de trabajo (adelgazamiento bifacial y tratamiento térmico) se observa una ubicación espacial diferencial con respecto a las otras piezas de la misma materia prima.

En el caso de la calcedonia, se puede reconocer una distribución diferente para la talla y la formatización final –dentro de ella se incluye el retoque y el adelgazamiento bifacial–. Esto marca una diferencia respecto de las estrategias implementadas para la confección de artefactos de sílex, ya que si bien ambas poseen una secuencia de producción similar, se diferencian en cuanto a la forma de su distribución. Para las calcedonias no se evidencia gran cantidad de energía en la extracción de las formas base; sin embargo, es una materia prima escasamente disponible en el sector y sí se observa mayor conservación de los artefactos formatizados (Skarbutun 2009). El hecho de que los distintos pasos de la secuencia se encuentren espacialmente diferenciados podría indicar que los artefactos sobre esta materia no se confeccionaron de manera expeditiva, dado que podrían señalar un tiempo diferido para su manufactura.

En el caso del xilópalo, se registró una diferenciación espacial entre los pasos de la talla y la formatización final. Aunque los restos son escasos, esto es concordante con lo esperado si se considera que los artefactos fueron confeccionados con estrategias de mayor conservación, que pudieron implicar en algunos casos el ingreso al sitio de instrumentos ya formatizados o casi terminados; junto con tiempos diferidos de manufactura que conllevarían una diferenciación espacial de los distintos productos de cada paso.

El conjunto lítico tiende a concentrarse en el sector sudeste de la cueva, área que también presenta la mayor parte de los fogones reconocidos para el componente. Esto podría relacionarse con el desarrollo de las actividades en torno a las estructuras de combustión, que habrían servido como articuladores del espacio interno. El análisis de la distribución de las piezas muestra que todas las materias primas tienden a agruparse a su alrededor; particularmente, sucede lo mismo con los elementos tratados térmicamente. En este sentido, todas las rocas presentan porcentajes mayores al 50% dentro de los *buffers* de 50 cm de los fogones. De esta manera, las actividades vinculadas con la producción de artefactos líticos tenderían a focalizarse en los alrededores de las fuentes de calor, aunque no es factible realizar una vinculación directa entre un determinado fogón y la talla de cada materia prima, puesto que se observa una redundancia en la localización de muchas de las estructuras.

Además, resulta interesante destacar que los artefactos dañados térmicamente también tienden a situarse alrededor de los fogones (más del 70% está a menos de 20 cm de ellos). Esto es lo que se espera para casos de ocupaciones de baja intensidad donde predomine el descarte primario y en que el daño no sea consecuencia de la aplicación intencional de calor. Por lo

general, estas piezas se encuentran asociadas a las otras de la misma materia prima, así, es muy probable que el daño se haya producido por la caída accidental de algunas lascas durante la confección de artefactos, en las estructuras de combustión.

Por otra parte, existirían evidencias de que ciertas tareas de talla no estuvieron vinculadas tan estrechamente a las fuentes de combustión. La calcedonia y el sílex amarillo muestran porcentajes menores que el xilópalo y los sílex rojo y marrón, dentro del área *buffer* de los fogones. Esto implicaría que, probablemente, en el caso del sílex amarillo, la producción de artefactos se realizó en un sector cercano a ellos, pero levemente más alejado que las otras rocas. En relación con la calcedonia, esto se explicaría a través de lo observado más arriba, en que los diversos pasos de la secuencia se llevaron a cabo en distintos sectores de la cueva; probablemente, algunos se hayan realizado en sectores alejados de los fogones y otros en puntos más cercanos a ellos.

Por otro lado, no todos los fogones concentran piezas líticas. En dos casos (F2 y J1-F2) sólo muestran veintiún restos a su alrededor. Esto podría implicar que otras actividades –alimentación, trabajo sobre cuero, confección de artefactos óseos, por ejemplo– se llevaban a cabo en su entorno. Si se tiene en cuenta lo propuesto para Piedra Museo y Cerro Tres Tetras 1, donde se observan, por un lado, diferencias en la distribución de los restos líticos y óseos, y por el otro, áreas de actividad vinculadas al raspado y corte de recursos faunísticos (Miotti *et al.* 1999; Paunero y Castro 2001; Paunero *et al.* 2007a), se considera necesario evaluar más profundamente la dispersión de los elementos óseos presentes en el sitio, así como investigar la posible distribución de actividades a través de los estudios funcionales de los artefactos formatizados. Estos diversos estudios están en marcha y permitirán complementar las observaciones aquí realizadas (Paunero *et al.* 2007b; Cueto *et al.* 2009).

En consecuencia, aunque aparentemente en estos componentes los fogones habrían servido como organizadores del espacio, al concentrar a su alrededor las actividades de talla, parte de ellas se habrían desarrollado alejadas de las fuentes de calor, lo cual indicaría una estructuración del espacio más compleja, que no respondería únicamente a la localización de los fuegos, sino también a otros factores, tales como las estrategias tecnológicas implementadas u otras no analizadas en este trabajo.

En síntesis, este trabajo, orientado a comprender la organización espacial intrasitio del componente inferior de CDM1, considera que las formas e intensidad de ocupación y reocupación del espacio, así como las estrategias de producción de artefactos líticos y las estructuras de combustión afectaron la distribución de los restos. Para finalizar, sería interesante cruzar los resultados obtenidos con los estudios de componentes de otros contextos temporales en la región, ya que se espera que el modo en que se organizan las actividades haya variado a lo largo del tiempo en este sector de la Patagonia argentina.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 06/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue realizado dentro de los planes de trabajo de becas otorgadas por CONICET de ambos autores, en el marco del proyecto “Investigaciones arqueológicas en la Meseta Central de Santa Cruz: Pasado humano y comunicación” N553. SeCyT. UNLP, dirigido por el Lic. Rafael Paunero, a quien le agradecemos su apoyo y lectura del manuscrito. También agradecemos a la Dra. Alicia Castro sus consejos y apoyo. A la familia Behm por la logística y por permitirnos realizar nuestras investigaciones en la Estancia La María. A la comunidad de San Julián y sus autoridades, porque siempre nos reciben afectuosamente y nos brindan ayuda para

realizar nuestras tareas. A nuestros compañeros de equipo, con quienes compartimos el trabajo de campo y laboratorio que hicieron posible la realización de este artículo. A los evaluadores que realizaron valiosos comentarios acerca del trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Aguerre, A. M.

1981-82. Los niveles inferiores de la Cueva Grande (Arroyo Feo) Area Río Pinturas - Provincia de Santa Cruz. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIV* (2): 211 - 239.

Alpers-Afil, N.

2008. Continual fire-making by Hominins at Gesher Benot Ya'aqov, Israel. *Quaternary Science Reviews* 27: 1733-1739.

Aschero, C.

1981-82. Nuevos datos sobre la arqueología del Cerro Casa de Piedra, sitio CCP 5 (Parque Nacional Perito Moreno; Santa Cruz, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIV* (2): 267-284.

Bamforth, D.

1986. Technological efficiency and tool curation. *American Antiquity* 4: 485-503.

Bamforth, D., M. Becker y J. Hudson

2005. Intrasite Spatial Analysis, Ethnoarchaeology, and Paleoindian Land-Use on the Great Plains: The Allen Site. *American Antiquity* 70: 561-580.

Bellomo, R.

1994. Methods of determining early hominid behavioral activities associated with the controlled use of fire at FxJj 20 Main, Koobi Fora, Kenya. *Journal of Human Evolution* 27 (1-3): 173-195.

Bevan, A. y J. Conolly

2009. Modelling spatial heterogeneity and nonstationarity in artifact-rich landscapes. *Journal of Archaeological Science* 36: 956-964.

Binford, L. R.

1994. *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Barcelona, Crítica.

Binford, L. R. y S. R. Binford

1966. A preliminary analysis of functional variability in the Mousterian of Levallois Facies. *American Anthropologist, special publication* 68 (2): 238-295.

Borrero, L. A.

1994-95. Arqueología de la Patagonia. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 4: 9-69.

1999. The prehistoric exploration and colonization of Fuego-Patagonia. *Journal of World Prehistory* 13 (3): 321-355.

Bousman, C. B.

2005. Coping with risk: Later stone age technological strategies at Blydefontein Rock Shelter, South Africa. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 193-226.

Collins, S. M.

1989-90. Una propuesta conductual para el estudio de la arqueología lítica. *Etnia* 34-35: 47-65.

Cueto, M. E., R. S. Paunero y A. S. Castro

2009. La aplicación del análisis funcional sobre el conjunto artefactual lítico del componente temprano del sitio Casa del Minero 1 para la determinación de operaciones técnicas. Trabajo presentado en el *XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. 5 al 9 de Octubre de 2009. Museo de Historia Natural de Valparaíso*. Valparaíso, Chile.

Domanski, M. y J. Webb

2007. A Review of Heat Treatment Research. *Lithic Technology* 32 (2): 153-194.

Dunnell, R. C.

1992. The Notion Site. En J. Rossignol y L. Wandsnider (eds.), *Space, Time, and Archaeological Landscapes*: 21-41. Nueva York, Plenum.

Foley, R.

1981. A model of regional archaeological structure. *Proceedings of the Prehistoric Society* 47: 1-17.

Frank, A. D.

2009a. El daño térmico en artefactos líticos: estudios experimentales. En T. J. Bourlot, D. Bozzuto, C. Crespo, A. Hecht y N. Kuperszmit (eds.), *Entre pasados y presentes II. Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 35-38. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara.

2009b. Tratamiento y Daño Térmico de Artefactos Líticos en los Componentes Tempranos del Sitio Casa Del Minero 1, Santa Cruz, Argentina. *Chungará (Arica)* Enviado. Ms.

2011. Tratamiento térmico y manejo del fuego en sociedades cazadoras- recolectoras en la Meseta Central de Santa Cruz. Tesis Doctoral en preparación, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Frank, A. D., F. Skarbut y M. F. Paunero

2007. Hacia una aproximación de las primeras etapas de reducción lítica en el Cañadón de la Mina, Localidad Arqueológica La María, Meseta Central de Santa Cruz, Argentina. *Magallania (Punta Arenas)* 35: 133-144.

Gifford, D.

1980. Ethnoarchaeological contributions to the taphonomy of human sites. En A. Behrensmeier y A. Hill (eds.), *Fossils in the Making, Vertebrate Taphonomy and Paleocology*: 93-106. Chicago, University of Chicago Press.

Gilead, I.

2002. Too many notes? virtual recording of artifacts provenance. En F. Niccolucci (ed), *Virtual Archaeology. BAR International Series 1075*: 41-43. Arezzo.

Izeta, A. D.

2008. Análisis espacial del descarte de camélidos en una unidad doméstica formativa. Loma Alta núcleo "e" (Catamarca, Argentina). *Archaeobios* 2: 1-10.

Koldehoff, B.

1987. The Cahokia flake tool industry: socioeconomic implications for Late Prehistory in the Central Mississippi Valley. En J. K. Johnson y C. A. Morrow (eds.), *The organization of core technology*: 151-185. Boulder, Westview Press.

Mandeville, M.

1973. A consideration of the thermal pretreatment of chert. *Plains Anthropologist* 18: 177-202.

Mansur-Francomme, M. E.

1983. Traces d'utilisation et technologie lithique: Exemples de la Patagonie. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Bordeaux I.

- Mansur, M. E., A. Maximiano, R. Pique y O. Vicente
2007. Arqueología de rituales en sociedades cazadoras recolectoras. Una aproximación desde el análisis del espacio socialmente producido. En F. Morello, A. R. Prieto, M. Martinic y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 741-754. Punta Arenas, Chile, Centro de Estudios del Cuaternario Antártico (CEQUA).
- Massone, M.
2002. El fuego de los cazadores Fell 1 a fines del Pleistoceno. *Anales del Instituto de la Patagonia* 30: 117-131.
2004. *Los cazadores después del hielo*. Colección de Antropología VII. Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Miotti, L. L.
2003. Patagonia: a paradox for building images of the first Americans during the Pleistocene/Holocene Transition. *Quaternary International* 109-110: 147-173.
- Miotti, L. L. y M. C. Salemme
2004. Poblamiento, movilidad y territorios entre las sociedades cazadoras-recolectoras de Patagonia. *Complutum* 15: 177-206.
- Miotti, L. L., M. Vázquez y D. Hermo
1999. Piedra Museo un Yamnagoo Pleistocénico en la Colonización de la Meseta de Santa Cruz. El estudio de la Arqueofauna. En R. Goñi (eds), *Soplado en el Viento. Actas de las Terceras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 113-136. Neuquén-Buenos Aires, Universidad Nacional del Comahue e Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Nakazawa, Y.
2007. Hearth-centered spatial organization: a comparative approach to the study of palimpsests in late upper paleolithic sites in Hokkaido (Japan) and Cantabria (Spain). Tesis Doctoral inédita, University of New Mexico.
- Nami, H. G., G. R. Cattáneo y M. Pupio
2000. Investigaciones experimentales sobre el tratamiento térmico en algunas materias primas de Pampa y Patagonia. *Anales del Instituto de la Patagonia (Serie Ciencias Sociales)* 28: 315-329.
- Nelson, M.
1991. The study of technological organization. En M. Schiffer (ed.), *Archaeological Method and Theory*: 57-100. Tucson, University of Arizona Press.
- O'Connell, J.
1987. Alyawara Site Structure and Its Archaeological Implications. *American Antiquity* 52 (1): 74-108.
- Paunero, R. S.
2000. Cañadón de La Mina: Sitio Casa del Minero 1. En L. L. Miotti, R. S. Paunero, M. C. Salemme y G. R. Cattáneo (eds.), *Guía de campo de la visita a las localidades arqueológicas: la colonización del Sur de América durante la transición Pleistoceno/Holoceno*: 113-118. La Plata, Edición Nacional.
2003. Las cuevas como sitios arqueológicos y los diferentes usos del espacio en sociedades colonizadoras de la Meseta Central de Santa Cruz. Trabajo presentado en el *51° Congreso Internacional de Americanistas. 51° International Congress of Americanists*. "Repensando las Américas en los umbrales del siglo XXI", Santiago de Chile.
2009. La colonización humana de la meseta central de Santa Cruz durante el Pleistoceno final: indicadores arqueológicos, referentes estratigráficos y nuevas evidencias. En M. C. Salemme, F. Santiago, M. Alvarez, E. Piana, M. Vázquez y M. E. Mansur (eds.), *Arqueología de Patagonia: una mirada desde el último confin*: 85-100. Ushuaia, Utopías.

Paunero, R. S. y A. S. Castro

2001. Análisis lítico y funcionalidad del componente inferior de Sitio Cueva 1, Localidad Arqueológica Cerro Tres Tetas, Provincia de Santa Cruz, Argentina. *Anales del Instituto de la Patagonia. Serie Ciencias Humanas* 29: 189-206.

Paunero, R.S., M. Cueto, A. Frank, G. Ghidini, G. Rosales y F. Skarbun

2004. Comunicación sobre campaña arqueológica 2002 en Localidad La María, Santa Cruz. *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*. 797-808. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.

Paunero, R. S., A. S. Castro y M. Reyes

2007a. Estudios líticos del componente medio del Sitio Cueva 1 de cerro Tres Tetas, Santa Cruz, Argentina: implicaciones para construir patrones de distribución artefactual y uso del microespacio. En F. Morello, A. Prieto, M. Martinic y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 613-622. Punta Arenas, Chile, Centro de Estudios del Cuaternario Antártico (CEQUA).

Paunero, R. S., A. D. Frank, F. Skarbun, G. Rosales, M. E. Cueto, G. Zapata, M. F. Paunero, N. Lunazzi y M. del Giorgio

2007b. Investigaciones Arqueológicas en Sitio Casa Del Minero 1, Estancia La María, Meseta Central de Santa Cruz. En F. Morello, A. Prieto, M. Martinic y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 577-588. Punta Arenas, Chile, Centro de Estudios del Cuaternario Antártico (CEQUA).

Paunero, R. S., A. D. Frank, F. Skarbun, G. Rosales, G. Zapata, M. E. Cueto, M. F. Paunero, D. G. Martínez, R. López, N. Lunazzi y M. Del Giorgio

2005. Arte rupestre en Estancia La María, Meseta Central de Santa Cruz: sectorización y contextos arqueológicos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXX: 147-168.

Paunero, R. S., M. F. Paunero y D. Ramos

2009. Artefactos óseos en componentes del Pleistoceno final de las localidades La María y Cerro Tres Tetas, Santa Cruz, Argentina. *Primer Congreso Nacional de Zooarqueología Argentina. 8 al 12 de septiembre de 2008* Malargüe, Mendoza, Argentina. En prensa.

Paunero, R. S. y F. Skarbun

2011. Reserva Península de San Julián: estudios arqueológicos distribucionales en una particular geoforma marina. *Magallania*. En prensa.

Rosignol, J.

1992. Concepts, Methods, and Theory Building: a Landscape Approach. En J. Rosignol y L. Wandsnider (eds.), *Space, Time, and Archaeological Landscapes*: 3-16. Nueva York, Plenum.

Schiffer, M.

1972. Archaeological Context and Systemic Context *American Antiquity* 37 (2): 156-165.

Skarbun, F.

2009. La organización tecnológica en grupos cazadores recolectores desde las ocupaciones del Pleistoceno final al Holoceno tardío, en la Meseta Central de Santa Cruz. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Skarbun, F., A. D. Frank, M. E. Cueto, M. F. Paunero y G. Rosales

2007. Análisis de la tecnología lítica del Sitio Casa del Minero 1, Meseta Central de Santa Cruz. Arqueología de Fuego-Patagonia. En F. Morello, A. Prieto, M. Martinic y G. Bahamondes (eds.), *Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 589-600. Punta Arenas, Chile, Centro de Estudios del Cuaternario Antártico (CEQUA).

Stadler, N., N. V. Franco y L. A. Borrero

2003. El tratamiento térmico y la ocupación de las cabeceras del río Santa Cruz. En R. Curtoni y M. Endere (eds.), *Análisis, interpretación y gestión en la arqueología de Sudamérica*: 19-42. Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano (INCUAPA)- Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN).

Stevenson, M.

1991. Beyond the formation of hearth-associated artifact assemblages. En E. Kroll y D. Price (eds.), *The interpretation of archaerological spatial patterning*: 269-299. Nueva York, Plenum Press.

Vaquero, M., J. Rando y M. Chacón

2004. Neanderthal spatial behaviour and social structure: hearth-related assemblages from the Abric Romaní Middle Palaeolithic site. En N. Conard (ed.), *Settlement Dynamics of the Middle Palaeolithic and Middle Stone Age II*: 367-392. Tübingen, Kerns Verlag.

Velásquez, H. y F. Mena

2006. Distribuciones óseas de ungulados en la cueva Baño Nuevo-1 (XI región, Chile): un primer acercamiento. *Magallania* 34 (2): 91-106.

**ENSAYO SOBRE UNA DISPUTA HIPOTÉTICA SOSTENIDA POR
AMEGHINO Y HRDLIČKA EN TORNO AL CONCEPTO DE MASA CRÍTICA
Y SU EVENTUAL APLICACIÓN EN ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA***

*Héctor M. Pucciarelli***

RESUMEN

Los científicos extranjeros observan, en general, una actitud polémica frente a las ideas de los hermanos Ameghino, pues no logran convencerse sobre lo que ellos postulaban en lo referente, sobre todo, al campo antropológico. El Dr. Hrdlička fue uno de ellos, recorrió extensas zonas pampeano-patagónicas y se dedicó a demoler las teorías que sobre el origen y evolución del hombre sostenía don Florentino. Analizó con críticas extremas los restos fósiles exhumados por nuestros científicos y atribuidos a putativos antecesores del hombre. No deja de asombrar que el visitante haya llegado a la infundada conclusión de que la masa viviente de los monos platirrininos era insuficiente para mantener un aceptable grado de supervivencia, tal vez basado en el falso concepto de un insuficiente nivel de masa crítica. Apoyados en estos hechos, hemos tratado de demostrar que en este aspecto el sabio checo estaba errado, como lo señala la simulación aquí pergeñada.

Palabras clave: *paleoantropología – monos platirrininos – concepto de Masa Crítica.*

ABSTRACT

Foreign scientists generally assume a critical attitude towards the ideas of the Ameghino brothers, given that they are not convinced by what they state, in reference to the field of anthropology. Dr. Hrdlička was one of them, travelling wide areas of the Pampa-Patagonia and dedicating himself to destroying many of the theories on the origin and evolution of humans held by Don Florentino. He severely critically analyzed the fossil remains exhumed by our scientist and putatively attributed to human ancestors. It is still surprising that this visitor reached the unfounded conclusion that the existing mass of Platyrrhine monkeys was insufficient to maintain

* Un extracto del presente trabajo fue leído en el V Simposio Internacional “El Hombre Temprano en América”, La Plata 22-26/11/2010.

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, División Antropología del Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata. E-mail: hmpucci@fcnym.unlp.edu.ar

an acceptable level of survival; perhaps this conclusion is based on the false assumption of an insufficient critical mass. Based on these facts, we have attempted to demonstrate that in this respect this wise Czech was wrong, as the simulation herein presented shows.

Keywords: *paleoanthropology – Platyrrhine monkeys – Critical mass concept.*

Ningún antropólogo hoy en Argentina podría dudar de la erudición manifestada por Aleš Hrdlička, nacido en Umpolec (Vysočina, Praga) hacia 1869. En su extensa carrera descifró grandes incógnitas, siendo trascendente su idea de un poblamiento americano realizado a través del estrecho de Bering, hace unos 30 Ka AP y en una época en que la profundidad era aceptable y uniforme en todo su trayecto (Hrdlička 1912). Sus ideas con respecto a este gran tema son similares a lo que se maneja hoy día. Siguiendo a autores modernos como Politis *et al.* (2009:166), se plantea “[...] Una antigüedad de ca. 14.000 años ¹⁴C AP para el poblamiento [que] coincide con algunos modelos basados en ADNmt que proponen que la diferenciación inicial de los haplogrupos americanos se habría producido alrededor de 15.000-20.000 años AP [...]”. Esto implica que buena parte de los sitios estudiados concuerdan con la propuesta de Neves y Pucciarelli (1990, 1991), acerca de la entrada al continente de una primera población paleoamericana hace unos 15-20 Ka AP.

IDEA MIGRACIONISTA

Hrdlička propugnaba una idea migracionista generalizada, pero esto no fue causado por cuestiones científicas sino más bien confesionales, pues un migracionismo indiscriminado era la única forma de consensuar la realidad objetiva con los planteamientos religiosos de la época, que inmediatamente se hicieron oír en reclamo contra toda teoría evolucionista. Con hipótesis como esta, era normal que los enemigos del evolucionismo hayan aceptado los planteamientos hrdlickeanos para mitigar una tendencia que se extendía entre los ilustrados de la población de Praga. Podemos decir que estas migraciones constituían una forma de evolucionismo tanto o más importante tal vez, que el propio evolucionismo biológico que, por otro lado y como es lógico, declaraba también ser parte sustancial del proceso bajo consideración.

HRDLIČKA Y AMEGHINO

Lo más admirable de este autor fue la forma de rebatir –con argumentos científicos, por cierto– el concepto elaborado por Ameghino sobre el origen americano de *Homo sapiens*. Tampoco cabe duda que fue uno de los contramatores más dedicados respecto de las ideas ameghinianas, cumpliendo así en todo lo que, según parece, le fuera encomendado por el centro del saber antropológico de su época, más precisamente por el *Bureau of American Ethnology de Washington D.C.*, allá por junio de 1911, año en que muere don Florentino (Figuras 1 y 2).

No cabe duda que el destacado estudioso checo poseía gran erudición y experiencia en lo que respecta al origen y evolución del hombre en América del Norte, pero nos parece que el tema mencionado nació ya con la impronta de defenestrar la idea autoctonista ameghiniana, centrada sobre el origen y dispersión del hombre desde Sudamérica.

Esto sugiere que nuestro adalid podría no haber conocido en profundidad las teorías de Hrdlička, pero sabemos que tanto Florentino como Carlos asistieron al destacado investigador en sus correrías pampeano-patagónicas. De esto se desprende, por una simple cuestión lógica y cronológica, que Ameghino no habría tenido tiempo suficiente para leer en detalle la obra del autor checo, al menos no en toda su amplitud y extensión.

Esto no explica la interpretación de cómo no hubo una respuesta sudamericana visible a las elucubraciones del estudioso del norte. Es como si nuestros contendientes no hubieran vivido en



Figura 1. Florentino Ameghino (1854-1911)

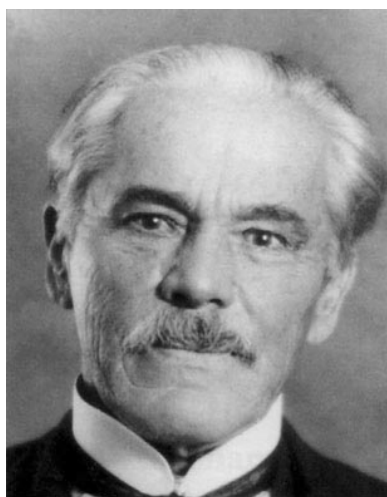


Figura 2. Aleš Hrdlička (1869-1943)

un mismo sistema espacio-temporal, como para entenderse a pleno ni tampoco como para rebatirse entre sí. Nuestro héroe muere un año antes que el Bureau Científico estadounidense publicara la obra del maestro checo sobre arqueología biológica argentina (Hrdlička 1912), en la que demuele con brutal parsimonia las teorías antropológicas del estudioso argentino. Su más conocida obra al respecto es *Early Man in South-America*, editada cuando Ameghino recorría las últimas etapas de su ajetreada vida, plagada de teorías, excavaciones, viajes y sueños.

HRDLIČKA Y SU HISTORIA

Hrdlička era un hombre modesto por sus orígenes. Sus escasos recursos lo obligaron a migrar junto con su familia, muy tempranamente, a los Estados Unidos de Norteamérica, esperando así escapar de la miseria. Supo abrirse camino por sus propios medios, que, si bien escasos e inadecuados, le permitieron al menos sobrevivir amasando toscanos en algún lugar de su patria adoptiva, actividad ésta que prosiguió hasta caer rendido por la enfermedad y el agotamiento. Lo salvó la intervención de un médico humanitario, quien lo atendió durante su intoxicación laboral. Ese desconocido profesional fue, al parecer, un hombre honesto y sagaz, que comprendió cuáles eran los problemas del joven inmigrante a quien, una vez curado, comenzó a estimular para que mejorara en su formación, instándole a seguir cursos de medicina y otras disciplinas. A los pocos años, el paciente se convirtió en un referente del pensamiento antropobiológico norteamericano. Comenzó sus primeros estudios dedicados al proceso migratorio de los pueblos aborígenes americanos. Por el éxito obtenido con estas indagaciones, la Academia del Norte le encomendó realizar otro similar, para que cubriera las alternativas del poblamiento sudamericano. Para él, el mismo proceso acaecido en Norteamérica debería haberse repetido en el sur, ya que la migración es el modelo del que deriva el origen de los americanos. Si uno se pone a razonar sobre las complicaciones de un proceso tal, no debe asombrarse por la maravilla que implicó esa idea en aquellos años y que redundó en ángulos favorables de impulso al pensamiento norteamericano, y es de notar que ya se había puesto en vigencia el Bureau de Estudios Indígenas de Norteamérica.

Debemos confesar que tal adelanto cognitivo no se apartó mucho de lo que él ya pensaba; eso le significó adquirir grandes méritos en su posterior idea, contraria a la de Ameghino. No existen pocos argumentos con los cuales atacar su posición sin forzar mucho los acontecimientos,

los cuales iban tornándose cada vez más difíciles de digerir, sobre todo con el transcurso de sus estudios y descubrimientos posteriores.

UNA VISITA MUY ESPERADA

Hubo un hecho curioso que ayuda a comprender el llamativo silencio de Ameghino. Fue cuando él ya había comenzado a estructurar su teoría de un origen humano en Sudamérica, partiendo de su conocido punto de vista autoctonista. Al parecer, Ameghino respetó en principio las teorías de Hrdlička, aunque no necesariamente debía proceder en consecuencia, ni menos aun incorporarlas sin discusión alguna.

Así fue que recibimos la atenta visita del colega checo –una visita guiada, si se quiere– en la cual no habría dejado de influir el interés de la Academia del Norte por seguir frecuentándonos y, al mismo tiempo, evaluar el potencial paleoantropológico de la región. No se debe olvidar que por aquel mismo tiempo surgieron los famosos *cazadores de huesos*, no los míticos de Baramagna precisamente, sino los exploradores enviados a Patagonia por la Universidad de Princeton, entre los años 1896 y 1899 (Hatcher 2003), con el fin de apropiarse de colecciones genuinas de nuestro territorio. Dado el impacto logrado por las investigaciones de Ameghino, sobre todo en el Pampeano bonaerense, es que Hrdlička estuvo abocado a sofocar la idea de un desarrollo ideológico que, sin exagerar, fue más doloroso que las frustraciones recibidas cuando aún era un recién iniciado, pues todavía no estaba sometido a los intereses del subjetivismo imperialista, propio de los viejos ejecutivos norteros de la ciencia.

No podría decirse –al menos, según criterio del autor– que todo fue bien ponderado en la obra del checo-norteamericano, pues si bien parecen lógicas sus elucubraciones sobre secuencias evolutivas *no formales*, debe aclararse algo sobre sus análisis respecto de las últimas secuenciaciones ameghinianas. Esto es interesante porque *prima facie*, parecería que Ameghino se hubiera vuelto loco al llegar a cierta altura de su nueva construcción filogenética. Pero tampoco eso fue así. Hemos tardado mucho, después de razonar durante meses, en saber en qué consistía lo que nos transmitían los hermanos Ameghino –sobre todo don Florentino– con su desconcertante filogenia humana, en especial la de sus últimos tiempos. Sabemos hoy que era una forma de resolver ese puzzle en el que debimos aprender qué cosa había detrás de una seriación que incluía a los más diversos monos junto con el hombre.

HRDLIČKA EN LAGOA SANTA

No sabemos si Hrdlička estuvo realmente en Lagoa Santa. Todo parece indicar que sí, dado lo minucioso de sus descripciones. Por otro lado, para comprender qué fue lo que impulsó a Ameghino a plantear su seriación hominoide, no basta con leerlo solo a él, sino más bien a Hrdlička. Aunque creemos que éste no entendió siquiera los aportes de Ameghino en relación con la dicotomía forma-función del modelo ameghiniano. Por otro lado, nunca tuvo objeciones con los cráneos de Lagoa Santa, descubiertos por Lund en Brasil, a no ser su preocupación por las particularidades del hueso frontal de estos seres extinguidos.

Esto indica una sola cosa: que Hrdlička se preocupaba mucho por el desarrollo del frontal de los seres humanos vestigiales de Lagoa Santa, como si se decidiera con esto el carácter de merecerles o no el estatus de homínido. Si esto era así, entonces, ¿qué podría pensar, al respecto, un no muy avezado lector del pensamiento ameghiniano?: ¿qué podría pensarse de la reunión sugerida, por ejemplo, entre *Clenialites*¹, *Simioidea*² y *Homunculidae*³, no en un contexto simioideo, como sería de esperar, sino directamente hominoideo, como no sería de esperar? Pero no sería de esperar porque, obviamente, ya estaba adjudicado ese estatus hominoideo desde los tiempos de los

primeros estudios de Lund, dada la imposibilidad de imaginarnos que esos cráneos y esqueletos no pertenezcan a otra especie que no fuere *Homo sapiens*.

Hrdlička define a los hombres de Lagoa Santa como pequeños seres que fueron integrantes de la primera población humana del continente sudamericano (y no se equivocaba). La explicación era algo fuerte para la época, pero no obstante y como ya dijimos, fue a todas luces esencialmente correcta, aunque no fue –extrañamente– de gran interés por parte de los Ameghino, pues no hemos hallado citas a ese respecto. Ahora el autor se hace responsable de sus dichos y aclara que la famosa seriación ameghiniana fue basada –al poco tiempo de pergeñada– en otro error, pero cometido esta vez por Hrdlička y no por Ameghino, cosa que consideraremos a continuación.

En un momento dado de su disquisición general sobre poblamiento, el maestro checo adelanta una jugada que hubiera sido fatal para la teoría ameghiniana, de haber sido tal objeción correcta.

EL CONCEPTO DE MASA CRÍTICA

Hrdlička supone que la esperanza de vida de una población dada está condicionada por la ausencia relativa de suficiente cantidad de lo que interpretaríamos como *masa crítica*, de manera tal que se pueda sustentar una idea de evolución humana. Su alegato se basó en la presunción de que, en América, hace ya tiempo que se ha detenido la evolución de los simios en un nivel muy bajo, mientras que los póngidos, antepasados lejanos del hombre actual, jamás han existido en el Nuevo Mundo (Manethová 2006).

No cabe duda de que Ameghino muy bien podría haber obviado sus desconcertantes hipótesis evolutivas basadas en gran parte sobre los monos americanos, por lo que aparentemente sería esto un esfuerzo estéril y sin futuro. Pero, por otro lado, era cierto que *ellos, los monos, ya estaban allí, viviendo en la pampa* y constituyendo una realidad objetiva que era imposible ignorar sin alterar seriamente las secuencias evolutivas que, por otra parte, ya se podían columbrar muy claramente.

Hrdlička comenzó por considerar los tamaños corporales para poder calcular la cantidad aproximada de biomasa primate descubierta en Sudamérica (y no se sabe si también estimó el potencial de otros seres disponibles) con la certeza de que, excepto en Lagoa Santa, no habría habido en el continente del sur otra población capaz de sustentar mayor cantidad de biomasa. Y a fe que en eso tenía nuestro visitante mucha razón, pues aún no se habían descubierto otras poblaciones del Paleoamericano y no debe ignorarse que aún no habían surgido al ruedo poblaciones prehistóricas más importantes, como los Paleoamericanos occidentales descubiertos en Tequendama por Correal Urrego y van der Hammen (1977), por ejemplo. Y esto fue supuestamente debido a lo magro –tanto en número como en tamaño– de las especies involucradas en la filogenia platirrina propuesta por Ameghino.

Y es esta conclusión la que echa por tierra gran parte de la intervención posible de los platirrininos sobre la evolución humana. De esa manera no se podría sustentar la evolución sobre una masa crítica mínima pero sostenible. Este es un concepto nodal a tener en cuenta en estos casos. Debe admitirse que en todo proceso evolutivo es necesaria –para no discontinuar– una marcha que debe ser corriente y continua y además, presentar pruebas actuales y/o fósiles de los principales hitos evolutivos que la respalden (Hrdlička *dixit*) y que sostengan el proceso desde sus inicios y a lo largo de los tiempos geológicos.

LA INTERVENCIÓN DE JOSÉ INGENIEROS

Fue don José Ingenieros (científico literato, pensador y uno de los más esclarecidos exégetas del evolucionismo ameghiniano), quien en 1919 descubre la clave que preocupaba a los científicos

especializados que seguían este abrupto sendero cognoscitivo (Ingenieros 1957). Ya por aquellos tiempos, la teoría antropológica fue apoyándose cada vez más en una evidencia de realidad objetiva, tal como la dada por las ciencias básicas (y en este caso particular, por la física) para rebatir a Hrdlička, porque en los tiempos de Ingenieros ya se sabía mucho más sobre este problema.

Ingenieros nos brinda uno de los esquemas de inspiración ameghiniana, en que se muestra que habría existido todo un *phylum simio-humano* que, asentado en plena región pampeana, orientó su faro hacia la posibilidad de que haya existido el proceso evolutivo pergeñado por Ameghino, bajo un cluster que se origina con *Clenialites*, pues esta forma estaba en la base de la original reconstrucción filogenética del Maestro.

Pese a ello, el sagaz don José no se limitó a rebatir sólo una idea reduccionista, sino que fue mucho más lejos. Bien se conoce que la idea hrdlickeana central no pudo transmitir sus preocupaciones a Ameghino. O más bien, parece haberlo hecho de una manera tan desaprensiva que no creó sino reacciones negativas por parte de colegas argentinos y pensadores extranjeros.

La gran movida que hizo Ingenieros al ubicar a *Clenialites* en la base del sistema evolutivo ameghiniano debilitó la crítica central de Hrdlička, por cuanto no era descabellado considerar a este género como un verdadero centro de radiación evolutiva. Los caracteres primitivos de *Clenialites* autorizaban a considerarlo como tipo de una familia múltiple porque, por una parte, podría haber dado origen a los *microsiopidios*, *plesiadapidios* y *anaptomorfidios*, así como a otros prosimios conocidos; mientras que, por la otra, habría dado origen a los verdaderos monos platirrininos, a través de *Pitheculites*. Ingenieros va mucho más allá, pero baste lo dicho para abrir la puerta hacia una generación impensada de antecesores pitecoides, que muy bien hubieran podido llenar el vacío dejado por los pequeños *Clenialites*.

No se sabe bien si alguien pudo transmitir esta idea a Hrdlička. Lo que sí vale es que, como siempre ocurrió en aquellos tiempos, cuando un error o injusticia era cometida en detrimento de las ideas ameghinianas, nunca faltaba una primera espada que saliera al paso para dirimir las cuestiones planteadas.

Es verdad que en gran parte la teoría ameghiniana era controvertida, por un lado debido a la ausencia real de los grandes monos antropomorfos en América y, por el otro, a causa del desconocimiento supino acerca de cuál sería exactamente la masa crítica necesaria para permitir la prosecución evolutiva de los primates en América.

Esto —dicho casi textualmente— servía de objeción tan central que los seguidores de Hrdlička hubieran podido determinar que no había un nivel de masa crítica numéricamente aceptable, sino tan magra y procedente de tan pequeñas formas y tamaños corporales, que bien se podría desechar por imposible a todo árbol genealógico como los presentados por Ameghino, Ingenieros y otros especialistas. En otras palabras, la masa crítica necesaria para construir un árbol genealógico como el ameghiniano posee en América una producción tan baja porque hay platirrininos que apenas superan algo más de 100 g de peso corporal adulto (*Cebuella* es el más pequeño, con alrededor de 120-140 g).

Pero lo que no se tuvo en cuenta —o más bien no se consideraría relevante— era que también los hay con masas corporales muy superiores, lo cual da cuenta de una gran variabilidad interna entre los platirrininos. ¿Esto implica tener que conocer el peso máximo de la adultez alcanzada por los platirrininos? De ser así, no estamos frente a una zoología primate despoblada, sino frente a otra que sería capaz de modelar una masa crítica adecuada, aún para asegurar la supervivencia que se requiere como fundamental para que los platirrininos hubiesen logrado salvarse de la extinción (como lo hicieron) y reproducirse en forma estable y abundante, aún sin la asistencia de muchas poblaciones con grandes masas corporales.

En resumen, sería imposible mantener una tasa reproductiva que pudiera considerarse más bien como alta y, consecuentemente, sería no viable toda la filogenia de lo humano-antropoideo que pueda basarse en semejante conformación básica, magra y rala, con respecto al posible aporte que darían las grandes formas antropoides.

Pero la realidad objetiva indicaría otra cosa, pues como ya fue dicho, la masa poblacional primate de toda Sudamérica podría haber soportado con creces una difusión clara y sostenida, aun bajo la ausencia total de las formas antropeoides del Viejo Mundo.

Hasta aquí deseábamos llegar para demostrar la sagacidad del Dr. Hrdlička, cosa que, por otro lado, fue difícil de evaluar en todos sus vericuetos. Pero dicha sagacidad colapsó de plano cuando consideramos que lo que él estaba observando era muy parcial frente al contexto ideado por Ameghino. En primer lugar, dejaba de tener en cuenta a las formas fósiles que anteceden a los platirrininos actuales, para asegurar aunque sea un mínimo básico de calidad orgánica disponible, cosa que resultó fatal en su concepción antropológica final y también fue fatal a la hora de interpretar una ideología poblacional americana, ajustada a los cánones propios de un contexto que puede variar aún más, pues se debió chocar contra dos conceptos que ya eran manejables en su época. Uno fue la *variabilidad*, esencial en toda ciencia biológica, pues no siempre –o, mejor dicho, nunca– es aplicable una tendencia central que elimine la variación de una especie y al mismo tiempo seguir viviendo como población estable.

MASA CRÍTICA Y VARIABILIDAD

El otro criterio importante es el de una cantidad de masa crítica asociada con la variabilidad, pues ambos conceptos están intrínsecamente ligados y podemos decir que conforman un todo variable pero factible de haberse producido, concepto éste que no pareció ser del agrado del maestro checo. Pero a todo esto, ¿cómo se calcula la masa crítica de una población cuando no posee una envergadura tal como para unificar ambos criterios en un sólo cuerpo? La respuesta es: recurriendo al ya mencionado criterio de variabilidad. Sin variabilidad no hay diversificación, sin diversificación no hay evolución y sin evolución no existe futuro lógico para ninguna especie. Con esto decimos que aún más grave es el criterio de no aplicación del concepto de masa crítica asociado al de variabilidad, pues ambos poseen igual poder en el desarrollo biológico de una población, y sobre todo de una población a riesgo. Masa crítica en función de la variabilidad es entonces un concepto que pareció ser no muy bien tenido en cuenta y a veces, ni aun tratado correctamente en Antropología, conque las posibilidades de evaluar un tema como éste podrían estar destinadas a un injusto fracaso.

En resumen, *masa crítica, variabilidad evolutiva y sobrevivencia* son, a su vez, causa y producto de un comportamiento sociobiológico⁴ fundamental, no sólo para la vida del hombre, sino para todo ser viviente; a la que, para nuestro caso, podemos definir como la cantidad necesaria de recursos alimentarios que liberen energía suficiente como para mantener indefinidamente una acción cualquiera, que en nuestro caso es traducible en crecimiento, desarrollo, maduración y persistencia física a lo largo del tiempo.

Los primatólogos y antropólogos locales hablaron claramente respecto de la carencia en algunos platirrininos actuales, de una aceptable masa crítica, como para producir suficiente energía durante la evolución y así asegurar mayor diversidad de formas en los representantes posteriores, cuyos pesos corporales variarían en función de la intensidad de dicho proceso, tal como sería observable en las formas tempranas, como las de los clenialítidos (que, en verdad, son marsupiales microbiotíridos).

Nuestro referente de marras cayó en error cuando ignoró que su opinión debía ser ajustada en función de la variabilidad primate general y no sólo a la de un modelo animal de pequeño tamaño y baja complejidad corporal. Sin embargo, no ocurría lo mismo con los grandes monos fósiles. Así se llega a que debemos considerar al menos dos clases fundamentales de primates no humanos residentes en América.

La opinión pareció tener asidero entre los antropólogos extranjeros, excepto para el personaje que nos ocupa, para quien la posible masa crítica que se pudiera obtener con los monos platirrininos

sería de todo punto imposible de ser considerada como base de la evolución primate. Pero aquí se refería solo a los platirrinos actuales, los cuales podían ser evaluados en sus caracteres somáticos y etológicos, con toda comodidad, pero enfocados sólo *desde ese presente en particular*.

Pero... ¿no era esa la situación que planteaba Ameghino? Definitivamente no. Y para eso, nada mejor que recurrir a los propios gráficos de Ameghino, tales y como son representados –entre otros– en la obra de Ingenieros (1957).

SINOPSIS AMEGHINIANA DEFINITIVA

Lo importante a destacar en este estudio es que, si seguimos la secuencia evolutiva trazada hacia el hombre, tal como la consideraba Ameghino en su *sinopsis definitiva*, veremos a los clenialtíidos y prosimios primitivos como un punto básico en la secuencia evolutiva ameghiniana (Ingenieros 1957:98). Percibiremos que en esta especie de clado ascendente, que comienza por las formas anatómicamente inferiores (*Prosimia primitiva*) progresivamente, se van integrando otros conjuntos de simios, pasando por *Homunculus*, hasta llegar a los primeros homínidos, para pasar luego a los Antropomórfidos. Por último, tenemos la larga secuencia de homínidos mayores que consideraba Ameghino, hasta llegar a los niveles correspondientes a *Pseudhomo* y *Homo* (Figura 3).

ANTROPOGENIA (Sinopsis definitiva)

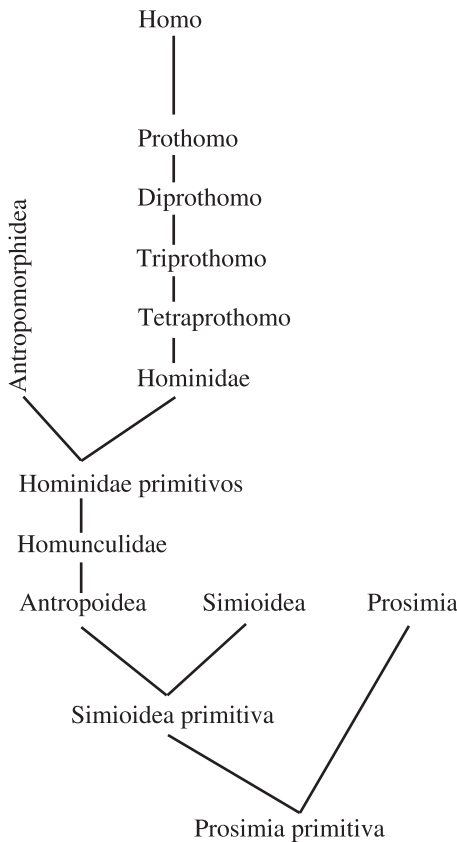


Figura 3. Antropogenia ameghiniana (José Ingenieros 1957:98)

¿Qué nos sugiere este modelo, tan vituperado y hasta considerado como falso por unos y carente de sentido por otros? Yo pienso que estamos ni más ni menos que en presencia de un intento razonable –como fuere posible en el siglo XIX– para organizar un clado evolutivo que, partiendo de las formas con menor nivel de masa crítica, siga a los estamentos progresivamente mayores, con el intento –tal vez no deliberado– de obtener un esquema estable y que garantice la seguridad propia, relativa a los de una secuenciación que fue arcaica pero genial.

Aún más...

De haber sido posible, no se dudaría de las bondades de los dos pilares evolutivos aquí expuestos: (1) variabilidad necesaria para la competición y supervivencia y (2) suficiente masa crítica para asegurar dicha supervivencia con criterio de futuro.

Agreguemos además, que el concepto de masa crítica es aplicable a infinidad de situaciones, muchas de las cuales no tienen ya que ver con la disputa que hemos encarado, sino también con casos surgidos de la vida diaria y, al respecto, daremos como ejemplo ilustrativo, un razonamiento tan sencillo como lógico (aunque poco académico): *Si un grupo de peatones debe atravesar una avenida con tránsito contrario muy concurrido, la posibilidad lógica de poder cruzarla está en relación directamente proporcional con el incremento de nuevos peatones que arriben al lugar, hasta llegar a un punto tal, que la posibilidad de cruce no implique ya un peligro mayor para los caminantes.*

REFLEXIONES

Sobre la base de esta lectura final, se puede reflexionar entonces que:

- 1) La hipótesis *Clenialites, the first*, columbrada por Ameghino y desarrollada por Ingenieros, demuestra tener un grado de generalidad teórica tal como para reconsiderar aún hoy las hipótesis más pesimistas, tales como nos fueron inculcadas por el pensamiento hrdlickeano de aquellos días.
- 2) ¿Cómo pudo Hrdlička, con toda su sagacidad crítica, haber dejado conscientemente fuera de su universo de análisis, a esos monos americanos que conformarían la base teórica de una posible filogenia con base pitecoide?
- 3) ¿Existe hoy alguna forma de retroceso que mitigue la dureza impuesta por el sabio checo sobre esta tan particular filogenia nuestra?
- 4) Si las respuestas a 1-3 fueran afirmativas, ¿podría reflatarse una idea sobre una filogenia consecuente con el pensamiento ameghiniano, aun sin tener que caer en un chauvinismo tal, que en nada favorecería la posición aquí preconizada?
- 5) Existen otras mil preguntas, pero esto alcanza para nuestros objetivos, ya que se configura en sí mismo un debate sobre las ideas –y por qué no, de ideologías– que, siendo centrales en nuestra ciencia, se proyectarán aún más hacia un futuro cada vez más promisorio para el desarrollo de nuestras investigaciones.

Fecha de recepción: 20/12/2010

Fecha de aceptación: 15/06/2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no podría haberse realizado sin la asistencia de la Dra. Laura L. Miotti (UNLP) y la colaboración de la Sra. María Cristina Muñe (CONICET).

NOTAS

- ¹ *Microbiotherium*. Un género extinto de marsupiales microbioteriidos (familia *Microbiotheriidae*). Sus fósiles están datados en el Mioceno inferior y proceden de Argentina.
- ² Según Ameghino, el orden *Simioidea* comprende a los monos no antropomorfos, con excepción de los lemúridos.
- ³ *Homunculidae* corresponde –según Ameghino– a un grupo anterior a la divergencia producida entre *Hominidae* y *Anthropomorphidae*.
- ⁴ S. Wilson definió a la sociobiología como el estudio sistemático de las bases biológicas de todo comportamiento social. En este comportamiento que la sociobiología propone como objeto de estudio, se encuentran todas las especies acogidas a un mismo estatuto (incluido el hombre).

BIBLIOGRAFÍA

- Correal Urrego, G. y T. van der Hammen
1977. *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama*. Colombia, Biblioteca Banco Popular.
- Hatcher, J. B.
2003. *Cazadores de huesos en la Patagonia*. Ushuaia, Zagier y Urruty.
- Hrdlička, A.
1912. *Early man in South America*. Bulletin 52. Washington, Bureau of American Ethnology.
- Ingenieros, J.
1957. *Las doctrinas de Ameghino*. Buenos Aires, Elmer.
- Manethová, E.
2006. Personalidades Checas - Aleš Hrdlička comprobó el origen asiático de los indios americanos. Url: <http://www.radio.cz/es/articulo/85998> (20 de febrero de 2011).
- Neves, W. A. y H. M. Pucciarelli
1990. The origin of first Americans: an analysis based on the cranial morphology of early South American human remains. *American Journal of Physical Anthropology* 81: 274.
1991. Morphological affinities of the first Americans: an exploratory analysis based on early South American human remains. *Journal of Human Evolution* 21: 261-273.
- Politis, G. G., L. Prates y S. I. Perez
2009. *El Poblamiento de América. Arqueología y Bioantropología de los primeros americanos*. Buenos Aires, EUDEBA.

NOTA

CARACTERIZACIÓN DE ESTRUCTURAS DE DOBLE CÁMARA PARA LA COCCIÓN DE ARTEFACTOS CERÁMICOS EN LA TROYA (TINOGASTA, CATAMARCA)

Anabel Feely*

Los resultados de las investigaciones del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán, dirigido por la Dra. Norma Ratto, permiten señalar al área de La Troya como un *locus* de producción alfarera, ya que cuenta con: (i) materias primas cerámicas aptas para la producción; (ii) adecuadas condiciones ambientales de evapotranspiración para dicha producción; (iii) el combustible necesario, representado en bosques de algarrobo; y (iv) estructuras de combustión para la cocción de piezas cerámicas (Ratto *et al.* 2002, 2004). En total se han identificado 52 estructuras emplazadas tanto al norte como al sur del río La Troya (Caletti 2005; Feely *et al.* 2010; Ratto *et al.* 2010) que pueden o no estar asociadas a sitios residenciales adscriptos tanto a momentos Formativos (Localidad LT-V50) como incaicos (Batungasta) (*ca.* 1350-500 AP). Se han identificado tres formas generales: (i) circular; (ii) en forma de pera u ojo de cerradura; y (iii) subcuadrangular.

En este trabajo se presentan los resultados de las intervenciones realizadas en tres estructuras de doble cámara en forma *de pera* (*sensu* Shimada 1997), denominadas BATH-24 (1) y (2) y BATH-20, que se suman a los de dos estructuras similares previamente excavadas, identificadas como MVCH-1 y 3 (Caletti 2005).

BATH-24 corresponde a un conjunto de tres estructuras, denominadas (1), (2) y (3) respectivamente, concentradas en un área de aproximadamente 3,3 m² y localizadas a 1,2 km al sur del río La Troya. Se realizaron intervenciones en BATH-24 (1) y (2). La primera fue excavada en su totalidad, mientras que la segunda sólo parcialmente, considerando su eje longitudinal. La estructura (3) no fue intervenida debido a su mal estado de conservación (Feely *et al.* 2010). BATH-20 corresponde a una estructura aislada ubicada a aproximadamente 1 km al sur del río; ésta fue parcialmente intervenida teniendo en cuenta su eje longitudinal. Finalmente, MVC-H1 y H3 corresponden a dos estructuras aisladas ubicadas a 1 km al norte del río La Troya que fueron completamente excavadas (Caletti 2005).

* Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: anitafeely@yahoo.com.ar

MORFOLOGÍA Y DIMENSIONES

A pesar de registrar distintos tamaños (Tabla 1), la morfología de las cinco estructuras es similar. Están compuestas por dos secciones: una cámara principal de forma circular u ovalada y una antecámara o canal, cuyo ancho y profundidad es menor (Figura 1). Para cuatro de estas estructuras la longitud de la antecámara es menor que la de la cámara principal; por el contrario, en BATH-20, la longitud de la antecámara es mayor. Otra diferencia que presenta esta última tiene que ver con la orientación de su boca. En las cinco estructuras relevadas, el eje longitudinal presenta orientación norte-sur; sin embargo, en el caso de BATH-20, la boca de la antecámara está orientada hacia el N, mientras que en las cuatro restantes se ubica al S. Este hecho resulta sugerente si consideramos que los vientos en la región son prolongados y continuos durante todo el año, con dirección sur a norte en verano y norte a sur en invierno (González y Sempé 1975). Esto nos lleva a plantear de manera hipotética que la orientación diferencial de las estructuras pudo estar destinada a aprovechar el viento para aumentar el flujo de aire dentro del horno en distintos momentos del año.

Tabla 1. Dimensiones de las estructuras consideradas

	BATH-24(1)	BATH-24(2)	BATH-20	MVC-H1 ^a	MVC-H3 ^a
Perímetro	230	310	460	340	310
Largo total	99	125	205	132	124
Largo cámara	66	70	85	92	85
Ancho cámara	44	73	57	77	82
Largo antecámara	33	55	120	38	39
Ancho antecámara	17	38	33	24	29

Nota: Dimensiones expresadas en centímetros.

^a Datos tomados de Caletti (2005).

En todos los casos, la cámara principal consiste en un pozo cavado sobre el cual se levanta una superestructura de barro que ha sido afectada por la temperatura producida en su interior. Esta superestructura presenta paredes curvadas hacia adentro en sentido vertical conformando una estructura semicerrada (Figura 1). Las paredes de las cámaras principales son de espesor variable, siendo más gruesas en la base y más finas en los sectores superiores de la estructura.

Debido al mal estado de conservación de BATH-24 (1) y (2) y BATH-20, no fue posible observar improntas de algún tipo de entramado vegetal que las sostuviera, hecho que sí fue registrado por Caletti (2005) para las estructuras MVC-H1 y H3. Las paredes de las cámaras principales presentan coloración rojiza, que indicarían el ingreso de oxígeno dentro de la cámara durante la combustión; sin embargo, en ningún caso se ha registrado la presencia de chimeneas. Las porciones inferiores de las cámaras principales, incluyendo el piso, son de color gris negruzco. Sobre este último se presenta, en todos los casos, una lente de cenizas y carbones de espesor variable. Las antecámaras, por su parte, tienen menor profundidad que las cámaras principales, y en su piso presentan una fina lente de cenizas. Las paredes son, por lo general, verticales y bastante finas, de entre 3 a 5 cm de espesor (Figura 1) y han sido menos afectadas por el calor.

Se realizó un fechado radiocárbónico sobre una muestra del carbón recuperado en el piso de la cámara principal de BATH-24 (2) que arrojó una fecha de 670 ± 40 años AP (LP-2334, carbón) que, calibrado a un sigma para el Hemisferio Sur ubican su uso entre los años 1332-1362 A.D.

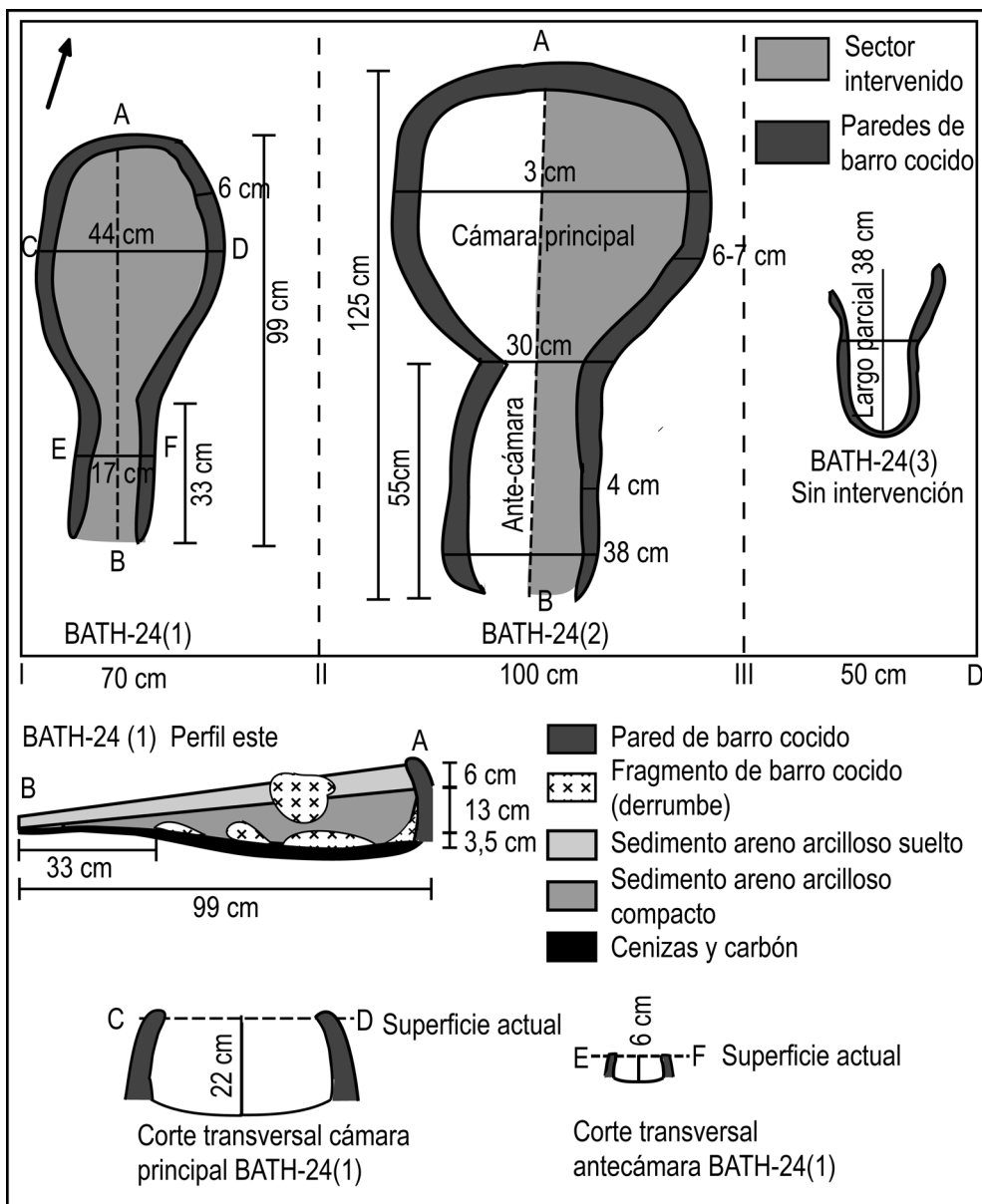


Figura 1. Conjunto de estructuras BATH-24. Superior: Vista en planta del conjunto. Inferior: detalle de la estratigrafía y morfología de la estructura BATH-24(1)

Del interior de las estructuras se ha recuperado una gran cantidad de fragmentos de tierra cocida que debieron conformar parte de sus paredes. Estos fragmentos son bloques duros y compactos, de tamaño variable y generalmente de color rojizo. La cantidad y tamaño de los fragmentos de tierra cocida recuperados nos hacen suponer que la altura original de los hornos debió ser mayor a la registrada en la actualidad. En algunos casos, estos fragmentos se apoyan directamente sobre la capa de cenizas en contacto con el piso, lo que nos lleva a pensar que su colapso debió producirse poco tiempo después del abandono del horno, o que pudo haber sido su causa. Otros fragmentos, por el contrario, se encuentran dentro del sedimento de relleno y presentan

una fina capa de arcilla adherida que evidencia la acción de agua en el interior de la estructura. En BATH-24 (1) y (2) la totalidad de los fragmentos de tierra cocida se han recuperado dentro de la cámara principal, mientras que en BATH-20 estos se registran desde el sector medio de la antecámara hasta la cámara principal.

Si bien las paredes originales debieron ser más altas, no consideramos que las estructuras fueran completamente cerradas. Es factible que presentaran algún tipo de cerramiento temporal en el sector de la cámara principal que era retirado con posterioridad a la cocción. Este aspecto se discutirá con mayor detalle en el siguiente acápite. Consideramos que en el caso de BATH-20 el cerramiento temporario pudo extenderse hasta casi la mitad de la larga antecámara. A modo puramente hipotético planteamos que esta estructura, cuya boca se orienta al norte, pudo haber estado en funcionamiento durante los meses de invierno, y que la larga antecámara parcialmente techada pudo cumplir la función de prevenir el ingreso de aire frío al interior de la cámara, que habría provocado la destrucción de las piezas.

EL MATERIAL CERÁMICO ASOCIADO

La totalidad del material cerámico recuperado en directa asociación con las estructuras, tanto en el interior como en superficie, puede ser adscrito al Período Tardío, hecho que es coincidente con el fechado de BATH-24 (2) presentado previamente. Caletti (2005) reporta la presencia de numerosos fragmentos cerámicos en el interior de las estructuras MVC-H1 y H3 (207 y 46 tiestos respectivamente), a los que clasifica estilísticamente como Abaucán negro sobre crema. Se destacan, entre los hallazgos, fragmentos sobrecocidos y un fragmento de vaso sin cocer. En las restantes estructuras, en cambio, la presencia de material cerámico es más escasa.

Para el caso del conjunto de estructuras BATH-24 se ha recuperado en superficie escasa cantidad de material cerámico pero de gran tamaño, conjuntamente con una gran cantidad de fragmentos de tierra cocida. En total se recuperaron nueve tiestos correspondientes a cuerpos no decorados, pero cuyas características tecnológicas permiten clasificarlos como pertenecientes al Período Tardío (Feely 2010). En función de las características tecnológicas y de pasta se considera que estos fragmentos pertenecieron a tres ollas de gran tamaño.

En el interior de cada una de las estructuras intervenidas se recuperó un fragmento de cerámica. En el primer caso corresponde a un borde de olla inflexionada de gran tamaño que se encontraba clavado en una zona de derrumbe de paredes con evidencias de acción de agua. Por su parte, el fragmento recuperado en BATH-24 (2) corresponde a un cuerpo de una olla de gran tamaño que se encontraba en contacto directo con la capa de cenizas y por debajo de bloques de paredes colapsados. Las características tecnológicas y de pasta de ambos tiestos son semejantes a las de los fragmentos recuperados en superficie.

En el caso de BATH-20 se han recuperado 37 tiestos de gran tamaño en superficie, dos de los cuales presentan evidencias de vitrificación de la matriz que indican sobrecocción, conjuntamente con fragmentos de tierra cocida. La cerámica no presenta decoración, pero sus características tecnológicas permiten clasificarla como perteneciente al Período Tardío. Se han recuperado 2 fragmentos de borde, 2 bases cónicas y 33 cuerpos que permiten dar cuenta de, por lo menos, cinco ollas subglobulares de gran tamaño. Si bien las cocciones predominantes son oxidantes, es de destacar que veinte de estos fragmentos presentan alguna de sus superficies de color gris ceniciento. Consideramos que estos grandes fragmentos cerámicos pudieron haber sido utilizados para cubrir la estructura durante la cocción y por ese motivo presentan cambios de color en las zonas superficiales que estuvieron en contacto con material combustible. Esta idea se ve reforzada por el hallazgo en el interior de la estructura, en el sector medio de la antecámara, de siete fragmentos cerámicos intercalados y superpuestos con fragmentos de arcillita de forma tabular. Un conjunto de tres tiestos y tres fragmentos de arcillita se presentan en contacto directo con la capa de cenizas

del piso de la estructura, aproximadamente a 16 cm de la superficie, mientras que otro conjunto de cuatro tiestos y dos fragmentos de arcillita se encuentra directamente por debajo de una fina lente de material vegetal carbonizado, cuyo espesor aproximado es de 0,5 cm. Este rasgo, que en el sector medio de la antecámara se presenta una profundidad de 6 cm en relación con la superficie, tiene continuidad en la cámara principal, aunque aquí se presenta a 1 cm de profundidad. Si bien es necesario finalizar los estudios sedimentológicos, se considera a manera de hipótesis que este fino rasgo carbonoso pudo formar parte de una superestructura semipermanente colocada a modo de techumbre. Ésta pudo incluir tiestos y fragmentos tabulares de arcillita sobre los cuales se colocó material orgánico que finalmente colapsó dentro de la estructura en eventos distintos posteriores al uso. Por su parte, en la cámara principal se han recuperado cinco fragmentos cerámicos, dos en asociación con la lente carbonosa fina (uno por encima y otro por debajo), uno entre el material de relleno, y los dos restantes en contacto directo con el piso de la estructura. Ocho de los tiestos recuperados en el interior de la estructura presentan alguna de sus superficies de color ceniciento y en algunos casos presentan también una fina capa de arcilla adherida a sus superficies que dan cuenta de la acción de agua. Dadas las características tecnológicas y de pasta, no puede descartarse que todo el material recuperado en el interior del horno pertenezca a las mismas piezas que fueron registradas en superficie.

CONSIDERACIONES FINALES

La ausencia de escoria y restos de metales en el interior de estas estructuras han permitido descartar su empleo en actividades metalúrgicas. Por otro lado, la ausencia de restos óseos, calcinados o no, permiten a su vez descartar su uso como lugares de enterratorio o cámaras cinerarias, ya que de no mediar una limpieza exhaustiva de las estructuras, su ausencia no puede explicarse por procesos de conservación de los huesos (Caletti 2005). Finalmente, la presencia en el interior de tiestos vitrificados o sobrecocidos indica que se alcanzaron temperaturas superiores a 950°C, que no resultan apropiadas para la cocción de alimentos. Por estos motivos, consideramos que las estructuras aquí presentadas fueron utilizadas para la quema de vasijas.

Las diferencias registradas en el tamaño de las estructuras pueden responder a distintas necesidades de uso, relacionadas con la cocción de distintos tipos de pieza o de piezas de diferente tamaño. Por otro lado, hemos planteado hipotéticamente que las diferencias en la orientación de la boca de la antecámara (hacia el norte o hacia el sur) son el resultado de diferencias en la estacionalidad del uso de los hornos. Desafortunadamente, no estamos aún en condiciones de resolver estas cuestiones. De cualquier manera, consideramos que estas estructuras están dando cuenta de similares técnicas de cocción de piezas cerámicas empleadas en la región para momentos tardíos de la ocupación. Si bien sólo contamos con un fechado, las similitudes en la morfología y el material cerámico asociado nos permiten tentativamente adscribir las cinco estructuras a este período.

En relación con la forma de funcionamiento de este tipo de hornos, las evidencias registradas nos permiten suponer que las piezas a ser cocidas eran colocadas en la cámara principal abovedada semiabierta, la que posteriormente era total o parcialmente cerrada con grandes fragmentos de cerámica y material orgánico que se retiraban con posterioridad a la cocción. La coloración rojiza de las paredes de las estructuras, así como el amplio predominio de atmósferas de cocción oxidante registradas en materiales adscriptos al Tardío de la zona (Feely 2010), señalan el ingreso de oxígeno dentro de la cámara principal durante la cocción, aunque no se han registrado chimeneas. El combustible debió encenderse en la boca de la cámara principal o en la antecámara y ser empujado hacia la cámara principal, donde se producía la cocción. Este modelo hipotético de funcionamiento es coincidente con el planteado por Shimada (1997), quien ha analizado el funcionamiento de estructuras de combustión recuperadas en la costa norte de Perú que presentan morfología similar a las aquí reportadas.

Las observaciones realizadas y los datos presentados constituyen un avance en el conocimiento de uno de los aspectos menos conocidos de la secuencia de producción cerámica, el concerniente a su cocción. La continuación de las investigaciones nos permitirá profundizar en el tema y adentrarnos en el estudio de la organización de la producción cerámica de las sociedades que habitaron en esta zona del oeste tinogastense.

Fecha de recepción: 19/11/2010

Fecha de aceptación: 07/07/2011

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer a la Dr. Norma Ratto, directora del PACH-A. Las investigaciones han sido posibles gracias a la Beca Posdoctoral otorgada por el CONICET y han sido realizadas en el marco de los proyectos PICT-2007-01539 y UBACyT F139.

BIBLIOGRAFÍA

Caletti, S.

2005. Tecnología de cocción de piezas de arcilla. Un caso de estudio: Batungasta, Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Feely, A.

2010. Estilos tecnológicos y tradiciones cerámicas del bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca). Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Feely, A.; M. Pirola, L. Vilas e I. Lantos

2010. Estructuras para la cocción de artefactos cerámicos en La Troya (Tinogasta, Catamarca). Resultados preliminares. En J. R. Bárcena y H. Chiavazza (eds.), *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, Tomo V: 2051-2056. Mendoza.

González, A. R. y M. C. Sempé

1975. Prospección arqueológica en el valle de Abaucán. *Revista del Instituto de Antropología*. Serie III Vol. 2. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Ratto, N; M. Orgaz, y R. Plá

2002. Producción y distribución de bienes cerámicos durante la ocupación Inka entre la región Puneña de Chaschuil y el Valle de Abaucán (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVII: 271-301.

2004. La explotación del Alfar de La Troya en el tiempo: casualidad o memoria (Departamento Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Chungará* 36 (2): 349-361.

Ratto, N., A. Feely, A. y R. Plá

2010. 1000 años de producción alfarera en el bolsón de Fiambalá: cambios y continuidades (Catamarca, Argentina). *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia 2006*. Tomo 2:789-800. Valdivia, Universidad Austral de Chile.

Shimada, I.

1997. The variability and evolution of prehispanic kilns on the Peruvian coast. En P. Rice (ed), *Ceramics and Civilization*. Vol III. *The Prehistory and History of Ceramic Kilns*: 103-127. The American Ceramic Society, EE.UU.

NOTA

UNA APROXIMACIÓN A LA TRANSFORMACIÓN DE RECURSOS EN PIEDRAS BLANCAS (AMBATO, CATAMARCA, S X-XI DC) DESDE LOS ANÁLISIS QUÍMICOS

*Francisco Pazzarelli**

INTRODUCCIÓN

Este trabajo presenta los análisis de Cromatografía de Gases-Espectrometría de Masas (GC/MS) realizados sobre objetos de cerámica (vasijas y pipa) del sitio Piedras Blancas (Ambato, Catamarca, siglos X-XI d.C.), con el objeto de discutir los posibles recursos manejados y transformados en ellos. La técnica de GC-MS, utilizada en arqueología desde hace más de una década (por ej., Evershed 1993), resulta del acoplamiento de una técnica separativa (GC) con otra dedicada a la determinación estructural (MS), que permite la identificación de los residuos lipídicos contenidos en las paredes de las vasijas (entre otros, Sánchez Vizcaíno y Cañabate Guerrero 1998). Estos datos son aquí vinculados con la información contextual de las excavaciones realizadas en el sitio desde hace más de diez años (Laguens 2006; Gastaldi 2010).

Piedras Blancas está conformado por un sector residencial, con recintos, patios y galerías, y por un sector monticular (dimensiones 80 m x 100 m). Distintas investigaciones han permitido conocer las actividades (domésticas, artesanales, rituales) llevadas a cabo en el lugar, con el objetivo de profundizar en la comprensión del proceso de diferenciación social que acaeció en Ambato desde el siglo VI d.C., con el desarrollo de la denominada cultura de “La Aguada” (Laguens 2006). Las muestras aquí analizadas provienen de excavaciones realizadas entre los años 2005 y 2008 en una habitación techada (Recinto F) y en una galería adosada a ésta (Recinto G). En el Recinto F se identificó el piso donde apoyaban múltiples hallazgos y estructuras (fogones, vasijas para cocción y almacenamiento, vasijas con pigmentos, estructuras para sostén de vasijas), que correspondían a un momento de uso coetáneo y que fueron aplastados por el derrumbe de los techos incendiados y de los muros. El Recinto G es un espacio semiabierto, techado en su porción lateral este y comunicado con la habitación mediante un vano de acceso. Aquí se identificó una banqueta donde apoyaban gran cantidad de vasijas, también aplastadas por los derrumbes. En el centro del espacio existía un poste y una gran vasija que contenía frutos de chañar (*Geoffroea decorticans*), que se incendiaron junto con el techo. Estos contextos corresponden al final de la ocupación del sitio, ubicada cronológicamente entre los siglos X-XI d.C. (Marconetto 2007).

* Museo de Antropología. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: fpazzarelli@hotmail.com

MATERIALES Y MÉTODOS

Los fragmentos cerámicos analizados fueron seleccionados durante la excavación y conservados en papel metalizado. En el laboratorio se les retiró el sedimento adherido antes de raspar las superficies a analizar. Tres muestras de vasijas (vinculadas al almacenamiento, la cocción y el consumo) y una de pipa modelada (muestras 1, 3, 4 y 6, Figura 1) se seleccionaron por poseer residuos adheridos en su superficie interna (pátinas o incrustaciones carbonizadas), los cuales fueron raspados y analizados¹; una vasija (muestra 2) fue seleccionada y muestreada por poseer un desgaste pronunciado en su interior; y una última muestra (5) fue extraída de un vaso modelado, manufacturado sobre cerámica reductora, ya que sobre esta clase de objetos la información respecto de sus posibles usos aún es escasa. En estos casos se rasparon las superficies internas de los fragmentos.

Cada muestra se extrajo con una mezcla de cloroformo:metanol (2:1) a temperatura ambiente bajo sonicación. Este procedimiento se repitió dos veces y los extractos se unificaron y se evaporaron en un evaporador rotatorio en el caso de los fragmentos, y bajo nitrógeno en el caso de los polvos productos de los raspados. Los extractos fueron saponificados por calentamiento a 70° C con una solución de KOH 4% en MeOH durante una hora. Luego de enfriar a temperatura ambiente se agregó agua destilada, se acidificó con HCl 2N y se extrajo la mezcla de ácidos grasos (AG) libres con dietil éter. Luego, se evaporó la fase etérea bajo corriente de N, se añadió una solución 20% de BF₃ en MeOH y se calentó a 100° C durante tres minutos. Se enfrió a temperatura ambiente y se extrajo con hexano para obtener los ésteres metílicos de los AG. La fase de hexano fue evaporada bajo corriente de N. En el caso del residuo de pipa, otra porción de muestra fue tratada para la identificación de alcaloides presentes en el género *Anadenanthera* (cebil). En este caso, la muestra fue extraída mediante MeOH con sonicación a temperatura ambiente. La solución fue centrifugada. Se separó el líquido sobrenadante y se evaporó el solvente bajo N. El residuo se trató con una solución de HCl 5% en agua. La solución acuosa se centrifugó y el sobrenadante se alcalinizó con una solución saturada de bicarbonato de sodio hasta pH 10 y luego se extrajo con éter etílico. Se separó la fase orgánica y se secó con sulfato de sodio anhidro. Se filtró y evaporó a sequedad bajo N. Los análisis de GC/MS se realizaron utilizando un sistema combinado Thermo Scientific EM/DSQ II, equipado con una columna TR-5ms (30m x 0,25mm). En el primer caso, el programa de temperaturas comprendía un calentamiento a 60°C durante un minuto, con posterior calentamiento a 15°C/minuto hasta llegar a los 280° C. En el segundo caso, se realizó un calentamiento a 80°C durante dos minutos, con posterior calentamiento a 15°C/minuto hasta llegar a los 280 °C, manteniéndose esta temperatura durante cinco minutos.

RESULTADOS

Muestra 1 (recinto G): vasija restringida, de contorno compuesto, subglobular, alisada en ambas superficies, de cocción oxidante. Posee decoración con pintura negra y blanca, y manchas de hollín que sugieren que estuvo sobre el fuego, aunque también pudo ser afectada por los incendios del techo. En su perfil lipídico (Figura 1, en todos los casos) se identificó la presencia mayoritaria de AG insaturados y de cadena larga (18:1; 18:2), que se caracterizan por su inestabilidad y degradación en el tiempo (Sánchez Vizcaíno y Cañabate Guerrero 1998), por lo que su presencia indica una buena conservación de la muestra (ver Abundancias relativas en Figura 1, para todos los casos). Se registraron también AG ramificados de número impar (17:0, 19:0), característicos de las grasas de ruminantes (como los camélidos) debido a la particularidad de su proceso digestivo (Dudd *et al.* 1998; Spangenberg *et al.* 2006). En ocasiones, estos AG son indicadores de acción bacteriana, pero las buenas condiciones de conservación ya señaladas nos permiten reforzar la primera interpretación (grasas animales). Sumado a esto se registra ácido palmítico (16:0) en

proporciones mayores a las de ácido esteárico (18:0), algo común en la degradación de grasas animales (Spangenberg *et al.* 2006); si bien esto no es un indicador definitivo, es interesante señalar que en grasa de ñandú y médula de guanaco se registra la presencia mayoritaria de ácidos palmíticos (16:0) y oleico (18:1) (Maier *et al.* 2007); mientras que en carne de guanaco se registraron, además, otros de cadena larga (16:0, 18:0; 18:1, 18:2n6, 18:3n3, 20:4n6, 22:6n3) (Frère *et al.* 2010), algunos de los cuales (18:0, 18:1, 18:2) también están presentes en nuestra muestra. Por último, la presencia mayoritaria de ácidos oleico (18:1) y linoleico (18:2) sugiere la posibilidad de una tendencia hacia recursos de origen vegetal. La presencia de hidrocarburos en esta muestra y en la siguiente puede remitir a una contaminación proveniente de las bolsas plásticas en donde los paquetes de papel metalizado fueron guardados y transportados.

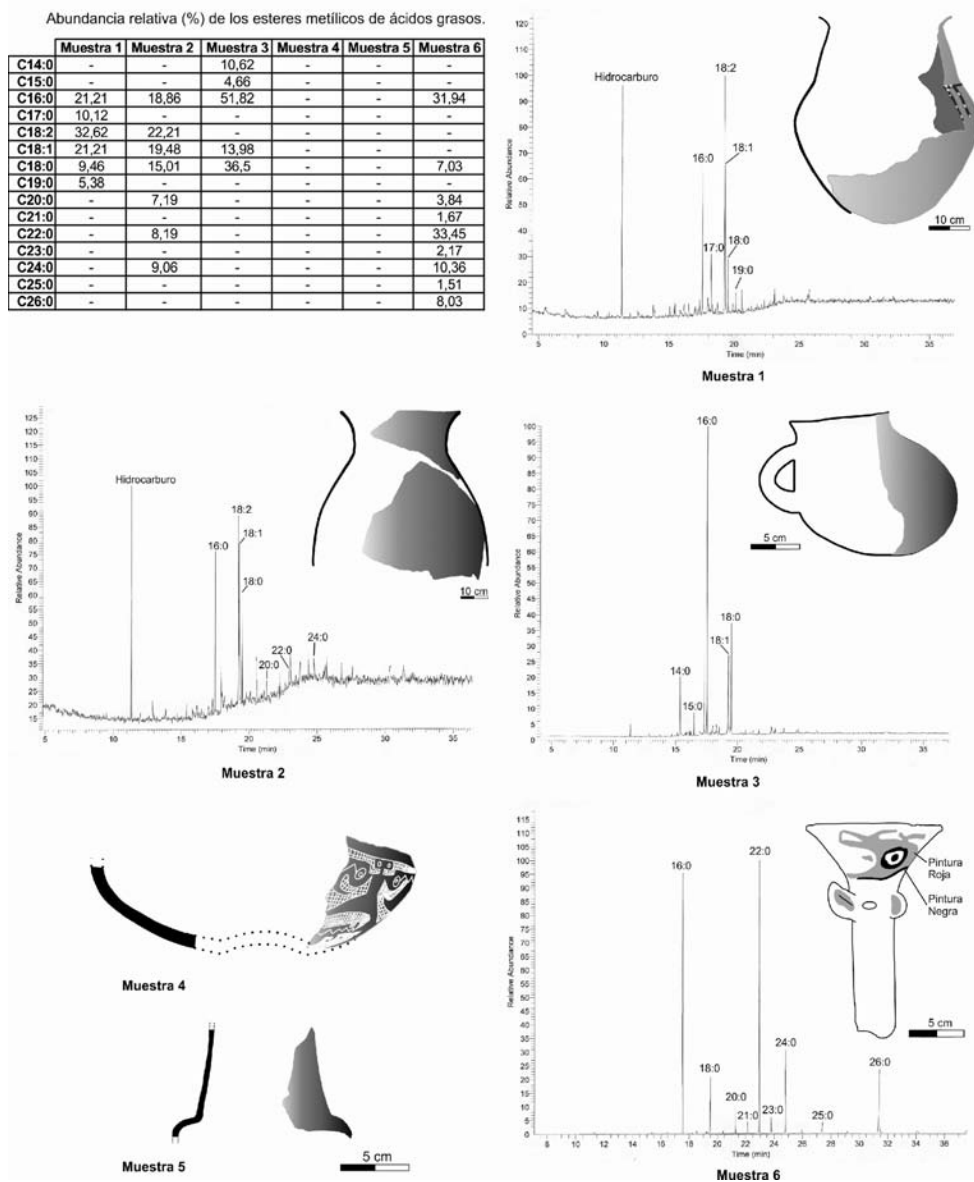


Figura 1. Cromatogramas y abundancias relativas (%) de los ácidos grasos identificados en cada muestra

Muestra 2 (recinto G): vasija restringida subglobular, de cuello evertido, manufacturada en una pasta de cocción oxidante. Posee un pronunciado desgaste en su superficie interna que ha dejado el antiplástico sobresaliendo, lo que ha sido relacionado con procesos de fermentación de bebidas (Laguens *et al.* 2008; Gastaldi 2010). Todos los compuestos identificados en el análisis son comunes en muchos recursos vegetales y animales, aunque debemos notar aquí la ausencia de AG ramificados de número impar (característicos de grasas de rumiantes) presentes en la muestra anterior. Por otro lado, la abundancia relativa de los AG linoleico (18:2) y oleico (18:1) y la presencia de otros de cadena larga (20:0, 22:0, 24:0) permiten proponer como hipótesis una posible tendencia hacia los recursos vegetales que deberá ser confirmada con nuevos análisis (Marta Maier, comunicación personal).

Muestra 3 (recinto F): vasija restringida de contorno inflexionado y perfil asimétrico (calceiforme), manufacturada en una pasta de cocción oxidante. Presenta rastros de hollín y evidencias de haber estado sobre el fuego. El residuo se presentaba como una pátina oscura adherida a la superficie interna cercana a la base. Se registra un conjunto de AG comunes en muchas grasas de origen animal y vegetal, aunque la presencia de un ácido ramificado de número impar (15:0) puede referir, como ya señalamos, a grasas de rumiantes (Dudd *et al.* 1998; Spangenberg *et al.* 2006). Aquí también debe ser considerada la posibilidad de acción bacteriana, aunque la presencia de un AG insaturado (18:1) nos indica una buena preservación.

Muestras 4 y 5 (recinto G): La primera muestra proviene de un fragmento de puco o escudilla, grabado en su superficie externa. La segunda corresponde a un fragmento de vaso modelado. Las piezas se manufacturaron en una pasta muy homogénea, de cocción reductora, y poseen poca porosidad. Presentan un pulido externo y un alisado interno. En ningún caso se identificaron picos correspondientes a AG.

Muestra 6 (recinto F): hornillo y fragmento de tubo de pipa, confeccionado en una pasta de cocción oxidante. Se encuentra modelado y con pintura poscocción. El residuo estaba carbonizado, adherido al interior del tubo. Se registra la presencia de ácidos palmítico (16:0) y esteárico (18:0) y un conjunto de AG de cadena larga comunes en muchos recursos vegetales y animales. Los ácidos lignocérico (24:0) y cerótico (26:0) son característicos de la cera y miel de abejas, aunque no se registraron alcoholes de cadena larga esperables en este tipo de compuestos. La identificación de alcaloides del género *Anadenanthera* resultó negativa.

DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES

Los resultados expuestos refieren a la presencia combinada de recursos de origen vegetal y animal en casi todos los casos. La información contextual y el análisis de materiales nos permiten afinar algunas de estas interpretaciones y proponer hipótesis.

1. La identificación de compuestos que sugieren la presencia de grasas animales (de ¿camélidos?) puede vincularse a las frecuentes prácticas de trozamiento y extracción de médula que ya han sido constatadas en los análisis zooarqueológicos del sitio, los cuales permitieron proponer que el método usual de cocción habría sido el hervido (Dantas 2010). No obstante, la presencia de grasas animales no sólo refiere a transformaciones con fines alimenticios, ya que el análisis de pigmentos recuperados en Piedras Blancas sugiere el uso de grasas como aglutinantes y la posibilidad de que los minerales se hayan cocinado en una etapa previa a la pintura (Galván Josa 2010). Al respecto, es sugerente que uno de estos pigmentos fuera hallado dentro de una vasija fracturada por la caída del techo del Recinto F, cercana a la vasija calceiforme (muestra 3), cuyo perfil lipídico podría vincularse con grasas animales.

2. El desgaste de la superficie interna de la muestra 2, relacionado con procesos de fermentación de bebidas, tales como chicha (Laguens *et al.* 2008; Gastaldi 2010), ha sido registrado en distintas vasijas del sitio y algunas de ellas asociadas a estructuras de sostén, lo que sugiere un

emplazamiento con fines de almacenamiento o fermentación (Gastaldi 2010). A ello se suma el análisis isotópico realizado sobre el contenido carbonizado de una vasija globular (recinto F), que presenta un desgaste interno similar al analizado aquí: su valor de $\delta^{13}\text{C}$ (-12.2) fue consistente con el valor arrojado por *Zea mays* recuperado también en el sitio (-12.1). Si bien las dificultades de la identificación de maíz mediante GC-MS en muestras arqueológicas ya han sido expuestas por algunos autores (entre otros, Reber y Evershed 2004), creemos que la presencia de AG insaturados y otros de cadena larga pueden estar sugiriendo un origen vegetal que debería seguir indagándose con nuevos análisis.

3. La ausencia de residuos en las muestras 4 y 5 (escudilla y vaso modelado) nos sugiere dos hipótesis que guiarán los nuevos análisis: a) las características de la pasta (menos porosas que las de cocción oxidante) disminuyen la absorción de las sustancias, lo cual afecta las posibilidades de identificarlas en el presente; b) esta absorción diferencial estuvo mediada por los usos concretos en los que participaron estos objetos (presentar y consumir comidas y bebidas), con menos posibilidad de absorber sustancias que en el caso de vasijas destinadas a la cocción o al almacenamiento. Una posibilidad sería que los objetos no estuvieran en contacto con recursos de este tipo, pero los análisis contextuales y de huellas de uso sugieren usos vinculados a eventos de comensalidad que apoyan las primeras interpretaciones (Gastaldi 2010).

4. En el caso de la pipa, la ausencia de alcaloides y la presencia de una variedad de compuestos que pueden remitir a distintas fuentes vegetales y animales sugieren, por un lado, que nuestras expectativas en torno al consumo de cebil en contextos Aguada deben ser relativizadas a la luz de la evidencia concreta, y quizá reorientar los análisis en busca de compuestos de otras especies con propiedades biodinámicas (tabaco, coca); por otro lado, que la diversidad de recursos implicada en el acto fumatorio puede ser amplia y no sólo vinculada a plantas cuya ingesta tenga este tipo de efectos (Capparelli *et al.* 2006).

5. La presencia de AG insaturados y de cadena larga en varias muestras nos indica buenas condiciones de conservación, lo que nos alienta a la realización de nuevas identificaciones, que planeamos complementar con análisis de microrrestos vegetales y con análisis de GC-MS de las matrices sedimentarias. La posibilidad de vincular estos datos a la información contextual y a los análisis de materiales nos permitirá continuar precisando nuestra comprensión de las distintas prácticas vinculadas al manejo y a la transformación de sustancias que tomaban lugar dentro de un mismo espacio doméstico en Piedras Blancas.

Fecha de recepción: 08/12/2010

Fecha de aceptación: 03/08/2011

AGRADECIMIENTOS

A Andrés Laguens, Bernarda Marconetto y Claudia Amuedo por la lectura de este texto. A Marta Maier por sus sugerencias en la interpretación de los resultados. A Pilar Babot y Natalia Mazzia por sus comentarios sobre el primer manuscrito. Este trabajo se realizó en el marco del subsidio FONCYT-PICT 34558. El contenido es de mi responsabilidad.

NOTAS

¹ El análisis de las muestras mediante GC-MS estuvo a cargo de la Dra. Marta Maier, en la Unidad de Microanálisis y Métodos Físicos Aplicados a Química Orgánica, del Departamento de Química Orgánica de la Universidad de Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

- Capparelli, A., M. L. Pochettino, D. Andreoni y R. Iturriza
2006. Differences between written and archaeological record: The case of plant micro remains recovered at a Northwestern Argentinean Pipe. *Proceedings of the IVth International Congress of Ethnobotany (ICEB 2005)*: 397-406.
- Dantas, M.
2010. Arqueología de los animales y procesos de diferenciación social en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Dudd, S. N., M. Regert y R. P. Evershed
1998. Assessing microbial lipid contributions during laboratory degradations of fats and oils and pure triacylglycerols absorbed in ceramic potsherds. *Organic Geochemistry* 29: 1345-1354.
- Evershed, R. P.
1993. Biomolecular Archaeology and Lipids. *World Archaeology* 25 (1): 74-93.
- Frère, M. M., D. Constenla, C. Bayón y M. I. González
2010. Estudios actualísticos sobre recursos silvestres mediante el empleo de análisis químicos. En M. Berón, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo, C. Aranda y M. Carrera Aizpitarte (eds.), *Mamul Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*: 215- 226. Buenos Aires, Libros del Espinillo.
- Galván Josa, V., S. R. Bertolino, A. Laguens, J. A. Riveros y G. Castellano
2010. X-ray and scanning electron microscopy archaeometric studies of pigments from the Aguada culture, Argentina. *Microchemical Journal* 96: 259-268.
- Gastaldi, M.
2010. Cultura Material, Construcción de Identidades y Transformaciones sociales en el Valle de Ambato durante el Primer milenio d.C. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Laguens, A.
2006. Campo y espacio social en el estudio arqueológico de la desigualdad. En C. Gnecco y C. H. Langebaek (eds.), *Contra la tiranía tipológica en arqueología: Una visión desde Suramérica*. Universidad de los Andes, Uniandes.
- Laguens, A., F. Pazzarelli y G. Vargas Ibarra
2008. Análisis experimental: fermentación de chicha de maíz en vasijas cerámicas. Ms.
- Maier M., D. L. A. de Faria, M. T. Boschín, S. D. Parera, M. F. del Castillo Bernal
2007. Combined use of vibrational spectroscopy and GC-MS methods in the characterization of archaeological pastes from Patagonia. *Vibrational Spectroscopy* 44: 182-186.
- Marconetto, B.
2007. Aportes de la antracología a la cronología del Valle de Ambato. En M. B. Marconetto, P. Babot y N. Oliszewski (comps.), *Paleoetnobotánica del Cono Sur: estudios de casos y propuestas metodológicas*: 197-218. Córdoba, Ferreyra.
- Reber, E. A. y R. P. Evershed
2004. Identification of maize in absorbed organic residues: a cautionary tale. *Journal of Archaeological Science* 31: 399-410.
- Sánchez Vizacino, A. y M. L. Cañabate Guerrero
1998. *Indicadores químicos para la arqueología*. Universidad de Jaén, España.
- Spangenberg, J.E., Jacomet y S., Schibler, J.
2006. Chemical analyses of organic residues in archaeological pottery from Arbon Bleiche 3, Switzerland—evidence for dairying in the late Neolithic. *Journal of Archaeological Science* 33: 1-13.

NOTA

RESULTADOS DE LOS FECHADOS RADIOCARBÓNICOS DEL SITIO LAGUNA EL DOCE, DEPARTAMENTO GENERAL LÓPEZ, PROVINCIA DE SANTA FE

*Juan David Avila**

INTRODUCCIÓN

El objetivo de la presente nota es informar los resultados de cuatro fechados radiocarbónicos efectuados sobre materiales arqueológicos recuperados en superficie en el sitio Laguna El Doce, ubicado en el distrito San Eduardo, departamento General López, en el sudoeste de la provincia de Santa Fe. Los resultados de estos fechados permiten generar nuevas expectativas sobre la ocupación humana (cazadores-recolectores) en el norte de la región pampeana, específicamente en el actual territorio de la provincia de Santa Fe. Estas dataciones radiométricas por AMS darían cuenta de diferentes eventos de ocupación de este paisaje lagunar, y extenderían el lapso temporal de ocupación humana al Holoceno inicial tardío.

SITIO LAGUNA EL DOCE

El sitio Laguna El Doce se localiza en el sector NE de la laguna homónima, a 7 km de la localidad de San Eduardo, en el departamento General López, sudoeste santafesino, en el norte de la región pampeana, específicamente en la Pampa de las Lagunas (Pasotti y Castellanos 1967) (Figura 1).

El sector NE de la laguna, con mayor desarrollo de barrancas, había sido prospectado en diversas oportunidades (Ceruti 1987, 1992, 1993; Avila *et al.* 1999) en las que se registró una baja cantidad de materiales, pero en 2003, vecinos de San Eduardo localizaron y denunciaron la presencia de numerosos restos humanos diseminados en la playa, lo que generó la intensificación de las investigaciones arqueológicas.

La alta concentración de restos humanos y faunísticos, artefactos líticos tallados y por picado, abrasión y pulido, además de fragmentos cerámicos, permitió efectuar recolecciones superficiales y sondeos exploratorios, que se profundizaron en los años siguientes con nueva evidencia arqueológica.

* Centro de Estudios Interdisciplinarios en Antropología. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. Entre Ríos 758 (2000) Rosario, Santa Fe, Argentina. E-mail: judavila@yahoo.com

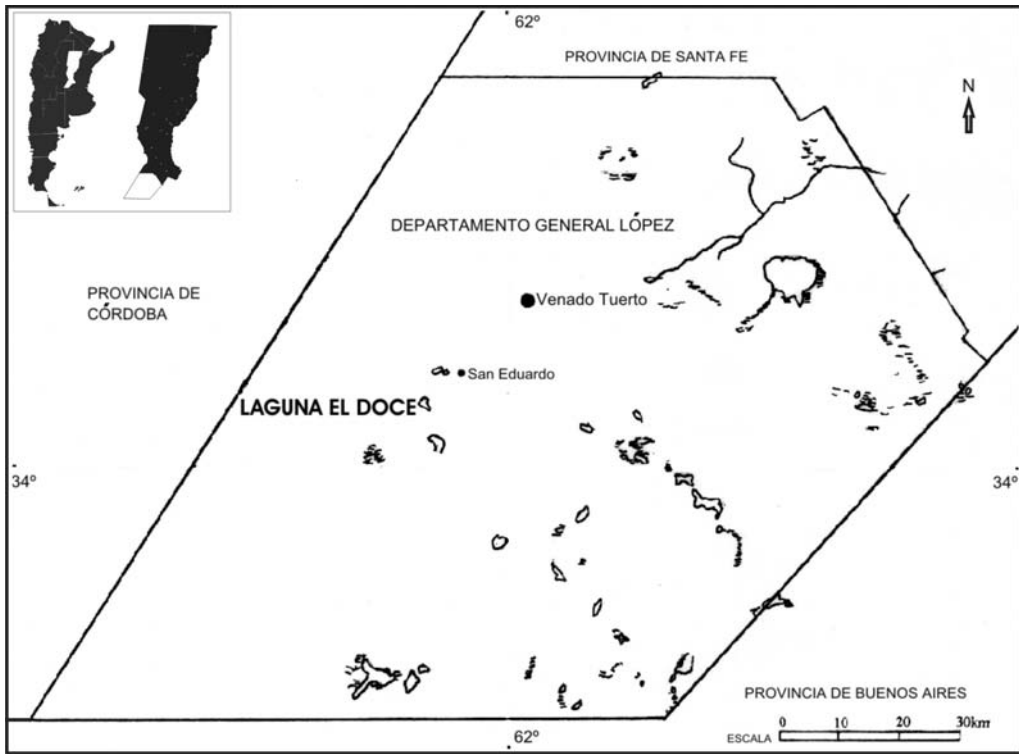


Figura 1. Ubicación de la Laguna El Doce dentro del departamento General López, provincia de Santa Fe

A partir de estos hallazgos, esta laguna pasó a ser la de mayor concentración y variabilidad de materiales arqueológicos correspondientes a poblaciones cazadoras-recolectoras del sudoeste de Santa Fe. Si bien en el sitio Laguna Las Marías (Villa Cañas, departamento General López, provincia de Santa Fe) se han recuperado materiales arqueológicos y se han datado restos óseos humanos de *ca.* 2000 años AP (Carlos Ceruti, comunicación personal), no presentan la concentración y la variabilidad de la Laguna El Doce, ni han sido sistemáticos los trabajos allí realizados.

METODOLOGÍA Y RESULTADOS

Las características de los hallazgos superficiales (cantidad, distribución y variabilidad) permitieron efectuar recolecciones superficiales sistemáticas, para lo cual se trazaron en la playa dieciocho unidades de recolección de cinco metros de largo por el ancho existente entre el pelo de agua y la barranca. Cada unidad de recolección (en adelante, UR) fue dividida, a su vez, en tres transectas de aproximadamente 3 metros de ancho cada una, de manera tal que el terreno quedó cuadrículado en 52 sectores (dada la irregularidad de la costa de la laguna). También se realizaron tres sondeos exploratorios de 2 m² en la UR 7 para el rescate de restos óseos humanos articulados que se encontraban semienterrados. En el Sondeo 1 se recuperaron restos óseos articulados correspondientes a la pelvis, miembros inferiores y parte del miembro superior izquierdo (con los huesos de la mano fusionados debido al alto grado de carbonatación), correspondientes a un individuo infantil que se encontraba en posición decúbito lateral izquierdo (Ayuso *et al.* 2006). El Sondeo 2 se realizó en forma contigua al 1, para registrar la marca dejada por un pozo que habían realizado aficionados para extraer restos humanos, del cual no se recuperaron materiales arqueológicos. El Sondeo 3 se

efectuó cerca del pelo de agua de la laguna también para recuperar huesos humanos articulados semienterrados –cuatro vértebras dorsales– (Ayuso *et al.* 2006) (Figura 2).

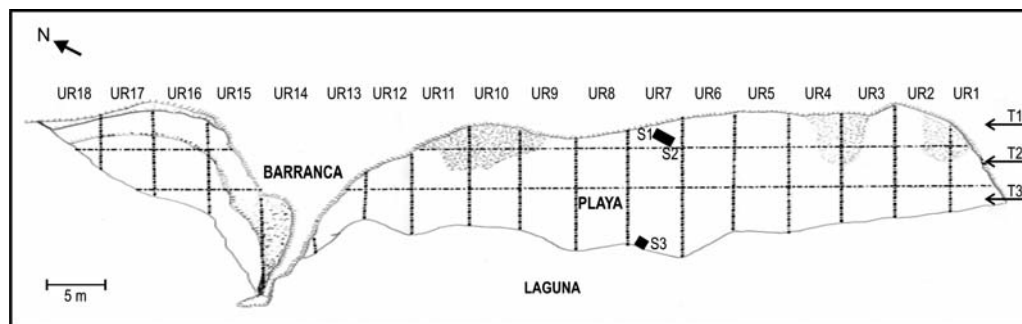


Figura 2. Planta de las prospecciones efectuadas en noviembre de 2003

En el año 2006, a la altura de la UR 7, pero sobre la barranca, se llevó a cabo el rescate de un cráneo semienterrado, localizado junto a dos mandíbulas y dos vértebras humanas y asociado a material faunístico, que habían sido removidos por la acción intencional de aficionados. A fines del año 2008, en la UR 14 y sobre el pelo de agua se rescató otro cráneo. En febrero de 2009 se realizaron nuevas recolecciones superficiales sobre la playa de la laguna y se recuperó material cerámico y lítico en las primeras cuatro UR (Ayuso *et al.* 2006; Avila y Gavilán 2008; Cornaglia Fernández 2009; Gabrielloni 2009; Píccoli 2009).

En el sitio Laguna El Doce, el registro bioarqueológico humano particularmente, pese a constituir una muestra recuperada en superficie, conforma una colección de gran importancia regional. El número mínimo de individuos ascendió a diecisiete: seis subadultos y once adultos. Píccoli (2009) realizó una evaluación comparativa con inferencias efectuadas por otros autores (*i.e.*, Barrientos 1997; Luna 2008), y estableció que los individuos analizados exhiben un estado de salud y una nutrición general relativamente buenos para lo que se conoce de las sociedades cazadoras-recolectoras de la región pampeana (Avila *et al.* 2009; Píccoli 2009).

En relación con los restos óseos faunísticos, los *taxa* identificados presentan una gran diversidad de especies, siendo los más representados *Lama guanicoe*, *Rhea americana* y *Ozotoceros bezoarticus*. La concentración de estos *taxa* indicaría cierta selección cultural de las especies representadas. Con menor frecuencia de aparición se registraron especímenes de aves, roedores (*Ctenomys* sp., *Myocastor coypus*), dasipódidos (*Chaetophractus villosus*, *Dasyopus hybridus*, *Zaedyus pichyi*) y carnívoros (*Dusicyon* sp., *Dusicyon avus*, *Lycalopex gymnocercus*). Cabe destacar el hallazgo de un caracol marino de la especie *Adelomelon brasiliiana* (Avila *et al.* 2009; Cornaglia Fernández 2009, 2011).

Con respecto a los fragmentos cerámicos, se recuperaron tanto tiestos correspondientes a bordes como a cuerpos de recipientes, en los cuales la pasta presenta inclusiones naturales de arena cuarzosa, mica y otros minerales de granulometría pequeña. En algunos fragmentos se puede observar la incorporación intencional de tiestos molidos y restos orgánicos. Por otro lado, se observó la presencia de pintura anaranjada rojiza en la superficie externa de algunos tiestos y también fragmentos con restos de hollín en ambas superficies (Alonso 2005; Avila *et al.* 2009).

A partir del análisis de las formas y las dimensiones recurrentes en el conjunto lítico, se observa que esta muestra está conformada en su mayoría por lascas que quedaron como subproducto del proceso de obtención de formas base a partir de un núcleo, lascas de retoque y/o de reactivación de filos, instrumentos de formatización sumaria, raspadores, raederas, perforadores, cuchillos y puntas de proyectil, algunos de ellos con filos reactivados y/o agotados. También se destaca la

presencia de artefactos confeccionados por técnica de picado, pulido y/o abrasión: sobadores, bolas de boleadoras, artefactos de molienda (activos, principalmente).

Entre los artefactos líticos elaborados por técnica de talla, las materias primas más utilizadas han sido cuarcitas, cuarzo, ftanita y rocas silíceas. Los artefactos elaborados por abrasión, pulido o picado son principalmente de ortogneis, y se registran también de cuarcitas, tosca, granitos, esquistos cuarzos-micáceos y rocas ígneas.

De acuerdo con los análisis mineralógico y textural de las materias primas líticas bajo el microscopio petrográfico (González 2006), junto con el análisis macroscópico, podríamos indicar que sus posibles lugares de obtención serían los Sistemas Serranos de Tandilia y Ventania –cuarcitas, ftanita y esquistos– las Sierras de Córdoba y San Luis –cuarzo, sílices, ortogneis y granitos– (Avila *et al.* 2009).

Para la realización de las dataciones radiocarbónicas se seleccionaron tres tipos de materiales arqueológicos: dos tiestos cerámicos (fragmentos de borde), un fragmento de radiocúbito de *Lama guanicoe* con huellas de corte vinculadas al procesamiento para consumo y dos dientes humanos procedentes del maxilar inferior de un individuo (un molar y un incisivo). La selección de estos materiales se basó, principalmente, en que no tuvieran sustancias adheridas, ya que en esta laguna la mayoría de los fragmentos óseos –tanto humanos como faunísticos– se presentan con carbonatos adheridos. Esto impidió que se realizara la toma de muestra sobre materiales del Sondeo 1 efectuado en 2003.

Los fragmentos cerámicos se obtuvieron en la UR 4 en 2009, mientras que los dientes humanos se extrajeron del cráneo recuperado en 2006 en la UR 7 y el fragmento de radiocúbito de guanaco fue recolectado en 2003 en la UR 10 (Ayuso *et al.* 2006; Cornaglia Fernández 2009; Gabrielloni 2009).

Los análisis se realizaron en la Universidad de Arizona-NSF Arizona AMS *Laboratory*, donde se llevaron a cabo análisis de $\delta^{13}\text{C}$ y ^{14}C por AMS (Tabla 1). La calibración de los fechados a años calendarios se realizó por el método de *Calib Radiocarbon Calibration Program*, curva intcal09.14c, con 1 y 2 sigmas (Reimer *et al.* 2009).

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos del sitio Laguna El Doce

Nº de Inventario	Nº de Lab	Tipo de resto	Edad ^{14}C	Edad ^{14}C calibrado	1 Sigma	2 Sigma	$\delta^{13}\text{C}$ ‰
LED C002	AA89918	fragmento cerámico	1555 ± 85 AP	461 ± 240 cal BC	420- 587 cal AD	264- 274 cal AD	-29
LED C001	AA89919	fragmento cerámico	2350 ± 180 AP	492 ± 82 cal BC	753- 685 cal BC	833 cal BC - 3 cal AD	-21,9
LED F2175	AA89914	radiocúbito de <i>L. guanicoe</i>	7026 ± 58 AP	5912 ± 63 cal BC	5985- 5874 cal BC	6013- 5772 cal BC	-17,6
LED H120	AA89915	diente humano	8274 ± 68 AP	7318 ± 115 cal BC	7452- 7396 cal BC	7486- 7139 cal BC	-15,1

PERSPECTIVAS

El conjunto analizado (artefactos líticos, tiestos cerámicos, restos óseos faunísticos y restos óseos humanos), a pesar de pertenecer a una muestra recuperada en su mayoría en superficie, representa la colección arqueológica más relevante de la Pampa de las Lagunas santafesina. El sitio resulta de fundamental importancia para estudiar los procesos de ocupación del espacio por parte de poblaciones que transitaron y se asentaron en los actuales entornos lagunares del departamento General López, provincia de Santa Fe.

Los resultados de los fechados evidencian que en el sitio Laguna El Doce se han desarrollado diferentes eventos de ocupación. El primer evento registrado con estos fechados correspondería al Holoceno inicial tardío, durante el poblamiento temprano del norte de la región pampeana. Con los fechados sobre diente humano de 8270 ± 68 años AP y sobre *Lama guanicoe* de 7026 ± 58 años AP, Laguna El Doce pasaría a ser el sitio más antiguo hasta el momento en el actual territorio de la provincia de Santa Fe, con uno de los fechados más tempranos sobre restos humanos en la región pampeana.

Podemos considerar, además, otro evento de ocupación del sitio entre los años 2350 ± 180 AP (492 ± 82 cal BC) y 1555 ± 85 AP (461 ± 240 cal BC), con presencia de fragmentos cerámicos. Esta ocupación sería compatible con lo registrado en el sitio Las Marías, localizado en Villa Cañas, también en el departamento General López, con dos fechados radiocarbónicos sobre restos óseos humanos de 1880 ± 90 años AP (1708 - 1889 cal. AP) y 2140 ± 80 años AP (1995-2303 cal. AP) (Carlos Ceruti, comunicación personal) y con presencia de cerámica con características technoestilísticas similares a la registrada en Laguna El Doce (Ceruti 1992, 2000; Avila *et al.* 2003).

Con referencia a los valores de los isótopos estables de $\delta^{13}\text{C}$ que arrojó la muestra de diente humano, ésta indicaría el consumo de animales terrestres por parte de los grupos cazadores recolectores. Esto se podría inferir al considerar que los índices de la muestra humana se encuentran 1,5 por mil más enriquecidos que la muestra faunística de referencia (guanaco), siendo lo esperable cuando las sociedades humanas consumen justamente esos animales (Ramiro Barberena, comunicación personal). Esta asociación, si bien es preliminar y se corroborará en el transcurso de estas investigaciones, coincidiría con la redundancia de restos óseos faunísticos de guanaco (*Lama guanicoe*) con marcas de corte asociadas al procesamiento para consumo humano recuperados hasta el momento en la Laguna El Doce (Fernández Cornaglia 2009, 2011).

Los valores de $\delta^{13}\text{C}$ de las especies animales están condicionados por las señales isotópicas de las especies vegetales consumidas en forma regular. Aunque deben realizarse nuevos análisis a mayor cantidad de muestras de guanaco, los valores enriquecidos de $\delta^{13}\text{C}$ (-17,6) registrados para la muestra de radiocúbiteo de *Lama guanicoe* procedente de Laguna El Doce permitirían suponer como una alternativa posible la tendencia al consumo de gramíneas C_4 , similar a los valores máximos registrados hasta el momento para guanacos de ambientes áridos (Barberena *et al.* 2010).

Con respecto al análisis de los valores isotópicos de $\delta^{13}\text{C}$ efectuados sobre la pasta de dos fragmentos cerámicos, dio como resultado valores empobrecidos (-29 y -21,9). Estos datos sólo nos permiten mencionar que -29 es un valor demasiado bajo como para corresponder a tejidos animales, que se acerca a los valores de referencia de material vegetal de especies C_3 . Además, el valor de -21,9 –que también podría corresponder a material vegetal– es, sin embargo, menos probable asociarlo a especies C_3 (Ramiro Barberena, comunicación personal).

Las distintas líneas de evidencias presentes en el sitio Laguna El Doce, así como la redundancia ocupacional suministrada por los fechados y la procedencia de los materiales arqueológicos, podrían sugerir, por un lado, el desarrollo de actividades múltiples, pero por otro es posible plantear que, de haber existido actividades limitadas o más específicas, éstas pudieron quedar solapadas, dada dicha situación del sitio.

Los fechados del sitio Laguna El Doce valorizan y modifican la información generada hasta el momento por los diferentes estudios arqueológicos, amplían en varios milenios la cronología de este sector de la región pampeana e indican la presencia de distintas ocupaciones de cazadores-recolectores cuya correcta ubicación estratigráfica se está tratando de establecer a partir de excavaciones arqueológicas en proceso de realización.

Fecha de recepción: 15/12/2010

Fecha de aceptación: 03/08/2011

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue posible gracias al aporte realizado por mis compañeros del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Antropología (FHmyAr -UNR), especialmente Mariela Gallego, Carolina Gabrielloni, Carolina Píccoli, Jimena Cornaglia Fernández, Mariel Gavilán, Alejandro Alonso y Carolina Barboza. Agradezco especialmente a Carlos Ceruti, director del proyecto, por las valiosas sugerencias realizadas al manuscrito, así como a Lorena L'Heureux y Ramiro Barberena por la información suministrada y los aportes que enriquecieron este trabajo. También mi agradecimiento a los evaluadores por las sugerencias pertinentes para el texto. A la comuna de San Eduardo y a la Municipalidad de Venado Tuerto por todo el apoyo brindado para la concreción de los trabajos de campo. Se contó con un subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNR para el proyecto "Entorno y sociedades. Construcciones de los paisajes arqueológicos en la Pampa de las lagunas santafesinas (Departamento General López, Provincia de Santa Fe)" –Resol. C.D. 1043/2008–. Lo aquí expresado es solo responsabilidad del autor.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, A.

2005. Investigaciones arqueológicas en ambientes lagunares ecotonales. El registro cerámico como indicador de movilidad. Trabajo presentado en el *IV Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*. Bahía Blanca. Ms.

Avila, J. D. y M. Gavilán

2008. Estudio de los artefactos de molinera recuperados en la laguna El Doce, provincia de Santa Fe. Un acercamiento a la disponibilidad de materias primas líticas. Trabajo presentado en el *V Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa. Ms.

Avila, J. D.; M. P. Ayuso y M. C. Barboza

2003. Investigaciones arqueológicas en el sudoeste santafesino. Una aproximación al estudio de los recursos líticos en la Laguna Las Marías (Villa Cañas, Departamento General López, Provincia de Santa Fe). *Revista de la Escuela de Antropología VIII*: 223-230.

Avila, J. D.; M. Gallego y M. Larraburu

1999. Informe situacional de la arqueología pampeana santafesina: Departamento General López como caso de estudio. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. La Plata. Tomo 3: 433-442.

Avila, J. D.; C. Gabrielloni, M. Gavilán, C. Píccoli, J. Cornaglia Fernández, A. Alonso, C. Barboza, M. Gallego, C. Freiberg, R. Moreira, M. De Biassi, G. Fabron, M. Leyría y A. Macanuso

2009. Investigaciones arqueológicas en el Sur de Santa Fe. La Laguna El Doce (Depto. Gral. López, Pcia. de Santa Fe) como caso de estudio. *Actas de las II Jornadas de Ciencia y Tecnología*. Universidad Nacional de Rosario. 37-40.

Ayuso, M. P.; C. Gabrielloni, J. Cornaglia Fernández y C. Píccoli

2006. Aproximación a los procesos tafonómicos sobre restos óseos humanos en ambientes lagunares ecotonales. Laguna El Doce sitio 1, San Eduardo, Provincia de Santa Fe. *Revista de la Escuela de Antropología XII*: 163-172.

Barberena, R.; A. Gil, G. Neme, A. Zangrando, G. Politis, L. Borrero y G. Martínez

2010. Ecología isotópica de guanaco (*Lama guanicoe*) en el sur de Sudamérica: tendencias espaciales, temporales e implicaciones arqueológicas. En M.A. Gutiérrez, M. De Nigris, P. M. Fernández, M. Giardina, A.F. Gil, A. Izeta, G. Neme y H.D. Yacobaccio (eds.), *Zoarqueología a principios del siglo XXI: aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*: 107-117. Buenos Aires, Del Espinillo.

Barrientos, G.

1997. Nutrición y dieta de las poblaciones aborígenes prehispánicas del sudeste de la Región Pampeana. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata.

Ceruti, C.

1987. Investigaciones arqueológicas en el Departamento General López, Provincia de Santa Fe: Informe preliminar. Informe de Carrera al CONICET, período 1986-1988. Ms.
1992. Cambio climático y poblaciones prehispánicas en el litoral argentino. En M. Iriondo (ed.), *El Holoceno en la Argentina*. I: 39-49. CADINQUA. Santa Fe.
1993. Arqueología. *Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe*. Tomo IV: 557-580 Santa Fe. Sudamérica.
2000. Ríos y praderas: Los pueblos del litoral. En M. Tarragó (ed.), *Nueva Historia Argentina*. Tomo I: 107-146. Buenos Aires, Sudamericana.

Cornaglia Fernández, J.

2009. Zooarqueología del Holoceno tardío en el sur de Santa Fe. El sitio Laguna El Doce. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
2011. Análisis tafonómico del registro arqueofaunístico de la Pampa de Las Lagunas Santafesinas. El sitio Laguna El Doce (Provincia de Santa Fe, Argentina). *VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas*. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. En prensa.

Gabrielloni, C.

2009. Estudios tafonómicos sobre restos óseos humanos. Sitio laguna El Doce (Departamento General López, Provincia de Santa Fe). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

González, P.

2006. Informe mineralógico y textural petrográfico de artefactos líticos provenientes del sitio Laguna El Doce. Ms.

Luna, L.

2008. *Estructura demográfica y estilo de vida de cazadores recolectores en un ambiente de desierto. Sitio Chenque I (parque nacional Lihué Calef, provincia de La Pampa)*. BAR Internacional Series 1886.

Pasotti, P. y A. Castellanos

1967. Rasgos geomorfológicos generales de la llanura pampeana. *Boletín de la filial Rosario de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos GAEA*. 3: 26.

Píccoli, C.

2009. Estudio Bioarqueológico de la Colección Osteológica proveniente del Sitio Laguna El Doce (Departamento General López, Provincia de Santa Fe). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Reimer, P.; M. Baillie, E. Bard, A. Bayliss, J. Beck, P. Blackwell, C. Ramsey, B. Bronk, E. Caitlin, G. Burr, R. Edwards, M. Friedrich, P. Grootes, T. Guilderson, I. Hajdas, T. Heaton, A. Hogg, K. Hughen, K. Kaiser, B. Kromer, F. McCormac, S. Manning, R. Reimer, D. Richards, J. Southon, S. Talamo, C. Turney, J. van der Plicht y C. Weyhenmeyer

2009. IntCal09 and Marine09 radiocarbon age calibration curves, 0–50,000 years cal BP. <http://digitalcommons.arizona.edu/holdings/journal/issue?r=http://radiocarbon.library.arizona.edu/Volume51/Number4/> p. 1111-1150.

NOTA

PRIMEROS CONTACTOS E INTERACCIÓN EN LAS COSTAS DEL PLATA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI

*Sergio H. Latini**

INTRODUCCIÓN

A principios del siglo XVI, los conquistadores europeos, tanto portugueses como españoles, navegaron por vez primera las aguas del Río de la Plata en su afán de incorporar nuevos territorios a sus dominios. Muchas de estas expediciones fueron clandestinas debido a los problemas de demarcación de límites y las consecuencias geopolíticas que tuvo la firma del Tratado de Tordesillas entre las coronas de España y Portugal en 1494 (Chaves 1968), que fijaba una línea divisoria entre las posesiones de ambos reinos. Por este motivo, los historiadores reconocen como el “descubridor oficial” del Río de la Plata a Juan Díaz de Solís, quien en 1516 tomó posesión de ese río a nombre del rey de España. El diario de viaje de Solís se ha extraviado pero, a través de los primeros cronistas, nos llegaron las primeras noticias de los grupos étnicos que habitaban sus costas.

Durante mucho tiempo se pensó que los encuentros iniciales entre los europeos y los grupos étnicos de la región del Plata fueron hostiles. Si bien es cierto que el encuentro de Solís con los indígenas fue desafortunado¹, análisis de fuentes posteriores pero del mismo período nos demuestran que la interacción entre ambas sociedades –la indígena y la europea– estuvo oscilando entre hostilidades e intercambios de bienes e información y, a medida que la población europea se expandía y consolidaba, esta interacción se fue diversificando.

En un trabajo anterior (Latini 2010), hemos estudiado la forma en que toda la región del litoral argentino, el sur de Brasil y el actual Uruguay se fue conformando como espacio de frontera a medida que avanzaba el período colonial. Aquí proponemos detenernos únicamente en las costas del Plata y analizar la interacción entre los primeros conquistadores y los diversos grupos étnicos que la habitaban. Veremos cómo, ante esta nueva situación generada por el contacto, ambas sociedades desplegaron creativas estrategias adaptativas y comprobaremos que la resultante de este proceso fue la creación de nuevas formas de relacionarse por ambas partes.

* Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
E-mail: shlatini@yahoo.com.ar

INTERACCIÓN A COMIENZOS DEL SIGLO XVI

Luego de la frustrada expedición de Solís mencionada anteriormente, otras nuevas le siguieron, como las de Hernando de Magallanes, Sebastián Gaboto, Diego García, Pedro de Mendoza y el portugués Pero Lope de Sousa. Todas estas entablaron contacto con las poblaciones indígenas que habitaban las costas del Río de la Plata.

Magallanes, siguiendo las instrucciones reales, estaba en busca del paso interoceánico que uniera el Atlántico con el Pacífico, tratando de encontrar nuevas rutas a la tierra de las especies en Asia. Cuando en 1519 llegó al Río de la Plata, lo exploró en busca del mencionado paso. Al comprobar que no lo era, continuó con su derrotero hacia el sur. El diario que el cronista Antonio Pigafetta escribió en el transcurso de este viaje no brinda mucha información acerca de los indios de nuestra región en estudio. Sin embargo, creemos que el área circundante al Río de la Plata fue considerada como tierra de antropófagos, luego del desafortunado episodio que había sufrido Solís. Pigafetta nos dice al respecto: “Aquí es donde Juan de Solís, que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierras nuevas, fue comido por los caníbales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación” (Pigafetta [1519-1522] 1963:51). Esta categorización de los habitantes del área seguramente hizo que los conquistadores tomaran muchas precauciones en el trato futuro con las poblaciones étnicas locales.

En 1527 llegan Sebastián Gaboto y Diego García a nuestra área de estudio. El primero había capitulado con el rey de España para repetir el mismo viaje que anteriormente había realizado la expedición de Magallanes –que es considerada por los historiadores como la primera vuelta al mundo– y el segundo para explorar las tierras del Plata y tomar posesión de ellas a nombre del rey. Gaboto partió entonces de España con rumbo a la tierra de las especies a través del paso interoceánico que en el sur del continente americano había encontrado Magallanes y que actualmente es el estrecho que lleva su nombre. Sin embargo, al pasar por el puerto de Santa Catalina, en las costas de Brasil, se encontró con naufragos europeos que pertenecían a la armada de Solís y que desde ese entonces convivían en forma pacífica con los indígenas del lugar. Estos le dijeron que los indios les habían hablado de la existencia de un rey Blanco que habitaba la Sierra de la Plata, al oeste de donde se encontraban, y que era un lugar pletórico de riquezas; además, se ofrecían a acompañarlo para mostrarle el camino y para oficiar de intérpretes con los indígenas (Medina 1908). La noticia de la existencia de riquezas fue suficiente para que Gaboto decidiera torcer el rumbo y se internara en el Río de la Plata. Coincidimos con Bracco, quien dice que “entre los castellanos del Plata, a partir del año de 1527, la búsqueda de especies fue plenamente reemplazada por la de oro” (Bracco 2004:18).

Al llegar al Río de la Plata fundó en dicho estuario la primera población europea, a la que llamó San Salvador, situada a orillas del río homónimo, cerca de su desembocadura en el río Uruguay. Una vez asentado un fuerte y una pequeña población en este lugar, Gaboto salió a remontar el río Paraná en busca de los tan mentados metales preciosos.

En San Salvador quedó Luis Ramírez a causa de una enfermedad, y desde allí escribió una carta a su padre, la cual es una fuente invaluable de información sobre los grupos étnicos del área en cuestión durante este período tan temprano de la conquista. En esta carta describió las penurias y hambrunas que pasaron los españoles en San Salvador. Para sobrevivir y no morir de inanición, decidieron ir “en una canoa con unos indios a sus casas a rescatar carne y pescado” (Carta de Luis Ramírez [1528], en Madero 1939:383). El “rescate” fue una práctica habitual durante todo el período colonial, práctica en la cual los españoles intercambiaban productos con los indígenas (Sallaberry 1926). En el período que estamos estudiando, solían ser elementos de hierro como anzuelos o cuchillos de parte de la población hispana a cambio de alimentos que les daban los indios; luego, con el paso del tiempo, los productos intercambiados se fueron diversificando. Los utensilios de hierro fueron rápidamente adoptados por las poblaciones indígenas, ya que posibilitaban mejorar el armamento, facilitaban el laboreo del cuero y la madera y mejoraban la

práctica de la agricultura por los grupos horticultores tropicales, al ahorrar tiempo y esfuerzo en el desmonte y sembrado de las tierras (Palermo 1986a).

Ese pequeño fragmento transcrito de la carta de Ramírez nos permite vislumbrar que la interacción entre indios e hispanos en la región fluctuó desde un primer momento entre las hostilidades –como las que habían sufrido Solís y sus compañeros a poca distancia de San Salvador una década antes– y los intercambios pacíficos. Las costas del Río de la Plata estaban ocupadas por pastizales y malezas, por lo que a los europeos, recién llegados a estas tierras, les era difícil hallar alimentos, que en su gran mayoría eran especies animales y vegetales desconocidas (González Lebrero 2002). Recordemos que los conquistadores llegaban a estas costas luego de una larga travesía que cruzaba el océano Atlántico y necesitaban reaprovisionarse de alimentos y agua fresca al llegar a esta región. Como dijimos, las condiciones de esta zona obligaban a los europeos a intercambios pacíficos. Como prueba de esto encontramos, en las fuentes documentales de este período, muchas referencias a los alimentos de que disponían los grupos étnicos. Por cuestiones de espacio, haremos sólo tres menciones. El cronista Oviedo dice en 1535 que los charrúas que habitaban la desembocadura del río Uruguay “es una gente que se sostiene de montería de venados y de avestruces y de otros animales llamados apareaes [...] también tiene esta gente muchos y buenos pescados” (Oviedo [1535] en Acosta y Lara 2006:3). Luis Ramírez dice en su carta que “los caracarais y timbús siembran abatí, calabazas y habas, y todas las otras naciones [que menciona antes, como los chaná, beguas y charrúas] no siembran y su mantenimiento es carne y pescado” (Carta de Luis Ramírez [1528], en Madero 1939:384). Y, finalmente, Diego García, en su Memoria, escribe un largo párrafo en donde menciona diversos grupos étnicos y aquellos alimentos que son su sustento; por ejemplo, dice que los charrúas “comen pescado y cosa de caza y no tienen otro mantenimiento ninguno”; los guaraníes “matan mucho pescado y siembran abatís y calabazas”; los timbúes comen “abatís carne y pescado”; los mepenes “comen carne y pescado y algún arroz y otras cosas” (Memoria de Diego García, en Madero 1939:404).

Una lectura crítica de las fuentes disponibles nos permite comprobar que ambas sociedades –la indígena y la europea– fueron incorporando poco a poco elementos que eran exógenos, es decir, que pertenecían a la otra sociedad. Los europeos aprendieron a comer alimentos que les eran completamente desconocidos, y los indios fueron incorporando bienes europeos, como los elementos de hierro mencionados más arriba y nuevas fuentes de alimentación, como el ganado vacuno, que fue introducido por los españoles en las llanuras del Plata. Así también, los indios vieron las ventajas de incorporar el uso del caballo para sus desplazamientos, partidas de caza o incursiones guerreras, y devinieron entonces, a lo largo del siglo XVII, de una sociedad pedestre en una sociedad ecuestre (Palermo 1986b).

Mientras Gaboto marchaba en búsqueda de las tierras del rey Blanco y sus riquezas remontando el río Paraná, Diego García llegó al estuario del Plata. Al desembarcar en San Salvador, encuentra a este poblado floreciente, en donde ya se habían construido varias casas alrededor del fuerte y, en las afueras, tenían campos cultivados con trigo (Cordero 1960). Al enterarse, por medio de sus pobladores, del curso que había tomado Gaboto, partió en su búsqueda para reclamarle su lugar en la conquista. Como hemos dicho, Gaboto no tenía el permiso del rey para poblar estas tierras y estaría usurpando los derechos que pertenecían a García. Este último encontró a Gaboto en la desembocadura del río Pilcomayo, y luego de fuertes desavenencias decidieron volver juntos a España, donde entablaron un largo pleito (Medina 1908; Madero 1939).

Mientras ambos jefes –Gaboto y García– incursionaban en el territorio sudamericano en busca de las riquezas, las relaciones con los grupos étnicos fueron cambiantes. Si bien muchas veces practicaban el rescate, otras veces hubo enfrentamientos armados e incursiones de ambos lados. El descuido de las relaciones “pacíficas” por parte de los españoles y su afán de ambición hicieron que exigieran cada vez más a las poblaciones nativas. El resultado de esta presión fue un ataque indígena contra la población de San Salvador, a la que incendiaron, y dieron muerte a todos los europeos que las habitaban y que no pudieron escapar del ataque.

Dos años más tarde de estos sucesos, en 1530, Lope de Sousa, marino portugués al servicio de la corona de su patria, también recorrió las costas del Río de la Plata. En su diario nos dice que trabó relaciones “pacíficas” con tres grupos étnicos diferentes, aunque nunca escribe ninguna denominación étnica específica (Acosta y Lara 2006). Luego de recorrer toda el área del Río de la Plata y de hacer un minucioso reconocimiento, y, sobre todo, después de pasar por varios temporales que arreciaron y destruyeron algunos de sus navíos, decidió poner proa a Portugal.

Por aquellos años, Francisco Pizarro conquistó el Imperio de los Incas y llevó al rey de España el fabuloso botín de la conquista. Esas riquezas y las alentadoras novedades que provenían de las expediciones de Gaboto y García, sobre la existencia de la Sierra de la Plata, hicieron pensar a la corona española que la conquista de la región del Plata le depararía el mismo resultado. Sumado a esto, las noticias que los embajadores le trajeron al rey sobre la presencia de expediciones portuguesas por la región –como la mencionada expedición de Lope de Sousa– impulsaron a la corona a poner un freno a la posible expansión de Portugal por esas tierras. En este contexto, el rey capituló con Pedro de Mendoza, y lo nombró Adelantado del Río de la Plata. Mendoza organizó una importante expedición con la intención de poblar las tierras conquistadas, a diferencia de las expediciones anteriores, orientadas principalmente al reconocimiento del territorio (Guerín 2000).

Llegado al Río de la Plata, fundó Buenos Aires en 1536, en las costas argentinas de dicho río, y allí estableció su base de operaciones. Una de las primeras tareas a las que se abocó el Adelantado fue la construcción de un fuerte y la delimitación de los solares que repartió entre los pobladores. El cronista Ulrico Schimidl ([1567] 2009), que viajaba en esta expedición, nos dejó un vívido relato de lo acontecido en estos primeros tiempos en el poblado que sería siglos más tarde la ciudad capital de la Argentina. Los españoles trabaron relaciones con un grupo étnico que recorría esas tierras con sus *tolderías*, denominado *querandíes*, según consta en las fuentes. Con estos indígenas estuvieron intercambiando alimentos durante catorce días. Sin embargo, luego de ese tiempo, estos indios no quisieron seguir entregando más alimentos, seguramente debido a la pesada carga que significaba para un grupo étnico cazador recolector suministrar víveres para un número grande de españoles². A esta actitud, los españoles respondieron con presiones cada vez más fuertes, con matanzas, con robo de alimentos en *tolderías*, etc. De todas estas acciones, la más significativa fue una campaña punitiva a las *tolderías querandíes* cerca de Buenos Aires, en donde trabaron un combate que fue llamado de *Corpus Christi* por suceder el día de esa festividad católica. Este hecho dejó como saldo varios conquistadores muertos, entre ellos, parientes cercanos de Mendoza, como así también muchísimos indios guerreros que perecieron bajo el fuego de los arcabuces hispanos.

Esto provocó luego, como consecuencia, un asedio encarnizado que los *querandíes* hicieron a la incipiente Buenos Aires, en alianza con otros grupos étnicos de la zona: *guaraníes*, *charrúas* y *chaná-timbús*. La hambruna que los conquistadores españoles sufrieron a consecuencia del asedio fue tal que, en palabras de Schimidl ([1567] 2009:97): “llegamos a comernos los zapatos y cueros todos”, y más de la mitad de la población murió. Al verse rodeados y sin posibilidad de alimentarse, los españoles decidieron remontar el Paraná en busca de suministros. A cierta distancia de Buenos Aires encontraron un grupo étnico que Schimidl denomina *tiembús*. Ayolas, quien comandaba la expedición, mandó a llamar al cacique y le entregó “una camisa, un gabán, un par de calzas y varias otras cosas más de rescate” (Schimidl [1567] 2009:101). Con los alimentos así conseguidos, la expedición volvió a Buenos Aires.

Esta es una estrategia que los conquistadores hispanos implementaron durante todo el período colonial; por un lado, para conseguir los bienes o alimentos que necesitaban, interactuaron de forma pacífica con aquellos grupos étnicos que así lo permitieron; y por el otro, realizaron entradas punitivas para castigar a los grupos étnicos que no deseaban sujetarse al dominio español, o que se resistían a él. Los grupos étnicos también van a desplegar distintas estrategias, combinando rescates, intercambios de información que los españoles solicitaban como las rutas a la Sierra de la Plata, datos geográficos o sobre otros grupos étnicos, y ataques cuando sentían la presión

del dominio conquistador o como medio para apropiarse de aquellos bienes que no conseguían mediante el rescate (Boccaro 1999).

Luego del asedio a Buenos Aires, la confederación de los grupos étnicos se disolvió y los ataques indígenas a la sociedad hispana fueron cada vez más esporádicos. De esta manera, los pobladores de Buenos Aires fueron retomando poco a poco el ritmo habitual de una población colonial (Chaves 1968). Al tiempo esperado sus campos pudieron ser cosechados, y demostraron ser tierras muy fértiles para el cultivo de granos europeos como el trigo; el ganado se fue multiplicando y los españoles aprendieron los secretos para cazar y pescar con éxito en estas nuevas tierras. El hambre comenzó a ser un recuerdo lejano. Más allá de esto, la práctica del rescate con los grupos étnicos se siguió desarrollando y fue un modo de relacionamiento perdurable durante todo el período colonial.

A pesar de la prosperidad del puerto por él fundado, Mendoza no pudo recuperarse de la pérdida de sus familiares cercanos en el combate de Corpus Christi; achacado, dolorido y débil a causa de la sífilis que sufría desde hacía muchos años, decidió emprender su regreso a España (Chaves 1968). Como lugarteniente dejó a Juan de Ayolas, a quien había mandado en una expedición al norte en busca de la Sierra de la Plata. El adelantado del Río de la Plata falleció en alta mar, atormentado por los dolores de su enfermedad y por los malos y angustiosos recuerdos de su campaña en tierras americanas.

Ayolas, cuando partió hacia las tierras de las riquezas, fundó Asunción, en la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná. Este nuevo poblado tuvo mejor suerte que Buenos Aires, ya que fue asentado en tierras de los indios carios. Este grupo étnico guaraní era semisedentario agricultor y rápidamente se incorporó a la sociedad hispana. Aquí también existió la práctica del rescate; sin embargo, los lazos entre ambas sociedades se estrecharon mucho más que en otras regiones, debido a la institución del cuñadazgo (Susnik 1965). De esta manera, mientras Buenos Aires casi sucumbe bajo el asedio de los indígenas confederados, Asunción se afianzaba cada vez más, y llegó a ser un poblado floreciente y el más pujante de todas las tierras bajas del sur de América.

Luego de morir Ayolas en una escaramuza indígena, lo reemplazó Domingo Martínez de Irala. Éste decidió despoblar Buenos Aires y concentrar todos los esfuerzos de la conquista en Asunción, donde la convivencia con los indios era mucho más pacífica que en las costas del Plata, y esperar allí la ayuda de la metrópoli. A pesar de los reclamos de los pobladores porteños, que no querían dejar su hogar para trasladarse a Asunción debido a lo fértiles que resultaron ser las tierras bonaerenses y a sus abundantes cosechas, y a que los indígenas no atacaban más de forma directa al poblado, debieron obedecer y dejar este enclave, que sería incendiado por Irala una vez abandonado. Transcurrirían cuarenta años hasta que los españoles volvieran a instalar centros poblados en las costas del Río de la Plata.

CONCLUSIONES

Consideramos que la costa del Río de la Plata fue un área compleja en la que interactuaron diferentes actores: europeos –españoles y portugueses– y diversos grupos indígenas, cada uno con su propia especificidad, forma de subsistencia y alianzas. A partir de esta interacción entre ambas sociedades –la europea y la indígena–, se dio cuenta de diversas estrategias creativas de relacionamiento, y comenzó una reestructuración y resignificación de las características culturales y de las relaciones interétnicas. Cada una de las sociedades incorporó elementos pertenecientes a la otra. Por ejemplo, los españoles aprendieron a comer los nuevos productos de estas tierras y los indígenas incorporaron el caballo como parte fundamental de su cultura. Esto llevó a una situación de aprendizaje y adaptación por parte de ambos. Como vimos, las relaciones entre ambas sociedades estuvieron siempre oscilando entre hostilidades e intercambios. Hubo rescates de alimentos por

artículos de hierro en primer lugar y, luego, los productos se fueron diversificando. Asimismo, hubo ataques por parte de los indígenas y campañas punitivas por parte de los hispanos. De esta manera, surgieron nuevas formas de interacción y muchas otras se fueron resignificando. Entonces, se desplegaron una variedad de procesos socioeconómicos, culturales y políticos que involucraron a todos los actores antes mencionados y motivaron múltiples estrategias hacia el nuevo escenario. El desarrollo de tales estrategias implicó que las sociedades indígenas entraran en un profundo proceso de etnogénesis; es decir, un proceso que implicó transformaciones políticas y sociales y también nuevas conformaciones de identidad provocadas por los contactos prolongados entre la sociedad hispano-criolla y los indígenas (Boccara 1999).

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 26/05/2011

NOTAS

- ¹ Solís desembarcó en algún lugar de las costas del departamento de Colonia, Uruguay. Allí fue interceptado por los indígenas en una emboscada, fue muerto junto con todos sus compañeros, salvo el grumete Francisco del Puerto, que permaneció cautivo y, luego, con sus cuerpos, los indígenas practicaron antropofagia.
- ² La cantidad de personas que estaban en la expedición difiere según los cálculos de distintos autores, Madero (1939), siguiendo al cronista Herrera (1601), dice que la expedición estaba compuesta por 800, Ruy Díaz de Guzmán ([1612]1969) afirma que eran 2.200, y Schmidl ([1567] 2009), que eran 2.500. Sea cual fuere el número correcto, es una cantidad grande de personas para alimentar a base de una economía cazadora recolectora.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta y Lara, E.
[1961] 2006. *La guerra de los charrúas* Vol. I. Montevideo, Cruz del Sur.
- Bracco, D.
2004. *Charrúas, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción en el Río de la Plata*. Montevideo, Linadi y Risso.
- Boccara, G.
1999. Antropología Diacrónica. Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político. En G. Boccara y S. Galindo (eds.), *Lógica mestiza en América*: 21-59. Temuco, Instituto de Estudios Indígenas, Universidad de la Frontera.
- Chaves, J. C.
1968. *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata y el Paraguay*. Asunción, Nizza.
- Cordero, S.
1960. *Los charrúas. Síntesis etnográfica y arqueológica del Uruguay*. Montevideo, Mentor.
- Díaz de Guzmán, R.
[1612] 1969. Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata. En *Colección Pedro De Ángelis* I: 45-488. Buenos Aires, Plus Ultra.
- Gonzalez Lebrero, R.
2002. *La pequeña aldea. Sociedad y economía en Buenos Aires (1580-1640)*. Buenos Aires, Biblos.

Guerín, M.

2000. La organización inicial del espacio rioplatense. En E. Tándeter (dir.), *Nueva Historia Argentina: 13-54*. Buenos Aires, Sudamericana.

Latini, S.

2010. Repensando la construcción de la cuenca del Plata como espacio de Frontera. En C. P. Lucaioli y L. R. Nacuzzi (comps.), *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América: 69-99*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Madero, E.

1939. *Historia del puerto de Buenos Aires. Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes, y fundación de las más antiguas ciudades en sus márgenes*. Buenos Aires, Ediciones Buenos Aires.

Medina, J. T.

1908. *El veneciano Sebastián Gaboto al servicio de España*. Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Universitaria.

Palermo, M. A.

1986a. El hierro, factor de innovación tecnológica entre los horticultores tropicales de la antigua provincia del Paraguay (Siglos XVI y XVII). *Cuadernos de Historia Regional III (7): 28-40*.

1986b. Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *Runa XVI: 157-178*.

Pigafetta, A.

[1519-1522] 1963. *Primer viaje alrededor del mundo*. Madrid, Espasa Calpe.

Sallaberry, J. F.

1926. *Los charrúas y Santa Fe*. Montevideo, Gómez Impresores.

Schmidl, U.

[1567] 2009. *Viaje al Río de la Plata*. Buenos Aires, Claridad.

Susnik, B.

1965. *El indio colonial del Paraguay. El guaraní colonial I*. Asunción, Museo Etnográfico “Andrés Barbero”.

NOTA

LOCALIDAD ARQUEOLÓGICA DON OFO: TALLERES DE EXPLOTACIÓN DE MADERA SILICIFICADA EN EL VALLE DEL ARROYO POI PUCÓN (DEPARTAMENTO ALUMINÉ, PROVINCIA DEL NEUQUÉN)

*Giovanna Salazar Siciliano**, *Manuel Carrera Aizpitarte***

INTRODUCCIÓN

El trabajo aquí presentado tiene como objetivo principal exponer los resultados de los análisis efectuados sobre materiales arqueológicos superficiales, recuperados durante los meses de enero y febrero del año 2010 en la localidad arqueológica Don Ofo (en adelante LDO). Ésta se localiza en el valle medio del arroyo Poi Pucón, afluente del río Aluminé, en el centro oeste de la provincia del Neuquén (Figura 1). En sus cercanías se han detectado troncos silicificados, correspondientes a un bosque petrificado in situ de la Formación Rancahué (Cucchi y Leanza 2006), los cuales constituyen la principal materia prima sobre la que se elaboraron los artefactos analizados.

La arqueología no ha tenido un profundo desarrollo en el departamento Aluminé. Si bien se cuenta con informes sobre objetos particulares desde principios del siglo XX, el conocimiento al respecto se reduce básicamente a investigaciones de carácter general, que proporcionaron una base significativa a partir de la cual continuar trabajando (Schobinger 1957, 1958; Hajduk 1981-82, 1986; Goñi 1988, 1991). Por otra parte, debido al momento en que fueron realizadas las investigaciones y a los intereses particulares de quienes las desarrollaron, no hay estudios acerca de las fuentes de materias primas líticas explotadas en el pasado, ni acerca de la forma en que éstas fueron empleadas. En este contexto, el trabajo aquí expuesto se constituye en el primer antecedente en el análisis de talleres de confección de artefactos líticos para la región.

Aquí se considera al taller como un sitio de actividades específicas, debido a que principalmente se realizan allí tareas de producción de formas base de instrumentos líticos y el descarte de los subproductos de talla. Esto, sin embargo, no excluye que eventualmente se pudieran realizar otras actividades (*i.e.*, confección de instrumentos), como sucede en los casos aquí presentados. De esta manera se los diferencia de sitios donde también se llevan a cabo labores de talla, pero dentro de un abanico más amplio de actividades de distinta índole.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: giovannats@gmail.com

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: mcarreraaizpitarte@gmail.com

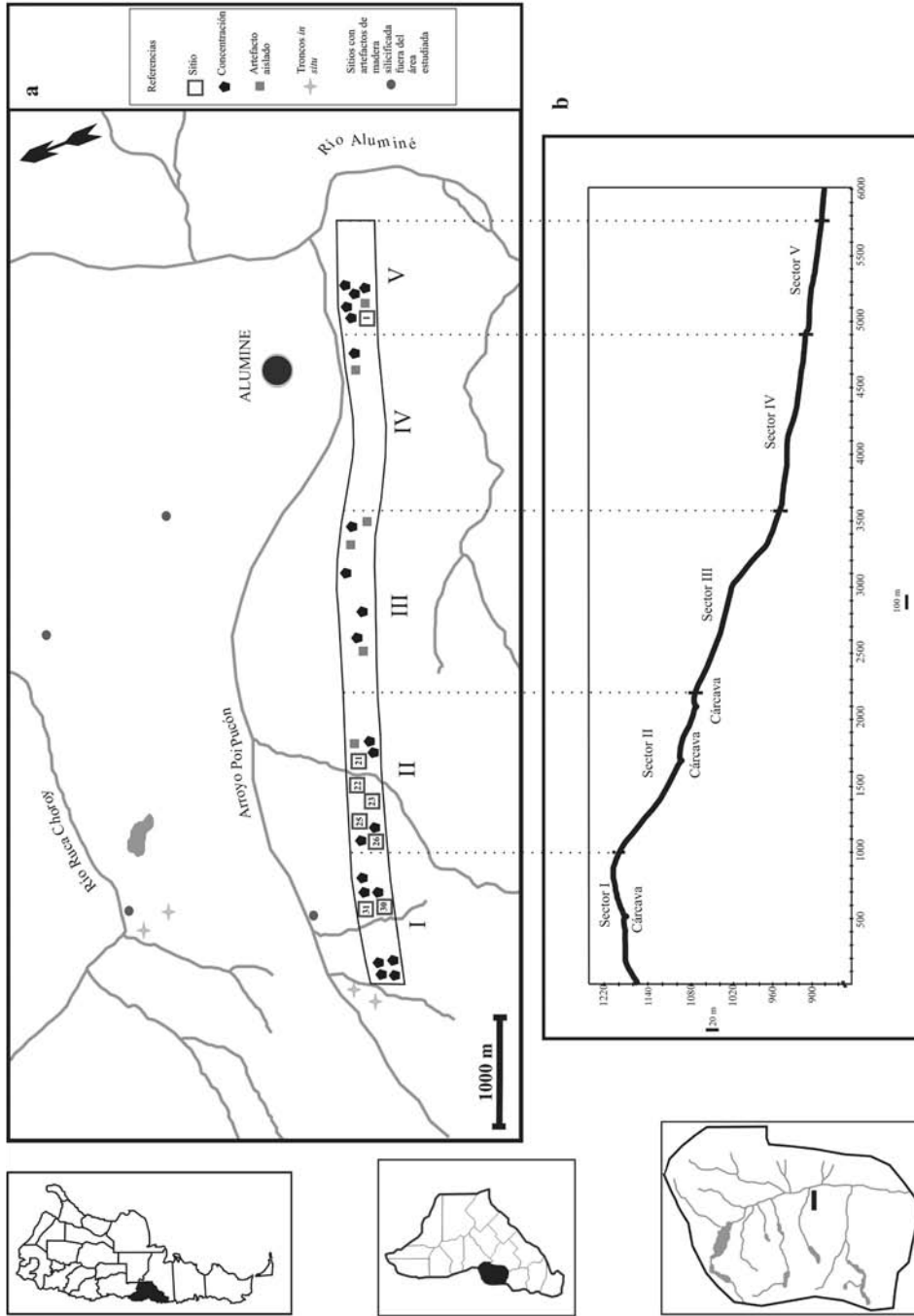


Figura 1. Ubicación del área de estudio, en relación con el departamento Alumine, la provincia del Neuquén y la Argentina. (a) Mapa que muestra la distribución de los hallazgos. (b) Perfil topográfico del terreno prospectado; los valores sobre el eje vertical indican metros sobre el nivel del mar

LOCALIDAD ARQUEOLÓGICA DON OFO

Las tareas de campo se desarrollaron sobre un área de 5.000 m de longitud y 100 m de ancho, que fue dividida en cinco sectores siguiendo criterios topográficos (Figura 1). Cada uno de ellos fue prospectado en su totalidad y se recolectaron todos los artefactos observados en superficie. Los diversos agrupamientos de materiales fueron clasificados en función de las categorías propuestas por Borrero y Nami (1996): artefactos aislados, concentraciones y sitios.

Por cuestiones de espacio, en este trabajo se exponen sólo los conjuntos identificados como sitios, los cuales poseen la misma composición artefactual, ya que en todos predominan los desechos de talla, seguidos en menor proporción por los núcleos y finalmente los instrumentos (Tabla 1). En relación con el emplazamiento de los sitios, LDO-1 se localiza en una planicie del sector de menor altitud (sector V, 900 msnm). En el sector II están LDO-21, LDO-22 y LDO-23, todos ellos a una altitud de 1.100 msnm y asociados a superficies que muestran evidencias de erosión hídrica. LDO-25 y LDO-26 también pertenecen al mismo sector, pero fueron detectados a una mayor altura (1.150 y 1.170 msnm, respectivamente). Por último, LDO-30 y LDO-31 fueron identificados en el sector I, que corresponde a la parte más alta del terreno.

A continuación se presentan los datos generados para cada grupo artefactual. Se utilizó la tipología propuesta por Aschero (1975, 1983) para el análisis de artefactos tallados y núcleos, y las categorías planteadas por Bellelli *et al.* (1985-87) para los desechos de talla. Para cuantificar las variables tamaño, módulo de longitud-anchura y tipo de lasca se utilizaron únicamente lascas enteras. En el caso de los talones, también se tuvieron en cuenta las lascas fracturadas que lo conservaran.

Tabla 1. Composición artefactual de los sitios de la localidad arqueológica Don Ofo

		LDO							
		1	21	22	23	25	26	30	31
<i>Núcleos</i>	n	3	12	8	36	16	2	13	17
	%	2,6	35,3	5,7	12	15,7	4,2	9,8	21
<i>Instrumentos</i>	n	1	1	11	24	5	1	10	-
	%	0,9	2,9	7,9	8	4,9	2,1	7,5	-
<i>Desechos</i>	n	112	21	120	241	81	45	110	64
	%	96,5	61,8	86,4	80	79,4	93,7	82,7	79
Total		116	34	139	301	102	48	133	81

Núcleos

Los núcleos poseen una baja estandarización de sus morfologías, con predominio de los amorfos y poliédricos parciales, lo cual se asocia al escaso número de lascados (entre 2 y 3), la mayoría de los cuales fueron efectuados sin seguir un patrón de extracción determinado. La madera silicificada es la roca predominante, y fue reducida a partir de planos de percusión lisos/ naturales o únicamente lisos, observándose exigua presencia de corteza entre los artefactos. Por otra parte, los tamaños registrados oscilan desde pequeños hasta superiores a muy grandes, variabilidad que se ve reflejada en el peso de dichos artefactos, ya que hay tanto ejemplares de 30 g como otros de más de 7.000 g. En cuanto al estado, se registró una alta frecuencia de núcleos fracturados, aunque son pocos los agotados (Tabla 2).

Tabla 2. Principales características de los núcleos

		LDO							
		1	21	22	23	25	26	30	31
		(n=3)	(n=12)	(n=8)	(n=36)	(n=16)	(n=2)	(n=13)	(n=17)
<i>Rocas (%)</i>	Madera silicificada	66,6	100	100	91,7	95,7	100	92,3	100
	Otras	33,3	-	-	8,3	6,3	-	7,7	-
<i>Planos de percusión (%)</i>	Simples	66,6	-	-	8,3	6,3	50	-	11,8
	Dobles	-	58,3	75	36,1	37,5	50	46,2	41,2
	Múltiples	33,3	41,7	25	55,6	56,2	-	53,8	47
<i>Forma plano (%)</i>	Liso	100	50	50	30,5	18,7	100	7,7	29,4
	Liso/natural	-	50	25	55,6	75	-	46,2	52,9
	Natural	-	-	25	13,9	6,3	-	46,2	17,7
<i>Forma Total (%)</i>	Amorfa	66,6	83,3	25	30,6	81,3	100	-	41,2
	Poliédrica parcial	33,3	-	75	47,2	-	-	46,2	52,9
	Otras	-	16,7	-	22,2	18,7	-	53,8	5,9
<i>Estado</i>	Entero	100	75	87,5	41,7	50	-	46,2	11,8
	Fracturado	-	25	12,5	58,3	50	100	53,8	88,2
	Agotado	33,3	8,3	-	5,5	6,3	-	15,4	5,9
<i>Promedio corteza (%)</i>		-	15,8	-	20,6	30	-	22,3	25

Instrumentos

De todos los grupos tipológicos identificados, sobresalen los raspadores, por su mayor frecuencia y amplia distribución entre los sitios, siendo la madera silicificada la materia prima predominante en todas las categorías de instrumentos (Tabla 3). La mayoría de estos están enteros y no presentan evidencias de embotamiento sobre sus filos, lo que sugiere que fueron descartados estando aún activos. Los elementos con filos complementarios podrían estar vinculados con la posibilidad de realizar más de una tarea con la misma herramienta, ya que por lo general presentan características diferentes al filo principal; es decir que se trataría de artefactos multifuncionales. En general, se detectó una baja estandarización e inversión de trabajo en la formatización de los artefactos. Esto último ha sido inferido a partir del análisis de las series técnicas, en el que se observó un predominio de los casos con un sólo tipo de lascado.

Desechos de talla

En relación con las materias primas, en todos los casos predomina la madera silicificada, con porcentajes que superan el 75% (Tabla 4), en tanto que entre las otras litologías identificadas hay sílice, basalto y obsidiana, aunque su ocurrencia en los conjuntos es mínima. Con respecto a los estados, se ha observado en todos los sitios un predominio de desechos no clasificables; y en cuanto a las lascas enteras, predominan las internas (principalmente angulares y de arista). Salvo en LDO-21, las evidencias de talla bipolar son muy escasas. Por último, los desechos presentan una amplia variedad de talones, y en la mayoría de los sitios predominan los lisos.

En términos generales, se observa que la mayoría de los desechos corresponden a tres categorías de tamaños: mediana-pequeñas, pequeñas y mediana-grandes, en tanto que las extremas están escasamente representadas. En el caso de los módulos, se aprecia una mayor frecuencia de los artefactos medianos y cortos.

Tabla 3. Artefactos tallados en LDO

		LDO							
		1	21	22	23	25	26	30	31
		(n=1)	(n=1)	(n=11)	(n=24)	(n=5)	(n=1)	(n=10)	(n=0)
<i>Grupos Tipológicos</i>	Raspadores	1	1	6	8	-	-	2	-
	Raederas	-	-	2	5	-	-	2	-
	Perforadores	-	-	2	-	-	1	-	-
	Muestras	-	-	-	2	3	-	2	-
	Denticulados	-	-	1	5	2	-	-	-
	Otros	-	-	-	4	-	-	4	-
<i>Rocas (%)</i>	Madera silicificada	100	100	100	95,8	100	100	90	-
	Otras	-	-	-	4,2	-	-	10	-
<i>Estado (%)</i>	Entero	100	100	81,2	79,2	100	100	80	-
	Fracturado	-	-	18,2	20,8	-	-	20	-
<i>Instrumentos con filos complementarios</i>		1	-	3	9	1	-	5	-
<i>Serie Técnica (%)</i>	1	-	-	72,7	66,7	80	-	90	-
	2	-	100	18,2	33,3	20	-	10	-
	3	100	-	9,1	-	-	100	-	-

Tabla 4. Desechos de talla de LDO

		LDO							
		1	21	22	23	25	26	30	31
<i>Rocas (%)</i>	MDS	87,5	100	98,3	91,3	74,1	93,3	90	87,5
	Otras	12,5	-	1,7	8,7	25,9	6,7	10	12,5
<i>Estado (%)</i>	LENT	14,3	28,6	11,7	19,1	29,6	24,4	19,1	34,4
	LFCT	13,4	4,8	6,7	10	11,1	17,8	11,8	21,9
	LFST	29,5	9,5	15,8	15,4	11,1	8,9	22,7	29,7
	INDI	42,9	57,1	65,8	55,6	48,1	48,9	46,4	14,1
<i>Lascas (%)</i>	Internas	81,2	33,3	85,8	76,1	79,1	81,8	81	95,5
	Externas	12,5	16,7	7,1	21,7	16,7	18,2	19	4,5
	Bipolar	6,3	50	7,1	2,2	4,2	-	-	-
	n	16	6	14	46	24	11	21	22
<i>Talones (%)</i>	Cortical	6,5	28,5	13,6	15,6	15,2	15,8	12,1	16,7
	Liso	45,2	14,3	31,8	42,9	60,6	47,6	51,4	50
	Preparados	45,2	14,3	36,3	35,8	15,1	26,1	30,4	16,6
	Indet.	3,2	42,9	18,3	5,7	9,1	10,5	6,1	16,7
	n	31	7	22	70	33	19	33	36

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los elementos de análisis presentados permiten caracterizar a los sitios estudiados como talleres líticos, en los cuales se observó: 1) uso casi exclusivo de una sola materia prima, la madera silicificada; 2) alta frecuencia de núcleos con respecto a instrumentos; 3) baja proporción de lascas

enteras, lo que indicaría el traslado de formas base hacia otros lugares; 4) bajos porcentajes de corteza y la aparición poco frecuente de desechos externos; por lo tanto, las tareas iniciales de reducción lítica se habrían producido fuera del área muestreada; 5) presencia de núcleos con escaso número de negativos de lascados e importante reserva de materia prima; 6) ausencia de estandarización de núcleos e instrumentos; 7) herramientas que denotan una limitada inversión de trabajo en su manufactura, lo cual permitiría catalogarlos como informales (*sensu* Andrefsky 1994); 8) alta frecuencia de desechos no clasificables.

Los patrones observados en los conjuntos líticos revelan una situación de subaprovechamiento de las rocas, algo que es esperable que suceda en las canteras y talleres líticos. En cuanto a los artefactos tallados, cabe esperar que en contextos donde la disponibilidad de materias primas líticas es alta predominen los de tipo informal (Andrefsky 1994). No obstante, no se descarta que en LDO también se hubieran confeccionado instrumentos formales, los cuales, por su vida útil más prolongada, pudieron haber sido transportados por los grupos y descartados en otros puntos del paisaje. Estudios futuros en otros sitios del área permitirán corroborar o descartar esta hipótesis.

En este trabajo se buscó mostrar un panorama general de las características que presentan los talleres de LDO. En estudios futuros se intentará identificar los afloramientos primarios de madera silicificada; establecer el lugar de origen de las otras rocas registradas; determinar la cronología de los talleres y analizar los procesos de formación de sitio que pudieron haber actuado.

Fecha de recepción: 13/12/2010

Fecha de aceptación: 11/05/2011

BIBLIOGRAFÍA

Andrefsky, W.

1994. Raw-material availability and the organization of technology. *American Antiquity* 59 (1): 21-34.

Aschero, C.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológico-comparativos. Informe al CONICET. Ms.

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Apéndices A y B. Ms.

Bellelli, C., A. G. Guráieb y J. García

1985-87. Propuesta para el análisis y procesamiento por computadora de desechos de talla lítica (DELCO. Desechos Líticos Computarizados). *Arqueología Contemporánea* 2 (1): 36-53.

Borrero, L. A. y H. Nami

1996. Piedra del Águila: análisis de los materiales de superficie. *Præhistoria* 2: 19-34.

Cucchi, R. y H. Leanza

2006. Hoja geológica 3972-IV, Junín de los Andes, provincia del Neuquén. *Boletín* 357, 102 p. Instituto de Geología y Recursos Minerales, Servicio Geológico Minero Argentino, Buenos Aires.

Goñi, R.

1988. Arqueología de sitios tardíos en el valle del A° Quilca (provincia del Neuquén, Arg.). *Libro de resúmenes del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Instituto de Ciencias Antropológicas. Buenos Aires.

1991. Arqueología de sitios tardíos en el valle del arroyo Vilcunco-provincia de Neuquén, Argentina. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo III: 217-223, Santiago de Chile.

Hajduk, A.

1981-1982. Cementerio “Rebolledo Arriba”. Departamento Aluminé. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIV* (2): 125-146.

1986. Arqueología del montículo Angostura. Primer fechado radiocarbónico. Provincia del Neuquén. *Arqueología* 1:1-43. Museo Histórico Provincial.

Schobinger, J.

1957. Arqueología de la provincia del Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios. *Anales de Arqueología y Etnología XIII*: 5-233.

1958. Hallazgos arqueológicos de la provincia del Neuquén. Lista descriptiva del material mobiliario. *Suplemento al tomo XIII de los Anales de Arqueología y Etnología*: 1-118.

NOTA

LA MOVILIDAD COMO ESTRATEGIA EN EL USO DEL TERRITORIO NORPATAGÓNICO A FINES DEL SIGLO XVIII: FUNCIONARIOS COLONIALES Y GRUPOS INDÍGENAS

*Laura Aylén Enrique**

Estudiamos los diarios de viaje de los expedicionarios virreinales que recorrieron el norte de la Patagonia desde una perspectiva etnohistórica con el objeto de analizar la circulación de los indígenas y los hispanocriollos por el territorio como una forma de utilizar el paisaje. Aunque la historiografía tradicional estigmatizó a los grupos indígenas por su alta movilidad asociándolos a la idea de salvajismo, los desplazamientos hispanocriollos relatados en los documentos examinados muestran que los viajeros adoptaron ciertas prácticas indígenas para circular por la región.

Al investigar los documentos tanto editados como manuscritos (Viedma [1779], [1781], [1781] 1938; Villarino [1782] 1972), nos encontramos con diversas dificultades metodológicas tales como descubrir los topónimos en los textos, discernir las relaciones entre dos lugares con ortografía similar, ubicar los sitios en la cartografía actual y confrontar los significados y ubicaciones presentados por cada autor, planteadas por Nacuzzi y Pérez de Micou (1994). Triangulamos la información presente en los distintos relatos teniendo en cuenta una lectura que consideró el sentido de lo escrito, su contexto y los intereses del autor (Nacuzzi 2002), lo que nos permitió complementar datos y evidenciar ciertas relaciones entre los autores de las fuentes consultadas (Enrique 2010a).

Tuvimos en cuenta dos ejes principales para analizar la documentación: 1) el uso del territorio, considerando tanto a) las nociones de “nomadismo” tradicionalmente asociadas a las de “salvajismo”, como b) la organización del territorio bajo dominio indígena y c) los desplazamientos hispanocriollos plasmados en los diarios de viaje; y 2) las influencias mutuas producto de las interrelaciones entre los diversos grupos.

Entendemos la noción de “espacio” como una construcción social conformada históricamente –con base en el marco teórico de la Arqueología del Paisaje (Criado Boado 1995; Curtoni 2004)–. Asimismo, la idea de territorio alude a la red de relaciones sociales que se tejen en el terreno, y se vincula estrechamente con la conformación de la territorialidad, y el concepto de paisaje comprende no sólo lo geográfico sino también cuestiones culturales producto de las interacciones humanas que lo conforman. Sostenemos que la movilidad por el territorio norpatagónico durante el periodo

* Becaria de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires. Proyecto UBACYT F105. E-mail: aylenele@yahoo.com.ar

tardo-colonial constituyó una estrategia económica y espacial tanto para los indígenas como para los hispanocriollos, que influyó en los modos en que los grupos sociales interactuaron.

FUNCIONARIOS VIRREINALES EN UN TERRITORIO DOMINADO POR INDÍGENAS “NÓMADES”

A partir de los ejes planteados *supra*, consideramos en primera instancia los prejuicios presentes en trabajos historiográficos tradicionales (Harrington 1946; Escalada 1949; Canals Frau 1953; Casamiquela 1969; Vignati *s/f*) acerca de los grupos indígenas del norte de la Patagonia señalados por Nacuzzi (1991). En particular, con respecto a los denominados “tehuelches”, la autora advirtió que habían sido definidos como un conjunto “nómada y, por lo tanto, imposible de reducir y, entonces, bárbaro, salvaje, primitivo, en contraposición a otros grupos mansos, reducidos, adoctrinados, bautizados” (Nacuzzi 1991:108). Las cuestionadas perspectivas que estigmatizaban a los grupos indígenas de la región vinculándolos al nomadismo y el salvajismo desdibujaron paralelamente el hecho de que la alta movilidad indígena había contribuido a obstaculizar el sometimiento por parte de los españoles. Según Nacuzzi (1998), la noción de nomadismo debería facilitar la comprensión acerca de la explotación de recursos, los circuitos de abastecimiento y la organización territorial, en lugar de reproducir acríticamente las descripciones de los primeros viajeros. Esos primeros trabajos mencionados también minimizaron la relevancia de la circulación de los hispanocriollos por un territorio dominado por indígenas, cuyos rastros se encuentran plasmados en los diarios de los viajeros. Desde el punto de vista de Luiz (2006), así como las ideas de bárbaro-infiel-salvaje fueron utilizadas para caracterizar negativamente a los grupos resistentes al dominio colonial, el hecho de conceptualizar a la región como una tierra inhóspita condicionó los modos de interpretar y de apropiarse de ese espacio.

Si retomamos los ejes propuestos, resulta preciso abordar en segundo término el hecho de que el territorio del norte de la Patagonia se organizaba bajo control de grupos indígenas insumisos a la Corona española. En este sentido, Pinto Rodríguez (1996) sostuvo que durante el siglo XVI se llevó a cabo una conquista de sujetos y no de territorios, a través de un doble proceso de construcción de sujetos excedentarios y cristianos desarrollado por el proyecto colonial. Progresivamente, ciertas regiones como Sierra de la Ventana y Salinas Grandes se constituyeron como enclaves indígenas que abastecían a los hispanocriollos de ganado y sal –respectivamente– a través de los intercambios. Dada la relevancia de la zona, a fines del siglo XVIII, las autoridades borbónicas ordenaron llevar a cabo expediciones de reconocimiento al interior del territorio, del cual sólo conocían las costas. Quienes fueron encomendados a las exploraciones detallaron en diarios e informes no sólo lo que encontraban a su paso sino también las relaciones que se establecían con los indígenas con los que interactuaban. Los expedicionarios que se aventuraban a traspasar el río Salado –que era percibido como una frontera entre las sociedades indígenas e hispanocriollas– utilizaban como fuentes de información sobre los recursos de interés económico y los sitios aptos para colonizar la documentación legada por los jesuitas Cardiel y Falkner, que habían intentado reducir a los pueblos indígenas de la pampa (Iruetia 2007).

Además, algunos de estos viajeros, como por ejemplo Viedma y Villarino, habitaban en el Fuerte del Carmen y las expediciones que emprendían para registrar el área partían desde dicho establecimiento, y no desde la ciudad de Buenos Aires. Por ello buscaban conocer el territorio valiéndose también de datos provistos por los indígenas, quienes se desempeñaban como baqueanos debido al amplio conocimiento que tenían sobre la región. Al respecto, hallamos un ejemplo en un relato de Villarino ([1782] 1972:1016) en el que afirmaba que los indígenas que le habían servido de informantes no habían estado jamás en el fuerte del río Negro, “si bien dicen tienen noticia de habernos establecido, pero que ellos para caminar a sus tierras, atraviesan el campo desde el Colorado a este río por el Chuelechel, setenta leguas al poniente de nuestro establecimiento”.

Así, observamos que las rutas de circulación indígena funcionaban como ejes organizadores del territorio, ya que eran diagramadas, según Nacuzzi y Pérez de Micou (1994:94), “teniendo en cuenta la distancia mínima, la seguridad, el mínimo esfuerzo y la máxima experiencia”. Esta alta movilidad de las agrupaciones indígenas asociada al uso óptimo de los recursos fue evidenciada por Viedma ([1781] 1938:536) a partir de los testimonios del peón Juan José González acerca de que el cacique Guachalap y su gente, quienes “no tienen permanente sitio por sus grandes caballadas, que consumen mucho pasto; y si se les muere algún indio por pequeño que sea, al punto levantan sus toldos y mudan de paraje”. En este sentido, Bayón y Pupio (2003:361) plantearon que la “movilidad dentro del espacio social está estrechamente vinculada a las redes sociales, especialmente las de parentesco, a través de las que circulaban información, bienes y personas”¹.

El tercer aspecto a tener en cuenta se refiere a los desplazamientos hispanocriollos reflejados en los relatos de los viajeros. En la documentación analizada encontramos que los indígenas no eran los únicos que circulaban por el territorio y, en repetidas ocasiones, la movilidad de los indígenas quedaba soslayada por la de los hispanocriollos, quienes recorrían la región de modo bastante más desorganizado. Los desplazamientos de los viajeros les permitían “ver, conocer y dominar”² territorios controlados por grupos indígenas en los cuales se encontraba interesada la Corona española (Penhos 2005:349). Por ello, los expedicionarios recurrían a determinados hitos en el paisaje para orientarse, y para referirse a ellos adoptaban los vocablos que utilizaban los baqueanos que los guiaban –que generalmente pertenecían a las distintas agrupaciones indígenas (Enrique 2010a)–.

Las descripciones que registraban los viajeros no sólo daban cuenta de las distancias recorridas y de la orientación cardinal seguida, sino que también brindaban información acerca de la caza disponible, de la estacionalidad o no de los cuerpos de agua, la presencia de recursos alimenticios y de aquellos que les permitieran hacer fuego. Estas referencias resultaban sumamente útiles para quienes luego atravesaran la región, por ello consideramos que la circulación de los hispanocriollos por el territorio también puede ser vista como una estrategia de uso del paisaje norpatagónico.

INFLUENCIAS ENTRE INDÍGENAS Y VIAJEROS EN LAS ESTRATEGIAS DE USO DEL PAISAJE DEL NORTE DE LA PATAGONIA

Observamos que los indígenas programaban los movimientos siguiendo rutas preestablecidas (Nacuzzi 1991), en contraposición con los desplazamientos hispanocriollos plasmados en los diarios de viaje, que progresivamente adoptaron algunos de los ejes con los que los indios organizaban el territorio. Esta incorporación por parte de los expedicionarios de determinadas estrategias indígenas de uso del territorio se debía, en gran medida, a la necesidad de los viajeros de contar con baqueanos para circular por los territorios desconocidos (Enrique 2010a, 2010b). En este sentido, identificamos ciertas referencias a la movilidad hispanocriolla en relación con la de los grupos indígenas y su conocimiento del territorio; por ejemplo, en las explicitaciones de Viedma [1779] acerca de los auxilios que los indios prestaban a los “blancos” en sus desplazamientos. El autor comentaba que dos presos que habían desertado del puerto de San José habrían sido acogidos cariñosamente en una toldería luego de

haberse visto en peligro cuasi evidente de morir por la sed, y hambre, pues aseguran estuvieron nueve días sin beber más, que refrescar la boca con agua salada de la mar, y los otros compañeros afirman murieron, y al negro de don Juan de la Piedra que se desertó antes de estos, le encontraron muerto en el camino [Viedma [1779: f. 138].

Según Nacuzzi (1998), la presencia de los hispanocriollos en la región produjo una mayor movilidad, el abandono de ciertas pautas económicas y la adopción de otras de manera casi

excluyente, como la apropiación de ganado y el comercio. Palermo (1986) había señalado que la realización de grandes viajes no implicaba necesariamente nomadismo, ya que tanto las vaquerías de los hispanocriollos como las de los indígenas tenían como objetivo la apropiación de animales más que el dominio del espacio³.

Retomamos lo planteado por Nacuzzi (2007) acerca de que las nuevas relaciones interétnicas incentivaron que los grupos indígenas reformularan sus pautas de desplazamiento por el territorio y la obtención de recursos, incluyendo nuevos bienes y circuitos económicos. Al respecto, advertimos ciertas referencias al intercambio entre grupos y el circuito mercantil establecido con Chile (Mandrini 1992); por ejemplo, en un relato de Villarino ([1782] 1972:1120) en el que mencionaba que algunos cristianos de Valdivia “venían todos los años a comerciar con los aucaces y peguenches, los cuales traían géneros, que cambiaban a los indios por ponchos y ganados”. En relación con esto pensamos que, al tiempo que las interrelaciones entre los grupos se manifestaban en el uso del espacio, estas interrelaciones y los usos del espacio se afectaban mutuamente⁴. La elección de determinadas modalidades para estimar las distancias y la duración de las jornadas de viaje que los expedicionarios utilizaban según la ocasión demuestran la incorporación de ciertos parámetros indígenas. Así, cuando no podían recurrir a sistemas de medición europeos, aludían –como los indígenas– a la distancia en los días de caminata que separaban un lugar de otro. De manera semejante, adoptaron la forma en que los indígenas medían el tiempo en cantidad de lunas, aunque también lo contaban en días.

La incorporación del uso del fuego como una estrategia comunicativa indígena por parte de los viajeros, especialmente Villarino, constituye otro ejemplo de la adopción de ciertas prácticas indígenas por parte de los exploradores. Villarino ([1782] 1972:986) explicaba en uno de sus diarios que se había enterado “por los indios, que los fuegos e incendios del campo eran señal de reunión entre ellos, y seña de venir algún enemigo de aquella nación, a los cuales sus aliados y parientes le hacían esta seña”. Así, él mismo recurría a los incendios para llamar la atención de algunas agrupaciones indígenas según sus conveniencias y reconocía el campo quemado como advertencia de la presencia de indios (Enrique 2010a).

Como podemos ver, en los documentos consultados existen referencias tanto a los movimientos en sí como a los rastros de los traslados en el terreno que descubrían los viajeros. Villarino ([1782] 1972) señalaba la existencia de un sitio llamado “Paso de los indios” y brindaba información sobre los caminos utilizados por los indígenas. El autor prestaba atención a los detalles que encontraba y conjeturaba posibles movimientos a partir de las huellas que observaba en el terreno, como por ejemplo que “por las orillas del Diamante me parece que no habitan los indios, porque no se hallan caminos, ni veredas en ellas” o que “por hacer tiempo que faltan los indios de estos parajes, concurrió a estos llanos y potreros muchísima caza mayor” (Villarino [1782] 1972:1135).

Finalmente, también hallamos frecuentes alusiones a exploraciones llevadas a cabo con el objeto de encontrar a los desertores que escapaban de las propias comitivas, en las cuales la colaboración de los indígenas y los indicios de que el terreno había sido transitado resultaban fundamentales. Por ejemplo, Viedma (1781:f. 8) había enviado soldados a buscar a dos prófugos que habrían robado unos caballos y recados del rey, “con orden de no parar hasta el río Colorado, y que le avisaran al cacique Chulilaquini para que con sus indios hiciera diligencia de prenderlos”.

CONSIDERACIONES FINALES

Hemos analizado los modos de utilizar el paisaje del norte de la Patagonia a través de los diarios de los expedicionarios hispanocriollos ponderando la movilidad de estos viajeros por el territorio y no sólo la de los grupos indígenas. La circulación de los indígenas por el territorio había sido subrayada vinculándola peyorativamente con nociones de nomadismo y salvajismo,

al tiempo que los desplazamientos de los viajeros hispanocriollos habían sido desdibujados como estrategias de uso del espacio norpatagónico. No obstante, consideramos que resulta preciso entender las pautas de circulación tanto de los expedicionarios como de los indígenas como modalidades diversas de aprovechamiento de los recursos y de organización del espacio y de las relaciones sociales, a pesar del escaso conocimiento de los funcionarios virreinales sobre el territorio y del menor grado de previsibilidad de sus movimientos en relación con el manejo indígena del paisaje pampeano-patagónico. Por ello sostenemos que a fines del siglo XVIII la movilidad territorial constituyó una estrategia económica y espacial a la que recurrían tanto los indígenas como los viajeros, aunque de modos diferentes. Mientras que para los indígenas era un modo de utilizar los recursos y obtener beneficios de los hispanocriollos, para los expedicionarios, los registros de sus desplazamientos contribuían al conocimiento del territorio y sus habitantes de manera fundamental.

El desconocimiento de los hispanocriollos sobre el territorio indígena continuó hasta entrado el siglo XIX, como ha planteado Villar (1993), y fue aumentando a medida que se incrementaba la distancia hacia el oeste y el sur⁵. En este sentido, coincidimos con Bayón y Pupio (2003:347) en que las sociedades indígenas e hispanocriollas no definieron aisladamente el uso del espacio, sino que lo hicieron “teniendo en cuenta las decisiones del otro, dando como resultado el solapamiento de territorios, con la consecuencia inevitable que cada sociedad reconoció como propias áreas sobre las que realmente no tenía control ni derecho de uso”⁶.

Hemos mostrado que los desplazamientos de los funcionarios que recorrían el territorio constituyeron una de las estrategias que utilizaron para conocer y hacer uso del paisaje norpatagónico bajo dominio indígena. De esta manera, han podido establecerse relaciones con respecto a la movilidad de los grupos indígenas, considerando aspectos tales como la organización del territorio y ciertos efectos del contacto interétnico en la construcción social del paisaje, a fin de no limitar el análisis al aprovechamiento económico de los recursos.

Fecha de recepción: 09/12/2010

Fecha de aceptación: 08/07/2011

NOTAS

- ¹ Dichas autoras sostuvieron que las sociedades con alta movilidad tendrían un comportamiento flexible de defensa de sus límites espaciales sólo en lugares estratégicos o con recursos escasos, como en el caso de Choele Choele. Observamos esto en el relato de Viedma ([1781] 1938), quien señalaba la relevancia de la ubicación de los ranqueles.
- ² Penhos (2005) afirma que desde el siglo XVII los desplazamientos por el espacio estuvieron asociados a la adquisición de conocimiento debido a la influencia del modelo baconiano, que se basaba en la observación y la experimentación. En dicho contexto, el objeto que se pretendía conocer estaba lejos y el viaje permitía “salvar esa distancia, aunque conservándola como condición *sine qua non*” (Penhos 2005:17).
- ³ En relación con esto, resulta interesante el trabajo de Crivelli Montero (1991) sobre los malones indígenas como posible estrategia de negociación con los hispanocriollos. De manera semejante, para Boccara (2005), la estrategia indígena para mantener su autonomía y soberanía se habría logrado mediante la combinación de diversas actividades como pillaje, diplomacia, guerra, comercio en los espacios fronterizos.
- ⁴ Quijada (2002) señaló que las luchas eran por la tenencia del espacio más que por cuestiones de soberanía, y que las fronteras que planteaban los hispanocriollos no eran incompatibles con la visión de los indígenas, quienes desplegaban un sistema de permisos para transitar “territorios ajenos”. Desde el punto de vista de Gelman (1997), en 1810 el Salado aún permanecía como una barrera para la expansión del mundo agrario hispanocriollo, ya que a pesar de los avances “blancos” el dominio territorial continuaba siendo ejercido por los grupos indígenas.
- ⁵ Villar (1993) ha distinguido entre la “frontera” y “tierra adentro” al examinar la situación de creciente pugna entre los patrones de ocupación del espacio de las sociedades hispanocriolla e indígenas y sus

progresivas transformaciones determinadas por el desarrollo de la política económica europea en la región pampeana durante el siglo XIX.

- ⁶ Aunque las autoras se refieren a una etapa posterior del siglo XIX, en nuestro caso, el territorio que los españoles consideraban como propio tampoco coincidía con la región que efectivamente controlaban.

BIBLIOGRAFÍA

Bayón, C. y M. A. Pupio

2003. La construcción del paisaje en el sudoeste bonaerense (1865-1879): una perspectiva arqueológica. En R. Mandrini, y C. Paz (comps.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*: 343-374. Neuquén/Bahía Blanca/Tandil, Centro de Estudios de Historia Regional/Departamento de Humanidades Universidad Nacional del Sur/Instituto de Estudios Históricos y Sociales.

Boccara, G.

2005. Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel. *Memoria Americana* 13: 21-52.

Canals Frau, S.

1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.

Casamiquela, R.

1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes*. Santiago de Chile, Museo Nacional de Historia Natural.

Criado Boado, F.

1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. En C. Barros, y J. NASTRI (comps.), *La perspectiva espacial en arqueología*: 75-116. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Crivelli Montero, E.

1991. Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es historia* 28: 6-32.

Curtoni, R.

2004. Territorios y territorialidad en movimiento: la dimensión social del paisaje. *Etnia* 46/47: 87-104.

Enrique, L. A.

2010a. La percepción del territorio del norte de la Patagonia entre los funcionarios del Virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2010b. Uso y representaciones sobre el paisaje del norte de la Patagonia por los expedicionarios de fines del siglo XVIII. En C. Lucaioli, y L. Nacuzzi (comps.), *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*: 175-203. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, Serie Publicaciones.

Escalada, F.

1949. *El complejo "tehuelche"*. *Estudios de etnografía patagónica*. Buenos Aires, Coni.

Gelman, J.

1997. Producción y explotaciones agrarias bonaerenses entre la colonia y la primera mitad del siglo XIX. Rupturas y continuidades. *Anuario del IEHS* XII: 57-62.

Harrington, T.

1946. Contribución al estudio del indio Güntüna Küne. *Revista del Museo de La Plata* II, Antropología 14: 237-275.

Irurtia, M. P.

2007. Intercambio, novedad y estrategias: las misiones jesuíticas del sur desde la perspectiva indígena. En *Revista de Antropología Social* 11: 137-169.

Luiz, M. T.

2006. *Relaciones fronterizas en Patagonia: la convivencia hispano-indígena del periodo colonial*. Ushuaia, Asociación Hanis, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.

Mandrini, R.

1992. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI y XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS* VII: 59-73.

Nacuzzi, Lidia

1991. La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana* 1: 103-134.

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2002. Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*: 229-262. Buenos Aires, Antropofagia.

2007. Los grupos nómades de la Patagonia y el chaco en el siglo XVIII: Identidades, espacios, movimientos y recursos económicos ante la situación de contacto. Una reflexión comparativa. *Chungará* 39 (2): 221-234.

Nacuzzi, L. y C. Pérez de Micou

1994. Rutas indígenas y obtención de recursos económicos en Patagonia. *Memoria Americana* 3: 91-103.

Palermo, M. Á.

1986. Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *Runa* XVI: 157-178.

Penhos, M.

2005. *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Pinto Rodríguez, J.

1996. Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas, 1550-1900. En J. Pinto Rodríguez (ed.), *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*: 11-46. Temuco, Universidad de la Frontera.

Quijada, M.

2002. Repensando la frontera argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidad de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII - XIX). *Revista de Indias* 224: 103-142.

Vignati, M.

s/f. Etnografía y Arqueología. Usos, costumbres y cultura de los aborígenes de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia: Periodo Colonial. *Historia Argentina* 5. Buenos Aires, Plaza y Janés.

Villar, D.

1993. *Ocupación y control del espacio por las sociedades indígenas de la frontera sur de Argentina (siglo XIX)*. Un aporte al conocimiento etnohistórico de la Región Pampeana. Bahía Blanca, Departamento de Humanidades.

Fuentes documentales

Viedma, F.

[1779]. Informe de don Francisco Biedma sobre el Carmen de Patagones. En Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, Legajo 196.

[1781]. Continuación del diario de los acontecimientos y operaciones del nuevo establecimiento del Río Negro en la costa Patagónica desde 1° de octubre de este año hasta el día último de su fecha. En Archivo General de la Nación, Buenos Aires 327.

[1781] 1938. Diario [...] sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de río Negro. *Revista de la Biblioteca Nacional* 7 (II): 503-552.

Villarino, B.

[1782] 1972. Diario [...] del reconocimiento que hizo del Río Negro. En P. de Ángelis, Colección de obras y documentos..., VIII (B). Buenos Aires, Plus Ultra.

NOTA**UN ESPAÑOL EN LA PATAGONIA: EL PROFESOR
NICOLÁS SÁNCHEZ ALBORNOZ***Analia Castro Esnal**

En ocasión de la realización de una pasantía¹ en el Museo de América de Madrid, con el objetivo de estudiar los materiales líticos de la Patagonia que alberga dicho Museo (Colección Sánchez-Albornoz y Colección Bosch), tuve la oportunidad de conversar con el Profesor Sánchez-Albornoz, quien amablemente me concedió una entrevista en la que me tomé el atrevimiento de hurgar en su memoria y en su paso por la Arqueología argentina (Figura 1). Yo conocía sus publicaciones y estaba interesada en contextualizar puntualmente cada uno de los artefactos que se encontraban en el Museo de América, muchos de los cuales presentaban sus fichas sin la información exacta de proveniencia. Es así como tuve el honor de conocerlo y de ponerme al tanto de cómo fueron sus incursiones en la Arqueología patagónica.



Figura 1. Entrevista al Profesor Nicolás Sánchez-Albornoz (Madrid, abril de 2011)

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Secretaría de Cultura de la Nación. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: analiacastro@gmail.com

El Profesor Nicolás Sánchez-Albornoz, hijo de Claudio Sánchez-Albornoz, ambos reconocidos historiadores españoles, viajó a la Argentina en el año 1948, a sus 22 años. Como joven estudiante se había manifestado en contra del régimen franquista, por lo que fue encarcelado y condenado. Las circunstancias de su huída del Valle de los Caídos, en donde cumplía trabajos forzados, su llegada a Francia, luego de escapar en un automóvil junto con el escritor Manuel Lamana, ayudados por la escritora Bárbara Prost Solomon, Bárbara Mailer y el antropólogo Francisco Benet, dieron lugar a la publicación de varios libros² e incluso a la realización de una película inspirada en estos sucesos³. De Francia, a los pocos meses, marchó hacia nuestro país, donde lo esperaba su padre, exiliado aquí desde hacía más de ocho años.

Pasó los siguientes dieciocho años de su vida en la Argentina. En este período completó sus estudios de Historia en la Universidad de Buenos Aires, y luego se desempeñó como profesor en dicha universidad, así como también en la Universidad Nacional de Rosario y en la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca). En el año 1966, las nuevas circunstancias políticas desfavorables por las que pasaba nuestro país lo llevaron a un nuevo exilio, esta vez en EEUU.

Cuenta Nicolás que sus primeras incursiones en la arqueología argentina estuvieron originadas en un interés personal. Fueron realizadas en el área precordillerana de las provincias de Río Negro y de Chubut, donde hizo un minucioso relevamiento del arte rupestre. Luego, su interés lo llevó hasta Tierra del Fuego, donde realizó una campaña arqueológica cuyos resultados fueron publicados en el primer boletín de la Universidad Nacional del Sur.

Yo estaba interesada especialmente en su último trabajo de campo en el sitio Piedra Calada de Las Plumas, Chubut, adonde Sánchez-Albornoz había viajado en el año 1959 participando de una campaña dirigida por el Prof. O. F. A. Menghin con el objetivo primordial de realizar excavaciones en el sitio Chacra Briones, que iba a ser inundado como consecuencia de la construcción del dique Ameghino. Mi interés llevó a que conviniéramos una segunda entrevista, en la que realicé, en palabras de Nicolás, un trabajo arqueológico en su propia casa. Como resultado de este trabajo encontramos una serie de negativos de fotografías de la excavación de Menghin en Chacra Briones y de las pinturas rupestres del farallón hoy inundado⁴. Ante este importante hallazgo, le propuse a Nicolás que realizara un nuevo aporte para la arqueología argentina y que publicara dichas fotografías en una nota en la que narrara su experiencia en Chacra Briones. Con sus 85 años y una lucidez mental envidiable, Nicolás se mostró entusiasmado con mi propuesta. Es así que presento a continuación la nota escrita por él, y agradezco especialmente a Cristina Bellelli y a Verónica Williams por su invitación a publicarla en este número de *Relaciones*.

NOTAS

- ¹ Pasantía realizada en el Museo de América de Madrid entre marzo y mayo de 2011, financiada parcialmente por el CONICET, bajo la Dirección de las Dras. Ana Verde Casanova y Cecilia Pérez de Micou.
- ² Entre los libros que relatan esta hazaña podemos mencionar: *El fin de la esperanza*, de Juan Hermanos (seudónimo) (1949); *Otros hombres*, de Manuel Lamana (1956); *El valle de los caídos: los secretos de la cripta franquista*, de Daniel Sueiro (1983).
- ³ *Los años bárbaros*, de Fernando Colomo (1998).
- ⁴ Luego de mis entrevistas, el Profesor Sánchez-Albornoz decidió donar al Museo de América todos los documentos relacionados con sus trabajos de campo arqueológicos (negativos de fotografías, libretas de campo, plantas, etc.), para que sirvieran de material de referencia complementario a los objetos que integran la colección donada por él al Museo en el año 1992 (Expediente Administrativo 5111/1992/9 de donación de Nicolás Sánchez Albornoz. Archivo Museo de América).

NOTA

NOTA HISTÓRICA SOBRE LA EXCAVACIÓN DEL ABRIGO DE CHACRA BRIONES

Nicolás Sánchez-Albornoz*

Hace más de medio siglo que acompañé, en el verano austral de 1959, al Prof. Oswald F. A. Menghin en la excavación del abrigo rocoso situado en la margen izquierda del río Chubut en tierras de la chacra Briones. El yacimiento estaba condenado entonces, como otros de la zona, a quedar sepultado bajo las aguas del dique Ameghino. Terminada la construcción del embalse el año anterior, el caudal que desciende de la cordillera andina habría de inundar unos 50 km del cauce inferior del río, en el que se encuentra el sitio arqueológico. Se trataba, pues, de una intervención de urgencia. El Prof. Menghin había conocido la riqueza del lugar en expediciones anteriores. Una primera y fructífera cala al pie del abrigo databa de 1955. El escueto informe de la actuación llevada a cabo en 1956 anota que la pared estaba cubierta de nueve grupos de pinturas de color rojo, amarillo, negro y blanco (Anónimo 1956). La tercera intervención se proponía proseguir la excavación e inventariar las pictografías.

No participé en esta expedición a título profesional. Arqueólogo no era, pero se conocía mi interés por la prehistoria patagónica, de la que, en esas fechas, estaba casi todo por hacer. Contaba en mi haber la relación casi completa de las pinturas rupestres de un tramo contiguo de las provincias de Río Negro y Chubut. A la búsqueda de las manifestaciones del arte rupestre de la precordillera andina había dedicado varias expediciones que efectué por mi cuenta en los veranos de 1954 y 1955. Mis hallazgos los difundí en los primeros números de *Acta Praehistorica*, gracias a la buena acogida que el profesor Menghin les dispensó (Sánchez-Albornoz 1957 y 1958a)¹. La revista había sido fundada por él en Buenos Aires con apoyos privados, al margen de los canales oficiales. Órgano de un nominal Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, la revista respondía al interés del prehistoriador tirolés por los pueblos cazadores y recolectores sudamericanos. En Viena, había gozado, antes de emigrar a la Argentina, de reputación como especialista del paleolítico mundial. Menghin tuvo incluso la deferencia de incorporarme al consejo editor de la revista.

Como alumno de la carrera de Historia, yo había seguido los cursos que daba Menghin en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Resultaba pues, natural que comentara mis descubrimientos con mi antiguo profesor, autor, por añadidura, del primer esquema de tipología y cronología de las pictografías patagónicas (Menghin 1952). Animado a proseguir mis exploraciones por la aceptación que mis trabajos habían encontrado, y agotadas,

* Profesor Emérito, New York University. E-mail: nsalbornoz@gmail.com

por otra parte, las expectativas de hallar más pictografías en la zona indagada hasta entonces², mi curiosidad se desvió hacia el extremo austral del continente. El viaje de reconocimiento que hice en 1956 por Tierra del Fuego dio frutos singulares de los que informé en un folleto publicado por la Universidad Nacional del Sur (Sánchez-Albornoz 1958b). El interior patagónico y la costa atlántica surgieron a continuación como área de exploraciones ulteriores. La campaña en la que me embarqué me brindó la oportunidad deseada.

La relación científica establecida con Menghin, con independencia de las consideraciones que motivaron su exilio en Argentina, justificó mi incorporación a parte de la campaña anual por él proyectada, en la que participó también su esposa y asidua colaboradora. Los planes de Menghin preveían una breve visita a una estancia en el partido de Villarino, al sur de la provincia de Buenos Aires, y otra a la familia Casamiquela en Viedma. El cabeza de esta familia ostentaba, a la sazón, un cargo importante en el gobierno de la nueva provincia de Río Negro y el hijo, Rodolfo, despuntaba como el mejor conocedor que llegaría a ser de la arqueología y antropología de la Patagonia. Cubiertas ambas etapas, nos dirigimos, como estaba previsto, al abrigo de Chacra Briones. La zona elegida para excavar era contigua a un tramo investigado tres años atrás. La tarea ocupó varios días, durante los cuales me familiaricé con el trabajo metódico requerido, seguí los hallazgos sucesivos, saqué fotografías y me dediqué a las pinturas que adornaban la pared del abrigo. Concluido el plan fijado, la partida se separó. Menghin pasó el resto del verano en la cordillera andina en busca de paraderos de ascendencia araucana. Yo volví a Buenos Aires por razones familiares, no sin antes visitar en el camino de vuelta los médanos de San Antonio Este en la costa de Río Negro. Su inspección me proporcionó materiales superficiales que di a conocer bastantes años después (Sánchez-Albornoz 1967).

La docencia e investigación en el campo de la historia, el disfrute de una larga beca de estudios en Francia e Inglaterra, la dirección del componente histórico de un estudio de área en el noroeste indígena y mi pronto exilio de la Argentina concurren para que cesaran mis incursiones patagónicas y que el trato con el Prof. Menghin se espaciara y acabara por interrumpirse. Nada supe entonces del destino dado a los materiales recogidos en aquella campaña, ni si habían sido estudiados y dados a conocer. A la distancia de Nueva York, donde recalé, perdí el rastro de las publicaciones científicas del propio Menghin, que desapareció en Buenos Aires en 1973.

La venida a Madrid, en el presente año de 2011, de la doctora Analía Castro, interesada por la colección de materiales líticos patagónicos por mí recogidos y donados al Museo de América para su conservación, me obligó a reavivar, a instancias suyas, los recuerdos de aquella lejana expedición. Gracias a ella, me enteré de que Menghin y Carlos J. Gradin habían publicado un estudio del sitio de Las Plumas, situado río arriba a poca distancia del abrigo de la Chacra Briones, con rocas profusamente grabadas (Menghin y Gradin 1972). Supe también que los materiales, recogidos en las tres campañas de Chacra Briones y depositados en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, habían sido descritos en detalle y contextualizados con ayuda de las libretas de campaña dejadas por Menghin. Su análisis ha dado lugar a varias comunicaciones y publicaciones (Aschero *et al.* 1978, 1983-85; Bellelli *et al.* 1980; Aschero *et al.* 2006). Entre los apuntes y libretas entregados al Museo de América, complementarios de mi anterior donación, la doctora Castro descubrió los negativos de la expedición de 1959 a Chacra Briones. En el acto, ella me sugirió que diera noticia y comentara esas fotografías, al menos a título ya histórico.

De los negativos que el tiempo trascurrido ha conservado nítidos, doy a conocer aquí cinco imágenes. La primera recoge una escena en la que se divisan dos peones atareados con pico y pala (Figura 1). En la misma toma, la señora de Menghin observa escombros y el profesor sostiene en su mano izquierda un objeto del que no quita ojo. Varias piezas yacen en la superficie con papeles identificadores. La segunda fotografía (Figura 2) ofrece una perspectiva del abrigo en profundidad mirando de norte a sur. En ella, Menghin y yo aparecemos de espaldas en niveles distintos, mientras que dos peones cavan a izquierda y a derecha de un rectángulo dejado como testigo. La vegetación baja que se divisa a la izquierda de la foto marca el límite exterior del



Figura 1. El Prof. O. F. A. Menghin, su esposa y dos peones en la excavación del sitio Chacra Briones



Figura 2. Vista en perspectiva de la excavación de Chacra Briones (norte a sur)

abrigo que el alero superior recubre. La tercera fotografía (Figura 3) centra su atención sobre el testigo de unos tres metros de profundidad. La Sra. Menghin aparece en ella de frente sujetando una estaca. Más atrás puede verse el hueco dejado por una intervención secundaria en 1956. En la pared entre ambos espacios es donde se encuentran las pinturas rupestres de las que paso a ocuparme. No recuerdo otras imágenes publicadas de Menghin en acción en la Patagonia.



Figura 3. Sra. de Menghin en la excavación de Chacra Briones

Las dos fotografías últimas de esta nota dan a conocer los motivos de las pictografías por un procedimiento indirecto, es decir, recubiertos de tiza, modo habitual de operar en la época. La tiza tapa el color original, pero acentúa, en blanco y negro, el contraste y perfila el motivo. De la variedad de colores originales sólo consta lo mencionado en la crónica de 1956. El color dominante era sin embargo, el rojo, como en la mayor parte de las pictografías. Pigmentos de ese color se han encontrado, por cierto, en objetos hallados en las capas sedimentarias superiores, según la información publicada. Tal vez sean restos de su fabricación o uso para pintar la pared, el cuerpo o los cueros. La ausencia de pigmentos en los estratos más profundos del abrigo sugiere, sin excluir otra cosa, que las pinturas parietales datan de siglos más bien recientes. De los nueve grupos de pinturas mencionados en *Runa*, nada sabemos de los criterios seguidos para su agrupación. Es de temer, no obstante, que las fotografías no recojan a todos ellos.

Las pinturas visibles en las dos fotografías incluidas, forman, a mi modo de ver, dos conjuntos. El ligeramente más septentrional se repite en parte en la primera imagen. A la izquierda del friso (Figura 4), se observan, de arriba hacia abajo, un trazo inclinado aislado, cinco otros más cortos encerrados dentro de una línea ovalada o cartucho, diez trazos ramificados arriba y abajo de una línea horizontal, a continuación una greca, un trazo inclinado con dos puntos, dos líneas inclinadas con dos círculos, superpuestas a otro cartucho con líneas, una figura formada por arcos y, por adentro, trazos paralelos (el arco interior se encuentra punteado), otro arco en forma de hoz en parte sobrepuesto a la figura anterior, más dos ángulos rectos. Complejo múltiple de temas y facturas diversas.

El conjunto de la derecha (Figura 5) se descompone, también de arriba abajo, en dos gruesas líneas paralelas verticales, a la izquierda una planta de pie (?) encima de tres trazos inclinados, tres líneas quebradas de distinto tamaño, una en sentido horizontal y dos en sentido vertical, con una suerte de D sobrepuesta. Ésta se repite invertida a la derecha. Debajo de este grupo, un visitante moderno escribió su nombre. A la derecha de este gesto desaprensivo, hay dos trazos paralelos. En fin, aislada en la parte inferior, siete líneas verticales cortas penden de una línea horizontal.



Figura 4. Sector izquierdo del panel con pinturas de Chacra Briones



Figura 5. Sector derecho del panel con pinturas de Chacra Briones

Las líneas paralelas, sueltas, ramificadas o encerradas en un cartucho, con inclinaciones por lo demás diversas, se hallan en ambos conjuntos. Ellas, más los arcos y los círculos, se encuentran a su vez en los grabados del cercano yacimiento de Piedra Calada. La coincidencia en ambos sitios próximos induce a pensar que ambos pertenecen a un mismo complejo gráfico, que se expresa según conveniencias mediante colores o incisiones. Es de suponer también que al

estar los motivos de Piedra Calada más expuestos a la intemperie que los del abrigo, los colores hayan desaparecido. La correspondencia temática entre ambos sitios está lejos, sin embargo, de ser perfecta. Específicas del abrigo son una greca y líneas quebradas, posiblemente un añadido posterior. En Piedra Calada abundan, por su parte, líneas onduladas desconocidas en Chacra Briones. El ideograma del abrigo rocoso presenta analogías con el de las pinturas de la precordillera andina. Faltan, sin embargo, en este lugar, desde el punto de vista formal, los elaborados trazos geométricos que abundan allí, posible reflejo de influencias gráficas y simbólicas llegadas del norte andino de Chile y Argentina.

Al cabo de medio siglo, la mayor parte de quienes intervinieron en las campañas arqueológicas a Chacra Briones han desaparecido y los recuerdos que restan se difuminan. En esta breve nota, se me presenta la oportunidad de aportar mínimos detalles de una investigación de campo a una nueva generación de arqueólogos y, de paso, de recordar que las aguas del dique Ameghino recubren información sobre los pobladores originarios de Chubut.

Ávila, agosto 2011

Fecha de recepción: 04/08/2011

Fecha de aceptación: 06/09/2011

NOTAS

- ¹ A la misma tanda se adscribe el artículo posterior (Sánchez-Albornoz 1959). Mi inclinación anterior por la arqueología en general queda atestiguada en un ensayo publicado sobre fuentes bibliográficas (Sánchez-Albornoz 1955).
- ² Que quedaban pocas pictografías por identificar fue confirmado medio siglo después cuando un equipo de antropólogos volvió a recorrer en 1996 la zona por mi visitada. La expedición, con propósito divulgador del acervo pictográfico, localizó pocas pinturas más, pero echó en falta otras desaparecidas o deterioradas por la acción de la naturaleza o del hombre (Bellelli *et al.* 1998).

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo

1956. Nuevo viaje de estudio a la Patagonia. *Runa* II (2): 301-302.

Aschero, C., C. Bellelli y M. V. Fontanella

1978. La secuencia arqueológica de Chacra Briones (Dique Ameghino - Chubut): un análisis del instrumental lítico obtenido en las excavaciones de O. F. A. Menghin. Ms. Presentado al *V Congreso de Arqueología Argentina*, San Juan.

1983-85. La industria lítica de la secuencia arqueológica de Chacra Briones (Dique Ameghino-Chubut) Excavaciones de O.F.A. Menghin, 1956-1959. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10: 319-338.

Aschero, C.; C. Bellelli; C. Fernández Lannot; A. Fisher; M. V. Fontanella; J. Gómez Otero y C. Pérez de Micou

2006. Un análisis tipológico y técnico-morfológico de siete sitios del complejo patagónico (Ms.). En C. Pérez Micou (ed.), *El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en arqueología*: 21-34. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Bellelli, C.; M. V. Fontanella y C. Aschero

1980. Consideraciones sobre la distribución espacial y la variación morfológica del instrumental lítico en la secuencia de Chacra Briones. *Sapiens* 4: 109-115.

Bellelli, C.; M. Podestá; P. Fernández; V. Scheinsohn y D. Sánchez

1998. *Imágenes para el futuro. Arte rupestre patagónico, su registro y preservación en la Comarca Andina del Paralelo 42°*, CD-ROM. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

Menghin, O.F.A.

1952. Las pinturas rupestres de la Patagonia. *Runa* 5: 5-22.

Menghin, O. F. A. y C. J. Gradín

1972. La piedra calada de Las Plumas (Provincia de Chubut, República Argentina). *Acta Praehistórica* 11: 13-63.

Sánchez-Albornoz, N.

1955. El neolítico final en España en el tránsito a la Edad de los Metales. *Humanitas* 5: 47-85.

1957. Pictografías del Hoyo de Epuyén (Chubut, Argentina), *Acta Praehistorica* 1: 121-125.

1958a. Pictografías del valle de El Bolsón (Río Negro) y Lago Puelo (Chubut, Argentina), *Acta Praehistorica* 2: 146-175.

1958b. *Una penetración neolítica en Tierra del Fuego*. Bahía Blanca, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.

1959. Pictografías de la Península de San Pedro (Nahuel Huapi). *Runa* 9: 99-105.

1967. Hachas y placas en San Antonio Este (Río Negro). *Runa* 10: 455-464.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Entre saias justas e jogos de cintura. Compilado por Alinne Bonetti y Soraya Fleischer, Florianópolis, Ed. Mulheres, Santa Cruz Do Sul, Edunisc, 2007, 372 p.

La dimensión subjetiva del trabajo etnográfico es una cuestión sobre la que desde hace varias décadas se ha comenzado a reflexionar en la investigación antropológica. El trabajo de campo en sí mismo está lleno de sobresaltos, inseguridades, angustias, decepciones, malos entendidos, sorpresas, etc., que necesitan tanto de herramientas teórico-metodológicas como de una buena *cintura* para ser sorteados. Sin embargo, cuando leemos una etnografía, en la mayoría de los casos, lo que se nos ofrece es un relato coherente, libre de obstáculos, en el que se han silenciado la mayoría de las circunstancias prácticas –y, muchas veces, dificultosas– en las que la investigación fue llevada a cabo. Empero, socializar las dificultades y las enseñanzas de nuestro trabajo de campo y la manera en que registramos los datos o, en otras palabras, compartir de algún modo nuestro diario de campo y descubrirlo como nuestra principal fuente de investigación puede ayudar a otros investigadores a enfrentar el campo con mejores herramientas.

A lo largo de las páginas de *Entre saias justas e jogos de cintura*, cada una de las autoras va develando –como el título lo indica– las “*saias justas*”¹ que debieron sobrellevar a lo largo del proceso de su trabajo de campo y, al mismo tiempo, los “*jogos de cintura*”² que pusieron en práctica para eludir las dificultades.

Las compiladoras, Alinne Bonetti y Soraya Fleischer, nos proponen un recorrido por doce artículos que develan las dificultades, aventuras y desventuras de las primeras etapas de la formación académica de posgrado de doce mujeres antropólogas. La propuesta es original; no sólo porque se trata de una compilación

que habla específica y exclusivamente de temas relacionados con el trabajo de campo en sí mismo o, más aún, de la relación entre las investigadoras y su diario de campo –porque, como Bonetti y Fleischer advierten, hablar del trabajo de campo es hablar de cómo registramos nuestros datos y nuestra circulación en el campo, y porque reflexionar sobre esas experiencias es retomar al diario como nuestra principal fuente– sino porque, además, se trata solamente de investigaciones realizadas por mujeres “jóvenes” en el sentido de encontrarse en momentos tempranos de su formación como antropólogas, lo que permite vislumbrar cómo una nueva generación piensa, practica y reinventa el clásico trabajo de campo. Original también es el modo en que las compiladoras seleccionaron esos artículos, pensando el género como forma de atribuir sentido a las diferencias que parten del imaginario sexual pero lo trascienden, para dotar de sentido a las más diversas manifestaciones de la experiencia humana. De este modo, se trata de artículos que echan luz sobre la (invisibilizada) diferencia de ser hombre o mujer en el campo, y que revelan de qué manera una formación académica que puede ser entendida como “eminente masculina” (p. 20) es resignificada por cuerpos femeninos en el campo.

El libro de Bonetti y Fleischer no intenta ser un manual de “problemas y soluciones”, sino que se caracteriza por retratar las vivencias inesperadas que las investigaciones nos imponen y que nos llevan a un proceso constante de formulación de preguntas. Y es ahí donde radica una de sus fortalezas: los textos nos enseñan que hacer etnografía es, principalmente,

formular preguntas. Así, a través de reflexiones narrativas sobre diferentes aspectos del quehacer etnográfico, el libro se convierte en una compilación que puede ser de mucha utilidad para investigadoras que están atravesando esa etapa del trabajo etnográfico, porque proporciona herramientas que pueden ayudarnos a enfrentar el campo, mejor equipadas. El hecho de saber acerca de otras experiencias puede sernos de utilidad para ayudarnos a reflexionar sobre las nuestras y sobre la relación social de campo como parte necesaria e inevitable del proceso de investigación, y para convertir nuestra propia subjetividad en una herramienta útil para el desarrollo de aquella.

Ya desde la introducción el libro se nos revela novedoso. A través de un ejercicio sumamente creativo, al que ellas mismas llaman “delirante”, Bonetti y Fleischer dan vía libre a un “experimento etnográfico-literario”, creando una situación ficcional en la que una joven antropóloga en pleno trabajo de campo entrevista a dos colegas que son compiladoras de un libro que reúne artículos sobre situaciones de campo de mujeres etnógrafas. A medida que van siendo “entrevistadas”, Bonetti y Fleischer van contando el proceso de concepción y producción del libro al que, de una manera sumamente peculiar, el lector accede como si se tratara de las notas de un diario de campo. De esta manera, en total coherencia con el objetivo de la compilación, esa situación etnográfico-literaria va descubriendo para el lector las bambalinas de la inspiración y realización del libro, enraizadas y marcadas por las dificultades y soluciones del propio trabajo de campo de las compiladoras en su investigación para el doctorado.

El recorrido comienza con el texto de Carmen Susana Torquinst, quien reflexiona acerca de las implicancias de investigar ciertos aspectos de un movimiento social en el cual ella misma “militaba”: un grupo local que impulsaba el parto humanizado. Uno de los primeros puntos salientes que marca la autora es la dificultad encontrada al querer suspender momentáneamente tanto los vínculos intersubjetivos como las tareas que le insumía el activismo para poder abocarse a la reflexión y al extrañamiento que implicaba la escritura de su tesis doctoral. Se trataba de una antropóloga que

deseaba doctorarse mientras participaba de un grupo que permanentemente ponía en entredicho la legitimidad social del conocimiento académico a la vez que anteponeía y disputaba la urgencia de “su” agenda frente a la agenda académica de la investigadora. Analizando los tópicos que se le fueron presentando, lo que Tornquist pretende es mostrar la necesidad de trabajar reflexiva y metodológicamente con aquella frontera en la que se unen y distancian –según las circunstancias– el doble rol de investigadora y activista. En definitiva, como bien muestra la autora, ahondar en dicha intersección implica extrañarse de las propias certezas al introducir la alteridad y –tal como lo marca nuestro oficio– la mirada desnaturalizadora en aquello que nos es familiar.

En una tónica similar, encontramos el artículo de Mônica Dias, quien también traza las implicancias de su subjetividad en la investigación por ella realizada. Habiendo llegado al universo de los cultos africanos en busca de historias sobre la esclava Anastasia y teniendo como foco de interés principal la identidad y religiosidad negra en *terrerros* de Umbanda, Dias –de formación extremadamente católica– relata las tensiones sufridas en el campo y analiza cómo el encuentro (en una fiesta Umbanda) con un *caboclo* incorporado en un *pai de santo* le produjo un conflicto con sus propias creencias religiosas al encontrarse ella misma inesperadamente en situaciones de desmayos y aturdimiento. Frente a la fuerza con la que el campo se le imponía, Dias se pregunta si hay una cuestión de género que escapa al control del entrenamiento antropológico y si será ella –por ser mujer– más pasional frente a los hechos, involucrándose de cuerpo y alma a las sensaciones vividas. Sin darnos una respuesta, la autora se sumerge en una interesante reflexión sobre el quehacer etnográfico y el proceso de extrañamiento, planteando la necesidad de no resistir el contacto con el otro, de no imponer de antemano conceptos preestructurados, lo que no implica “tornarse” otro, sino permitirle la entrada y experimentar su lógica.

En el tercer capítulo se nos presenta el trabajo de Larissa Pelúcio, quien también desanda los caminos de la *exotización de lo familiar* y la *familiarización de lo exótico*

(Da Matta 2007). En este caso, la autora, que trabaja con travestis que se prostituyen, y con sus clientes en la ciudad de San Pablo, nos trae episodios en los que su exceso de confianza en el campo la llevó, casi de modo ingenuo, a dejar de estar atenta al entorno, desconsiderando la realidad local—una región donde la prostitución, el tráfico y la violencia dan la tónica— y sobreestimando a los sujetos de su investigación. Mostrándonos sus dificultades y sus aprendizajes en el campo, Pelúcio nos acerca una discusión elemental acerca de la necesidad de ejercitar el extrañamiento de lo familiar cuando la “aldea” se encuentra en nuestra propia cultura y nos revela el difícil ejercicio de entender qué es lo que torna exótico y peligroso a un grupo (en este caso, los travestis) dentro de un contexto social que nos es familiar. Nos demuestra cómo fue acomodándose al hecho de ser mujer en ese ámbito y cómo fue construyendo su lugar de investigadora negociando con el grupo investigado sus propios marcadores identitarios (clase, género, sexualidad) al punto que, aquello que parecía ser un obstáculo en los comienzos de su investigación, pasó a ser ventajoso para las relaciones establecidas en el campo.

Considerando aquellas incertezas propias que genera el aprendizaje del oficio de etnógrafo como instrumentos privilegiados de conocimiento, el artículo de Nádia Meinerz pone en foco la cuestión de género y de la diversidad de clasificaciones identitarias tomando a la sexualidad como objeto de estudio. Así, la autora se propone desentrañar la diversidad de relaciones *homoeróticas* que se subsumen en la categoría de homosexualidad femenina. Analiza las implicancias que su propia condición de mujer tuvo en tanto obstáculo o posibilidad para llevar adelante la investigación, a la vez que reflexiona acerca de la riqueza que, en cuanto a posibilidades de conocimiento, conlleva—en concordancia con el modo en que se concibe el género en esta compilación— no tomar la diversidad sexual como dato sustantivo sino relativizarla. Asimismo, reflexiona acerca de su condición de heterosexual, lo cual la volvía una *outsider* en el grupo estudiado. Es desde la objetivación de esta situación que la autora reflexiona acerca de la necesidad de conocer desde la diferencia, priorizando el extrañamiento

y tomando la relativización como instrumento de análisis.

Casi como contrapunto del artículo anterior, el trabajo de Paula Machado—también interesado en temáticas de elecciones sexuales y reproductivas— nos acerca su vivencia de ser mujer haciendo trabajo de campo entre hombres de sectores populares en una *favela* de Porto Alegre. Su trabajo nos aporta una reflexión acerca de las “vueltas al campo” que se producen cuando se estudian terrenos conocidos previamente desde otras funciones o profesiones (en su caso, desde su profesión como psicóloga). En este punto, la autora cavila acerca de las interpelaciones que los sujetos le realizaban colocándola una y otra vez en su “anterior” profesión. Eso significó para ella no sólo un esfuerzo para poder (re) entrar en categoría para “los otros”, sino una vigilancia epistemológica que le permitiera rever el campo con ojos renovados despojándose del “anterior” conocimiento que tenía sobre éste y desnaturalizando las propias certezas. Por otra parte, Machado introduce una disquisición interesante respecto de los límites que ciertos temas—como el de las sexualidades— imponen a las formas “clásicas” de observación participante y también de entrevista, por tratarse, en muchos casos, de situaciones “indecibles”. Frente a esto, la autora nos informa de qué manera buscó formas que le permitieran suplir la inaplicabilidad de técnicas clásicas. Por último, y en sintonía con el enfoque que del género propone la compilación, la autora destaca de qué manera, trabajando con hombres, también tuvo que negociar su lugar con las “otras” mujeres y en qué medida esta contienda cotidiana le abrió las puertas a mejores entendimientos respecto de la relación entre géneros, permitiéndole reflexionar sobre la necesidad de “construir abordajes más éticos en la cotidianeidad de la investigación” (pp. 183).

Así como Machado, trabajando con hombres, se encontró con “otras” mujeres, Fernanda Noronha utilizó un camino similar para acceder a las relaciones entre géneros entre jóvenes que practican *hip hop* en las calles de San Pablo. En sí, la propuesta de Noronha era acceder a las relaciones de género a través de un abordaje, justamente, relacional. Por lo tanto, construir

este conocimiento a través del trabajo de campo con varones no se constituía en un límite, pues serían la mirada y el análisis antropológico aquello que construiría conocimiento acerca de las relaciones entre géneros. A su vez, y en concordancia con lo planteado por otras autoras de la compilación, su clara posición de *outsider* del grupo estudiado (posición que anclaba fundamentalmente en ser mujer, blanca y de una franja etaria superior a la de los sujetos) fue objetivado por ella misma para definir estrategias metodológicas que le permitieran convertir las diferencias en herramientas posibilitadoras de conocimiento.

Andréa de Souza Lobo escribe su artículo “desde el campo”, en Boa Vista, Cabo Verde, África. El “estar allí” representa para ella no sólo una cuestión geográfica sino, además, haberse casado con un caboverdiano, haber tenido un hijo con él y pasar a formar parte de redes familiares locales. Ser mujer, madre y extranjera fueron tópicos que marcaron en Lobo un “volver” a mirar antropológico (pues se había apartado momentáneamente de la academia) sobre esa, su nueva realidad. Su proyecto de trabajo se orientó a ver de qué manera los boavistenses objetivaban la relación con los “otros” –sea tanto aquellos llegados de afuera como aquellos con quienes se contactan los “locales” que emigran– y las transformaciones que a partir de esos contactos se iban registrando en el espacio doméstico. Por demás sugerente es la manera creativa en la cual la autora resuelve la ansiedad que tanto sus amigos como parientes demostraban al no entender cuál era su trabajo. De algún modo, para estudiar el (propio) espacio doméstico tuvo que extrañarse ella misma de él e imponerse un rol de “trabajadora” a partir del cual poder recabar información y construir sus datos. Aquello que llevó a Lobo, en un primer momento, a Cabo Verde, fue una idea clásica de etnografía de *volver familiar lo exótico*. Sin embargo, a partir de situaciones personales, para seguir investigando tuvo que poder realizar, aun en un país extranjero y siendo ella una *outsider*, la operación inversa: aquella de *volver exótico lo familiar*. Como afirma la autora, hoy conocemos desde la alteridad, pues el otro se suma a nuestro mundo. De lo que se trata, en definitiva, es de entender qué significa y provoca para nosotros

antropólogos, nativos y lectores esa *fusión de horizontes*.

En el caso de Kelly Da Silva –cuya investigación versaba sobre el proceso de construcción del Estado Nacional en Timor Oriental y la influencia de la ONU en la reestructuración de los mecanismos estatales de esa isla del sudeste asiático–, la autora traza interrelaciones entre trabajo de campo, género y poder. A lo largo de su texto, Da Silva explora de qué manera ciertas características de su identidad participaron, influyeron y condicionaron el desenvolvimiento de su investigación, interactuando con el campo de poder objeto de su investigación. La autora relata que el hecho de ser mujer, brasileña y hablar tétum hizo que sus redes de contactos fluyeran con relativa facilidad. No menos importante es su contribución a la discusión sobre la relación conyugal en el campo, la que por momentos impedía los asedios sexuales a los que ella podía estar expuesta pero a la que, en ciertos momentos, ella encontraba estratégico ocultar (con el consentimiento de su marido, también antropólogo).

Muchos de los artículos aquí reunidos tratan las ventajas y/o desventajas de identificaciones relativas a la sexualidad (heterosexual, casada, soltera, comprometida, etc.) y el modo en que esas caracterizaciones influyen en el desarrollo de la investigación. En el caso del artículo de Daniela Cordovil, aunque el foco está puesto en el trabajo de campo en sí mismo, también encontramos un abordaje de las diversas implicancias de estar sola o acompañada en el campo. Cordovil plantea que rever las condiciones de producción del propio trabajo de campo suscita una crítica de nuestra propia etnografía y se pregunta (y nos desafía) si los problemas teóricos que ella perseguía en su investigación eran los problemas de sus informantes o estaban en su cabeza o la de otros investigadores que de ellos se ocuparon. Y nos aclara que estamos lejos de encontrar una solución a este desafío. Habiendo llegado por primera vez a Cururupu, en el Maranhao, como estudiante de música con la intención de conocer la música indígena, Cordovil nos muestra la construcción de su objeto de estudio relatando los sucesivos viajes allí y las diferentes

situaciones azarosas que se le presentaron, y devela que fue recién al volver del campo y al poder “dialogar” y confrontar los datos con la literatura especializada sobre cultos afro-brasileños que pudo ver que el campo se imponía a la teoría y empezar a discutir la relación entre magia, ciencia y sincretismo. La autora llama la atención sobre la importancia de apropiarnos de lo que el campo es capaz de proporcionarnos y del azar en la elección del objeto de estudio, azar que es, en definitiva, la esencia de la que se nutren nuestras etnografías.

Un poco a contramano de la propuesta de Daniela Cordovil, llega el décimo capítulo del libro con un texto de Diana Milstein. La autora, interesada en investigar las prácticas vinculadas a pugnas por alguna forma de poder tal como se presentaban en la cotidianeidad de una escuela del conurbano bonaerense, relata cómo comenzó a sentir un cierto agotamiento del campo porque su trabajo en la escuela no lograba revelar del todo las relaciones sociales imperantes allí y sus vínculos con la comunidad local. La creación de un taller coordinado por ella con la participación de un grupo de niños de entre 10 y 14 años que hicieran entrevistas, visitas a la comunidad y sacaran fotos, terminó redireccionando su propia investigación, y la perspectiva de los chicos le permitió entender la relación entre la plaza y la escuela y la importancia de aquélla como espacio público atravesado por estrategias de supervivencia llevadas a cabo por personas de la comunidad con mayor o menor nivel de organización política y social.

El texto de Patricia de Araujo Brandao Couto resulta interesante por lo original de su punto de partida para la reflexión metodológica: aquello que ella misma denomina “precampo”, es decir, aquellas situaciones que imprevisiblemente influyen y condicionan nuestras posteriores elecciones respecto de nuestros objetos de estudio. Para esto la autora comienza por distinguir aquellas situaciones que podrían ser llamadas “experiencia” de otras que, por la capacidad que tienen de ser aisladas, de convertirse en hechos paradigmáticos y de poder reflexionar sobre ellas, revisten “una experiencia”. Así, Patricia Couto se dispone a analizar “una experiencia” que para ella sería definitoria de sus posteriores intereses

investigativos y a la que reconoce como aquella que le impuso “buscar un sentido”, búsqueda de la cual surgió su posterior proyecto doctoral. Partiendo de una experiencia de viaje que la autora realizó a fin de reencontrarse con parte de su propia historia, el artículo aborda la experiencia de desplazamiento y dislocamiento que la propia autora vive como viajante, al ser considerada –debido a taxonomías circulantes en el lugar receptor– una turista. Es desde esta propia experiencia que comienza a pensar en las consecuencias que el turismo está generando en la localidad que la había recibido, que lo vuelven una problemática antropológica en la que ni siquiera había pensado con anterioridad.

El último artículo, de Isabel Santana de Rose, nos acerca la problemática de cómo lidiar con las tensiones que se generan cuando el compromiso y el interés personal y académico están indisolublemente ligados. Santana de Rose comparte con el lector su experiencia de campo en una comunidad de Santo Daime, en Minas Gerais, a la que llega motivada por su interés en conocer los estados modificados de conciencia y las “plantas de poder”. Después de frecuentar los rituales *daimistas* por algunos meses, ella misma decide comprometerse con la doctrina y ligarse personalmente al Santo Daime. Así, la autora reflexiona sobre lo familiar y lo exótico (atravesados, en este caso, por la condición de género de la autora), sobre las relaciones entre el estar “aquí” y “allí” y sobre los límites y las superposiciones entre sus creencias y la necesidad de “tomar distancia” para poder llevar a cabo su investigación.

Finalmente, nos encontramos con un posfacio escrito, a modo de carta, por Claudia Fonseca, quien nos transmite el valor que ella misma encontró en este volumen al leerlo. Fonseca nos brinda breves análisis de los textos, preguntándose qué hace ella –una antropóloga de la “vieja” generación– en medio de la escritura de este posfacio. Resalta que las narrativas están marcadas por un aspecto determinado de la subjetividad de cada investigadora: la sensación de vulnerabilidad que viven durante sus experiencias iniciales en el campo –residiendo allí lo particularmente femenino al asumir de esa manera los momentos de flaqueza– y plantea que es ahí donde radica su riqueza. Las autoras

del libro, nos dice Fonseca, no optan por salidas fáciles, sino por aceptar los desafíos, lo que implica un proceso de aprendizaje. El libro, con su dimensión no-esencialista, no-exclusivista y con tolerancia hacia orientaciones teóricas variadas, deja ver el interés por una antropología que aprecia el trabajo de campo sin, por eso, perder de vista las aspiraciones teóricas de ese saber.

Sabemos que no hay recetas para el trabajo de campo y, por suerte, este libro tampoco tiene intenciones de darlas. Sin embargo, la lectura de todas estas experiencias nos mueve a otras investigadoras al pensamiento crítico, a la reflexión y a la reflexividad, nos invita a llevar a cabo un movimiento intelectual, a interpretar el campo entendiendo que somos necesariamente parte de él. En definitiva, nos llama a hacer un viaje al interior de nuestras propias investigaciones y al interior de nosotras mismas.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 07/03/2011

NOTAS

- ¹ La frase *saias justas* indica una situación embarazosa, encontrarse en un aprieto o en un brete. Por falta de una traducción más adecuada, mantendremos aquí el original en portugués.
- ² En español existe una expresión parecida, “tener cintura”, que también significa poseer habilidad y astucia para resolver situaciones difíciles.

BIBLIOGRAFÍA

Da Matta, Roberto

2007. El oficio del etnólogo o cómo tener ‘Anthropological Blues’. En M. Boivin, A. Rosato y V. Arribas (comps.), *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*: 172-178. Buenos Aires, Antropofagia.

*Elisa Palermo**

*María Alma Tozzini***

*Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social, Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. E-mail: elisapalermo@yahoo.com.ar

** Centro de Historia Regional, Nodo Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional de Río Negro, Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. E-mail: almatozzini75@gmail.com

Espacio, ambiente y los inicios de la agricultura indígena en el noroeste argentino, María Marta Sampietro Vattuone, JAS, Arqueología Editorial, Madrid, 2010, 188 p.

En los últimos años se ha producido en la arqueología argentina un significativo incremento de las investigaciones sistemáticas relacionadas con la reconstrucción de los marcos paleoambientales en que se desarrollaron los procesos socioculturales del pasado. Si bien el tema ambiental siempre estuvo presente en las investigaciones arqueológicas de nuestro país, incluso desde los pioneros trabajos del destacado Florentino Ameghino, no existía, generalmente, en los proyectos de investigación, una relación profunda a nivel interdisciplinario que pudiera definirse por los parámetros de la moderna Geoarqueología.

Con destacadas excepciones, generalmente referidas a investigaciones desarrolladas en la Pampa y la Patagonia, no fue sino hasta finales de la década del ochenta que los estudios paleoambientales con carácter interdisciplinario y metodología multiproxy se integraron de manera efectiva en los proyectos arqueológicos del Noroeste Argentino. Aún así, estas investigaciones se desarrollaron fundamentalmente en las tierras altas de la Puna y sus quebradas de acceso. Actualmente son muy escasos todavía los trabajos que involucren los valles mesotermales y las tierras bajas orientales del Noroeste Argentino.

En este panorama, los trabajos desarrollados en el Valle de Tafí por el equipo de J. M. Sayago y M. M. Sampietro Vattuone pueden considerarse pioneros en encarar con un enfoque realmente geoarqueológico las investigaciones sobre las sociedades agropastoriles de Tafí. Estos trabajos nos aportaron interesante registro y observaciones interpretativas sobre situaciones paleoambientales y su relación con las sociedades humanas, muy especialmente las referidas a la explotación agrícola.

El libro que nos presenta ahora M. M. Sampietro Vattuone es una continuidad lógica de su trayectoria de trabajo en la investigación geoarqueológica del Valle de Tafí. Constituye, indudablemente, una puesta al día de la actual situación del conocimiento sobre la relación entre el manejo del espacio y el marco ambiental en que se desarrollaron las estrategias económicas agrícolas de los pobladores del valle entre *ca.* 2500 y 900 años AP, lapso que cubre el Formativo. Pero la autora lleva su análisis más allá en el tiempo, y analiza los procesos de formación de registro que actuaron luego del abandono de los asentamientos arqueológicos.

Los primeros cuatro capítulos constituyen una introducción al tema y un marco sobre las ideas teóricas, metodológicas y técnicas que guiaron la investigación. La autora deja en claro su posición sobre lo que representa la Geoarqueología como disciplina con personalidad propia dentro de la Arqueología y las ciencias de la tierra. Realiza una revisión crítica de los conceptos y usos de la metodología de estudio del ambiente en arqueología, que es de gran interés fundamentalmente para aquellos investigadores que no son especialistas en el tema y deseen aproximarse a este tipo de estudios.

Si bien en algunos casos la posición de Sampietro Vattuone puede parecer algo radical para aquellos que consideran el ambiente como un mero escenario de la conducta humana, es sumamente útil por su claridad y definición en cuanto a establecer que la relación entre las poblaciones humanas y su entorno natural fue clave al momento de interpretar el camino seguido por el desarrollo histórico-social de una sociedad.

Por otro lado, la definición y exposición de las herramientas utilizadas en la investigación constituirá seguramente una guía casi imprescindible para aquellos que decidan encarar investigaciones de este tipo, en particular en ambientes de valles de altitud media a baja donde se hayan asentado sociedades agropastoriles.

El Capítulo 5 es realmente atractivo, ya que en él se analizan las condiciones geomorfológicas, hidrológicas y paleogeográficas de los diferentes sectores del valle estudiados por la autora y su relación con el registro arqueológico de las ocupaciones humanas. La cantidad y calidad de datos hará que estos sean, seguramente, muy bien recibidos, tanto por su abundancia como por la manera sistemática en que están presentados.

En el siguiente capítulo se describen los resultados de excavación de una unidad de ocupación, para luego, en el Capítulo 7, avanzar en la reconstrucción paleoambiental sintetizando de manera excelente la totalidad de datos disponibles de diferentes fuentes. A partir de ello, ya en el Capítulo 8, se discuten las características de las prácticas agrarias Formativas observándose que la tecnología aplicada y las condiciones de los suelos constituyeron una combinación adecuada que favoreció el desarrollo y persistencia de las prácticas agrícolas, aunque en ocasiones el riego produjo cierta acumulación negativa de sales en los suelos.

Las observaciones sobre los procesos de formación del Capítulo 9 parecen confirmar que las prácticas agrícolas del Formativo se desarrollaron y florecieron durante momentos climáticos de relativa humedad, mientras que cuando se avanza hacia situaciones de mayor aridez la sociedad santamariana del Tardío parece optar por utilizar el valle especialmente para prácticas ganaderas. En el último capítulo, Sampietro Vattuone realiza una necesaria y adecuada síntesis del libro y de las perspectivas

que se abren a partir de las investigaciones realizadas.

En mi opinión, se trata de una obra de indudable interés para la arqueología del Noroeste Argentino, tanto desde el punto de vista de la Geoarqueología como del referido al estudio y entendimiento de los procesos culturales del denominado período Formativo. La obra muestra la autoridad y trayectoria de la autora en los temas que trata, su claridad para exponer los datos y su audacia para explotar su posibilidad inferencial al momento de realizar interpretaciones explicativas.

Seguramente, muchos investigadores darán la bienvenida a este aporte que constituye el primer intento en su tipo para los valles mesotermiales del Noroeste Argentino. No dudamos que algunas ideas expuestas en la obra generaran discusión y polémica, pero tampoco dudamos que serán muy bien valoradas la seriedad y rigurosidad de trabajo expuesta por Sampietro Vattuone. Al fin y al cabo, la importancia de una publicación científica debe medirse por el interés y la discusión de ideas que genere, y debe evitar la peor de las críticas: la indiferencia.

En el caso de Sampietro Vattuone y de su trabajo estamos seguros de que, lejos de provocar indiferencia, serán muy bien aprovechados y recibidos por los arqueólogos que trabajamos en el Noroeste Argentino. Más aún, tenemos serias expectativas en cuanto que constituyan un incentivo importante para incrementar el interés en este tipo de investigaciones, tan necesarias en numerosas regiones respecto de las cuales nuestro desconocimiento sobre el marco paleoambiental constituye una de las principales trabas para nuestra comprensión del pasado humano.

Fecha de recepción: 07/07/2011

Fecha de aceptación: 06/08/2011

*Daniel E. Olivera**

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: deolivera@gmail.com

MEMORIA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

1 DE JULIO DE 2010 AL 30 DE JUNIO DE 2011

Durante la Asamblea General Ordinaria, celebrada el 22 de diciembre de 2009 fue elegida la nueva Comisión Directiva y el órgano de Fiscalización, titular y suplente para el período 1° de enero de 2010 al 31 de diciembre de 2011.

Presidenta:	Verónica I. Williams
Secretaria:	Mónica A. Berón
Tesorera:	Cristina Bellelli
Vocal Titular Primero:	Luciano Prates
Vocal Titular Segunda:	Laura Miotti
Vocal Suplente Primero:	Ramiro Barberena
Vocal Suplente Segunda:	Roxana Boixadós
Revisor de Cuentas:	S. Iván Pérez
Revisora de Cuentas:	Sonia Lanzelotti

TRABAJO EDITORIAL

RELACIONES de la SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

Relaciones XXXVI (2011)

En el mes de octubre de 2010 se envió a los socios la convocatoria para presentar artículos inéditos para este tomo. La convocatoria finalizó el 20 de diciembre de 2010. Se recibieron diecisiete artículos, diez notas (dos por invitación) y dos reseñas. Luego del proceso de evaluación, para lo cual se contó con la colaboración de 46 árbitros, fueron seleccionados trece artículos (se rechazaron tres, quedando uno pendiente para el tomo siguiente), ocho notas (dos fueron rechazadas), dos reseñas y seis homenajes, además de incluirse la Memoria Anual y las Normas Editoriales. El Comité Editorial estuvo conformado por Verónica I. Williams (Directora), Roxana E. Boixadós, Nora Franco, M. Beatriz Cremonte, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Florencia Tola, Analía Canale y Paula González.

En el mes de noviembre de 2011 culminaron las tareas de edición del tomo entrando en la etapa de impresión de 500 ejemplares de este tomo conmemorativo del 75° Aniversario de la SAA.

CANJE INTERBIBLIOTECARIO NACIONAL E INTERNACIONAL

Se completó el envío y el canje nacional e internacional del tomo XXXIV (2009) y se comenzó con el canje del tomo XXXV (2010).

La SAA continúa realizando el canje interinstitucional con 74 entidades nacionales así como con cincuenta y cinco instituciones de diferentes países: Alemania, Australia, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, España, Francia, Honduras, Italia, Inglaterra, Japón, México, Perú, Paraguay, Portugal, Suecia, Uruguay y Venezuela. Se respondió a la solicitud de bibliotecas nacionales y extranjeras enviando números faltantes de *Relaciones*, así como tomos anteriores a los representantes provinciales. Se realizaron ventas a librerías, distribuidores y durante la celebración

de congresos o jornadas científicas (XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, VI Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina, VIII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, entre otras).

SERIE DE COLECCIONES DE TESIS DOCTORAL Y PUBLICACIONES

Con todo éxito continuó el trabajo editorial de la Sociedad relacionado con las Colecciones *Tesis Doctorales* y *Tesis de Licenciatura* y de la *Serie Publicaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología que se inició bajo la Dirección de la Dra. Lidia Nacuzzi en marzo de 1998 hasta diciembre de 2005; luego, de la Dra. Victoria Horwitz entre 2006 y octubre de 2010. Desde esa fecha hasta la actualidad, quedó a cargo del Dr. Leandro Luna. Se finalizó la edición de los siguientes títulos:

Colección Tesis de Licenciatura

- 2011. *La etnohistoria andina antes de su consolidación. Confluencias disciplinares y propuestas teórico- metodológicas*, Alejandra Ramos.
Fecha de publicación: junio de 2011. ISBN 978-987-1280-18-6.
- 2011. *Temporalidad y rítmicas culturales en grupos mocovíes*, Gonzalo Iparraguirre.
A fines del ejercicio de junio estaba en etapa de diseño.

Colección Tesis de Doctorado

- 2011: *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*, Carina Lucaioli.
Fecha de publicación: julio de 2011. ISBN 978-987-1280-19-3.

Publicaciones

- 2011. *Roedores cricétidos de la provincia de Mendoza*, Fernando J. Fernández, Fernando Ballejo, Germán J. Moreira, Eduardo P. Tonni y Luciano J. M. De Santis.
Fecha de publicación: marzo de 2011. Jorge Sarmiento Editor. Córdoba. ISBN 987-264-7865.
- 2011. *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados*, A. Zangrando; M. Vázquez y A. Tessone (Comps.).
A fines del ejercicio de junio estaba en etapa de edición.

Presentación de libros

- En el marco del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Mendoza, octubre de 2010), la Sociedad Argentina de Antropología presentó el libro *Condiciones paleoambientales y ocupaciones humanas durante la transición Pleistoceno-Holoceno y Holoceno de Mendoza* compilado por Marcelo Zárate, Adolfo Gil y Gustavo Neme. Los comentaristas fueron María Gutiérrez y Gustavo Martínez.

Otras ediciones

La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología, con aval de la Sociedad Argentina de Antropología.

En el mes de marzo del año 2011 se editó el número 6 de la revista *La Zaranda de Ideas* y el 25 de abril fue presentada en el Museo Etnográfico *Juan B. Ambrosetti*. Se imprimieron cien ejemplares en papel y se realizó una versión electrónica de 200 CD. Se tomó la decisión editorial de publicar en distintos soportes para disminuir los costos y mejorar la distribución y alcance de la revista. Se aceptaron ocho trabajos y se rechazaron dos. También se han realizado las siguientes actividades:

1. Modificación de las normas editoriales para el ingreso de los trabajos a Scielo (Scientific Electronic Library Online-CAYCIT).
2. Luego de la capacitación de algunos miembros del Comité en *Scielo*, se está realizando el procesamiento de artículos y notas para ser incluidos dentro de esta biblioteca virtual (“etiquetados”).
3. Aceptación de la revista en el siguiente catálogo: DIALNET (<http://dialnet.unirioja.es>). Se espera poder ingresar a otros índices que están en proceso de evaluación.
4. Incorporación al Comité Editorial de nuevos integrantes: Anabella Vasini, Nancy Morando y Miriam Vommaro, estudiantes FFyL, UBA.

Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana

Durante el período 1 de julio 2010 - 30 de junio 2011 el Comité Editorial de la Revista se evaluaron los trabajos recibidos y la edición de los textos aceptados para el número 4 de la revista, que consta de siete trabajos y la publicación de un documento histórico.

A partir de este número la revista forma parte del Catálogo Latindex (18899), y este número fue financiado por el Fondo Metropolitano de la Cultura, las Artes y las Ciencias del Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

CURSOS Y CONFERENCIAS

- Conferencia del Dr. Kevin Lane (Humboldt Fellow. Universidad Libre de Berlín. Economía y cosmología en paisajes construidos de los Andes Norcentrales Prehispánicos, realizada el 31 de marzo de 2011 en el Museo Etnográfico).

- Organización de un Ciclo de Conferencias para los meses de septiembre y octubre de 2010, coordinado por Iván Pérez, en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, La Plata, dentro del ciclo “Estudios Antropológicos Contemporáneos”, destinado a alumnos, docentes e investigadores y público en general. Se dictaron en el Auditorio de la Secretaría de Posgrado de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.

Los disertantes y las temáticas planificadas fueron:

- Verónica S. Lema. *Lo que las plantas cuentan sobre la gente: aproximación paleoetnobotánica a las prácticas de manejo sobre el entorno vegetal en el pasado*. Jueves 16 de septiembre, 15:00.

- María Florencia Cesani (IGEVET. FCV- UNLP- CONICET). *Sobrepeso, obesidad infantil y el entorno obesogénico: Un problema creciente en Argentina, abordado desde la perspectiva antropológica*. Jueves 7 de octubre, 15:00.

- Marina Muzzio. Instituto Multidisciplinario de Biología Celular (IMBICE), CONICET. *Linajes genéticos, linajes sociales. Más que pipetas y trabajo de campo*. Martes 19 de octubre, 15:00.

- Laura Teves, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. *El análisis de Redes Sociales como campo de investigación en Antropología*. Jueves 4 de noviembre, 15:00.

Durante el período de ejercicio del año 2011, en la ciudad de Rosario, la representante Carolina Barboza organizó un ciclo de tres conferencias sobre “Temas de Arqueología del Nordeste” en

forma conjunta con la Dirección de Patrimonio Cultural, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Universidad Nacional de Rosario y el Centro de Estudios Interdisciplinarios en Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Las conferencias fueron en conmemoración de los festejos del 75° Aniversario de la creación de la Sociedad Argentina de Antropología.

La primera conferencia, titulada “Arqueología del Fuerte Sancti Spiritu: Descubrimiento y Estudio del primer asentamiento español en Argentina”, estuvo a cargo de los Lic. Gabriel Cocco (Museo Etnográfico y Colonial “Juan de Garay” de la ciudad de Santa Fe), Fabián Lettieri (Museo Histórico Provincial “Dr. Julio Marc” de la ciudad de Rosario) y Guillermo Friteggotto (Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe).

La segunda conferencia estuvo a cargo de Mariano Bonomo (UNLP- CONICET) y se denominó “Cerritos, jerarquía social y horticultura en el delta Superior del Paraná”.

La tercera conferencia, titulada “Poblamiento temprano en la Provincia de Santa Fe. Investigaciones arqueológicas en la Laguna El Doce, Distrito San Eduardo, Departamento General López”, estuvo a cargo de Juan David Avila, Jimena Fernández Cornaglia y Carolina Gabrielloni (CEIA – FHUMyAR - UNR).

Los Cursos Organizados por *La Zaranda de Ideas* con el auspicio de la SAA durante el ejercicio 2010-2011 fueron:

- “Estudio de Restos Humanos desde una Perspectiva Arqueológica” dictado por Claudia Aranda y Leandro Luna (noviembre 2010).
- “Representaciones visuales en Arqueología”, dictado por Fabiana Bugliani (septiembre 2010).
- “Introducción al Estudio del Material Lítico” dictado por Marcelo Cardillo y Rodolphe Huguin (septiembre 2010).
- “Introducción a la microarqueología: definiciones, técnicas de recuperación y análisis y aplicaciones”, dictado por Débora Kligmann (agosto 2011).

AUSPICIOS Y ADHESIONES

- Participación en solicitada en apoyo al Matrimonio Igualitario, Diario *Página/12*, julio de 2010.
- Manifestación de apoyo a la socia Julieta Gómez Otero en relación con las infundadas declaraciones que la denuncian por su desempeño en el Estudio de Impacto Arqueológico del llamado “Proyecto Navidad” en la meseta central de Chubut, 18 de diciembre de 2010.
- Adhesión al repudio por los hechos de represión, violencia y muerte acaecidos en la comunidad toba *qom* “La Primavera” de la provincia de Formosa, 25 de noviembre de 2010.
- Auspicio institucional a las “Jornadas 25 años de Etnohistoria en Argentina” realizadas los días 24, 25 y 26 de noviembre de 2010.
- Adhesión a la reunión denominada “*Arqueología del Periodo Formativo en Argentina: un encuentro para integrar áreas y subdisciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso*”, a realizarse en el mes de abril de 2012. Instituto de Arqueología y Museo. Facultad de Ciencias Naturales e IML Universidad Nacional de Tucumán.
- Auspicio institucional para la realización de las Jornadas en Conmemoración de los 100 años del fallecimiento de Florentino Ameghino, organizadas por el Museo Municipal de Ciencias Naturales “Carlos Ameghino” de la ciudad de Mercedes, los días 26 y 27 de octubre 2011.

- Auspicio institucional VI Congreso de Arqueología de la Región Pampeana, desarrollado entre el 20 y el 23 de septiembre de 2011, La Plata.
- Auspicio institucional a las VIII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, desarrollado entre el 3 y el 7 de octubre de 2011.

TAREAS ADMINISTRATIVAS

- Se presentó el formulario de actualización de datos del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas al CAICYT para la acreditación julio 2010-julio 2013. Sin respuesta hasta la fecha.
- Se renovó la cuota anual de la Cámara Argentina del Libro, que facilitó el envío de diversas publicaciones con un costo inferior al de la tarifa del Correo.
- Se continuó con el inventario de la biblioteca de la SAA, incluyendo publicaciones recibidas por canje, donaciones de libros y revistas de edición propia.
- Se designó una nueva representante en el interior, la Dra. Carolina Barboza, en la ciudad de Rosario, para ampliar la representación de la SAA en la provincia de Santa Fe.
- Cobro de cuotas sociales: se prosiguió con la cuenta corriente en el Banco Río, sucursal 203, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, para facilitar el cobro de las cuotas. Las mismas también pueden abonarse en la Capital Federal en el Museo Etnográfico (Mónica Berón y Sonia Lanzelotti), Instituto de Arqueología (María Isabel González y Magdalena Frere), INAPL (Cristina Bellelli, Gabriela Guraieb y Mercedes Podestá) y en la Facultad de Filosofía y Letras (Ingrid de Jong) y a los representantes de la SAA en varias localidades del país: Salomón Hocsman (Tucumán), Gabriel Cocco (Santa Fe) y Carolina Barboza (Rosario), Florencia Borella (Olavarría), Clara Scabuzzo (La Plata), Silvia Dahinten (Puerto Madryn), Patricia Escola (Catamarca), Bernarda Marconetto (Córdoba), Miguel Giardina (Mendoza); María Beatriz Cremonte (Salta y Jujuy) y Mónica Salemmme (Tierra del Fuego).
- Se actualizó la página web de la Sociedad (www.saanropologia.org.ar) a cargo de Catriel Greco, como colaborador, a quien la CD agradece.
- Se continuó con la digitalización de la revista *Relaciones*, logrando así que más de 15 números de nuestra revista estén disponibles, con acceso gratuito, para todo el público, que se encuentran en la página web de la Sociedad (www.saanropologia.com.ar), desde el volumen 1 (1937) hasta el 20 (1995).
- Se continuó con la digitalización la antigua serie de *Boletines de la Sociedad Argentina de Antropología*. Dicha serie consta de diez números, publicados entre 1942 y 1963, en la que se detallan las actividades y comentarios de publicaciones y trabajos de campo realizados en aquella época. La serie completa se encuentra en la página web: www.saanropologia.com.ar
- Se llevaron a cabo los estados contables y el informe del Revisor de Cuentas del ejercicio 2010-2011. El balance estuvo a cargo del contador Javier Guerra del Estudio Chicote.
- Se aceptaron las solicitudes de inscripción de veintinueve nuevos socios, sumando así un total de más de 663 socios al momento de cerrar esta Memoria.

OTROS

- Se trabajó en el seno de la Comisión Directiva sobre un borrador de Reglamento de la SAA sobre Auspicios a reuniones Científicas, siguiendo la línea del Reglamento Interno, confeccionado en el año 2004 por la CD, sobre auspicios a obras de carácter científico o de divulgación solicitadas a la SAA.

- La SAA participó en una audiencia con el Dr. Carlos Tezón, Gerente de Desarrollo Científico y Tecnológico de CONICET, para compartir inquietudes surgidas en la comunidad arqueológica en relación con el órgano regulador que debe encargarse del proceso de restitución de los restos humanos arqueológicos del INAI.
- Se aceptó la renuncia de Pablo Fernández como representante de la SAA en la Comisión Organizadora de las Jornadas de la Patagonia, y en su reemplazo se designó a la Lic. Mónica Grosso. La Comisión Directiva agradece la dedicación de Fernández, su calidad humana y profesional con la que desarrolló esta tarea de representar a la SAA en la organización de las Jornadas.

Recursos

Los recursos de la Sociedad Argentina de Antropología están constituidos exclusivamente por el aporte de los socios y eventualmente por alguna donación y obtención de subsidios. Con estos ingresos se subvienen las erogaciones inherentes al funcionamiento administrativo, a la publicación de Relaciones y a los gastos de correo para el envío de publicaciones a los socios y para mantener el canje nacional e internacional.

Mónica A. Berón
Secretaria

Verónica Isabel Williams
Presidenta

NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES

RELACIONES es una publicación anual de la Sociedad Argentina de Antropología dedicada a publicar artículos, notas y comentarios inéditos basados en investigaciones que brinden información original acerca de las diversas especialidades de la Antropología (Arqueología, Antropología socio-cultural, Bioantropología, Etnohistoria, Lingüística y disciplinas afines), que proporcionen conclusiones relevantes y útiles para la comunidad científica. Se recomienda enviar **ARTÍCULOS** de síntesis, resultados de varios años de investigación en temas teóricos y/o metodológicos con un alto grado de avance en las principales áreas temáticas de la antropología, arqueología, etnohistoria, folklore y antropología biológica. Las **NOTAS** deben orientarse a la breve presentación de problemas o hallazgos de relevancia para la discusión de temas generales. Con ello se busca que *Relaciones* presente panoramas completos de los temas de investigación actuales en el país que sean de utilidad al público local e internacional. Las **NOTAS** sobre temas específicos serán consideradas de la misma jerarquía que los artículos y enviadas a evaluar como los anteriores. Los **COMENTARIOS** corrigen errores sobre publicaciones anteriores o bien proveen nuevos datos considerados de importancia en relación con otros trabajos previamente aparecidos en esta revista. Asimismo, pueden incluirse secciones temáticas (que no ocupen más de un tercio de la revista), reseñas de libros y/o simposios y obituarios que serán solicitados oportunamente por el Comité Editorial.

Política Editorial: La revista publica preferentemente artículos de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología **CON CUOTA AL DIA**, aunque el Comité Editorial puede solicitar artículos a especialistas que no sean socios. Los manuscritos enviados para su publicación por no-socios deben ser acompañados por un derecho de edición cuyo valor se determinará en el momento de realizarse la convocatoria correspondiente. La evaluación del manuscrito no se comenzará hasta que este requisito no haya sido cumplimentado. En caso de que los trabajos presentados para un volumen excedan el espacio disponible, el Comité Editorial *ad referendum* de la Comisión Directiva se reserva el derecho de seleccionar aquellos que se publicarán, con el criterio de que los temas referidos a las diversas especialidades de la Antropología, estén equitativamente representados. Sólo se podrá presentar un artículo por persona (como primer autor/a o coautor/a). Una vez publicado, los/as autores/as sólo podrán presentar un nuevo trabajo luego de transcurridas dos convocatorias sin envíos.

Proceso de revisión: El Comité Editorial controlará que los trabajos recibidos se ajusten las normas generales de la convocatoria (incluida su adecuación estricta a las normas editoriales). Los trabajos que no cumplan este requisito serán rechazados antes de su evaluación y los que sí lo hagan serán enviados a dos revisores de reconocida capacidad en el tema tratado por el artículo. El rechazo de un manuscrito por parte de uno de los evaluadores será causa suficiente para su rechazo definitivo salvo en casos particulares que, frente a dictámenes divergentes, el Comité Editorial considere conveniente una reconsideración con el concomitante envío a un tercer evaluador, el cual puede ser un miembro del mismo Comité Editorial. Aquellas contribuciones que hayan sido aceptadas serán remitidas a los autores a fin de efectuar, si las hubiera, las correcciones sugeridas. Una vez realizadas y remitidas las correcciones sólo se enviará a los autores la prueba de edición del correspondiente número de la revista, con el único objeto de chequear errores tipográficos. No se admitirá reescritura del texto en esta instancia. Todo cambio o adición representa tan sólo una sugerencia, que puede no ser tenida en cuenta por los editores.

Derechos y obligaciones: Una vez enviado un trabajo a *Relaciones*, los/as autores/as se comprometen a no presentarlo a otra publicación. Los autores son responsables del contenido de sus contribuciones, de la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y del derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben obtener el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por *copyright*. La Sociedad Argentina de Antropología no ofrece retribución monetaria por los manuscritos, ni servicios tales como tipeado, impresión, fotocopiado, diseño, cartografía, montaje de ilustraciones y traducción, los que quedan a cargo de los/as autores/as. Los/as autores/as podrán presentar figuras en color asumiendo los costos extras que ello implique.

Las contribuciones no deben exceder el límite de páginas estipulado: cuarenta (40) páginas para los **Artículos**, diez (10) para las **Notas** y cinco (5) para los **Comentarios**, escritas a interlineado doble con letras *Times New Roman* en cuerpo 11 en todas sus secciones (incluyendo tablas), en hojas numeradas, tamaño A4. El total de páginas incluye Resumen y *Abstract* (sólo para los artículos), texto, bibliografía, figuras y tablas. Los márgenes superior e izquierdo deben ser de 4 cm y los márgenes inferior y derecho de 2 cm. El Comité Editor se reserva el derecho de rechazar, o devolver para su corrección, aquellos trabajos excesivamente largos.

Presentación: Los trabajos deben ser presentados en programa Word para Windows y enviar una copia papel y una copia electrónica al Comité Editorial. La copia deberá ser acompañada por una carta con nombres, direcciones, correo electrónico de los/as autores/as y, en caso de trabajos en co-autoría, se especificará cual de ellos actuará como mediador con el Comité Editorial.

Envíos: la presentación completa debe enviarse a:
Comité Editor de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350
(CP 1091) Ciudad de Buenos Aires.

GUÍA DE ESTILO

1. Orden de las secciones

Los manuscritos deben contar con las siguientes secciones:

- 1) **Título** en mayúsculas, en negrita, centralizado, sin subrayar.
- 2) **Autor/es** (en mayúscula sólo las iniciales), en el margen derecho, separados por una línea de espacio del título y del resumen. Cada autor con llamada a pie de página indicando lugar de trabajo y/o pertenencia institucional y académica sin abreviaturas y dirección de correo electrónico. La filiación institucional debe respetar el siguiente orden sin usar abreviaciones:
- Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Arqueología, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-mail: usuario@gmail.com
-Universidad Nacional de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Centro Regional de Estudios Arqueológicos, E- mail: usuario@yahoo.com.ar

- 3) **Resumen y Abstract** de 150 palabras como máximo y cinco **palabras clave** en castellano e inglés. El resumen de un trabajo representa una pieza muy importante del mismo, ya que puede alentar o desalentar la decisión de leerlo. Sugerimos efectuar una síntesis de los contenidos y conclusiones del escrito, referir datos novedosos allí presentados y aludir especialmente a la relevancia del manuscrito. El resumen no debe repetir textualmente contenidos del trabajo, no

ser una introducción al trabajo, ni restringirse a enumerar las secciones que este último contiene, sino que debe presentar un panorama de los puntos temáticos sobre los que versa, invitando al lector a interesarse por el material. Las palabras clave (no claves) van sin mayúsculas, a menos que la palabra lo amerite, y separadas entre guiones cortos.

4) **Texto** con subtítulos primarios colocados en el margen izquierdo, en mayúsculas sin subrayar; subtítulos secundarios en el margen izquierdo, en minúsculas, cursiva; subtítulos terciarios se colocarán sobre el margen izquierdo, sin cursiva. Cada subtítulo estará separado del texto anterior y posterior por doble espacio. Los párrafos comenzarán con sangría de un tabulado y no se dejará doble espacio entre ellos. El margen derecho debe estar justificado y no deben separarse las palabras en sílabas.

5) **Agradecimientos.** Todo tipo de apoyo recibido para efectuar el trabajo debe ser citado: financiero, institucional, intelectual y técnico (por ej. diseño gráfico, traducción del resumen, entidades financiadoras, etc.).

6) Las **Notas** deben ser usadas con moderación, para proveer información adicional absolutamente necesaria o para aclaraciones sólo cuando la inclusión de dicha información en el texto interrumpa su fluidez por agregar demasiado detalle o un punto particular o por agregar material tangencial a la argumentación en curso. Las notas deben agregarse en una nueva página después de los Agradecimientos, bajo el encabezado primario de NOTAS.

7) **Bibliografía.** Todas las referencias citadas en el texto y en las notas deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa. Debe ser alfabética, ordenada de acuerdo con el apellido del primer autor. Dos o más trabajos del mismo autor, ordenados cronológicamente. Varios trabajos del mismo autor y año, con el agregado de una letra minúscula luego del año (sin espacio). Se recomienda no asignar más del 10% del total de páginas del artículo a la bibliografía.

8) **Títulos de las figuras y tablas**

2. Elementos del texto

2.1 Números, valores y cantidades

Cuando se utilizan números cardinales en medio de una oración, todos los números por encima del 30 (treinta) deben expresarse en números arábigos. Los números cero a treinta se expresan con palabras (31 en adelante con números). Cuando en una oración u oraciones estrechamente vinculadas aparecieran conjuntamente números mayores y menores a 30, deberán expresarse todos en números arábigos (por ej.: se detectaron 45 puntas de proyectil, 31 pedunculadas y 14 apedunculadas). Los decimales se expresan con comas y no con puntos: 5,99. No hay que usar espacios entre los números y los signos como el % o \$, por ej.: 63%, \$40, 20°C, ¹⁴C, etc. Utilice punto y coma para separar cantidades, por ejemplo: 5.000; 10.000; 75.000. Los números que encabezan una oración deben expresarse con palabras, por ejemplo: “Diez mil años de historia...”, “Tres de los sitios analizados...”. Los números ordinales siempre se expresan con palabras, por ejemplo: “Durante la tercera rueda de entrevistas...”, “La primera excavación...”.

Todas las medidas de distancia, área, volumen y peso deben ser expresadas en el sistema métrico decimal. Se deben utilizar entonces, centímetros, metros, kilómetros, litros, gramos y hectáreas y no pulgadas, pies, millas, etc. Las unidades métricas deben ser abreviadas sin puntos y sin

pluralizar. Ejemplos: 18 cm, 3 m, 12 km², 28 ha, 2 l (por litro) kg, g (por gramo) (NO: cms., mts., Kms², has., etc., ni m., cm., etc.). Todas las medidas deben ser expresadas acompañando a números arábigos y abreviados, excepto cuando son usados de modo no específico o aparecen al comienzo de la oración. Ejemplos: “Varios metros cúbicos de relleno...”. “Tres kilómetros desde el sitio...”. Los puntos cardinales se pondrán con la palabra completa en minúscula (norte, sur, este, oeste) o bien con inicial mayúscula sin punto (N, S, E, O). La ubicación por coordenadas se expresará sin dejar espacios (S22°8′20” y O65°35′28”).

Las cantidades expresadas en números llevan punto a partir de los millares. Ejemplos: 2.000.000 de personas o 1.700 ha. En el caso de los millones, tratar de evitar su uso y escribir “un millón”, “31 millones”. Los años exactos como 1520, 1748 o 26 de febrero de 2008, no llevan punto (incluidas las cantidades de años tipo 3000 AP). Tampoco llevan punto los códigos postales y las direcciones. Para referirse a décadas, no usar “la década del 90”, sino “la década de 1990”. Es recomendable utilizar “en los años cuarenta” y no “en los años ‘40”.

2.2 Edades y datos radiométricos

En todas las categorías de publicación (artículos, notas, comentarios, etc.) en las cuales los datos son informados por primera vez, las siguientes convenciones deben ser empleadas. Si los datos fueron publicados en otro lugar por primera vez sólo es necesario citar esa referencia (con número de página/s).

Las edades radiocarbónicas no calibradas deben:

1. estar expresada en “años AP” (nótese que no se utiliza punto en AP);
2. estar seguida por 1-sigma desvío estándar tal cual es informado por el laboratorio;
3. incluir el número de identificación dado por el laboratorio;
4. determinar qué material fue datado (por ej., madera carbonizada, marlo de maíz, hueso);
Ejemplo: 3680 ± 60 años AP (Pta-3964; hueso).
5. citar carbono catorce con superíndice y mayúscula: ¹⁴C

Los fechados calibrados deben ser siempre identificados como tales, usando las convenciones cal d.C. o cal a.C. (nótese el lugar que ocupa y la puntuación de cal, a.C., d.C. o A.D.). Los autores deben identificar la calibración particular utilizada, deben indicar si la calibración está hecha con 1 sigma o con 2 sigma (2 sigma es preferido), y presentar la edad calibrada como un rango de la edad calendario (o rangos cuando más de uno es posible).

2.3 Citas textuales

Las citas textuales de más de tres líneas deben escribirse en párrafos con una sangría en el margen izquierdo y estarán separadas del resto del texto por doble espacio antes y después. No se escribe en itálica y no llevarán comillas, ni puntos suspensivos iniciales en las oraciones ya iniciadas. El cuerpo tipográfico en estas citas se reduce a 10. Las citas textuales de tres líneas o menos se incorporan al texto entrecomilladas y no se escriben en itálica. En este caso, el cuerpo tipográfico es el mismo que el del resto del texto y se escribe a continuación entre paréntesis el autor o la fuente y la/s página/s o folio/s (por ej. Rodríguez 1970:15). Utilice comillas sencillas (‘’) sólo cuando es necesario utilizarlas dentro de una cita textual.

En el caso de citas de fuentes documentales, desplegar las abreviaturas, modernizar la ortografía, pero respetar la grafía de topónimos y gentilicios. Citar, en la primera vez, el nombre del archivo o

repositorio en forma completa seguido por la sigla entre paréntesis. Por ejemplo: Archivo General de la Nación (AGN). Luego seguir utilizando sólo la sigla.

2.4 Ortografía y gramática

Se debe utilizar como autoridad para las reglas de ortografía y gramática la última edición de la *Ortografía de la Lengua Española* y del *Diccionario de la Real Academia Española*.

2.5 Abreviaturas y siglas

Se ruega evitar el uso de abreviaturas: doctor (no Dr.), señor (no Sr.), fray (no Fr.), figura (no fig.). Constituyen excepciones las unidades métricas (véase sección 2.1) y otras que se detallan a continuación: etc. (lleva punto), por ej. (abreviado para decir “por ejemplo” en el interior de un paréntesis), f. (para folio y folios con una sola f y con punto), p. (para página/s (con una sola p y con punto), n° (para número va con minúscula), *cfr.* (para compárese o véase), *s/f* (para sin fecha).

Otras excepciones las constituyen los acrónimos (siglas) de largos títulos de agencias, instituciones, etc., los cuales serán mencionados frecuentemente en el texto. La primera vez que se nombra a una institución debe escribirse el nombre completo seguida entre paréntesis la sigla sin punto. Ejemplo: Universidad de Buenos Aires (UBA), Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). La segunda vez que se nombra se incluye directamente la sigla en mayúscula, sin paréntesis y sin punto: AGN, AGI, ONU, UNESCO, OMS. Cuando son en plural llevan punto (tratar de evitarlas): EE.UU., FF.AA. Es recomendable evitar el uso de abreviaturas en otros idiomas cuando existan equivalentes en español.

2.6 Itálica, comillas y negrita

No exagerar en el uso de entrecorillados y, en el caso de hacerlo, utilizar comillas inglesas (“”). Evitar en la medida de lo posible las referencias “*op. cit.*” o “*ibidem.*”, así como el uso de **negrita** o **bold** en el texto. Se escribirán en *itálica/bastardilla* las palabras o frases que el autor crea necesario destacar y las palabras en latín (por ej. *et al.*, *latu sensu*, *a priori*, *in situ*, *corpus*, *ad hoc*, *ca.* etc.) y en lenguas extranjeras (por ej. *forager*). Deben italicizarse además: los nombres científicos (*Homo sapiens sapiens*; *Spondylus* sp.), los títulos de libros, revistas, poemas y otros trabajos literarios cuando se incluyen dentro del texto y las letras que representan variables matemáticas.

2.7 Mayúsculas y minúsculas

Deberán ir en minúscula: tabla, figura, días de la semana, meses, puntos cardinales, accidentes geográficos (sierra, monte, bahía, valle, río), cargos (ministro/s, presidente/s, gobernador/es, general/es), provincia, partido y sustantivos gentilicios (argentino, afgano, catalán, tehuelche, diaguita, yámana, tucumano, inca/inka). No se aconseja el uso de mayúsculas para las regiones, por ej.: región pampeana, sí para “Pampa”, “Mesopotamia” o “Patagonia”. Se debe utilizar mayúscula para nombres de áreas arqueológicas y geográficas (por ej. América, Pilcomayo, Salta, Argentina), estilos cerámicos (por ej. cerámica Belén) y nombres taxonómicos con el nivel de género y de mayor jerarquía taxonómica. En la bibliografía no deben ponerse en mayúscula los términos principales del título de los libros.

3. Tablas y figuras

Además del texto, los trabajos sólo contarán con figuras y tablas (no se permite el uso de rótulos como lámina, mapa, foto, gráfico, cuadro, etc.). Las figuras y tablas no se incluirán en el texto, pero se indicará en cada caso su ubicación en el mismo, utilizando “Ubicación figura 4” o “Ubicación tabla 2”. Deben entregarse numeradas secuencialmente con números arábigos según el orden en que deban aparecer en el texto, con sus títulos y/o epígrafes tipeados en hoja aparte. Las tablas y figuras no deben exceder las medidas de caja de la publicación (13 x 20 cm) y deben estar citados en el texto. Para los epígrafes, se creará un archivo diferente: Epígrafes figuras y tablas.

Todas las tablas y figuras deben estar citadas en el texto, comenzando con Tabla 1/Figura 1 y continuando secuencialmente. No abrevie las palabras Tabla y Figura. Ejemplos: (Tabla 1) (Figura 4), (Figuras 1 y 2), (Tablas 1-3), (Figuras 2, 3, y 7), “Como se ilustra en la Tabla 1...”. Se recomienda no indicar “(véase figura 3)”, ya que el véase es redundante.

3.1 Tablas

Las tablas consumen tiempo y cuestan mucho trabajo formatearlas en el texto y constituye la única porción del manuscrito que no es procesada electrónicamente por el Comité Editorial. En consecuencia, la presentación de los datos en forma de tablas debe ser utilizada moderadamente. Los datos en una tabla pequeña, por ejemplo, pueden ser a menudo incluidos en el texto sin pérdida de claridad. Sólo cuando los datos que se quiere mostrar son numerosos, se aconseja su presentación en forma de tablas.

Provea un título corto para cada tabla, centrado en la parte superior de la página. El título no deberá dar información o describir los resultados ilustrados por la tabla. Ejemplo de un título correcto: Tabla 2. Sumario de las partes esqueléticas de un cementerio familiar. Si una columna de encabezamiento no se aplica a uno de los datos la celda debe ser dejada en blanco. No use “N.A.” para lo que no sea aplicable. Si no hay datos para una celda en particular inserte una un guión (-).

Hay tres tipos de notas al pie para tablas. El título de la tabla nunca debería ir al pie. Ubique la información pertinente de una tabla completa en una “nota general” (véase abajo). La información concerniente a la fuente de los datos debe ir tanto en una nota general (si toda la información proviene de una sola fuente) o en una nota al pie específica para una entrada particular, sección, o encabezado.

1. Nota general pertinente a la tabla completa. Ejemplo: Nota: Dato de Kent (1991); todas las dimensiones en mm.
2. Nota específica para entrada, sección, o encabezamiento. Ejemplos:
C = chicos; A = adultos.
Contiene elementos de latón decorativos idénticos a los encontrados en los entierros 2 y 6.
Los datos vienen de Owsley *et al.* (1987).
3. Notas indicando un nivel de significado estadístico. Ejemplo: * $p < .05$.

Nota: Ordene las notas, cada una comenzando en su propia línea, estilo párrafo cortado, en el siguiente orden: nota general, nota específica indicada por letras, y notas de significado indicado por asteriscos.

3.2 Figuras

Todo material ilustrativo debe ser referido como figura. Los originales deben ser profesionalmente dibujados en papel de dibujo de buena calidad o en programas de diseño gráfico (Corel Draw, Illustrator, PhotoShop). Deben tener una muy buena resolución para permitir una impresión de alta calidad, mínimo 300 dpi. Las versiones electrónicas deben ser enviadas en formato gráfico (TIFF preferentemente). La mayoría de las figuras son reducidas antes de la publicación. Las ilustraciones extremadamente complejas con detalles considerables y letras pequeñas podrían no reducirse adecuadamente. Evite ilustraciones con demasiada densidad de figuras o letras. Procure que los caracteres incluidos dentro de las figuras sean los mismos (es altamente recomendable el uso de fuente de tipo Arial Narrow).

El encabezamiento no debe estar escrito dentro de la figura. Cada figura original debe estar numerada al dorso en lápiz, con una referencia en la lista de encabezamientos de figuras. Todos los símbolos de los mapas o caracteres convencionales deben aparecer en la figura, no en el encabezado. Los mapas deben tener flechas de orientación (norte). Use una escala visual cuando incluya en la figura objetos, planos, secciones, etc. No use la leyenda: “un cm equivale a 450 cm”; porque casi todas las figuras son reducidas antes de la publicación, de modo que tales escalas no serán exactas después de la reducción. Use una escala dibujada en la figura, que luego va a ser reducida en la misma proporción que la figura y permanecerá exacta. Las palabras en las figuras deben seguir el estilo de la revista, por ej. cm y no “cm.”, “A.D.” y no “AD” y los acentos deben ser agregados cuando sean necesarios.

Ejemplos de títulos:

Figura 1. Taxones presentes en los sitios: (a) *Lama guanicoe* (guanaco) rótula; (b) *Lama* sp. (camélido) fragmento de húmero.

Nota: sólo letras minúsculas son usadas para identificar secciones de una figura.

Figura 4. Dos vistas de los esqueletos humanos hallados en Arroyo Seco 2: *izquierda*, niño con ajuar; *derecha*, entierro primario de un individuo adulto de sexo masculino. Museo Municipal José Mulazzi, Tres Arroyos. Cortesía J. Domínguez, fotógrafo.

4. Bibliografía

4.1 Citas en el texto

Las referencias bibliográficas irán en el texto siguiendo el sistema autor-año. Ejemplos:

* (Rodríguez 1980) o Rodríguez (1980), (Rodríguez 1980, 1983), (Rodríguez 1980a, 1980b), etc. Nótese que no se usa coma entre el nombre del autor y el año.

* Se citan hasta dos autores; si son más de dos se nombra al primer autor y se agrega *et al.* (con itálicas).

* Citas con páginas, figuras o tablas: (Rodríguez 1980:13), (Rodríguez 1980:13-17, 21), (Rodríguez 1980:figura 3), (Rodríguez 1980:tabla 2), etc. Nótese que no se deja espacio entre el año y el número de página.

* Autores diferentes citados dentro de un mismo paréntesis o comentario, deben ir separados por punto y coma (;) y ordenados cronológicamente en primera instancia y alfabéticamente en segunda instancia. Ejemplos:

(Torres 1911; Rodríguez 1980, 1983; Álvarez 2004; García 2004).

*Las comunicaciones personales van sin fecha y sin abreviar, por ej.: (Silvia Rodríguez, comunicación personal).

4.2 Citas en la Bibliografía

Se contemplará el siguiente orden:

Autor/es. Fecha. Título. Publicación, número: páginas. Lugar, Editorial (excepto Revistas periódicas).

Deben ir en cursiva los títulos de los libros o los nombres de las publicaciones. Los nombres de los autores citados deben ir con iniciales y los apellidos deben estar completos.

Si el autor lo considera importante puede citar entre corchetes la fecha de la edición original de la obra en cuestión (tanto en el texto como en la bibliografía, sobre todo en el caso de viajes y/o memorias, por ejemplo: Lista [1878] 1975).

-En el caso de referencias bibliográficas con doble año, citadas en el texto, se colocará 1994-95 y no 1994-1995.

-En el caso de referencias bibliográficas en inglés, se respetarán las mayúsculas de las principales palabras del título sólo si así están consignadas en el original.

-En la bibliografía final, en el caso de manuscritos inéditos, se colocará Ms. al final de la referencia y no se pondrá en itálica el título del trabajo.

Ejemplo de lista bibliográfica:

Libros

Waters, M. R.

1992. *Principles of geoarchaeology: an North American perspective*. Tucson, University of Arizona Press.

Ingold, T., D. Riches y J. Woodburn (eds.)

1988. *Hunters and gatherers. History, evolution and social change*, 1. Berg, Oxford.

D'Orbigny, A.

[1839] 1944. *El hombre americano: considerando sus aspectos fisiológicos y morales*. Buenos Aires, Futuro.

Buikstra, J. y D. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44, Fayetteville, Arkansas.

Revistas

Presta, A. M.

1988. Una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La Viña de "La Angostura". *Historia y Cultura* 14: 35-50.

1990. Hacienda y comunidad. Un estudio en la provincia de Pilaya y Paspaya, siglos XVI-XVII. *Andes* 1: 31-45.

Ambrossetti, J. B.

1902. Hachas votivas de piedras (pillan toki) y datos sobre rostros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* 2(4): 93-107.

Del Papa, M.

2008. Estructuración espacial de la variación biológica humana en la República Argentina durante el Holoceno tardío final a través de los rasgos epigenéticos craneofaciales. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 10 (2): 21-41.

Capítulos de libros

Borrero, L. A., J. L. Lanata y B. N. Ventura

1992. Distribuciones de hallazgos aislados en Piedra del Águila. En L. A. Borrero y J. L. Lanata (eds.), *Análisis espacial en la arqueología patagónica*: 9-20. Buenos Aires, Ayllu.

Mays, S. y M. Cox

2000. Sex determination in skeletal remains. En M. Cox y S. Mays (eds.), *Human osteology in archaeology and forensic sciences*: 117-130. Londres, Greenwich Medical Media.

Tesis de Licenciatura y Doctorales

Blasi, A. M.

1986. Sedimentología del río Colorado. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.

Trabajos presentados en reuniones científicas

Shott, M. J.

2006. Core reduction and refitting: lessons from WHS623x, an Upper Paleolithic site in Jordan. Trabajo presentado en el 71° *Annual Meeting of SAA*. San Juan, Puerto Rico.

Trabajos en Prensa

No es recomendable la cita de trabajos enviados y sin resolución de aceptación; estos deberán referirse como ms. En los casos de trabajos en prensa, deberán ser citados como cualquier otro trabajo publicado y con la aclaración: "En prensa". Como todos los trabajos de la lista bibliográfica, deberá consignarse en ellos la fecha, para lo cual debe considerarse el momento de aceptación del mismo.

Galley, T. S.

1999. First evidences of Homo Sapiens in South Africa. *Nature*. En prensa.

Trabajos en páginas web

Barreto, M.

1998. Paradigmas actuales de la Museología. <http://www.naya.org.ar/articulo/museologia01/htm> (1 de abril de 1999).

Cita de documentos electrónicos

Debe citarse de acuerdo con la norma ISO 690-2 de 1997, que dice "se debe establecer una ubicación dentro de los documentos electrónicos que no tienen referencias de páginas a través de líneas, párrafos o pantallas". Se puede consultar el link <http://alhim.revues.org/index447.htm> para ver ejemplos.

Nota: Se controlará estrictamente el cumplimiento de estas normas editoriales, aunque seguramente cada autor se habrá cerciorado previamente de la calidad del manuscrito que presenta. La elaboración y publicación de estas normas busca unificar la calidad gráfica de *Relaciones* y acortar tiempos de edición, simplificando el trabajo de los responsables de la publicación. Se solicita a los autores que acepten el principio de autorizar correcciones estilísticas que faciliten la lectura de los artículos sin alterar su contenido.

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología. Desde 1936 se han publicado 36 tomos.

Colección Tesis Doctorales (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 1998.
- *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica.* Guillermo L. Mengoni Goñalons. Buenos Aires, 1999.
- *Arqueología de la educación. Textos, indicios, monumentos.* Irina Podgorny. Buenos Aires, 1999.
- *La fundación de villas en San Juan (siglo XVIII).* Catalina T. Michieli. (incluye CDrom). Buenos Aires, 2004.
- *El consumo en grupos cazadores recolectores.* Un ejemplo zooarqueológico de Patagonia meridional. Mariana E. De Nigris. Buenos Aires, 2004.
- *Tierra, encomienda e identidad: Omaguaca (1540-1638).* Carlos E. Zanolli. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos.* María Isabel González. Buenos Aires, 2005.
- *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano.* Mariano Bonomo. Buenos Aires, 2005.
- 2º edición *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología y biogeografía humana en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2008.
- *Los indígenas del río Negro. Un enfoque arqueológico.* Luciano Prates. Buenos Aires, 2008.
- *Imágenes a través del tiempo. Arte rupestre y construcción social del paisaje en la Meseta Central de Santa Cruz.* Natalia Carden. Buenos Aires, 2009.
- *Estructura de sexo y edad en guanaco. Estudios actualísticos y arqueológicos en Pampa y Patagonia.* Cristian A. Kaufmann. Buenos Aires, 2009.
- *Historia evolutiva y subsistencia de cazadores-recolectores marítimos de Tierra del Fuego.* Atilio Francisco Zangrando. Buenos Aires, 2009.
- *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina).* Federico Wynveldt. Buenos Aires, 2009.
- *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII.* Carina Lucaioli. Buenos Aires, 2011.

Colección Tesis de Licenciatura (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Los Límites del Mar. Isótopos estables en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2002.

- *La comunidad nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino.* Naymé Natalia Gaggioli. Buenos Aires, 2003.
- *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966.* Pablo Perazzi. Buenos Aires, 2003.
- *Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana.* Atilio F. Zangrando. Buenos Aires, 2003.
- *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires.* Griselda Palleres. Buenos Aires, 2004.
- *Los grupos mocoví en el siglo XVIII.* Florencia Sol Nesis. Buenos Aires, 2005.
- *Los grupos abipones hacia mediados del siglo XVIII.* Carina Paula Lucaioli. Buenos Aires, 2005.
- *Carnívoros y huesos humanos de Fuego-Patagonia. Aportes desde la tafonomía forense.* Fabiana María Martín. Buenos Aires, 2006.
- *La etnohistoria andina antes de su consolidación. Confluencias disciplinares y propuestas teórico- metodológicas.* Alejandra Ramos, 2011.
- *Temporalidad y rítmicas culturales en grupos mocovíes.* Gonzalo Iparraguirre, 2011. A fines del ejercicio de junio estaba en etapa de diseño.

Publicaciones de la SAA (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi, hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz y en adelante por el Dr. Leandro Luna)

- *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina).* Luis A. Orquera y Ernesto L. Piana. Buenos Aires, 1999.
- *Las piedras con marcas de la cordillera del Viento. Arte rupestre en el departamento Minas, Neuquén, Argentina.* Jorge Fernández C. Buenos Aires, 2000.
- *Estrategias y recursos para jóvenes profesionales. Tesis, propuestas, CVs, entrevistas y presentaciones en general.* Victoria Diana Horwitz y María José Figuerero Torres. Buenos Aires, 2001.
- *Entre montañas y desiertos: Arqueología del sur de Mendoza.* Adolfo Gil y Gustavo Neme (eds). Buenos Aires, 2002.
- *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX).* Lidia R. Nacuzzi (comp.). Buenos Aires, 2002.
- *Etnografías globalizadas.* V. Hernández, C. Hidalgo y A. Stagnaro (comps.). Buenos Aires, 2005.
- *Clásicos de Teoría Arqueológica Contemporánea,* Luis A. Orquera (trad.) y Victoria D. Horwitz (comp.). Buenos Aires, 2007.
- *Condiciones paleoambientales y ocupaciones humanas durante la transición Pleistoceno-Holoceno y Holoceno de Mendoza,* Marcelo Zárate, Adolfo Gil y Gustavo Neme (comps.). Buenos Aires, 2010.
- *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América,* Carina P. Lucaioli y Lidia R. Nacuzzi (comps.). Buenos Aires, 2010.
- *Piezas de Etnohistoria y de antropología histórica,* Martha A. Bechis. Buenos Aires, 2010.
- *Roedores cricétidos de la provincia de Mendoza,* Fernando J. Fernández, Fernando Ballejo, Germán J. Moreira, Eduardo P. Tonni y Luciano J. M. De Santis. Córdoba, 2011.

- *Los cazadores-recolectores del extremo oriental fueguino. Arqueología de Península Mitre e Isla de los Estados*, A. Zangrando; M. Vázquez y A. Tessone (comps.). Buenos Aires, 2011. A fines del ejercicio de junio estaba en etapa de edición.

Coediciones

- *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. Editado por M. Mercedes Podestá y María de Hoyos. Buenos Aires, 2000. Coeditado con la Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*. Editado por Dánae Fiore y M. Mercedes Podestá. Buenos Aires, 2006. Coeditado con World Archaeological Congress y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.

Otros

- *Junta de hermanos de sangre. Un ensayo de análisis del Nguillatun a través de tiempo y espacio desde una visión Huinca*. Isabel Pereda - Elena Perrotta. Buenos Aires, 1994.

Corrección: Milena Sesar
milenasesar@gmail.com

Composición de originales: Beatriz Bellelli
bbellelli@yahoo.com.ar

Esta tirada de 700 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2011,
en **Altuna Impresores**, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.
altunaimpresores@altunaimpresores.com.ar